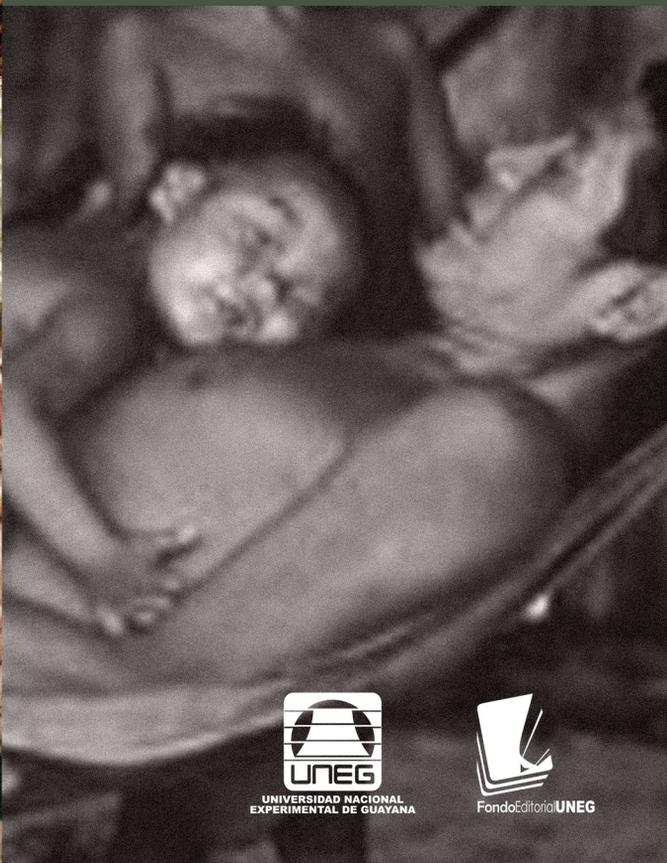


Por el camino de los hijos de la luna

Novela etnográfica desarrollada
en la sociedad Yanomami

Autor: Sergio Milano



UNIVERSIDAD NACIONAL
EXPERIMENTAL DE GUAYANA



Fondo Editorial UNEG

Por el camino de los hijos de la luna
Novela etnográfica desarrollada en la
sociedad Yanomami



UNIVERSIDAD NACIONAL
EXPERIMENTAL DE GUAYANA

AUTORIDADES

Dra. María Elena Latuff
Rectora

Dra. Milagros Cova
Vice - Rectora Académica

Dra. Nayeska Pérez
Vice - Rectora Administrativa

Dra. Leonarda Casanova
Secretaria

Dra. Carmen Vas
**Coordinadora General
de Investigación y Postgrado**

Dra. Rosa Emey Basanta F.
Coordinadora General de Pregrado

M.Sc. Lescey Muñoz
**Coordinador General
de Extensión y Difusión Cultural**

UNIVERSIDAD NACIONAL EXPERIMENTAL DE GUAYANA
VICERRECTORADO ACADÉMICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES EN GESTIÓN AMBIENTAL Y
DESARROLLO SUSTENTABLE (CIGADS)

©Por el camino de los hijos de la luna. Novela etnográfica
desarrollada en la sociedad Yanomami
Autor: Sergio Milano

©Editor

Fondo Editorial UNEG

<https://servicio.uneg.edu.ve/crear/>
fondoeditorialuneg1@gmail.com

Dirección editorial
Yris Zapata Espinoza

Diseño, diagramación y montaje
TSU Laura Octavé

Diseño de portada
TSU Laura Octavé

Primera edición: Marzo, 2024

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal N°: BO2024000016
ISBN: 978-980-6864-96-2



© Atribución-SinDerivadas
CC BY-ND

Esta licencia permite la redistribución, comercial o no comercial, siempre y cuando la obra circule íntegra y sin cambios, dándole crédito al autor.

El viejo shapori de Yuri me dijo una noche:

“Mira napë, camino correcto de la vida no se ve claro, los hekura malos lo tapan, los cubren con agua, con lodo, con hojas, a veces urihi los oculta, están tapados... Pero observa con ojos de águila... Ella te enseña el camino que está ahí y que no ves, pero podrás ver con ojos de ella; con ojos de espíritu de águila negra... Busca así tu camino y de tus hermanos ...”

Dedicatoria

*Al bello pueblo Yanomami
A los pueblos indígenas de Venezuela
A los pueblos indígenas de América Latina
A los hombres y mujeres, de cualquier nacionalidad, especialidad u
ocupación, que han aportado esfuerzos a la larga lucha por la
redención de estos pueblos
A los legisladores y constitucionalistas de Venezuela que
materializaron jurídicamente viejas esperanzas
A los jóvenes y nuevos profesionales a quienes corresponde,
ahora unidos a los pueblos indígenas, mantener las banderas*

*A mis hijas,
mis nietos y sobrinos,
Con infinito amor*

Agradecimientos

A:

Dr. Alexander Mansutti

Dra. Lucy Nuñez

Dra. Tahís Avendaño

Por sus sugerencias como miembros del Jurado Evaluador de esta obra, como requisito de ascenso a la Categoría de Profesor Titular de la Universidad Nacional Experimental de Guayana (UNEG)

Así como también a las profesoras:

Mag. Pilar Flores

Mag. Yanett Oliveros

Por la revisión y sugerencias sobre el manuscrito del trabajo

INDICE

PREÁMBULO	<u>12</u>
PRIMERA PARTE	<u>20</u>
Capítulo I. Horizontes de miedo	<u>21</u>
Surcando el firmamento	<u>21</u>
El terrible “nimbus”	<u>26</u>
Perdidos en el espacio	<u>29</u>
La pista verde	<u>32</u>
Capítulo II. Asombrosa e inexorable realidad	<u>39</u>
Ventana a otro mundo	<u>39</u>
Asumir lo porvenir	<u>43</u>
Adiós al compañero	<u>50</u>
Capítulo III. Definiendo un camino	<u>60</u>
Explorando el entorno	<u>60</u>
En busca de definición	<u>64</u>
Capítulo IV. ¿Infierno o paraíso?	<u>73</u>
La marcha	<u>73</u>
Frente a frente, vista a vista	<u>81</u>
Vestigios	<u>86</u>
Capítulo V. Esperanza	<u>92</u>
La poco amistosa selva	<u>92</u>
La esperada visita	<u>94</u>
Inesperado albergue	<u>96</u>
Capítulo VI. Dudas en la esperanza	<u>104</u>
Momentos de tranquilidad	<u>104</u>
SEGUNDA PARTE	<u>114</u>
Capítulo VII. Retorno de la esperanza	<u>115</u>
Huellas extrañas	<u>115</u>
El criterio de un waitheri	<u>121</u>

INDICE

Capítulo VIII. Nuevo rumbo	<u>127</u>
Apreciación femenina	<u>127</u>
Sorprendente batalla	<u>136</u>
Capítulo IX. Hogar, dulce hogar	<u>141</u>
Hacia el hogar	<u>141</u>
El hogar	<u>143</u>
TERCERA PARTE	<u>152</u>
Capítulo X. Una dimensión diferente	<u>153</u>
Exploración para la adaptación	<u>153</u>
Capítulo XI. Esperanza de retorno	<u>162</u>
Intento frustrado	<u>162</u>
Capítulo XII. Reconfirmando la frustración	<u>172</u>
Convivencia	<u>172</u>
Capítulo XIII. Aprehendiendo al otro	<u>177</u>
Dudas de sí mismo	<u>177</u>
Estrechando relaciones	<u>180</u>
Ejercicio de Antropología	<u>185</u>
Capítulo XIV. La cotidianidad	<u>193</u>
Una nueva aventura	<u>193</u>
Lo normal es lo que todos hacen	<u>199</u>
Capítulo XV. Conociendo e interpretando	<u>204</u>
Juego y entrenamiento	<u>204</u>
CUARTA PARTE	<u>213</u>
Capítulo XVI. Los Yanomami	<u>214</u>
A la tierra que fueses...	<u>214</u>
Confusión conceptual, confusión sentimental	<u>217</u>
Capítulo XVII. Somos los que somos	<u>227</u>
Génesis	<u>227</u>

INDICE

Capítulo XVIII. Viaje sin tiempo	<u>232</u>
Disciplina de marcha	<u>232</u>
Capítulo XIX. Entrada triunfal	<u>243</u>
Frío protocolo	<u>243</u>
Capítulo XX. La enfermedad, escenario de lucha	<u>253</u>
Hombre, espíritu y cosmo	<u>253</u>
Capítulo XXI. Lo material y lo identitario	<u>264</u>
De la culinaria de los napë	<u>264</u>
Los napë son hijos de Omawë	<u>269</u>
Capítulo XXII. Fuerza y naturaleza	<u>275</u>
Juego de fuerza	<u>275</u>
Una nueva mujer y una nueva luz	<u>279</u>
QUINTA PARTE	<u>286</u>
Capítulo XXIII. Tortuoso retorno	<u>287</u>
Rutina común	<u>287</u>
Las cosas en Caracas	<u>290</u>
Naturaleza hostil	<u>294</u>
Abrazo mortal	<u>299</u>
Capítulo XXIV. Agresión sorpresiva	<u>303</u>
El rapto	<u>303</u>
La persecución	<u>309</u>
Capítulo XXV. Terreno, enemigo y condiciones metereológicas	<u>315</u>
Táctica del sigilo, escucha y observación	<u>315</u>
La muerte visitó Herami	<u>317</u>
Fuego liberador	<u>321</u>
Capítulo XXVI. Táctica militar	<u>326</u>
El rescate	<u>326</u>
Un arma mortal	<u>333</u>
Argonautas	<u>335</u>

INDICE

Capítulo XXVII. Impecable ejecución 340

La planificación 340

Gloria al vencedor y honor al vencido 345

SEXTA PARTE 353

Capítulo XXVIII. El dolor del adiós 354

Extraños en el cielo 354

Capítulo XXIX. La despedida del hermano 364

Lágrimas y promesas 364

De vuelta a su mundo 368

Algo de filosófica 372

Capítulo XXX. Regreso al paraíso 380

Ideas de futuro 380

El retorno a Herami kë u 383

Capítulo XXXI. Vuelo a la libertad 394

Decisión por la vida 394

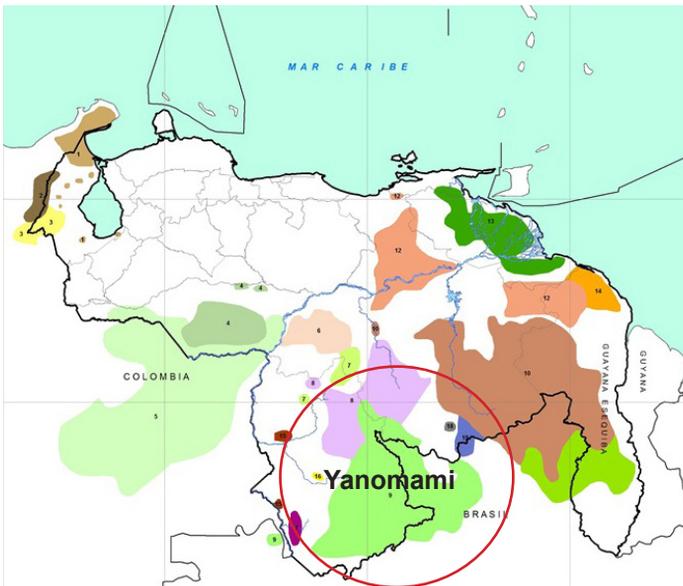
Una nueva perspectiva 396

PREÁMBULO

El Censo Indígena de la XIII versión del Censo Nacional de Población y Vivienda, realizado por el Instituto Nacional de Estadística (INE) en el año de 2001, registró una población de 511.324 individuos que se reconocieron como pertenecientes a uno de los 55 grupos étnicos identificados en el país. Esta población significó el 2,22% del total de la población venezolana a la fecha. De estos grupos, al menos veinticuatro existen como nación, calificadas como tal por las siguientes características:

- a. Sus miembros comparten la idea de un origen y un destino común.
- b. Practican costumbres y tradiciones que conforman obligaciones consuetudinarias por todos reconocidas y aceptadas.
- c. Poseen un idioma distintivo y único.
- d. Comparten creencias de tipo religioso, organización social y política.
- e. Reconocen un territorio como propio, en el cual se ubica su origen mítico.

Mapa de los territorios étnicos de Venezuela



Fuente: Edwain Pérez Palmar, 2018. "Viejos espacios nuevos tiempos" Revista Terra, nueva etapa. UCV. Caracas.

Su existencia jurídica es reconocida por la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999), a través del artículo 119 del Capítulo VIII:

“... de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para su desarrollo y garantizar sus formas de vida...”

Sin embargo, el sólo marco jurídico no basta para superar la situación de segregación y exclusión a la que fueron sometidos los pueblos aborígenes pre-colombinos desde la llegada de los europeos, que aun está vigente en toda Latino-América.

Inicialmente, la dominación tuvo soportes principistas y morales a través de la racionalidad teológica propia de la Edad Media (Véanse las referencias bíblicas iniciadas con el apóstol Pablo, y su evolución hasta la Edad Media europea con San Justino Martir, San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino) y, posteriormente, mediante la racionalidad moderna, el concepto de la “supremacía del más apto” a partir de los estudios de Charles Darwin en el siglo XX, sobre la evolución de las especies, cuyos principios se extrapolaron a la evolución de las sociedades, surgiendo de esta manera, el concepto difuso de “darwinismo social”, que no fue más que, tal como lo afirma Emiliano Salvucci (2016), el fortalecimiento de las ideologías que muestran a Europa en posición de supremacía sobre el resto del mundo (Vea “El rol del darwinismo en la legitimación de la opresión”. En, Rev. Iberoam. Cienc. Tecno. Soc. Vol.11 N°32. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Mayo 2016).

El reconocimiento de esta realidad, creó la necesidad de construir en los espacios académicos, un modelo teórico que ayudase a la fragmentación de estas racionalidades, utilizando como estrategia, el sistema educativo. Sin embargo, este medio se ha empleado también para fortalecer la dominación mediante formas de alienación sutil que permiten la reproducción de los mecanismos de dependencia. De esta manera, los proyectos pedagógicos instalados en América Latina (Léase a Carmen García Guadilla, 1995), parecieran haber sido contruidos, con este objetivo, la configuración de la curricula ha cumplido, con eficiencia, el alcance fundamental de la falacia del “Progreso”.

El Sociólogo inglés Basil Bernstein, propuso lo que llamó: “La nueva Sociología de la Educación”, la cual configuró junto con los trabajos de Pierre Bour-

dieu. El planteamiento central partió de la necesidad de comprender las maneras, tanto materiales como sub-jetivas, en que una sociedad produce, utiliza y transmite conocimientos; evidentemente, la metodología a utilizar para estos objetivos, debe incorporar prácticas multi, inter y trans-disciplinares.

De esta realidad surgió la idea de esta etnografía novelada sobre los Yanomami, uno de los grupos étnicos más numerosos de Venezuela. Se trata de una estrategia para facilitar la divulgación del conocimiento sobre esta sociedad y que la idea pueda extrapolarse a otros grupos etno-culturales diferenciados. Su finalidad es, además de ayudar a la materialización del mandato constitucional de respeto y consideración a la pluralidad cultural venezolana y a la construcción de una necesaria interculturalidad, los conocimientos que puedan transmitirnos sobre sus relaciones con la naturaleza con la cual conviven.

Sobre el método empleado

Para el proceso de construcción de la ficción, se seleccionó al grupo étnico venezolano con mayor vulnerabilidad biológica y cultural. Pero también, el grupo con mayor índice de prácticas culturales tradicionales o primigenias, que facilitaría la integración práctica, funcional y detallada de los elementos que formarían parte del hecho narrado, haciendo más potente la articulación del mensaje que se pretende transmitir a los lectores.

Los personajes, los escenarios y las acciones están inspirados en la realidad, inclusive, los personajes se asemejan a individuos conocidos por el autor. Las formas de ser, de hablar, de conducirse, las actividades de la vida cotidiana, las emociones, los miedos e incertidumbres, etc., fueron tomadas de la realidad, otros, imaginadas. Muchos de los hechos narrados ocurrieron y fueron vividos por el autor; otros fueron tomados de vivencias narradas por terceros. En todo caso, los hechos pertenecen a la realidad de los yanomami y de su hábitat. Se trató de evitar exageraciones para que la aproximación a su mundo, fuera más eficiente.

Es menester señalar que el desenlace de la trama central no se cerró; por el contrario, quedó abierto a la imaginación del lector, a sus interrogantes e incertidumbres, para que lo puedan conducir a reflexionar y opinar sobre estos particulares. La imaginación del lector lo llevará por un amplio horizonte de posibilidades futuras, más allá de los límites de los hechos narrados.

Los yanomami de esta historia existen, así como los escenarios, tanto

naturales como sociales. Las circunstancias relacionadas con hábitos, costumbres, prácticas, rituales, magia y elementos sobrenaturales vividos por los protagonistas forman parte de su cotidianidad; sus ocurrencias fueron descritas con apego a la realidad, por lo tanto, el trabajo aglutina una historia verosímil, en un esfuerzo conceptual y teórico que ayude a dilucidar una incertidumbre que es constante: *¿Podemos vivir juntos?*

La respuesta definitiva no está clara en el trabajo porque evidentemente, los “cómo” son cambiantes y complejos, de aquí, que el objetivo central de la narrativa se circunscribió a dejar la inquietud latente, permitiendo abrir un camino para la reflexión y el debate creador. En definitiva, es una alternativa de aporte para la gestión colectiva del mandato pluri-cultural e intercultural de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela.

¿Quiénes son los Yanomami?

La sociedad Yanomami es conocida en la literatura antropológica como un grupo étnico habitante de zonas inter-fluviales de la selva tropical amazónica; el hecho de no ser navegantes de los grandes ríos, ha ayudado a que sus contactos con otros grupos étnicos sean reducidos, incluyendo a la sociedad nacional. Su base territorial se extiende a ambos lados de la línea divisoria entre Venezuela y Brasil, específicamente en los estados Amazonas y Bolívar; quedando del lado venezolano, más de la mitad de los miembros de este grupo.

La etnia Yanomami alcanzó, en el último Censo Indígena (2001), la cantidad de 12.234 individuos, lo cual representa el 2,39% de la población indígena venezolana.

El relativo aislamiento ha mantenido a esta sociedad dentro de un contexto biológico y social con muy pocos cambios de sus formas materiales de vida y su universo de significados simbólicos originales. De esta manera, su estadio cultural actual ha sido clasificado en la etapa de evolución humana conocida como Neolítico (Edad de la Piedra Nueva); que según Gordon Childe (1941), abarcó el período estimado entre 12.000 a 5.000 años, contados a partir de la aparición de rasgos culturales en la especie humana, hace unos 15.000 años. En esta etapa, según el mismo Childe, el hombre aprendió a domesticar plantas y animales, lo que le permitió iniciar una vida sedentaria en asentamientos relativamente estables.

Es necesario percibir a los Yanomami en el marco de sus propias realidades, tal cosa implica aprehender sus acciones e interacciones sociales,

psicosociales, condiciones materiales de vida y las relaciones incorpóreas o sobrenaturales y con la naturaleza. Son interacciones de individuos y grupos con sus posibilidades objetivas y con su herencia histórica, que los conducen a ser creadores y a la vez actores de su mundo social y cultural. Sus experiencias se van sintetizando a través de reacciones intencionales o inconscientemente producidas en relaciones dialécticas que se desarrollan en la cotidianidad. Las características civilizatorias actuales que se pueden identificar son:

1. La base de la producción para la subsistencia es comunitaria.
2. El liderazgo es comunal y tradicional: los líderes son respetados como la corporeización del grupo social. La sociedad funciona bajo normas consuetudinarias.
3. La sociedad funciona bajo normas consuetudinarias.
4. Tiende a ser una sociedad en equilibrio.
5. Existe un alto grado de integración entre los distintos componentes de la estructura social.
6. La sociedad es holística y moral, pero no moralista; organizada sobre bases de parentesco.
7. El pensamiento es concreto y existencial, con importancia de lo funcional por encima de la abstracción.
8. Lo ritual es un elemento comprensivo en la expresión del grupo.
9. La delineación de la persona humana se logra mediante acontecimientos críticos y la proyección de sus relaciones personales.

Estas características socioculturales se han mantenido en el tiempo sin alteraciones significativas.

Filiación lingüística

Los estudios dirigidos a la clasificación del idioma yanomami (Léase las obras del Antropólogo francés Jack Lizot) señalan la siguiente distribución de los subgrupos lingüísticos identificados: los *Sanema* al noroeste, los *Yanam* al noreste, los *Yanomami* al suroeste y los *Yanomam* al sureste (Ver Mapa de Filiación Lingüística).



Fuente: Roberto Lizarralde. En Lizot, 1988

A los Yanomami se le han aplicado diferentes denominaciones; entre las más comunes: *Xiriana* (Shiriana), *Xirixiana* (Shirishiana), *Hirixiana*, *Kirisciana*, etc.; también se ha utilizado los denominativos de *Guaharibo* y *Sanema*. El término peyorativo: “*Waika*”, se hizo común; Según Lizot (1988), utilizado por yanomamis enemigos del sur respecto a los del norte, inclusive, para acusarlos de antropófagos.

Amenazas provenientes de las relaciones con la sociedad occidental

La sociedad Yanomami está confrontando diferentes tipos de amenazas que atentan contra sus posibilidades de reproducción biológica y cultural. Las amenazas más conspicuas que se pueden enumerar son:

- a. La penetración en sus territorios, de mineros y otros tipos de aventureros y explotadores de recursos.
- b. La ampliación de las fronteras económicas y políticas de Venezuela y Brasil.

- c. La penetración sin control de científicos, funcionarios públicos, militares, entre otros, que pueden transmitir enfermedades para las cuales no tengan respuestas inmunológicas.
- d. La consideración, desde hace décadas, de que se trata de una sociedad endémicamente violenta.

El hogar de los yanomami y la relaciones hombre-naturaleza

Referir el hogar de los Yanomami significa relacionarlo directamente con el bioma amazónico o la selva amazónica. Desde el punto de vista ecológico, la selva está integrada por ecosistemas de gran fragilidad por las limitaciones químicas que lo caracterizan: Alta acidez, toxicidad por Aluminio, deficiencias de Fósforo, Potasio, Calcio, Magnesio, Sulfuro, Zinc, entre otros. La selva es el resultado de millones de años de evolución de sus ecosistemas, en donde los nutrientes se reciclan en condiciones climáticas favorables, autónoma e introvertida.

La adaptación de los Yanomami a este delicado ecosistema, se estima como el resultado de miles de años de creación y adecuación, entre los que se pueden mencionar valores axiológicos culturalmente adecuados: i) Sistema de explotación agrícola de policultivo de roza y quema, conocido como “conuco”, ii) El carácter itinerante de este sistema, iii) Establecimiento de poblados pequeños, dispersos y altamente móviles y, iv) Vínculo animista con la naturaleza, con la cual mantienen complejas relaciones de interdependencia biótica y sobrenatural. Este condicionamiento ecológico-cultural ha garantizado el equilibrio homeostático que ha viabilizado la continuidad de la vida, tanto de la naturaleza como de las sociedades que viven en ella y con ella, por más de 8.000 años.

Las actividades fundamentales para proveerse de los recursos necesarios para alimentarse, vestirse, construir herramientas, instrumentos, la vivienda y cumplir con los rituales son:

- i) *La horticultura itinerante*: su superficie abarca un promedio de hasta 3 h. de área cultivada; sus productos son de propiedad comunal y representan la fuente energética más importante. La proporción estándar de las principales especies cultivadas son: plátano 77%, yuca 7%, mapuey 5%, algodón 3%, tabaco 2,5% y maíz el 7%.
- ii) *La cacería*: es la principal fuente proveedora de proteína a la dieta diaria; se realiza tradicionalmente con arco y flechas, en dos modalidades; la más común es la que se realiza en los alrededores y zonas

inmediatas a la casa comunal, es denominada rami. La otra modalidad la denominan heniyomou, la cual se realiza a distancias mayores, generalmente duran varias jornadas (15 km aproximadamente) ocupa varios días. Cazán diferentes especies de aves, roedores, mamíferos y herbívoros.

iii) *La pesca (yurimou)*: es una actividad realizada por las mujeres y niños de ambos sexos, en cuerpos de agua cercanos; los hombres adultos asumen el rol, en la mayoría de los casos, de vigilantes ante la posible presencia de enemigos.

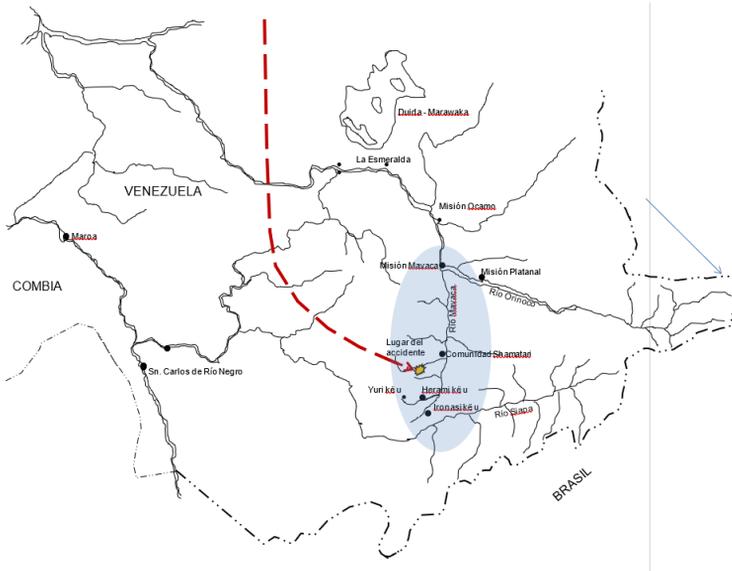
iv) *La recolección*: se desarrolla durante viajes (wayumi) a zonas distantes de la comunidad y por tiempo indeterminado; puede durar semanas o meses; en estas actividades participa toda la comunidad; en ella se caza, se pesca, se recolectan frutos silvestres, insectos, miel; pero lo más importante, es que sirve para fortalecer las relaciones hombre-naturaleza, lazos parentales y, sobre todo, el entrenamiento de los niños y niñas.

La naturaleza no sólo provee a los Yanomami de recursos para su alimentación; por el contrario, existe una total integralidad del humano, como ente biológico y del hombre como ente cultural y con la naturaleza.

Los yanomami de nuestra historia

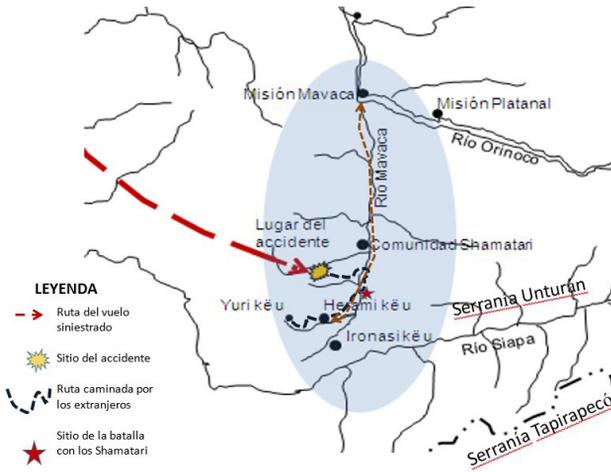
Los Yanomami de nuestra historia ocupan la parte alta del río Mavaca y sus afluentes en la vertiente norte de la Serranía Unturán. Están clasificados lingüísticamente como Yanomami y ocupan el extremo sur del Amazonas venezolano. Son conocidos con el denominativo de Shamatari por los yanomami que habitan la zona del alto Orinoco y sus afluentes principales; pero ellos no se reconocen como tal: se autodenominan Yanomami. Sus comunidades han tenido muy pocos contactos con representantes de grupos étnicos diferentes.

MAPA DE UBICACIÓN



Fuente: Elaboración propia

UBICACIÓN RELATIVA DE LOS EVENTOS NARRADOS Zona donde se desarrollaron los acontecimientos



Fuente: Elaboración propia

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
PRIMERA PARTE

Capítulo I

Horizontes de miedo

Surcando el firmamento

El cielo guaireño se presentaba claro aquella mañana de un día cualquiera de los primeros de un mes cualquiera de un año cualquiera; prometía un vuelo tranquilo. Con seguridad, tendría una reconfortante y merecida semana de vacaciones para abstraerse de la vorágine de la ciudad, de los negocios y de los compromisos sociales.

Ya se veía al trote de su hermoso caballo saíno por los potreros de “El Cocotal”, el hato de su socio. Aquellas sabanas al norte de San Juan de Manapiare en el Estado Amazonas, les resultan particularmente agradables; aún, en pleno verano, la alta radiación solar es mitigada por una suave brisa proveniente de la serranía de Maigualida; lo cual, permite disfrutar plenamente del paisaje sin sentir los estragos del calor.

De esta manera piensa Erasmo Gutiérrez, sentado frente a los mandos de su viejo avión del tipo Mc Carthur, familia cercana de los versátiles y competentes Douglas DC-3, totalmente repotenciado.

Ya asegurados los arneses que sujetan su cuerpo al asiento del piloto, descolgó el intercomunicador que lo comunicaría con la torre de control del aeropuerto “Simón Bolívar”, en Maiquetía, Estado La Guaira.

Pronunció con descuido, en el alfabeto fonético internacional, las siglas CP-777, que identifican al aparato; mientras sus ojos diestros, se paseaban por el amplio tablero instrumental del avión, en una acción automática de chequeo rutinario.

-¡Maiquetía ... siete siete siete carlos papa!-

Inmediatamente, resonó en la cabina, la voz del controlador aéreo:

-¡Siete setenta y siete carlos papa, Maiquetía!-

-¡Con los buenos días!-, respondió Erasmo

-Siete siete siete carlos papa con destino al hato "El Cocotal" en Manapiare, Amazonas; alternando con San Juan de los Morros, Calabozo, San Fernando de Apure y Puerto Ayacucho... Tiempo estimado en la ruta, 1 hora y 50 minutos... Combustible para 3 horas y media... Nueve almas a bordo.... Estabilizaremos a 19.000 pies.-.

-Copiado, siete setenta y siete carlos papá; tiempo despejado, cúmulos al suroeste con vientos con 2 nudos de velocidad en dirección este-oeste; no te tocarán.... Puerto Ordaz con 50% de visibilidad, no recomendable como alterno... La ruta estará despejada si evitas cargarte al Este... Autorizada carreteo a cabecera y mantenga posición.-.

-¡Copiado Maiquetía!-

Erasmo volteó hacia su lado derecho, donde, con la lista de chequeo en la mano, se encuentra Carlos, hijo de su viejo amigo Luis Francisco: con regularidad le servía de copiloto, especialmente cuando viajaban en familia. Carlos Manuel es un muchacho ágil e inteligente de 27 años de edad. En Diciembre concluyó el curso de Piloto Comercial, además de estar graduado de Ingeniero Industrial.

-¡Inicia la rutina!-. Le indicó con voz suave.

Como respuesta, el muchacho se aprestó a seguir el orden de chequeo que establecía la lista al respecto, cuando en eso se oyó de nuevo, la voz del empleado de la torre....

-¡Siete setenta y siete carlos papá, Maiquetía! -.

-¡Adelante Maiquetía! -.

-Autorizado decolado y despegue... ¡Buen viaje! -.

-¡Gracias Maiquetía!... Siete siete siete carlos papá, fuera -.

La mano experta de Erasmo ejerció presión sobre las palancas de potencia y en respuesta, los dos motores aumentaron sus revoluciones, obligando al

avión a desplazarse a mayor velocidad rumbo a la posición de la cabecera de la pista para iniciar el decolado y despegue. El reloj del tablero marcaba las 08:45 hrs. de aquel día de Dios. Su mirada acuciosa se dirigió a los planos del avión para comprobar las reacciones de los flaps ante los movimientos que le imprime al timón. Erasmo detuvo el aparato en la cabecera de la pista.

-¿Listo?-

-¡Listo!-. Respondió Carlos, sin quitar los ojos de la instrumentación, siguiendo el orden estipulado en la lista de chequeo.

-¿Todos listos atrás?-. Preguntó Erasmo, dirigiéndose a los pasajeros, que en ese momento se mantenían prestos para el despegue con los cinturones de seguridad ajustados y el respaldo del asiento en posición vertical.

-¡Listo!-. Respondió Omaira, mientras se hacía la señal de la cruz.

Rafael Linares cerró fuertemente los ojos y apretó con fuerza excesiva, los extremos de los brazos de su asiento; este medio de transporte no goza de su preferencia.

Erasmo soltó los frenos; los motores, rugiendo a toda potencia, lanzaron al aparato a una veloz carrera encima de las líneas guías del centro de la pista, las cuales pasaban raudas para ser tragadas por el vientre del avión. Sendas agujas negras indicadoras de la velocidad, alcanzaron las condiciones de despegue.

Erasmo atrajo hacia sí el timón y la nariz del aparato se elevó lentamente; la nave comenzó su ascenso. Con voz gruesa pronunció:

-¡Tren!-

Carlos respondió accionando una pequeña palanca colocada en la parte baja del tablero; las ruedas del avión, se hundieron bajo los respectivos motores.

Los edificios y las columnas de vehículos se fueron achicando y quedando atrás. El plano derecho del avión se hundió, mostrando el vientre de la nave al gigante mar Caribe mientras giraba a la derecha buscando el rumbo Sur.

Erasmo se dirigió a Carlos:

-¡Es todo tuyo!-

El copiloto asumió los mandos del aparato, mientras, Erasmo se disponía a chequear la ruta de vuelo, en un mapa que extrajo de un maletín negro ubicado a la derecha de su asiento. Cambió la frecuencia del radio para ubicar a San Juan de Los Morros, su primer alternado para casos de emergencia.

Erasmo cuenta con 55 años de edad y es oriundo del oriente venezolano; la vida ha sido generosa con él; graduado de Ingeniero Metalúrgico en la Universidad Central de Venezuela, se inició profesionalmente en Petróleos de Venezuela, donde acumuló la experiencia suficiente para aventurarse en el ejercicio privado asociado con su compañero de promoción y de trabajo Luis Francisco Sarmiento.

De eso hacían ya 20 años, la empresa había crecido gracias al esfuerzo, el tesón y el excelente trabajo en equipo que siempre supieron mantener. Posteriormente, la dinámica del desarrollo industrial del país los llevó a crear una dependencia en Ciudad Guayana, donde Luis Francisco logró un espacio importante en las empresas de la Corporación Venezolana de Guayana y las petroleras que operan en el sur del Estado Monagas. Mientras, Erasmo se mantenía en la sede de Caracas, en el control central de las operaciones de la empresa.

Las circunstancias lo llevaron a incursionar en una carrera profesional técnica; sin embargo, su inclinación hacia el humanismo y las ciencias sociales eran evidentes, hasta el punto que siempre había pensado que esas áreas del conocimiento representaban el ámbito de su verdadera vocación; por ello, se preocupó por inculcar a sus hijos el interés por la historia y las costumbres de las gentes.

En la cabina de pasajeros el ambiente es de tranquilidad; las hileras de butacas a los lados del pasillo están alineadas de manera particular como resultado del rediseño del avión.

Las butacas, colocadas una frente a otra, cedían espacio entre ellas, a mesas para café, lectura o juegos, lo cual proporciona mayor confort y elegancia a la cabina.

Los asientos están parcialmente ocupados; en el lado derecho, las butacas eran gemelas; en la primera de ellas, Omaira, esposa de Erasmo, observa silenciosamente el paisaje despejado de nubes, representa con elegancia sus 48 años de edad: su pelo castaño claro recogido sobre la nuca, armoniza con su piel cobriza; el bluyín y la blusa a cuadros ajustaban bien a su cuerpo, que

mantenía en buena forma gracias a los beneficios de una alimentación cuidada y caminatas rutinarias. A su lado, su hija Rebeca, de 26 años de edad, es Licenciada en Relaciones Industriales; este título, recientemente adquirido en la Universidad Central, la capacitó para desempeñarse en la Gerencia de Recursos Humanos de la empresa de su padre. La muchacha se entretiene enterándose de las actualidades del Jetset internacional que le proporciona una revista de farándula.

Seguidamente, detrás de Omaira y Rebeca, conversan con tranquilidad los esposos Dolores y Santiago López; de 44 y 49 años de edad, respectivamente, quienes están casados desde hace 15 y de cuya unión existe un hijo de 12 años, quien pasará, en casa de sus abuelos maternos en Maracay, los días de ausencia de sus padres; el ambiente campestre no le atrae. Santiago se desempeña como Gerente de Administración de la empresa.

El lado izquierdo de la cabina, en el primer par de butacas, están Rafael Linares, de 35 años de edad, periodista, Director de Relaciones Institucionales de la empresa y frente a él, Beatriz Angulo, de 31 años de edad, abogada, inquieta e inteligente; se desempeña como parte del equipo jurídico de la *Corporación Segmentos*, nombre de la empresa de Erasmo y Luis Francisco. Todos han sido invitados por su jefe a disfrutar de aquellos días de asueto en el hato El Cocotal, el cual ya conocían por invitaciones anteriores.

El siguiente par de asientos estaba ocupado, solamente, por Erasmito, el otro hijo de Erasmo y Omaira, quien, con 27 años de edad, labora en la empresa de su padre como Ingeniero Metalúrgico, título que adquirió 3 años antes, al igual que su hermana, en la Universidad Central de Venezuela. Con el asiento reclinado y los ojos cerrados, Erasmito escucha la música proveniente de unos audífonos conectados a sus oídos.

En ese momento, Erasmo informó a los pasajeros sobre las cavas contentivas de alimentos y bebidas, ubicadas en el compartimiento de cocina al fondo del avión.

Las maniobras de Carlos, estabilizaron la nave a 19.000 pies, los instrumentos registraban la velocidad crucero de 280 km/h. El equipo VOR (Radiofaro Omnidireccional VHF), se mantiene en la señal de una emisora caraqueña.

-¡Calabozo... setecientos setenta y siete carlos-papa!-

Con voz pausada, Carlos se reportó a Calabozo de acuerdo a lo previsto en el plan de vuelo. La respuesta no se hizo esperar.

-¡Setecientos setenta y siete carlos papa... Calabozo!

Carlos prosiguió:

-¡Muy buenos días, éste es el setecientos setenta y siete Carlos Papa; procedente de Maiquetía con destino al hato "El Cocotal", San Juan de Manapiare... mantenemos 19.000 pies; nueve personas a bordo y autonomía para.... 3 horas; tiempo estimado en la ruta... unos 30 minutos... Cambio!-

-¡Copiado setecientos setenta y siete carlos papa; poco tráfico en la zona; interrogativo si mantiene encendido el radar, cambio!-

-¡Negativo... Cambio!-

-Atento a cúmulos en rápida formación y vientos de hasta 3 nudos con dirección sur-oeste; si se ve comprometido proceda San Fernando... Cambio!-

-¡Copiado Calabozo, interrogativo sobre la gravedad de la situación... Cambio!-

-Velocidad y dirección de los vientos inusuales en esta época del año; al igual que la rápida formación de cúmulos... Se estima que la situación empeorará, el rango más peligroso entre 10.000 y 26.000 pies... Cambio!-

-Gracias Calabozo, nos mantendremos vigilante... Terminado!-

-Siete setenta y siete, reporte cada 5 minutos los próximos 15... Cambio y terminado.-.

El temible "nimbus"

Erasmus dirigió su vista a la pantalla de radar, observó con preocupación, una gran masa verde sobre campo negro. Cada barrido modifica la posición de la mancha verde, escudriñó el espacio a través de su ventanilla; lo que vio lo dejó perplejo:

-¡Coño!... Ese carajo se equivocó... esto es más peligroso!-. Exclamó alarmado.

Erasmus asumió el control del avión, hasta ahora en manos de su copiloto, con un movimiento casi instintivo hundió el timón, produciendo un violento y repentino descenso del aparato; sobre el mismo movimiento giró a la derecha para contrarrestar la gravedad negativa producida por el brusco descenso. Si

lo dicho por el funcionario de la torre era cierto, podrán salirse del “paquete” por debajo de los 10.000 pies.

La sorpresiva maniobra pegó contra el espaldar de sus respectivos asientos a los sobresaltados ocupantes del aparato. En efecto, el de la torre se había equivocado, había subestimado las dimensiones del fenómeno atmosférico; un enorme cumulonimbus es registrado por el radar; abarca todo el espacio visible y se mueve a una velocidad mayor a la necesitada por Erasmo para alcanzar el nivel de altitud por debajo de 10.000 pies.

La nave se ve envuelta por una espesa nube negra y es estremecida por una violenta espiral de aire caliente que se eleva verticalmente; la nave es afectada al mismo tiempo por corrientes frías que descienden en un ciclo de fuerte turbulencia que hacen crujir su estructura.

Erasmo sabe que aquella fuerza de la naturaleza puede poner en peligro la estructura de la nave y la vida de sus ocupantes.

La aguja del altímetro gira rápidamente en el rápido descenso. Todos están crispados y en silencio; en el rostro de Erasmo se dibuja una fuerte tensión, su margen de maniobra es reducido; el altímetro marca 15.000 pies y en descenso; el avión se estremece y cruje constantemente.

Confía en la fortaleza de aquel viejo pero noble aparato; sus ojos se pasean una y otra vez por la instrumentación; todo está funcionando correctamente; dio más potencia a los motores, debía incrementar la velocidad para evitar ser arrastrado por los vientos; el altímetro registra 8.000 pies y continuaba disminuyendo; trató de suavizar el ángulo de descenso, miró la brújula, el avión se había salido, ligeramente, del rumbo preestablecido; tomó el micrófono y exclamó:

-¡San Juan... San Juan... Este es el siete setenta y siete carlos papa. Cambio!-, no hubo respuesta del controlador aéreo de San Juan de los Morros; seguidamente cambió la frecuencia.

-¡San Fernando... San Fernando... Este es el siete setenta y siete carlos papa, cambio!...-.

Tampoco hubo respuesta del controlador de San Fernando de Apure; cambió la frecuencia una vez más; esta vez:

-¡Puerto Ayacucho... Puerto Ayacucho... Este es el siete setenta y siete carlos papa. Cambio!-.

¡Nada! ¡No hubo respuesta de los aeropuertos alternos!

La velocidad de descenso fue cediendo hasta nivelar a 5.000 pies de altura; en el exterior de la nave la oscuridad es total, de pronto, se sintió un fuerte estremecimiento acompañado por una especie de chasquido semejante al que produce un corto circuito; las luces palidieron hasta irse por completo; Carlos accionó el interruptor de emergencia que activó las baterías auxiliares; el resultado no se hizo esperar, la iluminación volvió a la cabina donde sus integrantes permanecían atónitos. Hasta ahora no se han producido reacciones de desesperación; sólo Dolores sollozaba abrazada a su esposo.

Rafael y Beatriz mantenían sus manos crispadas sobre los brazos de sus respectivas butacas y los ojos fuertemente cerrados. Erasmito se enderezó en su asiento y retiró los audífonos de sus oídos, sus ojos muy abiertos, se mantenían fijos en la entrada de la cabina de mando, como esperando alguna respuesta de su padre. La tensa calma de aquella gente podría convertirse en manifestaciones de terror en cualquier momento.

Erasmo observó el altímetro y maniobró para que la altitud descendiera hasta 3.500 pies, a este nivel haló los mandos hacia sí tratando de levantar la nariz del avión; la respuesta de la nave fue instantánea. Miró la brújula, ésta marca un rumbo de 192°.

-«Demasiada desviación»-. pensó.

-Busca en el manual la frecuencia de Puerto Ayacucho e introdúcela en el ADF-. Le gritó a Carlos, mientras operaba el “fijador de cabeceo” para mantener la nariz del avión en posición de ascenso; seguidamente, giró el timón a su izquierda, debía retomar los 173°, pensó.

La emisora Radio Amazonas comenzó a sonar en las cornetas de la cabina, la aguja del equipo ADF marca el rumbo de 270°, pero no puede determinar a qué distancia está la estación transmisora.

Erasmo verificó el horizonte artificial y maniobró el timón hasta estabilizar el avión; las fuertes vibraciones se mantienen, pero con menor intensidad, el altímetro indica 6.000 pies de altitud y en ascenso. Salieron del corazón del cúmulo, zona de máximo riesgo, pero aún se encuentran en sus laterales; la visibilidad hacia el exterior es reducida.

El girocompás registra 168°, los cuales coinciden con la brújula magnética. Erasmo intenta mantener ese rumbo. Miró el reloj del panel de instrumentos,

éste marca las 09:15 horas. Chequeó su reloj de pulsera verificando la coincidencia.

-¡Coño!- Expresó en voz baja.

Sus manos siguieron aferradas a los mandos, sintiendo que las vibraciones y vaivenes del avión habían disminuido. La oscuridad exterior es casi total:

-«Debo calmarme... tranquilo... todos ellos dependen de mí... ya estamos saliendo»-, pensó, refiriéndose a los integrantes del avión. Buscó con la mirada a Carlos, éste intentaba una y otra vez, hacer contacto con alguna torre de control, cambiando a distintas frecuencias.

-¡Comunícate con el ható!- Le gritó Erasmo; pero, tal intento resultó también inútil.

-¡Déjalo ya!- Inquirió seguidamente Erasmo -¡Intenta cada minuto, no podemos quedarnos solos!

Carlos asintió y depositó el micrófono en su base.

El tiempo comenzó a aclarar. La gran nube negra quedó atrás, pero un colchón ilimitado de nubes impide toda visibilidad sobre la superficie de la tierra.

Perdidos en el espacio

09:38 horas. Erasmo calculó en 40 minutos, el tiempo que habían permanecido en la tormenta. Perdieron la ubicación, sencillamente están extraviados. Conoce la dirección, pero no el rumbo, puede ser cualquiera en dirección sur: ¡están volando a ciegas!

Cuentan con autonomía de combustible para 2, 20 horas a partir de este momento. Todavía tienen tiempo para visualizar una población y con suerte, una pista o un espacio que les permita aterrizar. Si están sobre el Estado Apure sería más fácil, pero si están en el sur de Bolívar o de Amazonas las cosas serían complicadas, muchos espacios de bosques y pocas áreas urbanizadas.

-Debemos tener calma y buscar un espacio adecuado para aterrizar-. Le dijo a Carlos:

-Mantén el rumbo de 168° y sube el nivel de altitud, trata de visualizar un claro por donde meternos-.

Erasmus se asomó a la cabina; los rostros de todos los pasajeros mostraban las huellas del miedo; pero solamente Dolores mantenía el rostro entre las manos; su esposo Santiago la abraza mientras le pide calma. Omaira, por su parte, pálida, escudriña en las expresiones de su esposo el nivel de gravedad de la situación. Erasmito fue el único que se atrevió a preguntar rompiendo el silencio:

-¿Cómo está el asunto, papá?-.

-¡Mejorando!-, respondió el padre, intentando demostrar tranquilidad.

-Ya lo peor pasó... Manténganse en calma, el avión está bien, pero tendremos que aterrizar en cualquier claro si no divisamos una pista... ajústense bien los cinturones.-.

Dadas estas recomendaciones, Erasmo volvió a su puesto al mando del aparato, revisó el mapa de ruta tratando de adivinar su actual posición.

Carlos, atento a las expresiones de su jefe, mantiene con firmeza el timón, siente miedo, están volando a ciegas; aunque la visual horizontal es ilimitada, la visual vertical está impedida totalmente por el “colchón” de nubes bajas.

-¡Elévate más!- Le ordenó Erasmo.

-Vamos a buscar un “hueco”.-.

Carlos atrajo suavemente el timón hacia sí notando al instante, como el horizonte artificial indica elevación de la nariz del avión; pasados unos minutos, buscó estabilidad. En el exterior, todo lo que se ve es una inmensa alfombra blanca cuyos límites no son visibles.

El sol ha comenzado a apoderarse del ambiente. Erasmo miró su reloj, son las 10:27 horas; la autonomía comienza a preocuparlo: aun cuando contaba con combustible para 1 hora y 33 minutos más, debían comenzar a ahorrarlo.

-¡Quita potencia!-, inquirió.

-¡Vamos a ahorrar combustible!.

Pasaron 40 minutos más en aquella angustiada e infructífera búsqueda.

El reloj marca las 11:12 horas; en el interior de la nave la situación sigue igual, nada en el horizonte; el bien entrenado piloto comenzó a sentir miedo, toda su familia está con él, teme por la seguridad de ellos. Miró hacia atrás, Omaira parecía rezar con sus manos juntas sobre su pecho; Rebeca aprieta con sus dos manos el antebrazo de su madre y su rostro se esconde en su hombro.

La joven Beatriz, con el cojín de seguridad abrazado sobre su pecho, parece escudriñar el vasto colchón de nubes que parece extenderse infinitamente. Rafael Linares, frente a Beatriz, refleja temor en su rostro, desconfía de la seguridad de los aviones, aunque sabe poco de ellos, espera que alguien diga algo que lo calme; pero esos comentarios no llegaban.

-¡Mira!... ¡allá se ve algo!-. Gritó Carlos con el rostro iluminado.

Erasmus, como impulsado por un resorte, preguntó casi instintivamente:

-¿Dónde?-.

-¡A las dos!- Respondió Carlos mientras giraba el timón a la derecha, que hizo que el avión se escorara sobre el plano de ese lado.

-¡No veo nada!-. Replicó Erasmus.

-¡Sí!... Es un "hueco"... Pero muy pequeño... ¡Voy para allá!-.

-¡Con cuidado!-, inquirió Erasmus.

Carlos imprimió un amplio giro descendente hasta colocar la nariz del aparato en dirección a un pequeño agujero en las nubes, a través del cual, se divisa la capa vegetal. Sin embargo, lo que puede ver a través de él, es muy poco; por tanto, tendría que asumir el riesgo de penetrar el "colchón" de nubes sin conocer su margen de maniobra en caso de toparse con un cerro.

Alzó la vista hacia el horizonte y observó algunas masas de nubes que se desplazan lateralmente, ampliando el claro por donde podía penetrar el avión con mayor seguridad.

Bajó la nariz de la nave y la dirigió a través del "hueco"; sin embargo, el breve regocijo se congeló en el rostro de ambos pilotos; el "colchón" blanco cambió a una variada tonalidad de verdes, cruzado en la distancia por numerosas cintas plateadas que forman los ríos.

Erasmus buscó con premura en aquella inmensa alfombra, la aparición de un claro donde poder intentar un aterrizaje, estima en 40 minutos la reserva de combustible en el tanque principal; sus adiestrados ojos escudriñan cualquier posibilidad, pero la altura de vuelo no favorece su horizonte visual.

Suaves ondulaciones del terreno se van sucediendo una tras otra, mientras las copas de los árboles pasan raudas debajo del avión. Consecutivamente mira su reloj, el tiempo se muestra inconsecuente y amenazador; al agotarse el tanque principal tendrán un margen de 15 minutos en el tanque de reserva.

Carlos miró a su jefe directamente a los ojos, el joven también lleva la cuenta; una idea cruzó simultáneamente por sus respectivas mentes, es necesario conseguir un sitio donde aterrizar, de lo contrario, tendrán que recurrir a una maniobra muy peligrosa: «¡Arborizar!». Ninguno dijo nada, pero saben que es una alternativa de alto riesgo.

La pista verde

Erasmus se levantó de su asiento y se dirigió a la cabina; al pararse frente a los pasajeros, éstos lo miraron casi sin respiración, el temor se refleja en cada uno de aquellos rostros. Caminó y se detuvo al lado del asiento de su esposa Omaira, quien tomó una de sus manos y apoyó sobre ella su rostro; él la miró sonriente; dirigiendo su mirada sobre todos los presentes, les dijo con tranquilidad:

-Intentaremos un aterrizaje de emergencia... Quitense los zapatos, relojes, sáquense los bolígrafos y cualquier objeto duro de sus bolsillos; ajusten bien sus cinturones, coloquen el cojín de de sus asientos sobre sus piernas y abrácenlo con fuerza; rodeen sus piernas con los brazos. Cuando les avise, no levanten la cabeza por nada del mundo, hasta que sientan que el avión se haya detenido, entonces no se levanten de sus asientos hasta que les diga.-.

Todos se movieron rápidamente, Dolores, aferrada fuertemente al brazo de su esposo Santiago, gimió levemente, pero éste le pidió calma; ella le preguntó con lágrimas en su rostro.

-¿Vamos a morir?-.

-¡No!-, respondió Santiago con autoridad y decisión: -Dios nos permitirá salir con bien-.

Una vez concluidos los pocos preparativos que se podían organizar, Erasmo se dirigió al fondo del avión y revisó que los equipajes y carga estuvieran asegurados con las correas dispuestas para ello. Seguidamente, volvió a su puesto y tomó el mando del avión; su mirada recorrió el impresionante verdor esperando posarse en un claro, pero no identificó nada considerable; pequeños claros son apreciables, pero demasiado pequeños, parecían deforestaciones para pequeñas siembras; no estaban aptos para intentar algo en ellos; la alternativa del arborizaje se acerca inexorablemente.

Este será el momento cumbre de su vida, la integridad de todos sus seres queridos dependía de lo que pudiera hacer, sólo conocía las emergencias de manera teórica y en las pruebas realizadas en simuladores, las cuales superó con efectividad; ahora es diferente, la realidad se yergue como una limitante.

El temor y la incertidumbre se transformaron en deseo de que todo comenzara de una buena vez. Volvió su rostro hacia Carlos, éste permanecía lívido, realmente estaba atemorizado. Erasmo colocó su mano derecha sobre su rodilla y la apretó con fuerza...

-¡Animo compañero!... No hay nadie mejor que nosotros... Somos machetes... ¡¿Si o no?!...-.

-¡Eso es señor Erasmo... Lo haremos bien!-. Contestó el muchacho sin poder ocultar temblor en sus palabras; sus manos se colocaban suavemente sobre el timón, listo para apoyar la difícil maniobra.

La aguja del indicador del nivel de combustible oscila sobre el arco rojo, indicando agotamiento; en 10 minutos Carlos tendría que accionar el pase al tanque auxiliar; 15 minutos después se iniciaría la emergencia.

Los minutos van pasando, a veces parecen rápidos, a veces lentos; la incertidumbre de lo desconocido embarga el ambiente. Carlos accionó la transferencia del tanque auxiliar; el avión no acusó la operación de cambio.

Han pasado 7 minutos más, no hay señales de un espacio en la selva que pudiera viabilizar un aterrizaje exitoso.

El arco rojo del indicador estaba acompañado por una luz roja parpadeante y un sobrecogedor pitido; un escalofrío recorrió la espalda de Erasmo, Carlos sintió opresión en el pecho, pero lo disimuló.

Era inminente el agotamiento del combustible y la paralización de los nuevos motores de aquella nave, la cual, en tan numerosas oportunidades, formó

parte de sus viajes de trabajo y recreación; ahora, se disponía a rendir con su vida, su última misión.

Erasmus se dirigió a los pasajeros para dar las últimas instrucciones:

-Inclínense... Abracen sus piernas... No se levanten sientan lo que sientan, hasta que el avión se detenga-. Seguidamente, tomó su puesto al mando del aparato.

Ahora se dirigió a su copiloto:

-Cuando los motores se apaguen embandéralos... ¡Cierra el combustible!.. ¡Quita las revoluciones!... ¡Mantén levantada la nariz!.-.

Erasmus confiaba en la versatilidad de aquel avión, su estructura aerodinámica y envergadura, facilitan su capacidad para el planeo.

-¡Es tiempo del último protocolo!-. Dijo

-¡Listo!-, respondió el muchacho después de cumplir lo ordenado.

-¡Flap a 15 grados!...-.

-¡Flap 15 grados!-, respondió Carlos.

-¡Mantén la nariz arriba... vigila el horizonte artificial!-.

Los motores no muestran desfallecimiento, pero sus revoluciones habían disminuido al nivel de mantener la velocidad de sustentación.

Ambos hombres, como uno sólo, luchan desesperadamente para mantener la posición paralela de los planos del avión. Las copas de los árboles pasan veloces bajo el vientre del fuselaje, ajenas a la tragedia.

Ahora sólo se guían por el horizonte natural, es decir, la línea que marca en el infinito, la unión de la capa vegetal con el cielo; es necesario mantener el paralelismo de los planos respecto a la masa vegetal bajo sus pies.

Los planos del avión tiran con fuerza a ambos lados, ocasionando suave balanceo del aparato.

La vista hacia adelante no es nada alentadora, las copas de los gigantes árboles parecen acercarse amenazantes, pero a la vez, por su apa-

riencia compacta, proporcionan la esperanza de poder detener el avión de manera progresiva.

Erasmus volteó violentamente hacia su lado izquierdo por donde oyó el cese del ruido del motor; éste acababa de detener su rotación, sus hélices quedaron sin fuerzas, sucumbieron a la falta de combustible. La visión sobre el horizonte artificial indica que el avión se mantiene en equilibrio; el motor derecho no tardó en seguir a su compañero, también se detuvo para siempre.

-¡Mantén la nariz arriba... Deja que la cola caiga sola!... ¡Embandera!-. Gritó Erasmo a su copiloto.

Las hélices parecían ahora una “Y”, pero invertida, con los bordes de frente para ofrecer menos resistencia al viento. Erasmo abraza la esperanza de que las ramas no alcanzasen las hélices hasta que el avión perdiera su velocidad inercial y cayera progresivamente por acción de la gravedad; lo contrario, podría generar una peligrosa desviación de la dirección de desplazamiento.

Erasmus tiene los ojos desorbitados, su mirada se mantiene fija en la nariz del avión, su mente repasa, a enorme velocidad, la situación del aparato.

-¡Corta todo el combustible!-, ¡Mantén la nariz arriba!-. gritó a Carlos, pero éste ya lo había hecho.

Aquella maniobra se vería favorecida si lograban que el primer contacto del fuselaje con la vegetación se iniciara en la “cola”. De esa manera el aparato se frenaría progresivamente, disminuyendo la posibilidad de una peligrosa y fatal voltereta.

Erasmus pensó en esto. Seguidamente, le ordenó a Carlos:

-No dejes que se vaya de lado, que toque primero la cola para que el patín (Rueda fija en la cola de este modelo de avión) ayude a frenarlo. Mantén la nariz siempre arriba-.

Carlos no respondió, miró los alerones y los flaps, estos están totalmente abajo, ofrecen resistencia al aire disminuyendo la velocidad del avión que vuela a unos 10 metros sobre las copas de los árboles. Ambos hombres, en acción coordinada, sujetan con fuerza sus respectivos timones, mantienen elevada la nariz del aparato; no debían permitir que se hundiera, sería fatal si sucediera.

Las copas se acercan cada vez más rápido. Erasmo apretó el estómago instintivamente, sus manos están crispadas sobre el timón. Carlos se man-

tiene en posición parecida, su cuerpo está tenso, su rostro lívido parece no pensar, pero sus ojos buscan algo en la verde pista que se le acerca.

Detrás, en la cabina, se oyen algunos gritos, sollozos, pero todos se mantienen en sus puestos con los rostros hundidos en los cojines colocados sobre sus piernas.

De pronto, los sollozos aumentaron cuando un fuerte ruido y golpes secos estremecieron el aparato, la cola del avión hizo contacto con las copas de los árboles más altos, iniciando un suplicio que no parecía tener fin para los ocupantes de aquella desafortunada aeronave.

Carlos, sin soltar el timón, hundió instintivamente su rostro cuando sintió que la "barriga" del avión hizo contacto con los árboles. Durante segundos interminables, los golpes en el fuselaje ocuparon el pesado silencio. De repente, algo golpeó con fuerza al avión; la nave se resintió y escoró sobre su lado derecho; el muchacho volvió su rostro hacia ese lado, observó con horror que el plano y el motor habían desaparecido.

La nariz del avión bajó, el aparato se deslizaba sobre el follaje escorado sobre su costado izquierdo. El ruido aumentó, ensordecedor, aturdidor, producto de miles de golpes que el vientre y el costado izquierdo de la nave están recibiendo, pero se mantiene una estabilidad relativa, no sentían que la velocidad disminuyera.

De repente, otra fuerte sacudida y el ala izquierda no resistió, desprendiéndose totalmente; lo que queda del avión se balanceaba a ambos lados producto de la velocidad que lleva. Inmediatamente otro golpe y la base del ala derecha se separó, arrastrando con ella un pedazo del fuselaje. A Carlos le pareció que el aparato había sido despedido por el aire, fue lo último que sintió; se sumergió en un hoyo silencioso, oscuro y sin fondo... no escuchó nada más.

Erasmus estaba fuertemente aferrado al timón, siente que el fuselaje, lo único que queda, se va enderezando, ahora se inclina hacia el lado izquierdo; las ramas golpeaban con extrema fuerza el para-brisas de fibra de vidrio; estaba semi-inconsciente; algo penetró en la cabina y lo golpeó, todo se oscureció.

En la cabina de pasajeros, Erasmito abrió los ojos lentamente, se sentía mareado, miró a su alrededor, no recuerda nada; sus ojos, muy abiertos, escudriñan, pero no identifican lo que ven, su cerebro no registra con claridad. El muchacho se encuentra en extraña posición, siente presión sobre su

cabeza, trata de levantar su mano derecha pero no lo pudo hacer; se siente aprisionado, aún no comprende dónde está ni qué le sucede; se quedó muy quieto tratando de aclarar su mente.

-«¿Qué pasa?... ¿Dónde estoy?... ¡El avión!... ¡Nos caímos!».- Concluyó al fin.

Trató de incorporarse, pero un peso se lo impedía. Se tranquilizó, su mente se está aclarando.

-«¡El avión está patas arriba!»-, pensó el muchacho... -«¡Todos están muertos!»-.

La terrible idea terminó por despejar la mente del joven y le permitió tener conciencia sobre su posición. Buscó con su mano izquierda la hebilla de cierre del cinturón de seguridad, lo encontró y lo liberó. Ahora se pudo quitar de encima la butaca, parecía que ésta se había desprendido de su base de sujeción en el piso del avión. Moviéndolo su cuerpo hacia delante liberó sus piernas y pudo incorporarse; ahora tiene mejor apreciación de la situación.

El muchacho se cercioró que el avión no estaba “patas arriba”, que estaba ligeramente inclinado hacia adelante; buscó a su madre, la vio a pocos metros de él, inmóvil, su cuerpo casi colgaba de su asiento, sujeto, únicamente, por el cinturón de seguridad; trató de moverse hacia ella; se detuvo al instante, el avión crujió y se deslizó un poco hacia adelante.

Erasmito se sostuvo en el asiento que estaba frente a él, se acercó a su madre, vio sangre en su rostro; Omaira comienza a tener conciencia, gime levemente. Erasmito apartó el cabello de su rostro, le observó una herida sangrante pero no pudo apreciar su magnitud porque la posición del cuerpo de la mujer limita la observación de su lado derecho; el avión volvió a moverse, ahora con un desplazamiento más violento. La reacción del joven hizo que cayera de espaldas y chocara con el tabique que separa la cabina de mando del avión.

-«¡Papá...!»-. pensó casi con violencia.

Buscó en el asiento del piloto; Erasmo permanecía quieto, la parte superior de su cuerpo estaba tumbada sobre su lado izquierdo, sangraba por la parte izquierda de su cabeza. Erasmito lo llamó estremeciéndolo por el hombro derecho; Erasmo respondió al instante, quizás movido por el instinto de conservación. Permaneció unos segundos ensimismado, como aclarando su mente... buscaba afanosamente los recuerdos.

-¡Nos caímos!...-. Le gritó su hijo.

Erasmus trató de incorporarse, el avión se movió... observó por el parabrisas... sólo ramas, follaje, una de ellas penetró por la ventanilla izquierda chocando contra su cabeza y le produjo una herida que estaba sangrando.

Erasmus trató de obtener una apreciación de la situación, quizás están en la copa de los árboles; la nariz del avión está sumergida totalmente entre el follaje; el aparato permanece inclinado hacia adelante y sobre su lado izquierdo; al parecer, el plano izquierdo, al desprenderse, alteró con violencia la dirección de avance del fuselaje; el eje del cuerpo del avión mantiene una diferencia de unos 45° con la línea horizontal.

-¡Erasmito!...-. Llamó.

-¡Dime papá!... Respondió el muchacho.

-¿Cómo están todos?... Busca a tu mamá... Ten cuidado, nos podemos caer a tierra, no sé a qué altura estamos del suelo.-.

En eso, las ramas que aguantaban el avión, con un fuerte crujir, cedieron a su peso y éste inició su descenso hacia la superficie.

-¡Aguántate!...-. Gritó Erasmus a su hijo, quien se colocó en cuclillas aferrándose al tabique que separaba la cabina del asiento de su padre.

El descenso se inició con lentitud, pero un fuerte ruido sacudió al avión nuevamente e inmediatamente se aceleró el desplazamiento entre fuertes golpes que cambian consecutivamente la dirección que lleva rumbo al suelo.

Capítulo II

Asombrosa e inexorable realidad

Una ventana a otro mundo

El agua sobre la nuca le causó un fuerte estremecimiento, fue una especie de choque eléctrico que alertó la conciencia de Erasmito. Su mente trata de ubicarse en la realidad; abrió los ojos repentinamente, identificó la sensación del agua fría cayéndole en la cabeza y que lo empapaba con rapidez; movió el brazo derecho con lentitud llevándoselo al rostro aún sin conciencia plena de dónde estaba y lo que estaba sucediendo. De pronto, una imagen volvió como un chispazo a su mente -«...¡Nos caímos!...»-. El joven movió bruscamente el brazo izquierdo pero sintió dolor, -«...¡Estoy vivo!...»-. Tuvo conciencia de su posición, estaba boca abajo, asomándose por un hueco abierto en el fuselaje del avión, la parte inferior de su cuerpo permanecía en el interior, su rostro estaba a pocos centímetros del suelo húmedo donde el barro se combinaba con hojas, ramas y otros restos vegetales; entonces se dio cuenta que estaba lloviendo y que el agua lo está ayudando a aclarar su mente; comenzó a incorporarse muy lentamente, siente el brazo izquierdo aprisionado con algo, probó recuperarlo y pudo hacerlo pero acusando dolor. El metal del fuselaje le había causado laceraciones en el antebrazo muy cerca del codo.

La escena estaba en silencio, no percibía ningún ruido que pudiera acelerar su total regreso a la realidad; escuchó la voz queda de su padre que lo llama, le pareció lejana; pero la voz causó el efecto de reacción inmediata. Rápidamente dirigió su atención hacia el lugar de donde proviene; con cierta inquietud, posó la mirada en la cabina de mando del avión tratando de ubicar a su padre, quien, recuperado, hace esfuerzos por liberar sus piernas aprisionadas entre el tablero y una rama que penetró a la cabina, justo bajo su asiento.

-¿Cómo están todos?-. preguntó Erasmo con ansiedad; mientras, sus manos escrutaban sus piernas en busca de fracturas o heridas.

-¡No sé!, déjame ayudarte a salir-. Le respondió su hijo.

La respuesta de Erasmito fue interrumpida por un leve quejido de Carlos quien comenzaba a recuperarse, su mano derecha cubrió parte del mismo lado del rostro, encima de la frente, donde acusaba un golpe que no tenía herida perceptible. Finalmente, Carlos abrió los ojos:

-¿Que pasó?-, preguntó aún sin conciencia plena de la realidad... «-¡Nos caímos!...». Pensó; llegó a esta conclusión cuando percibió las condiciones del avión.

-¡Erasmo!... ¿Cómo estás?-. Le preguntó al piloto de la nave al observarlo aún en su asiento.

-¡Más o menos!-. Contestó éste mientras terminaba de liberar sus piernas, ayudado por su hijo.

En ese momento, oyeron gritos desesperados de Rebeca, quien, entre sollozos, llama a su madre mientras intenta, infructuosamente, reanimarla y liberarla del cinturón de seguridad; pero ésta, aún inconsciente, permanece reclinada hacia adelante, lo que impedía a su hija, el acceso a la aleta de retenida del cinturón, para liberarlo. En esa actividad se encontraba, cuando sintió a su lado unas manos que la apartan suavemente y seguidamente, tomaron a su madre por los hombros reclinando su torso contra el espaldar de la butaca.

-...¡Gracias>! ¡Rafael!-. Respondió la joven, mientras procede a soltar la hebilla del cinturón y observar con angustia la herida, de unos cuatro centímetros, que su madre presenta en la sien derecha.

Fuera de la cabina, Santiago López permanece inconsciente, tendido boca arriba sobre el suave y húmedo colchón de hojas, el agua de la lluvia, ya amainada, lavó la sangre de la profunda herida que presenta en la frente. Es asistido por Dolores, su esposa, quien intenta infructuosamente de reanimarlo.

Erasmo, al lado de Dolores, se dedicó con delicadeza, a entablillar, con ramas seleccionadas en el entorno, la fractura que Santiago presenta en el húmero del brazo izquierdo, fácilmente palpable a través de la tela de la camisa; ya había concluido el entablillado de la fractura de la tibia de la pierna derecha.

Hasta el momento, Santiago llevó la peor parte en el accidente. El ala derecha del avión, al desprenderse, arrastró parte del fuselaje cercano al sitio donde él estaba sentado, dejándolo expuesto a los golpes proporcionados por las ramas que pasaban rápidamente a su lado. Situación ésta, que cesó cuando el fuselaje se posó en el suelo.

-Vamos a dejarlo un rato sin moverlo, luego lo llevaremos al interior del avión-. Le dijo Erasmo a Dolores, mientras se disponía a limpiar y suturar la herida que Santiago presenta en la frente; utilizando para ello, la instrumentación contenida en el maletín de Primeros Auxilios de la nave.

El sitio donde se encuentran está guarnecido de la lluvia por la frondosa copa de un árbol, cuyo tronco está separado, unos cinco metros, de la línea de deslizamiento vertical que siguió el avión, ayudado por otros árboles.

Omaira se recuperó totalmente, pero se siente mareada. Sentada sobre una gruesa raíz superficial, recobra lentamente la conciencia atendida por su hija Rebeca, quien le vendó la herida del rostro, la cual, a juicio de Erasmo, no necesitó sutura. La mujer intenta llevarse la mano izquierda a la parte superior del brazo derecho al sentir dolor en esa zona.

-...¡Cuidado!...-. Le recomendó Rebeca, -Tienes un golpe en el brazo, pero no te preocupes, no parece ser grave-.

Omaira comenzó a llorar, desahogándose de la grave tensión de los acontecimientos, los cuales le parecían insólitos, producto de un mal sueño. Rebeca la abrazó y lloró un rato con ella; quizás este sentimiento manifestado por su hija y el hecho de compartir la misma situación, permitió a Omaira superar lo que amenazaba con convertirse en una crisis de nervios de mayores proporciones.

Rafael y Beatriz, recostados de los restos del fuselaje del avión, se examinan, individualmente, algunas magulladuras, golpes y raspones sufridos durante el accidente. Frente a ellos, Erasmito y Carlos permanecen sentados en una gruesa raíz que aflora del suelo, por entre cuyas ramas se deslizó el avión. Los comentarios son pocos, pareciera que aquellas personas todavía no tienen total conciencia de su situación.

Erasmo terminó de suturar la herida de Santiago; se levantó para continuar apreciando la situación general; camina con cierta dificultad; siente dolor en su rodilla izquierda, a cuya altura, se aprecia una mancha de sangre que

rodea la rotura de la tela del pantalón; se siente débil, se sentó al lado de su esposa. Erasmo levantó el rostro hacia la copa de los árboles, no sabe cuánto tiempo ha pasado; las últimas horas las dedicó a atender a los heridos.

Con excepción de Santiago, las heridas no fueron de gravedad. A Erasmo le preocupa su amigo; no sabe de medicina más que rudimentarios conocimientos de primeros auxilios, pero no le cabe la menor duda de que Santiago sufre una conmoción cerebral; desconoce cuan grave es la lesión y le preocupa que sus pupilas estén dilatadas, no tienen como atenderlo.

Hilos de luz rasgaban el ambiente a través de las ramas de los altos árboles; el sol apenas podía pasar entre el espeso follaje. Erasmo nunca vio árboles tan altos; muchas interrogantes brotan de sus reflexiones:

-«¿Por donde pasó el avión?... Debería haber un claro en la copa de los árboles... Todo está intacto... Pocas señas de que algo pasó por ahí. ¿Y las ramas rotas?... Ese claro y esas ramas rotas no son suficientes para ser observado por un grupo de rescate... Será difícil que puedan ubicar el sitio del accidente y rescatarnos... A esta hora ya nos deben estar buscando... ¿Dónde estaremos?... Indudablemente estamos en Amazonas... Seguimos una ruta paralela... Quizás estamos muy al sur. Quizás cerca del cerro Marawaka... ¡No!... Quizás estemos más al Sur... ¡Quizás pasamos el Orinoco por los lados de La Esmeralda!... Consumimos todo el combustible... Debemos estar mucho más al Sur, cercanos a La Neblina»-.

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo de Erasmo ante esta conclusión, sabía que es la parte menos conocida del Amazonas venezolano; eso dificultaría el rescate... Lo más seguro será que los busquen mucho más al Norte, quizás hasta el Orinoco como límite sur. Las reflexiones de aquel líder natural, llegaron a una conclusión:

-«...Lo más probable es que tengamos que valernos por nuestros propios medios...»-.

Erasmo examinó el destrozado fuselaje; no le es posible ubicar las alas del avión, quedaron muy a tras. El fuselaje no encontró obstáculos en su caída desde la copa de los árboles. Siguió concluyendo:

Cómo piloto se alegró al confirmar: -«Logramos arborizar bien... Las ramas que sostenían el fuselaje cedieron a su peso y éste se vino a tierra... Mejor así... La cola se desprendió totalmente, así como los dos planos»-.

Erasmo comprendió la conveniencia de que los planos se desprendieran previamente; permitió al fuselaje, con su preciosa carga, llegar al suelo, de lo contrario, pudo quedar atascado a 20 o 30 m. de altura. Observó el cuerpo

de la nave, inclinado hacia delante, casi horizontal; en su desplazamiento fue ayudado por los contrafuertes que le dan sostén al enorme árbol. Estos contrafuertes funcionaron como especie de tobogán que dirigieron la llegada del avión a tierra, disminuyeron su fuerza de desplazamiento y evitaron un impacto directo y de mayor violencia contra el suelo.

-«¡Después de todo, fuimos afortunados!»- Pensó.

Aquel viejo pero excelente y noble avión, ahora estaba allí, carente de su imponente figura, descansando, destrozado, sobre lo que será su tumba definitiva. Su cuerpo está ligeramente inclinado sobre su lado derecho, donde se apreciaba una abertura, justo donde antes existía el plano de ese lado, que, al desprenderse desde la base, se llevó consigo parte del fuselaje.

-«Por ahí entraron las ramas que golpearon a Santiago»- Pensó Erasmo.

El timón y la cola desaparecieron, una parte del fuselaje se fue con ellos, pero la parte del depósito y el baño estaban intactos.

Erasmo salió de estas cavilaciones. Necesitan organizarse para enfrentar la situación, única manera de sobrevivir y hasta ahora la gente no ha reaccionado al respecto:

-¡Erasmito... Carlos... Rafael... todos, acérquense, vamos a conversar!- Llamó con apremio.

Asumir lo porvenir

Los tres hombres se acercaron rápidamente, al igual que la joven Beatriz; Rebeca quedó al lado de su madre, pero pendiente de la conversación que se va a iniciar; Dolores continuó al lado de Santiago, quien permanece inconsciente, presumiblemente, con una fuerte conmoción cerebral producto del golpe recibido en la frente. Dolores le había quitado la camisa mojada sustituyéndola por una seca y le organizó un sitio de mayor comodidad, lo cubrió con una cobija para mantenerlo caliente.

Erasmo inició lo que podía considerar la primera reunión.

-Debemos tomar las cosas con calma y serenidad... Debemos organizarnos porque no sabemos cuándo nos rescatarán, ni siquiera sabemos si lo harán... Pero a esta hora ya debe haber grupos buscándonos... No debemos desesperarnos, estamos todos para ayudarnos y lograr salir bien de esto-

Beatriz miró inquieta a Erasmo y le preguntó, visiblemente nerviosa:

-¡Señor...!... ¿Usted cree que nos encontrarán?... ¿Cree que nos podrán encontrar rápidamente?...-

-Estoy seguro que ya nos están buscando.... ¡Cálmate!, ¡No nos pasará nada malo!... ¡Debemos permanecer calmados...!-

Rafael aseveró con pesimismo: Esa gente de rescate son muy lentos, quizás ni siquiera se han organizado o si tendrá los equipos suficientes-

Erasmo le respondió con serenidad y suavidad mientras le pasaba el brazo por sobre los hombros de Beatriz para calmarla.

-Tengamos confianza... ¡Dios no nos abandonará...!-. Acotó con seguridad.

...Vamos a permanecer en este sitio y esperaremos que nos ubiquen; lamentablemente el avión no tiene radio-localizador de emergencia, el mes entrante le iban a colocar ese equipo. Vamos a organizar la cabina de pasajeros, nos protegeremos en ella... ¡Rebeca!... acompaña a Beatriz a organiza el interior, prepara un lugar para Santiago, recoge las cosas que estén regadas... Rafael y Erasmito... Busquen herramientas y cualquier tipo de equipo o material que encuentren en el maletero trasero del avión, busquen en los alrededores, recuperen los equipajes que se salieron durante la caída; reúnan todo, vamos hacer un inventario de lo que tenemos.... Carlos, reúne madera seca que pueda servir para leña... Yo trataré de hacer funcionar la radio-

El reloj de Erasmo marca las 15:10 horas; sin embargo, por la falta de luz solar, parece que fuese más tarde. Los efectos reunidos fueron considerados de importancia:

-¡Veamos!-, dijo Erasmo... -Hagamos una relación-

Las cosas fueron colocadas ordenadamente en un espacio seco. Se contaba con:

El botiquín de Primeros Auxilios para emergencias, con su contenido completo para atender heridas y malestares comunes de carácter digestivos, infecciosos y alérgicos.

Erasmito y Rafael ordenaron:

2 linternas,
1 Hachuela en su funda,

- 1 cuchillo de monte en su funda,
- 1 navaja multiusos equipada con tijeras, destornillador, lupa, sierra, etc.
- 2 machetes en su funda
- 1 caja con 12 baterías de linterna,
- 1 pistola de señales con cinco cartuchos,
- 1 rollo de mecatillo de nailon de aproximadamente 100 m.
- 1 revolver perteneciente a Erasmo, cargado con cinco cartuchos y otros cinco de carga adicional sueltos y una caja con 50,
- 1 rifle calibre 22 mm. de Erasmito y una caja de municiones contentiva de 50 cartuchos; otra caja con 30 cartuchos.
- 1 caja de herramientas contentiva de destornilladores, alicates, pinzas y llaves para tuercas.
- 2 yesqueros de gas líquido y una caja de fósforos para la intemperie.

Erasmo, por su lado, mantiene consigo un maletín negro contentivo de mapas, papel, libretas, bolígrafos, lápices de grafito, una brújula de mano y equipos usados por los pilotos para calcular y trazar las rutas.

Rebeca y Beatriz reunieron todos los equipajes que pudieron encontrar. Dos maletas fueron encontradas en las cercanías, abiertas y su contenido esparcido por los alrededores.

Para uso común, reunieron, además:

- 2 mosquiteros,
- 3 hamacas,
- 3 chinchorros de moriche,
- 1 chinchorro de hilos de nailon,
- 2 impermeables tipo poncho y,
- 2 pares de guantes de trabajo.

Posteriormente, todos se dedicaron a reunir y organizar, tanto sus pertenencias personales, como las consideradas para el uso común.

Erasmo continuó en su intento activar la radio del avión; al rato manifestó lacónico: -¡La radio no funciona! ... Da la impresión que se quemó...-.

En eso, Erasmito recordó que su teléfono estaba equipado con radio; por ello, respondió a su padre:

-Espera papá, mi teléfono tiene radio, lo voy a buscar.-

Acto seguido se dirigió al avión, momentos después volvió manipulando el pequeño equipo; no podía oír nada, por ello exclamó contrariado:

-¡No agarra ninguna emisora, parece que aquí no llega señal!-

De repente su cara se iluminó, oyó música.

-¡Bien!... Sintonicé una, vamos a esperar-

El locutor reinició su parlamento; su acento extrañó a Erasmito, quien exclamó sorprendido:

-¡Coño! ... ¡Es una emisora colombiana!-

El escaneo del dial digital inició su recorrido; su avance se detuvo al capturar señales de una estación emisora. El muchacho concentró su atención, pero esta vez no entendió lo que decía, el locutor está hablando en portugués; siguió explorando el dial; se detuvo al oír música, inmediatamente después, una voz en idioma inglés. Seguidamente el muchacho repitió se expresión de contrariedad:

-¡No joda!... ¡Parece que aquí no se capta ninguna emisora venezolana! ¡He registrado todo el dial!... ¡Escucha!-. Dirigiéndose al padre y ofreciéndole los audífonos.

Erasmo avanzó hacia su hijo, tomó los audífonos y los colocó en sus oídos.... ¡Si!, efectivamente, oyó la voz de un locutor hablando en idioma inglés. Seguidamente, se dispuso a explorar en el dial. Ahora, Erasmo recibió una señal en portugués, otra en español, pero por el acento, la emisora debía ser de España. Siguó buscando; detuvo su avance, trataba de escuchar con cuidado el sonido que parecía ser de una emisora en español. ¡Si!, escuchó con cuidado. Por suerte el locutor estaba identificando la emisora:.. ¡Cadena Caracol! - Valle del Cauca - Colombia. Se detuvo un momento; una duda cruzó por su mente:

-«¿Caímos en Colombia?...¡No!, ¡no creo!...»-. Pensó con mayor objetividad.

Erasmo se dirigió a su hijo y le indicó: -¡Toma!... Sigue buscando una venezolana. Si no, escucha la colombiana, ubícate en un lugar donde la captés mejor... Quizás digan algo sobre nosotros-

Luego de devolver los audífonos a Erasmito, continuó en su tarea de organizar el campamento:

¡Carlos!... ¡Rafael!...-. Llamó imperiosamente. -Busquen madera seca para hacer fuego. Organicen la leña por orden de espesor, reúnan también ramitas y hiervas secas-.

Ahora se dirigió a las dos muchachas: Rebequita y Beatriz, organicen lo mejor que puedan el interior del avión para dormir en él. Separen el área en que estará Santiago y Dolores; lo más cómoda posible-.

Dirigió la mirada hacia el sitio donde se encontraba Dolores atendiendo a su esposo. Este había despertado, pero no parecía tener conciencia de sí, abría los ojos y se quejaba; ella intentaba mantenerlo en calor, ahora colocando una toalla alrededor de su cuello.

La expresión de Erasmo fue de preocupación, temía por la vida de su amigo Santiago, se acercó a Dolores y le preguntó:

-¿Cómo lo ves?-.

-¡No sé! ...- contestó ella, con la voz entrecortada por la angustia de ver a su esposo en aquel estado,

-¡Lo veo mal!- Rectificó.

Erasmo continuó en su actividad principal. Ahora, bajo la mirada observadora de Rafael, Erasmito y Carlos; se dedicó a organizar la leña para el fuego; intenta aplicar algunos conocimientos adquiridos en dos cursos de supervivencia que realizó hace algunos años en el Aero-club Caracas, cuando se desempeñó como piloto ad-honorem de la Dirección de Protección Civil.

Con la ayuda de una rama, limpió la hojarasca en un radio de un metro aproximadamente, dejando al descubierto una parte seca del suelo; trabajo éste que no fue fácil, debido a la gruesa capa de material orgánico acumulado.

-¡Observen! ...-. Le indicó a los jóvenes.

Seguidamente, tomó un puñado de ramas muy finas y lo más secas posibles; las partió en trozos de 5 centímetros de largo aproximadamente. Las fue colocando en medio del círculo abierto; las más finas primero; luego fue

cubriendo éstas, con otras de mayor grosor; seguidamente fue posicionando ramitas más gruesas, formando una especie de cono alrededor de la más fina. Continuó explicando:

-Siempre deben ir, de las más finas a las más gruesas. Las más delgadas se encenderán con mayor facilidad.... Dame uno de los yesqueros-. Solicitó a su hijo Erasmito.

Seguidamente, encendió el pequeño aparato y acercó la llama al centro y al fondo de las ramas más delgadas, donde colocó hojas secas trituradas con la mano; éstas comenzaron a arder.

Erasmo, delicadamente, acercaba al fuego ramitas delgadas para que éste fuera tomando cuerpo; pronto las llamas alcanzaron la parte superior del cono; el fuego se estaba consolidando.

Fue colocando ramas cada vez más gruesas, las primeras reforzando el cono, otras, alimentando la base de la llama. Seguidamente, tomó cuatro leños gruesos y los colocó en un cuadrado alrededor del fuego. Se levantó sin dejar de observar su obra.

Dijo con firmeza:

-Sigam buscando leña antes de que oscurezca-.

Al caer la noche, todos se acomodaron lo mejor que pudieron; dentro del fuselaje del avión están todas las mujeres con Santiago, quien, aun cuando había recobrado el conocimiento, su estado continuaba siendo crítico, su mirada se pasea por el ambiente sin detenerse en nada; su estado de conciencia no parece haber mejorado, no parece reconocer a las personas que están a su alrededor; ni siquiera a su esposa. En oportunidades, se perciben ligeros temblores que recorren todo su cuerpo, especie de movimientos espasmódicos.

La noche, oscura y silenciosa se torna larga y fría; excepto Santiago, nadie parece dormir. Las llamas de la fogata, alimentadas constantemente, iluminan parte del improvisado campamento, transmitiendo calor. Cada uno está sumido en sus pensamientos, quizás intentan darle sentido al repentino vuelco que han dado sus vidas, transfiriéndolos a una dimensión totalmente desconocida.

Fuera del avión, Erasmo se mantiene frente al fuego, reclinado en su asiento de piloto que había recuperado y recostado a un lado del fuselaje. Erasmito

y Carlos improvisaron colgaderos en las ramas de un árbol cercano, donde instalaron sendas hamacas; por su parte, Rafael prefirió acomodarse en una especie de colchón improvisado con restos de asientos rotos, ubicándose cercano al fuego y al lado de la posición de Erasmo.

-«Debemos actuar con mucha cautela, cada decisión que tomemos debe ser la más adecuada... No podemos cometer errores»- De esta manera medita Erasmo, mientras, expele una bocanada de humos con olor a vainilla, extraída de su pipa, -«Debo tener presente lo aprendido en los cursos de supervivencia... ¡Bueno!... Sobre todo, debo actuar con lógica... Ellos dependen de mí... No tienen suficiente madurez y experiencia como para afrontar esta situación... Por lo pronto, vamos a permanecer aquí hasta que nos consigan... Nos deben estar buscando»-.

Erasmo colocó su dedo índice en uno de los botones de su reloj pulsera y la esfera se iluminó, leyó: "00:42".

-¡Papá!... ¡Papá!- la voz apremiante de Erasmito lo sacaron de sus cavilaciones, se incorporó rápidamente dirigiendo la mirada hacia su hijo que permanece en la hamaca.

-¡Papá!... ¡Están radiando la noticia!

Erasmo terminó de incorporarse y caminó hasta el sitio de su hijo; éste le hizo una señal de espera mientras continuaba escuchando, luego se quitó los audifonos, para hablar; Rafael y Carlos se acercaron también, atentos a lo que Erasmito pudiera decir.

Este comentó: -Una emisora colombiana dijo que en Venezuela se encontraba extraviado tu avión y nos nombró a todos. Dijo que numerosos organismos públicos y privados nos están buscando en la región cercana a la formación montañosa Duída-Marahuaka.... Los indígenas de comunidades de la región también se han sumado a la búsqueda-.

Erasmo quedó pensativo por un momento, luego dirigiéndose a todos dijo:

-Hasta ahora no hemos oído ningún avión por estas cercanías; es posible, como se hace en estos casos, que se sectorice la región. Con seguridad, mañana los tendremos aquí... Al amanecer, buscaremos un lugar despejado, encenderemos una gran fogata y haremos otras señales-.

Dicho esto, se apartó del grupo y se dirigió al sitio donde descansaba minutos antes.

La noche avanza tranquila, todos continúan en silencio, callados, pero ninguno dormido; sus pensamientos, quizás en diferentes perspectivas, son comunes; están en la selva, quizás muy lejos de donde los están buscando.

Carlos, Rafael y Erasmito se incorporaron rápidamente, el primero de ellos comentó:

-¡Parecen perros...!... Parece que no están lejos... Puede haber un pueblo cercano o una comunidad indígena...

Los ladridos cesaron; la conversación despertó a Erasmo.

-¿¿Que pasa?!.. Preguntó al grupo.

-Oímos perros ladrando por aquel lado, pero ya se callaron. Le respondió Carlos.

-¿¿Perros?!,... Preguntó con curiosidad Erasmo y, a continuación afirmó: -¡Si hay perros, es porque hay gente!-

Hicieron silencio tratando de oír de nuevo, los ladridos volvieron a repetirse, pero ahora en otra dirección; quedaron nuevamente a la expectativa, pero los sonidos no se repitieron.

La noche continuó en quietud y silenciosa; hacía frío; una total oscuridad y una tenue lluvia que no llegaba hasta ellos; el denso dosel que los cobijaba, la detenía como un inmenso paraguas.

El aislamiento que la noche permite, se interioriza en el ser individual estimulado por el temor a lo desconocido, el miedo por un futuro incierto que, hasta ahora, no ha sido totalmente dimensionado. La sensación de cercanía de los compañeros genera un atisbo de seguridad. Quizás, el primario instinto gregario está asomando como necesidad de encontrar apoyo en los demás, necesidad de ser protegido y a la vez de proteger, en acción recíproca y de apoyo mutuo.

Adiós al compañero

Eran la seis de la mañana en su reloj pulsera cuando Erasmo despertó, miró a su alrededor, todo estaba quieto y en silencio, todos parecían dormir, miró dentro del avión, buscó con la vista a Omaira, ella duerme acurrucada en una butaca y con una cobija encima. Rebeca, a su lado, duerme también. Observó a Santiago y a su esposa, ésta permanecía sentada a su lado, su

cabeza descansaba reclinada sobre la parte lateral del asiento donde aún duerme Beatriz.

Santiago permanece inmóvil, parece dormir; Erasmo adelantó sus pasos, se acercó a su amigo y comprobó su respiración, la notó débil y entrecortada, esto aumentó su preocupación; volvió la mirada hacia su esposa Omaira, quien se había incorporado y ahora, sentada completamente en su butaca, emitía leves quejidos, se llevaba la mano derecha a la parte del rostro cubierto por la venda que protegía la herida. La luz tenue del sol comenzó a acercarse a ellos, pero el interior del avión permanece en semi-penumbra.

Aun cuando todos han despertado, solamente Erasmito y Carlos estaban fuera de los restos del avión; los relojes apuntan las 07:00 horas aproximadamente; la lluvia persistente, pero de poca intensidad, continúa humedeciendo la vegetación y el suelo, pero, sobre todo, dando un toque sombrío y acogedor a la situación de aquellas personas.

Erasmito y Carlos se colocaron, cada uno, un poncho impermeable, tomaron sendos machetes e iniciaron una exploración por las cercanías; se alejaron unos sesenta metros del avión, pero siempre, manteniéndolo a la vista. La vegetación es alta y densa en el dosel, pero en el suelo se puede andar con facilidad, hay poca vegetación arbustiva y de matorrales.

Erasmito se mantiene conectado a la radio de su teléfono, el cual cuelga mantiene en el bolsillo de su pantalón, en su mano izquierda sostiene una brújula que observa con detenimiento, tratando de entender lo que muestra. Carlos se le acercó y le solicitó:

-Préstame un momento, te indicaré como se usa-.

Erasmito se la extendió.

-¡Observa!-, le indicó Carlos. -¿Ves esta aguja?... Está imantada... Ella señala el norte magnético... Donde te coloques, siempre indicará hacia el norte... Por tanto, si observas cualquier objeto y lo haces coincidir con uno de los números de la esfera, ese número te indicará el rumbo en grados en que se encuentra el objeto, respecto al norte magnético, que es el que marca la aguja-.

Erasmito respondió:

-No entendí un carajo, pero ¡bien!, yo lo que quiero saber es... ¿cómo hago para no perderme con esta vaina?-.

Él no parecía entender mucho del asunto, Carlos respondió:

-Aquí no te servirá de nada si no tienes un mapa y sabes exactamente donde estás. La brújula sólo te mantendrá en el rumbo correcto que hayas seleccionado para dirigirte a un determinado lugar.... ¡Mira!... ¡Apunta con la ranura de la tapa hacia aquel árbol grande que está allá... ¿Lo ves?...-

-¡Sí!... ¡bien!.. Ahora mira hacia la esfera... ¿Qué número está bajo la rayita verde... ¿Qué número ves que coincide con la dirección del árbol?-

-El 230, aproximadamente-. Contestó Erasmito.

-¡Correcto!.. Respondió Carlos. -Esos son doscientos treinta grados; representan el azimut que deberás seguir, si es que deseas ir en esa dirección; por tanto, si avanzas en esa dirección de 230°, no te desviarás si constantemente vas chequeando con la brújula. Eso te permitirá, también, devolvarte por el mismo camino al sitio de donde partiste, aplicando, para ello, sólo una pequeña fórmula de retro-azimut-

-¡¿Cómo se hace eso?!

Preguntó Erasmito con cierta ironía. Carlos se proponía a responder cuando oyó la voz de Erasmo a sus espaldas que los está llamando; al volver los rostros, ambos jóvenes observaron que aquel se acercaba acompañado de Rafael. Erasmito observó preocupación en el rostro de su padre, se acercó a él y le preguntó alarmado.

-¡¿Qué pasa?-

-Creo que Santiago se está muriendo, está muy pálido y su pulso casi no se siente-. Respondió.

-¡Vamos allá!-, reaccionó Carlos, a la vez que emprendía el corto camino de retorno.

Erasmito fue el primero en entrar a los restos del avión, Omaira está abrazaba a Dolores mientras ésta llora desconsoladamente. Rebeca está sollozando con la cara entre sus manos, mientras Beatriz seca sus propias lágrimas con la mano izquierda y con la derecha, acaricia el cabello a Dolores.

Santiago estaba inerte, pálido; en su rostro se reflejaba la expresión relaja-

da de la muerte; ya no había tensión en sus músculos ni expresión de dolor, sólo la apacible tranquilidad de la ausencia.

Erasmus tomó el pulso a su amigo, no sintió ninguna señal; intentó ahora en la arteria aorta, el resultado fue el mismo, ninguna señal; abrió uno de los párpados de Santiago y notó mayor dilatación en la pupila de la que había notado el día anterior, señales éstas, que confirmaba el deceso del compañero. El resultado de su auscultación comprobó a los demás que Santiago había fallecido.

El silencio se hizo en aquel desconocido paraje selvático; el triste lamento de las mujeres y las lágrimas en los ojos de aquellos hombres, indicaban el dolor por la partida del compañero y amigo, víctima de aquella inesperada circunstancia, en evidente contraste con la alegría del grupo, cuando pocos días antes, conversaban sobre el viaje y los días de esparcimiento que les aguardaba. Cuán lejos estuvieron sus presentimientos, de alguna tragedia cercana.

Todos acompañaron con sus oraciones aquel momento de recogimiento. Dolores no deja de llorar, no puede dar crédito a lo que le parece insólito, inaudito; una realidad que aún no internaliza, pero, la objetivación de las circunstancias tiene que superar la sensación de irrealidad, de lo que parece una pesadilla colectiva; por ello, se dispusieron a envolver el cuerpo en la cobija que lo cubría y a preparar una sepultura cristiana.

Ninguno de los presentes conoce las oraciones propicias para aquel momento, sólo las clásicas, que ahora dirige Omaira; las cuales se circunscribieron a varios "*Padre nuestro*" y "*Ave María*"; sin embargo, el desconocimiento litúrgico y las improvisaciones, no restaron solemnidad a aquel doloroso momento.

Unas horas después, Erasmito pasó la pequeña pala a Carlos quien continuó arrojando tierra sobre el cuerpo de Santiago que ya descansa en el fondo de la tumba abierta a los pies de aquel frondoso árbol, que ahora, como un gigante protector, recibió en su regazo, una ofrenda que con el tiempo se unirá a él a través de sus raíces para integrarse en uno, según leyes fundamentales de la naturaleza y del universo.

Beatriz, Erasmo y Rebeca se mantienen alrededor de Dolores, consolándola; mientras, Omaira recita algunas oraciones que los demás contestaban con muestras de fervor y dolor por el amigo muerto. Rafael, finalmente, ubicó en la cabecera de la tumba, una cruz improvisada con materiales vegetales.

Todos se retiraron del lugar donde enterraron a Santiago. Dolores permanece callada, sentada en uno de los asientos del avión que fue sacado al exterior; Omaira y Beatriz están a su lado, haciéndole compañía en los críticos momentos que atraviesa.

Carlos y Rebeca se dirigieron al interior del avión a buscar algo para comer; hasta ese momento, casi las 15:00 horas del día siguiente del accidente, ninguno había probado alimento. Pasados algunos minutos, reunieron en un sitio fuera de la cabina, el total del contenido de las provisiones con que contaban, en una actitud consciente de que deben preocuparse por la supervivencia de los que continúan vivos. Expusieron, en sus empaques originales, los alimentos y bebidas que llevaban como complemento industrializado para los días que pasarían en el hato. Registraron diferentes empaques de: Cerveza, refrescos, malta, agua mineral, pan para emparedados, jamón en rebanadas, queso en rebanadas, mermelada de varios sabores, salami y otros embutidos, latas con champiñones, palmito, leche condensada, chocolate, huevos de caviar, carne de cangrejo, carne de atún, pasta de hígado de pavo, servilletas.

Todo este contenido fue dispuesto y contabilizado por los tres jóvenes y, hecho del conocimiento de Erasmo para la planificación de su empleo óptimo. En ese momento, Erasmito llamó a su padre:

-¡Papá!... Están hablando de nosotros-

Todos miraron con ansiedad el rostro del muchacho; éste oía con atención las noticias, luego se despojó de los audífonos entregándolos a su padre, quien se los colocó con rapidez. Erasmo alcanzó a escuchar:

-“... a la búsqueda de la aeronave se han sumado empresas aéreas privadas de los estados Amazonas y Bolívar, de Venezuela, que apoyan a los equipos de Protección Civil, lo que ha permitido ampliar el radio de acción al sur de La Esmeralda, en la parte media del río Orinoco. El jefe de Protección Civil del Estado Amazonas, quien dirige las operaciones de rescate, afirmó que la Guardia Nacional facilitó dos helicópteros de doble turbina a las operaciones, lo cual ha permitido cobertura hasta las inmediaciones de San Carlos de Río Negro.

El funcionario mencionado espera buenas noticias en cualquier momento, pero, no deja de reconocer que la búsqueda se ha dificultado por las lluvias que no han dejado de caer en esta región, nublando el espacio aéreo y obstaculizando la visibilidad, lo que ha obligado, en varias oportunidades, a suspender las operaciones de búsqueda.

Agregó el funcionario que, la pericia reconocida del industrial Erasmo Gutiérrez, quien piloteaba su propia aeronave, ofrece la esperanza de rescatarlo con vida junto a su familia y amigos que lo acompañan en esta aventura.

Las autoridades del Inírida y el Vichada, del lado colombiano, manifestaron que están dispuestas a incorporarse a las labores de búsqueda, al momento en que las autoridades venezolanas se lo soliciten.

Sigan con nosotros, volveremos con la información, una vez logremos más detalles... ”.

Acto seguido, la programación radial continuó con transmisión de música, Erasmo se retiró los audífonos y los pasó a Erasmito, su rostro mostraba gravedad; levantó la mirada hacia los presentes, quienes silenciosamente, le solicitaban buenas noticias, aunque por su expresión, asumieron que la situación continuaba igual. Beatriz rompió el silencio con sollozos de angustia. Erasmo la consoló:

-¡Bueno...! ... No hay que desesperarse... Nos están buscando; se han sumado más aviones a la búsqueda... Con un poco de suerte pronto los tendremos aquí... Pero tenemos que hacerles señales para indicarles donde estamos... Carlos, Rafael y Erasmito, busquen un claro donde se pueda hacer una gran fogata, coloquen ramas verdes para que haga bastante humo, pero recuerden, no se alejen mucho, aquí es fácil perder la orientación... Beatriz y Rebeca preparen comida para todos-.

Sería la primera comida en más de 24 horas desde el despegue de el aeropuerto de Maiquetía; hasta ese momento, no se habían percatado de que tenían hambre. La comida estuvo contenida de una rodaja de pan, una rebanada de jamón o queso, un poco de mermelada y 1 lata de refresco o malta que debían distribuirse entre dos. Las jóvenes se encargaron de organizar y distribuir las raciones.

El resto del día lo ocuparon en mejorar las condiciones del campamento, los hombres trajeron ramas de árboles y algunos troncos con los que prepararon una especie de cobertizo de 2,5 metros de alto, 5 de ancho y unos 2,5 de profundidad, de paredes descubiertas y techo de ramas que con seguridad, no podría guarecerlos de la lluvia. El interior del avión también fue mejorado, sobre todo, con la intención de convertirlo en un refugio seco para las mujeres, especialmente para Omaira, cuya herida es vigilada por su hija Rebeca.

Erasmito y Carlos amontonaron madera formando una pirámide de aproximadamente 1,5 m. de alto; una estructura de leña lista para ser encendida

en caso de sentir la proximidad de una aeronave. Al lado de la pila se reunió también una cantidad considerable de ramas verdes para hacer humo que pudiera ser visto desde el aire; paralelamente, Erasmo les recomendó que mantuvieran al lado de la gran pira, un pequeño fuego encendido y alimentado constantemente que pudiera agrandarse con facilidad en el momento que fuera requerido.

Esa noche llovió con fuerza y, aunque no se mojaron por la protección de las copas de los árboles, sintieron la intensidad del temporal, lo que hizo inútil, la idea de la pira.

Al día siguiente, en horas del medio día, Erasmito, Carlos y Rafael, se dispusieron a explorar los alrededores. Carlos lleva la brújula colgando del cuello; con la intención de mantener la orientación y poder retornar al campamento con facilidad. Erasmito lleva colgado de su hombro el rifle calibre 22 mm. y en su bolsillo colocó diez cartuchos además de los diez colocado en el almacén del arma.

-Mantén en todo momento el azimut con que parten, cualquiera desviación debes calcularla, tanto en tiempo como en dirección; además, coloquen marcas en los sitios de desviación. Avancen sólo durante una hora, deben mantener un margen de seguridad en el tiempo empleado, para evitar que los agarre la noche-.

Estas indicaciones las impartió Erasmo a los tres muchachos, sobre todo a Carlos, quien es el responsable de la orientación.

Eran como las 18:00 horas, oscureciendo ya en el improvisado campamento, por la poca penetración de luz solar, cuando los exploradores retornaron. Las noticias no son nada alentadoras, una hora y diez minutos caminando en dirección norte y no vieron más que árboles.

-¡No importa!-. Les animó Erasmo, -Mañana volveremos a explorar; coman algo y descansen-.

Erasmito y Carlos se despojaron de sus respectivas camisas, éstas estaban empapadas de sudor, totalmente mojadas. Los tres jóvenes se sentaron sobre una de las raíces del gran árbol que los cubría. Beatriz se acercó a ellos ofreciéndole sendas rodajas de pan con mermelada y una rodaja de jamón ahumado; lo cual complementó con media lata de cerveza para cada uno. Erasmo tomó la restante media lata y se sentó junto a ellos.

-Hablaron de nosotros por la radio-. Les informó Erasmo. -La búsqueda sigue, se están desplazando hacia el sur del río Orinoco. Están tomando como referencia a La Esmeralda; están cubriendo una amplia zona alrededor del Brazo Casiquiare y la región al Este; estiman que debemos encontrarlos dentro de ese cuadrante. El límite sur lo fijaron en la desembocadura del río Siapa-.

Erasmo señaló sobre el mapa, la ubicación del territorio del cual estaba hablando; todos miran en silencio. Beatriz preguntó:

-¿Usted cree que nos encontremos en ese sitio?-.

-Realmente no sé-. Contestó Erasmo. -No tenemos forma de saberlo: ojalá tuviéramos un GPS-.

Escuchado esto, tanto la muchacha como los demás, quedaron en silencio, cavilando, ensimismados, buscando en lo más recóndito de sus mentes, un razonamiento pertinente sobre lo que debían hacer; porque las decisiones que deben tomar, tienen que ser acertadas. Cada uno de ellos reconoce que no hay espacio para errores, éstos, en aquellas circunstancias, podían costar muy caro.

La ingestión de alimentos les ayudó a un estado de mayor concentración; la acción de llevar la comida a la boca y masticar, como acción refleja, daba pie al ensimismamiento y la concentración, en un momento en que parecen en posesión de su realidad.

Beatriz rompió el silencio y expuso su lógica:

-Pienso que debemos establecer un tiempo para permanecer en este sitio; la comida que tenemos no durará mucho y si no nos encuentran, estaremos en problemas-.

Ninguno hizo comentarios. La joven mujer insistió:

-Podríamos caminar y tratar de conseguir un pueblo o una aldea o alguien que nos ayude-.

La joven mujer centró su mirada en cada uno de los rostros; pero nadie respondió; parece que meditaban sobre su sugerencia. Rebeca habló, pero dirigiéndose a Erasmo:

- ¿Qué opinas papá? ... ¿No te parece lo más conveniente?-.

Erasmus respondió con firmeza:

-Tienen razón. Pero, aún debemos esperar, por lo menos 2 días. Es necesario que la herida de Omaira mejore y ya no tenga peligro de infección... Recuerdo que vi un río que cruza más adelante... Lo vi cuando descendíamos, trataremos de ubicarlo para seguir su curso; los pueblos siempre se ubican a orilla de los ríos-.

Las sombras de la segunda noche los cobijó con rapidez; un fuego fue encendido cerca del avión, de manera que diera calor a su interior. De la húmeda leña brota un denso humo gris que en oportunidades se introduce en la cabina. Un segundo fuego fue encendido en el cobertizo donde los hombres colgaron hamacas y chinchorros.

Omaira permanece al lado de Dolores, quien continúa lamentando la muerte de su esposo, rompiendo en continuos sollozos y en una inconsolable actitud de dolor. Lo que prometió ser varios días de disfrute y descanso, se convirtió, repentinamente, en una incompresible situación angustiante y de pérdida.

Rebeca, quien se encargó de cuidar la herida en el rostro de su madre, permanece sentada, con Beatriz, al lado de Dolores. El consuelo y las muestras de solidaridad mostrada por las mujeres, genera tranquilidad en la desconsolada viuda, quien ahora come una rodaja de pan con queso y una lata de malta ofrecidos por Beatriz.

Erasmito, dirigiéndose a su papá le preguntó:

- ¿A qué distancia, más o menos, crees que se encuentre el río que viste?... Debemos tratar de ubicarlo mañana... Hace falta que nos bañemos y, además, debemos conseguir cazar algo o tratar de pescar-.

Erasmus continuó ensimismado, emitió algunas palabras que su hijo no entendió; sus ojos escudriñan la oscuridad, sus oídos están atentos a un leve ruido extraño que percibió; una especie de chasquido. Los demás parecían no haber oído nada; de pronto, se oyó un golpe seco, algo pesado parece haber caído sobre la hojarasca a una distancia que estimaron en unos 20 metros, pero, por la penumbra reinante, no pueden ver. Todos se levantaron sobre-saltados y retrocedieron hacia el avión; Carlos sacó el revolver que había guardado en su cintura y Erasmito tomó el rifle que descansaba recostado en la parte interna del fuselaje del avión, muy cercano a la puerta de entrada.

Un enorme rugido llenó el espacio, seguido de un fuerte chillido; el silencio se hizo de nuevo. Todos se pegaron al avión, tratando de distinguir algo en la oscuridad. Beatriz y Dolores aparecieron en la entrada del avión asustadas; Rebeca y su madre observan el exterior a través de una de las ventanillas. Rafael tomó unas ramas secas de las amontonadas para la fogata y las arrojó al fuego para incrementar su luminosidad. La leña hizo un chisporroteo y el fuego fue creciendo ampliando el radio de iluminación.

-Debió ser un tigre cazando-, dijo Carlos.

-El chillido pareció ser de un mono o un animal pequeño-, respondió Erasmito.

Las linternas fueron accionadas con rapidez y, sus rayos de luz, rasgaron la oscuridad en busca de un blanco; pero, no lograron enfocar nada distinto a troncos de árboles, ramas y arbustos cercanos. Estos elementos naturales limitaban el radio de visión.

-¡Bueno!-, dijo Erasmo -... Pienso que hay que montar guardia y nadie debe dormir fuera del avión, ese animal anda cerca. Yo montaré la primera guardia. Deberá ser en la puerta del avión y manteniendo el fuego bien vivo, recojan leña y amontónenla aquí -, señalando un sitio cerca de la puerta del aparato.

La noche pasó tranquila pero muy incómoda para aquel grupo que tuvo que acomodarse lo mejor posible dentro del maltrecho fuselaje, los chinchorros, que fueron descolgados, se utilizaban como almohadas.

Durante la noche se sucedieron sonidos que parecían de algunas especies de pájaros y, en oportunidades, repitieron los ladridos de la noche anterior, volvieron algunos rugidos, pero lejanos.

Ninguno de aquellos sobrevivientes durmió completo aquella noche. El sueño, en general, fue muy liviano, sólo intercambiaban algunas palabras en los cambios de guardia que se estableció entre los hombres, cada 2 horas. Dolores no durmió en toda la noche, deseaba que pronto amaneciera; se mantenía pendiente del negro orificio que representaba una ventanilla, cuyo cristal se rompió durante la caída y donde una toalla, funcionaba como cortina. Beatriz se acomodó a su lado. Rafael fue el único que no alimentó el fuego, sentía temor de que “el tigre” le saltara encima; su turno de guardia lo pasó en la entrada del avión; salir fuera de él, lo consideró una temeridad.

Capítulo III

Definiendo un camino

Explorando el entorno

El nuevo día se hizo notar con los tenues rayos de luz solar que penetran a través del follaje de las copas de los grandes árboles. En la noche no llovió, pero una capa de rocío cubre los restos del avión; el fuego está casi extinto.

Las primeras en salir de refugio fueron Rebeca y Beatriz; cada una con un vaso plástico en la mano; ambas se dedicaron a recopilar las gotas de rocío que podían tomar de las hojas cercanas. El tronco grande de un árbol caído y en descomposición, se muestra abrazado por un enredijo de ramas y lianas, de las cuales penden anchas hojas en forma de corazón que funcionan como cuencos contentivos de hasta medio vaso de agua cristalina.

El descubrimiento fue placentero para las dos mujeres quienes procedieron a llenar sus recipientes con el precioso líquido y, acto seguido, lavar sus dientes.

Rebeca se dirigió a un área adyacente al avión donde, en una bolsa de plástico, acumularon las latas vacías de malta y cerveza que consumieron en su pasada cena; con ellas construyeron vasos para almacenar agua; de esta manera, utilizarán el agua industrializada traída en el avión, solamente para beber. Unos arbustos cercanos sirvieron como reservados urinarios, las mujeres se acompañan unas a otras como medida de seguridad.

El desayuno estuvo compuesto de pan, mermelada, 2 ruedas de salchichón y una rodaja de queso. La necesidad de ahorrar alimentos apresuró la decisión de explorar los alrededores en busca del río visto por Erasmo desde el avión. La dirección señalada, después de los cálculos de la trayectoria de planeo y caída del avión, indicaron la posibilidad de que el cuerpo de agua estuviera a unos trescientos metros, rumbo Noroeste, según la brújula de Carlos.

Los acontecimientos de la noche anterior, que indicaron la posible presencia de un tigre “mariposo” en las cercanías, obligaron a pensar en previsiones de seguridad. Erasmo recomendó:

-Irán Carlos, Erasmito y Rafael. Llévense el revólver, hace más bulla, un disparo al aire hará huir a cualquier fiera. Si la ven, disparen al aire un solo tiro, no traten de herirla, sería muy peligroso.... Nosotros, mientras tanto, aseguraremos el avión; taparemos con palos y ramas, el hueco que se hizo en la cola-

- ¡Bien! -, dijo Carlos, seguidamente agregó:

-Vamos a construir una lanza cada uno-

-Eso me parece muy bien-, Dijo Erasmo complacido.

Rebeca entregó a Carlos la hachuela y los dos machetes; en unos arbustos cercanos, el muchacho, junto con Rafael, cortaron pequeños árboles de tallos largos y delgados con los que prepararon varios proyectos de lanzas afilándoles las puntas.

Cada uno de los hombres se ató una pequeña toalla al cuello a manera de bufanda, extraídas de sus respectivos equipajes; se colocaron camisas de mangas largas y botas altas montaÑeras. Erasmo emitió las últimas instrucciones:

- Por mi reloj son las 08:25 horas; caminen en una sola dirección... Al noroeste... A las 13:00 horas deberán iniciar el retorno lanzando un retroazimut... Tú sabes cómo hacerlo Carlos. Pero, por si acaso, llévense una linterna y baterías de repuesto, nosotros nos quedaremos con la otra. Lleven, cada uno, una lata de refresco, pan y mermelada-

Beatriz entró al avión y trajo un paquete de pan y un vaso de mermelada; extrajo seis rodajas y las envolvió en varias servilletas. Rebeca se quitó el bolso “Koala”, que hasta ahora había mantenido en su cintura; introdujo en él el paquete con el pan y el vaso de mermelada, colocándolo luego, en la cintura de su hermano.

-No me vayas a botar mi “koala” -.

Los tres jóvenes estaban listos para partir cuando Omaira los detuvo para entregarle a su hijo un cuchillo de monte en su funda, que el muchacho procedió a colocar en su cintura sujetándolo del cinturón:

- ¡Cuidense hijos!, No inventen, ¡sean precavidos... Dios los bendiga! -.

Carlos chequeó el azimut y definió el rumbo a seguir y, al frente del equipo, emprendió la misión. La partida de los jóvenes dejó momentáneamente en silencio al campamento. Al rato, cada una de las personas inició una actividad diferente para organizar la vida. Rebeca se dispuso a limpiar la herida y cambia la venda del rostro de su mamá, quien, sentada en una gruesa raíz, parecía estar rezando. Después de lavarse las manos con agua de una de las latas, fue quitando con cuidado la venda hasta dejar al descubierto la herida, la cual tenía apariencias de ir mejorando satisfactoriamente.

Beatriz, por su lado, se dedicó a limpiar y ordenar el campamento; retiró restos de madera quemada y parte de la hojarasca del suelo. En algunos sitios, donde esta capa es más delgada, pudo dejar al descubierto la tierra húmeda, que la alta temperatura del día secaría con rapidez. Erasmo se colocó la hachuela en el cinturón, cambió sus zapatos por botas de campo y guardó unos guantes de trabajo, en el bolsillo de su pantalón.

Rebeca se dirigió a su mamá y le preguntó con sonrisa irónica:

- ¡Mami!... ¿No deseas ir al baño?-. Omaira la miró con una especie de sonrisa; se acaba de dar cuenta que tenía ganas de orinar; se levantó de la raíz donde estaba sentada y se dispuso a acompañar a su hija; caminaron hasta una parte despejada de arbustos detrás del avión; a ellas se unieron Beatriz y Dolores. Erasmo fue detrás del tronco del árbol más grande e hizo lo propio.

Eran las 14:00 horas de la calurosa tarde cuando los exploradores retornaron alborozados al campamento; todos acudieron a recibirlos. Erasmito fue el primero en hablar:

- ¡Excelente papá!... Tuvimos suerte; el río está cerca. Como a 40 minutos hay un riachuelo que sigue hacia el norte y desemboca en un río mayor. Es un sitio muy bonito y despejado; pienso que podríamos irnos para allá -.

- ¿Cómo está el camino? -, preguntó Erasmo.

- ¡Muy bien! -, contestó Rafael, -Debajo de los árboles está despejado, no hay matorrales; se puede caminar con facilidad, aunque en una parte está muy húmedo. Hay que hacerlo sobre un colchón de hojas con agua-.

-Si papá, vamos, tenemos que bañarnos y cambiarnos de ropa-, solicitó Rebeca.

- ¡Bien! -, dijo Erasmo, - ¿Qué opinas Omaira?... ¿Te sientes bien como para caminar un rato? -.

- ¡Por mí no se paren, yo también necesito bañarme-.

- ¡¿Entonces?! -, preguntó Erasmo con cierta expresión de júbilo, -Todavía es temprano; vamos, nos bañamos rápidamente y regresamos; tenemos 3 horas para eso; debemos llegar con luz aquí para acomodar el campamento-.

La propuesta de Erasmo fue acogida unánimemente.

Todos tomaron toallas, ropa limpia para cambiarse y sus trajes de baño; de igual manera, útiles de aseo personal.

El baño fue reconfortante, generó un estado psicológico positivo, diríase que se lavaron también incertidumbre y temores; la actividad del baño permitió imprimirle una nueva dinámica al desafortunado incidente, ahora transversalizado por mayor confianza. Un pequeño remanso entre grandes piedras forma un pozo de unos 3 m. de ancho; su lecho rocoso presenta condiciones óptimas para sentarse dentro de la piscina natural y disfrutar del cristalino líquido de agradable temperatura en aquel ambiente soleado.

Erasmo examinó visualmente las condiciones físicas del lugar, varios árboles altos proporcionaban sombras que protegían de la acción directa, tanto del sol como de la lluvia. El área estaba despejada y proporcionaba un radio de visibilidad mayor que el del actual campamento, lo cual, es un factor de seguridad considerable. No está lejos del avión; por lo tanto, para los efectos del rescate, es más fácil para hacer señales.

El baño se realizó por un período de 2 horas, aproximadamente; tiempo que todos aprovecharon para lavar la ropa que trajeron puesta.

Ya en el campamento, consumieron una cena ligera, encendieron 3 fogatas que fueron distribuidas estratégicamente y se prepararon para descansar. Después de la rápida comida, todos se dispusieron a emitir oraciones por el descanso eterno de Santiago.

Se prepararon nuevas lanzas y se dispuso un plan de vigilancia parecido al de la noche anterior; luego, sentados alrededor de la fogata central, Erasmo manifestó su idea:

- Pienso que nos debemos mudar a la zona donde estábamos ahora; allá es más seguro; aquí estamos muy encerrados. Allá tendremos mayor control sobre los alrededores; además,

estaremos cerca del río mayor y podríamos esperar que por ahí pase alguien. Propongo que nos mudemos mañana temprano -.

La propuesta generó un efecto de mayor esperanza en el grupo, menos en Dolores, quien, retirándose a un lado del avión, comenzó a llorar. Gruesas lágrimas recorren sus mejillas, acompañadas de tenues gemidos que movían convulsivamente su pecho y hombros. Erasmo y Beatriz se le acercaron y abrazaron al mismo tiempo:

-Sabes que estamos contigo-, Le dijo Beatriz quedamente.

-Lo sé-, Respondió Dolores entre sollozos, -Sé que debemos irnos, es más seguro allá... Pero él se quedará muy sólo aquí... Pero sé que debemos tratar de que nos encuentren y nos saquen de esta selva -.

-Siempre estaremos juntos-, Le dijo Erasmo. -Pero tenemos que seguir adelante, no nos podemos quedar aquí -.

La noche transcurrió tranquila, sólo fueron escuchados los ladridos ya conocidos pero desconocidos; la lluvia fue tenue y el ambiente frío.

En busca de definición

A la mañana siguiente, el avión y la tumba de Santiago quedaron atrás para siempre, acompañados por las oraciones dirigidas por Omaira, en memoria del compañero ausente. La improvisada caravana partió rumbo noroeste. Todos cargan su mochila contentiva de efectos personales; es el tipo de equipaje que siempre llevan cuando van al hato del socio de Erasmo. Además, se organizaron 3 maletines con equipos y provisiones. En el de menor tamaño, colocaron las medicinas y equipamiento médico; en los otros se organizó la comida; varias cosas quedaron en el avión, principalmente herramientas que parecían no ser de mucha utilidad. Una vara atraviesa las asas de los maletines de nylon para facilitar su carga y traslado, lo cual les tocó cargar en turno a Rafael y Erasmito.

Las botas se hunden en la humedad del suelo; de vez en cuando, el silencio de la marcha es interrumpido por el canto de algún ave. Carlos va adelante como punta de vanguardia; detuvo su marcha señalando a su izquierda; una exclamación salió de la boca de Dolores, quien camina detrás Beatriz, al mirar en la dirección señalada, a un lado del camino, observó una enorme

araña, inmóvil en el suelo; su diámetro sería de aproximadamente 40 cm. El gigantesco arácnido no se inmutó por la presencia de los extraños. La columna la sobrepasó sin quitarle la mirada.

La travesía, más lenta por el peso de la carga y con unos 15 minutos de descanso, concluyó dos horas después en una playa de amarillentas arenas que terminan a orillas del amplio pozo donde se bañaron el día anterior; la corriente de cristalinas aguas que la alimentan, se rinde posteriormente en el cuerpo principal del río al superar el obstáculo de piedras que los separa y retienen el agua de la piscina natural. Omaira y Dolores se sentaron sobre sus respectivos equipajes a descansar de la caminata. En la orilla opuesta, la corriente genera un suave murmullo al discurrir entre piedras a medio cubrir.

El agua tiene un color rojizo que a Erasmo le recordó un suave vino rosado, que al deslizarse entre las rocas se degrada en tonos brillantes naranja y amarillos; los reflejos del sol simulan espectros danzarines mutando entre suaves matices e inquietas mariposas amarillas que se alimentan en sus húmedas arenas. Pequeñas playas en la orilla opuesta, se adentran en un denso follaje que se vuelca sobre la corriente.

Al rato, todos estaban sentados, descansando y contemplando aquel pequeño paraíso, hasta que Erasmo los sacó de sus profundas meditaciones:

- ¡Miren allá! -. Señalando hacia la orilla opuesta.

Sobre unas ramas y troncos secos que descienden hasta el río, dos tortugas de la especie *teracay*, se asoleaban plácidamente; de pronto, los quelonios se lanzaron al agua, desapareciendo bajo la superficie; la razón de la brusca huida apareció segundos después, dos juguetones perros de agua cayeron estruendosamente en el río, nadan y corren por la orilla sin percatarse de que son observados.

Erasmo sacó a sus compañeros de su actitud contemplativa:

- Bueno señores, es hora de trabajar. Son las 10:00 de la mañana; tenemos que preparar donde vamos a dormir - Seguidamente, se dispuso a repartir las responsabilidades.

- Dolores y Omaira, preparen la comida, Beatriz y Rebeca, recojan ramas secas y amontónenlas para hacer fuego; ustedes, mis jóvenes amigos -, dirigiéndose a los muchachos Carlos y Erasmito, - Corten ramas gruesas y horquetas. Vengan acá para explicarle cómo será el refugio -.

Sacó de su maletín una libreta y un bolígrafo y trazó la estructura de lo que debería ser una especie de cobertizo a una sola agua. Una vez conocido el diseño, se iniciaron los trabajos de construcción. A Rafael le tocó la labor de cortar bejucos para amarrar; mientras, Erasmo a recorrer la orilla cercana a manera de exploración; sus ojos buscan remansos y cualquier otra posibilidad para capturar peces. El calor se siente con bastante intensidad a pesar de la brisa.

Eran ya como las 16:30 horas, cuando se terminó la construcción del refugio. En la parte más elevada de la playa, cercana al follaje, tres varas de aproximadamente 3 metros de alto y terminadas en horquetas, fueron enterradas con separación de 2 metros entre ellas, funcionan como horcones. En las horquetas se ajustaron y ataron igual número de varas, cuyo extremo contrario reposa en el suelo. En la parte superior, las horquetas están unidas entre sí por varas gruesa que fungen como viga de corona. Numerosas varas más delgadas, colocadas vertical y horizontalmente, forman un entramado que se sostiene sobre los tres maderos que unen las horquetas con el suelo en un ángulo de 45°. Tejiendo el entramado, ramas delgadas y hojas forman el techo, a una agua, del refugio.

Las hojas anchas, colocadas unas sobre otras semejando tejas, ayudarían a que el agua de lluvia, que no fuera detenida por el gran árbol que les serviría de cobijo, se deslizara hasta el suelo. Carlos advirtió a su compañero de construcción:

- ¡Coño pana!... hay que ponerle bastantes hojas, para que no pase el agua-

Erasmito, por su parte, construyó una herramienta parecida a un pico. Para ello, ató un palo corto a uno largo, formando una "T". Esta rústica herramienta le sirvió para abrir un canal en el borde delantero del alero, de manera que la escorrentía de la lluvia no entrara al área que ocuparían. En la parte más baja, donde el techo se une al suelo, abrió otra zanja a todo lo largo.

- Bueno señoras y señoritas -, dijo Erasmito con entusiasmo. -Escojan su sitio y arreglen su cama-

Beatriz, con su mochila, argumentó:

- ¡Bueno!... Me quiero bañar, pero no tengo donde cambiarme -.

Se asomó detrás del cobertizo y reconoció un espacio que podría servirle de vestidor; Rebeca la acompañó. Las jóvenes mujeres, en sus respectivos trajes de baño de dos piezas, caminaron decididas a meterse entre las aguas

rojizas y cristalinas de la piscina natural donde pudieron, medias cubiertas por las piedras, lavarse con recato las partes de su cuerpo no visibles. Al rato se les acercaron en silencio Omaira y Dolores.

Posterior a las mujeres, los hombres hicieron lo mismo, pero pronto se vieron obligados a salir del agua, ante el ataque furioso de millones de mosquitos, que, a esa hora de la tarde, se desplegaron por toda el área. Los rosetones en brazos y piernas no se hicieron esperar; el ataque duró por espacio de dos horas, dejando un punto rojo en cada pequeña inflamación, como un doloroso mensaje, que, a esa hora, cerca de las 5:30 de la tarde, el ambiente era suyo, de los mosquitos *puri-puri*.

La oportuna presencia de crema repelente en el equipaje de Beatriz, interrumpió el martirio de los forzados aventureros. La tranquilidad y el silencio de la noche avanzó sobre las ocho personas, quienes, frente a una fogata, se mantenían juntos, protegidos por el improvisado refugio; algunas cobijas y toallas cubrían la piel en la fresca y clara noche. Todos se percataron por primera vez, desde que llegaron a aquel paraje selvático, la inmensa cantidad de luceros que podían observar en la bóveda celeste, muy diferente a los observados en la gran ciudad.

Comieron pan con algo de atún y queso y compartieron algunas maltas, tratando de consumir lo menos posible.

Ninguno quería romper el silencio existente, mucho menos para interrogar sobre el futuro que les esperaba en ese mundo desconocido, necesitaban mayor adecuación a las circunstancias para que las interrogantes pudieran tener respuestas esperanzadoras.

Poco a poco fueron rendidos por el sueño y la necesidad de descanso, pero sus sentidos se mantienen alerta, despertándolos al menor ruido en los alrededores. Los hombres, con regularidad, alimentan los fuegos colocados a ambos lados del cobertizo. Una fogata grande en el centro, permite mayor iluminación al área. No designaron guardias, pero las linternas, las lanzas, machetes y el rifle de Erasmito, estaban dispuestos ante cualquier señal de alarma.

La sensación de limpieza y el cambio de ropa, parecen haber ayudado a superar, en buena parte, la angustia y la sensación de fatalidad y abandono que hasta el momento los han embargado. El aseo personal les proporcionó un nuevo empuje para enfrentar lo desconocido cuando eliminaron de sus

cuerpos el olor dulzón y pegajoso del sudor de dos días. Un poco de alcohol sobre las picadas de mosquitos, alivió el escozor que cada uno sentía.

Muy de mañana, un poco antes de que saliera el sol, Erasmo tomó una de las lanzas y se dispuso a mirar un tranquilo riachuelo que, a unos 10 metros más arriba de donde ellos acampaban, se desviaba directamente al río. Esperó, observó durante unos minutos; una tranquila corriente de agua, de unos 40 cm. de profundidad, forma un pequeño canal de un metro de ancho; de pronto, sorpresa, tal como había pensado, un pez avanza suavemente por el riachuelo, parece un bagre de unos 70 cm. de largo; no hubo una reacción rápida, la impresión lo dejó perplejo por unos instantes; cuando reaccionó, no lo hizo con la calma debida, sólo levantó la lanza y asestó un golpe sin acierto aun cuando la distancia que lo separaba del animal, era de dos metros aproximadamente.

La lanza no dio en el blanco, pero el movimiento sobresaltó al adormilado pez, que, con un rápido movimiento de su cola, generó un fuerte chasquido en la superficie del riachuelo y huyó.

La expresión clásica - ¡Coño...!,- salió de manera natural y espontánea del frustrado pescador, quien de inmediato, se vio rodeado de su hijo y los demás hombres que se acercaron al oír el ruido y la exclamación.

- ¡Coño... Era un bagre grande, debió ser un valentón... Pero me atoré y lo pelé! -. Expresó con la sensación de fracaso.

Rafael expresó contrariedad: -Te atoraste!!!, perdimos la oportunidad! -,

- ¡No!! ¡Excelente! -, Dijo Carlos, con más entusiasmo que desaliento. - Por lo menos sabemos que aquí se puede pescar... Si hay uno, hay más-.

Erasmito acotó:

- Creo que de noche y con la linterna podemos capturarlos-.

El día pasó monótono; casi instintivamente, todos, a cada momento y por separado, miraban el limpio cielo y agudizaban el oído tratando de descubrir la presencia de una aeronave que significara su rescate. La noche cayó nuevamente sobre el pequeño campamento; era la quinta noche en la selva. La preocupación comenzaba a intensificarse, difícil de disimular en los rostros y expresiones de aquellas personas, que sentadas bajo el cobertizo que los

guarece, tienen ya ratos en silencio. Rebeca quiso distraerse e intentó probar la resistencia de la construcción guindando una hamaca y luego acostándose en ella.

El silencio fue roto por Carlos, quien, levantándose de su sitio, tomó una de las lanzas aduciendo que iría a tratar de pescar. La iniciativa fue seguida por Rafael y Beatriz, quienes lo siguieron. Rafael tomó la lanza que él mismo había preparado y siguió al muchacho llevando consigo una linterna. Erasmito quedó sentado al lado de su preocupado padre, quien, en ese momento, entre las dos mujeres mayores, pasó sus brazos por encima de sus hombros a manera de protección.

- ¡No sé qué pasa! -, dijo. - Por lo menos ya debíamos haber oído motores de aviones buscándonos-.

-Será que creen que estamos por otro lado -, Respondió Dolores muy quedamente, cómo si no quisiera oír sus propias palabras y mucho menos, asimilar su significado.

En ese instante, se oyeron los gritos de Beatriz:

- ¡Agárralo!... ¡Agárralo!, - Erasmo se levantó y caminó rápido hacia donde estaban los jóvenes que ejercitaban la función de pescadores. Dentro del agua, peleaban con un bagre de un metro de largo; empujaban, cada uno y con todas sus fuerzas, sus respectivas lanzas ya clavadas en el cuerpo del animal, el cual, se retorció violentamente, buscando liberarse del ataque.

- ¡Aguántalo así! -, gritó Erasmo, - ¡No lo aflojen! -.

La sangre manaba de las heridas del pez, el cual emite fuertes ronquidos. Cada vez que batía su cola, la fuerza era tal, que casi vencía la resistencia de las lanzas; amenazando con liberarse de su prisión avanzó como medio metro. Sin embargo, lentamente, sus movimientos fueron menos violentos, Rafael sugirió:

- Vamos a levantarlo al mismo tiempo y lo sacamos del agua -, Así lo hicieron, en un movimiento coordinado y rápido.

Una sacudida brusca del animal, lo zafó de la lanza de Carlos, que tenía clavada en su costado derecho. Rafael ejerció mayor presión sobre el cuello del animal y Carlos, metiendo su mano derecha por las agallas, lo levantó y

estrelló contra la arena de la playa. El bagre golpeó parte de su cabeza con un madero enterrado en el suelo, lo que redujo sus movimientos a lentos estertores sin dejar de emitir los profundos ronquidos.

El bagre, reconocido como Valentón por Erasmo, al ser comprobado su desabrido sabor después de asado, activó la creatividad culinaria de Omaira, quien rápidamente sacó del equipaje de la comida, los tarros con el salado caviar, su aceite, untado sobre los trozos de pescado, le proporcionó mejor y más agradable sabor.

De esta manera, el pescado proporcionó un festín con sus 12 kilos de blanca carne, que fue consumida acompañada por rodajas de pan. La ingesta de suficiente proteína animal, natural y fresca, les produjo una sensación de mayor seguridad. Dolores tomó los restos asados del animal y los envolvió en una toalla, con la intención de que sirvieran de alimento al día siguiente.

La noche pasaba apaciblemente; el cielo se presentó con una claridad extraordinaria; millones de puntos luminosos se observaban en la cúpula celestial, mostrando un espectáculo pocas veces visto por los aventureros, solamente durante algunas claras noches en el hato "El Cocotal". El silencio envolvió el campamento, Erasmo observa absorto el firmamento, pero su conciencia no estaba apreciando el iluminado espectáculo estelar; preocupado, sabía que no estaban en la ruta que suponían los grupos de búsqueda. Si las condiciones meteorológicas los arrastraron muy al Sur, no los encontrarían; entonces, tendrían que valerse por sí mismos para salir de aquel lugar, pero:

- «¿Dónde estamos?... ¿Y si no hay población cerca?... ¿Cuánto debemos esperar aquí?... y... ¿Cuánto podremos soportar andando sin rumbo definido en la selva?»-.

No obstante, estas angustiosas interrogantes, Erasmo suponía que no podían quedarse en el sitio por más tiempo; si alguien se hería, enfermaba o accidentaba de alguna manera, estarían en graves problemas. Omaira y Dolores eran las más vulnerables, no estaban acostumbradas a un esfuerzo como ese; pero tenían que salir, pronto comenzarían a debilitarse por falta de alimentación adecuada y del estrés permanente.

Erasmo nunca había estado en circunstancias parecidas, pero conocía algunas por referencia en los cursos, en comentarios y por lecturas sobre los peligros que encerraban aquellos bellos escenarios donde la lucha por la supervivencia representa en todo momento, complejas relaciones de vida entre depredados y depredadores.

Ahora ellos, sin querer, se sumaron a aquella cadena, pero sin las condiciones genéticas, ni el conocimiento ni las costumbres necesarias, únicamente armados de su inteligencia.

Percibía la selva, a aquella exuberante naturaleza, como una amenaza avasallante; se sentía indefenso, sabía que no contaba con los mecanismos contra los riesgos que acechaban a cada paso.

Después del desayuno, contentivo de los restos del pescado re-calentados sobre las brasas y un poco de pan, Erasmo los llamó a una reunión. Con voz preocupada comenzó a hablar:

-Pienso que debemos irnos de aquí, buscar ayuda de personas que vivan cerca... Pienso que por aquí no nos están buscando -. Quedó en silencio por unos segundos y luego continuó:

- ¿Qué piensan ustedes? -. La respuesta vino de Dolores:

-Pero... ¿Hacia dónde iremos?; -.

-Debemos caminar siguiendo el curso del río -, dijo Rafael.

Carlos agregó:

-Yo pienso que debemos ir hacia abajo, Siguiendo la corriente. He observado que, para arriba, el río se estrecha; por lo tanto, pienso que de haber gente, es hacia abajo, donde el río es más ancho-.

-También creo eso papá -, dijo Erasmito; - Es posible que más abajo, el río pueda ser navegable y pueda haber pueblos de indios. -.

Carlos tomó nuevamente la palabra:

-Pienso también, que debemos organizarnos. Vamos a llevar sólo lo que no sea pesado y que verdaderamente necesitemos. También quiero decir, que como nadie tiene, en este momento, la certeza de lo que se debe hacer, nombremos un jefe y confiemos en sus decisiones-.

Rebeca intervino en ese momento:

-Estoy de acuerdo, opino que un líder es necesario para que sirva de guía y que todos aceptemos sus decisiones... Mi papá tiene más experiencia, yo confío en él para que nos guíe. -

- ¡Estoy de acuerdo! -, dijeron casi al unísono Carlos y Rafael. Beatriz afirmó con la cabeza aceptando la designación. Omaira y Dolores se acercaron a Erasmo y le tocaron el hombro en señal de aceptación.

- Gracias por confiar en mí -, dijo Erasmo y continuó; - De todas maneras, las decisiones importantes debemos tomarlas en grupo - Seguidamente agregó:

- Las mujeres reúnan todo lo que crean que deba llevarse, empaqueten aparte las medicinas y lo que queda de comida... Los muchachos, reúnan todo lo que pueda servir de armas para cazar o pescar, o defendernos. Los yesqueros y los fósforos, envuélvalos en plástico... Corten palos y preparen una lanza a cada quien... Todos deben llevar una -, quedó en silencio por un instante, luego agregó: - ¡Saldremos mañana al amanecer! -.

Capítulo IV

¿Infierno o paraíso?

La marcha

La noche tendió un suave manto sobre aquellas personas; Dolores, Rebeca y Beatriz están en las hamacas, los demás se acomodaron sobre los colchones de ramas y hojas. La tranquilidad sólo es interrumpida por el murmullo del agua entre las piedras, algunos crujidos en las ramas altas y, eventualmente, chillidos leves que parecían aves cazando. La mirada de Erasmo estaba fija en un punto del espacio, pero su atención está centrada en la idea de mañana. Sentía desazón por no tener control sobre la situación y eso le genera angustia. No sabe que esperar de las circunstancias; priva el azar, la incertidumbre, pero sabe que deben prepararse lo mejor posible para afrontar ese azar. Estaría atento para tomar las mejores decisiones; se siente responsable por aquellas siete personas, de las cuales tres forman parte de su familia; pero las demás, como si lo fueran.

Imágenes de su vida en Caracas pasan por su mente: su oficina, sus negocios, la vida rutinaria en la gran ciudad; que gran diferencia. Ahora, inesperadamente, en cuestión de minutos, su vida tabulada y regida por un reloj, un celular, una agenda y muchos papeles, cambió radicalmente hacia algo desconocido, cargado de incertidumbre, carente de certezas.

Ante sus ojos se abrió de repente un mundo desconocido, inhóspito, agresivo, incomprensible; el que creía ingenuamente conocer: así se jactaba en sus conversaciones con amigos y colegas. Pero, la realidad se le presenta totalmente distinta, no conoce las leyes que la rigen y eso, podría traducirse en errores graves... - «¡Dios nos proteja!» -.

Fue elegido líder del grupo, eso le agregaba mayor presión a su situación psicológica por la incertidumbre de lo desconocido. Trata de visualizar el camino a seguir; la selva con sus peligros naturales, la falta de comida, la

necesidad de evitar una herida, una fractura, cualquier tipo de enfermedad. No sabrían, ni tendrían cómo enfrentarla; tendrán que avanzar lentamente, al ritmo que impriman Omaira y Dolores. Él mismo, a sus cincuenta y cinco años, ya no cuenta con las mismas condiciones físicas de hace, solamente, algunos años. Las circunstancias exigen extremar la prudencia:

- «No sabemos a dónde vamos... Entonces, debemos mantener nuestras energías en buen estado» -.

La concentración de Erasmo era común a los integrantes del grupo; cada uno se mantenía sumido en sus cavilaciones, que lógicamente, giraban sobre lo mismo: la ausencia de certezas, de convencimientos, de seguridad, de realidad. La única verdad es el momento en que se respira. Más allá, es una puerta cerrada que dá miedo abrir. Un sentimiento constante y la única promesa: no se rendirán, no hay alternativas más allá que vivir, que sobrevivir.

Erasmo abrió los ojos, comprendió que había dormido; un ruido llamó su atención y volteó el rostro a su derecha; aún no había aclarado totalmente, pero estaba amaneciendo. Observó a Omaira, quien, de pie, observa el transcurrir de la plateada masa de agua. El hombre se sentó en su improvisada cama y continuó observando a su esposa. Aquella mujer ha sido la compañera de su vida; todo lo que es, ella ayudó a esculpirlo, a darle forma y a mantenerlo. Lo daría todo por salvarla de cualquier peligro. Seguidamente, se levantó y se dirigió hasta donde estaba la mujer.

- ¿Hace mucho que te despertaste? -. Le preguntó.

- ¡No!... Hace poquito... No podía dormir. -. Respondió Omaira, seguidamente agregó:

- Bueno, ya va a amanecer; vamos a arreglar todo para la partida-.

La mujer se volteó en dirección al campamento y observó que ya todos estaban levantándose y arreglaban sus equipajes. Luego, sin orden de alternancia, se dirigían al río, toman agua y cepillan sus dientes, lavan su cara y regresan a terminar de arreglar. Cada uno fue organizando su equipaje y materiales bajo su responsabilidad y hacer su transporte lo más cómodo posible.

Erasmo llamó a una especie de reunión, todos se sentaron a su lado o al frente; él inició la conversación:

- ¡Bueno familia!... Vamos a organizarnos para el viaje. En principio debemos cuidarnos

unos a otros; el que va atrás cuida al que va adelante... Erasmito, lleva el rifle y los cartuchos; dale el revólver a Carlos... Rafael, lleva uno de los machetes y la hachuela; yo llevaré el cuchillo y el otro machete; también tengo mi navaja; todos deben llevar una vara en la mano para que sirva de apoyo y de defensa contra lo que sea-.

Cuando consideraron que todo estaba listo, Erasmo dio las últimas instrucciones:

- Caminaremos en una sola columna. Las mujeres irán en el medio... Carlos irá adelante... Evita la vegetación espesa, piensa en una culebra o algún animal... Rafael, cierra la columna-.

Todos comenzaron a ubicarse, Carlos encabeza la marcha; le siguen Erasmito, Rebeca y Beatriz; continuaba Omaira y detrás de ésta, Erasmo; posteriormente Dolores y cerrando, Rafael.

Comieron pan con un poco del bagre que quedó. La marcha se inició a las 08:30 horas, aproximadamente. Erasmo se dirigió a Carlos:

- Mantente lo más cerca posible del río; descansaremos dentro de una hora; luego veremos cómo nos sentimos para establecer los horarios-.

Carlos se hizo la señal de la cruz e inició la marcha, los demás hicieron lo mismo; tenían presente que se enfrentarían a lo desconocido; a un ambiente que percibían hostil. La protección de Dios fue solicitada unánimemente. La fe proporciona fortalezas a la esperanza de que todo saldrá bien.

Aquella columna de gente extraña en un ambiente extraño, inició el movimiento hacia un destino que ignoran. La humedad es constante; la vegetación, el suelo que pisan, las piedras y el colchón de hojas y ramas húmedas y en descomposición, llenan su camino. En oportunidades, la marcha se detenía buscando pasos más secos y seguros; bordeando piedras grandes, árboles caídos, pequeñas lagunas, ciénagas o terrenos muy anegados. En oportunidades, se ven obligados a penetrar en la vegetación alta y salir nuevamente, para continuar caminando en paralelo con el curso del río.

El tiempo va pasando; el sol calienta el ambiente. Carlos siente las gotas de sudor bajar por su espalda; miró su reloj, marca las 10:00 horas; llevan una hora y media de caminata; levantó la mano en señal de alto en la marcha;

volteó, Erasmito y Beatriz se acercaban como a 10 m. de su posición, esperó que llegaran y les dijo:

- ¡Vamos a descansar un poco! -.

Seguidamente, llegaron Rebeca y Omaira, quienes venían muy cerca una de la otra. Dolores se aproximó por el lado izquierdo de Erasmo y recostó su cuerpo en el tronco de un árbol muerto.

Todos secan el sudor del rostro con la pequeña toalla que traen sobre su cuello. Se ubicaron bajo las sombras de los árboles cercanos; frente a ellos, un grupo de rocas redondas y de diferentes tamaños, afloran en pequeños espacios de sabana que se alternan con vegetación arbustiva baja y mediana. El río, muy cercano, se desplaza raudamente, siguiendo un camino desconocido para los trashumantes. Era un buen lugar para descansar; así pensó Erasmo. Las piedras más bajas sirven de asientos.

Carlos y Erasmito, con sus lanzas en las manos y el segundo con el rifle colgando del hombro, se adelantaron unos 25 m. río abajo: buscaban un camino despejado para seguir la marcha. Carlos se subió encima de unas piedras y oteó el horizonte frente a sí; parecía que el avance, hasta donde podía ver, tendría menos obstáculos que el tramo anterior.

Todos bebieron agua industrializada que trajeron en sus embases originales y luego de una hora de descanso, se aprestaron a continuar en la dirección que traían. Carlos asumió nuevamente su puesto en la vanguardia y Rafael en la retaguardia. El movimiento se realizó durante una hora y media más, sin contratiempos. La caminata se hizo más fácil; una amplia sabana se abrió a su paso. El río se desplaza en medio de ella; sus bordes estaban secos y en momentos pedregosos, pero en forma de lajas, fáciles de transitar; una pequeña nube de mariposas amarillas revolotea en las orillas. Rebeca observó con detenimiento el espectáculo, le pareció que las pequeñas mariposas se alimentaban de la arcilla de la orilla. Pasaron al lado de ellas y continuaron su marcha.

El camino comenzó a inclinarse; una suave pendiente domina el paisaje y la corriente del río comienza a tomar más fuerza. Ahora se distingue el lecho rocoso con más claridad; la corriente se ensanchó dejando ver una profundidad de unos 15 cm. El color rojizo del agua y la fuerza de la corriente sobre la laja, generan, con la luz del sol, la ilusión de luminosas figuras danzantes.

El camino se extiende delante de ellos por unos 200 m. aproximadamente. La sabana se expande a la izquierda, hasta que un muro de árboles la detiene a unos 50 m. Todos voltearon hacia el cielo, por donde una ruidosa bandada de guacamayos de plumaje azul y rojo, cruzaba el río en dirección al bosque.

El viento les trajo un extraño murmullo, profundo, no cercano, pero sí, claramente definible que salía de múltiples gargantas. Los caminantes sintieron extrañeza, pero ninguno hizo comentarios, siguieron su camino.

Eran aproximadamente las 15:00 horas, después de la tercera parada de descanso, Erasmo consideró oportuno concluir la jornada y acampar. Todos estaban sorprendidos con el rendimiento de Dolores y Omaira, no obstante, de conocer que ambas mujeres se mantenían en buena forma con ejercicios rutinarios y buena alimentación.

El ánimo es muy bueno; la madurez de unos y la juventud de otros, generan un complemento necesario para la organización y la disciplina; moldea actitudes favorables a la supervivencia del grupo; las vulnerabilidades de aquellas circunstancias son minimizadas con chistes y bromas. Sólo Rafael se mantiene ensimismado, muy callado, quizás cayendo en cuenta de su realidad; en la medida en que las horas transcurren se percata de los riesgos a que ha estado sometido:

- «No debí venir» - Concluye, «Debí quedarme en Caracas, inventando cualquier excusa... ¡Que vaina!... Por eso no me gustan los aviones ni estos viajes»-.

Permanece sentado sobre una piedra, sin caer en cuenta que los demás iniciaron los preparativos para armar el campamento. Carlos y Erasmito exploran los alrededores; Erasmo, con la hachuela, corta el tronco de un arbusto para aprovechar la horqueta y las ramas de su extremo superior. Rebeca y Beatriz reúnen leña y chamisas secas y las amontonan donde consideran que debía ubicarse la fogata grande.

Omaira por su parte, del bolso extra que siempre trae en el hombro, extrajo un envoltorio de plástico donde mantiene, seguros de la humedad, la caja de fósforos y los dos yesqueros a gas.

Carlos y Erasmito regresaron, arrastrando cada uno, dos troncos secos de arbustos para utilizarlos como leña para el fuego. Posteriormente, regresaron a los árboles cercanos, en busca ahora, de elementos que sirvieran para construir el refugio. De repente, todos dirigieron la mirada hacia los altos

árboles que iniciaban la selva, a una distancia de 60 m. aproximadamente; habían comenzado nuevamente los profundos ruidos; Omaira se aproximó a su esposo con evidencias de temor y le preguntó:

- ¿Qué será eso?... ¿Serán tigres?... ¿Vendrán a atacarnos? -.

Erasmus trató de mostrar tranquilidad y transmitirla a su esposa; a tal efecto le respondió:

- No creo, los jaguares siempre andan solos, al menos eso he visto en programas de Animal Planet. Este ruido indica que son varios animales... ¡Más bien muchos! Podrían ser monos, pero no te preocupes, estamos armados y pendientes por si se acercan-.

Las experiencias de los refugios construidos los días anteriores, facilitaron las nuevas construcciones; ahora se ven más firmes y pueden construir las en menor tiempo. De igual manera, para preparar los fuegos para el calor durante las frías noches selváticas y para la seguridad que proporciona la iluminación. Erasmus les recomendó que hicieran los refugios muy juntos por los ruidos que están oyendo.

Aún no habían terminado de techar las estructuras construidas, cuando Erasmus les pidió que fueran al río a lavarse para aprovechar la claridad y que permanecieran juntos aún cuando la distancia a éste, era de unos 15 m.

Todos se dirigieron al río, las cuatro mujeres se mantuvieron fuera del ángulo visual de los representantes masculinos. Tanto hombres como mujeres, lavaron la ropa interior y las extendieron sobre las piedras para que se asolearan con los últimos rayos de sol de aquella tarde amazónica.

Libres de la ropa sudada, la sensación de limpieza corporal funcionó como un importante estímulo moral. Todos volvieron a la faena de terminar el campamento y encender los fuegos. Los puripuri volvieron a atacar, lo que obligó, después de varias picadas, a untarse repelente en las partes de cuerpo expuestas. Omaira y Dolores calentaban en el fuego, los pedazos de pescado asado que restaron del desayuno.

Erasmus decidió hacer un inventario de la comida con que cuentan, la cual fue extendida sobre una toalla en el suelo, en la medida en que cada uno fue colocando la que había cargado; de esta manera se contabilizó: Pan para emparedados, jamón, queso rebanado, salami, leche condensada, tabletas

de chocolate, carne de cangrejo, hígado de pavo, servilletas, jamón ahumado, salchichones, latas de malta y mermelada.

- ¡Bueno! - dijo Omaira, - Esto es lo que tenemos. -

- ¡Bien! -, inquirió Erasmo, - Será suficiente para varios días más, pero debemos completarla con algo que podamos cazar. Preparen algo de comer y terminen de arreglar su refugio. Las mujeres, encárguense de eso; los caballeros, por favor, vamos a conversar-.

Los tres jóvenes caminaron hacia donde está Erasmo; luego todos se dirigieron al grupo de rocas ubicadas cerca de la orilla del río, donde todos se sentaron.

Erasmo comenzó diciendo:

-Vamos a mantener las medidas de seguridad esta noche. Realmente no sé qué son esos ruidos que oímos cuando veníamos; hay unos monos que hacen esos sonidos, pero no estoy seguro. Sólo lo he leído en alguna parte. -

Carlos afirmó: - Me parecen que son monos aulladores, pero sólo los he visto por televisión-.

Rafael sugirió:

- ¡Bueno!... Podemos volver a montar las guardias para vigilar toda la noche; además, encender varias fogatas para mantenernos bien alumbrados y alejar los animales-.

Erasmo agregó:

-Vamos a reunir rápidamente la mayor cantidad de leña que podamos; haremos una fogata grande allá y otra allá - Dijo, señalando un sitio a cada lado del campamento, dejando libre el frente que da al río. Continuó con su sugerencia:

-Una tercera, cerca de nosotros, para que nos dé calor... Yo montaré el primer turno de guardia a partir de las 9 de la noche... sigue Carlos, Rafael y de último Erasmito. Cada uno montará dos horas con el rifle... las mujeres que duerman juntas y nosotros, dos a cada lado-.

La noche fue pasando apaciblemente, la claridad de la luna ilumina parte de la sabana visible desde la posición de los acampantes; un inmenso manto de estrellas cubre la bóveda celeste e invita a la contemplación. Ninguna nubosidad es observable, la claridad contrasta con el silencio de la noche, a veces

interrumpido por extraños ruidos que se suponían provenían de animales en actividades de cacería.

Las guardias se fueron sucediendo con el único contratiempo de una diminuta lluvia durante la mayor parte de la noche, que obligó a los centinelas a utilizar poncho para protegerse y alimentar permanentemente las fogatas. Sin embargo, la visibilidad es buena y proporciona al vigilante de turno, mayor tranquilidad y seguridad.

El calor producido por el fuego, protegidos del agua por las copas de los árboles, produjo el mínimo de confort necesario en la fría noche; aun así, ninguna de aquellas personas durmió totalmente: el sueño se hizo ligero. Las mujeres se ubicaron en el mismo cobertizo. Erasmo compartió uno de los extremos del campamento, con Erasmito y en el otro, Rafael con Carlos.

La mañana llegó tranquila, hay frío en el campamento, el suelo está muy húmedo, pero no en el interior de los albergues. Las pestañas de vegetación en el borde superior de las enramadas y los canales abiertos para la escurrida de lluvia, evitaron que el agua entrara y mojara los equipajes. Las experiencias de los refugios anteriores, fueron lecciones.

Las fogatas ya no tenían llamas altas, pero los tizones encendidos, mantenían el calor en el interior. Había amanecido, pero los acampantes permanecen en sus "habitaciones".

El primero en salir fuera del albergue fue Erasmo; se detuvo en el espacio central, escudriñando las copas de los altos árboles:

- «Estos árboles deben tener más de 40 m. de altura» – Pensó. Miró al frente intentando penetrar con su mirada más allá de donde la vegetación se lo permitía. No oía ruido alguno ni veía otra cosa que verdes. Parecía que la vida animal había desaparecido en aquel exuberante paraje.

Observó más detalles del entorno: los troncos y ramas de los árboles cercanos estaban revestidos por una gruesa capa de musgo. Además, estaban abrazados por numerosas enredaderas que luego se colgaban de sus ramas en forma de lianas de diferentes grosores. Una bandada de estridentes loros volando en parejas, lo sacó de sus observaciones.

Comenzó a notar colores distintos y diferentes tonalidades de rojos y verdes, de las que, hasta el momento, no se había percatado:

- «Esta es una vida verdaderamente exuberante. Ojalá que nuestra civilización no la alcance con su brazo de destructor progreso» -.

Volteó sorprendido, es Omaira la que le habló; estaba parada a su lado, con una toalla blanca sobre los hombros para protegerse del frío. En ese momento, el revoloteo de una pequeña ave atrajo su atención, a su izquierda, sobre una liana que une dos árboles de mediano tamaño, se posó un pequeño pájaro con plumaje azul brillante y tonalidades de verdes y cobalto; los miraba fijamente; en su cuello se expandió una especie de disco o collar de plumas amarillas y verdes que lo rodean; abrió ampliamente su pico y emitió fuertes graznidos, aparentemente en tono amenazante. Otra ave de la misma especie se posó a su lado; ésta emitió el mismo graznido pero el disco de plumas no apareció en su cuello. Se mantuvieron moviendo sus cabezas en una especie balanceo ante las miradas curiosas de Erasmo y Omaira.

Las aves alzaron el vuelo y se alejaron alertadas por los movimientos de Rebeca al aproximarse a sus padres. Los observadores trataron de seguirlos con la mirada, pero en unos segundos desaparecieron en la vegetación.

Rebeca les trajo dos pequeñas latas vacías.

- ¡Tomen! -, les dijo, - Para que se cepillen los dientes. -.

Ambos tomaron los recipientes y se dirigieron a su albergue. En el lado opuesto, Rafael, Carlos y Beatriz se lavaban los dientes y rociaban con agua sus respectivos rostros. Todos tienen toallas sobre los hombros.

Dolores ya se había alistado y buscaba, entre el saco que contiene los alimentos, lo que pudiera preparar como desayuno. Los demás estaban, cada uno, arreglando sus pertenencias y preparándose para continuar el viaje a lo desconocido. Erasmo observa complacido la disciplina que se ha ido arraigando como costumbre.

Dolores improvisó, junto con Omaira, quien se sumó a su trabajo, la primera comida de aquel día. Sobre una servilleta, fueron entregando a cada uno, sobre una rodaja de pan, una rebanada de jamón ahumado y una de queso amarillo. Omaira trajo un vaso con mermelada y la navaja de Erasmo. Todos se sirvieron y colocaron la dulce sustancia encima del queso y comenzaron a comer, faltó un café caliente.

Frente a frente, vista a vista

Eran las 8:30 horas de aquella húmeda mañana en el corazón de lo desconocido, cuando cada trashumante, con su equipaje y demás objetos de su

responsabilidad, se acomodó en su puesto en la columna de marcha, no sin antes haber apagado todos los fuegos.

La marcha se reanudó. Carlos, como siempre, estuvo encargado de la navegación, por tanto, va revisando constantemente el rumbo que señala su brújula. Durante el camino, van palpando, con las largas varas, la capa gruesa de hojas que cubre el suelo por donde avanzan. En oportunidades, apartan con ella alguna rama que se interpone a su paso. Pero, en general, el avance se realiza sin más dificultades que el que causan la humedad, los mosquitos y el calor.

Sin contratiempos y pausadamente, caminaron unas dos horas. Carlos continúa atento al rumor del agua a su derecha cuando el río no está a su alcance visual; el suelo se vuelve más duro en la medida en que los herbazales, en pequeñas áreas de sabana, penetran el paisaje. La vegetación se hizo más espesa hacia la orilla del río, lo que impide aproximarse a ella. Sin embargo, Carlos está pendiente de la dirección del cauce, por si éste cambia de rumbo.

De repente, decidió hacer señales a la columna para que se detuviera. Indicó silencio lo cual fue obedecido con rapidez. Se colocó en cuclillas, bajó el rifle del hombro, le quitó el seguro y lo dispuso para disparar. Erasmito, próximo a él, se acercó en silencio intentando conocer la naturaleza de la posible amenaza.

Carlos le señaló con el dedo la dirección de extraños y leves sonidos que Erasmito también captó, pero no pudo identificar. En cuclillas, ambos jóvenes avanzaron unos cuatro metros, protegidos por unos arbustos. Carlos fue el primero que observó, aterrado, lo que estaba frente a él, como a unos 15 metros. Erasmito captó la impresión en su compañero y se le acercó sigilosamente; quedó igualmente, petrificado.

El tigre “mariposo”, como de 1 m. de alzada, no los había detectado; la dirección del viento daba de frente a los observadores, impidiendo al peligroso depredador, percibir el extraño olor de los recién llegados. Un enorme tronco de árbol y algunos arbustos, ocultaron la llegada de los viajeros, por eso pudieron acercarse tanto al felino, que de espaldas a ellos; devoraba un animal recientemente cazado. En eso llegaron Rafael y Rebeca. Rafael preguntó:

- ¡Epa! ... ¿qué pasó? -

Erasmito se volteó para indicarles silencio, pero ya era tarde, el tigre volvió la cabeza y los quedó mirando con el mismo asombro y sorpresa que ellos. Rebeca iba a gritar, pero Erasmito lo evitó.

El jaguar adelantó dos pasos hacia ellos y se detuvo; sus fauces están abiertas y sus ojos fijos en aquellos seres extraños; sus colmillos superiores, como de seis centímetros de largo, resaltaban en su rostro.

El felino se ubicó entre su presa y los seres extraños, dispuesto a defenderla. Erasmo llegó con paso rápidos y se sumó al grupo; quedó también estupefacto ante aquella expresión de fuerza y belleza natural. Rebeca y Rafael quisieron retroceder, Erasmo los frenó:

- ¡No le den la espalda! -.

Él mismo dio unos pasos hacia delante trayendo por el brazo a Rafael, quien no podía ocultar el miedo que aquella situación le generaba. Erasmo, colocándose en línea con Carlos y Erasmito, le indicó a Rafael:

- ¡Si le muestras miedo te atacará!... ¡No le quites la vista de los ojos, manténle la mirada! -.

Rebeca entendió la maniobra y se colocó al lado de su padre. Ahora eran cinco contendores que el tigre percibía.

- ¡Mírenlo directamente a los ojos! -. Recomendó Erasmito, al comprender también la intención de su padre.

El tigre dio un paso atrás, presa de la incertidumbre; esta manifestación de inseguridad fue aprovechada por Carlos; dio un salto hacia adelante emitiendo un grito lo más fuerte que pudo y golpeando el suelo con su vara. Todos lo imitaron y avanzaron también por saltos. El tigre giró a su derecha y con un ágil movimiento, se internó en la selva. Envalentonados por la renuncia del felino, avanzaron gritando y se detuvieron sobre su presa. Se trataba de un báquiro. El tigre sólo había comido parte del vientre del animal y la totalidad de las vísceras.

- ¡Apúrense!... ¡Vámonos rápido! - Inquirió con fuerza Erasmo, - Puede volver por su comida-.

Rafael se quedó atrás del grupo, en la línea que formaron Omaira y Dolores. Desde ahí sugería:

- ¡Coño pana!... ¡vámonos!... ¡Ese animal va a volver!... ¡Vámonos! -.

- ¡No papá! -, respondió Rebeca, ya respuesta del susto, - ¡Necesitamos esa carne para nosotros! -.

Dolores preguntó:

- ¿Y si nos sigue? -.

Carlos le respondió:

-Creo que debemos arriesgarnos. El nos tiene miedo, por eso huyó. -.

- ¡Bien! - Dijo Erasmo, decidiendo al respecto: - Vamos a envolverla rápidamente en un poncho, así no podrá seguirnos por el olor de la carne, le dejaremos una parte. -

Mientras, Omaira desempacaba uno de los ponchos, Rafael sacó de su funda el machete que portaba y lo entregó a Erasmito, quien se lo había solicitado. El joven cortó la cabeza del animal dejándola en el sitio de la matanza junto con los restos de vísceras y otras partes blandas. Rebeca y Beatriz cortaron unas hojas grandes de unos arbustos cercanos y envolvieron el cuerpo del animal, que posteriormente, Omaira cubrió con un poncho.

Mientras, todos vigilaban el posible retorno del jaguar; pero éste, no dio señales. Empezaron la marcha, Rafael se hizo cargo del empaque del cuerpo del báquiro y reiniciaron el camino ahora con mayor velocidad.

-Si regresa se comerá la cabeza y las demás partes que le dejamos, eso lo detendrá; tenemos que buscar el río. - Afirmó Rebeca.

Carlos chequeó la dirección en la brújula y tomó la cabecera de la columna de marcha. Ahora Erasmito cerraba la columna junto con su padre, mientras Rafael tomó su puesto en la vanguardia.

Los caminantes iniciaron el descenso, la falda de una suave colina los condujo a un espacio despejado con árboles altos. Hacía ya una hora, aproximadamente, que había sucedido el incidente con el jaguar; constantemente miraban a todos lados, pendientes de que el animal los estuviera siguiendo; por ello, la columna se mantuvo lo más cerrada posible.

Erasmo confiaba que el animal se hubiera detenido a devorar los restos que quedaron; fue una buena idea dejar parte de la presa; de lo contrario, con

seguridad, los estaría siguiendo. Pero, de todas maneras, debían alejarse lo más posible de esa zona.

Carlos era de la misma idea, podía ver la cinta del río a su derecha, desplazándose entre las piedras; buscaría un lugar para pasar al otro lado. Una nueva corriente de agua cae por la margen izquierda; ahora el cauce se ensanchó unos 2 metros más. La pequeña sabana que venían transitando se hizo más ancha; pero, el borde contrario, se observaba cubierto por vegetación alta y espesa.

Una banda de guacamayos pasó por encima de sus cabezas, siguiendo su mismo rumbo, pero con una leve inclinación a la izquierda. Avanzaron una hora más, sin descanso, manteniendo el mismo ritmo y el mismo rumbo; a veces, caminando por herbazales de unos 40 cm. de alto, más o menos a la altura de sus rodillas.

La orilla opuesta comenzó a despejarse, ahora la sabana cubre ambas márgenes; pero el cauce del río se ensanchó y se aprecia más profundo. El reloj de Carlos marca las 11:30 del día. El suelo se ha ablandando bajo la hierba; los caminantes comenzaron a sentir que el agua estaba llegando a la altura de sus tobillos. La marcha se detuvo; Carlos y Erasmito, con sus varas, iniciaron tanteos buscando una vía menos profunda, pero las conclusiones no fueron agradables; tenían que continuar; la sabana se ha ampliado por el lado izquierdo y por el frente; como a unos 100 m. de distancia, se observan algunas colinas.

El agua seguía subiendo con rapidez; ya ha alcanzado la cintura de Carlos. La columna se estrechó hasta la distancia de un brazo entre hombros; las mujeres están nerviosas; desconfían de aquel paisaje; el miedo es perceptible, sobre todo, en Omaira, Dolores y Beatriz.

Una repentina nube de zancudos, negros y de dolorosa picada, ávida de sangre, comenzó a hacer estragos en los caminantes; las toallas cubren cuello y rostro pero los agujeros perforan la tela de las camisas, que por el agua, se pegan al cuerpo.

Erasmo avanza al lado de su esposa y la llevaba de la mano; Erasmito tomó de la mano a Beatriz para darle seguridad en la marcha; Rafael apoya a Dolores, quien de repente, emitió un grito y de un salto, se apartó del sitio por donde avanzaba. Al mismo tiempo, un revoloteo se percibió en el agua, en el

mismo sitio que ella ocupaba; algo se movió; la mujer llora presa de pánico. Todos se acercaron; Rebeca le preguntó sobre lo que había sentido; mientras, los hombres buscan con sus varas para defenderse de cualquier ataque desde el agua, Erasmo sugirió, retomando el orde:

- ¡Vamos a salir rápido de aquí!... ¡Rápido! -.

A esta orden, la marcha se reinició, pero desordenada; avanzan juntos; pendientes de las adyacencias al sitio por donde caminan. Rebeca ayuda a Dolores; ésta ha dejado de llorar, pero continúa muy nerviosa.

El nivel del agua sube aún más, superando la altura de la cintura de los caminantes; las mochilas fueron ubicadas sobre la cabeza para evitar que se mojara su contenido. Los zancudos aprovecharon para atacar las manos de los caminantes. Carlos avanza muy rápido y se adelantó unos 10 m.; estaba notando disminución en el nivel del agua. En unos 30 m. calculó la distancia que los separaba del borde de la laguna; el nivel seguía bajando; se volteó y gritó a sus compañeros:

- ¡Tranquilos, ya esto se está allanando... ¡Ya vamos a salir! -.

Una pequeña elevación del suelo ubicó ahora el nivel del agua en sus pantorrillas y seguidamente, en sus tobillos. Una relativa tranquilidad se percibe ahora en el grupo. Carlos, ya en lo seco, espera que se le unan Rebeca y Dolores, las más cercanas a él; posteriormente, el resto del grupo.

Vestigios

Minutos después, a medida que llegaban, se fueron acomodando en una pequeña explanada y sacudían el agua de su ropa y de las partes mojadas de los equipajes. Todos se sentaron, se despojaron de las botas y se dispusieron a descansar; pero no hay donde guarecerse del sol; los zancudos siguen molestando, los rostros y las manos, en general, muestran las huellas del feroz asalto de los nematóceros.

Carlos, seguido por Rafael, se levantó e inició el ascenso de una suave cuesta que daba continuidad a la colina donde están ubicados. Al llegar al tope, logró una vista del río, el cual ha vuelto a reducir su cauce. Al frente y a la izquierda, la sabana continúa amplia y evidentemente inundada. En la margen derecha, a través de un ralo bosque da galería, se aprecia con facilidad una zona seca y despejada; inclusive, con árboles diseminados que hacen

el ambiente menos agreste. Es necesario cruzar el río para acampar al otro lado; esto lo transmitió Rafael a Carlos. A unos 100 m. de donde están, se observa unos palos clavados en el cauce del río; Carlos señaló el sitio de los palos y sugirió:

-Vamos a ver si podemos cruzar por allá. -.

Momentos después, el grupo reinició la marcha y la columna se dirigió al sitio donde estaban los palos atravesados. La tensión psicológica experimentada durante el cruce de la ciénaga, generó un estado de desaliento que se manifestaba en expresiones de cansancio.

La proximidad al río develó que lo que creían un montón de palos que atravesaban la corriente en ese lugar, es, evidentemente, un ingenioso puente rudimentario, construido con la intención de cruzar el río. Se trata de seis pares de varas cruzadas en forma de "X" y enterradas en el lecho, están espaciadas entre sí por un metro de distancia, aproximadamente. Las varas en "X" están unidas en el centro por un amarre con bejucos y, sobre esta unión, descansa una vara horizontal, gruesa, que une por el centro, cada estructura.

Los brazos superiores de las "X" están unidos por varas más delgadas que funjen como pasa-mano para la persona que camina sobre la vara central, pudiendo, de esta manera, mantener el equilibrio.

- Es un puente ingenioso -. Dijo Beatriz.

- ¡Bueno!... Ahora veremos si aguanta con nosotros, porque tenemos que cruzar y ésta es la mejor manera - Dijo Carlos, acercándose y revisando los bejucos tensores atados a sendas estacas clavadas en el suelo, que ayudan a mantener la verticalidad de las estructuras. La construcción es evidentemente, de reciente data.

Carlos, como guía de la columna, avanzó para probar la resistencia del puente. Ajustó bien el equipaje que llevaba en la espalda e inició la travesía. Con prudencia, el muchacho iba comprobando la fortaleza de la construcción. Sujetado a los "pasa-manos", superó los 6 m. que lo separaban del extremo opuesto. Al llegar advirtió:

- ¡Pasen uno por uno!... Es resistente, pero es mejor tener cuidado-.

Erasmus observó a Dolores y a Omaira; las mujeres se fijaron en su atención, pero Dolores respondió:

- ¡Por mí no te preocupes!... ¡Lo pasaré bien! -

Cada uno fue pasando con su carga. Una vez superado aquel puente provisional, continuaron a través de la sabana en dirección a unas palmeras que se observaban a unos 200 m. de distancia. Carlos pensó que deberían acampar en esa área.

Todos ingresaron al morichal; los guacamayos que habían visto pasar, estaban comiendo, con bastante alboroto, unas frutas rojas de grandes racimos que sobresalen en lo alto de las palmeras. Seleccionaron un buen espacio cerca del río, seco, sombreado y libre de vegetación. Los guacamayos continuaron su ensordecedora algarabía. Comen de aquellas frutas rojas; algunas de ellas han caído al suelo a medio comer y otras, enteras.

Rebeca recogió una del suelo; calculó su tamaño como el doble de una nuez; de cáscara dura pero delgada y fácilmente desprendible; de color rojo intenso; su pulpa es anaranjada pero poco gruesa; tiene una semilla grande. Quitó parte de la concha y probó la pulpa, tenía poco sabor, quizás de un amargo muy suave, pero agradable. Todos la miraban, esperando que emitiera un veredicto.

- ¡Es sabrosa! - Opinó al fin.

Sus compañeros comenzaron a recoger aquella fruta nunca vista por ellos y a comerla con cierta curiosidad y prudencia, aún cuando al servir de alimento a las aves, era garantía de seguridad. Todos buscaron un lugar donde sentarse y, seguidamente, iniciaron una charla que tuvo como tema central el incidente con el jaguar, mientras, comían del fruto de las palmeras de Moriche.

-¡Pienso!-, Dijo Erasmo -Que lo importante es no mostrarle miedo a un animal; si él hubiera visto debilidad, habría atacado. Había que mirarlo directamente a los ojos. Así, su instinto de conservación le aconsejó retirarse ante lo desconocido, no podía saber si en realidad, éramos una amenaza para él. Eso fue lo que sucedió-.

-¡Sí!-, Acotó Carlos -Nos vio más grande que él y además varios. Prefirió dejar la cosa hasta ahí; no arriesgarse... ¡Buena!... ¡De todas maneras tuvimos suerte!-.

Dolores agregó sonriendo:

-¡Gracias a Dios!.

El morichal cubre un área de una hectárea aproximadamente, está atravesado por una corriente de agua cristalina que no parecía proceder del río recientemente cruzado, al menos, no se aprecia una conexión; pareciera que nace en el mismo morichal y forma la laguna que se abre frente a ellos como de unos 4 m. de ancho y aparentemente poco profunda. Posteriormente el cauce se va reduciendo siguiendo un camino fuera del morichal e internándose en un bosque cercano, quizás rumbo a alimentar al río.

Erasmus manifestó:

-Son casi las cuatro de la tarde... Vamos a prepararnos para acampar aquí. Vamos a preparar una buena fogata para asar el cochino de monte; pero antes, me daré un baño.

Erasmito respondió en broma:

-Si papá, parece un tigre, pero no por lo fiero sino por lo hediondo-.

Todos rieron del chiste e hicieron otros comentarios jocosos. Detrás de las palmeras y arbustos cercanos, cada quien buscó refugio para colocarse su traje de baño. Con medidas cautelosas se acercaron a la cristalina laguna de fondo arenoso. La temperatura del agua es fría pero agradable. El baño fue gratificante, aunque corto por la necesidad de preparar el campamento. Al cabo de una media hora, todos habían salido del agua y reunían madera seca para las fogatas; muchos restos secos de palmeras están disponibles. Los troncos de las palmeras son espinosos, pero no son obstáculo para colgar las hamacas y chinchorros.

Rafael se dedicó a arreglar el báquiro; quitó la piel y preparó los trozos para ser asados, atravesándolos con varillas delgadas extraídas de la parte central de las hojas de palma. Erasmito y Carlos encendieron una fogata grande y colocaron horquetas en sus extremos, que sostendrían las varas que contienen la carne para su asado. Todos los demás se dedicaron a alistar su sitio para descansar. La hachuela permitió a Erasmo preparar asientos, contruidos con troncos de palmeras, colocados alrededor de la fogata.

Serían las cinco de la tarde, cuando comenzaron a sentir el ataque inmisericorde de los voraces *puri-puri*; éstos son más grandes de los que ya cono-

cían. Se colocaron sus pantalones y camisas manga larga para protegerse de los pequeños agresores.

Fue una verdadera nube de insectos la que invadió aquel paraje; lo que los obligó ubicarse cerca del humo de la fogata, lo cual fue suficientemente eficaz para evitar las picaduras, que se sucedían, aún a través de las ropas. Echaron ramas y hojas verdes al fuego y el humo ayudó a ahuyentar a los flebotomos: colocándose alrededor de la espesa columna de humo lograron protección. Permanecieron un buen rato al lado del fuego. Ya entrada la oscuridad, la carne continuaba asándose, ninguno se atrevía a alejarse del lugar por temor a los mosquitos.

Finalmente, Beatriz señaló:

-¡Parece que se fueron!-

La joven avanzó hacia el sitio donde se encuentra bolso con los medicamentos en busca de alcohol. Erasmo salió y tomó su linterna y navaja; los demás hicieron lo mismo. El ardor por las picaduras es intenso, gruesos rosetones se observan en cuellos, caras y manos; el alcohol proporciona alivio a la comezón:

-¡No se rasquen!- Dijo Omaira -Hay que evitar que se rompa la piel y pueda infectarse-.

-Una cosa aprendimos- Comentó después Erasmo. -El ataque dura alrededor de 2 horas. Este ataque comenzó como a las cinco. Eso debemos aprenderlo... ¡Omaira!- Llamó, atrayendo la atención de su mujer. -Creo que teníamos dos potes de repelente de mosquitos en el avión... ¿Qué pasaría con eso?-. La esposa respondió:

-Recuerda que los dejaste en la hacienda la última vez.

-¡Bueno!... ¡Veo que fue una mala decisión!

Respondió Erasmo.

Hace frío en aquel paraje de clara noche. Las hojas de las palmeras arden bien. Carlos continúa con la atención puesta en las piezas del báquiro que se están asando. Después de colgadas las hamacas y encendidas dos fogatas

más pequeñas para proporcionar calor, todos se reunieron en el sitio del asado. Dolores comentó:

-¡Ojalá esta noche no llueva!... Se nos mojaría todo por no preparar un refugio... Pero en realidad, yo estoy muerta de cansancio- Dicho esto, se sentó sobre un pequeño tronco; luego preguntó:

-¿Alguien quiere ir al baño?-, Beatriz le respondió afirmativamente.

-También me anoto- Acusó Rebeca; luego, Omaira también se dispuso a acompañarlas y comentó:

-La verdad es que con este problema, se me quitaron las ganas y a veces, ni me acuerdo.

Comieron abundantemente, aun cuando sus paladares no estaban acostumbrados a la comida sin sal. Sobró mas de la mitad de lo asado y Rafael se dedicó a envolverlo y guardarlo.

Una hora después, todos estaban ubicados en sus sitios para dormir; Carlos, con el rifle en las manos, realiza el primer turno de guardia. Por primera vez se siente cansado; sentado frente al fuego, mueve sus troncos para avivarlo, siente sueño, miró hacia los chinchorros y a los que dormían en camas improvisadas; todo estaba tranquilo en el campamento.

Durante la guardia de Erasmito, cerca de las 4 de la mañana, comenzó a llover; las gotas amenazaban con mojar todo. Se adelantó así la hora de levantarse, proteger los enseres y refugiarse de la lluvia. Los sitios más seguros están al pie de las palmeras; ahí colocaron los equipajes y se sentaron sobre ellos. Aun cuando la lluvia arreció, las palmeras protegían en gran medida; pudieron permanecer secos, pero sin volver a dormir. Los ponchos son utilizados como paraguas, en forma de techo inclinado; atados por las cuatro puntas a los troncos cercanos. Algunos se sentaron bajo su cobijo y otros mantuvieron su sitio anterior. El alba llegó para aquellos trashumantes bajo palmeras. Ya había aclarado cuando la lluvia cesó, todo quedó anegado y pantanoso; ya no se podía permanecer en aquel lugar. Decidieron emprender la marcha a esa temprana hora.

Capítulo V

Esperanza

La poco amistosa selva

La humedad heredada de la noche, enfrentaba ahora al padre sol que comienza a imponer su calor. Una capa de neblina baja cubre la sabana circundante. A la izquierda, la selva parece inmutable, impenetrable, con una pasividad aparente, interrumpida por susurros y murmullos que comenzaron a escucharse de nuevo, pero ahora con más intensidad y continuidad.

Son las 09:20 horas; la marcha se inició hace unos 20 minutos, siguiendo la misma ruta río abajo. La brújula, en manos de Carlos, señala rumbo noroeste; la sabana sigue su extensión a lo largo de la margen izquierda del río, lo que les facilitaba el avance. Erasmo nota que, en la medida que avanzan, el cauce se iba reduciendo y los límites del bosque estrechándose. En algunos espacios, la inclinación del terreno es mayor, lo que hace que la corriente de agua se acelere generando fuerte y ruidosa turbulencia al deslizarse entre las piedras.

Carlos, desde la vanguardia, advirtió, a unos cincuenta metros sobre la corriente del río, nubes de vapor que se elevan; supuso de inmediato que se trata de un salto de agua. En efecto, en la medida que se acercan oyen el ruido de la caída. Aceleró el paso y llegó hasta el final del camino. Ahora se encuentra sobre una cima. El torrente de agua está dividido en dos grandes chorros, uno a cada lado de una roca ubicada en el borde. Las dos columnas de agua forman un pozo unos diez metros más abajo.

Buscan con la mirada un posible paso para cruzar el cauce; sin embargo, en la margen derecha no se observa espacio para caminar, la vegetación está volcada sobre la orilla del río. Por su lado, el terreno continúa en una pendiente bastante pronunciada que dificultará el descenso por ella. Las salientes de rocas dispersas, no ofrecen apoyo seguro para bajar; están mojadas por el rocío permanente y cubiertas de abundante musgo.

Carlos busca una alternativa para no internarse en la vegetación alta, donde los riesgos son mayores, pero, aparentemente, no la hay, tendrán que internarse en el bosque para superar la pendiente.

Observó la brújula; la corriente del río continúa, luego del salto, por el rumbo de 273°. Decidió esperar la llegada del resto de sus compañeros.

Erasmus se mostró de acuerdo con la sugerencia de Carlos; pero indicó que debían tratar de permanecer el menor tiempo posible dentro de la selva. Carlos reanudó la marcha seguido inmediatamente por Rafael, luego las cuatro mujeres y posteriormente Erasmito, la columna la cierra Erasmo. Todos llevan su vara en la mano, lo suficientemente fuerte como para apoyar el peso de su cuerpo y mantener el equilibrio ante la irregularidad del terreno.

Los grandes árboles los recibieron en su seno; el calor es fuerte, Beatriz lo calculó en 38°C aproximadamente; las ropas están empapadas de sudor; Omaira y Dolores llevan toallas sobre sus cabezas. Erasmo tomó la misma idea, ya que su pronunciada calvicie está expuesta al sol.

Ahora están caminando por un bosque de altos árboles y cerrado dosel que impide la formación de sotobosque, por falta de suficiente luz solar. Por tanto, la ausencia de vegetación baja y los matorrales, los ayudan en el desplazamiento.

El calor contrasta con la humedad del suelo. Se trata de un calor húmedo que les genera una desagradable sensación, como lo calificó Omaira:

-¡El aire está pegajoso!-.

Las botas se hunden en la hojarasca saturada. En eso concentraban su atención cuando el grito de Rebeca los sobresaltó. La muchacha dio un salto para apartarse de un ciempiés de aproximadamente 30 cm. de largo, que inclusive, llegó a tocar sus botas. Todos quedaron asombrados por el tamaño del artrópodo; su largo cuerpo está formado por segmentos cubiertos de placas morado-rojizas que terminan, a cada lado, en patas de color amarillo claro. Pero lo que dejó perplejos a los caminantes fue que, en ese momento, está devorando un pequeño roedor, el cual seguidamente abandona para internarse en la hojarasca en un intento de huir de la extraña presencia.

Los aventureros siguieron su camino rodeando el sitio donde se ocultó el ciempiés. De repente, un nuevo sobresalto; se iniciaron los ya conocidos ru-

gidos; más cercanos, más fuertes y al parecer, con un mayor número de gargantas. Se detuvieron y se acercaron más unos a otros. Erasmito preparó el rifle para una eventual defensa. Carlos tocó la empuñadura del revolver acomodado en su cintura. Todos exploran con miradas de temor, las copas de los árboles, están seguros que de esa dirección provienen los rugidos.

La esperada visita

La marcha se reinició en medio de los continuos rugidos que, evidentemente, se están acercando. Todos aceleraron el paso para alejarse lo más rápidamente posible de la zona; pero los sonidos se acercan con mayor velocidad. Ahora lo sienten por detrás y por la izquierda.

Omaira buscó nerviosa, la protección de su marido y Dolores la siguió; Beatriz y Rebeca se unieron buscando la protección de Carlos. Los tres jóvenes se pegaron al tronco de un árbol grueso para, desde esta posición relativamente protegida, observar mejor.

Todos escudriñan las copas de los árboles. Erasmo, Rafael, Erasmito y las dos mujeres mayores se protegen detrás de un grueso árbol.

Omaira llamó la atención mientras señalaba con el dedo índice hacia un árbol:

-¡Miren!... ¡Allá!-

Todos dirigieron la mirada al sitio señalado; un mono de pelo rojo, de casi un metro de alto, los estaba observando desde una rama ubicada a una distancia de 25 m., aproximadamente. Tiene sus manos apoyadas en una rama frente a él y realiza pequeños movimientos impulsando su cuerpo hacia adelante, como para saltar sobre los extraños. Su boca abierta muestra agudos y grandes caninos, sus gestos son evidentemente amenazantes. Seguidamente llegó otro mono de tamaño semejante, luego cinco o seis más se colocaron a su derecha, otros a su izquierda. Todos asumieron la misma posición en silencio y con las miradas fijas en los extraños.

De repente, el que llegó primero, que parece ser el líder del grupo, comenzó a dar pequeños saltos sobre la rama donde está posado, emite una serie de cortos y fuertes rugidos que fueron seguidos por sus compañeros, articulándose una enorme algarabía, evidentemente intimidatoria.

Erasmus estimó en más de 50 los componentes de aquella banda; podía apreciar algunas hembras con sus crías aferradas a su espalda. El ruido se hizo ensordecedor; pero no hay muestras de ataque directo. Algunos de ellos, más osados, avanzaron sobre las ramas y se acercaron a los visitantes; tres de ellos se ubicaron directamente sobre el sitio ocupado por Carlos.

De repente, Beatriz exclamó, sacudiéndose el pelo y la camisa; le estaba cayendo orina; dos de los monos estaban orinando sobre ellos. Se apartaron del árbol y esta reacción, aumentó la intensidad de los rugidos. Erasmus hizo señas a Carlos que avanzara, que siguiera el camino y el joven así lo hizo. Todo el grupo, sin dejar de mirar a los monos en los árboles, comenzó a caminar. Este movimiento pareció haber molestado al simio que parece ser el líder; saltó con agilidad unas ramas más adelante y se colocó encima de los viajeros; otros lo siguieron y se produjo un nuevo ataque; ahora no con orina sino con excrementos.

Una cantidad rozó el hombro de Carlos, quien, de manera casi instintiva, sacó el revolver de su cintura. Dirigió el arma hacia su derecha, opuesta a la ubicación de los primates y apretó el disparador; la explosión del cartucho retumbó en el espacio, incrementado varias veces por lo encerrado del área.

Los rugidos cesaron de inmediato; el escenario quedó en silencio, la bandada de monos quedó realmente paralizada, indecisa, aquel estruendo le era totalmente desconocido. Un segundo disparo, ahora realizado por el rifle de Erasmito, explotó en el ambiente y sacó a los primates de la parálisis momentánea y los lanzó a una desordenada retirada, en medio de una gran algarabía.

-¡Caminen rápido!-, Gritó Carlos, al momento que iniciaba la marcha.

La bandada de araguatos se desorganizó, unos gritaban y otros huían atemorizados por el estampido. Rebeca y Beatriz sujetaron por los brazos a Omaira y a Dolores respectivamente, para ayudarlas a salir más rápido del lugar, aprovechando la desbandada de los simios. Carlos tomó la delantera y los restantes tres hombres quedaron en la retaguardia, pendientes de la reacción de los monos; éstos no se atreven a acercarse nuevamente; sin embargo, no pierden de vista a los extraños. El estruendo, quizás desconocido, les sugiere no acercarse demasiado, pero siguiendo una dirección paralela a los viajeros, la distancia es mayor de 50 m.

Los caminantes avanzan lo más rápido que les permitía la húmeda y esponjosa capa vegetal además de su propio agotamiento físico. Carlos mantiene

el rumbo de 273°. Han caminado como media hora sin detenerse; el murmullo de los monos se oía cada vez más distante. Quince minutos más tarde se detuvieron bajo un grueso árbol; las cuatro mujeres muestran visible agotamiento. Beatriz, de pie, dobló su cuerpo hacia delante apoyándose sobre sus rodillas en un intento por inhalar aire fresco y exhalar su cansancio. Dolores se sentó encima de una de las raíces que sobresalen del suelo. Erasmo y los demás hombres, escudriñan las copas de los árboles; no hay rastro de la bandada de monos, aunque sí, lejanos y continuos rugidos cada vez más tenues, Evidentemente, se quedaron en la zona donde coincidieron.

Veinte minutos después, recuperados de la sorpresa, la marcha continuó en el mismo orden que traían, ahora con más lentitud, pero con el propósito de salir cuanto antes a un espacio despejado. Son las 13:35 horas, pero parece más tarde; la poca iluminación solar por el cerrado dosel, les proporciona un ambiente lúgubre; muchos de los árboles están totalmente cubiertos por una gruesa capa de musgo de color verde oscuro y tonos marrones y violáceos.

Plantas parásitas, de diferentes especies y tamaños viven en sus ramas desde donde desprenden especies de raíces colgantes que llegan hasta el suelo. La apariencia, en oportunidades, semeja cortinas de lianas de diferentes grosores. Carlos sabe que no deben detenerse, revisa las indicaciones de la brújula e intentaba fijar puntos de referencia sobre el mismo rumbo, pero no identifica un accidente o particularidad que pudiera servirle, sólo árboles semejantes.

De repente, oyó a su derecha el rumor conocido del río y procedió a seguir un ángulo que le permitiera acercarse a la dirección del ruido de agua. Cinco minutos después, ya pueden observar, entre la vegetación, la nube de pequeñas partículas de agua que se elevan de la turbulenta cascada.

Inesperado albergue

Ya superado el salto, la salida a un reducido claro les mostró completamente la caída de agua como a unos 80 m. Todos admiran el bello espectáculo que demuestra también, la fuerza de la naturaleza. Un fino rocío cae sobre ellos; en la orilla contraria desemboca un río que aporta sus aguas a la corriente que han venido siguiendo, ampliando su cauce a unos 8 m. aproximadamente. Pero, igual que aguas arriba, en aquella orilla no se aprecian facilidades para caminar, la vegetación continúa densa.

Erasmus se adelantó unos metros del grupo para explorar la continuidad de la orilla donde se encontraban; pudo constatar que seguía cerrada de vegetación; tendrían que adentrarse de nuevo en la selva y buscar un sitio para pasar la noche y descansar.

Carlos tomó nuevamente la delantera; ahora Erasmito lo acompaña; el resto de la formación continúa igual. La dirección del río no sufrió modificación, por lo que Carlos buscó nuevamente, mantener el rumbo de los 273°.

El cielo se estaba nublando y la entrada de luz solar disminuía con rapidez. Carlos y Erasmito procuran encontrar un espacio despejado donde pudieran colocar el campamento.

-«Con seguridad esta noche lloverá»-, pensó Carlos.

El calor iba en aumento; de pronto, los hombres de la vanguardia entraron a un espacio talado; más bien desbrozado; penetraron hasta la mitad del área; se detuvieron y quedaron asombrados.

-¡Un campamento!-, dijo Erasmo a sus espaldas.

Todos miran con sorpresa las construcciones ubicadas en círculo; todas tenían el frente hacia la especie de plaza central. Los techos son inclinados con la parte posterior tocando el suelo, semejantes a los refugios que ellos habían construido durante su estadía en aquellos parajes, pero se aprecian más fuertes y de tejidos más acabados. En cada cobertizo se aprecian restos de fogatas. Rafael se acercó a una de ellas y luego a otra; tocó las cenizas, estaban frías. Opinó:

-Evidentemente tienen varios días de haber sido apagadas.

Colocaron sus cargamentos en el suelo y se dedicaron a explorar cada una de las construcciones, las cuales mantenían intacto el enramado de sus techos, que, por el tejido, no deberían filtrar el agua de lluvia.

En un lado del campamento observaron una especie de tarima o troja de un metro de alto, tenía encima un envoltorio de hojas atadas con bejucos; al revisarlo, Carlos notó que se trataba de carne asada con toda su piel; aparentemente fue abandonada. Se correspondía con un cuarto trasero de un animal,

-¡Es de báquiro!-, Apunto Erasmito.

En el suelo, al lado de la troja y en plena descomposición, se podían reconocer restos de vísceras de varios animales.

-¡Fueron varios!-, Afirmó Erasmo.

Rebeca entró a inspeccionar uno de los refugios; pero rápidamente salió del lugar sacudiéndose el pantalón mientras intentaba desprenderse de una nube de insectos que la habían atacado y se pegaban a su ropa.

-¡Parecen pulgas! -¡Sacúdete rápido!- Exclamó Erasmito.

Dolores se le acercó y la ayudó a quitarse los insectos que quedaban; sacudiéndolos con la toalla que llevaba en el cuello.

Posteriormente, pasado el incidente y al término de la exploración de aquel fortuito campamento, Erasmo se dirigió a todos, luego de llamarlos a reunión:

-Nos quedaremos esta noche aquí... Distribúyance en las chocitas; con ramas verdes encendidas echen el humo dentro para que espanten la pulgas; vamos a amontonar leña seca y a preparar el campamento, luego decidiremos-.

Evidentemente habían llegado a un campamento de cazadores que ya se habían retirado hacía varios días. El campamento, organizado de manera circular, poseía cinco pequeños cobertizos cuyos techos, a una sola agua, tocaban el suelo con su parte posterior, todos dan el frente al centro. La parte superior de los cobertizos están cubiertas con ramas de variadas especies, colocadas, de tal manera, que deberían proteger eficientemente de la lluvia

Los viajeros se dedicaron a desempacar y a organizar su estadía. Dolores y Omaira desarrollaron los empaques con la comida; será la segunda y última del día. Beatriz revisa la resistencia de los horcones y travesaños que sostienen el techo de una de las pequeñas chozas. Se colgó del travesaño superior y éste resistió perfectamente su peso. Aquel refugio, semejante a los otros, medía como dos metros de ancho por dos de alto. Las mismas pruebas fueron hechas por los hombres en las restantes construcciones.

Erasmo, equipado con guantes de trabajo, procedió a colgar dos hamacas en uno de los albergues, intentado hacer uso óptimo del espacio. En la ubicada inmediatamente a su izquierda, Erasmito ayuda a su hermana colgar dos chinchorros tejidos con fibras de la palmera del Moriche. Carlos, por su parte, tomó el chinchorro de nailon y lo colgó en la enramada ubicada al frente de la escogida por Erasmo.

Erasmus vio la distribución de los albergues y le dijo a Erasmito:

-Mira hijo, quita uno de esos chinchorros y colócalo en esta choza- Señalando una de las que habían quedado vacías.

Seguidamente se dispuso a organizar, estratégicamente, la ocupación. Dolores y Beatriz dormirían juntas en uno de los refugios; Omaira con él en la que preparó; Rebeca tendría como acompañante a su hermano; Carlos sólo en una y en la siguiente, Rafael, para quien no quedó colgadero; preparó un colchón con hojas y lo cubrió con un poncho.

Distribuidos de esta manera, restaba encender un fuego en cada choza y uno grande central; los indicios de que llovería eran fuertes; necesitarían calor. Ya ubicados, cada quien realizó mejoras en los techos, en los canales para la escorrentía y la limpieza interna. Todos acumularon suficiente leña para la noche; la lluvia se sentía en el ambiente. Dolores llamó la atención:

-¡Vengan a comer!-

A cada quien entregó una rueda de pan rellena con jamón ahumado y una rodaja de queso. Se preocupó por colocar suficiente jamón para la satisfacción del hambre, que debía tener cada uno.

Omaira informó al grupo con cierta preocupación:

-Ya casi no hay pan, queda un solo paquete. Ya no tendremos para después de mañana.

-Mañana trataremos de cazar algo o pescar- Dijo Carlos.

-¡Así será, si Dios quiere- Contestó Erasmo, mientras revisaba la carne que dejaron los cazadores, la cual está ahumada y en perfecto estado para el consumo, le retiró la piel con su navaja y dejó la carne rojiza al descubierto y probándola exclamó:

-Está muy bien cocida pero no tiene sal.

Cortó la pieza en pedazos y la distribuyó; Dolores sugirió guardar el jamón para el día siguiente y así lo hicieron. Comieron en silencio, Dolores se retiró al sitio donde dormiría con Beatriz; ya a solas, tristes recuerdos invadieron su mente; comenzó a sollozar; se sentía desolada. Erasmo y Omaira se le acercaron, ambos le colocaron sus manos sobre los hombros en señal de apoyo y consuelo. Esta actitud intensificó el llanto de la mujer.

-¡Llora!-, le dijo Erasmo -Es bueno, pero no te derrumbes, saldremos de ésta, Dios no nos abandonará-.

Seguidamente se acercó más a ella y la abrazó completamente. Omaira también tiene lágrimas en los ojos; las secó con rapidez.

-Pienso en Santiago, ya no está conmigo... Pero sé que me acompaña, siempre fue mi compañero... Pero ahora me preocupa mi hijo. Lo que pasará con él si no lo puedo ver más. Comentó con tristeza la mujer.

Erasmo continuó a su lado sin decir nada; lo mismo hizo Omaira. El resto del grupo, imaginando lo que sucedía, prefirieron no acercarse; fingiendo distracción en el ejercicio de sus labores.

Erasmo le habló a Dolores:

-Santiago siempre fue un buen amigo, Dios lo tenga en su gloria; pero sé que donde esté, estará velando por nosotros; para que todos salgamos bien de esto. El ayuará a que pronto estés con tu hijo.

-Así sea- Respondió Omaira -No debemos rendirnos, tenemos que ser muy fuertes- No te preocupes Dolores, todos estamos juntos... Siempre nos apoyaremos. Ahora como una sola familia.

Dolores sonrió mientras secaba sus lágrimas con su toalla

Un rato más en silencio y Erasmo salió de la enramada, dejando a Omaira con Dolores.

Erasmo observó su reloj, eran casi las 18:00 horas; está oscureciendo. Ya Rafael había encendido dos fogatas; una en su enramada y la otra en la que albergaría a Erasmo y Omaira. Beatriz inició la preparación de su fogata. Un bejuco suelto en uno de los extremos del travesaño le dio la idea de un tendedero; tomó el extremo suelto y lo ató a un travesaño más bajos; se quitó la camisa húmeda por agua y sudor y la tendió en la liana; seguidamente, lo hizo con su pantalón yin quedó sólo con el sostén de lunares amarillos y rojos; así ataviada, se sentó en su chinchorro a recibir el calor de la fogata que encendió, entre su chinchorro y el de Dolores.

Rebeca vio lo que Beatriz había hecho y decidió emularla, con la espalda hacia la entrada de su enramada, además de la ropa exterior se quitó también el sostén y en su lugar se colocó la parte superior de un "mono" de dormir.

Los hombres y el resto de las mujeres también se cambiaron las vestimentas mojadas.

Todos tienen una fogata en su enramada. Erasmo pensó en encender una grande en el centro, pero la idea se interrumpió con el sonido en las ramas de los árboles que señalaba el comienzo de lluvia. La respuesta colectiva fue la de acumular la mayor cantidad posible de leña en sus respectivas enramadas, para mantener alimentados los fuegos durante la noche.

Erasmo, quien mantiene una de las linternas en sus manos, lanza aces de luz de vez en cuando hacia las copas de los árboles. La noche comienza oscura, pero la cercanía de las enramadas y la iluminación de las fogatas, permite en todo momento, que tengan contacto visual entre ellos.

La lluvia duró varias horas; cesó bien entrada la madrugada. El silencio es casi absoluto en aquella selva. La ausencia de ruidos coincide con la ausencia de luz externa a los albergues. Hace frío, pero el calor de las fogatas permite un ambiente agradable. Parece que todos duermen, pero en realidad, como siempre, el sueño es discontinuo. Cada uno, en su sitio de descanso, se enfrenta a su interior, a sus miedos, a la angustia de la incertidumbre, al desconocimiento sobre lo que le deparará la providencia y, en la quietud de su soledad, evocaban a Dios, a la Virgen de su fe y rogaban en silencio por protección.

Cada uno sentía fortalezas en su desolación individual al pensar en las muestras de solidaridad del grupo. Sin embargo, en el momento de recogimiento, la soledad diluye la esperanza, cediendo su espacio a torbellinos de ideas carentes de optimismo que atentan contra la disposición psicológica de la confianza de salir con bien de todo aquel confuso y sorprendente drama. Los apoyos sentidos en la unidad del grupo, están fungiendo como fuerte cohesionador de voluntades y proveedor de esperanza y confianza por la seguridad que entraña.

Amaneció en aquel campamento selvático, pero el silencio general continúa. El día ya había entrado completamente, pero ninguna de aquellas personas siente deseos de abandonar el agrado de su abrigo; ya no hay lluvia pero sí, mucha humedad; las fogatas siguen ardiendo, los techos resistieron muy bien el agua, ya amortiguada por las copas de los árboles.

Dolores y Omaira salieron de sus respectivos albergues casi al mismo tiempo; cada una tomó uno de los vasos que habían contenido mermelada y se acercaron a un pequeño pozo que parecía ser una fuente de agua. Ambas

mujeres procedieron a lavarse los dientes; posteriormente, colocaron los vasos sobre uno de los equipajes de la enramada de Omaira y se dedicaron a preparar lo que pudiera servir como desayuno.

Eran como las 11:00 horas de aquella mañana, cuando, recogidas todas las pertenencias, iniciaron la marcha con el mismo rumbo que ya traían. Carlos tomó nuevamente la vanguardia, acompañado por Rafael; le seguían Erasmo, Omaira y Dolores, en un solo grupo que avanzaba a unos diez metros de distancia; cinco metros detrás, Erasmito los seguía junto a las jóvenes, cerrando la formación.

Carlos se detuvo y esperó a Rafael y, posteriormente, a los demás. Señaló el cadáver de un báquiro semi-oculto por un matorral; la causa de su muerte permanecía con él; una flecha como de 2 m. de largo, estaba clavada en su costado derecho, cercano al cuarto delantero. El animal tenía varios días de muerto; lo avanzado de su descomposición así lo señalaba.

-Debió escaparse de sus cazadores-. Dijo Erasmito.

-Deben ser los mismos que hicieron el campamento-. Replicó Rafael.

La posible cercanía de otras personas le generó inquietud al grupo; pero, al mismo tiempo, la esperanza de salir de la selva hacia algún centro poblado, desde donde pudieran comunicarse con las autoridades y con la familia. De manera instintiva, todos otean el espacio a lo que les permite la alta vegetación, intentando percibir algún movimiento, alguna señal de los que ellos suponían, debían ser indios.

Carlos sacó la flecha del cadáver del animal y la reconoció como una flecha de los indios Yanomami.

-Entonces estamos bastante al sur. Comentó Erasmo -Cerca del ható sólo hay indios Piaroa- Continuó diciendo.

Beatriz replicó, mostrando evidente temor:

-He oído que los Yanomami están en las cabeceras del río Orinoco y llegan hasta Brasil. He oído que son guerreros, que les gusta la violencia y que son caníbales; pueden atacar a los extraños que ingresen a su territorio.

Rebeca salió de su silencio:

-Deben atacar sólo a los que llegan a sus tierras a molestar y a abusar ... si nos encontramos con ellos le pediremos ayuda.

—¡Ojalá!-. Mencionó Erasmo con clara preocupación —Pero, vamos a seguir.

Carlos arrojó la flecha al suelo, le hizo una seña a Rafael, quien se encontraba como a unos diez metros observando el terreno hacia adelante y el bosque cercano. Los dos amigos tomaron nuevamente la vanguardia de la columna de marcha, la cual siguió estructurada de la misma manera.

Capítulo VI

Dudas en la esperanza

Momentos de tranquilidad

Caminaban lento, pero con seguridad, en una dirección seleccionada azarosamente; escogida en base a una lógica que no era tal, evidentemente intuitiva, pero saben, sin discutirlo a profundidad, que la seguridad del grupo es la fortaleza de cada miembro, un escudo; la cohesión en las decisiones y enfrentar como un sólo elemento cualquier circunstancia amenazante, podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

La senda de sabana, libre de arbustos, permite el avance ligero, conduciendo al grupo a acercarse progresivamente a la orilla del río. Carlos y Rafael se detuvieron y depositaron sus mochilas en el suelo, en espera del resto de la columna de marcha. Dolores y Omaira, luego de despojarse de sus respectivos equipajes, se sentaron en una de las numerosas rocas que afloran; ambas mujeres muestran las huellas del acumulado cansancio, no solamente por el esfuerzo del día sino, por el acumulado de 8 días que llevan en aquella aventura.

Rafael fue el primero en hablar:

-Pienso que debemos descansar aquí por el día de hoy, está despejado y podemos bañarnos-.

Erasmito contestó aprobando la sugerencia, pero preguntó a su padre sobre su opinión, a lo que Erasmo respondió:

-Me parece bien, vamos a revisar bajo aquellos árboles- Y levantando la mirada al cielo indicó -Parece que esta noche no lloverá, todo se ve despejado... De todas maneras, vamos a preparar el campamento; además, como es temprano, podremos intentar pescar o cazar algo que sirva para completar la comida-.

Ya conocían la rutina articulada por roles naturales; Dolores y Omaira se dispusieron a revisar lo referente a la comida, Raquel y Beatriz juntarían leña y ramas secas que sirvieran para mantener los fuegos durante toda la noche. Rafael las acompañó en este trabajo, mientras, Erasmo, Carlos y Erasmito exploran el sitio que será el campamento.

El grupo completo se acercó a la orilla del río, el cual discurría con suavidad entre algunas piedras, formando entre lagunas de distintos tamaños, un pozo cristalino en el que desemboca, como rindiendo tributo, una pequeña quebrada de unos 50 cm. de ancho. Rafael sugirió la idea de venir, durante la noche, para tratar de pescar.

Por grupos de género, realizaron actividades de baño, primero las mujeres y posteriormente los hombres; lavaron la ropa usada y las extendieron sobre arbustos cercanos para su secado. Estaba oscureciendo cuando se repartieron en los sitios de albergue; una fina llovizna caía sobre ellos, pero las enramadas los protegían, por lo menos, de una lluvia suave como la que estaba cayendo.

Eran cerca de las 17:00 horas cuando, ya acomodados en sus nuevos refugios, se sentaron a comer sobre algunos afloramientos rocosos que salpican el área. Pocas palabras se manifestaron, pareciera que el agotamiento por las caminatas, la poco abundante alimentación, aunque cargada de proteínas, estaba mostrando sus efectos en los organismos con muestras evidentes de pérdida de peso.

La noche fue silenciosa y tranquila, de suave brisa y poca lluvia. Los chinchorros y las improvisadas camas cumplieron su finalidad. Los hombres decidieron no ir de pesca por la fina y pertinaz llovizna.

La mañana siguiente se inició clara y despejada; sin embargo, la humedad ambiental es notable; el rocío de la noche cubre todo el entorno. Aquella mañana se muestra tranquila y más sosegada, por lo que la incertidumbre sobre el futuro inmediato, la inseguridad subsecuente de esa misma situación y los hechos conexos, aportan componentes psicológicos al acumulado agotamiento y, generan un estrés que comienza a manifestarse.

El elemento psicológico relacionado con la percepción de una realidad mucho más profunda y preocupante que amenazaba con aflorar, va tomando cuerpo en forma de desencanto ante el apremio de definir un provenir hasta ahora ignoto. Es necesario un hecho fortuito que permita el fortalecimiento

de la debilitada esperanza. Una luz, por pequeña que fuese, que evite la peligrosa resignación a no luchar, a entregarse, a aceptar el infortunio como definitivo. La carga de 10 días de improvisada y forzada aventura, amenazan las reservas morales.

Pero había algo especial en aquella gente: el sufrimiento individual se diluye en el sufrimiento colectivo mitigando sus efectos. La asunción en conjunto de las circunstancias individuales, es evidente y cohesionan al grupo, que, con inteligencia, ha sabido organizar, fortalecer y mantener el liderazgo ejercido por Erasmo. Siempre ha restado valor a la desesperanza, convirtiéndola en fuerza o, por lo menos, eso demuestra sobreponiéndose a sus propios miedos. Aquel hombre maduro en la vida, está apostando todas sus experiencias en una sola mano.

Por otro lado, atendiendo a la cotidianidad propia de la vocación hogareña tradicional, el rol femenino lleva a la mujer a asumir una posición determinante en el funcionamiento del hogar, éste fue asumido por Dolores y Omaira, quienes inician siempre las actividades diarias en el campamento.

Cuando Erasmo salió de su refugio, ya las mujeres estaban preparando el desayuno. Poco a poco, los demás se van incorporando; no se nota apuro por reanudar el camino.

Omaira llevó a Erasmo, sobre una servilleta, una rodaja de pan con una rodaja de salchichón y un poco de carne de cangrejo encima. Erasmo observó la ración de comida; pero, sobre todo, la extraña combinación culinaria. El hombre sonrió, pero la preocupación lo embargó:

- «Ya no hay variedad... No tenemos complemento para el acompañamiento, los carbohidratos son escasos, debemos ahorrar energías»- Pensó, - «Pero... ¿Cómo nos detenemos a pescar o cazar?... ¿Con qué tiempo?, tenemos que avanzar, caminar, buscar un posible caserío o grupo humano que nos ayude... Sin embargo... Sin alimentos suficientes, el agotamiento y el debilitamiento mermará nuestras capacidades»-.

Mientras comía, llamó a reunión a todos los miembros del grupo. Se fueron acercando, la mayoría con su ración de alimentos en la mano. Erasmo fue directo al asunto que le preocupaba:

-Pienso que debemos permanecer aquí por el día de hoy, descansar, bañarnos; pero sobre todo, pescar o cazar... Tenemos muy poco que comer-.

- ¡Me parece buena idea!... Saldremos ahora a cazar algo- Respondió Erasmito. Carlos y Rafael dieron su aceptación a la idea. Erasmo reafirmó:

-Debemos recuperar nuestras fuerzas para poder seguir.

Se intercambiaron ideas y opiniones y, seguidamente, se dispersaron, cada uno a planificar cómo organizarse para utilizar las horas que quedaban de aquel soleado día.

A unos veinte metros frente a ellos, en la curva del río, se forma un remanso que contrasta con la rapidez de la corriente que se podía apreciar en la orilla opuesta. A ambos lados del campamento, sendas galerías de palmeras cargadas con racimos de un fruto que no parecía el Moriche ya conocido, llegaban a la orilla del río. A unos 50 m. por el lado izquierdo, el bosque de palmeras se extiende hacia el interior del territorio. Parte de la zona está sombreada por árboles altos y muy frondosos; en realidad, el sitio posee buenas condiciones para acampar por un tiempo más largo, si fuera posible.

Erasmito y Carlos tomaron el rifle y el revólver respectivamente y se dispusieron a salir para explorar la zona, donde el bosque de palmeras penetra en la selva; pero antes, Carlos, utilizando la hachuela, recompuso la punta de la vara que utiliza como lanza, escenificando graciosamente con ella, una acción de arrojarla o penetrar algo en un combate simulado; los demás sonrieron complacidos. Los dos jóvenes tomaron, cada uno, uno de los ponchos, lo doblaron y lo ataron en la parte baja de la espalda. Ya equipados, se dirigieron hacia la orilla del río, desde donde avanzarían por el lado izquierdo del campamento.

Las mujeres formaron un solo grupo; tomaron dos toallas y se dirigieron al pozo rodeado de rocas que resaltaban en el remanso del río. Rafael se quedó en el campamento y se acercó al chinchorro donde Erasmo, pensativo, fumaba su pipa relajadamente y se sentó a su lado. Le preguntó con pausa:

- ¿Cómo te sientes?-

Erasmo, con lentitud, retiró la pipa de su boca, expulsó una bocanada de humo y respondió sin mirar a su interlocutor:

-Estoy preocupado; tenemos 10 días caminando; nos estamos agotando y no veo cómo vamos a salir de esto.

Rafael mantuvo su mirada en el rostro de aquel hombre a quien respetaba como jefe y como ser humano; unos segundos después, respondió:

-Hay que tratar de variar la comida, que, de paso, ya está agotada. En realidad, me estoy debilitando. Ojalá los muchachos regresen con algo, si no, intentaremos pescar en uno de los remansos.

Erasmus no contestó, su mirada continuaba fija en algún punto de la masa boscosa que se inicia a unos 12 m. de donde descansaba.

Las cuatro mujeres disfrutaban de la tranquilidad de las aguas del pozo, donde todas habían entrado y permanecen sentadas sobre una laja que forma el piso de la pequeña laguna. Aprovecharon unos arbustos cercanos para cambiarse a los trajes de baño. Dolores y Omaira remojaban y estregaban, entre sus piernas, las blusas que traían puestas; Rebeca practicaba con sus medias y Beatriz, por el contrario, sólo jugaba distraídamente con la cristalina agua que la cubría hasta la cintura. La muchacha levantó el rostro hacia sus compañeras y comentó:

-Tengo que lavar mi ropa; algunas están sucias de barro y sudada; pero lavaré más tarde; al medio día-.

Eran como la 11:30 horas, cuando, disponiéndose a salir del agua, Rebeca anunció la aproximación de Erasmito y Carlos. En efecto, los jóvenes caminaban en dirección al campamento, separados de las mujeres por 50 metros, aproximadamente. Cada uno traía sobre sus hombros, un racimo de las frutas, que las mujeres identificaron como las que ya habían probado.

Los jóvenes llegaron, directamente hasta el sitio donde Erasmo permanece revisando un mapa extendido sobre una parte arenosa y seca del suelo.

Casi al mismo tiempo, ambos jóvenes depositaron los racimos en el suelo; cada uno tenía un largo de unos 70 cm. y unos 40 en su diámetro superior; es decir, en la parte más ancha. Omaira se acercó a ellos y tocando una de las frutas, que por su color rojo consideraba madura, preguntó:

- ¿Es la misma que comimos hace unos días?-.

Erasmus ofreció la respuesta:

- ¡No!, Aquello era moriche... Esta se llama pijigüao; los peones la comen sancochada. Yo la he comido algunas veces en que andaba pescando con Francisco, se sancocha y es como

una papa... Pero por lo que sé, estas palmeras son sembradas en los conucos; debe haber sembradas por ahí desde hace tiempo.

Dolores, quien se había acercado con Omaira, se dirigió a uno de los sacos donde guardaba los alimentos y sacó cuatro latas vacías que habían contenido carne de atún. Sin embargo, las latas eran relativamente pequeñas, sólo podrían contener tres de aquellos frutos. Erasmo sacó un yesquero del bolsillo de su camisa y lo entregó a Rafael, quien comenzó a reunir restos de la madera de una de las fogatas que aún no se había apagado por completo. Pequeñas piedras sirvieron de *topia*, sobre las cuales, se fueron colocando los envases de metal que servirían de ollas.

El proceso de hervor fue rápido; sin embargo, la cantidad que podían cocinar era poca. Erasmo lanzó algunas de las frutas directamente a las brasas, pero fuera de la acción directa de las llamas. Al rato, tanto a las asadas como las hervidas se le retiró la cáscara y quedó al descubierto una pulpa rosada de agradable sabor, en realidad parecía una pequeña papa, pensó Omaira, mientras le pasa a Dolores para que pruebe.

El asado y hervor se fue repitiendo constantemente; el preciado manjar fue comido en abundancia. Erasmo afirmó:

-Aparentemente esta fruta tiene un alto contenido de grasa y debe tener muchas proteínas; es bueno que la coman; de todas maneras, sustituirá el pan-

Seguidamente hizo una pregunta que resultó crucial:

- ¿Cómo hicieron para bajar estos racimos de las palmeras?... ¿Se montaron en las matas?-

Erasmito lo miró y respondió:

- ¡No!... estaban en el suelo, al pie de una de las palmeras, uno al lado del otro-

Erasmo dirigió la mirada al vástago de ambos racimos, los dos habían sido cortados del árbol con algo filoso, un machete quizás; no se habían desprendido. Seguidamente, buscó con la mirada a Omaira y Dolores; estas habían vuelto al río llevando algunos de los frutos cocidos; pretendían seguir lavando su ropa.

Erasmus se volvió y preguntó con apremio y en voz baja: - ¿Vieron huellas? -,

- ¡No! - Respondió Carlos - Pero había bejucos torcidos en el suelo, que consideramos fueron utilizados para trepar a los árboles-.

Erasmus se dirigió a sus interlocutores:

Ustedes le robaron eso a alguien - ¡Anda!... ¡Vete con las mujeres!... ¡No las dejes solas! Llévate el revólver; no les digas nada, se van a asustar.

Carlos partió con cierta celeridad tratando de no dar muestras de nerviosismo; tocó la empuñadura del arma, que aún permanecía en su cintura. Beatriz cubrió sus senos cuando lo vio acercarse; en ese momento salía del matorral donde se cambiaba el traje de baño y aún no había cubierto su torso; se volteó y terminó de ponerse la camisa.

Omaira preguntó, no sin cierta inquietud, por la velocidad con la que avanzaba el muchacho:

- ¿Qué pasó?-.

- ¡Nada! - Respondió el joven - Quiero ver el pozo... Tengo ganas de bañarme-.

Mientras hablaba, su mirada recorría, disimuladamente, los árboles cercanos, trataba de identificar algo anormal.

En la reunión, Erasmus afirmó:

- ¡Bueno!... Esta noche haremos guardia. Vamos a dormir, dos hombres en cada enramada y... las mujeres en el centro; mantendremos un fuego grande; hay que reunir bastante leña seca-.

Erasmito y Carlos se acercaron posteriormente a Erasmus: - ¿Y si son indios? -, Preguntó Erasmito, - ¿Qué haremos?-.

- ¡Nada!... Pienso que sería mejor que lo fueran - Respondió Erasmus con seguridad. - Nos quedaremos tranquilos si se acercan; quizás nos ayuden; no debemos generarles la sensación de que somos una amenaza.

Rafael que oyó parte de la conversación, aún sin comprender, miró descon-

fiado a su alrededor; no imaginaba un encuentro con indios. Su desconocimiento lo llevó a preguntar:

- ¡Coño!... ¿Tú crees que nos ataquen? - Esos bichos son brutísimos y agresivos!!, Erasmito se encargó de responderle:

-El capataz del hato, me dijo una vez; que sólo pueden agredir si se sienten amenazados; debemos estar tranquilos si vienen-.

- ¡Bueno, ojalá sea así! -, Concluyó Rafael, no sin inquietud.

La tarde fue cayendo; como a las 16:00 horas, cuando las mujeres regresaron del río acompañadas por Carlos. Algunas traían en sus brazos, pedazos de madera seca de diferentes grosores para alimentar los fuegos. Las ropas lavadas quedaron sobre unos arbustos en el mismo sitio. Todos procedieron a arreglar el campamento antes de que cayera la noche.

Las mujeres durmieron tranquilas; el baño siempre les proporcionaba una agradable sensación de relajamiento.

Durante la noche, los hombres se turnaron cada dos horas en la vigilancia; sin embargo, los que estaban libres de guardia, les era difícil dormir. Escudriñan constantemente las sombras oscuras del bosque cercano y agudizan el oído, aun cuando cuentan con una noche de luna clara.

Fue común la sensación de que, desde la vegetación, ojos extraños los observaban y seguían todos sus movimientos. Durante toda la noche, cada uno se levantó, por lo menos una vez, a alimentar con madera el fuego central, para mantener las llamas vivas y altas.

La luz del día se fue apoderando de aquel paraje selvático e iluminó el campamento a los náufragos del aire. No hubo necesidad de que, los que habían montado guardia, se interrogaran entre sí respecto a lo que pudieran haber notado anormal durante sus respectivos turnos. Ninguna anomalía fue reportada. Como cualquier otra noche, sólo los ruidos de la selva que traducían sonidos de depredadores y víctimas.

Temprano en la mañana, las mujeres iniciaron las actividades, ajenas a la aprehensión que experimentan los hombres. Iniciaron sus arreglos personales; los hombres se levantaron más temprano de lo acostumbrado; luego del

aseo personal y atendiendo a una señal bien disimulada de Erasmo, iniciaron una disimulada reunión mientras caminaban en dirección al río.

Sus miradas barrían, alternadamente el bosque circundante, incluyendo las copas de los árboles cercanos. Sobre aquella disimulada marcha, Erasmo inició la conversación:

-Nos quedaremos aquí; por lo que he sabido de los indios, pienso que es mejor que mostremos tranquilidad. Quizás ellos se acerquen para hablar con nosotros... Erasmito... Mejor guarda el rifle; no dejes que lo vean para que no desconfíen o se atemoricen y tú Carlos, no dejes que te vean el revolver, pero cárgalo encima... Si ves amenaza de violencia, dispara al aire una sola vez. ¡Cuidado con herir a alguien!... Sólo bajo una circunstancia de extremo peligro y eso, lo decidiré yo-.

La caminata llegó a orillas del río; disimuladamente, Carlos y Rafael dieron media vuelta quedando con el frente al campamento; mantenían bajo la cobertura de sus miradas, al grupo de mujeres que se dedicaban a recoger sus efectos de dormir y, como siempre, Omaira y Dolores buscan la posibilidad de un desayuno. Una de ellas ha avivado el fuego donde ya están las 4 latas para sancochar las frutas de pijigüao que cabían en los envases, que no son más de 10; otra porción de frutos; unos 10 más, se asan en las brasas.

Dolores, armada de un abrelatas, intenta abrir dos latas de carne de cangrejo y Omaira, a su lado, observa la operación.

Nada anormal se podía apreciar en aquel reducido entorno; los hombres regresan alternadamente tratando de no agruparse y de mantenerse cerca de las mujeres; parece una cobertura de seguridad perimétrica del campamento.

Con este dispositivo se disponían a esperar, lo que, a juicio de Erasmo, era inevitable. Comieron pijigüao con carne de cangrejo y lo que quedaba del caviar. Aquella combinación culinaria mostró la confluencia de elementos de dos mundos, ahora combinándose para la supervivencia de representantes de uno de ellos. Dolores extrañó la falta de elocuencia en los hombres, pero no sintió la necesidad de explorar en ese sentido; se dedicó a ofrecer los alimentos, que también comió.

La mañana pasó sin percance alguno; eran como las 11:00 horas cuando Erasmito, acompañado de Carlos, informó que se dirigirían al pequeño riachuelo que provenía del morichal. Las mujeres, por su lado, se dirigieron al

río, dispuestas a lavar ropa. Erasmo y Rafael se mantienen de seguridad de las mujeres.

Carlos explora el cauce del pequeño riachuelo buscando un pez al que pudiera dar caza con la improvisada lanza. Erasmito avanza unos cinco metros detrás; su mirada escudriña la masa boscosa buscando un pájaro o cualquier animal al que pudiera disparar y cazar; pero en la mente de ambos hombres, la posibilidad de un encuentro con los indios tiene fuerza; esta posibilidad los mantiene pendientes.

Los jóvenes avanzaron unos treinta metros adentro del bosque de palmeras, siguiendo el curso del riachuelo; Carlos escudriña la corriente y los pequeños pozos y remansos que se forman en su recorrido; el cauce se ensanchó en un punto donde una hondonada natural forma un pozo de unos dos metros de diámetro. Su mirada se posó, sorprendentemente, sobre un pez de unos 40 cm. de largo; su lomo plateado emite leves destellos al reflejar los pocos rayos del sol que penetran por el denso dosel forestal.

Con la mano izquierda, hizo una seña a Erasmito para que se detuviera; se disponía a atravesar un paso angosto en la desembocadura del pozo; con la intención de que, desde la margen opuesta, poder acercarse más al pez, que, tranquilamente parecía dormitar moviendo suavemente su cola y aletas dorsales, sin percatarse del peligro que lo asecha.

Carlos levantó el pie derecho para alcanzar la orilla opuesta; pero al mirar donde pisaría, sus ojos quedaron fijos sobre algo insólito frente a él; su mente se desconectó del movimiento que había iniciado y atónito, perdió el control sobre su cuerpo; el pie, que había accionado para el desplazamiento, calló a mitad del pequeño cauce, provocando un ruidoso chasquido; el pez, alertado, dio un salto y desapareció aguas arriba de la entrada al pozo.

Erasmito observó el incidente y se fijó en lo que atrajo la atención de su compañero; quedó igualmente paralizado.

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
— SEGUNDA PARTE —

Capítulo VII

Retorno de la esperanza

Huellas extrañas

Dos días antes, Kaopewë examina con atención el rastro sobre el lodo seco; las huellas de los báquiros están claras; pero se dispersaron de manera brusca:

- «Algo los asustó... ¿Sería el tigre? ... ¡No! ... ¡No hubieran huido así! ... ¡Mejor que padre me explique!»-.

El joven, de unos dieciséis años de edad, se estaba entrenando en el arte de la caza; le faltaba mucho que aprender sobre las costumbres y maneras de actuar y de reaccionar de los animales, pero, aun así, sabe que este movimiento de la manada de báquiros, la cual siguen hace varios días, no es normal, algo los había asustado mucho.

Se paró en medio de las huellas de los animales, sus pies estaban hundidos en una parte donde el lodo está blando, retiró la flecha que mantenía en el arco, tomó éste con la mano izquierda, uniéndolo a una segunda flecha de punta lanceolada que mantenía en esa mano. Kaopewë miró a su alrededor buscando una respuesta en el entorno, no vio nada anormal, sólo ramas de diferentes grosores esparcidas en el suelo; dirigió, entonces su mirada a la copa de los árboles cercanos, observó otras ramas, medias partidas en su base, algunas, colgaban totalmente separadas del tronco, detenidas en su caída por otras fijadas que no estaban afectadas.

Miró detenidamente y con extrañeza se preguntó:

- «¿Qué pasó?... ¿Qué pasó allá arriba?... Los hekuras están molestos... Será el espíritu del báquiro... Yo todavía no soy un hombre para saber... Le preguntaré a padre»-.

Volvió sobre sus pasos; fue acelerando su marcha hasta convertirla en una veloz carrera. Sus fuertes y delgadas piernas se mueven con agilidad desandando el camino en busca de sus compañeros de la partida de caza que, 4 días antes, había salido de su comunidad, para que él, próximo a hacerse hombre, participara por primera vez como un cazador más. Corre cada vez más fuerte, un temor extraño lo embarga, 2 km., aproximadamente, lo separan del grupo, llegó jadeando, pero con suficiente aire como para describir lo visto.

Los cuatro hombres se reunieron a su alrededor, mirándolo fijamente.

- ¿Qué te asustó ihiruyë (hijo)?... ¿Acaso fueron los báquiros? -. Lo interrogó su padre Haminawë y también líder de aquella partida de cacería.

-No hayë (padre), los báquiros se dispersaron atemorizados por algo raro. Las ramas altas de los árboles están rotas-. El padre respondió:

-Estamos lejos de los shamathari; ellos no podrán flecharte; ni tampoco tumban ramas de árboles para asustar; veremos que te hizo correr como una mujer-.

15 minutos después, los 5 cazadores miran perplejos los destrozos en la copa de los árboles, no podían imaginar qué lo causó. Tattuwë, uno de ellos, apuntó:

-hekuras (espíritus) de báquiros son poderosos; pudieron flechar tu noreshi (alma) pero no lo hicieron-.

- ¿cómo sabes de los hekuras? -. Le interrogó Henawë, otro de la partida:

-Tú no eres shapori (shaman, brujo, curandero) ... Mejor vamos por el camino de hashi (mono capuchino), ahí sabremos que pasó. Vayamos, aún cuando no tenemos ebena (yopo, alucinógeno) para tomar... Espíritu de hashi nos guiará -.

Una carrera a través de la selva se inició nuevamente; la dirección la marcaba la orientación del claro que observaban en la copa de los altos árboles. Haminawë, quien guía al grupo, se detuvo repentinamente, el claro se había ampliado; avanzó unos cinco metros y, al superar unos árboles, se encontró con el fuselaje destrozado del avión; 30 segundos después llegó el resto de la columna, se fueron acercando con desconfianza.

El último en llegar es un joven de unos treinta años de edad a quien llamaron Tahawë; se adelantó al grupo y se detuvo frente a lo que restaba de la ca-

bina de mando del aparato; observó los asientos a través del parabrisas roto; una pequeña toalla verde, manchada con sangre, estaba sobre el asiento del piloto. Se acercó y tocó los arneses de seguridad; los demás hombres actúan con cautela, con el temor generado por la incertidumbre de lo desconocido:

- ¿Conoces los hekura?-, le preguntó Haminawë.

- ¡No son hekura!... Es avión o "licótero" (por helicóptero) de napë (extranjero). Ellos vuelan como pájaro-, respondió el interpelado - Lo vi en Hasipuwëi, con guardias... Cuando llevaron medicinas para curar prisi-prisi (paludismo, malaria) - Terminó diciendo mientras continuaba explorando.

Seguidamente, el joven explorador comentó: ¡Un napë (extranjero) muerto!... ¡Un napë murió! ¡Ellos lo enterraron! ¡Los napë no queman a sus muertos!... Su no-porepi (alma) queda prisionera en el cuerpo y no va por el camino del sol al hetu misi (cielo); por eso no vuelven a cuidar a su gente-.

Ahora, con mayor confianza, los demás se sumaron a la exploración del sitio. Recogieron objetos que estaban en el interior del aparato, los observaban y tiraban de nuevo. Recogieron algunas latas de refresco y cerveza que estaban en una bolsa dentro del fuselaje; algunos ya las conocían; comenzaron a abrirlas con los cuchillos que algunos de ellos tenían en su cintura; tomaron el líquido y, posteriormente, se dispusieron a seguir el rastro dejado por los caminantes. Curiosidad, más que cualquier otra intención, los condujo a seguir las huellas.

El rastro de los caminantes estaba muy claro. Siguieron las huellas y llegaron al primer campamento que construyeron. Observaron objetos de desperdicio no bien enterrados. Estos rastros, además de los dejados al andar en la vegetación, corroboran la dirección que llevan.

Haminawë continua como guía del grupo, avanza a la vanguardia seguido de su hijo Kaopewë, como a cinco metros. Tattuwë y Henawë se desplegaron, cada uno, por cada flanco de la columna, con fines de aprovechar el avance para cazar.

Tattuwë se detuvo de repente y se ocultó de la vista de un paují, que, sobre una rama, emitió un graznido de alarma cuando observó la avanzada; dos gallináceas de su misma especie, se movieron sobre-saltadas unos metros a su izquierda; este movimiento fue captado por Tattuwë, quien, sobre la marcha, armó su arco. Cuando se ocultó tras el tronco de un árbol, ya la flecha

estaba dispuesta; las aves no advirtieron su presencia; el depredador estaba a sus espaldas.

La rauda saeta cubrió la distancia de 20 m. y su larga punta, de 10 cm., atravesó certeramente el cuello del ave; ésta no emitió ningún sonido; su cuerpo fue proyectado unos 2 m., arrastrado por la fuerza y velocidad del golpe del proyectil y, seguidamente, inició la inevitable caída; sus días habían terminado. Sus compañeras se alejaron asustadas.

Tattuwë se acercó al ave que ya estaba muerta, colocó su pie izquierdo sobre al animal y extrajo la flecha; acto seguido, con hojas tomadas de un arbusto cercano, limpió la sangre de la punta. Tomó el ave, le dobló el cuello sobre la espalda y la empaquetó con hojas y bejucos. Ya preparado, se colgó el paquete a la espalda, sosteniéndolo en la frente. El hombre tomó su arco y flechas y emprendió su camino; el tiempo utilizado desde al momento de lanzar la flecha y la reanudación de la marcha, no demoró más de dos minutos.

Haminawë y su hijo Kaopewë se detuvieron sobre un rastro visible de huellas de botas impresas en el barro seco; en ese momento, llegó Tattuwë con su paují en la espalda; Haminawë lo examinó y lo calificó:

- ¡Paruri está grande y pesado! - Ahora arribó Henawë; un mono capuchino colgaba en su espalda; fue tratado y preparado de la misma manera que el paují.

La breve parada fue aprovechada por el líder para comentar:

- ¡Napë no sabe hacer tapiri (campamento provisional)!... Todo está mal hecho; muy débil; no aguanta una lluvia fuerte.... Napë comieron yaki (bagre), lo agarraron en la quebrada, lo comieron con otra comida de napë-

El indígena continuó con sus conclusiones sobre los resultados del análisis de los rastros conseguidos:

-No han cazado y sólo una vez han pescado.... Parece que van dos o más napëyoma (mujeres extranjeras). Napë no saben cazar; no saben hacer tapiri; pueden morir.

Haminawë tomó el paují y el mono que cazaron Tattuwë y Henawë y se dispuso a destriparlos y prepararlos para comer; decidieron pasar la noche en el tapiri de los napë; para ello, regresaron sobre sus pasos. Al llegar, reforzaron las enramadas, proporcionándoles mayor fortaleza para soportar sus chinchorros.

La noche estuvo lluviosa y fría; una típica noche amazónica; pero las fogatas al lado de cada chinchorro, proporcionaban confort a los cazadores para lograr el necesario descanso. El nuevo día se perfiló húmedo y nublado, cuando ya los hombres tenían rato sobre el camino. Antes de que los primeros rayos del sol penetraran la vegetación, habían recogido sus pertenencias, apagados los fuegos e iniciado la marcha; están dispuestos a alcanzar a los napë.

Eran las 14:00 horas de aquella tarde calurosa, cuando Tahawë y Kaopewë, quienes ahora marchan a la vanguardia, dedujeron la dirección que llevaban los extranjeros; Tahawë detuvo su marcha, hizo una seña a Kaopewë y le dijo cuando éste se acercó:

-Napë caminan hacia territorio de los shamatari; eso es muy peligroso para ellos y para nosotros; esperemos a Haminawë para decidir. Ellos nos pueden emboscar y flecharnos, es su territorio y somos pocos-.

Haminawë, al enterarse, meditó un poco y sugirió la necesidad de seguir, de encontrar a los napë:

-Los napë morirán cuando acabe su comida; no saben cazar; no saben pescar; son como niños. Los shamathari podrán flecharlos con facilidad; ellos son muy malos; ellos siempre van por el camino de ira (jaguar)... Vamos caminando en silencio, sin hablar, dispersos; yo conozco el camino, anduve por aquí cuando quitamos mujeres que ellos robaron a mishi- mishi-piwëtheri... Esos días, quitamos también una napëyoma (mujer extranjera) que robaron a otro yanomami, más allá del gran río... Por eso ellos nos odian-.

Los cazadores de Haminawë llegaron al 2° campamento de los napë; dedujeron las actividades de éstos y siguieron sobre el rastro. Caminan dispersos, sin hablar y evitan zonas abiertas; se mantienen dentro de la espesura del bosque para evitar ser detectados por un presunto enemigo.

Ahora, la vanguardia fue tomada por Haminawë; detrás, a 15 metros, lo sigue Tahawë. Tattuwë tomó el flanco derecho y se separó unos 25 m. de la vanguardia; Henawë se ubicó a la misma distancia por el flanco izquierdo y Kaopewë, en la retaguardia, se separó unos 50 m.

Una hora después, divisaron el paso del río a través del puente. Los rastros señalan que los napë lo cruzaron, por tanto, dedujeron que dormirían en el tapiri abandonado de los shamathari. Haminawë tomó una dirección que acortó el camino para llegar a ese sitio.

Esa noche durmieron en el campamento abandonado; pero, previamente se aseguraron, que, a una distancia considerablemente segura, no hubiera otras personas. Para ello, Tahawë y Henawë se adelantaron en direcciones distintas; a unos 100 m. de distancia, subieron a lo alto de sendos árboles y otearon el horizonte observable; sus entrenados oídos analizan los ruidos que reciben de la selva, los olores y alguna otra distinción fuera de lo acostumbrado, que pudieran identificar y ubicar en el espacio. Media hora, aproximadamente, demoró la escucha, ambos hombres regresaron al tapiri, Tahawë dijo a Haminawë:

- ¡Por allá!-, Señalando una dirección -Hay monos araguatos y por allá, pequeño grupo de báquiros está comiendo; vamos a flecharlos.

-Anda con Kaopewë por los báquiros- Le contestó -Ustedes-, dirigiéndose a Tattuwë y Henawë -¡Traigan monos!-.

Las dos partidas salieron muy rápido. Haminawë cortó leña y preparó la troja ya existente en el tapiri, destinada a la conservación de carne de la cacería. Todos notaron que los napë acamparon en ese sitio.

El día amaneció con más claridad, pero con mucha humedad ambiental. Cuando el crepúsculo náutico matutino consolidó su presencia, ya los cazadores contaban con una hora de camino; todos llevan envoltorio de hojas sostenidos por bejucos que se sostienen en la frente y cuelgan en sus espaldas; la carne de las especies cazadas, ahumada en la troja durante toda la noche, es transportada, de tal manera, que no representara obstáculo para el desplazamiento.

Era casi medio día, cuando los rastros dejados por los extranjeros en aquellas tierras, indicaban su proximidad. A la señal de Haminawë, la marcha se hizo más lenta y exploratoria del entorno. La distribución estratégica de los cazadores continuó igual; pero Haminawë se adelantó un poco más, quizás unos 30 m. delante de Tahawë, segundo en la marcha.

Una hora más de travesía, algunos restos de voces traídas por el viento, fueron captados por los diestros oídos de Haminawë. Detuvo su marcha y se agachó protegido por los arbustos; penetró con su aguda vista espacios en la vegetación, captando movimientos que, a los ojos considerados normales, les sería muy difícil percibir.

Concentró y agudizó el enfoque, si, efectivamente, a unos 300 m. se están moviendo algunas personas y, por el tipo de movimiento, dedujo que se trata

de los napë. Levantó su mano derecha e hizo una seña a Tahawë, quien también se había detenido y permanecía agazapado en unos arbustos. Captó la seña de Haminawë, se levantó y sigilosamente avanzó hasta el puesto de éste, quien ya lo había abandonado dejando en el sitio su carga de envoltorios.

No hubo más movimientos en el grupo de cazadores; todos esperaban las señas del líder Haminawë, quien avanza en dirección al movimiento de las personas, que ya era más claro. Se acercó a unos veinte metros de los extraños y observó con cuidado a los hombres, miró con detenimiento al que portaba el rifle, buscó armas en los demás, no vio más nada. Fijó ahora su mirada en las mujeres, observó como dos de ellas preparaban comida; esperó, observó como la distribuyeron entre todos; se disponían a pasar la noche en ese sitio cercano al río. Retrocedió sobre sus pasos, alternando su contramarcha con los troncos de los árboles, de manera de ocultarse ante cualquier mirada imprevista de los extranjeros.

Hizo una seña con su mano derecha, obteniendo como resultado, que de la nada, aparecieran los demás cazadores, quienes habían permanecido camuflados en la vegetación.

Haminawë comenzó a transmitirle el resultados de sus observaciones: - ¡Esto de napë y esto de napëyoma! -. Señaló, mostrando en cada gesto, 4 dedos de su mano derecha; significativo de que habían 4 hombres y 4 mujeres; continuó informando:

-Tienen poca comida, no es comida de gente... No saben hacer tapirí... Están cansados; la selva los matará... Digo que debemos ayudarlos o ellos morirán... Vamos por allá... Haremos tapirí en el morichal.

El criterio de un waitheri

Al concluir las construcciones de sus albergues, Haminawë se sentó en su chinchorro; a su lado, también sentado en un chinchorro está Tahawë; Tattuwë, Kaopewë y Henawë permanecen agachados al frente de los dos hombres. Haminawë quita la cáscara a una fruta de pijigüao que retiró de las brasas que arden entre ellos; luego la llevó a su boca, alternando la ingesta con pedazos de carne de paují asado; todos comen y hablan.

Tahawë inició un tema de conversación:

-No debemos ayudar a napë, ellos no son gente, son peligrosos, muy malos. Cuando tocan algo lo destruyen. Yo los conocí y también oí de ellos... Los shamatari los matarán... ¡Los napë mataron un hermano y un tío de unos viejos, por allá por minas! - Dijo con énfasis, - Así lo contó una mujer sintheri que escapó de los napë-

No obstante, Haminawë decidió:

-Sacaremos los napë de territorio de shamathari; luego sabremos qué hacer; ellos los matarán si los agarran... Ese es el acuerdo-

Henawë preguntó:

- ¿A dónde los llevaremos?... ¡No a Herami!... Las mujeres no querrán a napëyoma; las tomarán como sirvientas y golpearán para que trabajen-

- ¡Esto acordamos! -. Finalizó Haminawë - Daremos comida sin que sepan; así no morirán de hambre y ellos tomarán su camino- Henawë afirmó con la cabeza y expresó que estaba de acuerdo.

La conversación se dio por terminada y se dispusieron a dormir. Al día siguiente, Haminawë y Tattuwë se acercaron al campamento de los napë; Tahawë se alejó del grupo para cazar y Kaopewë y Henawë fueron a buscar racimos de pijigüao y los dejaron al pie de una de las palmeras, donde suponen, por simple lógica, que los napës buscarán comida. Acertaron la conjetura, dos jóvenes se acercaron en busca de cacería y consiguieron los racimos del fruto de la palma con los cuales pudieron completar su precaria comida, pero, sobre todo, descubrieron que aquellas palmeras son una fuente de alimentos.

Haminawë y Tattuwë vigilaron todo el día a los extranjeros, evaluaron todos sus movimientos bajo la posibilidad de que tuvieran que huir apresuradamente del lugar, ante una amenaza de sus enemigos los shamathari. Decidieron construir sus tapiris cerca del de los napë; temían por una sorpresa de los enemigos. La noche pasaba con tranquilidad; Haminawë se levantó en dos oportunidades y se acercó al campamento de los napë; observó un inusual movimiento, los hombres estaban inquietos, comprendió que sospechaban de su presencia, tendrían que acercarse al día siguiente.

Ya son 3 días de observación directa en la que se turnaban los cazadores; estudian todos los movimientos de los extranjeros. Como resultado, se están familiarizando con la personalidad de cada uno de aquellos napë.

Haminawë informó:

-Napë más viejo es el jefe; muchacho con teimi (escopeta) se mueve mucho, pero todavía no es hombre. Otro muchacho será waittheri (guerrero sabio) poderoso, Otro napë tiene miedo. Mujeres viejas son trabajadoras; otras no trabajan mucho; me gustaría napëyoma vieja como suwëbiyë (esposa), las dos-.

Tahawë sonrió y, afirmó:

-Shamathari tomarán todas como suwëbiyë y matarán a los hombres, Debemos sacar a los napë de territorio de enemigos y después, ellos seguirán su camino-.

Kaopewë opinó:

-Estoy de acuerdo en sacar los napë de este territorio; llevarlos a nuestro territorio y luego deberán irse. No podemos dejarlos en la selva- Todos quedaron de acuerdo que esa era la decisión-.

Kaopewë y Henawë fueron designados para colocar carne ahumada de báquiro y de mono y un nuevo racimo de pijigüao donde los napë lo encontrarán. La intención será que ellos sepan que están siendo ayudados, así no se asustarán. Era manifiesto el temor de los cazadores por Erasmito, estimaban que su inmadurez podría llevarlo a disparar su arma contra ellos.

Los hombres designados colocaron un racimo de pijigüao recostado de una palmera y al lado, 2 envoltorios de carne; esto aceleraría el encuentro: eso acordaron. Por su parte, los designados para poner la comida, esperaron y observaron en el lugar escogido. Dos napë se acercaban; venían con intenciones de cazar o pescar o ambas cosas; pero hacían demasiado ruido al avanzar y demasiados movimientos, lo cual alertaba a sus posibles presas.

«¡Así no lograrán capturar nada!»-. Pensó Henawë, al ver a los napë acercarse. Por su parte, Kaopewë los seguía con la mirada: a su juicio se mostraban torpes, no eran cazadores.

Ambos percibieron la perplejidad y el asombro de los jóvenes extranjeros cuando descubrieron los alimentos colocados al pie de una palmera. Por unos segundos los extranjeros quedaron atónitos; uno de ellos, que intentaba lancear un pez, lo dejó escapar.

Uno de los dos jóvenes, el que lleva la lanza; le comentó algo ininteligible a su compañero. Después de evidentes titubeos por la sorpresa, los napë tomaron los envoltorios y el racimo de pijiguao e iniciaron su retorno al campamento.

Los cazadores permanecieron inmóviles, tratando de asimilar lo que habían presenciado y la manera como interpretarlo; muy especialmente Kaopewë, quien nunca había visto a un napë, estaba asombrado, pero sus cavilaciones fueron interrumpidas; percibió un conocido y peculiar grito, la señal vocal aguda emitida por los yanomami como un medio de comunicación. La impresión que generó, tanto en Kaopewë como en su compañero, el lejano sonido, por demás imperceptible para oídos no entrenados, fue realmente paralizante; la mirada de los hombres se elevó a la parte alta de los árboles, sin precisión intentaban determinar la dirección y distancia de la fuente del sonido percibido.

Ya los napë habían desaparecido por la orilla del río, rumbo a su campamento. Los dos cazadores salieron de su escondite y se internaron en el morichal en busca de Haminawë y los demás. Rato después, se reunieron con los demás, a quienes les comentaron, muy especialmente, la señal escuchada. Los otros cazadores no habían oído nada, pero era necesario investigar.

Haminawë designó a Tattuwë y Tahawë para que ubicaran el sitio exacto de los yanomami que habían emitido la señal, con la seguridad de que se trataba de la presencia de shamathari. Deberían determinar si sabían o sospechaban sobre la presencia de ellos y de los napë. Haminawë y Kaopewë quedarían vigilando a los extranjeros; mientras, Henawë actuaría como seguridad del grupo.

Padre e hijo apreciaron la intensidad del movimiento en el campamento napë a la llegada de los miembros que trajeron la carne y el pijigüao dejado por ellos. La convulsión inicial, que incluyó sólo a los hombres, se calmó posteriormente, cuando les habló el hombre de mayor edad, quien parecía dirigir el grupo. Los individuos se mostraron más tranquilos, inclusive, comieron abundantemente de la comida yanomami. Haminawë observa y se pregunta:

- «¿Qué hacían aquellos napë en este lugar?, ¿De dónde vinieron?, ¿Para dónde van? Se les dañó el avión... Se cayó y ahora parece que están perdidos... ¿Esas son sus mujeres?... Si continúan van a morir todos; tendremos que ayudarlos para que salgan y encuentren su camino»-.

Su mente trabajaba con celeridad: - «¿Cómo debería actuar si las noticias de los exploradores indicaban presencia de shamathari? Los napë no sabían de shamatari y corrían mucho peligro. ¡Un guerrero valiente debía ayudarlos! Su conciencia waitheri se lo exige»-.

El sol continúa su recorrido hacia el poniente, sobrepasando, hacía rato, la vertical del cenit. Cuando llegaron los exploradores, Tahawë habló primero:

-Vimos a shamathari; están nerviosos, pero no saben dónde ir; son esto de guerreros (señaló seis dedos de las manos); están discutiendo qué hacer; no saben qué está pasando; parece que oyeron algo. Pienso que enviarán exploradores y podrán descubrir a los napë, debemos movernos rápido-.

Haminawë instruyó a su gente; él se dirigió con Kaopewë al río, donde las napëyoma recogían, apresuradamente, las ropas que lavaron. Tattuwë y los demás seguían los movimientos de los hombres, quienes se veían muy nerviosos. El hombre más viejo hablaba a los demás, daba instrucciones y consejos, pero estaban separados de las mujeres.

De repente, en un movimiento combinado, Haminawë y Kaopewë salieron de un matorral cercano y se pararon frente a las mujeres, quienes estaban recogiendo las ropas ya secas por el sol. La más joven gritó como las demás y corrió en dirección al campamento, donde los hombres están también paralizados por la sorpresa. Tattuwë y Henawë estaban parados frente a ellos; sus cuerpos están desnudos, algunas líneas sinuosas negras y ocre, grabadas a lo largo de sus cuerpos, se mezclan con manchas de barro que, a manera de camuflaje, les cubren parte del cuerpo. Sus aspectos no lucen amenazadores, pero tampoco amigables.

Erasmito realizó un movimiento que Erasmo intuyó como intención de tomar el rifle que momentos antes había colocado sobre unos equipajes. El padre tomó al hijo por un brazo en señal de prudente calma.

Tattuwë y Henawë observaron este movimiento y eso los tranquilizó; la sabiduría del más viejo se manifestó en prudencia; sobre todo Tahawë, sintió respeto por aquel napë. Las mujeres corrieron a donde estaba el grupo de hombres, el nerviosismo se apoderó de Dolores y Omaira; por el contrario, Beatriz y Rebeca, quizás por ser más jóvenes, no reaccionaron igual o, no percibieron peligro en los recién llegados.

Erasmo cubrió con sus brazos los hombros de ambas mujeres mayores, en un intento de calmarlas:

- ¡Tranquilas!... Ellos no nos harán nada malo; si no, ya lo hubieran hecho; ellos nos ayudarán a salir de aquí-.

Dolores está visiblemente nerviosa; Beatriz se le acercó, la abrazó también y le dijo en voz baja:

- ¡No te preocupes, no pasará nada!-

Los arcos y las flechas de los recién llegados estaban en actitud pasiva, sujetas en la mano izquierda de cada uno de aquellos desnudos y pintados hombres. Los viajeros no habían percibido al quinto hombre; Tahawë permanecía oculto, observando, representaba la seguridad de su grupo.

Haminawë avanzó hacia los aún pasmados extranjeros, seguido por su hijo; ambos mantenían sus armas en la mano izquierda. Haminawë inició la conversación; explicaba que debían irse de ese sitio; que corrían peligro por la cercanía de los shamathari. Pero, por la expresión de los rostros de los extranjeros, comprendió que no entendían sus palabras; que ellos hablaban, solamente, la lengua de los napë.

Capítulo VIII

Nuevo rumbo

Apreciación femenina

En vista de las dificultades de comunicación, Haminawë intentó explicar, a través de señas y escenificaciones, la existencia de una amenaza proveniente del Oeste, del otro lado del río; hombres con flechas vendrían y los atacarían. Todos debían tomar el rumbo hacia el Este, lo más rápidamente posible.

Durante las escenificaciones, Carlos mostró habilidades para entender las expresiones; sus interpretaciones las transmitía, con sus propias palabras, a sus compañeros. Aparentemente, las comunicaciones estaban marchando bien; ya conocían, en síntesis, el contenido del mensaje.

De repente, los extranjeros se sobresaltaron y miraron hacia su derecha. De la vegetación emergió el quinto hombre indígena; armado con un arco y flechas considerados muy grandes. Portaba un machete, de unos 40 cm. de largo y de vieja apariencia, sujeto en su guayuco color rojo. Su cuerpo estaba, igual que el de los otros, pintado con largas y sinuosas rayas negras. Sus orejas perforadas en los lóbulos, lucían, en cada orificio, una pequeña caña de unos 5 cm. de largo. En el extremo delantero de cada una, están insertas 2 pluma pequeñas, verdes y amarillas. En su brazo derecho, a la altura del bíceps, lleva un brazaletes de piel de pelos negros, amarrado por la parte interna del brazo.

Rebeca, con la curiosidad propia de una joven de su edad, realizó esta rápida y detallada revista, tanto al recién llegado, como a los demás hombres semis-desnudos que tenían al frente. Todos son de baja estatura; la muchacha estimó el promedio en 1,60 m. Observó con admiración, la esbeltez de aquellos musculosos cuerpos, aunque de delgadas piernas para su gusto, no observó señales de excesos de grasa. Tres de ellos estaban casi desnudos, un guayuco de tela roja cubría sus partes íntimas; los otros dos, estaban to-

talmente desnudos, excepto por un cordel atado a su prepucio, que levanta su miembro viril y lo sujetaba a otro cordel que rodea la cintura; los testículos, en estos casos, estaban totalmente expuestos.

- «¡Maravilloso... Sólo había visto esto en la televisión y en películas. ¡Pensaba que esta forma de vida, ya no existía!»-. Así reflexionaba.

Su atención su fijó ahora en el hombre más viejo; parecía ser el líder, porque es el que comunica y explica. Observó un rollo alargado que rodeaba su cintura; aquel extraño cinturón parece estar elaborado con un manojo de fibras de algodón que se une en el frente. A lo largo del rollo, bastante sucio, destacan dibujos geométricos, aparentemente realizados con carbón. Del nudo que une los extremos en el frente, pende el cordel que sujeta su prepucio y levanta el pene hasta colocarlo encima del vientre.

Rebeca se fijó también, que el recién llegado es un poco más alto que los demás y de tez un poco más oscura; su pelo negrísimo y muy lacio, cae con suavidad; muestra un corte recto en sus bordes, a la altura de las orejas. El joven lleva una cinta de piel de pelos negros alrededor de su frente; este adorno, de aproximadamente 6 cm. de ancho, une sus extremos en la parte posterior de la cabeza, en cuyo punto de amarre, penden varios cordeles a los cuales están atadas algunas plumas pequeñas azules y amarillas.

- «Es el que está más “bueno” de todos»-. Concluyó la muchacha, en aquel rápido y analítico balance femenino.

Tahawë avanzó abarcando con la mirada a todos los presentes y se detuvo a la altura de Carlos y Rafael. Apoyó un extremo de su arco en el suelo y en movimiento continuo, cruzó su pecho con el brazo derecho dejando que la mano se colgara del hombro izquierdo. Comenzó a hablar en castellano no muy gramatical:

-Napë tiene que irse; Shamathari enemigo muy malo; viene y flechar y robar mujeres; ellos tienen pintura de guerra en su cara y tienen curare para matar gente; son los Shamathari muy malos y gusta la venganza-.

Erasmus trató de aclarar la situación para medir su gravedad, le preguntó:

- ¿Dónde está ese enemigo?... ¿Está muy cerca?... ¿Cuándo llegarán aquí?... ¿Cuántos son? - Tahawë respondió:

-Son seis hombres; ellos no saben de nosotros; pero piensan que viene alguien y están buscando... Este es su territorio; debemos salir-.

Erasmus hizo una señal que Haminawë entendió como que ellos querían salir de esa zona. Todos se dispusieron a prepararse para la marcha. Erasmo estaba preocupado por las dos mujeres más viejas; están manifestando el cansancio acumulado, aunque tratan de disimularlo.

Haminawë habló con su gente; pidió a Tahawë, Tattuwë y Henawe que vigilaran a los Shamathari. Los tres hombres salieron en dirección Oeste con esa misión; debían regresar al anochecer con informaciones precisas para tomar decisiones.

El resto del día fue utilizado por los extranjeros en la organización de su partida. Los 3 días pasados en aquel campamento, relajó un poco la organización de sus pertenencias.

La tarde se estaba consumiendo cuando los exploradores arribaron con las informaciones; Tahawë explicó en castellano:

-Shamatari un poco lejos; no saben dónde están ustedes; no saben nada; buscan enemigo y cazan... Hacen ruido, por eso no saben... Debemos salir de este territorio al amanecer... Ellos son más que nosotros y no tienen mujeres para proteger.

Esa noche, las fogatas disminuyeron en volumen; sólo lo necesario para proporcionar calor. Los indígenas se mantuvieron en el bosque, ocultos y vigilantes.

A la mañana siguiente, los extranjeros se apresuraron en recoger sus pertenencias. Haminawë sugirió que no llevaran los restos de sus provisiones enlatadas. Dolores accedió a dejar lo poco que quedaba de la comida que han transportado; ella y Omaira se concentraron en tomar los paquetes que contienen medicinas y materiales de primeros auxilios: esto no lo dejarían. Erasmo, por su parte, vigila que las dos mujeres estuvieran listas para iniciar el viaje; el descanso durante las tres noches que han permanecido en el lugar son favorables para la recuperación de sus energías.

Carlos observó su reloj, eran las 06:05 horas de aquel día desconocido en que la marcha se inició.

Haminawë tomó la delantera, pero antes, ordenó la columna de marcha. Él iría al frente, le seguiría Erasmo, luego Omaira; seguidamente Kaopewë, Beatriz, Carlos, Dolores, Henawë; seguirían Rafael, Rebeca, Erasmito y cerrarían Tattuwë. El orden alternativo de mujeres y hombres le pareció irrefuta-

ble a Erasmo e interesante a Carlos; quien mira con detenimiento la manera de ser de aquellos pequeños hombres y la agilidad con que se mueven, aun cuando de su frente pendían empaques que pudieran restarles movilidad.

Rebeca volteó su rostro para ubicar la posición de Tahawë, pero no lo vio en la columna; evidentemente no estaba en ella.

Haminawë tomó el rumbo Este. La marcha se inició con lentitud; El indígena mantiene al río como referencia por su flanco izquierdo. Con habilidad, el guía evade el terreno plano y de suelo blando; prefiere áreas rocosas, aun cuando fueran de más difícil desplazamiento. El calor es intenso, rápidamente las ropas comienzan a humedecerse a causa de la transpiración, no cuentan con las sombras de la vegetación que los había ayudado en su camino por esos lares. Uno a uno, se fueron colocando las toallas sobre sus cabezas para guarecerse de la acción inclemente de la radiación solar.

Una estruendosa bandada de guacamayos, de plumaje rojo y verde, cruzó perpendicularmente el rumbo de los caminantes y atravesó el río siguiendo su vuelo en parejas, por encima de los árboles de la margen opuesta; altos herbazales y arbustos se aprecian a la derecha de la columna; una pareja de tucanes advirtió también su presencia a los desconocidos, emitiendo, repetidamente, su agudo y singular canto. La pequeña sabana murió abruptamente en los primeros árboles de lo que parece ser un muro natural, oscuro y alto.

La caminata se fue acelerando en la medida en que el tiempo avanza, ya que las lajas que forman el camino, son más amplias y planas. A juicio de Haminawë, el camino de piedra impide que queden huellas de su paso que puedan delatar su presencia.

El pétreo camino los acerca lentamente al río. Erasmo se siente agotado, suda copiosamente, pero soporta el malestar y sigue caminando, sabe que es crucial. Afortunadamente, Haminawë dio una señal para que se detuvieran, con su mano derecha hizo la seña que todos interpretaron como indicativo para detenerse. Kaopewë se dirigió al río, cuyas aguas discurrían a unos diez metros de distancia; sin meter sus pies descalzos en la corriente, separó sus piernas e inclinó su tronco hacia delante, flexionó las rodillas y bajó el tronco hasta que su boca tocó la cristalina superficie del agua; sus manos se apoyaban en las rodillas. Carlos lo vio e intentó realizar la misma maniobra; pero no pudo mantener el equilibrio y al final, sus pies fueron forzados a entrar en el agua. Rebeca y Beatriz se dirigieron juntas al río, ambas se introdujeron en la corriente y con sus manos formando un cuenco, bebieron del líquido.

En esos momentos llegó el explorador; Haminawë se levantó de su sitio de descanso y fue a recibir a Tahawë; también lo hizo Erasmo acompañado de Rafael y Erasmito. La primera comunicación fue en el idioma de los yanomami; sólo percibieron señas que indicaban la dirección donde se encontraban los considerados enemigos.

Seguidamente Tahawë se dirigió a los extranjeros y trató de explicar en castellano:

-Shamatheri lejos, están ahumando danto y báquiros y comiendo pescado con rasha... No saben de ustedes... Pero pueden saber y venir muy rápido... exploradores revisan y vigilan... Son así -. (Mostró los 5 dedos de la mano derecha y luego 3, se entendió con facilidad que eran 8 hombres) - no hay kobeta (escopeta), sólo shereka - Continuó diciendo y levantando su arco y flechas para indicar a lo que se refería.

Haminawë hizo una señal indicando que era el momento de reiniciar la marcha; dijo a Kaopewë:

- ¡Anda!, busca cruce de río; debemos salir de las tierras de shamathari-.

El joven acató la orden de su padre y líder del grupo y se adelantó, corriendo, acercándose más al río.

Los recién llegados se incorporaron a la marcha, la cual mantuvo la estructura inicial, pero con la diferencia de que los yanomami se intercalaron entre los blancos, sobre todo, detrás de las mujeres, a manera de protección. La columna la cierra Tahawë y lleva a Rebeca delante de él .

Son las 15:20 horas de la tarde aproximadamente, cuando vieron acercarse a Kaopewë. El muchacho les señaló una dirección ubicada detrás de una colina que se ve a unos 100 m. de distancia. Haminawë apuró la marcha en esa dirección; el río redujo el ancho de su cauce en el sitio, por lo que la corriente se hizo más fuerte, formando un pequeño raudal. El cruce del cauce lo facilitarían las rocas grandes y sólidas ubicadas en el lecho y que afloran por encima de la superficie. A simple vista, el paso presenta poco riesgo. Los yanomami se colocaron en puntos estratégicamente seleccionados para la vigilancia de la retaguardia; de manera que el cruce se realice sin peligro.

Ya del lado opuesto, el camino se reinició por área selvática; con árboles de gran envergadura y de unos 40 metros de alto; realmente unos gigantes que limitan la penetración de luz solar a su interior. A los 30 minutos de caminata,

se abrió una pequeña área de sabana de unos 200 m. de extensión y posteriormente, continúa la vegetación alta.

El suelo de aquella sabana está húmedo y flojo; en algunos puntos, los pies se hunden en el barro. Una vez salvada la sabana, los caminantes se ubicaron en un pequeño morichal que bordea una corriente, la cual desemboca en una laguna que probablemente rinde tributo al río que acaban de cruzar. El espacio está seco, recomendable para acampar.

Los cazadores iniciaron, rápidamente, diferentes tipos de trabajos; unos clavan estacas en el suelo, otros traen hojas largas y anchas como platanillo o casupo, las cuales unen hábilmente en el techo de manera de que el agua de lluvia no se cuele por sus intersticios. El tapiri estuvo integrado por cinco enramadas; dos de ellas bastante amplias; los yanomami se instalaron en una de ellas y guindaron sus chinchorros formando especies de triángulos; excepto el del joven Kaopewë, que lo colgó encima del chinchorro de su padre; dos fuegos fueron encendidos en este cobertizo. El resto de las enramadas fueron ocupadas por los napë. Kaopewë y Tahawë ayudaron a encender los fuegos en cada uno; Carlos y Erasmito quisieron ayudar en esta tarea, pero su velocidad para encenderlos fue excesivamente lenta ante la destreza de los jóvenes indígenas, quienes asumieron la totalidad de este trabajo. En esta oportunidad, sólo quedó a los extranjeros, admirar la habilidad y tratar de aprender las técnicas empleadas.

Los yanomami desataron algunos de los envoltorios que traían en sus espaldas y colocaron la carne cercana a las fogatas para que se calentara, -«perece pescado y aves»-, pensó Erasmo. Haminawë y Tattuwë le entregaron tres envoltorios a Erasmo, quien los pasó a Dolores y Omaira; ellas desempacaron su contenido y miraron con recelo la carne negra y de apariencia dura, que veían totalmente diferente a la que se colocó sobre el fuego.

- ¡Parece que está quemada! -, Manifestó Dolores.

Haminawë percibió la duda de las mujeres; se acercó a ellas, tomó uno de los pedazos, que parecía ser una pierna de cochino, pero con la piel y todos sus pelos. Con fuerza, abrió la presa y mostró a las mujeres su interior jugoso y rosado; evidentemente, la carne no estaba asada: - «¡Estaba ahumada!» - Concluyeron con asombro las mujeres.

Omaira tomó aquel extraño pernil y Dolores desprendió una pequeña porción con sus dedos y probó; con una sonrisa dio su aprobación respecto al

sabor; la carne, bajo aquella concha negra y gruesa, estaba jugosa y suave. En ese momento, Tahawë se acercó y depositó en el suelo, cerca de uno de los fuegos, dos racimos pequeños de pijigüao; tomó uno y lo dio a Erasmo diciéndole:

- ¡Rasha!... ¡Come rasha!... ¡Es bueno! -. Seguidamente, tomó algunos frutos y los colocó en el fuego para que se asaran; Erasmo le dio las gracias y repitió la acción de colocar también, algunos en el fuego, aunque ya conocía esta maniobra.

Omaira dijo a Erasmo:

- ¡Oye!... Esta carne es de báquiro, pero ésta otra, es diferente, no sé de que será... ¡Mira!... ¿Ves? -.

Erasmo respondió, al ver la carne más oscura que la otra:

-Debe ser de otro animal de caza... ¡Si ellos la comen, es porque es buena!-.

Diciendo esto, comenzó a mover las rasha que estaban en el fuego; Omaira continuó con su trabajo, pero quería saber de qué animal es aquella carne.

Los náufragos durmieron aquella noche con menos preocupaciones; sin embargo, algunos de los hombres daban muestras de estar despiertos cuando veían movimientos entre los cazadores, quienes se turnaban en montar guardia.

Se levantaron muy temprano; aún no había amanecido totalmente cuando ya había movilización total en el campamento. Erasmos, Carlos y Erasmito se reunieron a conversar sobre el rumbo de los acontecimientos. Rafael vigila a las mujeres, ellas se habían percatado de que Tattuwë y Tahawë no estaban en el grupo. Rafael se acercó a sus compañeros y les comunicó la ausencia de los cazadores, mientras, el resto de las mujeres recogían los chinchorros y demás enseres.

Haminawë, interrogado luego por la ausencia de los indígenas, comunicó, a través de señas, que éstos estaban vigilando a los Shamathari.

No había amanecido todavía, cuando la columna reinició la marcha. La vegetación circundante mantiene el aspecto de una informe masa oscura.

Durante unos quince minutos caminaron sobre el lecho de un río de aguas rojizas como vino, que se desplaza sobre grandes lajas; su profundidad no alcanzaba a los tobillos de los caminantes. Una vez que salieron del río, el resto del camino lo hicieron también sobre lajas, siempre evitando terreno blando donde pudieran quedar marcadas huellas de pasos.

El reloj de Erasmo marca las 10:30 horas cuando le hizo saber al líder, que las mujeres estaban muy cansadas; el hombre accedió a detenerse, se sentaron a descansar y comieron carne y pijigüao que traían en los bolsos. La parada fue aprovechada por las mujeres para refrescarse el rostro con el agua del río y resolver necesidades fisiológicas detrás de unos arbustos.

En eso, surgiendo de la parte baja del río, se acercaron con un pequeño trote, Tattuwë y Tahawë. Tattuwë se dirigió a donde estaba sentado Haminawë; Tahawë, se dirigió al sitio donde descansaban los extranjeros, a quienes informó:

-Shamathari no están; ellos se fueron, pero no confío; son mentirosos y engañan; pueden seguirnos... Debemos caminar-.

- ¿A dónde vamos? -. Le preguntó Carlos. Tahawë le respondió:

-Herami kë u, mi comunidad, más allá de aquel cerro-. Mostrando una montaña, cuya silueta se ve azulada por efecto de la distancia a que se encuentra. Continuó diciendo:

-Allá está el shaphono de los heramitheri (Casa de los habitantes de la comunidad de Herami)... ¡Está por allá!-.

La caminata continuó, sentían que el peligro de los Shamathari estaba pasando, por lo menos así lo creían los napë (extranjeros). La marcha continuó durante tres días, sin mayores sobresaltos. Erasmo y su gente acusan el agotamiento, la pérdida de peso es evidente.

Haminawë se dio cuenta del desgaste físico de los napë, por ello, ese tercer día, decidió detener la marcha, en horas del mediodía, para acampar. Tahawë y Henawë se habían ausentado al amanecer para localizar unos paujés por el canto que emitían y cazar algunos. Posteriormente, los cazadores llegaron con cuatro gallináceas y las pusieron a asar. Los otros capturaron peces pequeños en un pozo cercano. En esta actividad participaron los jóvenes extranjeros, incluyendo las mujeres. Tattuwë se presentó posteriormente, con

sendos racimos de plátanos y cambur manzano, cosechados en un barbecho cercano (conuco viejo y abandonado), que aún mantiene plantas comestibles, especialmente palmeras, batata, yuca y algunos frutales; trajo también algunos capullos de onoto.

Este día, todos comieron en abundancia variedades de carne asada; tanto de mamíferos como de aves gallináceas, pijigüao asado y musáceas; para complementar, Tahawë trajo sobre hojas de plátano, panales con miel de abeja y les ofreció a las mujeres; éstas manifestaron su agradecimiento por el gesto mientras consumían el sabroso y nutritivo manjar.

Tres noches pasaron en este lugar, todos aprovecharon para asearse bien, cambiarse de ropa, lavar la que estaba sucia y conversar; sobre todo, intentando comunicarse con los yanomami. En oportunidades, acompañaban a los cazadores en tareas muy simples como pescar en el río, fabricar especies de nasas o jaulas tejidas con cintas o tiras que obtenían de un determinado bejuco. Esta tarea fue aprendida, rápidamente por Omaira y Dolores, quienes participaron activamente en la pesca. Rebeca prefería conversar continuamente con Tahawë, haciéndole diferentes tipos de preguntas sobre su vida y la de los suyos.

Una amistad se inició entre ambos grupos; aprendieron a pronunciar sus nombres y a llamarse por ellos; sin embargo, la morfología de cada idioma, representa un obstáculo. Tahawë, en todo momento, sirve de intérprete aun cuando en numerosas ocasiones, su castellano no es capaz de expresar algunas ideas de cierta complejidad. Explicó a Rebeca que su estadía por varios meses en el sitio de los Parimatheri, con misioneros evangélicos, aprendió cosas de los napë:

-Allá hay enfermeros que dan pastilla para prisi-prisi (paludismo)!, Pero no me gustó estar allá y por eso me vine a esta comunidad-.

- ¿Dónde está Parimatheri? -, Preguntó ansiosa, Rebeca.

- Muy lejos, por allá, más de estos días de camino muy peligrosos - Contestó, señalando todos los dedos de las dos manos, mientras continuaba su argumento:

-Por allá, muy lejos; allá hay napë que comen oro, llamados mineros y también garimpeiros, muchas enfermedades. Mucha gente muere; los garimpeiros matan hombres y destruyen la selva; toman mujeres, hay niños hijos de mineros por esos caminos; para allá no se puede ir-.

Al amanecer del cuarto día, la caminata siguió río arriba; la sabana se va ampliando progresivamente, abriéndose en medio de una vegetación alta cada vez más rala. Erasmo continúa de segundo en la columna, justamente detrás de Haminawë; sus fuerzas ahora se han recuperado, se siente más vigoroso que hace unos días. La marcha inició el ascenso de una colina, la primera de un sistema de lomeríos, algunos de ellos desprovistos totalmente de vegetación y salpicadas de rocas menores.

Esa noche durmieron a orillas de una quebrada de aguas turbias; Carlos, Rafael y Erasmito acompañaron a algunos de los cazadores a pescar, los resultados fueron realmente buenos, cuatro enormes bagres “rayao”: al más pequeño le fueron calculados 4 kg. y al mayor, unos 12 kg. Esa noche aprendieron a identificar la manera de ahumar la carne; especialmente, lo que se refería la selección del tipo de madera y la preparación de la tarima o troja para colocar la carne para su ahumado. El alimento utilizado como carbohidrato siempre estuvo compuesto de plátanos y pijigüao, ambos asados en las brasas.

Sorprendente batalla

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, en vista del buen tiempo, Rebeca se levantó seguida por Beatriz; estaban en eso cuando oyeron conversaciones que provenían del río, exactamente del pozo ubicado al lado izquierdo del campamento, a unos 12 m. de distancia; hacia allá se dirigieron las dos muchachas; en esos momentos, los primeros rayos del sol hacían su entrada, bañando de dorado el espacio que se extiende inmediatamente después de los árboles que sirven de albergue. Las mujeres caminaron impulsadas por la curiosidad al saber que los hombres se estaban bañando a esa hora; efectivamente, los cinco cazadores estaban en el agua, conversando y fregando, con unas hojas, sus cuerpos totalmente desnudos. Las jóvenes se detuvieron, iban a regresar cuando Tahawë salió del agua; su mano derecha cubría sus genitales; se acercó a las muchachas y les pidió que entraran al agua.

- ¡Vengan! ¡Ahora no está fría! -, Les dijo.

Las jóvenes hicieron una seña negativa, pero su estado de confusión les impidió retirarse. Tahawë, ante la negativa, se volteó y caminó hacia el pozo; ambas mujeres, con picardía femenina, dirigieron sus respectivas miradas hacia las nalgas desnudas del joven hasta que fueron cubiertas por el agua;

sonrieron y regresaron al campamento, admiradas por el poco pudor demostrado por aquellos hombres.

La caminata se inició después de que todos comieron plátanos asados y carne de pescado; el resto de la comida no consumida fue envuelta en hojas de plátano atadas con bejucos y distribuida entre los caminantes.

Eran como la 13:30 horas, aproximadamente, cuando se sentaron sobre unas lajas a tomar un breve descanso. Quince minutos después se dispusieron a continuar la marcha, pero unos gritos agudos y voces provenientes de la vegetación alta ubicada a su izquierda, llenaron el ambiente e interrumpieron sus planes de continuar:

- ¡Eeeeeiiiiiii!... ¡Aaaaaiiiiiiiii!... ¡Shori!... ¡Shori!... ¡Nohi rei... Nohi⁽¹⁾ thayou! (¡Cuñao!... ¡Cuñao!... ¡Nosotros somos amigos ... Tenemos aprecio a ustedes!) Entrégnanos a napëyoma para tener hijos de napë; ustedes tienen a los napë. Vamos a dar mucha carne de danto, de picure, pescado. Nosotros no los flecharemos, nosotros somos eiwë (hermano). ¡Ellos son sólo napë!, ¡No son gente!-

Sobrepuestos de la sorpresa inicial, los integrantes de la columna de Haminawë se dispersaron y se protegieron detrás de las rocas cercanas. Los yanomami armaron sus arcos; todos escudriñan en la dirección de donde vino la voz; no se percibe ningún movimiento extraño; algunas bandadas de loros alzaron el vuelo asustados por los gritos y sonidos inusuales en aquellos parajes pocos frecuentados por seres humanos. Las palmeras de los lejanos morichales se mecen suavemente, ausentes del drama que amenaza con desenlaces peligrosos.

Pasaron diez largos minutos cuando el silencio fue roto por nuevos gritos y pedimentos; ahora la voz parece tener su origen en algún lugar del bosque a la derecha de los sorprendidos caminantes:

- ¡Aaaaaiiiiiiii!... ¡Eeeeeiiiiiii!... ¡Eiwë!... ¡Eiwë! (¡Hermano!... ¡Hermano!) ... Sólo queremos napëyoma (mujeres extranjeras) ... Tú eres heramitheri... Yo lo sé... Estás muy lejos de tu shaphono (casa comunal, comunidad) ... Dame napëyoma y te daremos comida... Nosotros no tenemos mujeres... No tenemos suwëbiyë (esposa)... otros hombres las robaron -.

La respuesta fue de silencio total, pasaron unos minutos. De pronto, unos golpes sobre las rocas sobresaltaron al grupo de Haminawë; cuatro flechas cayeron sobre el sitio que ocupan; sus puntas de madera de bambú se destrozaron al chocar con las piedras; una de ellas se clavó en la hendidura de

unión de dos peñascos a pocos centímetros del rostro de Rebeca, la joven gritó por la sorpresa y el temor que sintió. Erasmo salió de su escondite y avanzó en dirección al lugar donde se encontraba su hija ante el temor de que estuviera herida; sintió un golpe en la parte posterior de su brazo derecho a la altura del homóplato y algo que colgó de él; continuó su movimiento hacia el sitio donde está la muchacha y se tendió a su lado tratando de cerciorarse que no estuviera herida.

Un indio totalmente pintado de negro apareció repentinamente sobre unas rocas, a unos diez metros del grupo, está preparando una flecha en su arco, pero en ese instante, recibió una flecha en el muslo izquierdo disparada por Haminawë; el hombre gritó que lo habían flechado y desapareció entre las rocas.

Haminawë se levantó y avanzó para ayudar a Erasmo, a quien vio sangrando, pero recibió una flecha en el glúteo derecho; Erasmito levantó el rifle y disparó al hombre que hirió al líder, pero el proyectil golpeó en el arco y lo partió; el desconcierto del indígena le generó un momento de descuido que lo expuso como un blanco fácil; de hecho, una flecha disparada por Tattuwë se clavó en su costado izquierdo.

Carlos se movió entre las rocas protegido de la vista de un individuo pintado de negro que pasó cerca de él armado con un arco y portando un machete en la cintura. Momentáneamente, el joven se olvidó del revolver que portaba y se lanzó sobre el agresor; el hombre presintió el peligro y volteó su cuerpo para enfrentar el ataque, pero no tuvo tiempo ni espacio para accionar su arco: Carlos ya estaba encima de él, el indígena trató de sacar el machete que tenía en la cintura, pero recibió un golpe que no le dio de lleno en el rostro, pero con suficiente fuerza como para hacerlo perder el equilibrio y trastabillar dada su estatura y peso menor al de su atacante. Hizo un nuevo intento de sacar el machete pero otro golpe explotó en su cien izquierda, su entorno se oscureció y se desvaneció.

Erasmito trató de accionar nuevamente el rifle, pero interrumpió el proceso cuando una flecha rozó su brazo izquierdo y chocó contra una piedra destrozando su afilada punta. El arquero, ubicado como a 5 m. de distancia, prepara nuevamente su arco, pero fue divisado por Tahawë, quién le disparó sin apuntar, dado el inminente peligro que corría Erasmito. La flecha pasó rozando el hombro del shamatari, pero fue suficiente para abrirle una herida y desactivar su acción. En ese momento, otro de los pintados de negro se unió al frustrado arquero y ahora ambos avanzaron al sitio donde permanece

Beatriz acurrucada. Uno de ellos la tomó por la muñeca y comenzó a halarla hacia el bosque cercano.

Erasmito, quien se había agazapado tras unas rocas, se percató de la intención de los indígenas y se lanzó sobre ellos; el que sujeta a Beatriz, sin soltar su presa, lanzó un golpe con el puño derecho que se estrelló en el costado derecho del muchacho. Erasmito se tambaleó, pero no detuvo su ataque; más alto y pesado, tomó por el brazo al indígena y lo proyectó a unos 2 metros, obligándolo a soltar a la muchacha; el guerrero perdió el equilibrio y cayó cerca de Tattuwë quien venía en ayuda de Erasmito: con el arco le asestó un golpe en la mandíbula a su enemigo que lo derribó aturdido. Su compañero, reconociendo el fracaso de la acción, dio un salto y se internó en la vegetación.

Otro hombre se acerca velozmente al sitio donde, semi-desmayado, se encuentra Erasmo acompañado de Rebeca, quien grita tratando de animar a su padre. Tahawë adivinó la intención del individuo de intentar capturar a Rebeca, buscó una flecha, pero la más cercana estaba en el suelo como a 3 m. de distancia. Sin pensarlo, saltó sobre unas rocas que lo acercó al atacante y, sobre el mismo movimiento, el muchacho levantó su arco y utilizándolo como una maza, golpeó con fuerza la cabeza del agresor quien calló al suelo y quedó inconsciente: de su cuero cabelludo comenzó a manar abundante sangre.

Tahawë llegó a donde está Rebeca y su padre; la muchacha observó la acción del joven que la liberó del peligro inminente; el indígena tomó la flecha que había caído cerca de ella, su punta no estaba dañada, armó su arco y se colocó con una rodilla en tierra, buscando un blanco. Seguidamente, su flecha partió rauda y se incrustó en el muslo de uno de los pintados de negro, quien, después de arrancarse la flecha, se lanzó hacia la vegetación desapareciendo de la vista.

Rebeca y Erasmo quedaron protegidos por el cuerpo del joven. Sus ojos revisaron rápidamente el entorno, muchos gritos llenan el ambiente; Dolores y Beatriz, abrazadas, sollozan, pero ya están bajo la protección de Erasmito y Tattuwë. Rafael, saliendo del sitio donde ha permanecido oculto, se acercó en ese momento a los dos muchachos; Omaira llama fuertemente a Erasmo; Henawë está con ella, armado con su arco que ya ha disparado varias veces.

Erasmo le contestó a su esposa que estaba bien. Kaopewë ayuda a su padre herido, a guarecerse tras unas piedras, está armado con un machete, dispuesto a defender a su progenitor.

El hombre golpeado por Carlos se incorporó, pero permanece sentado en el suelo, totalmente mareado, incapaz de ponerse de pie. El golpeado por Tahawë, aún semi-inconsciente, daba vueltas en el suelo; la escena quedó de pronto en silencio. Carlos estaba en cuclillas tras unas rocas, ahora con el revolver en la mano; Rafael se mantiene a la expectativa, no se atreve a salir de la protección de las rocas donde continúa agazapado con Dolores y Beatriz.

Los hombres pintados de negro heridos se incorporaron totalmente y con mucho trabajo se internaron en la vegetación cercana, por donde mismo habían aparecido. Rebeca, ya calmada y segura por la presencia de Tahawë, examinó la herida de su padre, ahogando un grito angustiados; observó lo que le había pasado: una flecha larga pendía de la parte posterior de su brazo derecho; la sangre sale a borbotones; la saeta entró por la parte posterior y su larga punta, de unos 10 cm., atravesó el músculo y se asomó por la parte delantera.

En ese momento llegó Omaira corriendo al lugar, seguida por Erasmito; la mujer casi se desmayó al ver la herida de su esposo. Erasmo no sentía dolor y le pidió a su esposa que se calmara. Tahawë estaba examinando la herida y rompió la varilla de la flecha para quitarle el peso a la punta; Beatriz tomó su lugar y comenzó con extraerla cuidadosamente, permitiendo que la sangre saliera con más fluidez.

Los yanomami, excepto Kaopewë y su padre herido, a quien ya le había sacado la flecha de su glúteo, formaron un círculo de seguridad perimétrica: mantienen sus arcos armados y observan protegidos por las rocas, vigilando en todas direcciones, buscando presencia enemiga. La tensa calma fue interrumpida:

- ¡Nohi!... ¡Nohi!... (¡Amigo!... ¡Amigo!) ¡Aaaaaiiiiiiiii!... ¡Eiwë! (Hermano)... ¡Heriste a mi pariente!... El hekura (Espíritu) de basho (Marimonda) te protege... El no quiso que te flechemos, pero mis hermanos están heridos. Ellos se vengarán y matarán a los heramitheri. Ellos irán con flecha encurradas (flechas con curare) y los herematheri llorarán como mujeres asustadas-

El silencio continuó después de esta intervención, no se oyeron más voces ni gritos.

Capítulo IX

Hogar, dulce hogar

Hacia el hogar

Han pasado tres días de la refriega con los Shamatari. Los heridos sanan rápidamente gracias a las atenciones de Omaira y Dolores; limpiaron asépticamente, dieron puntadas para cerrar las heridas y vendaron para evitar infecciones. La del glúteo de Haminawë fue profunda, pero su organismo recibió bien los antisépticos aplicados. La herida de Erasmo fue más fácil, la flecha golpeó en el costado externo del brazo y los orificios de entrada y salida facilitaron la limpieza y desinfección; el sangrado profuso ayudó a expeler los factores de infección.

La marcha había sido muy forzada para los heridos; la pérdida de sangre los debilitó, así como las molestias obvias; sobre todo, la herida de Haminawë lo limita para el desplazamiento ágil y sostenido; las paradas para descanso se multiplicaron; durante las noches, las guardias para la vigilancia se multiplicaron. Carlos, Erasmito y Rafael se sumaron a los turnos de 2 horas y de 2 personas por turno. Las mujeres duermen siempre juntas. Carlos introdujo la idea de colocar fuegos en la periferia del campamento, que los alertara de presencias extrañas. Esta idea no fue acogida por los yanomami: Tahawë informó que los Shamatari verían el fuego en la noche y vendrían a flecharlos.

Como práctica constante de seguridad, algunos de los indígenas, tanto de día como de noche, suben al árbol más alto de los alrededores y desde ahí, otean lo que su vista pueda alcanzar: generalmente un horizonte reducido, pero, el sentido de la vista es complementado con el oído y el olfato.

La concentración les permite recibir información del entorno, cualquier sonido, cualquier movimiento, tanto de la vegetación como de las aves; cualquier olor, cualquier tipo de modificación del estado percibido inicialmente, sería captado por los sentidos entrenados.

Esta actividad de escucha es permanente; en ella se van alternando los guerreros con excepción de Haminawë y el joven Kaopewë; uno por estar impedido y el otro por no tener suficiente entrenamiento aún.

Las partidas de caza son cercanas y en grupos de tres; los jóvenes napë se suman, pero sólo como compañía de seguridad; no son eficientes en las artes de cacería con arco y flecha. Un factor positivo en aquellos días aciagos es que la comida es abundante; cuentan con carne de picure, báquiro, monos, algunos guacamayos y otras aves, además de pescados muy pequeños; como acompañamiento sólo han tenido rasha (pijiguao).

La vigilancia se relajó un poco, una vez que se sabían lejos del territorio de los shamatari. Tres días más han pasado; los heridos han mejorado y cicatrizado sus heridas aun cuando las zonas traumatizadas se mantienen sensibles. La vitalidad general se ha recuperado con eficiencia. El grupo de caminantes escogió un sitio de parada conocido por los cazadores; Kaopewë dijo a Tahawë:

-Vamos a comer frutas en rastrojo y a recoger onoto para pintarnos; mañana llegaremos a Herami; quiero que me reconozcan como hombre-.

-Me parece bien- Respondió Tahawë, - Haminawë deberá saberlo.

Llegaron a una amplia explanada de lomeríos suaves, de unas 4 a 5 hectáreas; con vegetación arbustiva y un sotobosque en transición. Las mujeres se sentaron en el grueso tronco de un árbol talado, que muestra las huellas de un incendio que no lo consumió por completo, cercano a él, una planta de lechosa está cargado con varios frutos maduros, redondos y amarillos, algunos picados por pájaros y otros en proceso de maduración. Rafael, con la vara en forma de lanza, que no ha abandonado en esta etapa, tumbó varios frutos ayudado por Carlos, atrapándolas antes de que cayeran en el suelo y se rompieran. También consiguieron cambures listos para comer y en mayor abundancia, plátanos de una especie que los indígenas conocen como kurata.

Erasmito, quien se había alejado del grupo tratando de darle sentido a lo que estaba viendo, sintió un movimiento entre hojas y ramas secas, se agachó rápidamente, imitando la reacción aprendida de los cazadores yanomami; bajó su rifle del hombro y silenciosamente lo armó. Sus sentidos intentan identificar lo que sus ojos no pueden ver.

- «Ellos pueden hacerlo»-, pensó.

Sus oídos recibieron un leve sonido; volvió su rostro en la dirección de la que provenía y observó al animal, de unos 40 cm. de alzada - «¡Es un picure!» - Pensó, hasta ahora no lo había visto vivo. El roedor estaba distraído comiendo lo que parecía ser una batata recién desenterrada; apuntó detenidamente, apretó suavemente el disparador y la detonación se produjo; el animal cayó limpiamente y no hizo más movimiento, sólo cayó. Erasmito se acercó con cautela y se cercioró de que estaba muerto. Un ensangrentado orificio se aprecia claramente detrás del ojo izquierdo. Está atónito, ha cazado por primera vez; reaccionó y tomó el cadáver por las patas traseras y se devolvió sobre sus pasos.

- «Los demás no oyeron el disparo» - Pensó - «Un rifle de 22 mm. no hace mucho ruido»-.

Se equivocaba, Carlos, Tahawë y Rafael venían en su busca.

Esa noche durmieron en un tapiri que reconstruyeron en el conuco abandonado; en cuyo trabajo, participaron todos, incluyendo las mujeres; excepto Omaira y Dolores, quienes, acompañadas de Erasmo, ya bastante recuperado, se dedicaron a lavarse en una corriente de agua cercana. Asaron plátanos verdes y pijigüaos para acompañar las carnes; sobre todo, la del picure del orgulloso Erasmito.

El hogar

Al otro día en la mañana, los yanomami iniciaron los arreglos corporales para hacer su entrada a la comunidad. Se pintaron parte del cuerpo con onoto, incluyendo la cara; se hicieron dibujos lineales y circulares en diferentes partes. Kaopewë, quien sería el protagonista del ceremonial de iniciación, se colocó en el cabello y lo largo de los brazos, copitos de algodón cosechados en el sembradío en deshuso y adheridos al cuerpo con una resina vegetal. Omaira le comentó a Erasmo:

-Pareciera que se están vistiendo de gala para entrar triunfantes a la comunidad-.

-Eso mismo estaba pensando; me he dado cuenta que poseen su propio sentido estético... Espero que todo vaya bien y esa gente nos ayude a salir de aquí-. Respondió sin disimular preocupación.

Las jóvenes extranjeras también se estaban preparando para la entrada; se pusieron sus mejores ropas. Se peinaron y arreglaron el cabello de la mejor

manera que pudieron; se aplicaron labial y otros productos cosméticos guardados en su escaso repertorio de belleza.

Eran aproximadamente las 10:00 horas, cuando emprendieron la marcha al shaphono. Henawë se había adelantado a informar de la llegada de los cazadores y de lo que traían; después de media hora de camino a través de una amplia sabana, penetraron en un bosque que los llevó directo a una de las entradas de la casa comunal. Himanawë ingresó primero, cojea de su pierna derecha, pero eso no es impedimento para que entrara pavoneándose y golpeándose el pecho con el puño derecho en señal de triunfo; su mano izquierda levanta su arco y flechas, de igual manera lo hicieron los demás cazadores organizados en una columna. De último, entraron los extranjeros; observaron con detenimiento el escenario; el joven Kaopewë se desplaza bailando por el borde de un gran espacio que forma una plaza en el centro de aquel alero circular.

Todos van danzando y avanzando en una especie de ceremonia en la que los hombres arman sus arcos y flechas como si fueran a disparar y simulan que buscan un blanco; Himanawë asume poses con aire triunfante.

-Mira como Haminawë tira "pinta"- Le comentó Rebeca a su hermano, quien camina a su lado.

Los extranjeros avanzaron unos 15 m. por el lado derecho de la entrada, por el borde de la plaza. Les extrañó la falta de reacción en la gente de la comunidad; aparentemente su presencia no despierta ningún interés para aquellas personas; sólo observan desde sus respectivos cubículos de aquella gran casa redonda. Algunos miran desde sus chinchorros, otros comen o realizan tareas cotidianas: en oportunidades, perciben miradas y observan cuchicheos acompañadas de risas aparentemente burlonas principalmente de las mujeres.

Nadie salió a recibir a sus familiares; algunos miran a los recién llegados; en general, mantienen una actitud indiferentemente contemplativa.

Haminawë los llevó a un sector del gran alero redondo; le hizo señas a Erasmo para que se quedaran en ese sitio; para que descansaran; Tahawë se dirigió a ellos y les dijo:

-Quédense aquí; cuelguen chinchorros; enciendan su fuego; cocinen su mono y su rasha yo les traeré topochos-

Seguidamente se dirigió a un sector del shaphono; aparentemente se trata de familiares; Rebeca lo observaba con detenimiento:

- «Debe estar casado o tener mujer, no le pregunté» -. Pensó.

La muchacha recordó el contacto que había tenido con el joven Tahawë durante la semana que pasaron juntos; le nació aprecio y admiración por el muchacho, que se consolidó en una amistad especial. El indígena estaba siempre pendiente de su seguridad y ella, de los ágiles movimientos del cazador y de su apariencia segura. Sus conversaciones fueron largas. Las diferencias idiomáticas se fueron reduciendo y ambos se esforzaron por pronunciar palabras y captar ideas en el lenguaje del otro.

Rebeca salió de sus cavilaciones para sumarse a la extrañeza que manifiestan los miembros de su grupo ante la actitud indiferente de los anfitriones y por el ambiente en general. Están sorprendidos por lo que están viendo; un pueblo, una comunidad, una casa comunal de forma redonda. Las estimaciones coincidieron en promediar de 80 a 100 habitantes. Hay hombres, mujeres, niños, ancianos, perros, aves mascotas, inclusive, un pequeño báquiro domesticado.

Se trata de una construcción de forma redonda con un techo único a una sola agua, el borde externo toca el suelo en la parte exterior del círculo. El borde interno se levanta como a unos 3 m. del suelo, abierto a una plaza que calcularon en 25 m. de diámetro aproximadamente.

Todas aquellas personas están casi desnudas; algunas mujeres llevan una especie de pequeño delantal tejido que cubre únicamente la región púbica, otras llevan una minifalda de tela roja; sus senos están totalmente al aire, algunas llevan collares, zarcillos de pluma y dibujo de líneas sinuosas en el cuerpo. Los hombres, por su parte, algunos llevaban un guayuco de tela roja, otros, disponen sólo de un cordel alrededor de la cintura, que sujeta por el frente al prepucio, semejante al utilizado por algunos de los cazadores que los trajeron. Al igual que las mujeres, algunos tienen dibujos en el cuerpo y la cara.

Algunos niños se acercan curiosos; los observaban con detenimiento; - «Debemos paracerles seres extraños» -. pensó Dolores un poco nerviosa. Por su parte, los otros extranjeros también observan. La mayoría de aquellas personas están tendidas en sus chinchorros; algunas mujeres amamantan bebés; otros alimentaban los fuegos con una especie de abanico o simplemente soplan en

la base de las llamas; algunos toman cosas de las fogatas y comen; nadie parece prestarles atención: evidentemente, los ignoran.

Erasmus, desde su sitio y sentado en su hamaca, observa con detenimiento, intenta identificar detalles; le parece que la gran casa está dividida en pequeños sectores como el que se le asignó; las personas que están ubicadas en cada sector parecen integrar una familia. Cada sector tiene un fuego y chinchorros colgados; en todos hay mujeres, hombres y niños que parecen que conforman una familia; cada uno de esos sectores es, sin lugar a dudas, un hogar:

- «Cada sector es una familia» - Pensó Erasmo como conclusión final.

El hombre observó el techo del sector que se le asignó; el tejido de palma es tupido y de fino entramado; con seguridad podrá evitar las filtraciones de agua de lluvia. Está sostenido por fuertes horcones verticales enterrados en el suelo; separados unos de otros por unos 5 m. Erasmo calculó, a simple vista, que cada hogar ocupa un espacio de 5 m. de ancho por 6 m. de profundidad, no hay divisiones o tabiques que separen los hogares. El humo de las fogatas se filtraba entre el tejido del techo donde se aprecia la mancha negra dejada por el hollín. Observó el espacio que les asignaron, mide 5x6 m. aproximadamente.

Dirigiéndose a su gente, Erasmo sugirió para la organización inmediata:

-Vamos a guindar los chinchorros; no salgan de este sitio hasta que nos autoricen; vamos a estar pendiente de Tahawë para que nos explique y le preguntaremos si hay otras personas que entienden castellano... Carlos y Rafael, por favor, reúnan madera y enciendan unas fogatas... Después veremos qué vamos a comer-.

Beatriz comentó:

-Parece que no nos ven... No nos dan importancia y eso me da nervios -.

Erasmito inquirió:

-Bueno... Quedémonos tranquilos, Ya Veremos lo que pasará, Haminawë nos dirá qué hacer-.

Dicho esto, cada quien se puso a ordenar un espacio donde dormir; trataron de organizar los chinchorros de manera semejante a como lo tenían los indígenas; eso permitiría optimizar el uso del espacio y el disfrute del calor del fuego.

Mientras hacían sus tareas recibieron la visita de Kaopewë, trajo un racimo de cambur maduros y uno de topocho; en su cintura trajo atadas varias tiras vegetales, que luego de soltarlas, las torció sobre sí mismas formando cuerdas con la que ató los frutos vegetales y los colgó de uno de los travesaños del techo, de tal manera que estuvieran disponibles. Concluido este cometido, Kaopewë salió y volvió al rato con dos envoltorios de carne ahumada y uno con pescado asado y, colgando sobre el hombro, una tapara o calabaza ovalada, de unos 40 cm. de largo, lo entregó a Dolores; sacándole el tapón le dijo:

-Maõ kě-.

La mujer revisó el contenido y comprobó que se trata de agua; la olió y luego la probó; seguidamente entregó el envase a Omaira; todos tomaron varios sorbos, no pensaron en ese momento, al igual que en los días precedentes, de que tuviera que ser filtrada o tratada de alguna manera. Al respecto, Beatriz opinó:

-Debemos tratar de no enfermarnos mientras estemos aquí, todo esto se ve muy sucio-.

-No pensemos en eso-. Inquirió Carlos.

-Nuestro objetivo deberá ser estar bien; sobrevivir hasta que salgamos de aquí.

Son como las 15:00 horas de aquel día; Haminawë y Tahawë llegaron a donde están los extranjeros; Haminawë habló en su idioma, luego Tahawë tradujo:

-Haminawë es el capitán de la comunidad; él dice que está agradecido; él agradece que ustedes evitaron que espíritu de cachicamo grande se lo llevara. El cuidará de ustedes. Aquí todos amigos. Herami-theri amigos.

Erasmus intervino:

-Dile que estamos agradecidos; nosotros amigos de herami-theri y queremos ayudar en todo.

Tahawë tradujo y Haminawë sólo dijo:

- ¡Awei! (si).

En eso llegaron Tattuwë y Henawë; el primero de ellos traía una lechosa grande madura y sobre una hoja de plátano, varias rasha asadas. Henawë,

por su parte, tenía en su mano derecha una hoja de plátano con varias mu-sáceas asadas, lo cual ofreció a Beatriz y en la otra mano, también sobre una hoja, lo que parecían ser grandes gusanos blanquecinos asados, aparentemente chamuscados en varias partes de sus cuerpos; evidentemente con mucha grasa; el joven dijo en Castellano:

- ¡Come bareami (Plátano grande) y hara-hara (Oruga)!.

Beatriz tomó las hojas contentivas de los obsequios; sus ojos no podían apartarse de las enormes orugas, sobre todo, de su piel corrugada y blanquecina en las partes no chamuscadas, y el pequeño botón negro en el extremo que parecía ser la cabeza; sintió un pequeño mareo, náuseas y otras sensaciones que fueron interrumpidas por el indígena; quien, al darse cuenta de la incertidumbre de la muchacha, dijo:

- ¡Come!... ¡Comida de Yanomami!... ¡Buena comida!... ¡No es malo! - Seguidamente tomó una de las orugas y un pedazo de plátano, que más bien parecía topocho y los mordió alternativamente.

Beatriz retrocedió un paso, cuando el muchacho, sonriente y mostrando que comprendía su desconcierto, le ofreció la mitad del gusano; la actitud de Beatriz fue reforzada al observar que, del interior de la oruga que el indígena mantenía en su mano derecha, salía un líquido blanco muy espeso.

Carlos interrumpió la comprometida escena; tomó la oruga de la mano de Henawë y le dijo a Beatriz:

- ¡Mira!... ¡Eso es queso fundido!... ¡Esto es un tequeño! -, acto seguido, lo introdujo en su boca y lo tragó de un golpe; pero inmediatamente masticó un pedazo del plátano asado y lo tragó también.

La acción generó una sonrisa en Haminawë y Tahawë quienes observaban con curiosidad. Este último tomó una de las orugas restantes y la mordió, seguidamente, un pedazo del plátano que tenía Carlos en su mano, diciendo, aún sin tragar por completo:

- Esto es importante; quita la debilidad. Es bueno para que las piernas estén fuertes.

Beatriz preguntó a Tahawë sobre el sitio donde podían hacer sus necesidades; éste señaló una abertura que comunica con el exterior del shapono y continuó diciendo; en el día la gente va al río que está ahí detrás, si no, vayan

al monte; ahí podrán orinar; las mujeres intercambiaron miradas, pero, en fin, era lo que venían haciendo desde hacía ya casi un mes.

Toda la tarde la pasaron en su sitio de hospedaje. Ya anocheciendo, observaron como Haminawë, en la plaza central, al frente del que parece ser su hogar, está reunido con 3 hombres; todos están en cuclillas, conversando en su lengua. Las mímicas y señas de Haminawë indican que está narrando lo que sucedió días atrás; en oportunidades hace movimientos escenificando una pelea, disparando con el arco y en otras, señala a los extranjeros. Los hombres voltean, los ven y continúan la charla; otros hombres se acercaron; son más jóvenes que los que iniciaron la conversación; ya había oscurecido cuando la reunión concluyó.

Como a las 20:00 horas el shapono ya estaba en completo silencio; pocas personas conversan en sus respectivos hogares; no hay movimientos en la plaza. En la oscuridad se aprecian las luces de los tizones encendidos de las fogatas, de esa manera el espacio central se ve desolado y medianamente iluminado. En algunos momentos se elevan pequeñas llamas y se oyen chisporroteos que devienen en chispas al ser atizada la candela o alimentada con leña. Las personas están en sus chinchorros y desde él, atizan el fuego. Un recién nacido llora, pero el llanto se oye lejano. La noche está clara, pero en ocasiones, es oscurecida por densos nubarrones que atraviesan el firmamento: hacía frío.

Los visitantes se acomodaron en sus chinchorros; Carlos cedió el suyo a Rafael y se preparó una cama con algunas ramas cortadas en arbustos cercanos y como almohada, utilizó su equipaje. Los napë comieron lo suficiente como para no sentir hambre hasta el día siguiente.

Erasmus, como líder del grupo, llamó su atención e inició la conversación sentado en su chinchorro; el resto de los hombres se sentaron sobre algunos leños; las mujeres se distribuyeron en dos chinchorros: en uno de ellos se ubicaron, sentadas frente a Erasmus, Rebeca y su madre y en el otro, Dolores y Beatriz. El hombre manifestó:

-Hasta ahora toda va bien. Creo que hemos tenido suerte en encontrarnos con esta gente; ellos nos sacarán de aquí a un lugar donde podamos viajar por río o donde llegue una avioneta.

- ¡O por lo menos!, Que nos lleven donde haya instituciones como la Guardia Nacional, misioneros... o podamos comunicarnos por radio -. Dijo Rafael.

Carlos manifestó desde su sitio:

-He oído decir que ellos son generosos; pero no debemos hacer nada que los disguste o que se sientan despreciados; trataremos de que nos vean como sus amigos-.

Erasmito intervino:

-Pienso que uno de los problemas principales en la relación de los criollos con los indígenas; radica en que piensan que ellos son inferiores: eso es lo que siempre se oye y se ve en las películas. Debemos tener cuidado y tratarlos con respeto; ya nos dimos cuenta en la selva como se defienden y conocen esta vida; yo en todas las oportunidades me sentí inútil. Ellos están en su ambiente; nosotros no; debemos estar mosca con eso-.

Beatriz emitió su opinión:

-Estoy de acuerdo; pero uno de los problemas que yo veo es que comen muchas cosas raras, como esos gusanos. No creo que pueda acostumbrarme; una está acostumbrada a las comodidades que nos da la civilización. Por eso creo que nuestro primer objetivo debe ser, que nos den el apoyo para salir de aquí. Además, creo que la humedad destruirá toda mi ropa-.

Erasmito refirió con sarcasmo:

- ¡Sería gracioso ver a Beatriz enguayucada; con ese delantarcito que usan las mujeres... ¿Qué dirían tus amistades del jet set internacional?-.

Todos rieron de la broma y la ironía del muchacho, menos Beatriz:

- ¡A no mijo!... ¡Andarás desnudo tú!, Yo cuidaré mi ropita-.

Erasmito replicó:

-Es que yo tengo también tres pantalones, unas camisas y unas franelas; tampoco tengo mucho-.

Erasmus llamó la atención:

- ¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Debemos establecer una estrategia! -. Dirigiéndose a las mujeres de su grupo, les sugirió: - Busquen hacerse amigas de las mujeres de la comunidad y nosotros de los hombres para que nos ayuden. Yo trataré de lograr que Haminawë nos ayude a que nos lleven a un lugar donde podamos comunicarnos para que nos vengán a buscar.

Aquella noche fue larga por las nuevas incertidumbres, estaban en una nueva situación, sustancialmente más segura que la anterior en la selva. Sin embargo, no deja de ser inquietante por lo transversal de lo desconocido, único elemento común. Un mundo no sospechado se abre ante sus ojos. Dudas, sensaciones que no afloran a nivel de la conciencia pero subyacen en forma de miedos en cada una de aquellas mentes, que ahora, en el momento del recogimiento y el encuentro consigo mismo, emergen con dedos amenazantes, pesimistas y oscuros como la noche. La lógica de la sociedad a la que pertenecen se enfrenta a lo que asoma como otra lógica que aún se desconoce y que en la profundidad de sus inconscientes, saben que no pueden obviar porque no cuentan con el respaldo de lo que son y han sido, eso, pudiera no tener valor suficiente para sobrevivir.

Allá todo está ordenado, todo tiene una razón de ser; todo responde a categorías pre-establecidas; no hay improvisación. Los valores aprendidos se expresan a través de comportamientos, de conductas sociales determinadas y delimitadas por costumbres y convencionalismos, cuyas correspondencias, no ven aquí. Están frente a una manera de vivir que sólo pueden relacionar con lo visto en películas y algunos comentarios esporádicos y circunstanciales hechos por especialistas que, coincidentalmente, pudieron observar, pero sin la intención de aprender otras realidades.

El sueño fue venciendo a cada una de aquellas personas absortas en sus propias abstracciones.

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
— TERCERA PARTE —

Capítulo X

Una dimensión diferente

Exploración para la adaptación

El movimiento en la comunidad se inició antes del amanecer; en el apartado de los visitantes comenzó también la movilización. Todos iniciaron sus arreglos personales para enfrentar la incertidumbre del nuevo día; las cuatro mujeres tomaron sus cepillos de diente, crema dental, sus toallas y se dirigieron, con las taparas con agua, al exterior del shapono y, protegiéndose unas a otras, vaciaron sus vejigas tras unos matorrales. Posteriormente, los hombres realizaron el mismo ejercicio, que, con seguridad, de ahora en adelante se convertiría en rutina.

Tahawë y Kaopewë llegaron al hogar de los extranjeros e invitaron a Carlos, Rafael y Erasmito a bañarse en el río; Rebeca y Beatriz pidieron ir y salieron con los muchachos, no sin antes, recoger sus respectivos trajes de baño. Erasmo y Omaira coincidieron en la sugerencia de que fueran cautelosos.

El grupo salió por una de las aberturas del alero, atravesaron un platanal y llegaron a orillas de un pozo de aguas cristalinas donde ya retozaban algunos niños de edades comprendidas entre ocho y diez años aproximadamente. Una liana, atada a la rama de un grueso árbol que se extiende sobre el río, sirve de columpio para que los niños se cuelguen e impulsen, desde unas rocas, para soltarse al estar sobre el agua. La competencia radica en lograr caer a mayor distancia.

Las jóvenes escogieron unos arbustos cercanos para cambiarse al traje de baño; los hombres se quedaron en ropa interior. Cuando las mujeres llegaron a la orilla del pozo, ya ellos estaban dentro el agua; ambas muchachas entraron a la corriente con rapidez, para evitar la sensación del agua fría; sin embargo, la temperatura era agradable, más bien templada a esa hora de la mañana.

El sol aún no domina completamente el paisaje, una mirada al horizonte desde el sitio alto de ubicación del shapono, permite apreciar la vasta extensión de la selva verde degradándose en la distancia en azules y grises. Algunas elevaciones y partes del bosque, parecen brotar de un lecho de nubes formado por la neblina mañanera al escurrirse por los intersticios de la vegetación alta.

Tahawë busca estar cerca de Rebeca; Beatriz ya se ha dado cuenta de la tendencia del joven indígena; las muchachas se percatan que los Yanomami están totalmente desnudos, pero al acercarse a ellas, sujetan su miembro viril, ocultándolo en la mano.

Rebeca le preguntó a su amigo:

- ¿Cuanto tiempo tiene tu comunidad aquí, en este sitio?-.

El muchacho respondió:

- ¡No sé!... cuando yo vine, estaba aquí-.

Carlos intervino en la conversación; más allá, Rafael y Erasmito intentan entenderse con Kaopewë a través de señas completadas con algunas palabras en yanomami.

Carlos le preguntó a su interlocutor:

- ¡Oye Tahawë!... ahora... En el día... ¿Que hará la gente de la comunidad?-.

Intenta imaginar el discurrir de las actividades diarias; los horarios, los tipos de trabajos, las ocupaciones; en fin, el quehacer consuetudinario de aquella gente.

El indígena contestó rápidamente:

- Ahora las mujeres irán al conuco con niñas; ellas limpiarán y traerán plátano y yuca y ocumo y lechosa y harán comida; otras irán a pescar, otras cuidarán sus hijos. Los hombres harán muchas cosas; irán a cazar paují o báquiro, pero ellos tienen comida ahorita, sólo harán trabajos en el shapono o descansarán. Otros harán otras cosas... todos tienen su trabajo; las muchachas aprenderán con su mamá a cuidar el conuco y a los niños-.

Carlos quedó pensativo, luego volvió a preguntar:

-Y nosotros... ¿Qué podemos hacer para ayudar? Necesitamos tener comida... ¿Cómo hacemos para conseguir un chinchorro?... Nos hace falta uno-.

El muchacho contestó:

-Hay una mujer que hace chinchorro de algodón, hablaré con ella... ¡Mira!... Hamynawë dijo a los demás hombres que ustedes son napënohi (extranjeros amigos); que pelearon muy fuerte con shamathari; que lo salvaron; ellos darán comida; pero ustedes también deben trabajar; cazar, pescar, sembrar conuco, ellos ayudarán a ustedes.

Los tres jóvenes extranjeros estuvieron de acuerdo; Rebeca le sugirió al yanomami:

- ¡Bueno!... Como tú hablas castellano, es necesario que nos digas lo que debemos hacer; siempre,

Beatriz intervino:

-También lo que no debemos hacer... Nosotros vinimos de otra parte, allá muchas cosas son diferentes. Por eso, queremos aprender mientras estamos aquí,

El indígena la miró y sonrió, su respuesta fue:

- ¡awe! – (si)-.

Cerca del medio día, el grupo de bañistas regresó a la comunidad. Los napë arribaron a su sector cargando unas lechosas pequeñas, un racimo de cambures para madurar, algo de caña de azúcar y algunos aguacates, todo proporcionado por Tahawë y Kaopewë para las provisiones del grupo.

Pasado el primer día, Erasmo y las mujeres están cada vez más sorprendidos; reconocen que aquellas personas desnudas, aparentemente ignorantes, atrasadas, sucias, sin cultura y sin civilización, poseen un sistema de vida funcional; por lo que pueden ver, se proveen de alimentos que ellos mismos cultivan y, aparentemente, distribuyen con equidad entre todas las familias. En sus caminatas han visto diversas especies de frutas, tubérculos, musáceas; así como vegetales utilizados en distintas funciones, como tabaco, onoto, algodón, entre otros. Poseen un área cultivada adyacente a la comunidad. Tienen lo más importante cercano a los hogares, pero lo más relevante en lo observado es que, aparentemente, todos tienen las mismas cosas materiales; no han visto alguna familia con algún tipo de opulencia.

Al día siguiente, a eso de las 10:00 horas, Rebeca preguntó al padre:

- ¡Oye papá!... Veo muy poca gente, ¿Sabes donde fueron?-.

Erasmus, al igual que los demás, recorrió con la mirada el shapono; es evidente que la cantidad de personas es menor en comparación con lo visto en la tarde anterior.

El padre le respondió:

-Lo que he podido ver, es que fueron tomando cosas como cestas, machetes, cuerdas y han ido saliendo. Algunos han regresado, sobre todo mujeres. Están llegando cargadas de productos de los conucos y leña; he visto mucho plátano, frutas y yuca... Trajeron la yuca pelada y ahora la están rallando... Creo que fueron a cosechar al conuco. -

La conversación comentó sobre el tipo de trabajo de cada quien en la comunidad y otras cosas sobre la vida diaria que les pareció interesante conocer.

El sitio de hospedaje de los extranjeros está limpio y ordenado; sólo dos chinchorros permanecen colgados para servir de asiento; todos los equipajes están colgando de los horcones y travesaños que soportan la estructura; el espacio se ve amplio.

El día fue pasando sin ningún aspecto que pudieran apreciar como extraño. A partir de las 16:00 horas, han llegado casi todas las mujeres; notaron que muchas venían aseadas producto del baño en el río con sus hijos. La plaza central se fue llenando de niños jugando, quienes, pendiente de la presencia de los extraños, se acercan con curiosidad. Algunos hacen preguntas que los visitantes están imposibilitados de conocer y responder, lo cual tratan de explicar con señas.

Una joven se acercó a Rebeca; ésta le calculó 14 años de edad; su cuerpo, aún de niña, posee formas que permiten suponer futura belleza femenina: viste el guayuco tejido en algodón que han observado en otras mujeres. Flecos de hilos torcidos cuelgan verticalmente, pero sólo en la parte delantera. En la parte posterior, una cinta del mismo material, de unos 5 cm. de ancho rodea la cintura, las nalgas están al descubierto.

La prenda es de color ocre, aparentemente teñido con onoto, sólo oculta sus genitales; sobre su torso, lleva dos cordeles tejidos con mostacilla, que van desde cada hombro hasta el costado opuesto, cruzándose entre sus incipientes senos. La nariz de la muchacha está adornada por una delgada varilla que atraviesa de lado a lado por debajo del cartílago nasal. Otras varillas, de igual grosor, pero de menor tamaño, están insertos en orificios abiertos bajo la comisura de los labios y en el centro, bajo el labio inferior.

Las mujeres extranjeras, curioseando los asuntos relacionados con la belleza femenina, exploran con agudeza aquellos adornos; se fijaron que en el cuello la niña llevaba una gargantilla de mostacillas de muchas vueltas, en su totalidad de color rojo; de ambas orejas penden lo que parece ser un conglomerado de pequeñas plumas de aves con tonos de azul reluciente y encima de tales pendientes, sendas flores rojas que parecen ser de Cayena. La muchacha se acercó a Rebeca y tocó su cabello castaño claro; apreció la textura con sus dedos, pero parece que su interés se centra más en el color castaño, diferente al negro intenso del suyo. Preguntó algo viendo a Rebeca a los ojos, pero ésta no pudo contestar, hizo una seña que la niña comprendió.

Rebeca y Beatriz salieron fuera de su recinto; siguieron explorando a la niña; ahora ellas le tocan el cabello. A Rebeca le atraen los pendientes elaborados con menudas plumas de color azul brillante, pero pronto se dio cuenta de que se trata de la piel disecada de una pequeña ave:

- ¡Parece ser un colibrí! - Comentó a Beatriz.

La niña, inteligentemente, aclaró la duda: - He sika (adorno de piel de ave)-.

- ¿Cómo te llamas? – Le preguntó Beatriz; la niña la observó sin comprender.

- ¡Nombre!, ¡Nombre! - Insistió.

Rebeca intervino y tocándose el pecho dijo a la niña:

- ¡Re..be.ca!. ¡Re..be.ca! - Luego tocó a su amiga y continuó diciendo:

- ¡Be..a...triz !... ¡Be..a...triz! - Ahora puso su mano en el pecho de la muchacha indígena; la niña entendió y sonriendo respondió:

- ¡Vami!... ¡Va... mi!

Seguidamente se acercó a su interlocutora y tocándola en el pecho pronunció:

- ¡Rebeca! -, luego tocó a la otra extranjera y pronunció pausadamente:

- ¡Beatriz!

Mientras se desarrolla esta singular presentación, otras mujeres se fueron acercando; algunas de ellas con sus bebés acomodados en una especie de

porta-bebé, tejido en algodón, cruzado en su cuerpo. Beatriz pasó su brazo por encima de los hombros de Vami; este gesto generó mayor confianza en las que iban llegando. Rebeca se colocó la mano en el pecho y pronunció su nombre a manera de presentación, pero las mujeres estaban interesadas, mas bien, en su persona misma: hablaban y se reían entre ellas, señalaban a ambas muchachas. La más osada se acercó y tocó los senos de Rebeca, luego trató de abrir su camisa como para ver en su interior; Omaira, quien se acerca en ese momento, entendió el gesto;

- ¡Quieren verte los senos! -,

Otras hacían lo mismo con Beatriz,

-A lo mejor quieren ver si son iguales a los de ellas- Dijo ahora Omaira - Tendrás que enseñárselos -.

Beatriz hizo una seña de espera con la mano y caminó hacia la salida del shapono cercano al sitio de su albergue, las mujeres la siguieron llenas de curiosidad. Algunas sujetan por los brazos a Rebeca; ya detrás del alero las dos muchachas se despojaron de sus respectivas blusas y sostenes para que las mujeres contemplaran que sus anatomías son semejantes a las suyas.

Al rato volvieron al sitio original; las mujeres indígenas siguieron curioseando; en eso llegó Tahawë con un chinchorro de algodón en la mano, se dirigió a donde estaba Carlos sentado junto a Rafael y Erasmito, le dijo:

- Traje Yii këki para tí! (hamaca)-.

Con el indígena llegó una mujer; Tahawë informó:

- ¡Yii këki es de esta mujer! Carlos tomó el chinchorro:

- ¡Yo se lo quiero comprar!... ¿Cómo le puedo pagar?

El indígena habló con la mujer luego se volteó y dijo a Carlos:

-Ella quiere iro siki (ropa)... Aquí no sirve dinero

La mujer se dirigió a Carlos y señaló a Beatriz:

- ¡Iro siki!... ¡Iro siki!

Carlos se levantó, fue a su mochila y extrajo un pantalón bluyín y una camisa y los entregó a la mujer; ésta tomó las prendas en sus manos, las observó y acto seguido las devolvió a Carlos, señalando la camisa que Beatriz tenía puesta,

Carlos le dijo a su amiga:

-Bueno Beatriz... Dale esa y otra que tengas y yo te doy 2 camisas de las mías; también tengo franelas.

La muchacha se dirigió a su mochila, sacó dos camisas y las ofreció a la mujer, ella sólo tomó una de color fucsia y volvió a señalar la que la joven tiene puesta, indicando que esa es la que desea; quizás por las rayas rojas sobre fondo blanco que adornan la prenda. La joven se quitó la franela y se la entregó también, con la intención de que se quedara con las 3 prendas; pero la mujer le devolvió la franela marrón, no la quiso; tomó las dos prendas de vestir de su gusto y se retiró rápidamente a su hogar.

Erasmito intervino en las acciones que se acababan de realizar y preguntó:

- ¡Oye! ... ¿Y no fue muy poco lo que pagaron por esa hamaca de algodón?... Debieron darle más cosas.

Erasmus respondió:

-Por lo que vi, entiendo que no se trata de una valoración de cambio... Más bien es el valor de uso... Del valor que ella le da a esas prendas... Quizás representen algún tipo de valor social, estético o político... Sería bueno que observen para que entiendan mejor.

Rebeca dijo riéndose:

- ¡Además!, no se llama hamaca; se dice yii këki.

Carlos tomó la palabra:

- ¡Oye Rebeca!... Si puedes, le das también una blusa o lo que a ella le guste... Luego te lo compenso, para estar tranquilo de conciencia y... ¡Betariz!... ¡Te debo una! ... ¡Pídeme lo que quieras! - Sonrió con picardía.

La tarde fue pasando en actividades dedicadas a conocer más sobre aque-

Ila extraña gente. Como a las 17:00 horas, Haminawë los visitó acompañado de dos hombres; trajo dos paquetes que entregó a Erasmo, diciéndole:

- ¡Hähä! (conejo de monte)- Erasmo tomó el paquete y dio las gracias al hombre; inmediatamente comenzó a abrirlo desatando los bejucos que aseguran las hojas de platanillo que envuelven el contenido, que resultó ser un conejo grisáceo bastante grande; el animal tenía la piel intacta, pero fueron retiradas sus vísceras y lavado su interior. Erasmo manifestó:

-Vamos a quitarle la piel y asarlo; ya veremos con que lo acompañamos -

Rafael se ofreció para retirar la piel del animal. Erasmito se dirigió a él burlonamente:

- ¡Oye Rafael!... ¡Prepáralo al vino y sírvelo con una salsita de manzana!

Estaban comiendo conejo asado con plátano cuando arribó Kaopewë con un pequeño racimo de cambures titiario muy maduro; se dirigió al grupo saludándoles en Castellano:

- ¡Hola Erasmo!... ¡Hola Omaira... ¡Hola Dolores!... ¡Hola Beatriz!... Todo está bien... Come hatu haturami... ¡Esto bueno!

Dolores lo tomó y agradeció:

- ¡Gracias! - El muchacho respondió también:

- ¡Gracias! -

Cayó la noche en aquel mundo perdido y extraño para aquellas ocho personas occidentalizadas, que la providencia, en sus insondables designios, ha enfrentado a sus ancestros, a sus orígenes, aún no conocidos, pero en alguna parte almacenado en sus memorias históricas y genéticas. Estimula la meditación, la reflexión que les lleva a comentar, conversar y opinar entre ellos; ya no intentan inútilmente encontrar respuestas lógicas sobre lo que están viendo, sino, más bien, comprender lo que están observando.

Las escenas les resultan incomprensibles porque la lógica y principios que las dinamizan les son desconocidas; intuyen la existencia de un orden, de una racionalidad que viabiliza su existencia en el tiempo y en este espacio, pero desconocen las estrategias y maneras de pensar que se materializan en costumbres y prácticas.

Intuyen que debían observar sin calificar, buscar explicaciones, aprender, conocer y experimentar, tratar de entender las leyes que rigen este mundo. En definitiva, vivir lo mejor posible, lo que se les plantea en la actualidad como única alternativa.

La noche sirve para eso, para el meditar profundo, para el encuentro consigo mismo, para desandar las experiencias de lo vivido en el día, cuyo acumulado, está penetrando en sus almas llenándolas de sensaciones a las que quieren dar sentido. En oportunidades, rechazan, en otras aceptan, en otras dudan; pero en el fluir de las contradicciones van reconociendo las lógicas que subyacen a los hechos, a la acción o la costumbre: entonces, perciben y tratan de explicarse a sí mismos, las razones que buscan.

Sin embargo, constantemente aparecen nuevos elementos, nuevos hechos y acciones que alimentan la incertidumbre. Este devenir, en oportunidades, degenera en desazón, en sensaciones de indefensión, de pérdida, de abandono, de ausencia de soportes psicológicos. Sobre todo, cuando el contacto con la naturaleza para obtener los medios para vivir, se tornan duros, hostiles. Pero esa misma naturaleza se aclara, se transparenta, se vuelve generosa con aquella gente, con quienes parece ser uno, la misma naturaleza.

A pesar de las dudas e incertidumbres, una extraordinaria fortaleza se va articulando dentro del grupo y se constituye en un instrumento para aumentar sus posibilidades de vida. La providencia no escogió sus integrantes al azar, por el contrario, la convivencia les ha generado empatías que, al principio, eran sólo laborales y familiares, pero ahora van profundizando de tal manera, que les permite mitigar las incertidumbres y las desesperanzas diluyéndolas en la fuerza del colectivo.

Se evidenciaba una cohesión psicológica en proceso de fortalecimiento, lo cual se expresa en múltiples acciones de apoyo mutuo, que, en oportunidades, les evoca el legendario principio de: *“Uno para todos y todos para uno”*. La seguridad se sustenta en el apoyo psicológico intra-grupo, convirtiéndose en un valioso soporte que es aceptado, inconscientemente, como su principal defensa y determinante de vida.

Capítulo XI

Esperanza de retorno

Intento frustrado

La mañana luce con densa nubosidad baja: la neblina aún no se ha disipado, la humedad del rocío está en el ambiente, no hay filtraciones en el techo pero se siente en la tierra y en todos los objetos; con calma y sin aprehensión, todos se lavaron y arreglaron su persona en preparación para otro día en aquel exótico mundo.

Los hombres jóvenes se fueron con Tahawë y cuatro indígenas, también jóvenes, a bañarse al río. Rebeca y Beatriz permanecen en el alero preparando comida.

Erasmus extrajo el mapa guardado en un maletín negro elaborado en nailon; de uno de sus compartimientos sacó una brújula y una regla con transportador. Abrió el mapa y lo orientó con la brújula para tratar de identificar algún accidente que le permitiera ubicar, aunque sea aproximadamente, su posición relativa.

Miró fijamente las montañas dibujadas en el horizonte que podía ver a través de la entrada al shapono; intentó recordar la dirección de las corrientes de los ríos cruzados, su unión con otros, el ancho de su caudal. Observó los relieves topográficos en el mapa, las líneas de talweg; intentó conseguir un vínculo, una coincidencia. Pidió a Beatriz y a Rebeca que lo ayudaran, que buscaran detalles, formaciones montañosas parecidas, formas de las curvas de los ríos, pero fue en vano: no pueden relacionar las elevaciones vistas en el terreno con las representadas en el mapa; los cuerpos de agua impresos parecieran no tener coincidencia con los observados durante el camino.

Además, la escala del mapa 1:25.000, no permite detalles suficientes para ser identificados con facilidad. Por otro lado, Erasmus no está seguro de la precisión del mapeo de aquellos parajes al sur de Venezuela, aún no bien cartografiados.

Una idea vino a su mente cuando observó el río Orinoco en el mapa; se detuvo, se levantó con agilidad, pensó unos segundos y salió al centro de la casa comunal; caminó en dirección al hogar de Haminawë. Al llegar, encontró dos mujeres en el sitio, una de ellas atiza el fuego con una especie de abanico tejido con cintas vegetales. Muy sucio por el contacto con el carbón y las cenizas; la otra, más joven, está sentada en su chinchorro amamantando un bebé; Erasmo se dirigió a la del chinchorro y pronunció:

- ¡Haminawë!... ¡Haminawë! -.

Las dos mujeres lo miraron con atención; la que atizaba el fuego habló en su idioma y señaló una dirección que evidentemente indicaba un sitio fuera de la comunidad. Erasmo comprendió y replicó señalándose a sí mismo:

- ¡Erasmo! -,

Seguidamente, señalando la dirección indicada por la mujer dijo:

- ¡Haminawë! -,

La mujer comprendió y le respondió:

- ¡awei! - (Si).

Erasmo dio las gracias y se alejó; las mujeres lo miraron y cuchichearon entre risas antes de seguir en sus labores.

Cuando llegó a su alero, las napeyoma lo interrogaron interesadas; él les contestó:

-Haminawë tiene que saber en qué dirección está el río Orinoco y la ubicación de la comunidad respecto a él. Si lo sabe, podremos planificar nuestro viaje hacia allá y conseguiremos ayuda para salir o por lo menos, para llamar por radio. Sé que los curas de las misiones tienen radio y también la Guardia Nacional. Ellos podrían sacarnos a la ciudad más cercana con sus equipos aéreos-.

Las mujeres lo observaban con respeto y admiración; es una buena idea la expuesta; confiaban que su experiencia y carácter los ayudaría a salir.

Dicho esto, quedó pensativo y volvió a concentrarse en el estudio del mapa; mirándolo dijo:

-Con seguridad estamos al sur del Orinoco... Es lo más seguro... y temo que muy al sur, pero no sé en qué rumbo ni a qué distancia. El estado de esta cultura indica que están así por lo lejos que están de nuestra civilización y es difícil llegarle, si no, ya estuvieran envenenados-.

La mañana fue pasando en calma, como a eso de las 10:00 h., llegaron los muchachos del río, todos venían en traje de baño, traían en las manos sus pantalones y camisas mojadas, y recién lavadas. Improvisaron tendedores dentro del albergue y pusieron sus ropas a secar, no dieron muestras de decidir colocarse ropas secas. Seguidamente, Erasmo les contó lo que tenía pensado; Carlos salió y llamó a Tahawë; éste vino de inmediato. Erasmo le preguntó por la dirección del río Orinoco; el muchacho lo miró por unos instantes, como buscando en su mente lo que acababan de preguntarle; se volteó e indicó la dirección del río:

- ¡Allá!- dijo -¡Está Mahekoto!.

El rostro de Erasmo se iluminó; sacó la brújula y la orientó en la dirección señalada:

- ¡Si!... ¡Como pensé!... ¡Está al norte!... ¡Estamos al sur del Orinoco! - Seguidamente extendió el mapa, abriéndolo por completo, lo orientó con el rumbo Norte marcado en la brújula; volvió preguntar, ahora con evidente mayor ansiedad:

- ¡Ve aquí!... ¿Tú conoces algo en Mahekoto? ¡Ve! Este es Mahekoto (Orinoco)...-,

Todos quedaron en silencio, a la expectativa de lo que diría el indígena.

Tahawë observó detenidamente el mapa, nunca había visto uno igual; es mucho mejor que los planos o croquis que ellos hacen en la tierra para ubicar sitios donde vieron enemigo o donde vieron animales de cacería. Colocó su dedo índice sobre el río Orinoco y lo fue desplazando sobre los ríos tributarios e iba nombrando; fue recorriendo el río Mavaca hasta detenerse en un punto de su desembocadura en el río Orinoco; luego en uno de sus tributarios, entonces dijo:

- ¡Aquí Mahekoto kë u! (Comunidad Orinoco)... Allí están mahekotheri (Gente de Orinoco)... Muy peleadores... Son valientes... Tienen kobeta (escopeta)... Matan gente... Aquí Bishaasi -. Señalando un poco más abajo, el sitio donde está ubicada la Misión Mavaca, de los misioneros salesianos.

Erasmo dijo con mucho entusiasmo:

- ¡Ya tenemos un objetivo!... ¡Un destino!... Pero falta saber dónde estamos nosotros, para tener un rumbo y una distancia aproximada.

Puso la mano en el hombro del yanomami y le pidió:

- ¿Dónde estamos nosotros?... ¿Dónde está Herami kë u?

El muchacho observó detenidamente el mapa; tocó el río Orinoco; deslizó su dedo hacia el sur, sobre los tributarios de la margen izquierda, tratando de reconocer detalles; inició su ascenso por el río Mavaca, pero no siguió hasta sus cabeceras, continuó en línea recta fuera del curso del río; se detuvo en la serranía Unturán y comenzó a mostrar dudas, los visitantes comenzaron a descorazonarse; en eso llegó Haminawë y la esperanza resurgió.

El jefe de la comunidad fue puesto al corriente de la intención, por parte de Tahawë; para sorpresa de todos, el hombre respondió en español:

- ¡Dame! - Pidiendo el mapa.

Observó con detenimiento el mapa con rostro austero, pero pronto sonrió y dijo:

-Aquí Pahama kë u-, Señalando el río Mavaca, -¡Aquí mishimishi piwëi kë u! -, Identificando un punto sobre la parte alta del río Mavaca, - Aquí Reapowei - Luego afirmó tocando un punto: - ¡Aquí nosotros!, ¡Herami! y, ... ¡Aquí shamatari!-.

Los extranjeros occidentales no pueden salir de la impresión que le generó el sentido de orientación mostrado por el jefe; ¿Cómo aquel hombre pudo ubicarse con tanta rapidez en un mapa, sin nunca había visto uno? Evidentemente, su sentido de orientación era excepcional. Todos reconocieron también las cualidades de Tahawë; su confusión se debió a menos familiaridad con la región, pero identificó hasta las cercanías de la serranía Unturán, donde el sitio exacto de las comunidades fue ubicado por Haminawë.

Erasmus le dio las gracias, a lo que el indígena respondió también con un:

- ¡Gracias! –

Erasmus tomó el mapa y se sentó en su chinchorro a hacer cálculos con los instrumentos con que contaba. Carlos lo siguió para observar tales procedimientos. Rafael y Erasmito iniciaron una conversación con Tahawë y con la participación del jefe de la comunidad, a la cual se sumaron Beatriz y Rebeca. Una nueva sorpresa esperaba a los visitantes; no sólo Tahawë ha mejorado el castellano, sino que Haminawë ya comprende muchas palabras y en oportunidades, responde en ese idioma. Rafael, sonriente, se dirigió a las muchachas:

- ¡Miren!... Y todavía nosotros no sabemos nada de su idioma.-

Beatriz intentó justificar:

- ¡Bueno!... Es que ese idioma es muy difícil... Muchas palabras se pronuncian con la garganta y otras como que salen de la nariz o de la lengua pegada al paladar-

Rebeca opinó:

- ¡Si!... Es verdad... muchos sonidos son guturales, para nosotros es difícil, quizás la morfología de nuestra boca y garganta son distintas; no he podido aprender como se pronuncia "Tahawë", ellos lo pronuncian como "tajave" pero la última sílaba sale de la garganta, ahí no podemos, pero quizás podamos aprender-

Se acercó por detrás a Tahawë y le puso su mano sobre el hombro izquierdo; el joven, más alto que el promedio de los de su sexo, no alcanzaba la estatura de 1,70 m. de la muchacha; ésta lo superaba como por 5 cm. aproximadamente. Le dijo con coquetería, que no pasó desapercibida para su hermano.

- ¡Tú me vas a enseñar tu idioma!-

Erasmito increpó a su hermana:

-Déjate de esa vaina que nos podemos meter en un peo-

La muchacha respondió sonriendo.

- ¡Bueno vale!... ¡Tranquilo!... Eso no es nada; sólo le estoy echando broma-

Tahawë no se inmutó ni se dio por aludido, sólo respondió:

- ¡Yo te enseño!-

En la tarde de aquel mismo día, Erasmito, Beatriz y Rebeca caminan alrededor de la plaza del shapono, siempre acompañados por Tahawë, Kaopewë y Vami, quien se les unió ya iniciada la trayectoria. Se aproximaron a una sección ocupada por una mujer de unos 45 años de edad, calculados por Beatriz, basándose en la agilidad demostrada por la señora, pero su apariencia física sugería más de 50.

Tahawë dijo:

-Ella es nayë (madre) y ella es yaiwë (hermana menor)-, dirigiéndose a una niña como de 13 años de edad que está recostada en un chinchorro de algodón

pintado con onoto. El joven se estaba refiriendo a su madre y a su hermana; las muchachas no sabían qué hacer ni qué decir, ni cómo saludarla. Rebeca hizo un gesto como para tenderle la mano, pero no completó la acción, le tendió la mano a la niña y la invitó a caminar.

La niña se incorporó sonriendo y salió con ellos tomada de la mano por Rebeca. Siguieron caminando; por donde iban pasando, reciben expresiones diferentes, algunos sonríen, otros simplemente los miran sin manifestación alguna; varios niños y niñas se acercaron y tomaron de la mano a las muchachas para seguir caminando con ellas. El que le tomó la mano a Beatriz le pareció conocido, lo miró y éste le dijo:

- ¡Bea...triz!-

La muchacha se sorprendió, su edad no debe exceder los 6 años.

- «¿Dónde aprendió mi nombre?... y ¿Cómo?... Esto es increíble... Son muy inteligentes»
- Pensó.

Pasaron frente a un hogar donde un hombre, acostado en su chinchorro, se distraía amasando sobre una pierna una pelota de tabaco, que luego se colocó en la boca, entre el labio inferior y los dientes; a su lado, una mujer de unos 50 años de edad está desplumando una gran ave negra que les pareció al ya conocido Paují, dejando caer las plumas en el suelo; la hunde repetidas veces en el agua caliente de una olla de aluminio colocada en el fuego; observó a los caminantes sin inmutarse: a su lado, recostada en un chinchorro, una joven juega con un sonriente bebé de unos 6 meses de edad.

Tahawë se acercó a ellos y realizó nuevamente la misma presentación:

-El es hayë (padre) y ella nayë (madre)- Señalando a la mujer de pie.

Se dirigió ahora a la que estaba en el chinchorro y repitió:

-Ella es nayë (madre) y él eiwë (hermano).

Las dos muchachas quedaron confusas: conocen el significado de las palabras dichas por Tahawë; pero están confundidas; a los 2 hombres señalados los llamó "papá", a las dos mujeres "mamá" y a todos los niños, "hermanos"; pero a la que estaba en el chinchorro con el niño, quien es menor que él, la llamó también "madre".

- «Aquí hay algo que aclarar» - Pensó Rebeca.

La joven mujer que estaba en el chinchorro sonrió; el niño dio un leve respingo con una amplia sonrisa en su pequeña boca; Rebeca se acercó para hacerle una caricia, pero sintió como su madre apretó el niño contra su pecho desnudo y lo cubrió con su brazo derecho en evidente gesto de protección, de evitar el contacto. En ese momento Tahawë tomó a Rebeca por el brazo izquierdo, halándola levemente, mientras le decía:

- ¡No toca ihiru!... ¡No es bueno!... ¡Está débil todavía y se puede perder su noreshi! (alma).

Las dos mujeres visitantes no pronunciaron palabras, sólo retrocedieron sonriendo. La muchacha del chinchorro se relajó, sonrió y pronunció palabras ininteligibles para ellas.

Siguieron caminando; un hombre sentado a horcajadas en el suelo teje una especie de cesta con fibras vegetales que Erasmito reconoció como mamure. Otro, a su lado, de pie, tiene el extremo de un arco apoyado en la abertura entre los dedos pulgar e índice del pie derecho, mientras, con su mano izquierda, realiza esfuerzos por doblarlo e insertarle en el extremo superior, la pequeña asa anudada de un cordel que parece haber sido elaborada con fibras de la palmera de moriche.

El hombre, bastante viejo, hace vanos esfuerzos para doblar el arco, el cual tiene como 2 m. de largo. Erasmito lo observó cambiar de posición, ahora apoyó el extremo del arco en un hueco pequeño en el suelo, colocó su pie derecho en la mitad del arma e intenta doblarlo, pero le resulta igualmente inútil.

Erasmito acudió en su ayuda, tomó el arco por el extremo superior y logró doblarlo hasta una posición que permitió al hombre insertar el asa del cordel.

El viejo se rio complacido y dio unas palmadas en la espalda del muchacho en señal de agradecimiento; dijo algo en su idioma que Erasmito no entendió; pero preguntó a Tahawë sobre su significado y éste le respondió:

-El dijo que tú eres fuerte, que sirves para pelear-.

El muchacho sonrió y jocosamente levantó su brazo derecho doblándolo para contraer y mostrar el bíceps, donde se dio varias palmaditas en señal de fortaleza. El viejo indio soltó una carcajada dejando ver sus dientes manchados de tabaco y repitió las palmadas en el hombre del joven, mientras éste continuó el camino con su hermana y amigos.

Los jóvenes pasearon toda la tarde; sus acompañantes yanomami responden a sus interrogantes sobre las cosas que le llaman la atención de aquella cultura o simplemente, atraen su interés. Conocieron, además, los nombres de algunas sensaciones corporales como hambre, sed, frío, sueño, calor; de estados de ánimos como alegría, risa, tristeza, amor, rabia; de igual manera, estados del tiempo como mañana, tarde, noche, lluvia, sol; cosas de la comunidad como comida; diferentes utensilios, entre muchas otras cosas. Existe un evidente y mutuo deseo de aprender entre los representantes de ambas culturas. Vami camina con ellos, pendiente de todo lo que se dice, repite palabras en castellano o pregunta por el nombre de un determinado objeto, pronunciándolo primero en su idioma.

Eran las 18:00 horas, cuando el grupo llegó al hogar. En eso, Vami le solicitó a Rebeca:

- ¡Quiero un nombre como tu nombre!-.

Hubo un momento de desconcierto en las mujeres; no saben a qué se refiere la muchacha. Beatriz le preguntó:

- ¿Quieres que te ponga un nombre?-.

- ¡Awei!... ¡Uno de napë!

La joven sonrió y le contestó:

-Está bien, ¿te gusta Marielena? O... ¿Te gusta más Marielanita?

Vami quedó pensativa y sonriente, luego contestó pausadamente:

- ¡Me gusta M-a-r-i-e-l-e-n-i-t-a! ... ¡Marielanita!

Sonrió con satisfacción y salió corriendo, rumbo a su casa

Carlos se aproximó y le pidió a Kaopewë que le dijera a Haminawë, que Erasmo desea hablarle, el joven indio marchó corriendo al hogar de su padre.

Una vez que el jefe llegó, Erasmo extendió el mapa sobre el suelo y le dijo:

-Necesitamos que nos ayudes a llegar hasta río grande, Bishaasi (Mavaca), misión de curas, ... De ahí podremos salir a Caracas-.

Calló para que Tahawë tradujera. El hombre no respondió, analiza lo que le pidieron; Erasmo continuó:

-Dile que nosotros volveremos y traeremos muchas cosas; ollas, machetes, hachas, anzuelos.

El joven indio continuó en su traducción; Haminawë miró a Erasmo, luego, puso el dedo sobre el mapa, específicamente sobre el río Mavaca hasta sus cabeceras; luego volvió al Orinoco, hasta un pequeño afluente por su margen izquierda, más abajo de la boca del Mavaca y explicó en su idioma, para que el joven indio tradujera:

-Aquí hay guerra; shamatari mata mucha gente, matan napë también y roban napëyoma... Mahekototheri vienen a Bishaasi (misión Mavaca) con batanawetheri, gente de Karohi y de Taryari y de witokaya (son comunidades de la zona) y otros más; ellos tienen muchos òka (brujos que soplan hechizos mortales sobre sus enemigos). Ellos quieren matar shamatari; pero dicen que heramitheri son shamatari también y por eso nos odian. Nosotros no somos shamatari; pero ellos son Waika (expresión peyorativa para calificar a Yanomami del alto Orinoco; incluye acusaciones de canibalismo) ... Òka envían shawara (demonios enviados mediante conjuros, que causan enfermedades y epidemias) a nosotros y muere mucha gente-

Haminawë continuó explicando; Tahawë traducía; pero tenía dificultades con algunas palabras cuyo traducción a español no conoce. Haminawë continuó:

-Eso me lo dijo Kayupawë; él es shapori (Brujo, shamán) de Yuri kë u; él tiene muchos hekurras (espíritus) en su pecho y no pudieron flecharlo. El vino de allá con su gente y ahora está en Yuri... Le avisaré para que venga a hacer haõhaõmou (conversación, conferencia) y te hable... Yanomami no puede ir a Bishaasi ahora... Cuando termine guerra si vamos.

Erasmo se sintió decepcionado; Omaira no pudo aguantar las lágrimas y se volteó hacia el fondo del alero, sentándose en su chinchorro; Dolores tampoco podía esconder su angustia.

La incertidumbre sobre el futuro, continúa en aquella gente, aunque ahora contaban con circunstancia de relativa mayor seguridad. Ven frustrarse sus deseos de volver a su mundo, a la familia que se dejó y que ahora sufre, a los amigos y en general, a la vida que reconocen como su vida.

La información del jefe de la comunidad generó una sensación de desaliento general: cayó como una explosión en medio del grupo, hiriéndolos con

dardos de desesperanza, aun cuando desconocen el tiempo que duración de aquella guerra que se está desarrollando en la zona por donde, forzosamente, tendrían que pasar. Por otro lado, sin la ayuda de los indígenas nunca podrían llegar: su experiencia les dice que no sobrevivirían la travesía; la selva se los “tragaría”, de eso estaban todos seguros. Los peligros experimentados antes de ser encontrados y otros, durante el trayecto con ellos, son racionalizados ahora como circunstancias que pueden generar eventos mortales.

Con más tiempo en la selva se hubieran ido “consumiendo” uno a uno. Por fuerza, tendrán que esperar circunstancias propicias; quizás la entrevista con el shapori de los yuritheri arrojaría nuevas alternativas: habrá que esperar.

Capítulo XII

Reconfirmando la frustración

Convivencia

El día siguiente, a un mes exacto de iniciada la imprevista aventura, amaneció nuevamente con densa nubosidad; pero ahora, con una lluvia pertinaz que se inició en la madrugada. Todos continuaron en sus chinchorros hasta bien entrada la mañana; sintieron movimientos en la comunidad y voces cercanas; ninguno hizo movimiento alguno para enterarse de lo que estaba sucediendo; seguidamente, la tranquilidad volvió.

Así fue pasando el día, eran ya las 15:00 horas, cuando el sol terminó por dominar la tenue neblina: el húmedo día fue cediendo ante el calor tropical. Todo el grupo se dirigió al río a bañarse y a disfrutar de un rato de esparcimiento. Los hombres continuaron con la vestimenta ligera de un traje de baño y sobre el torso, una franela que los protegiera parcialmente de los mosquitos, que, en horas de tarde, invaden la zona. Ya no tienen repelentes para evitar las picadas; de todas maneras, la costumbre los estaba adecuando a casi no sentir las pinchadas de los jejenes (puri-puri); sin embargo, las palmas sobre brazos y cuellos o simplemente, aplastarlos con el dedo índice, era ya un acto reflejo; las marcas en los brazos, producto de las picadas, podían contarse por cientos. La piel de todos se mostraba gruesa, quizás áspera al tacto y cubierta de puntos oscuros. Rafael y Erasmito presentan los aspectos peores.

En este día, el desaliento fue general; algunos niños se acercaron a solicitar nombres de napë; así surgieron Toñito, Dariño, Pedrito, Mireily, Luisita, Lenin, Leo y otros. Los niños y niñas, con manifestaciones de alegría y de franca inocencia, corren a sus hogares a informar con orgullo, sus nuevos nombres, para posteriormente iniciar el juego de nombrarse entre ellos.

Sin embargo, el ánimo de las muchachas napë está decaído, por lo que la inter-relación con los niños no genera el disfrute de días anteriores; algunos niños lo comprendieron, por ello se retiran sin solicitar ser nombrados.

Rebeca mantiene conversaciones cotidianas con Tahawë y en oportunidades, Vami, quien ahora se hacía llamar “Marielenita”, se acerca a Beatriz, por quien siente especial simpatía. En general, las conversaciones entre los miembros del grupo de Erasmo con gente de la comunidad, funciona como una vía de evasión de la realidad. Poco a poco se van intensificando como una manera de acelerar el tiempo, de salir del “*enchinchorramiento*”.

La misma Vami presentó a las extranjeras, un grupo de niños, de entre los nombrados, quienes desean presentar un espectáculo musical. Efectivamente, los niños nombrados Toñito, Dariíto, Leo, Lenin y la niña Luisita, iniciaron un canto que da la idea de un coro, acompañado por el sonido de dos instrumentos musicales; uno elaborado con una caña, que forma una especie de flauta de sonido agudo; el otro, trata de un pedazo de madera redonda, que, al ser golpeado por otro más delgado, produce un sonido hueco, pero agradable al oído.

Las extranjeras identificaron palabras insertas en los versos como “agua de río”, “pájaros”, “flores” y “napeyoma”.

Todos disfrutaron de las graciosas expresiones artísticas.

En los días siguientes los paseos por el shapono disminuyeron, pero las muchachas extranjeras siguen explorando cosas de aquella cultura; sobre todo, asuntos relacionados con la familia, con los niños, con los grupos organizados en las secciones en que está dividida la comunidad y otras, que atraen su interés y por las cuales preguntan y reciben respuestas.

Aquella es una actividad en que combinan el interés antropológico, como una actividad para ocupar el “excesivo” tiempo de ocio.

Transcurrió una semana más. Carlos y Erasmito han hecho rutina salir diariamente por los alrededores en busca de cacería menor, siempre van acompañados por Tahawë, Kaopewë y un muchacho de nombre Kosirewë, llamado aiwë (hermano) por Kaopewë. En algunas oportunidades Rafael los acompaña, pero no muestra simpatías por este tipo de actividades. Generalmente son capturados roedores pequeños, conejos, tucanes, paujés y otras aves, que forman parte del nicho ecológico de este grupo social.

En oportunidades, traen pequeños peces capturados en los remansos con nasas pequeñas. De esta manera siempre cuentan con suficiente dotación de provisiones proteicas que acompañan los carbo-hidratos traídos del conuco.

Son comunes los racimos de cambur, topocho y plátano de varias especies colgando en el alero para su maduración o como los topochos, para el consumo sin madurar, así como aguacates, lechosas, piñas, guamas, caña de azúcar y frutos de cacao, que son del agrado de los niños. El pijiguao siempre está presente.

Las relaciones de Haminawë con Erasmo se han intensificado; se entretienen tratando de comunicarse mediante rudimentos idiomáticos aprendidos del otro; en oportunidades, las señas sustituyen palabras o ideas. En general, se han profundizando los intercambios de conocimientos entre ambos grupos.

Como a las 13:30 horas de la tarde de aquel día, Erasmo vio penetrar por la entrada Este de la vivienda, un grupo de personas, al parecer, compuesto por una familia. Un hombre viejo, delgado, desconocido para él; en su mano izquierda lleva un arco y varias flechas; en la cabeza, el cintillo negro de piel de mono que ya es común en la vestimenta de esta gente; en el brazo izquierdo porta un brazalete con plumas negras y blancas entre las cuales van insertas tres plumas de guacamayo. Una mujer, también mayor, camina detrás de él; la acompañaba una jovencita que aparenta unos 14 años de edad que carga un niño, aún lactante, sentado a horcajadas en el lado izquierdo de su cintura, sostenido por un porta-bebé de color del onoto. Otra niña camina también a su lado, pero ésta, más joven, cuenta con cuatro o seis años de edad. Todas van completamente desnudas, sólo las viste un cordel atado en su cintura y dibujos sinuosos y alargados de color negro y ocre, trazados a lo largo del cuerpo y de los brazos.

Detrás del grupo entró también, una mujer joven, de aproximadamente 26 años de edad o un poco menos; más alta que las demás y más morena; su pelo negro y liso no tiene el corte típico Yanomami, cae de manera natural sin llegar a los hombros. Su cuerpo lleva como único vestido, una especie de falda estampada con figuras oscuras ya difusas por el desgaste de la tela y la decoloración; esta falda llega hasta sus rodillas. Igual que la mujer más vieja, porta en su espalda una cesta sujeta a la frente por una cinta vegetal; va cargada de objetos y en su parte superior afloraba un racimo de pijigüao cubriendo el resto del contenido.

El grupo avanzó un tercio, aproximadamente, dentro del patio central, cuando fue alcanzado por Haminawë, quien lo condujo a un espacio vacío ubicado, perpendicularmente, al que ocupa la gente de Erasmo.

Los extranjeros miraron con interés la llegada de los nuevos visitantes; percibieron que lo primero que hicieron las mujeres fue colgar sus chinchorros y seguidamente, preparar dos fogatas en el aposento asignado; también observaron que los miembros de la comunidad no se inmutaron por su llegada. Por la experiencia ya conocida, parece que esa muestra de aparente indiferencia, es parte del protocolo social del anfitrión.

Erasmus, Omaira y Dolores conversaron respecto al común deseo de que el grupo de recién llegados estuviera liderado por Kayupawë, el shapori de yuri kë u, que Haminawë estaba esperando para discutir la posibilidad de viajar a Bishaasi.

En ese momento, Rebeca, quien busca algo en su mochila, interrumpió la actividad para preguntar a su padre:

- ¡Oye papá!... Yo vi el otro día que tenías unas libretas nuevas en el maletín del avión... ¿Tú las tienes todavía?... Necesito una para tomar notas.

Erasmus, en respuesta, sacó un pequeño bolso de su maletín de nailon y extrajo dos libretas gruesas de cubierta fuerte y le entregó una a su hija. Erasmito, quien llegó en ese momento, le pidió la otra, afirmando que la necesitaba para los mismos fines. Erasmus accedió y se la entregó.

Cómo a las 17:00h., Tahawë llamó a Erasmus para que se acercara hasta el frente del alero donde se hospeda el nuevo visitante, quien resultó ser Kayupawë; el joven le informó que hablaría con el *shapori pata* (viejo chamán o viejo curandero). Le informó que el recién llegado habla castellano y le va a informar sobre la situación en Mahekoto kë u (Río Orinoquito, afluente del Orinoco). Carlos y Erasmito acompañaron a su líder, Rafael se quedó en su chinchorro. Haminawë y el recién llegado están en cuclillas, esperando; los napë se agacharon de igual manera, conformando un círculo con ellos. El viejo shapori, de aguda e inteligente mirada, pasó su brazo sobre el hombro de Erasmus y comenzó a hablar en castellano, pero utilizando palabras en su idioma para completar algunas ideas difíciles de elaborar por desconocer su traducción.

El hombre comenzó diciendo:

-Yo tenía casita en Masipoi en Pahana kë u (una casa en el la comunidad de Masipoi en el río Mavaca). Yo estaba ahí con suwëbiyë (esposa), thëëyë (hija) y hekamayë (yerno)... Ihiru de Mahekototheri estaba hariri (niños de la gente de Mahekoto enfermaron)... Shapori

de Mahekoto kë u brujó (el chamán trató de curalos), El he Hariri tikëai (pero él no los pudo curar); Shapori mahekototheri dijo que òka shamatari manda shawara para ihiru hihathobrai (el shaman de los habitantes de Mahekoto dijo que brujos shamatari enviaron espíritus malos a enfermar a los niños), mahekototheri, con batanawëtheri, karohitheri y tayaritheri (se refiere a los miembros de esas comunidades) tomaron venganza y ishous (pelearon) con shamatari de Pahana kë u. Ellos matan gente; mataron con kobeta hekamayë (mataron con escopeta a mi yerno) en Masipoi kë u. Yo fui a Kreipiwë kë u con shoriwë (mi cuñado). Un día ellos flecharon y pata kahiki no kirai (mataron a un viejo) y robaron dos mujeres. Ellos tienen kobeta que napë le dio. Nosotros en Masipoi no tenemos kobeta, sólo shereka (flecha). Yo voy a pelear y flechar a ellos con punta encurarada; pero, primero vine a Yuri kë u (comunidad de Yuri) con aiwë (hermano)-.

El viejo dejó de hablar, se inclinó sobre Erasmo, quien entendió a medias lo que había dicho; lo abrazó ahora de frente y continuó hablando:

-Ahora no tengo hekamayë (yerno); estoy solo... ¿Tú quieres ir allá para que te flechen y te roben tus mujeres y las violen?... Tú no puedes ir allá solo... Yo voy contigo a flechar waika... Pero no ahora. Cuando ellos ya no peleen yo voy. Ahí vengaré a hekamayë... ¡Mira napë!... Tú eres hama (visitante) en Herami kë u... hama huu Yuri kë u (anda de visita a la comunidad de Yuri)... Allá hay mucho kurata (plátano)... hikari (conuco) grande... Allá haremos himou (conversación para acuerdos, intercambios, alianzas, entre otras cosas)-.

Erasmo miró fijamente al hombre, cuyo rostro tenía muy cerca del suyo: le preguntó con firmeza, casi autoritariamente, sin detenerse en la invitación que le estaba haciendo:

- ¿Cuándo podemos ir a Mahekoto... Con padre misionero en Bishaasi?... Yo te doy hacha, machete, anzuelo, motor, kobeta -. El viejo, en respuesta, lo miró fijamente a los ojos.

Capítulo XIII

Aprehendiendo al otro

Dudas de sí mismo

Ha transcurrido una semana desde que la conversación con el viejo shapori de Yuri mostró la realidad de la situación bélica entre los yanomami del alto Orinoco y los del sur del gran río; cuyo teatro de operaciones está centrado, principalmente, a lo largo del río Mavaca. Un viaje por ese territorio, resultaría extremadamente peligroso en los actuales momentos. La comunicación con el gran río es, de manera inevitable, a través del río Mavaca. La situación no permitiría conseguir los apoyos necesarios, durante el largo viaje, de parte de las comunidades locales, ya que serían considerados enemigos por los del Norte.

Erasmo y su gente están claros, las experiencias indican que se trata de un territorio ecológicamente hostil para quienes, como ellos, carecen de los conocimientos necesarios para enfrentarlo con posibilidades de éxito; con la desventaja, que tampoco se cuenta con la suficiente fortaleza física ni genética para soportar solos, las penurias que tal aventura supone. Estas circunstancias les genera una relación de dependencia de los yanomami.

Por tanto, el emprendimiento de este viaje de manera unilateral por parte de los napë, representa un grande y cierto riesgo de que se convierta en un desastre; forzosamente, tendrán que esperar circunstancias más favorables.

Día tras día, un panorama diferente va tomando cuerpo y consolidándose en el grupo: cada uno de sus miembros deviene en actividades que le ocupan el tiempo de ocio, que es bastante, calificado mediante códigos culturales propios. Aún no asimilan la taxonomía empleada por aquella gente para calificar la actitud contemplativa y de reposo, como componentes de igual valor que el proceso mismo de trabajo, que, en circunstancias de baja disponibilidad de recursos, funciona como estrategia para el ahorro en el consumo de

energía y eso, es parte de la armonía con la naturaleza. Para los extranjeros es simplemente “*no hacer*”; algo como “perder el tiempo”.

Las conversaciones vespertinas y nocturnas que se iniciaron de manera trivial en el grupo de Erasmo, son ahora más formales, se transformaron en un ámbito para el debate sobre observaciones diarias relacionadas con el mundo en que inter-actúan, como una manera de conocer para mejorar las vivencias y convivencias.

Los extranjeros, convencidos de las profundas diferencias entre las fuerzas que motorizan las dinámicas de ambas sociedades, conversan sobre la conclusión unánimemente aceptada de que la sociedad a la que pertenecen tiene, como objetivo central, el crecimiento económico constante para el logro de bienes materiales como máxima satisfacción y manifestación de vida; mientras, en la yanomami, al menos lo que han visto, la riqueza material carece de sentido, las satisfacciones son más bien espirituales, centradas en la familia y en la comunidad.

Las confusiones son constantes respecto a los intereses de los miembros de la sociedad indígena; por lo menos han observado que tener o no tener cosas, no representa un objetivo. Por tanto, las diferencias de clases no se basan en lo que para los extranjeros significa la diferencia entre ricos y pobres. No hay afán por acumular bienes materiales: el concepto de poder radica en factores relacionados con el Ser más que en el Tener.

Erasmo emite su opinión al respecto:

-El esfuerzo de trabajo observado está dirigido, exclusivamente, a la consecución de los recursos diarios necesarios para vivir. Todo esfuerzo posterior es un excedente innecesario. Ese tiempo pertenece al individuo y lo emplea en actividades que estrechan y consolidan lazos afectivos en el que lo lúdico y el compartir en familia, es central-

Erasmo percibe también, como complemento de aquella materialidad controlada, un gran sentido de espiritualidad:

-De mis conversaciones con Haminawë he sacado que relacionan la libertad de la naturaleza con su propia naturaleza. Ontológicamente se consideran hombres, únicos y verdaderos... Los únicos y verdaderos hombres... Pero no son amos de nada... Su materialidad es controlada por lo mágico, por lo espiritual, por los fenómenos naturales... Y ellos, a la vez, luchan por controlar esas fuerzas sobrenaturales y mantener el equilibrio... Evidentemente, no hay fronteras definidas entre estas dos dimensiones... Integran un sólo concepto... Viven con los

espíritus... Conviven con ellos como si fueran seres materiales... Intercambian con ellos en todos los actos y bajo todas las condiciones; quiere decir que a la vez que son únicos, son también parte inseparable de otras cosas-

Erasmus continuó su argumento bajo la mirada escudadora de sus interlocutores:

-Dense cuenta de que entre lo material y lo espiritual no hay uno que domine sobre el otro, ninguno es superior, unívoco, parece que tienen la misma jerarquía. Existen los espíritus, unos son buenos y otros malos y como no existe Dios o una deidad hacedora de todo, la lucha se hace pareja, por tanto, las dicotomías entre el bien y el mal se enfrentan en la actividad cotidiana de la lucha por la subsistencia. En oportunidades uno vence y en otras, es vencido. La relación es balanceada; quizás en un equilibrio muy precario y delicado, pero que garantiza la continuidad de la vida...-

-Allá (refiriéndose a su sociedad), la espiritualidad está casi anulada; lo material es causa y efecto, es principio y fin; ha establecido el único orden valedero-

Las repetidas conversaciones con el viejo shapori de la comunidad de Yuri y con Haminawë, le han abierto las puertas de un repentino y desconocido mundo de libertad, de riqueza espiritual, de actitudes diferentes y opuestas frente a la vida; distinto a lo que él ha vivido y reconocido como verdadero y único. Representan valores que van anidando en su mente con desazón y confusión: están sacando a flote sus propias carencias, hasta ahora desconocidas.

Se le está revelando con sutileza y a la vez dureza, la realidad de su propia libertad, de su propia espiritualidad, de su propia existencia, ahora reconocida como débil y escasa, que refleja la precariedad de su vida, sumida hasta el momento en un torbellino de destellos alucinantes que han mantenido obnubilados sus sentidos: sumidos en una ilusión que ahora está calificando como lo que No Es. Continuó con su argumentación:

- ¿Dónde perdimos el rumbo?... ¿Cómo lo perdimos?... En realidad, nunca hemos sido libre... Más bien hemos vivido en una prisión disfrazada de libertad... ¿Dónde está nuestra espiritualidad?, ¿Quiénes somos?... ¡lo ignoramos!... Hemos perdido lo que ellos han conservado... Quizás nunca lo tuvimos, pero creíamos que lo teníamos... He generado dinero, riqueza, pero he construido mi propia prisión con él. Ahora estoy frente a la verdadera libertad y me es difícil comprenderlo y quizás, ni siquiera estoy en condiciones de aceptarla... ¡Que vaina!... Nuestro racismo y nuestra arrogancia nos aliena e impide que veamos lo pobre y decadente en que hemos convertido nuestra condición humana-

- Con seguridad, lo aprendido aquí nos ayudará a vivir mejor allá cuando volvamos: por eso es necesario continuar conversando con ellos. Los viejos son gente muy sabia; son los libros, las enciclopedias de esta sociedad... Tenemos que comprender más; aprender a observar lo que vemos y lo que no vemos-.

La gente quedó pensativa, muchas confusiones; sólo Rafael intervino:

- No sé cual es el rollo, yo no quiero vivir como esta gente, allá tenemos aviones, vehículos, podemos viajar, conocer otras cosas; aquí no se puede hacer más nada que esto, comer siempre lo mismo y hacer siempre lo mismo. Opino que debemos buscar como salir de aquí, lo demás importa poco. Este es un mundo pasado, atrasado, el progreso y la civilización están allá y debemos volver a él-.

Nadie replicó a las palabras de Rafael, ni comentaron sobre su contenido: sólo Rebeca lo miró con detenimiento sin saber distinguir entre lo acertado o errado de aquellos argumentos. Una cosa le ha quedado clara: aquella gente tiene mayores habilidades para aprender que las que ellos han mostrado; quizás, como dice su papá, cuentan con una mente más libre, menos contaminada por una modernidad avasallante. Los adelantos de los yanomami respecto al castellano son superiores a lo que ellos han avanzado respecto al su idioma.

Estrechando relaciones

Continúan pasando los días; Erasmo considera que ha avanzado satisfactoriamente en el aprendizaje del idioma Yanomami: ha podido articular ideas en esa lengua y en oportunidades, en no pocas oportunidades, al nombrar un objeto o una acción, lo ha dicho con palabras Yanomami.

- «A mis patayoma (mujeres viejas) les pasa lo mismo»-.

Sonrió al pensar en esta expresión; peyorativa en su civilización, pero de rango y estatus en ésta.

Ellas también han estado participando en las conversaciones e indudablemente, han aprendido muchas cosas; sobre todo Dolores, a quien ha visto comunicarse constantemente con mujeres de la comunidad, participar en largas conversaciones; la ha visto participar más que a Omaira.

Ha observado vocaciones hasta ahora desconocidas; ha visto la conformación de alianzas y grupos afines entre los suyos y aquella gente. Lo ve bien,

pero desconoce aún las posibilidades, sobre todo de los muchachos, todos solteros, incluyendo a Rafael. Aunque éste ha sido menos comunicativo y ha establecido menos relaciones con ellos. Erasmito y Carlos se han adaptado mejor, se relacionan con más soltura tanto con hombres como con mujeres de la comunidad.

Viene observando también un “acomodo” que, a su parecer, se ha ido consolidando con el paso de los días y de las semanas.

Interrumpió sus cavilaciones al llegar al hogar y ver a Omaira sentada en su chinchorro. La mujer apreció que algo importante estaba pensando, lo conocía muy bien; por ello le preguntó:

- ¿Qué te pasa?... ¿En que piensas? -,

Erasmo le respondió, todavía ensimismado:

- No sé si te has dado cuenta, pero cada uno de nosotros está consolidando un mundo personal, lo cual ha estado generando actividades de interés particular.

- ¿Cómo es eso? -, Preguntó ella.

Erasmo continuó diciendo:

- Erasmito anda constantemente con Kaopewë y ese muchacho llamado Kosirowë... Todos los días salen de rami (cacaería cercana a la comunidad); la muchacha, hija de Añoima, siempre va con ellos... ¿Cómo es que se llama?

- ¡Irasimi! - Contestó rápidamente Omaira.

- Es una muchacha bonita y le gusta arreglarse muy bien; es muy coqueta... Se la pasan pescando también salen a buscar miel de abejas; pero lo que me parece bien, es que veo a Erasmito tomando nota de todo; pareciera que lo de aprender de esta sociedad, lo ha asumido como algo serio-,

-Eso me parece- Contestó Omaira.

Erasmo agregó: - ¡Fíjate!... También en visto eso en Rebeca... Ella y Beatriz se han acercado mucho, antes no eran tan amigas... Bueno, también es que Beatriz le lleva como cinco años de edad. Pero lo bueno es que aquí se han unido; Ellas andan también aprendiendo... Andan con Tahawë pa'riba y pa'bajo...-.

- ¡Bueno!, El les está enseñando mucho - Interrumpió Omaira.

Erasmus siguió exponiendo sus observaciones:

- Vami anda con ellas todo el tiempo; se les une al regresar del conuco con su madre y a veces ellas se van también para el conuco con la mamá.

- ¡Si!, lo he visto y eso me da miedo - Continuó Omaira - Le tengo miedo a una culebra o algo así... Que Dios las proteja de todo lo malo... ¿Te has dado cuenta lo bien que habla Vami el castellano... Realmente es muy inteligente... Pero no sólo ella... Fíjate cómo habla la hermanita de Tahawë... Ekimi; Rebeca les enseña a ella y a los niños... Se saben todos nuestros nombres y los pronuncian clarito-

En este punto Erasmus quedó pensativo por unos segundos; luego retomó la palabra:

- ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?... Por mí cuenta son ya dos meses y medio.

- Realmente faltan dos días para tener los dos meses y medio... Los llevo anotaditos - Replicó ella.

- Lo que quiero decir es que tengo la impresión de que estaba viviendo una vida de fantasía, falsa, y no lo sabía... Aprendimos que los indios son gente atrasada sucios y sin cultura; que ese atraso es consecuencia de su poca inteligencia... Por eso siempre pensamos que traerles la "civilización", los adelantos tecnológicos, nuestra vida moderna, es un acto humanitario necesario; continuamos con el asunto aquel del espejito cambiado por oro...-

- Si, la continuidad de la conquista y la colonia. Aceveró Omaira.

Erasmus continuó:

- En realidad ... Lo que he visto es todo lo contrario, más bien me atrevo a decir que son más inteligentes que nosotros, aprenden más rápido; Haminawë sabe más castellano de lo que yo sé yanomami... Ve como habla Kaopewë... habla clarito... Aunque Erasmito ya habla bastante... bastante bien-

- ¡Tienes razón! - Contestó la mujer, - ¡Ellos no nos necesitan!... Pueden aprender de nosotros y tomar algunas cosas; así como nosotros también podemos aprender de ellos sobre aspectos de la vida que ya ellos han superado y que, para nosotros, continúan siendo un gran problema... Por ejemplo... ¡Fíjate!... Aquí, un muchacho como Kaopewë está siendo entrenado toda su vida sobre lo que va a hacer de adulto y un día, cuando se piensa que

está listo, participa en el ritual de iniciación y se convierte en hombre, sin mayores traumas ni problemas. Hay un momento preciso en que ellos aceptan, psicológicamente, que ya son hombres y deben actuar como tal... Eso mismo sucede con las niñas...-

Omaira continuó su argumento:

-¡Ahora!... En nuestra sociedad; ese momento no se sabe cual es... ¡No existe!... Y nuestros muchachos; la juventud, pasa mucho tiempo perdida; hasta el punto que durante ese período de confusión pueden cometer errores que son determinantes en su vida futura; se aferran a modas, toman posiciones contrarias a la común, en una especie de rebeldía a veces injustificada y en la mayoría de las veces caótica.-

Seguidamente, la perpicaz mujer se levantó de la hamaca concluyendo:

- ¡Bueno!... Con esto cierro el tema... Voy a ver que podemos comer hoy... ¡Pero hablando de eso!... Lo que podemos hacer es que de noche, cuando estemos conversando, hablemos también sobre nuestras impresiones particulares, ¿Qué te parece?-.

Erasmus respondió:

- ¡Es una buena idea!

Omaira se adelantó y se acercó a Dolores, quien está llegando acompañada de Payekeima, una mujer de la comunidad con quien ha entablado amistad.

Tanto Dolores como su amiga, traen en sus manos pedazos de hoja de platanillo, donde reposan insectos asados y trozos de ocumo blanco sancochados.

Todos han estado comiendo sin la regularidad habitual de la ciudad; están perdiendo el hábito de las tres comidas diarias. En eso actúan como los yanomami; comen cuando lo desean, no hay formalidad; van "picando" todo el día; lo que les impedía acumular excedentes de nutrientes en el organismo, que se manifieste posteriormente en la temida gordura. Sin embargo, la idea de las tres comidas fuertes aún predomina.

La tarde pasó con la tranquilidad habitual, cerca de las 17:00 horas, Erasmus vio llegar a su hija acompañada de Beatriz y Vami; aparentemente, venían del río; sus cabellos están mojados. Las mujeres extranjeras visten pantalones muy cortos, tipo yín; en la parte superior del cuerpo llevan el sostén del traje

de baño tipo bikini. Hace días que este es el estilo de su vestimenta; en los pies, calzan zapatos deportivos.

Vami por su parte, viste el pequeño delantal tejido en algodón y pintado con onoto, que llaman *pirissi*. El resto de su cuerpo está totalmente desnudo; sus nacientes senos se perfilan como complemento de una belleza que puede calificarse de hermosa; de sus orejas perforadas, como siempre, penden flores de distintas especies; ahora lleva unas de grandes pétalos color amarillo y en su nariz y comisuras de los labios, las pequeñas varillas de madera colocadas en los orificios abiertos para tal fin; bajo sus rodillas, por encima de las pantorrillas, lleva atados cordeles de algodón. Su cuello siempre está adornado con un collar de varias vueltas, construido con mostacillas rojas.

A su lado, tomada de la mano de Rebeca, camina Ekimi, la hermana menor de Tahawë; sólo la viste un cordel alrededor de su cintura y las mismas ataduras por encima de la pantorrilla, las cuales lleva también alrededor de los tobillos.

El grupo siguió de largo, en dirección al hogar de la niña Ekimi.

Un poco más tarde, como a las 17:30 h., llegó Erasmito con su grupo de Kaopewë, Kosirewë y la joven Irasimi; traían una sarta de peces insertados en un bejuco. Repartieron este producto entre los cuatro y cada uno tomó el rumbo hacia su hogar; se notaba que se bañaron en el río; detrás de ellos y por la misma puerta Este, Carlos entró acompañado de Waimi, la hija del viejo shapori Kayupawë; también traen una sarta de peces.

La muchacha cubre su cuerpo, de la cintura hacia abajo, con la especie de falda que acostumbra llevar. Erasmo le calculó unos 26 o 27 años de edad, de cuerpo esbelto y sin grasa visible, senos bien formados y firmes, indicativo de que nunca ha amamantado. Una graciosa sonrisa que combina con una mirada profunda completa su atractiva sensualidad. Su hermosa presencia se adorna con andar majestuoso. En el centro de su pecho desnudo, se cruzan dos gruesos rollos de hilos de algodón teñidos con onoto. De sus lóbulos perforados, penden flores recién cortadas, la misma especie que las que luce Vami.

Waimi es más alta que el promedio de las mujeres vistas hasta ahora, que debe ser como de 1,40 m., aproximadame; ella debe medir como 1,60 m., y su piel es más oscura; sus rasgos faciales, aunque igualmente mongoloides,

muestran ciertas diferencias que los atenúan, quizás es el producto de un posible mestizaje. En conjunto, Waimi es una mujer hermosa, de acuerdo al concepto de belleza occidental.

Ejercicio de Antropología

Caída la noche, los miembros del hogar de Erasmo cenaron abundante y variado; retirados los amigos, Erasmo, sentado en su chinchorro, le pidió a sus compañeros que se sentaran a su alrededor y comenzó diciendo:

- Veo con agrado que están acumulando experiencias y conocimientos con esta gente; ahora me gustaría que cada uno de nosotros pudiera explicar de manera sencilla y resumida cómo interpreta lo vivido y cómo piensa que deberíamos conducirnos. La intención es que estas argumentaciones podamos analizarlas para evitar errores y relacionarnos mejor, tomando en cuenta que aún debemos permanecer con ellos, hasta que se normalice la situación que ustedes ya saben... ¿Quién quiere comenzar?-.

Todos se miraron, saben a lo que se refiere Erasmo. Rebeca levantó la mano; su padre le cedió la palabra y ella comenzó:

- He tomado muchas notas relacionadas con la familia, su organización, ¡Bueno!... Primero pregunté lo que quiere decir yanomami... Algunos me dijeron que no sabían... Me pareció que el significado no es importante para ellos... Pero otros dijeron que es la gente que vive como ellos. Un viejo del lado de allá me dijo que Yanomami se llama a los hombres que son hijos de la luna... También averigüé que lo más importante es la unidad familiar; que una familia grande es muy importante... hay familias como las de nosotros... padre, madre e hijos; pero es más importante la familia grande, la que incorpora tíos, suegros y demás, da mayor poder político...-.

Rebeca se detuvo buscando las ideas; luego continuó:

- He observado varios niveles... El nivel más pequeño es la familia básica, es decir, padre, madre e hijos... Hay un segundo nivel, el de los suegros del hombre; es decir, los padres de la mujer... Estos suegros, me parece, tienen autoridad sobre el esposo de la hija, o sea, sobre su yerno. También son importantes las hermanas de la madre de la esposa, o sea, las tías... Pero hay también otro nivel, que no entiendo bien todavía... Este conecta a abuelos, tíos, hermanos, primos, etc., con otro grupo de la misma familia, que viven en otras comunidades y con quienes mantienen relaciones... Ahora bien-

La muchacha detuvo su exposición y sonrió; seguidamente preguntó:

- ¿Me expliqué bien?

Erasmito, bromeando, respondió:

- ¡Nooo maestra, repita por favor!

Omaira Intervino:

- ¡Sigue!... ¡Sigue!... ¡Vas bien!

La muchacha continuó:

- Todos estos niveles están conectados y se apoyan unos a otros... Funcionan como especies de linajes; parece que mientras más grande es el linaje, más importancia política tiene la familia... Me dijeron que en esta comunidad de Herami hay cuatro linajes; La gente de un mismo linaje, no puede casarse entre sí, o, mejor dicho, no deben hacerlo; buscan pareja en otro linaje; que puede ser en otra comunidad-.

Omaira, interesada, preguntó:

- ¿Cómo hacen para escoger la pareja... Dónde se conocen?

Beatriz contestó:

- Eso lo preguntamos; nos dijeron que hacen visitas a comunidades amigas y ellos vienen también. Durante esos encuentros, las parejas se conocen y se establecen las relaciones y los compromisos... ¡Claro!... Las visitas no son sólo para eso; ahí se establecen muchos tipos de alianzas y acuerdos de apoyo; entre ellos, los matrimonios sirven para consolidar esos acuerdos. Eso es, más o menos, lo que he sacado en claro; bueno... sé que falta mucho que averiguar y aclarar-.

En este punto, Dolores solicitó intervenir:

- Para completar lo que dice Rebeca, Payekeima me dijo que cuando un muchacho le gusta una muchacha, habla con su papá y luego tiene que trabajar para él durante un tiempo... Es como una especie de dote... pero materializado en un servicio... una vez cumplido, se puede llevar a la muchacha... Por eso no hemos visto más a Henawë y a Tattuwë, ambos están en Yuri kë u prestando servicio a su shoayë (suegro) y a su yesiyë (suegra).

Rafael levantó la mano en señal de solicitar su turno para hablar:

- Perdonen que les pregunte... No entiendo para qué es todo esto, nuestra atención debe centrarse en salir de aquí. Particularmente, esta vida pertenece al pasado del hombre, y hace bastante tiempo que pasó. No me veo viviendo así; la modernidad ya superó este estado y no

hay vuelta a tras. En realidad, me parece una vida sucia, primitiva, eso de andar desnudo. Me he enterado que mueren muchos niños los primeros días y semanas de su nacimiento, tienen enfermedades que, en nuestra sociedad, se curan con facilidad. Pensar en esta vida como viable, lo considero retroceder en el tiempo-.

En este punto hubo cierto desorden, muchos quisieron intervenir, Erasmo pidió calma y respetar las reglas para las intervenciones.

Dolores reclamó que no ha terminado su intervención, por tanto, solicitó su derecho de continuar y le fue concedido.

- Respecto a lo que dijo Rafael, estoy de acuerdo con que es un estilo de vida que fue superado por la modernidad en la mayor parte del mundo. Pero, no estoy segura de qué, aún con lo que se vé, la vida moderna sea mejor que ésta. Lo digo, porque pienso que, si ellos no han evolucionado socialmente hacia la vida moderna, es porque no lo han necesitado. Lo digo, porque, como nos hemos dado cuenta, son uno con la naturaleza que los rodea y para que la selva, los animales, el ambiente en general estén tan intactos, es necesario una vida sencilla, que no contamine ni destruya como lo hacemos nosotros con nuestra modernidad. Con lo poco que he aprendido de ellos, ahora tengo dudas sobre la viabilidad en el tiempo de nuestra sociedad... ¡Concluyo mi exposición!-.

Todos hicieron silencio, pensando en lo expresado por los últimos que intervinieron. Erasmito tomó la palabra evadiendo con bromas el conflicto teórico-filosófico que estuvo a punto de comenzar.

- ¡Bueno!... ¡Chévere!... Como tenemos que atender la invitación que nos hizo Kayupawë para visitar Yuri; ahí aprovecharemos para buscarle maridos a las solteronas éstas de Rebeca y Beatriz... ¡ah!... y allá dejaremos a Carlos pagándole servicio al shapori para casarse con Waimi-.

¡Además papá!... Eso sería burda de fino!... ¡Imaginate!... No tendríamos que hacer ese gasto con Rebeca... Ni vestido... Ni fiesta... Ni nada... Yo no tendría que ponerme esmoquin... ¡Además!, Podemos aceptar algunos racimos de plátano a cambio... La entregaríamos con todo y chinchorro y ya-.

Las risas fueron generales, pero fueron interrumpidas por Beatriz:

- ¡Deja la jodedera vale!... estamos hablando en serio... ¡Además!... Otra cosa que averiguamos es cómo escogen los nombres para los niños... Pero hay otra cosa... ¡Bueno!... Eso ya ustedes lo han visto... No llaman a sus familiares por sus nombres sino, con los términos de la relación familiar que los une-.

- Eso se llama “parentesco” -, aclaró Erasmo,

- ¡Okey!... ¡Eso!... Por ejemplo, llaman a la esposa: “esposa”, al primo: “primo”, al cuñado o cuñada por su respectivo término. Pero hay algo muy importante, que nos tenía confundidas y pudimos aclararlo un poco; por ejemplo, una persona llama “papá” a su papá y llama también “papá” a su tío y al esposo de la hermana de su mamá, o sea, al esposo de su tía... ¡Bueno!... Primero nos pareció un enredo que ya vamos entendiendo-

Rebeca continuó el argumento: Más allá no hemos explorado; pero me he dado cuenta que utilizan el mismo sistema para nombrar a hermanos y hermanas. Llamen “hermano” y “hermana” a sus primos y primas... Esto no es tan fácil entenderlo; en el primer momento no podía verlo, pero ahora lo tengo un poquito más claro. Los llaman “hermanos” o “hermanas” y, de hecho, los consideran así... Es decir, que, entre esta gente, no sólo son hermanos, o mamá, o papá, los que tienen la relación consanguínea directa, sino también, otros que son clasificados de esa manera-

Dolores intervino nuevamente:

- También me he dado cuenta que ellos saben con quien de la familia no pueden casarse y así evitar incesto... Esto aun no lo manejo bien; al parecer, tiene sus complejidades; pero Payekeima nos lo está explicando poco a poco-

Omaira completó:

- En lo que se refiere a lo funcional de las relaciones, he visto que algunos se preocupan por unos niños que no son sus hijos, pero los cuidan como si fueran como si lo fueran. Parece que hay ciertas obligaciones según el parentesco...

- ¡Si! - Respondió Rebeca. - Esas relaciones generan responsabilidades: por ejemplo, a todos a los que una persona llame “papá” le deben respeto y ellos, a su vez, asumen responsabilidades familiares como si realmente fueran el padre. Sobre todo, en la educación de los niños; en esto la hermana de la madre tiene autoridad sobre los hijos de ella.

Beatriz intervino:

- Hablando de los niños, quiero decirles algo que deben tener en cuenta cuando anden por ahí... A los bebés no se les debe tocar... Los consideran muy vulnerables y piensan que un extraño les puede robar el alma y entonces el niño muere... Los bebés no tienen nombre... A través del nombre se les puede hacer daño, porque el nombre forma parte de su espíritu; por eso se lo ponen cuando el niño tiene como 2 o 3 años de edad; cuando se considera que sobrevivió la etapa más peligrosa-

Omaira le preguntó a Dolores:

- ¿Entonces?... ¿Cómo es eso? ¿Cómo escogen los nombres?... ¿Qué significan? -

Rebeca inició la respuesta a las interrogantes de su madre: - ¡Bueno!... Lo que he sabido es que lo sacan de cualquier cosa, de la naturaleza, del tiempo, de cualquier cosa que pase o resalte en el momento del nacimiento o días posteriores. Además, el niño al nacer, se le vincula a un animal; el cual es como su protector espiritual...-

- Ahora, los nombres también tienen su regla fonética. Los nombres de los varones terminan en “wë” y los de las hembras terminan en “ma” o en “mi”. Por ejemplo: si a una niña le ponen el nombre de “brisa” que es “huriñ”, se llamaría “Huririma” o “Huririmi”; si se va colocar a un varón se le llamaría “Huririwë” ... ¿entendieron?

Todos contestaron espontáneamente y al unísono, emulando a Erasmito:

- ¡Siiii.... maestra! -.

Se rieron por un rato, les pareció una graciosa coincidencia, Dolores, riéndose también, les dijo:

- ¡Necios!... ¡No toman nada en serio! -

Erasmo tomó la palabra y opinó:

- Quiero felicitar a Rebeca, a Beatriz y a Dolores, porque ellas han expuesto los hechos que han observado sin calificarlos y aplicarles juicios de valor... ¡Vean!... Uno de los problemas de nuestra sociedad llamada “occidental”, es hacer creer que nuestro estilo de vida es el mejor, que todos los demás pueblos del mundo deben imitarla y tomarla como patrón, por lo tanto, el objetivo es que deben llegar a ser como son sus naciones más representativas-

Quedó en silencio por unos segundos y prosigió:

- En este sentido, se estableció como una escala de valores que va de “cero” hacia arriba... Vamos a ver... Es como una pirámide. Arriba, en la punta, en el vértice, están las sociedades consideradas por ellos mismos las más adelantadas, avanzadas o desarrolladas y hacia abajo, se van ubicando las consideradas atrasadas, subdesarrolladas o lo que uno oye decir constantemente y de manera eufemísticas, “en vías de desarrollo”. En esta escala, supongo que sociedades como la de los Yanomami, están en la base de la pirámide, es decir, en el sitio más bajo-

- A todos los pueblos del mundo se les obliga a seguir esta línea ascendente, que, como vemos, en la cantidad de sociedades, se van reduciendo en la medida que se asciende en la pirámide. Pero, el asunto es que las que están en la cúspide se erigen como rectoras y controladora de lo que debe ser y obligan a las demás abajo, a aceptarlo, inclusive por medios violentos, la guerra y la agresión. Ahora pienso que la cúspide de la pirámide nunca será alcanzada por las que están abajo. De esta manera, a las sociedades como ésta, con sus reglas sociales, con su organización, etc., que permiten que la naturaleza exista en todo su esplendor, se les condena a desaparecer o se les extermina intencionalmente. De esas calificaciones surgen tantos complejos alienantes que se nos inculca por medios propagandísticos para que lo aceptemos pasivamente-

- ¡Por eso felicito a las mujeres por su intervención de hoy: porque están tratando de aprender, de conocer sin calificar como malo o bueno. De esa manera pueden acercarse a valores distintos, aunque les parezcan raros; con el respeto que merece lo que dijo Rafael, que es una manera de ver las cosas-

Erasmus se detuvo unos segundos; sentado en su chinchorro, se acarició la barbilla con su mano derecha; los demás observan callados, tratando de abarcar la totalidad de las ideas que ha expuesto. El hombre levantó el rostro y continuó con su argumentación:

- Lo que ellas han dicho de manera sencilla, demuestra que la cosa es más compleja que lo que habíamos creído y que, si lo tratamos con simpleza, nos alejaríamos de la realidad que intentamos conocer... Esta pretensión de creernos el centro y la cúspide del Ser, ha justificado intervenciones, conquistas, invasiones, dominaciones, guerras, genocidios etc; que han concluido siempre, en esclavitud y destrucción de culturas

...Por lo que estamos viendo aquí y lo que he aprendido también de mis conversaciones con Haminawë y Kayupawë... Este pueblo tiene su fisonomía propia; sus propios derechos, su moral, su espiritualidad y leyes propias que rigen el comportamiento de sus miembros... Cambiar eso sería destruirlos y destruir tantas cosas que ellos saben y que nos pueden enseñar...

... Los yanomami son una realidad propia... Por tanto, traten de saber, de conocer sin juzgar, sin calificar, sin determinar lo que les parezca normal o no ... Eviten estar comparando... Tampoco traten de cambiar nada... Evidentemente este sistema de vida funciona y debe seguir así, hasta que ellos decidan lo que debe cambiar... De esa manera podríamos acercarnos mejor a la realidad, aunque pronto tengamos que dejarla, pero una cosa es cierta, nuestras experiencias aquí nos servirá para mejorar nuestra vida futura en Caracas-

Todos aplaudieron el discurso de manera espontánea, seguidamente Carlos dijo:

- ¡Fuera de mamadera de gallo!... Eso es muy serio... Es verdad lo que dice Erasmo; creo que tenemos que evaluar las conexiones de cada hecho, de cada costumbre, para ver su funcionalidad y su razón de ser; aunque pienso que las cosas son más complejas que eso... Siempre me hablan de espíritus, de hekura (espíritus), que están en todas las cosas, en los ríos, en las piedras, en el agua, en el viento y eso también determina su manera de pensar y de comportarse-

Rafael intervino nuevamente:

- Bueno, pido disculpas por irme a la ligera, pero me gusta ser más práctico y buscarle sentido y función a las cosas; he estado averiguando sobre las maneras de producir. En realidad, tienen un sistema económico totalmente diferente al nuestro y ahí le doy la razón a ustedes; no se ve interés por acumular riqueza, de tener cosas, como sucede con nuestra sociedad... Inicialmente pensé que era un sistema atrasado; pero por lo que han dicho, ahora pienso que si acumulan riqueza comenzarán a producir para negociar y eso lleva a que destruyan todo. Realmente estoy de acuerdo con lo que dice Erasmo... que debemos ser cuidadosos en no calificar; debemos tratar de ser neutral; es la única manera de saber, de comprender, para poder respetar. Realmente me expresé mal, disculpen-

Rafael terminó y Erasmito tomó la palabra:

- Ya! ¡Ya!, ¡no vayas a llorar, te perdono!!! ... y no lo vuelvas a hacer o te daremos pam! pam! También digo que pronto veremos a uno aquí, prestando servicio marital a un suegro... Lo veo y no digo quién es.

Todos rieron, menos Carlos, él respondió:

- Déjate de ese vaina carajito... Ella me está enseñando a pescar, nada más,

Sonrió picarescamente. Omaira dijo a todos:

- ¡Bueno señores!... La conversación está muy buena, pero ya yo tengo sueño... Y estamos haciendo mucho ruido; mañana será otro día.

Dicho esto, se dirigió a su chinchorro, se sentó en él y se puso a avivar el fuego de la fogata; apartó una rasha para que no se pegara al fuego directo y tomó una de varias que estaban asadas y puestas sobre una hoja de plátano; se recostó, subió sus pies y se pudo a pelar el fruto para comerlo.

Erasmo sugirió que ese tipo de conversación debería ser una práctica todas las noches. A todos les pareció bien la sugerencia y se fueron retirando

a sus sitios de dormir. Son aproximadamente las 21:00 horas de aquel día cualquiera.

Erasmito replicó al momento que se dirigía a su chinchorro:

- ¡Bueno!... Es una manera de tener una ocupación en las noches; me hace falta mi tablet.

Capítulo XIV

La cotidianidad

Una nueva aventura

Los días y las semanas van pasando en aquella rutina, a veces pesada, por el No hacer y, a veces, por la intensidad del Hacer. Aquel día aún no había amanecido, cuando los extranjeros oyeron la voz de una mujer llamando en las proximidades del alero de su residencia:

- ¡Dolores!... ¡Dolores!... ¡Ven a pescar!... ¡Vamos!... ¡Vamos!

Era Payekeima invitando a la aludida, quien se incorporó en su hamaca y observó a su interlocutora frente al alero. Con ella, estaban otras mujeres; identificó a la esposa de Haminawë, vio también a Waimi, la hija de Kayupawë; estaban también Vami y otras muchachas y muchachos. Omaira también se levantó, dispuesta a acompañar a lo que pudo suponer como una partida de pesca; necesita hacer algo diferente. Vami llamó a su amiga Beatriz invitándola en correcto castellano, ésta respondió:

- ¡Voy! -

Seguidamente se levantó también Rebeca, reconociendo en aquella actividad, por lo que había oído, una variación de las actividades pesqueras que se realizan en las cercanías de la comunidad. Ésta, con seguridad, será una buena experiencia, además, un entretenimiento interesante.

Las mujeres se lavaron y comenzaron los arreglos personales para la nueva aventura, que, según lo conversado con otras mujeres, se realizará en una laguna distante.

Los hombres de la comunidad no manifestaron interés en sumarse a la numerosa partida, quizás porque lo consideraron una actividad para mujeres y niños; esa posición fue extensiva a los hombres del grupo.

Eran las 06:30 h., cuando Rebeca miró su reloj, tomó su gorra y salió; lleva una toalla sobre el cuello y el resto de su atavío lo integran un pantalón corto tipo yin, el sostén del traje de baño y sus zapatos de deporte. Beatriz, viste de igual manera; Dolores y Omaira llevan también pantalones cortos y camisas sobre el traje de baño y, como aquellas, una toalla sobre los hombros.

Erasmus se sentó en su chinchorro a presenciar los preparativos; no deja de aconsejar sobre el cuidado que deben tener en todo momento, además de recomendarles el regreso temprano para evitar el ataque de los mosquitos vespertinos.

Waimi, quien ya habla castellano con mayor claridad, se acercó a Rebeca y le informó sobre el itinerario:

- Vamos a laguna que está arriba del río; allá pescaremos todo el día, volveremos cuando el sol baje.

Los niños llevaban arcos y flechas pequeñas que parecen más bien, varillas extraídas de hojas de palmera; las mujeres portan diferentes tipos de cestas y trampas para la captura y algunos anzuelos, cuchillos y machetes.

Caminaron cercan de una hora por un camino húmedo y ligeramente ascendente; bordearon unas rocas y a partir de ese momento, comenzaron a oír el ruido del río al bajar por un pedregoso cauce. Beatriz observó la composición del grupo, van ocho mujeres, dos de ellas llevan sus bebés en portabebé típicos, ambos tienen, aproximadamente, un año de edad; van también ocho niñas con edades entre cinco y quince años, incluyendo a Vami y Ekimi, la hermanan de Tahawë; dos jóvenes de mayor edad, una de ellas es Waimi y la otra con edad cercana a los veinte años. Observó también que en el grupo marcha la esposa de Kayupawë y varios niños cuyas edades oscilaban entre diez y catorce años.

Unos 30 minutos más tarde llegaron a la orilla de una laguna de mediano tamaño; Omaira estimó unos 25 m. de ancho y unos 30 m. de largo. Se formó sobre una explanada rocosa, como ensanchamiento del cauce de una corriente que sale del río principal y que sigue su curso por el lado izquierdo de la corriente. Se trata de un pequeño caño de 1 m. de ancho, se amplía sobre la gran laja y termina en tres desagües; el más grande desemboca en el río, los otros dos siguen otros caminos que los alejan e internan en el bosque cercano rumbo a un morichal que se observa como a 100 m. más abajo.

La orilla por donde arribó el grupo está despejada de vegetación, con una amplia playa de arenas blanquecinas y piedras desnudas; decenas de mariposas amarillas y blancas posadas sobre la orilla revolotean alarmadas por la presencia de los extraños.

Las mujeres yanomami conversan y dan órdenes a los muchachos. Vami y otras jovencitas se dirigieron a unos arbustos cercanos, tomaron hojas de palma y comenzaron a construir especies de paños de unos 80 cm. de ancho por 50 de alto. Al rato, otras mujeres se sumaron a la construcción de tales instrumentos, los cuales serán utilizados en la actividad de pesca. Dolores y Omaira aprendieron con rapidez la elaboración del tejido; Waimi se acercó a Rebeca y Beatriz y les explicó:

- Lo que ellas están haciendo, se llama masiko; sirve para espantar peces y también para cerrar el paso por donde huyen-.

Efectivamente, las muchachas napëyoma observaron como tres de las mujeres se introdujeron en la laguna y avanzaron, cada una por uno de los pequeños caños de desagüe: penetraron unos 2 m. adentro y colocaron sus pantallas de manera de red para trancar el paso a cualquier cosa que avance por esas corrientes.

Omaira y Dolores se sacaron sus pantalones y blusas y se introdujeron en las frías aguas para apoyar al cerco que las mujeres forman con sus masiko, pero con instrumentos más pequeños, junto con otras mujeres y niñas, empujan los peces dirigiéndolos hacia los canales obstruidos y poderlos atrapar.

Rebeca observa el movimiento y la disposición y comprendió la estrategia. Seguidamente, se quitó el pequeño pantalón, el sostén del traje de baño y se integró al grupo con el masiko que la hermana de Tahawè le enseñó a construir. Le pareció agradable la experiencia de su casi total desnudez; realmente era algo que quería hacer; sobre todo en los momentos de los baños en el río, donde el pudor cultural le había impedido comportarse como las mujeres de la comunidad.

Las yanomami vieron la acción de la joven y le prestaron poca importancia. Dolores hizo señas a Omaira, ésta volteó y miró a su hija, pero siguió en su labor sin opinar; le extrañó, pero no le sorprendió, lo esperaba como un contagio normal. Beatriz quedó momentáneamente sorprendida por la iniciativa de su amiga, dudó en imitarla, pero definitivamente, la siguió; experimentando también, la sensación de mayor libertad.

Los niños tampoco prestaron atención a la acción de las extranjeras; para ellos, los senos de las mujeres no tienen el significado erógeno que se le da en la sociedad occidental. Continuaron en su actividad de intentar cazar peces con sus pequeños arcos y flechas, para ello, caminaron hacia unos remansos que se forman a los lados de una de las corrientes que entra a la laguna. Uno de ellos subió a un árbol y desde una rama que avanza sobre el agua, asumió la posición de observador de los movimientos de los peces, con su arco armado y listo para disparar.

Las mujeres fueron cerrando el cerco sobre la desembocadura a los tres pequeños caños. Payekeima realizó un movimiento rápido, se incorporó con un pez moviéndose en sus manos, rápidamente lo mordió con fuerza en la cabeza y lo lanzó a la orilla.

- ¡Hatete! -, dijo entre risas.

Las mujeres comentaron y rieron, realmente se están divirtiendo con la actividad; hablan y se rien entre ellas; hacen chistes que las extranjeras aún no comprenden. Ahora, la alerta la dio una mujer que lleva a su hijo colgado en la espalda y sujeto a su cuello; ella gritó:

- ¡Epaepami! -

Igual que Payekeima, mordió la cabeza del animal y lo lanzó a la orilla y siguió en su labor. Omaira gritó al sentir un movimiento entre sus manos; intentó atrapar al pez, pero éste se escurrió entre sus dedos y escapó; las mujeres rieron por un rato e hicieron comentarios chistosos a su cuenta. Ahora tocó el turno a Rebeca, sintió el pez entre sus piernas y lo atrapó; al sentirlo seguro entre sus manos, se levantó y gritó:

- ¡Agarré uno! ... ¡Agarré uno! -

Seguidamente, cerró fuertemente sus ojos y lo mordió en la cabeza; la sensación del sonido al romper el cráneo del animal, le resultó desagradable.

Dolores pudo capturar un pez de unos 25 cm. de largo, lo tomó con las dos manos y gritó, pero no se atrevía a morderlo para matarlo. El animal lucha por escapar y estaba a punto de lograrlo, cuando una de las mujeres lo sujetó fuertemente y con rapidez lo mordió paralizándolo, hecho esto lo devolvió a

Dolores. La misma mujer cedió gentilmente a Dolores una especie de cesta con la que había capturado varios peces; le dijo:

- ¡Warama! -

Dolores le dio las gracias y hundió la cesta en el agua, tal como había visto hacerlo; seguidamente, hizo varias capturas que la emocionaron y se los entrega a Payekeima, quien se encarga de morderlos para matarlos.

La pesca continuó con buena productividad; los peces, en su intento de huir del cerco, se meten en los canales de desagüe, sin embargo, solo podían nadar 2 m. antes de toparse con la trampa y unas manos hábiles que los capturaran.

Progresivamente, uno tras otro, fueron capturando distintas especies. Los niños, utilizando sus arcos y flechas, cazaron peces de mayor tamaño. La pesca se desarrolla con alegría, en realidad era una manera de divertirse y, a la vez, producir para la subsistencia. Las extranjeras están emocionadas y entusiasmadas; no imaginaban que tal actividad fuera tan divertida; una especie de juego productivo.

De repente una mujer gritó:

- ¡Yahetipa!... ¡Yahetipa! -.

Soltó la cesta que tenía en la mano y corrió fuera del agua. Las extranjeras se alarmaron.

- ¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?... ¡Payekeima!... ¿Qué pasa?-.

Preguntó Omaira.

La mujer respondió - ¡No sé cómo napë lo llaman!... ¡Yahetipa no es pez!... ¡Es muy malo! -.

En eso llegaron los muchachos al sitio donde se había sentido el animal; las extranjeras, por su parte, salieron del agua, nerviosas. Sin embargo, para su asombro, observan como los muchachos, Waimi, Vami y las mujeres que no cargan bebé, se metieron nuevamente al agua y formaron una cadena, tomándose de las manos.

Uno de los muchachos, el que estaba en el extremo de la cadena, entre gritos, chapoteó con las piernas y brazos, los demás ríen con entusiasmo. Las extranjeras están extrañadas, no saben que está pasando, de qué trata lo que parece otro juego.

De repente, las napëyoma, que no están unidas a la cadena, observan como un estremecimiento recorrió al grupo que está en el agua y las risas y gritos se multiplicaron; luego, un nuevo estremecimiento y nuevos gritos y risas; el chapoteo se intensificó. Al fin comprendieron lo que sucedía, están recibiendo descargas eléctricas de una anguila.

Las napëyoma no salen de su asombro. Rebeca se repuso de la sorpresa y quiso probar la experiencia y se sumó a la cadena; la nueva descarga le recorrió el cuerpo, haciendo que se soltara de la cadena después de emitir un grito, pero inmediatamente se unió de nuevo al grupo.

El juego continuó y entre risas recibieron nuevas descargas eléctricas cuya fuerza fue disminuyendo hasta perder el interés de los jóvenes.

Ya fuera del agua, encendieron fogatas y dispusieron algunas piezas para el asado; algunos muchachos trajeron dos racimos de pijigüao que fueron puestos sobre el fuego para su asado.

Pasaron casi cuatro horas; la actividad continuó luego del incidente con la anguila; los roles cambiaban entre captura y bloqueo. Los niños trajeron sus productos; todo se alineó en la orilla, para su embalaje y distribución.

Algunas mujeres salen del agua a descansar y luego regresan a la actividad. Sobre todo, las que tienen niños, salen para calentarlos o alimentarlos.

Waimi, en conocimiento del interés de sus amigas napëyoma por aprender sobre los yanomami, aprovechó que estaban sentadas sobre unas piedras secándose al sol, para explicarles. Les mostró una de las puntas de flecha con aspecto de arpón que utilizaron algunos los muchachos de mayor edad, les dijo:

- Esta punta es atari y éstas-Son ruhumasi (especie de varillas), sirven para pescar peces pequeños.

Ya algunas mujeres y jóvenes, han salido definitivamente del agua; Omaira y Dolores permanecen en la laguna; la actividad y el aprendizaje de las técni-

cas las emocionó mucho. En la orilla, una de las mujeres estaba alineando los peces, uno al lado del otro; Waimi identificó las especies para las extranjeras:

- Este es Ayukurami, en Bishaasi le dice arenque; éste, Epaepami, es una “bobita”; este es Hatete, un “bocón”; este es Henonima, mismo “curito”; este es Hutosikoima, una “doncella”; este es Inaiwami, llamado “bocachico”; este es Kasiuhutitirimi que es un “coporo”; este es Kuma, “guabina” allá en Bishaasi; este que pescó muchacho se llama Maamayhiporewë, es mismo “curbinata” y esta es Pushipe, “viejita”.

La producción ascendió a unos 80 peces capturados por las mujeres y 5 cazados por los niños con sus flechas. El tamaño de las especies osciló entre 10 y 35 cm. de largo.

Las mujeres los destriparon con sus dedos y lanzaron las vísceras y otros restos al agua; cada una reconoció lo que capturó y lo tomó libremente, esto mismo hicieron las mujeres extranjeras. Waimi les enseñó a hacer una sarta con todo lo capturado por las cuatro mujeres.

Lo normal es lo que todos hacen

Eran como las 15:30 horas; Omaira, después de comer suficiente, manifestó a sus compañeras su deseo de regresar; todas asintieron y se prepararon para el retorno. En eso, sintieron voces de gente que se acerca corriendo, las yanomami intentaron esconderse temerosas que fueran enemigos pero resultaron ser Tahawë acompañado de Carlos, Kosirewë y un joven de nombre Rerepewë. Todos llegaron con sus arcos y flechas; inclusive Carlos trae en sus manos un arco grande con tres flechas y se sorprendió al ver a Rebeca y Beatriz luciendo sus bellos senos sin ningún pudor; él mismo se sorprendió por lo natural como lo tomó una vez reepuesto de la sorpresa. En realidad, le pareció como lo correcto; los otros indígenas, a juicio de las mujeres, no prestaron mucha atención al hecho.

Carlos dijo:

- Allá nos dijeron que debíamos venir; que las mujeres no deben andar solas por huriji (selva). Los enemigos pueden andar cerca; vinimos a acompañarlas; ya yo venía medio nervioso, porque se estaban tardando bastante.

La partida recogió el producto de su pesca y emprendió el regreso a la comunidad.

Omaira se dirigió a Rebeca cuando observó su intención de no cubrir sus senos, para volver.

- ¿Vas a regresar así?... ¿No te vas a poner el sostén? -

- ¡No!... Veremos qué pasa, qué dice mi papá... aquí lo anormal es andar vestida... tapada... Ellos me ven mejor así. Contestó la muchacha.

Beatriz manifestó:

- Yo digo lo mismo, veremos si me acostumbro... Pero es hora de romper con algunos prejuicios y tabúes.

Acto seguido, iniciaron la caminata con Carlos y Tahawë en la retaguardia y los otros en la vanguardia.

El regreso fue más rápido, impulsado por la velocidad que Rerepewë impulsó a la marcha. Como a las 16:30 h., arribaron a la comunidad. Erasmo quedó perplejo al ver a su hija y a Beatriz con el torso desnudo; ambas muchachas entraron al recinto y colocaron los pescados en el suelo sobre unas hojas de platanillo que recogieron por el camino; Erasmito comenzó a burlarse:

- ¡Ahora si nos jodimos con estas yanomami!... ¡Oye papá!... Ya éstas están aculturadas... Las perdimos... ¡Ahora pónganse los palitos en la nariz! - Concluyó entre risas y sincera admiración por el valor de las muchachas.

Erasmo no mencionó palabra alguna; admiró la belleza de ambas muchachas; pero, como en los demás, algo funcionó en su psiquis que lo hizo aceptar aquella decisión de su hija de manera más tranquila de lo que hubiera deseado. Se dio cuenta de que el impacto en su esposa y en su hijo fue también atenuado, con seguridad, por el ambiente en que han desarrollado sus vidas en aquellos ya más de 3 meses. El carácter erógeno de los senos de una mujer está perdiendo esa calificación en su propia psiquis; lo percibió también en Rafael, la sorpresa inicial se diluyó con rapidez.

Las muchachas se sentaron en sus respectivos chinchorros, luego Rebeca se sumó a su madre y a Dolores en la preparación de los pescados para asar. Beatriz continúa en su sitio y al rato se levantó y se colocó una franela encima del torso y salió a caminar por la comunidad como es la costumbre diaria. Rebeca concluyó su trabajo, se lavó las manos con agua de una totu-

ma y después de secarlas salió también a alcanzar a su amiga con su libreta de notas en la mano, pero más osada, sólo lleva como vestido el pantalón corto, pretende conocer las reacciones que pudiera causar, sobre todo en los hombres.

Payekeima está entrando en este momento al shapono; en el regreso de la pesca se quedó en el conuco recogiendo algunos plátanos, pero al llegar a su hogar comenzó a gritar, a golpear y sacudir las cosas:

- ¡Kanaye!... ¡Kanaye! -

Rebeca y Beatriz corrieron al hogar de su amiga al escuchar los gritos; se detuvieron en la entrada impresionadas por lo que están observando, cientos, quizás miles de hormigas largas y negras invadieron el hogar de Payekeima; la mujer sacude y golpea con una rama para ahuyentar los insectos.

Otras personas llegaron corriendo al lugar; las muchachas extranjeras constataron el avance de los insectos en una columna densa cuyo grueso continúa por debajo del alero rumbo a la selva. El ancho de la columna es como de 1 m. y su cola o final, no se percibe. Una columna más pequeña derivada de la principal ingresó al hogar contiguo, el cual está vacío; en el suelo se puede observar el cadáver destrozado de un pequeño perico “cara sucia” que la familia tenía como mascota.

En ese momento, llegó Haminawë acompañado de 2 hombres y de algunas mujeres; no accionaron, sólo observan la progresión de la oscura columna; seguidamente llegaron Erasmo, Rafael, seguidos por Tahawë y otros yanomami.

El jefe explicó:

- Kanaye son protegidas por los hekura de Urihi y por noreshi de antepasados. Ellas van por la selva; no se les debe molestar; ellas seguirán su camino... Muchas de ellas son espíritus de antepasados visitando Herami.

Erasmo dijo a Omaira y Dolores, quienes habían llegado al sitio:

- ¡Esa es la “marabunta”!... Son las famosas hormigas “soldados” o “guerreras”. Son tan feroces como voraces; destrozan y matan todo a su paso... Muy peligrosas... Van avanzando por la selva, no tienen nido fijo... ¡Mira!... ¿Ves esa pelota de hormigas que va ahí?-

Dolores se acercó para examinar lo que parece ser una “bola” caminante de hormigas de unos 8 cm. de diámetro.

- ¡Mira!... ¡Son miles de hormigas! - Comentó.

- ¡Correcto!... En el centro llevan a la reina... ¡Vean!... Llevan varias... Así las custodian y aseguran los reemplazos.

Carlos, agachado, presencia, en una esquina del alero vecino, como un saltamontes lucha por librarse de una docena de mandíbulas que lo aprisionaban por distintas partes del cuerpo hasta que comenzaron a desmembrarlo. En segundos, el cuerpo desapareció cargadas sus partes por los feroces depredadores que luego se suman a la columna principal.

Tahawë explicó:

- Ellas caminarán y harán un nido en la noche y mañana seguirán. Ellas pueden atravesar una corriente de agua haciendo un puente con sus cuerpos para que los demás pasen y pueden hacer balsa para flotar en el agua y llegar a la otra orilla... Ellas están siempre cazando... Se suben a los árboles y matan los pichones y pueden matar también pájaros pequeños; son hekura poderosos-.

Cerca de media hora después, la negra amenaza desapareció en la espesura.

Una vez concluido el espectáculo de la naturaleza, todos se fueron retirando del lugar. Beatriz llamó a Waimi; al llegar la joven, le preguntó,

- ¿Ella es la esposa de Haminawë? -

La interpelada contestó:

- ¡awe! es suwebiyë (¡Si! Es su esposa).

- ¿Y ella? - Le preguntó de nuevo, refiriéndose ahora, a Pahimi; quien está sentada en su chinchorro jugaba con su hijo en el hogar del jefe de la comunidad.

- Ella también es suwebiyë de Haminawë -, respondió Waimi. - Es segunda esposa y ella, Toyemi - Señalando a una niña de unos 10 años de edad quien atizaba el fuego soplando en su base:

- Ella es también suwebiyë... Pero Haminawë está cuidando a ella para después tener hijos-.

Las dos muchachas extranjeras están sorprendidas, no entienden aquello, sabían de la poligamia, pero no ese caso de matrimonio con una niña a la que todavía el esposo debe terminar de criar, es algo nuevo. Beatriz preguntó:

- ¿Eso es así?... ¿Eso está bien? -.

Rebeca toma notas de detalles de nombres; Waimi respondió:

- ¡Sí!, Yanomami puede tener varias esposas, Haminawë es hombre importante, él es jefe de heramitheri, él es waitheri muy respetado...-.

- ¿Qué es waitheri? - Preguntó Beatriz, a lo que la muchacha respondió:

- Hombre guerrero, muy valiente y sabio... El no tiene miedo a enemigos... ¡El puede tener varias suwe!-.

Capítulo XV

Conociendo e interpretando

Juego y entrenamiento

Aquel grupo de familiares y amigos estaba, poco a poco, aceptando la evidente e inexorable realidad, tienen que continuar su aventura forzada en la selva haciendo esfuerzos para que ésta no se convierta en un drama de vida. La actitud necesaria de asumir está reforzada por variables hasta el momento definitivas: en primer lugar, la negativa de apoyo para el viaje a la misión Mavaca por el asunto de la guerra en el alto Orinoco y sus alrededores; segundo, la proximidad del período de lluvias, factor insoslayable aun cuando se aliviaran las tensiones bélicas; los ríos crecerían e inundarían las tierras bajas y se desbordarían las lagunas y caños; en general, avanzar por la selva en esas condiciones, sería poco menos que imposible. En tercer lugar, el incremento de los vectores de enfermedades endémicas durante el invierno, sin duda, diezmaría al grupo.

Erasmus, como líder, expuso las conclusiones de lo investigado y analizado:

- Por los momentos esta gente no se aventurará a un enfrentamiento con las comunidades del Norte del Orinoco, a las que peyorativamente llaman Waika... Por otro lado, sólo si el conflicto es considerado de gran magnitud por el número de muertes resultantes, el Gobierno podría intervenir para encontrar una solución...

- Bajo tales circunstancias, el viaje de retorno sólo sería posible de Diciembre en adelante, cuando las aguas bajen de nivel por acción del siguiente verano y facilite el tránsito por la selva...

- La opción de esperar en esta comunidad pareciera ser la más recomendable; pero está presente el riesgo de enfermedades endémicas como paludismo, oncosercosis, leishmaniasis, que ya me parece haber identificado en una señora de aquel lado... Son riesgos que tenemos que enfrentar y ustedes han visto las enfermedades de la piel, las gastro-intestinales, entre

otras y el peligro siempre latente de un accidente de cualquier tipo en algunas de las actividades necesarias de desarrollar para sobrevivir, en la que se incluye picaduras de serpientes, una fractura, entre otras cosas.

Dicho esto, quedó en silencio, se ha dado cuenta de la posición fatalista de su argumento, lo cual reconoce como contradictoria con el rol de líder que se le confió. Inmediatamente cambió su actitud; al respecto, pensó:

- «Debo ser optimista... Tengo la responsabilidad de mantener la esperanza y la fe... Debo, en todo momento, mostrar confianza en la providencia divina y en nuestras fortalezas... Tengo que meterme eso en la cabeza... Ellos lo necesitan, todos lo necesitamos»-.

No se dio cuenta del momento en que Omaira se sentó en el chinchorro a su lado, trajo sobre una hoja de plátano, un pescado asado, dos tajadas grandes de aguacate y medio plátano asado. Erasmo tomó mecánicamente el improvisado plato y lo acomodó sobre la palma de su mano izquierda, con su navaja va cortando trozos de alimento para comerlos. Se dirigió a su mujer, le agradeció y continuó su argumentación:

- ¡Gracias amor!... Por eso tenemos que ser extremadamente cuidadosos... Debemos evitar cualquier enfermedad o accidente... No tendríamos capacidad para enfrentarla, por eso debemos ser precavidos y evitar riesgos innecesarios-.

Todos observaron la preocupación en el rostro del hombre; su mujer lo miró y respondió:

- También he pensado en eso muchas veces y se lo he dicho a los muchachos; pero son muy tercos y arriesgados; a veces no piensan las cosas y no ven los peligros; sería bueno que ahora comencemos a tomar en serio nuestra situación-.

- Así es... Pero confiemos en la providencia... Ella nos trajo aquí por algo que desconocemos todavía y así mismo, nos sacará con bien-.

El día transcurrió con tranquilidad y excesiva calma; se ven sólo niños corriendo y gritando en sus juegos. En la tarde, los jóvenes amigos, yanomami y extranjeros, improvisaron un ejercicio de tiro al blanco; amarraron el tronco de una mata de plátano a uno de los horcones de un sector vacío del shapono. Los tiradores se colocaron a unos 30 m. de distancia y, alternadamente, disparan sus flechas de puntas lanceoladas. La actividad siempre genera curiosidad en la comunidad, pero ahora más por la participación de los napë, ocasionando risas y bromas entre las mujeres cada vez que los extranjeros fallan el blanco.

En los primeros intentos, ni siquiera podían extender suficientemente la cuerda del arco. Rerepewë, Kosirewë y Tahawë fungen de instructores, hasta que los jóvenes extranjeros van, progresivamente, dominando la posición correcta del cuerpo. Se trata, específicamente, de la combinación del movimiento de la cadera y el arqueo del cuerpo, con la transmisión de la fuerza cinética para el tensado del arco. Comprendieron que se trata de un movimiento en que esa fuerza no proviene de la potencia de los brazos sino más bien, de la que se genera del movimiento ondulante del cuerpo.

Se fijaron que, en el movimiento, la tensión del arco se inicia por encima de la cabeza y terminaba con la la flecha alineado con la vista y la dirección del blanco, o sea, en la posición de disparo.

Una y otra vez, las flechas parten raudas buscando su objetivo: generalmente, los guerreros aciertan el blanco con sus disparos; los visitantes, por el contrario, logran que sus flechas partan con fuerza pero en la mayoría de las oportunidades no aciertan. Las puntas dañadas son reemplazadas con las de repuesto que cada guerrero llevaba en su carcaj (Tubo de bambú), que portan colgando en la espaldas.

Rafael fue el primero, entre sus compañeros, en atinar en dos oportunidades seguidas, lo cual generó aplausos y comentarios entre los espectadores, sobre todo, entre las observadoras y los niños. Posteriormente, Carlos acertó un tiro y luego lo hizo Erasmito.

Entre los napë, la tarea de reemplazar y ajustar las puntas, después de extraerlas de sus respectivos carcaj, fue dirigida y supervisada por sus instructores Rerepewë, Kosirewë y Tahawë.

Avanzada la competencia, todos pidieron a Erasmo que probara; inicialmente se negó, pero la insistencia, sobre todo de su hija, hizo que el hombre se decidiera. Tahawë se encargó de su instrucción. Para asombro de los espectadores, la asimilación de las instrucciones fue rápida, de manera que, al tercer intento, la flecha se clavó a 30 cm. del blanco; tal logro, arrancó aplausos y lo estimuló para que, en la quinta, acertara el tronco.

Rebeca y Beatriz también intentaron, pero sin éxitos; no lograron el suficiente tensado del arco.

La tarde va transcurriendo en la alegría del ejercicio; los visitantes se divierten y entusiasman, se olvidan, por esos momentos, de las preocupaciones que les genera su situación.

La actividad se suspendió al caer la oscuridad; todos se retiraron a sus respectivos hogares, la calma volvió a la comunidad. Carlos salió con Waimi fuera del shapono, aceptando una invitación de la bella joven cuando le dijo:

- Carlos, vamos a buscar guamas.

En el camino, ella le informó:

- Mañana nosotros vamos a Yuri... Padre invitó a ustedes a visitar Yuri.

Carlos se detuvo y la abrazó, la muchacha respondió al abrazo con la misma intensidad; el joven le tomó la barbilla, le levantó la cara y le depositó un beso suave en los labios. La muchacha se sobresaltó, quedó sorprendida, confusa, nunca la habían besado en la boca, aunque sabía que los napë lo hacían. Así se lo contaron las muchachas cuando fue maestra en Bishaasi (Misión Mavaca). Sintió que su corazón se aceleró, intentó huir, pero se detuvo, se volteó hacia el joven y se levantó sobre la punta de sus pies en busca de una nueva caricia que Carlos repitió con la misma suavidad.

Ella se separó y sonrió, había calificado como asquerosa ese tipo de caricia, pero ahora, al probarla, opina distinto; con picardía, tomó de la mano al joven y mirándolo a los ojos le dijo con voz suave:

- Hishahi shamou (hagamos el amor).

Carlos quedó sorprendido, más bien paralizado, no esperaba tal naturalidad, tanta espontaneidad; respondió emocionado porque aquella muchacha le gustaba:

- ¡aweil! (sí)

Ella apretó su mano y lo condujo a un pequeño espacio semioculto bañado por la tenue luz de la naciente luna.

Cuando avanzaban oyeron ruidos que los sobresaltaron, provenientes de unos matorrales cercanos. Carlos le indicó silencio y se acercaron lentamente al sitio de donde partían leves quejidos y voces entrecortadas; Waimi puso una mano sobre el hombro del muchacho y señaló el lugar exacto donde se originan los sonidos.

Al asomarse con cautela por encima de unos arbustos, observaron dos pequeñas figuras, totalmente desnudas, acostadas una sobre otra, utilizando

como cama un colchón de hojas. Decían cosas ininteligibles para Carlos; evidentemente se trataba de una pareja haciendo el amor. Waimi, sonriendo, le hizo señas a su acompañante de permanecer silenciosos, pero Carlos, al moverse, pisó una rama que crujió bajo su peso. Las siluetas se incorporaron con rapidez. Carlos reconoció inmediatamente a Vami y trató de ver la cara del acompañante, pero la oscuridad en el sitio impidió reconocerlo. Sin embargo, lo identificó como un muchacho de edad semejante a la de la jovencita, ambos se alejaron riendo.

Waimi dijo entre risas:

- Vami frakihimai (Vami estaba fornicando)... vamos.

Tomó a Carlos por una mano y lo condujo en dirección a la entrada Este del shapono.

Carlos accedió, lamentando el incidente que le quitó impulso y echó por tierra su propio momento. La muchacha le comentó:

- Ellos dirán que nosotros estábamos haciendo el amor y las mujeres hablarán mucho y dirán muchas cosas... Pueden decir que napë viola mujer yanomami... Haremos el amor en Yuri, cuando tú me visitas-

- ¡Bien! - Respondió Carlos, aceptando su mala suerte.

El joven llegó a su hogar media hora después de su partida; todos están sentados, unos en chinchorros y otros en el suelo sobre pequeños troncos que utilizan como asientos. Carlos tomó uno y se ubicó.

Erasmus continuó la conversación interrumpida por la llegada del muchacho:

- Como les decía... Debemos tener mucho cuidado con lo que hacemos; en primer lugar, cualquier cosa que pueda dañar las buenas relaciones que actualmente tenemos con esta gente... Por lo que han dicho, consideran la venganza como una cuestión de honor... Cualquier cosa que interpreten como una ofensa, debe ser vengada...-

Continuó en su exposición:

- Pero lo más importante que considero, es el cuidado que debemos tener en no accidentarnos; en evitar comer cosas que no estén bien cocidas; ver bien de donde sale el agua que bebemos y cuando vayamos al monte, tomar provisiones para evitar que nos sorprenda un

animal, una culebra... Cualquier cosa que pueda generar un accidente... No hay manera de una atención... Considero muy importante que en las horas que llegan los puri-puri, utilicen ropas que los cubran de las picadas; lo importante es evitar las enfermedades que transmiten los mosquitos, o una infección-.

Erasmito aprovechó para introducir uno de sus comentarios bromistas:

- ¡Está bien esa!... ¡Sobre todo para las estriper! -

Todos rieron por la “chispa” del muchacho y estuvieron de acuerdo con la necesidad de extremar los cuidados personales, en todas sus circunstancias y la especial atención que debían tener con el comportamiento en la comunidad, sobre todo ahora, que el tiempo transcurrido les está proporcionando mayor confianza.

El acuerdo general estuvo referido a la prudencia de moverse fuera del shapono, sólo los estrictamente necesario.

Luego de considerar agotado este tema, Erasmo preguntó:

- ¡Bueno!... ¿Quién quiere explicar algo de lo aprendido en estos días? -.

Rafael levantó la mano y dijo:

- Yo he estado averiguando sobre el sistema económico y tengo varias cosas -.

- ¡Comienza! -, replicó Erasmito.

Rebeca y Beatriz están sentadas en la misma hamaca; Dolores en la suya y Omaira al lado de su esposo. Las muchachas lucían pantalón largo y camisa sobre su torso. Rebeca exhibe sendas flores rojas en los orificios de sus orejas; este color resalta la belleza de su rostro. Erasmito está acostado en su chinchorro, pero sus dos piernas están dobladas hacia afuera y los pies apoyados en el suelo; los demás hombres permanecen sentados sobre pequeños maderos que posteriormente servirán como leña.

Rafael inició su información:

- Como ustedes han visto, el conuco está al lado del shapono... Esto es, para no tener que alejarse mucho y arriesgarse a ser atacado por enemigos o sus mujeres raptadas... Esta gente no es propietaria de la tierra, pero la comunidad toda es propietaria de lo sembrado en el conuco, todos pueden tomar en él lo que deseen...

... Algunos jefes de familia tienen una pequeña parcela dentro de la misma área; la de los hombres con mayor jerarquía política pueden ser un poco más grande; el conuco mide como 3 hectáreas, eso calculé... El nombre correcto del conuco es hikari-thëka... ¡Y!... ¡Señores!... La parte delantera del conuco, o sea, donde están las siembras recién hechas se llama "husho kë thëka" ("nariz del conuco") y la parte de atrás, la más vieja, se llama "boshi ka thëka" ("culo del conuco")... Ellos van sembrando y van dejando en reposo el "culo", que es la parte más vieja y la más cosechada. Por tanto, ya la tierra ahí está agotando sus nutrientes, lo cual sucede, generalmente, después de 3 siembras... o sea, 3 años... Todo lo que existe o vive en el conuco se llama genéricamente: "hikeai theremi"... por aquí lo tengo anotado...

... Lo más importante que observo es el sentido de la propiedad privada... todos son dueños de todo; los individuos son solamente dueños de sus cosas personales, como las flechas, sus cestas, sus mapires, sus chinchorros, sus machetes y sus adornos corporales... lo demás, es propiedad de toda la comunidad, inclusive, cuando cazan, le dan parte a sus familiares y vecinos...-

En este punto detuvo su explicación mientras busca nosta en su libreta; luego continuó:

- Como ustedes ya han visto y participado, todos trabajan en la limpieza del conuco, especialmente las mujeres... La tala la harán todos al comenzar el verano, pero no retirarán los árboles y ramas cortadas; los dejarán en el mismo sitio para que se sequen con el sol; luego los quemarán y al comenzar las lluvias realizarán las siembras entre las cenizas. Posteriormente, las mujeres se ocuparán de limpiar la hierva que va saliendo, cosechar y traer los alimentos para preparar la comida para su familia... Las niñas, acompañan a sus madres para aprender...

... Figúrense; la tierra no es de la comunidad, ni el río... Ni siquiera el sitio donde está ubicado el shapono; la comunidad sólo es dueña de los alimentos sembrados, las plantas sembradas y sus frutos. Cuando la comunidad se vaya de aquí, la tierra podría ser ocupada por otra gente y formar aquí, una nueva comunidad...

... Pienso que esto es lo que se acerca más a lo que llaman Comunismo...

... Las mujeres van todas al conuco como ustedes lo han visto; todas trabajan allá, juntas y cada una, trae alimentos a su hogar... Ya en el hogar, la propiedad de los alimentos es individual, o sea, de cada familia...

... Pero una mujer puede llevar comida ya elaborada a familiares de otros hogares; como, por ejemplo, a hermanas, tías, a sus padres; vale decir, a su familia ampliada ...

... Las especies de insectos que comen asados son como golosinas para los niños. Se me asemejó a lo que son las cotufas para nosotros-.

Dolores interrumpió para preguntar:

- ¿Cuáles son los rubros que siembran?

Rafael acercó al fuego la libreta para visualizar mejor, sus notas; luego respondió:

-Lo más que se ve es plátano... Yo creo que cubre las $\frac{3}{4}$ partes del área cultivada, los otros rubros son yuca, tanto dulce como la amarga para casabe; además, mapuey, algodón, tabaco, maíz... También hay onoto, lechosa, piña, caña de azúcar, cambures y una fruta del tamaño de un pimentón, que no he averiguado cómo se llama; también he visto guama y cacao...

Después de una breve pausa, Rafael continuó:

- Los hombres realizan tareas donde se necesita mayor fuerza... Tumban los árboles donde van a sembrar, cazan, cortan árboles también, para reparar su sitio en el shapono o áreas que están dañadas, así no sea la suya...

... Las mujeres van a pescar; en esta actividad la acompañan los hombres, pero como medida de seguridad, sobre todo, cuando la pesca es un poquito lejos, como la que hicieron en estos días ...

... Cuando la gente va de wayumi (viaje) para cazar, pescar o buscar frutas, que se dan en sitios distantes, todos van porque siempre pasan muchos días por allá; toda la comunidad se mueve... hay gente muy vieja o enfermos que se quedan... En estos casos, algunos familiares cercanos se quedan a cuidarlos...

... Por lo que me han dicho, aquí nadie es superior a los demás, ni siquiera el jefe Haminawë... Aquí no están obligados a obedecer lo que él diga... Su autoridad es, evidentemente, limitada... En realidad; él sirve sólo como un guía... ¡Bueno!... me falta conocer algunas cosas sobre eso-.

Rafael hizo silencio, tratando de articular una idea relacionada, Beatriz intervino:

- Lo que me han contado es que la verdadera autoridad la tienen los viejos jefes de familia; en realidad, lo que ellos acuerdan en el seno de su familia es lo que finalmente hacen... el que hace de jefe sólo dirige; su opinión vale como la de los demás...

... También me he dado cuenta que ser viejo es un estatus respetado, es como una clase social; las mujeres viejas también tienen autoridad; pero sobre todo el shapori, es muy respetado-.

Omaira preguntó:

- ¿Cómo escogen al jefe y al shapori?

Beatriz siguió argumentando:

-Waimi, la hija Kayupawë, me explicó que los viejos se reúnen y seleccionan a un jefe cuando hace falta uno; lo escogen por considerarlo muy inteligente y muy valiente... Debe ser un guerrero waitheri... Pero sobre esto, del "waitheri", se los explicaré después-.

Los argumentos iban siendo reforzados por otros en conformidad con sus propias observaciones y experiencias y, a partir de ello, se van formulando preguntas. De esta manera, se lleva la dinámica de un conversatorio moderado por Erasmo.

La charla parecía estar llegando a su fin; lo más importante, lo central, está dicho; así lo manifestó Erasmo al intervenir:

-Realmente felicito a Rafael y a Beatriz por esta clara explicación. Estamos asistiendo a una clase de Antropología; esto me da mucho gusto. Sé que después relacionarán teóricamente lo que han sacado en claro... Yo quiero decir lo siguiente sobre lo que he observado y he deducido de lo que me han explicado... Esta gente posee un cuerpo de normas que exige un comportamiento adecuado a su particular realidad y este comportamiento les permite comunicarse entre ellos, saber lo que cada quien hace, aun cuando, como en nuestra sociedad, no saben con certeza por qué lo hacen. Estos casos de desconocimiento, lo relacionan con los espíritus ...

...Todo esto está amalgamado por valores y creencias que funcionan como garantía de que se cumplan y de esta manera, le dan viabilidad a su sociedad. Eso ha hecho posible que la sociedad yanomami se haya podido reproducir cultural y biológicamente en estos mismos espacios, por miles de años...

... ¡Vean!... Ellos son diferentes a nosotros... Los miembros de nuestra sociedad no sobrevivirían en esta realidad; así como ellos tampoco podrían vivir en la nuestra-.

- ¡Excelente deducción!-. Expresó Rafael, al momento en que se levantaba de su improvisado asiento.

-Mañana explicaré de lo que trata el waitherismo -. Prometió Rebeca, mientras se levantaba para comer algo y prepararse para dormir.

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
————— CUARTA PARTE —————

Capítulo XVI

Los Yanomami

A la tierra que fueses...

Esta mañana se fue el viejo shapori Kayupawë para su comunidad Yuri kë u, acompañado por su familia integrada por sus 2 esposas, sus dos hijos menores y su hija Waimi, hija de su primera esposa, quien murió hace varios años en Masipoi kë u, durante una epidemia de paludismo.

La vida continuó en la apacible Herami; Beatriz y Rebeca, como es habitual, salieron al conuco con varias mujeres y algunos niños. Los hombres salieron de cacería por zonas cercanas, acompañando a otros de la comunidad. Ya Carlos no utiliza el rifle, cuenta con un fuerte arco y varias flechas que ha fabricado, enseñado y ayudado por hombres yanomami. De igual manera, Erasmito carga un arco que maneja con relativa destreza; por lo menos, le da con facilidad a un blanco colocado a 25 m. de distancia; es decir, a los que los guerreros llaman “blanco de superficie”. La cacería de blancos elevados, como aves y mamíferos arbóreos, le es aún difícil. Rafael los acompaña, pero sólo lleva un machete y un cuchillo, no ha tenido interés en adiestrarse en el uso de la flecha.

Tahawë, Kaopewë, Kosirewë y Rerepewë, prefirieron acompañar a las mujeres, quienes, después del conuco, irán a pescar en pozos cercanos. Tahawë permanece siempre cerca de Rebeca, ella lo mira y le sonreía, siente seguridad cuando lo ve cerca; sabe que es admirado y considerado un gran guerrero por las otras mujeres: constantemente las observa haciendo comentarios respecto al muchacho y en no pocas oportunidades, coqueteándoles abiertamente.

- «Deben verlo muy bello»-, pensó con picardía, mientras lo mira.

El joven siempre está adornado. La indumentaria y los trazos que generalmente lleva dibujados en el cuerpo, realzan su aspecto varonil y elegante. Por otro lado, Tahawë es un tipo con musculatura muy bien definida.

Rodeándole la frente siempre lleva su “wisha”, elaborada con piel de mono araña (Mono marimonda). En el bicep izquierdo luce el “paruri”, fabricado con la piel del pecho del paují y lleva insertas, entre su piel y el “paruri, un manojo de plumas de loros de diversos colores, que sirven de base a tres largas plumas de guacamayo.

Los jóvenes extranjeros han venido imitando tales prácticas de buen vestir y de elegancia selvática; generalmente usan pintura en el rostro y cuerpo, sobre todo Carlos y Erasmito. Rafael, bastante más recatado, sólo usa pinturas en el rostro y en los brazos en las ocasiones en que alguna muchacha de la comunidad se ofrece para hacerle los sinuosos dibujos: esta actividad le desagrada por el hecho de que la maquilladora humedece con su saliva la pelota de pasta de onoto con que realiza los dibujos.

Los días y semanas van pasando; la gente de Erasmo se han venido adaptando a una rutina diaria dedicada a dos objetivos fundamentales; por un lado la subsistencia, lo cual incluye ir diariamente al conuco, participar en la limpieza de la siembra, cosechar y acarrear los alimentos para su preparación; pescar en las corrientes de agua y pozos cercanos, cazar en las cercanías y en oportunidades, sobre todo los hombres, ausentarse por varios días acompañando partidas de caza mayor, como báquiros y dantos, pero también especies como picures, lapas, conejos y otros mamíferos.

La otra actividad rutinaria la constituye una actitud contemplativa y de reposo, es un aparentemente sencillo “no hacer” pero, en realidad, es un “hacer” para la gente de la comunidad. La gente de la comunidad utiliza este tiempo para la atención a la familia, jugar con los niños, educarlos y entrenarlos respecto a su vida futura o, permanecer acostado en su chinchorro.

Entre los extranjeros, éstos períodos diarios se utilizan para arreglar el aposento, conversar sobre sus circunstancias y, especialmente, intercambiar experiencias personales y opiniones sobre lo que están viviendo y sus añoranzas por regresar. Aunque, esto último de salir de la selva, volver a Caracas y a la familia, es una conversación generalmente evitada, porque siempre termina en lágrimas ya que, de distintas maneras, aluden al esposo de Dolores, lo que ha provocado, en varias oportunidades, caídas emocionales y tristezas que terminan en episodios depresivos que afectan también a Omaira. Paralelamente, Dolores, con frecuencia, se encierra en sí misma y llora en silencio; los demás ya conocen estos momentos y tratan de no interrumpirlos para que se desahogue, pero evitan provocarla con conversaciones que lo relacionen.

Las dos mujeres más jóvenes llevan su vida con mayor holgura. Desde el punto de vista afectivo, Beatriz sólo tiene a su madre y un hermano menor; no está casada pero sí, tiene un pretendiente con quien aún no había concretado algún tipo de relación más que la amistad. Rebeca, por su parte, tiene sus afectos principales en esta aventura, sus padres y su hermano; atrás quedó un joven con quien apenas había iniciado un romance, cuyo significado afectivo no logró consolidarse.

Ambas jóvenes han imprimido dinamismo a sus actuales circunstancias, lo cual ha facilitado su adaptación. Siempre mantienen su apariencia acorde a la moda local; flores grandes en los lóbulos de las orejas y en el pelo, dibujos elaborados en rostros, brazos, piernas y torso, donde combinan cromáticamente, el negro con colores cobrizo, morado y azul; de igual manera, estilizan dibujos de la cultura yanomami y crean sus propias figuras geométricas de cierto sub-realismo.

Tales dibujos, estilizados y con formas diferentes, son copiados por las muchachas yanomami.

Su vestimenta se ha diversificado; hasta el momento no se han atrevido a usar el pequeño pirissi tejido en algodón; aunque ya saben cómo elaborarlo; se conforman con su pantalón yin corto. Con respecto a su torso, le es indiferente andar con los senos descubiertos igual a las mujeres de la comunidad, inclusive con sus collares tejidos cruzados o, utilizan franelas sin mangas y recortadas ligeramente bajo los senos. En las tardes, después del baño, usan camisas con mangas largas para protegerse de las picaduras de insectos. En otras oportunidades utilizan la parte superior del traje de baño o un sostén, esto, con la intención de proteger la firmeza de sus senos; las consecuencias del constante movimiento sin sujeción lo observan en los de las mujeres de la comunidad, que pierden su firmeza con rapidez, sobre todo al amamantar.

Sus estilos de vestir no han sido del interés de las mujeres de la comunidad; quizás porque no encajan en los patrones de belleza aceptados por ellas.

Erasmus y las mujeres mayores son más conservadores, aunque él utiliza pantalones cortos y, en no pocas oportunidades, se desplaza sin nada en el torso, no ha utilizado, hasta ahora, ningún tipo de adorno o pinturas. Omaira y Dolores utilizan constantemente el pantalón corto y el sostén del traje de baño. En algunas oportunidades Beatriz, Rebeca, Vami e inclusive Irasimi, les colocan flores en el pelo y en las orejas; en ocasiones, han permitido pinturas, pero, sobre todo, pequeños dibujos con onoto y un tinte azul que extraen de una semilla.

En las noches duermen con algo de ropa ligera y se cobijan con cobijas que han traído en su equipaje; aún no se han acostumbrado a mantener la temperatura durante las noches sólo con el calor que les proporciona la fogata, tal como lo hacen los yanomami, para quienes el fuego sustituye la cobija.

La práctica del idioma del otro, en ambos grupos, es de interés permanente; poco a poco, el conocimiento del idioma es más profundo; hasta el punto de que pueden mantenerse conversaciones fluidas, en cualquiera de los dos idiomas, pero, relacionados con aspectos de la cotidianidad: sobre todo, con los indígenas con quienes han desarrollado mayor amistad. Pero todos en la comunidad conocen los nombres de los extranjeros y manejan frases de saludo y oraciones sencillas en castellano.

Las mujeres extranjeras, más perspicaces que los hombres, ya no sienten los celos expresados, veladamente, por algunas mujeres yanomami; los comentarios a hurtadillas que a veces perciben durante sus paseos vespertinos, han disminuido; hay un afecto manifiesto. Las relaciones sociales se han estrechado día a día.

Por su parte, Carlos piensa constantemente en Waimi, realmente le gustó la muchacha. Hace ya un mes de la partida de Kayupawë, en oportunidades, ha preguntado a Tahawë y a Kaopewë sobre la visita a Yuri que está pendiente; pero la respuesta ha sido siempre, que Haminawë decidirá cuándo es tiempo.

Confusión conceptual, confusión sentimental

Un día cualquiera en la mañana, las mujeres en el conuco, desentierran tubérculos de yuca amarga y van amontonádoslos al lado de unos arbustos donde luego le quistarán la concha. Una vez arrancada la planta y desprendidas las raíces, cortan el tronco en forma de estaca y lo entierra de nuevo para que otra planta se desarrolle y en unos meses ofrezca sus frutos.

Algunos niños están tumbando lechosas y recogen también piñas maduras. Una de las mujeres ya ha cosechado hojas de tabaco y varios capullos de algodón y los guarda en una gran cesta.

Rebeca busca con la mirada a Tahawë, éste, acompañado de Rerepewë, se avanza sigilosamente entre unos arbustos con los arcos armados con puntas lanceoladas. Beatriz se sumó a la observación espectando los movimien-

tos de los cazadores; vieron los arcos tensarse y las flechas proyectarse para ser detenidas por el cuerpo de un picture.

Kaopewë tomó el picture, le sacó las vísceras, cortó el cuerpo y envolvió las partes con hojas de platanillo, ató con bejucos y preparó para su traslado en tres bultos, los otros cazadores continuaron su vigilancia de seguridad. Las mujeres comieron cambures maduros y lechosas pequeñas de pulpa muy amarilla y dulces.

Concluida la faena agrícola, las muchachas, al igual que las mujeres de la comunidad, colocaron los productos en sus respectivos cestos y watura para dirigirse a la comunidad. Rebeca y Beatriz se dirigieron al río a bañarse, Tahawë las siguió; mientras, los otros hombres entraron con las mujeres al shapono.

Rebeca se quitó la camisa y el pantalón y se metió al agua sólo vestida con su pantaleta tipo "hilo dental"; el mismo procedimiento lo realizó su compañera, dejando sus ropas sobre una piedra. Tahawë se sentó sobre una roca a observarlas; le extrañó aquel tipo de pirissi, pero no hizo comentarios; siguió observando a Rebeca, evidentemente le atrae la joven; pero no se atreve a insinuarle nada.

Rebeca lo miró y lo llamó:

- ¡Tahawë, ven a bañarte!, - Le gritó desde el centro del pozo; haciéndole señas con la mano.

El joven dudó, pero colocó sus armas en el suelo y se quitó su indumentaria de vestido y adornos; cuando dio el frente a las muchachas estaba totalmente desnudo y con su mano derecha se sujeta el pene para ocultarlo de las miradas; caminó hacia el pozo y se introdujo en el agua. Se acercó a donde estaban las muchachas y dijo en correcto español:

- ¡El agua está fría! -

Rebeca inició el juego de echarle agua a su amigo y éste, a su vez, a Beatriz. El comportamiento de los tres jóvenes es, según las costumbres yanomami, perfectamente natural. Las muchachas se cuelgan de los hombros de Tahawë para que las arrastre nadando bajo la superficie. Las risas y el esparcimiento se multiplicaron en la pasividad de aquella tarde. La desnudez

completa del joven se olvida momentáneamente, sólo es recordada por él cuando de pie, el nivel del agua deja al descubierto su órgano sexual.

En un momento que estaban de pie, juntos, conversando de trivialidades, Tahawë observa los senos de Rebeca y alargó su mano para tocarlos y ella se lo permitió. Beatriz percibió el momento e intuyó una situación especial y prefirió retirarse del sitio; se sumergió y se alejó unos metros, evitando interferir.

El muchacho siguió tocando los senos a Rebeca, ella le sonrió y se acercó para que la mano del muchacho lo cubriera totalmente. El no se inmutó, sólo dijo en yanomami:

- hakemiki shêrêrea (tus senos son muy firmes).

Rebeca se dio cuenta que en realidad no se trataba de una caricia, como hubiera esperado en su sociedad; más se trataba de una expresión de curiosidad y admiración, como lo hubiera sido con el cabello o con una prenda de vestir. Pero ella sintió placer por el contacto que su psiquis asimiló como la caricia de un hombre por quien siente atracción sexual. Sin embargo, se activaron los mecanismos de pudor y de manera coqueta y sonriente, retiró la mano que la tocaba y le dijo:

- ¡No!... ¡No!... ¡Eso es malo! -

El muchacho retiró la mano un poco confundido, no imaginaba que pudiera ser malo. Rebeca salió a la orilla del pozo donde ya Beatriz se encuentra secándose con su toalla y vistiéndose. Tahawë, también salió del agua y las observaba detenidamente:

- «¡Napëyoma son bonitas!» - Pensó.

Se encaminó también a la orilla, sujetando su miembro en demostración de pudor porque se lo vieran; así pensó Beatriz mientras el muchacho se acerca al sitio donde dejó sus pertenencias.

Rebeca se sacó su “hilo dental” y quedó totalmente desnuda, observó al yanomami para apreciar sus reacciones, pero no captó nada extraordinario, aunque él la estaba mirando. La muchacha se puso el pantalón sin ropa interior, la franela corta y los zapatos; tomó la watura con los frutos de la cosecha

y se unió a Beatriz, quien hizo lo mismo. Las dos jóvenes emprendieron el retorno al shapono seguidas muy de cerca por Tahawë.

Rebeca esperó que el yanomami las alcanzara y le preguntó:

- ¿Hacer el amor es malo? -.

- ¡No! -, respondió el joven y seguidamente preguntó:

- ¿Para los napë, es malo hacer el amor? -.

- ¡No! - Respondió ella. - Pero la gente debe estar enamorada para hacerlo -.

El muchacho pensó y luego respondió:

- ¡Aquí no: la gente lo hace si quieren hacerlo... Pero a veces las muchachas no quieren-.

- ¿Por qué no quieren? -.

- A veces no le gusta el hombre; si le gusta lo hacen y eso está bien-.

- ¿Que dicen los padres?... ¿Se molestan?-.
- ¡No!... Sólo si la mujer tiene esposo... Entonces la regañan y el esposo puede pegarle o no la deja salir... Cuando no tiene esposo, una mujer o muchacha puede hacer el amor con cualquiera... Si quiere... Y eso no es malo, pero las otras mujeres critican-.

- Dime una cosa Tahawë... ¿Tú quieres hacer el amor connigo? -.

El joven fue tomado por sorpresa en un juego que no comprende, pero no le gustó la expresión de Rebeca, la asoció con lo que le dijo cuando tocó sus senos. Consideró que era malo que él los tocara, no el acto de tocarlos en sí mismo. Las muchachas lo miraban fijamente a los ojos, por unos segundos no hubo respuesta; luego habló:

- ¡Napëyoma no hace el amor con yanomami!... No pienso que ella pueda pintarse el cuerpo con onoto con yanomami-.

Concluyó con esa respuesta y se adelantó a las jóvenes tomando el camino que lleva a la entrada Norte del shapono, distinta a la que usarían las mucha-

chas. Las mujeres quedaron sorprendidas por la reacción del joven. Beatriz detuvo a Rebeca por el brazo y le dijo:

- ¡Creo que te pasaste chama!... El está confundido... No sabe a qué atenerse... No nos conoce... Y... También, por la provocación que le hiciste en el río... Si piensa que te estás burlando y se molesta podríamos tener problemas y eso no le gustará a tu papá... Pienso que debes tener cuidado -.

- Es verdad, creo que me excedí... Sólo quería ver sus reacciones sobre el sexo... Si tienen algunas diferencias con los muchachos de Caracas; pero es verdad lo que dices, tendré cuidado, pero también Tahawë me atrae como hombre, me gusta cómo es... Es fuerte y decidido... Además, es bello... ¿Te acuerdas cómo nos salvó a mi papá y a mí cuando el ataque de los shamatari?... ¡Eso me gustó mucho! -.

Beatriz respondió:

- En realidad, los hombres de aquí son diferentes a nuestros hombres... Uno los ve, desde pequeños aprenden a ser hombres y toman seriamente sus roles... Los de allá... A su edad... Ahora me parecen gafos... ¡Bueno!... También es que se trata de otras costumbres, de otras necesidades; de lo que les han enseñado y los han acostumbrado... Aquí los jóvenes están luchando por la vida... Mira a esas mujeres... Se ve que son jóvenes, pero parecen más viejas... Se acaban muy rápido... Aquí la vida es una lucha dura y diaria. Aquí no tienen las facilidades que nos da la modernidad -.

Las jóvenes continuaron su camino hacia la entrada Este, la más cercana a la ubicación de su hogar. Rebeca concluyó la conversación:

- Aquí no hay supermercados... Ni tiendas... todo lo tienen que hacer y aprender a hacerlo. El dinero no cuenta porque no pueden comprar nada y ojalá que nunca necesiten dinero; sería catastrófico para este sistema de vida-.

- Si el dinero entra aquí, en poco tiempo los convertirá en lo que nos convirtió a nosotros... En esclavos dependientes miserables de la riqueza... Aquí todo tienen que hacerlo con sus manos y veo que trabajar la tierra es una cosa muy dura... Y están expuestos a enfermedades-.

- ¿Vistes la mujer que vive al lado del hogar de Haminawë? -.

- ¿Cuál? - Preguntó Beatriz.

- La que está ciega; tiene algo en los ojos; los tiene blancos y está muy flaca-.

- ¡Aaahh. .. siiii! ... Cuando la ví me impresionó, no parece una mujer tan vieja... Su hija tiene como 25 años, pero ella parece una ancianita-

Rebeca continuó: - Hay que preguntar qué enfermedad es esa, porque le vi también unas pelotas en la piel... Como nódulos o quistes en muchas partes del cuerpo... Mi papá, el otro día, nombró unas enfermedades que yo no había oído. Lástima que Waimi se haya ido, ella sabría porque ha estado en contacto con misioneros y médicos; ella era maestra por allá por el río Mavaca y una vez me dijo, que allá estaban dos médicos de un programa del gobierno, que hacían penetraciones por las comunidades, reparten pastillas y otros medicamentos. Ese programa se llama o se llamaba "Proyecto Parima-culebra"... ¡Bueno!... Eso se lo preguntaremos a mi papá-

Beatriz retomó el argumento inicial:

- ¡Mira!... Retomando... Mosca con Tahawë; te aconsejo prudencia... ¡Mira!... Cuando uno está frente a esta gente... Con sus luchas y su sabiduría, comparamos con lo que tenemos allá, realmente nuestros hombres parecen insulsos, pero ellos no tienen la culpa, ¡Nosotros no tenemos la culpa! ... Yo veo ahora lo que he sido... ¿Qué he sido?... ¡Y me respondo!... ¡Nada!... ¡Una frívola! ... Perdiendo el tiempo leyendo revistas de modas, de farándulas, de estar a la moda, de usar puras "marcas"... Ahora... ¿quien soy en realidad?... ¿Cuál es mi camino?... ¡No sé nada!... ¿Estar a la moda me sirve de algo?... ¿De qué me ha servido?... ¿Entonces?... ¿Qué ha sido la vida para mí?... ¿Todo es mentira?... Ahora siento que me han engañado... ¡sí!... pero... ¿Yo tengo la culpa? o prepararon mi mente para que yo fuera un ser aliendado?... Cuando llegué aquí estaba aterrada... Pero ahora me siento fuerte, más capaz. Ahora califico mi vida anterior como superficial y sin sentido ni valores supremos-

Rebeca permanece en silencio. Más joven que su amiga, reconoce profundidad en sus palabras y un cúmulo de realidades encadenadas que le hacen sentir mal. Presentía algo así, pero no había podido explicárselo; ahora se siente peor que antes:

- ¡Coño chama!... Bajo esos parámetros he tratado a Tahawë... ¡Que miseria!... ¡Miseria de mi vida!... Lo he medido con un rasero discriminatorio, racista... ¡Es un indio y no puedo enamorarme de él!... ¡Es lo que aprendí!... Tienes razón y te respeto por esa sabiduría... Mi corazón siente que lo quiere... Pero mi mente lo subestima y lo rechaza por ser inferior... ¡Coño!... ¡Eso me está pasando y no lo había visto!... Tú sí... Quizás tengo un billete en cada ojo y eso me tiene ciega-

Las dos mujeres se detuvieron a la entrada del shapono, están visiblemente emocionadas, no pueden contener sus lágrimas, pero no por lo que han

hecho sino por lo que han dejado de hacer. Por primera vez se abrazaron. Rebeca le dijo:

- ¡Coño pana! He aprendido a quererte-

- ¡Y yo! - Le espondió Beatriz. - Antes eras para mí, sólo la "hijita mimada de papi"; ahora te veo como una mujer-

Entraron finalmente a su hogar; Beatriz colgó una "mano" de cambures casi maduros y unos aguacates listos para comer.

Rebeca mantiene en su mente la última conversación con su amigo, una gran desazón inunda su pecho, necesita conversar y subsanar las consecuencias de su brutalidad e ignorancia, necesita que Tahawë la perdone, que no esté enojado, siente que él es importante para ella. Colgó el medio racimo de plátanos que trajo, se peinó, se colocó algunas flores en el pelo y se puso una franela limpia y salió del alero; ahora seguiría aprendiendo sobre esta gente, eso le permitirá entender a su amado.

Se dirigió al hogar de Payekeima; la consiguió conversando con su prima Añoima, madre de Irasimi, la amiga de Erasmito.

Al entrar, Payekeima le cedió su chinchorro para que se sentara, tomó una wapa (especie de bandeja redonda de tejido abierto para que sirva también como un cedazo) y se la extendió ofreciéndole su contenido que consiste en insectos asados parecidos a las termitas, algunas rasha y plátanos asados con todo y su concha.

La mujer indígena tomó una de las termitas y la metió en su boca, luego tomó otra y la ofreció a la muchacha:

- ¡Toma... come... eso es bueno! -

Rebeca dudó porque no había comido de la especie rojiza que le estaba ofreciendo, sólo las hormigas voladoras negras y grandes y otras más pequeñas; pero éstas son diferentes. Tomó el insecto entre sus dedos y lo metió en su boca procediendo a masticarlo; sintió el sabor astringente del pequeño animal diferente a las que ha comido hasta ahora; no le fue desagradable porque estaba condimentado; sintió un extraño sabor salado, seguidamente tomó un pedazo de plátano y acompañó la ingesta. Espontáneamente, tomó otro insecto y repitió la acción; las mujeres indígenas se rieron y comentaron entre ellas.

Rebeca opinó:

- Esto está muy sabroso, ¿Que tiene?... Está salado. -

Añoima contestó por su prima:

- ¡Korori!... Para dar sabor. -

- ¿Esto lo ponen en la carne también? - Preguntó la muchacha.

- ¡Sí! A todo... Es para dar sabor a todo -, Respondió la mujer.

La visitante cambió la conversación después de pedir un poco del condimento; el cual Payekeima preparó en un pedazo de hoja de casupo. Rebeca comenzó a hablar del motivo de su visita:

- Vine para conversar sobre lo que piensa yanomami de hacer el amor... Del sexo... ¿Eso es malo?... ¿Es bueno? -

- ¿Por qué tú preguntas eso?, - La interrogó Payekeima.

- Quiero saber de yanomami, de su vida-.

- Frakihimai (Fornicar) no es malo... Es bueno... Todos pueden hacerlo, porque eso gusta mucho... Muchacha... Muchacho... Hombre... Mujer... Perro... Mono... Paruri... ¡Todos! -.

Añoima intervino:

- Pero Yanomami es gente; no puede hacerlo con hermana o con mamá-.

- ¿Y las mujeres que tienen esposo? - Preguntó la joven.

Añoima le respondió:

- Esas no... Pero muchas mujeres lo hacen escondido, con otros hombres. Entonces marido se pone muy bravo y regaña y pega -.

- ¿Con que le pega? -.

- Con palo... Tiene que sacar kōrekōre këki. Así, marido queda muy tranquilo y la gente no habla-.

- ¿qué es kōrekōre kēki?-.

- ¡Eso!... Cuando rompe-.

- ¡Aaahhh!... Eso se llama “sangre” -.

- ¡Sangre!, - Repitió Payekeima,

- ¿Cómo le rompe?... ¿Dónde le rompe? - Siguió preguntando Rebeca.

- Puede romper he si (cuero cabelludo) con palo o con hāto (arco) o puede quemar con kai kē wakē (tizón, leño encendido) aquí - La mujer señaló su vagina.

- ¿Hombre con hombre y mujer con mujer hacen el amor?, preguntó Rebeca.

Payekeima respondió:

- Eso también lo hacen, pero cuando están ihiru (niños)... Lo hace con familia, con primos, pero con hermanos no, se castiga... Pero cuando crecen, muchachos buscan muchachas... Muchachos también hacen con animales, con árbol... Y la gente regaña... Estos muchachos disfrutan como gente grande.

- Dime otra cosa... ¿Por qué un hombre y una mujer se pintan el cuerpo con onoto?

- ¡Aahh!... Cuando dos muchachos se pintan con onoto es que están enamorados y ellos vienen así, pintados, entran en la comunidad y todos saben que están enamorados y que se van a casar y luego ella colgará su chinchorro en un sitio que está vacío y llevará el chinchorro del muchacho y lo colgará al lado del suyo, entonces están casados. -

Las mujeres hicieron mención de otras particularidades sobre amor y relaciones sexuales entre la gente. Hablaron sobre las reacciones de algunos hombres al saber que sus esposas frakihimai con otros hombres o muchachos. Le contaron el caso en que un hombre arrastró por los cabellos a su mujer, por toda la plaza del shapono y le quemó la vagina y las nalgas porque fornicaba con muchos muchachos cuando iba al conuco o a pescar.

De repente Rebeca recordó un detalle y preguntó:

- ¡Oye! ... ¿Por que los hombres se tapan el pene con la mano y no dejan que se lo vean? -

Añoima saonrió y se encargó de contestar:

- Eso no le gusta a los hombres... Que le vean la punta del pene... Eso es muy malo cuando lo ven otros... Da mucha vergüenza... Por eso ellos lo tapan o amarran... Puede haber pelea si se lo ven o lo enseña. -

Han pasado como 2 horas en conversación, Rebeca se levantó y se dispuso a marcharse, antes tomó varios insectos tostados y fue comiéndolos por el camino hacia su hogar.

Al llegar ya su gente está reunida en la entrada del alero; todos está sentados sobre pequeños troncos en el suelo o en cualquier otro objeto improvisado como asiento; es la hora del conversatorio. Está Haminawë, su hijo Kaopewë y su primera esposa Tataoma. Están también dos viejos de quienes no conocía el nombre; vio al joven Kosirewë y a Irasimi, la amiga de Erasmito; notó la ausencia de Tahawë; se acercó y saludó:

- ¡Buenas noches!

Su padre le respondió:

- ¡Hola hija!... Siéntate... Vamos a oír el origen de los Yanomami; nos las va a contar Haminawë y los otros viejos. -

Capítulo XVII

Somos los que somos

Génesis

Haminawë inició su exposición:

- Hayë (padre) me contó que antes no había yanomami. Un hombre de nombre Periporiwë vivía con su thëëyë (hija) Puripayoma y su hekamayë (yerno) llamado Amoawë y también su nieto... Ese hombre estaba muy enojado con su hija porque ella no quería tener esposo, no quería ihiru keyai (copular para hacer un niño); quería a su marido como eiwë (hermano)-.

Así comenzó Haminawë a contar la historia aprendida de su padre; hizo una pausa y luego continuó:

- El hombre estaba muy bravo... Un día invitó a su hija con su nieto, para ir al monte, lejos del shapono... Estando allá, la mató... La estranguló y ordenó a su nieto que le sacara sus ovarios... El hombre los envolvió en una hoja y los llevó al shapono, donde los asó para comerlos... Pero después que los comió se sintió muy mal... Se puso muy caliente y sentía gran ardor por dentro... Comenzó a gritar por toda heha (plaza del shapono) y en eso su cuerpo se comenzó a elevar... Los niños se reían, pensaban que Periporiwë estaba loco o era un juego y le lanzaban cosas; pero el hombre subía más y más y giraba... -.

- Los hombres pensaron que era algo muy serio... Se reunieron en el patio y le dispararon varias flechas... Todos imiki sina (fallaron el tiro)-.

Todo el grupo de oyentes estaba expectante; nadie se atrevía a interrumpir pendientes de las palabras del hombre con conocimientos. Los otros viejos presentes asentían con la cabeza, mostrando su acuerdo con lo expuesto, el jefe continuó:

- Suhirinariwë estaba acostado en su chinchorro; era un guerrero waitheri muy respetado, porque era muy bravo... Vio que todos fallaban... Se levantó despacio, tomó su hãto y shereka

(arco y flechas) y disparó... Shreka pegó en el pecho de Periporiwë y éste ya no se movió... De la herida salieron gotas de kōrekōrë këki (sangre), que comenzaron a caer a la tierra; cada gota, al tocar el suelo, se convirtió en un yanomami waitheri... El hombre se quedó sin sangre y comenzó a bajar lentamente hacia la tierra y se transformó en un cerro que se llama Peripori-maki... Arriba quedó el no-porepi del hombre, que luego se convirtió en Peripo, que es la luna... Los hombres que estaban ahí, los antiguos hombres que no eran yanomami, se convirtieron en animales ese mismo día-

Haminawë hizo silencio.

Omaira aprovechó para preguntar:

- ¿Qué es "no-porepi" ... y "peripo"? -.

Uno de los viejos que acompaña al jefe contestó desde su asiento, sus palabras son casi todas en su idioma, pero los visitantes podían comprender la mayoría de las frases y el sentido que el hablante le estaba dando. El viejo explicó:

- Nosotros yanomami tenemos esto de parte del espíritu, (señaló la cantidad de 3, con sus dedos) ... No-porepi, es una parte, es un alma, ella está en el cuerpo... Adentro... Cuando yanomami muere, no-porepi sale... Se va... Es igual al cuerpo... Pero bien adornado, con wisha, paruri; pintado; lleva he horoi (plumones blancos que se colocan en la cabeza como adorno) ... No-porepi no se pone viejo, siempre está joven-

El hombre se detuvo, como buscando las ideas o las palabras adecuadas y continuó su exposición:

- Yanomami también tiene no-reshi... ésta es igual a la persona... Pero no está adentro... Está afuera del cuerpo... Nunca se unen... Pero lo que pasa a uno le pasa al otro... Si dañan al no-reshi, dañan el cuerpo... Si uno muere... Muere el otro... Cuando yanomami muere, no-reshi queda en urihi (la selva) ... no va a hetu-misi (el cielo)...

- Yanomami también tiene no-uhutipi... Se llama también pore; permanece en el yanomami cuando muere... Se va cuando queman cuerpo muerto-

El hombre quedó en silencio; consideró que su explicación había concluido.

Haminawë retomó la palabra y terminó de contestar a Omaira:

- Peripo se llama la luna - Luego continuó:

- De la sangre de Periporiwë sólo nacieron hombres, no había mujeres... Por eso, aquellos

hombres frakihimai (fornicaban) con huecos en los árboles, en la tierra, con animales y con sus compañeros... Uno de ellos llamado Kanaporiwë, estaba muy bravo porque otros hombres eyaculaban en su bosí ka (ano, culo)... Por eso pensó y dijo a otro yanomami que haría un hueco en su pantorrilla para que los otros frakihimai... Después de que muchos fornicaron con su pantorrilla, la pantorrilla se hinchó como barriga de mujer... Estaba preñada... Pronto ihiru thabrai (parió)... Ihiru keyai una niña... Ella creció y fue la primera mujer de los nuevos yanomami; se llamó Kanaporiyoma por el nombre de su padre Kanaporiwë... Su padre la dio como esposa a un yanomami y nacieron dos niñas que otros tomaron como esposas... De esta manera, nacieron todos los yanomami y tuvieron compañeras para hishahi shamou (hacer el amor)... y para ihrubi rarou (procrear)...

- Así fue cómo nacimos nosotros, los yanomamis... Por eso somos hijos de la luna. -

- ¡Muchas gracias Haminawë!... - Agradeció Erasmo. - Todo lo que dijiste es importante, para conocer como es tu gente, tu pueblo... Ojalá tengamos la oportunidad de explicarte, con la misma claridad, el origen del pueblo de dónde nosotros venimos. -

- No tengas preocupación Erasmo... Nosotros sabemos de napë, hace mucho... Nuestros ancestros siempre contaban... Ahora tú aquí, con tu gente... Ahora sabemos más y eso lo sabrán nuestros hijos y los hijos de ellos... Ojalá que nuestros hijos puedan decir, como nosotros... ¡Estos napë son hermanos! -

Luego de la explicación, como siempre, se abrió el período donde se hacen comentarios, se emiten opiniones y puntos de vistas; la participación es siempre espontánea hasta que el tema se agota. De esa manera, la velada concluyó y las personas se retiraron a sus hogares. En eso, el jefe de la comunidad se acercó a Erasmo:

- Ha llegado mensajero de Yuri... Mandó Kayupawë, trajo invitación a fiesta... dos días después de henaja (mañana) hama huu Yuri (vamos de visita a Yuri) tú eres hama (visitante), lleva tu gente. -

- ¡Gracias! - Respondió Erasmo, - ¡Iremos! -

Se sentaron en sus sitios a ingerir pescado asado con plátano. Dolores manifestó un deseo en forma de interrogante:

- ¿No habrá posibilidad de conseguir una olla de aluminio?... Mucha gente las tiene... Necesitamos conseguir una... Yo quisiera preparar una sopita y comer algo sancochado y hervir el agua-

Beatriz contestó:

- Yo he estado buscando y no he encontrado... No he sabido de alguien que le sobre una... Eso no es muy común. -

Erasmus aprovechó para informar:

- Kayupawë nos invitó a Yuri a una fiesta... He sabido que ahí se realiza el himou; una especie de ritual donde uno puede solicitar algo que desee y dar algo a cambio; pienso que es un simple intercambio. Ahí podemos solicitar una olla de aluminio. -

- ¿Y... Qué daremos a cambio? - Preguntó Erasmito.

Su padre respondió:

- Puede ser mi navaja o un machete, o la hachuela; sería bueno que ustedes escogieran lo que nos conviene más. -

Carlos, acordándose de Waimi, manifestó:

- Yo pienso que podría ser la navaja porque los machetes y la hachuela son muy necesarias para el trabajo diario... Sin eso estamos "fritos"... Además, estoy de acuerdo de que hagamos la visita lo más pronto posible, ya quiero ver a Waimi.

Aquella noche, la luz de la luna no da buena claridad, la amenaza de lluvia es evidente. Rebeca convidó a Beatriz a caminar por el shapono y su amiga accedió, en realidad, su intención es tratar de ver a Tahawë; le intrigó su ausencia en la reunión. Beatriz opinó, ante la evidente incertidumbre de su amiga:

- Pienso que Tahawë se molestó por lo que le dijiste... Debe estar arrecho. -

- Pero si yo no le hice nada... Solamente quería saber algunas cosas sobre lo que él pensaba. -

- ¡Mira!... Acuérdate que, a ellos, durante 500 años los han despreciado... por eso lo que aprenden de los extranjeros es que son unos abusadores; ellos saben que se les considera inferiores a los blancos... Seguro que cuando aquí vienen las autoridades, ya sean del gobierno, los militares, los médicos, los curas o... Cuando hacen eso que llaman "operativos"... O cuando van a traer ayuda de cualquier tipo; ellos deben sentir, por el trato que le dan, que los blancos se creen superiores... Todo eso... Para lo único que sirven esas intervenciones

es para reafirmar las diferencias... Nosotros lo que les mostramos siempre es nuestro mayor poder, las cosas que tenemos, las tecnologías avanzadas... Todo lo que ellos no tienen; sin pensar que sencillamente ellos no lo necesitan... Siempre le hemos estado restregando en la cara que somos superiores y que ellos deben hacer lo que le decimos... ¿O tu crees que las autoridades respetan lo que ellos dicen?... ¡No!... Siempre tratan de cambiarlos... De que se "civilicen" ... Pero ¿cuál civilización?... ¿Nuestros vicios?... ¿Nuestras enfermedades?-.

- ¡Si!... ¡Es verdad! - Respondió Rebeca con amarga resignación y auto-censura sobre lo que fue su conducta frente a Tahawë, que ahora lamenta.

Beatriz continuó su argumento: - Con seguridad, Tahawë no ha tenido conocimiento de una napë que se haya enamorado de un yanomami o que haya hecho el amor con uno de ellos... El debe considerar eso imposible y aun cuando tú le gustes, como se le nota, no se atreve a pensarlo, mucho menos a intentar algo... Tú le pusiste los senos para que te los tocara... Luego le dijiste que eso era malo... Para ellos eso no es malo... Pero ahora sabe que para nosotros sí... ¿Entonces?... ¿Qué es lo malo?... Lo que debe estar pensando es que, lo malo es que un yanomami toque a una napë... ¡Eso es! -

- Debe estar muy molesto - Respondió Rebeca, - ¡Bueno!... Trataré de disculparme cuando hablemos, eso no fue lo que yo quise decir. -

- ¡Tendrás que convencerlo! -

En la oscuridad, se acercaron al hogar de Tahawë; vieron al joven tendido en su chinchorro apenas identificado por la luz del fogón cuando se incorporó para tomar alimentos y comer. Rebeca no quiso seguir, le pidió a su amiga regresar.

Capítulo XVIII

Viaje sin tiempo

Disciplina de marcha

Durante el nuevo día hubo movimientos extraordinarios en la comunidad; evidentemente en preparación del viaje próximo a Yuri kë u, la comunidad del viejo shapori Kayupawë.

Se acumula plátano asado y se empacan en las watura; se preparan envoltorios con carne y pescado ahumado; se embalan tortas de casabe envueltas en hojas de platanillo; algunos hombres preparaban sus arcos y flechas y mujeres construyen y arreglan adornos de pluma, pinturas corporales y otros elementos para el atuendo elegante.

Los visitantes lavaron la ropa que tenían sucia y revisan sus pertenencias; Omaira ha estado pendiente de los implementos y medicamentos que aún quedan y tiene especial cuidado al organizarlos y guardarlos para el viaje.

Los jóvenes napë limpiaron las armas, los machetes y demás objetos que servirían para defenderse ante la posibilidad de ataques enemigos durante el viaje. Inicialmente piensan que las amenazas pueden venir sólo de los shamatari. Sin embargo, por Kosirewë supieron que un ataque podría venir de incursores de cualquier comunidad que no fuera amiga, desplazada por la guerra en el alto Orinoco, que pudieran pensar en robarse sus mujeres.

Algunos salieron a pescar, otros a cazar en cotos cercanos; el producto obtenido se asaría en tarimas preparadas para tal efecto, en un sitio cercano a la puerta Norte.

Al día siguiente las actividades continuaron con el mismo ritmo, cada grupo familiar se prepara individualmente.

Rebeca salió a caminar por el shapono, trata de ver a su amigo Tahawë; el día anterior no lo vio y, muy a su pesar, siente que lo extraña, que le duele que esté molesto. Tiene la intención de superar el mal entendido; más bien, como dice su amiga, superar el error cometido que ahora reconoce. Caminó hacia el hogar del joven, pero antes de llegar, se dio cuenta de que su chinchorro está vacío; concluyó que no está en la comunidad.

- «Debe andar cazando»- Pensó.

La muchacha se devolvió a su hogar, continuaría ayudando en los preparativos de empaquetar comida y guardarla en las watura que han estado consiguiendo con la gente, inclusive Tataoma, la primera esposa de Haminawé, les fabricó una.

En la noche, como a eso de la 19:00 horas, recibieron una corta visita del jefe de la comunidad quien se dirigió a Erasmo y le comunicó:

- Henaha ya hu henaobë (me marcharé muy temprano mañana)-.

Erasmo entendió lo que le dijo, pero no le respondió, sólo hizo un gesto de aceptación. No quiso preguntar por cuánto tiempo viajarían o cuándo regresarían, sabe que no habría respuesta porque el tiempo no es significativo para ellos. El tiempo no existe como limitación o imposición, sabe que sólo iniciarían el viaje con un destino; lo demás no tiene relevancia.

El jefe se retiró y ellos quedaron comentando el asunto; Dolores preguntó:

- ¿Tú averiguaste si hay algún tipo de riesgo... ¿Si hay alguna otra opción? -

- ¡No! - Contestó Erasmo, - Lo que sé es que ese tipo de invitaciones no debe depreciarse... Es una manera de crear y fortalecer alianzas... De intercambiar muchas cosas, inclusive esposas... Es una manera de reforzar la amistad... Yo pienso, que, en esa visita, podremos encontrar ayuda para salir a Mavaca -.

Rafael intervino y argumentó:

- Creo que nuestro objetivo en esa visita deberá estar orientado a lograr ese apoyo... Pienso que debemos trazárnoslo como una meta... La estrategia debe ser la de ganarnos a Kayu-pawë. -

- Pero ¿Cómo? - Preguntó Beatriz.

- ¡No sé!... Pero ya veremos... Hablaré con Haminawë para que nos ayude en eso... El desea que nosotros resolvamos nuestro problema. Lo ve también como un futuro beneficio para ellos. -Contesto Erasmo.

Erasmito intervino:

- Entonces tenemos que lograr que para el viejo shapori de Yuri, ayudarnos también sea de su interés... Yo pienso que debemos plantearlo como un negocio... Ellos nos ayudan y posteriormente nosotros volveremos y le regresaremos el favor o le pagaremos como ellos quieran... Eso es lo que hay que tener en mente. -

- Eso es interesante - Respondió Dolores – Pero, debemos explorar con prudencia, cuál es la mejor opción... Debemos evitar cualquier acción que pueda generar el efecto contrario. -

Omaira intervino:

- No sabemos cuántos días estaremos por allá, ni a qué distancia está Yuri de aquí... Esto, por si llegan a buscarnos y no nos consiguen... ¿No es eso un enorme riesgo? -

Erasmo respondió a su esposa:

- Hacen ya casi cinco meses desde que nos caímos... Pienso que el esfuerzo de búsqueda debe haber disminuido sensiblemente; de ser así, la posibilidad de que puedan llegar hasta aquí la veo muy remota... He llegado a la conclusión que pensaron que yo no iría tan al sur; que con una tormenta proveniente del Este buscaría llegar a San Fernando si no podía alternar con Puerto Ayacucho... O, buscar Calabozo... Ellos deben estar buscando por esas zonas, concentrarían su búsqueda por aquellos lados; inclusive, al Sur del río Meta, por la región del Inírida, en Colombia... -.

- Ellos no se imaginarán que sencillamente nos perdimos cuando cambiamos el rumbo y quedamos volando a ciegas... Eso no sucede con facilidad... Por más que lo he intentado no imagino en que momento perdimos el rumbo... Creo que fue cuando viramos para intentar evadir el cumulonimbo. -

Rebeca está oyendo toda la conversación, pero no le prestaba atención; sólo piensa que, durante el camino a Yuri, pudiera ser difícil ver a su amigo:

- «El no se parece en nada a aquellos que sólo piensan en el bonche, en los modelos de carros y en la última versión del celular, en rustiquiar o surfar... ¡Eso es lo de ellos!... lo insulso y lo frívolo. Esta gente está en otra cosa... En la verdadera lucha por la vida... Sin facilidades...

Pero, aun así, pueden ser más felices que nosotros... Son más auténticos. Creo que ya no podré adaptarme nuevamente a la gente de Caracas»-.

Beatriz observa a su amiga; imagina su conflicto interno aun cuando ella misma supone que Rebeca no puede estar enamorada del indio; pero duda:

- «Puede ser un simple caprichito... ¡Bueno!... ¡No sé!... Uno no puede decir, como dicen por allá, ¡De esta agua no beberé!». -

La perspicaz muchacha observa también a Carlos; éste había permanecido muy callado.

- «¡Coño!... Ahora si nos jodimos... Debe ser la chama esa de la Waimi... Los vi mucho conversando y hasta paseando solos... Esto si es un rollo... Espero que las cosas no tengan mayores trascendencias». -

Las cavilaciones de Beatriz se vieron interrumpidas por la voz de Erasmo, quien se dirigió al grupo:

- Definitivamente tenemos que ir para ese viaje... Es una oportunidad de oro para conseguir apoyo... ¡Bueno!... Esa es una decisión que debe ser unánime por lo que podría representar... Quiero que alguien me diga, con sinceridad, si piensa que no deberíamos ir-.

Se hizo silencio, nadie consideró oportuno no aceptar la invitación, Erasmo concluyó entonces:

- ¡Bien!... La salida debe ser antes del amanecer, dejemos todo bien acomodado... ¡Oye Dolores!... ¿Le pusiste al pescadito el polvito ese de condimento que trajo Rebeca la otra noche? ¿De dónde sacan eso? -

La mujer respondió riendo:

- ¡Si!... Hemos estado comiendo con eso... Se llama "korori", es la ceniza de una madera especial que queman... Parece un tipo de sal, pero tiene un sabor mejor... Kosirewë me trajo más, ya tenemos bastante... Me imagino que servirá igual en un sancocho. -

Omaira se levantó de la mochila donde estaba sentada, la tomó y la colocó en el fondo del alero; posteriormente extrajo un cepillo de peinar y ya sentada en su chinchorro, comenzó a arreglar su cabello.

Los demás fueron haciendo lo mismo; eran ya como la 20:00 horas de aquel día de Dios.

Cerca de las 04:00 horas, se inició el movimiento en la comunidad; se oyen conversaciones, llamados, gritos, regaños: en todo caso, es indicativo que la dinámica del viaje se ha iniciado. El movimiento, expresado con alboroto, funcionó como “despertador” para Erasmo y los suyos. Ahora, la dinámica también se inició en este hogar.

Eran las 05:00 h., cuando la gente comenzó a salir; los visitantes esperan para sumarse a la marcha; Haminawë se acercó a Erasmo y le dijo en yanomami:

- Camina uno atrás de otro... Un hombre, una mujer... Caminaremos despacio -.

Erasmo asintió, seguidamente fueron avanzando y saliendo por la puerta Este. La columna de Erasmo se insertó en la gran columna de la comunidad; la separación entre los caminantes era de 2 m., aproximadamente; delante de la columna de los extranjeros, respetando el orden de marcha, va Carlos seguido de Rebeca, sigue Erasmito y luego Beatriz; posteriormente Erasmo seguido por Omaira y Dolores, quienes marchan juntas; detrás de ellas, va Rafael cerrando este sector.

Los extranjeros previeron situaciones respecto a inclemencia del sol y de la acción de los zancudos, por ello llevan camisas con mangas largas y algunos, gorras con el logo de la empresa de Erasmo, todas de color carrubio con vivos amarillos. Los hombres llevan arcos y flechas con excepción de Erasmo, quien porta en el lado derecho de su cintura, la hachuela en su funda y en su bolsillo lleva su navaja. Carlos, además de su arco y flechas, lleva oculto bajo la camisa el revólver y en el bolsillo, varios cartuchos. En su cintura, colgando en su funda, lleva uno de los machetes. Erasmito lleva el rifle atado a su mochila y sus flechas a la usanza Yanomami; por su parte, Rafael lleva el otro machete enfundado y en su mano, una vara larga de punta aguda, no porta arco y flechas como los demás.

De las mujeres, la única armada era Rebeca; sujeto al cinturón porta el cuchillo de monte guardado en su funda. Tanto Erasmo como las mujeres llevan en su mano derecha, la vara de 2 m. de largo, tal como lo hicieron durante la primera fase de sus experiencias en aquel medio.

Erasmo lleva en la mano su brújula y una libreta de notas, de igual manera, dentro de una bolsa plástica, el mapa bien doblado y colocado dentro de la camisa, listo para plotear cualquier accidente o característica del terreno que pudiera identificar. Al salir del shapono, solicitó al viejo Ripanawë, que en ese

momento pasaba junto a él, que le señalara la dirección donde se encuentra Yuri. El viejo, quien no había participado en las prácticas diarias de intercambio idiomático, contestó señalando hacia un cerro, cuya oscura silueta se perfila difusa en el horizonte del crepúsculo náutico matutino de aquella mañana cargada de humedad.

Tomó nota ayudado por la luz de la linterna y marcó 73° rumbo SE como el rumbo señalado por el viejo. Al lado de la anotación, marcó la hora exacta del inicio de la marcha, son las 05:14 h. de la fría mañana. Guardó la libreta en unos de los bolsillos de su chaleco de vuelo y en otro, el bolígrafo.

Atravesaron el conuco e iniciaron el camino bajo la vegetación alta del bosque circundante, pero el camino está despejado de vegetación por ser de tránsito diario. La corriente del río, al pasar por zonas pedregosas, deja oír su rumor a la izquierda de la columna. Se fijó en Omaira y Dolores, quiso cerciorarse que van cómodas con sus mochilas en la espalda. Buscó con la mirada a Rebeca y a Beatriz; pudo ver a ésta última, pero no a su hija, ya que camina oculta por la bruma que aun domina el paisaje.

El camino comienza a descender lentamente, por lo que se ven obligados a apoyarse en las varas que les sirven como especie de cayado. El bosque se va aclarando por la disminución de la densidad del dosel alto y el dominio de árboles de baja estatura. Pronto se abrió una sabana cuyo nivel continúa en descenso. Por el lado izquierdo, a unos 200 m., el río se perfila con claridad; la suave pendiente va disminuyendo. Atravesaron una pequeña corriente de agua de apenas unos 30 cm. de ancho; a Erasmo le pareció una línea de Talweg; es decir, una vaguada, la cual, dada la pendiente, debería aumentar su cauce durante el período de lluvias. Tomó nota mental de las sinuosidades, pero por los momentos sólo puede relacionarlas con la posición del shapono.

- «Debo estar pendiente y acordarme de todas estas características para poder identificarlas en el mapa» - Pensó.

Rebeca, un poco más atrás que su padre, intenta ubicar el paradero de su amigo Tahawë, pero hasta ahora no le ha sido posible ubicarlo, en ese momento Kosirewë va pasando a su lado rumbo a la vanguardia de la columna; la muchacha lo detuvo y lo interrogó:

- ¿Dónde está Tahawë? -.

- El está adelante, con otros guerreros; salió noche. Están cuidando que el camino esté bien; que no haya enemigos. -

- ¡Bien!... Cuando lo veas dile que quiero hablar con él - Le solicitó la muchacha.

El joven afirmó y siguió su camino.

Los niños y ancianos hacen lenta la marcha; las condiciones del terreno han ayudado hasta el momento; los obstáculos han sido mínimos y el camino ha permanecido despejado. Erasmo observó su reloj, confirmó que ha pasado ya una hora de camino; estima que han avanzado poco más de 1 km. Una hora después, llegaron al tope de una colina: Erasmo observó a su izquierda la continuidad de una serie de lomas suaves; más lejos se ve la continuidad de la selva pero sólo las copas de los árboles, cuyo verde oscuro sobresale sobre la blanca bruma que oculta la vegetación más baja; a mayor distancia, en el horizonte, la nubosidad oculta la totalidad del paisaje. Han caminado dos horas y media cuando la marcha se detuvo; el sol está bajo todavía; el ambiente no se ha calentado; el rocío en la vegetación aún es palpable, la humedad continúa.

La gente de Erasmo se sentó y observaron que las mujeres yanomami extraen de sus wii (cestas grandes, como especies de canastos), alimentos variados y comienzan a distribuirlos entre los miembros de sus respectivas familias. Ellos se dispusieron a hacer lo mismo; Dolores tomó la iniciativa y sacó varios plátanos asados y varios pescados, igualmente asados que traen envueltos en hojas e inició la distribución.

Erasmo abrió su chaleco y sacó el plástico que guardaba el mapa, lo colocó sobre sus piernas, midió primero el rumbo y comprobó un desvío de unos 5° en dirección Este: Observó las elevaciones hacia el Oeste y el sitio aproximado por donde podía transcurrir el río, el cual, ya no puede ver. De manera general, ha tomado nota de las características del terreno andado, pero no puede identificarlo en el mapa; tendrá que seguir observando.

Rebeca, en su afán por saber de Tahawë, se fue hacia el sector donde está la madre de éste y le preguntó en su lengua; la mujer le contestó que está de seguridad con otros guerreros, pero no sabe dónde. La muchacha aprovechó para invitar a Ekimi, la hermana menor de Tahawë, para que camine en su grupo; la madre y la niña aceptaron gustosamente y Rebeca regresó con ella de la mano, ubicándola a su lado.

Beatriz se levantó de su sitio y camina entre las personas que comen y atienden a sus niños. Se dio cuenta que la columna tiene una organización interna; los grupos familiares cercanos básicos, como llamaba al que integran

padres e hijos menores, van juntos. Las familias que son más numerosas marchan en los primeros puestos de la columna. Le pareció un orden jerárquico definido por el tamaño del grupo familiar. También notó que los grupos que van delante, son aquellos en cuyo seno hay más hombres; su propio grupo está entre los más importantes; marcha de tercero en el orden establecido. Beatriz camina entre la gente, saluda y pregunta en el idioma yanomami; se da cuenta que algunas de las personas más viejas no van en el viaje; la mujer ciega no está, ni tampoco su hija Simirimi.

- «Debió quedarse cuidándola» - Pensó, mientras vuelve a su puesto.

La marcha continuó, subieron y bajaron varias lomas suaves, algunas de ellas casi desprovistas de vegetación, donde los afloramientos rocosos dominan el paisaje, luego reaparece la sabana. Al frente, se divisa el inicio de un bosque y la silueta de uno de los guerreros que espera al grupo para indicarles el camino correcto. A lo lejos, se oye el murmullo de monos araguatos, distinguible entre el canto ruidoso de una bandada de loros que, en ese momento, pasa sobre sus cabezas en dirección al bosque al que se dirige el grupo.

La columna va penetrando progresivamente en el bosque hasta desaparecer en sus entrañas. El ambiente es húmedo, el suelo está fangoso; los pies desnudos se hunden en el agua que empapa la gruesa capa de hojarasca; el sonido de las pisadas, en forma de chasquido, se reproduce en el silencio del ambiente.

Los gigantescos árboles están cubiertos por una gruesa capa de musgo; las lianas y plantas parásitas, con enormes hojas en forma de corazón, envuelven los grandes cuerpos arbóreos; muchas flores de diferentes tamaños y colores se pueden apreciar en aquel ambiente cerrado.

Omaira llamó la atención de Dolores sobre las numerosas especies de orquídeas que observa sobre troncos y ramas:

- ¡Miras esa belleza!, tiene colores como de tigre... ¡vele las rayas! -

- ¡Mira Omaira!... Mira aquella blanca con tonalidades morada... Tiene una raya anaranjada. -

- ¡Erasmus!... ¡Mira aquella!... ¡Esa!... La amarilla y morada... ¡Es grandísima!... ¡Nunca la había visto de ese tamaño! -

- En realidad, aquí un coleccionista o un cultivador, quedaría loco. - Aceveró Dolores.

Una hora, contó Erasmo, que duró aquel pasaje, que si bien, es un ambiente lúgubre, resultó una verdadera exposición de variedades de flores y especies de orquídeas.

Algunas flores, al alcance de la mano, pasaron a adornar los cabellos de las mujeres. Omaira, cariñosamente, colocó una blanca, con tonalidades rojas, en el ojal del chaleco de Erasmo.

Pasado ya el mediodía, superaron el bosque y comenzaron a avanzar en una vegetación menos densa; con árboles de menor tamaño. La luz del sol penetra con facilidad iluminando el ambiente. Desembocaron en un escampado donde se intercalan rocas superficiales con áreas de sabana; la columna debe serpentear entre las piedras para facilitar el avance hasta llegar a un morichal donde, de repente, estalló una enorme y ensordecedora algarabía, una banda de los que parecían ser cientos de monos capuchinos, se dispersó en huida, en dirección contraria a la posición de la columna.

- Con seguridad - Comentó Erasmo a Omaira,

- Estaban comiendo rasha y los asustamos... Pero... ¿Que pasaría con los cazadores que van adelante?... ¿Sería que los monos no los vieron? -

Siguieron caminando a través del morichal, cuyo suelo, al igual que el bosque recientemente pasado, está totalmente enchumbado; el guerrero que marcha adelante, indicó el camino más fácil; pareciera que, en estos lados, la lluvia se ha intensificado.

Atravesado el morichal y desaparecidos los monos capuchinos, otra banda dominaba ahora el ambiente: se trataba de un bullicioso grupo de guacamayas amarillas y verdes que dieron la alarma sobre la presencia de seres extraños. La columna dejó atrás las aves y continuó su camino por una sabana amplia que concluyó en un riachuelo de aguas cristalinas, donde los guías tenían previsto que la gente acampara.

Las mujeres entregaron sus bebés a las hijas menores para su cuidado y se dispusieron a organizar el tapiri. Los hombres cortan madera de árboles cericanos, otros preparan bejucos para los amarres y las mujeres cortan palmas y otras ramas que utilizarán para techar. Algunas se preocupan por encender fogatas utilizando como iniciador, una especie de resina que arde con facili-

dad; algunas recogen y acumulan leña para cocinar y calentarse, mientras otras se encargan de despejar el espacio que ocuparía el campamento.

Los aleros comenzaron a levantarse ubicados en forma circular. Erasmo y su grupo, con experiencias en el particular, procedieron igual que cualquier familia yanomami, pero no con la misma celeridad para terminar los trabajos. Ya muchos indígenas están descansando y comiendo en sus chinchorros, mientras que los extranjeros continúan en las labores. Algunas risas y burlas se oyen, a lo que por supuesto, no prestan atención y en su lugar les responden con bromas.

Algunas mujeres se dirigieron al río a bañarse con sus pequeños hijos e hijas; pocos hombres las acompañaron; algunos fueron, más bien, como centinelas. Todos mantienen sus armas a la mano. Las mujeres extranjeras se dirigen también al río para tomar el reconfortante baño.

Rebeca y Beatriz se desnudaron con tranquilidad, quedando sus cuerpos sin ninguna prenda de vestir. No así, Dolores y Omaira, resistentes a tal decisión, continuaron utilizando sus trajes de baños.

Rebeca estuvo pendiente, toda la tarde y parte de la noche, de la posibilidad de ver a Tahawë, pero no fue posible. En una oportunidad preguntó a Kaopewë y éste, al igual que Kosirewë, le informó que él estaba adelante como elemento de seguridad y dormiría en la selva, en funciones de escucha y observación.

La noche pasó tranquila, aun cuando una constante y pertinaz lluvia hizo el ambiente bastante frío; quizás el mayor frío sentido hasta ahora. Los fuegos son alimentados a cada momento, generándose chisporroteos que elevan luminosas cortinas de chispas hasta el techo de los tapiri; creándose luminosas incandescencias que resaltan en la oscuridad de la noche, alternándose, aleatoriamente, entre los hogares que conforman el campamento.

Las personas se levantaron antes del amanecer y se prepararon para la última fase de la marcha. Haminawë, quien en la noche visitó a Erasmo y su grupo, les informó que entrarían a Yuri al mediodía, cuando el sol estuviera más elevado, en el cenit.

La caminata de aproximación se fue realizando con normalidad; al atravesar una explanada de sabana y afloramientos rocosos, los visitantes pudieron constatar que llevan la custodia de guerreros por ambos flancos; en efecto, a

unos 500 m. a cada lado, se distinguían tres hombres armados con sus arcos y flechas y separados unos de otros; avanzando por el herbazal.

Ese espacio fue oportuno para las mediciones de Erasmo; como a unos 700 m., a su izquierda, observó con interés la cinta plateada del río que ha venido siguiendo con el mapa. Aprecia con claridad, la desembocadura de un tributario sobre la margen derecha de éste, es decir, la opuesta a la transitada por ellos. Captó un detalle importante, una caída de agua o raudal de buenas dimensiones, dada la elevada nube de vapor o rocío que genera. Extrajo el mapa con rapidez y trató de ubicar la particular característica geográfica; efectivamente, observó en el mapa las dos rayitas del símbolo convencional de “raudal” y/o salto de agua en la misma posición que en el terreno, cercano a la desembocadura de una corriente menor. Se contentó y mostró ampliamente su estado emocional. Con ansiedad buscó identificar en el mapa las elevaciones que se encuentran al Este de la dirección donde caminan.

- «¡No puede ser coincidencia!... ¡No es una coincidencia!... Es una característica del terreno identificada plenamente en el mapa» -. Pensó.

Procedió a marcarlo; luego midió el rumbo y comprobó que el originalmente registrado, continuaba con una desviación de 5° cargados al Este. Le restó importancia a este detalle debido a que aún falta un trecho por transitar. A partir de la característica identificada en el terreno, calculó su posición en ese momento y provisionalmente, la de la comunidad de Yuri.

Cerca de las 12:00 horas, la columna se detuvo: el jefe le avisó a Erasmo que había mandado a un emisario a avisar sobre su presencia, mientras, ellos procederían a hetai (adornarse cerca de la vivienda del anfitrión) para ingresar, de acuerdo al protocolo social de las visitas.

Capítulo XIX

Entrada triunfal

Frío protocolo

Los extranjeros ya saben adornarse y vestirse de gala como los yanomami: con exquisito cuidado deben dar buena impresión a sus anfitriones durante el baile, tanto en estética como en manifestaciones de bravura.

Añoima, Payekeima y Vami llegaron al sitio donde están los extranjeros, traen objetos de adorno; la primera de ellas, les dijo:

- Mi hirikou (hay que pintarse la cara) y también brazos y cuerpo. -

Rebeca y la pequeña Ekimi ya se estaban acicalando.

Las mujeres yanomami solicitaron a las extranjeras pintarle el cuerpo y las más jóvenes accedieron, de igual manera, se cambiaron los pantalones por unos cortos y dejaron sus senos libres.

Payekeima se hizo cargo de Beatriz y Añoima de Rebeca; cada una, con una pelota de onoto en la mano, dibujan líneas sinuosas y círculos en brazos, dorsos y piernas de las dos muchachas, previamente, humedecen la superficie de la pasta pasándola por su lengua. De igual manera, con una pelota de hollín endurecida, elaboran pequeños círculos, líneas quebradas y sinuosas en el rostro de Vami, utilizando para dibujar varillas de palma que humedecen con saliva. Las mismas líneas son dibujadas en las mejillas de las jóvenes extranjeras.

Vami trajo, en una pequeña watura, gran cantidad de motas de algodón, plumones blancos de aves y resina de peramán (caucho) para utilizarlas en la decoración; dijo al respecto:

- ¡Esto es he horoi! - (plumosnes de aves)-.

Seguidamente, utilizando la sustancia resinosa como pegamento, fue colocando columnas de moticas de algodón en los brazos, sobre los senos y en el torso. Estos mismos procedimientos lo realizaron con Omaira y Dolores, quienes sólo accedieron a pintarse dibujos moderados con onoto y algunas líneas con tonalidades negras y azules.

Los varones se quitaron sus camisas y pantalones quedando en traje de baño, se pintaron el cuerpo con onoto y “negro humo” y se colocaron motas de algodón sobre el cabello, brazos y torso.

Los niños buscaron palmas y las cortaron longitudinalmente por la nervadura central para dividir las en dos partes; cada parte la sujetan en los brazos semejando alas.

Cuando dieron la señal, los hombres entraron primero, blandiendo por encima de sus cabezas, sus arcos y flechas y enarbolando hachas y machetes. La danza consiste en avanzar cuatro pasos y retroceder dos. Carlos, Erasmito y Rafael entraron también bailando; aprendieron con facilidad el paso de la danza.

Posteriormente entraron las mujeres ejecutando los mismos pasos adelante y atrás, pero, levantan en alto sus brazos mientras cantan en coro. Las extranjeras bailan también al mismo ritmo, pero sin cantar. Dolores y Omaira permanecen a la expectativa al lado de Erasmo.

Tal como observaron a su llegada a Herami, el recibimiento de la gente fue frío, se mantienen observando en silencio a los recién llegados y miran con interés a los extranjeros, especialmente las mujeres. Omaira comentó a Erasmo:

- Fíjate en la actitud de los hombres al bailar, pareciera que más que un simple baile, se trata de una demostración de fuerza y belleza física.... Fíjate cómo colocan sus flechas en el arco, parece que intentan demostrar que son fuertes. -

Erasmo respondió:

- ¡Exactamente!... En eso estaba pensando... Mira a Haminawë y al viejo aquel, que no le sé el nombre... Mira como van... ¡Como pavoneándose! -

- Como modelando, diría yo - Respondió Dolores - Sólo ven hacia arriba... Esto es interesante, tenemos que conocer el significado... Mira a las muchachas, ya se han adaptado... Lo que no me gusta es que se exhiban así... Con los senos en el aire. -

- ¡Bueno!... Ya eso no hace impacto ni siquiera en nosotros... Yo... Al menos... Lo veo como una cosa natural... De esa manera, no son mal vistas, es lo natural y por eso la verán de manera más amigable. - Respondió Erasmo

Los extraños se mezclaron con los propios, aunque por su mayor estatura, destacan, distinguiéndose con facilidad en el conglomerado.

Carlos baila con orgullo, en sus brazos lucen paruri adornados con manojos de plumas de loro verdes y amarillas y plumas de guacamayo. En su cabeza resalta la negra wisha. Los tres jóvenes napë se pintaron y adornaron con la seriedad del caso; como para un ritual de gala y no como un simple acto folclórico. Llevan también arcos y flechas e imitaban los movimientos de los danzantes que van adelante. Sus actuaciones no generaron burlas, más bien admiración en los observadores.

Frente al hogar del jefe de la comunidad, se instaló el tronco de un árbol con un gran orificio cuadrado en el centro con una dimensión aproximada de 1.50 m. de largo por 60 cm. de ancho; su apariencia es el de una curiara rústica. El orificio está recubierto con hojas de plátano que cubren también los bordes. Contiene un líquido amarillento, espeso y grumoso que lo llena hasta el borde. Los danzantes se detienen y toman de aquel líquido usando unas totumas que permanecen flotando en el líquido; seguidamente siguen en la danza.

Erasmo y sus mujeres, acompañados por Haminawë, se acercaron al recipiente, invitados por Kayupawë y el jefe de la comunidad, a quien el viejo shapori llama aiwë (hermano).

Al aproximarse, se dieron cuenta de que se trata de carato de plátano maduro. El jefe de la comunidad se inclinó y tomó una de las totumas, recogió una porción del líquido, limpió el borde con los dedos y los sacudió dentro del mismo envase. Seguidamente entregó la totuma a Erasmo en evidente brindis honorífico.

Erasmo miró el rostro de Omaira, quien lo observa sonriente; recibió la totuma y tomó de su contenido. El jefe fue ofreciendo a cada uno de los presentes y todos aceptan y beben una porción. Erasmo repitió su ración, pero ni Omaira ni Dolores lo hicieron. Hombres, mujeres y niños, sin orden aparente, se acercan y tomar del precioso líquido, en oportunidades de manera golosa. La etiqueta era laxa, las personas escupen lo que no deseaban tragar y fuertes eructos se generan. En oportunidades, el líquido resbala sobre pechos y barrigas de niños y adultos.

El baile continúa su dinámica, tanto hombres como mujeres se detienen alternativamente, beben del carato y continúan la actividad. Por supuesto, Carlos y Erasmito quisieron probar la bebida con la resistencia de Rafael, quien no quiso tomar. Beatriz y Rebeca tomaron sólo una vez.

El baile y los cantos duraron como 30 minutos. Los danzantes se van deteniendo para buscar su sitio de alojamiento en el shapono. El jefe de la comunidad, acompañado del shapori Kayupawë, se acercó a Erasmo y lo abrazó diciéndole: - ¡Hama! - (visitante); seguidamente lo condujo al sitio que ocuparía junto con su familia mientras permanecieran en la comunidad. Esto mismo está sucediendo con las demás familias visitante, quienes, además, saludan a sus familiares y amigos que viven en esta comunidad. Los recién llegados cuelgan sus chinchorros y encienden sus fuegos.

Erasmo y su gente ocuparon su lugar, colocaron sus mochilas y otras cargas e imitaron a sus acompañantes en aquella aventura; comenzaron a desempacar, colgar sus chinchorros y buscar leña para prender sus fogatas

Rebeca se mantiene fuera del alero; colgó su chinchorro y en seguida salió; no se atreve a caminar sola por la comunidad, entre gentes que no conoce. Intenta ubicar a Tahawë; de repente lo vio entrar por la puerta cercana al sitio donde están hospedados; una puerta diferente a la que utilizaron para ingresar al shapono; llegó con dos guerreros de Herami; todos llevan la mitad del rostro y hasta el pecho pintado de negro. A la muchacha le saltó el corazón, se acercó a él presurosa y le dijo:

- ¡Quería verte... ¿Dónde estabas? - Seguidamente colocó su mano sobre su pecho.

El hombre no se inmutó ni contestó la interrogante, buscó en su cintura, entre la piel y la tela roja del guayuco, extrajo un objeto que puso en la mano de la muchacha; se separó de ella y siguió su camino sin decir palabra alguna. La joven quedó sorprendida por el gesto de su amigo, abrió su mano derecha y observó el objeto; se trata de una piedra semipreciosa en estado bruto, admiró sus reflejos anaranjados, parece una especie de topacio, pero de un anaranjado más oscuro.

Miró fijamente la piedra y luego la apretó fuerte; seguidamente entró a su nuevo hogar y se sentó en su chinchorro; muy a su pesar, siente una fuerte emoción al observar el hermoso obsequio.

Carlos también se ausentó del hogar; Waimi, pendiente del joven, se dirigió a una de las salidas del shapono, esperó a que el muchacho la viera y le hizo señas de que lo estaba esperando. Carlos colgó su chinchorro y salió hacia donde la muchacha lo espera; ella salió por detrás de una gruesa ceiba y le hizo señas para que se acercara, él fue hasta ella y la abrazó, la muchacha se pegó fuertemente a su pecho, respondiendo al abrazo.

La joven levantó el rostro buscando el beso que probó la última vez que se vieron; él volvió a besarla, pero ahora con más intensidad. Ella se sorprendió e intentó separarse; se trata de una nueva sensación no experimentada antes, cuyo efecto erógeno la turbó. Waimi ofreció nuevamente su boca, alzándose sobre la punta de sus pies desnudos; recibiendo como respuesta, una caricia más larga y mucho más intensa, aunque ella no supo cómo responderla de igual manera; se separó sonriente y le dijo:

- kiha bēhēki kuwaa hēribē, bora - (vamos a ir por ahí, al salto de agua).

El muchacho entendió correctamente, le dijo que avisaría a su familia que estaría afuera en el río; ella esperó detrás de la ceiba mientras él entró al shapono y llamó a Erasmito:

- ¡Mira!... "Mosca" ahí, voy al río con Waimi... Por si acaso preguntan por mí-.

- ¡Bien!... no te preocupes... ¡Mosca!.. Ten cuidado. - Le respondió Erasmito.

Salió nuevamente y tomó a la muchacha por el brazo; ella lo llevó corriendo por un pequeño sendero que conduce directamente a un pequeño salto de agua que alimenta una laguna de aguas cristalinas.

Al llegar, ella se quitó la falda que usaba como vestimenta y corrió totalmente desnuda introduciéndose en el agua, desde donde lo llamó:

- ¡Ven!... Entra en el agua... Nada conmigo. -

El muchacho, sin perder tiempo, se quitó el traje de baño y los adornos que aún llevaba y se metió desnudo también, aguantando, como los yanomami, su miembro viril con la mano derecha; ella observó su abundante vello púbico y sonrió.

- «Yanomami no tiene mucho» - Pensó.

Se abrazaron y ella le susurró:

- ¡Hishahi hamou! ...¡Hishahi hamou! -

Como las 15:30 horas de aquel día soleado; hechos los preparativos para la vida en el aposento asignado, las mujeres y los hombres coincidieron en la necesidad de asearse, sobre todo, para despejar el cansancio y quitarse las pinturas que llevan en el cuerpo. Recogieron sus toallas y lo que les queda de los muy ahorrados jabón y crema dental, además, ropa limpia. El grupo salió por una puerta diferente a la utilizada por Carlos y Waimi, que conduce a una parte ancha del río.

De retorno en el shapono, recibieron la visita de Teshepenawë, jefe de Yuri; acompañado de Kayupawë; el jefe abrazó a Erasmo y le dijo:

- ¡Nohi! ... ¡Nohi! ... ¡Ven a wayamou! -(Amigo... Amigo... Ven a conversatorio)-.

- ¡Voy ahora! - Respondió Erasmo,

Sabiendo de lo que se trata, tomó su navaja y la metió en su bolsillo, pidió a los hombres del grupo que lo acompañasen; en ese momento viene llegando Carlos; éste se cambió rápido y se sumó al grupo.

Accedieron al centro de la plaza de aquella comunidad, un poco más pequeña que Herami. En el sitio están acucillados Heminawë, Tahawë, tres hombres más de la comunidad de Herami y cuatro de la comunidad de Yuri. Erasmo observó la manera de conversar; en cuclillas por parejas formadas por un hombre de cada comunidad, muy cercano uno a otro, los rostros casi se tocan. El hombre de la comunidad anfitriona que hace pareja con Tahawë, con sus manos sobre los hombros de éste, le dice:

- Yo tengo una hija para ti... Puedes tenerla... Yo necesito buen yerno, fuerte, valiente... Hija es buena trabajadora, sabe cocinar paují, danto, chácharo y hormigas... todo, todo... Ella pesca muuucho... ¡Muuucho!... Y es fuerte para tener muchos hijos varones, guerreros. -

Tahawë no respondió, pero seguía sentado con el hombre.

Erasmo se sentó en el suelo con las piernas recogidas. El jefe Teshepenawë se sentó frente a él, puso sus dos manos sobre sus hombros y Erasmo hizo lo mismo. Así abrazados, iniciaron una conversación; el indígena comenzó:

- ¡Napë!... ¡Napë!... napë malo bruka... bruka (mucho... mucho), Ellos comen oro... Son

hermanos de bachacos... Comen urih (selva)... pero tú eres nohi (amigo), tú eres amigo de mi hermano... Tú tienes muchas cosas que yo no tengo... ¡Yo no tengo naaaada!... ¡Nadiiita!

Erasmus ya conoce la treta de aquel tipo de negociación y respondió en el idioma de su anfitrión:

- ¡Yurithery... Amigo!... Tú tienes una cosa que yo necesito mucho... Ahora la necesito para comer... Yo no puedo comer... Ni mi esposa... Ni mis hijos... Necesito ¡muuuucho!... ¡muuuucho!... Yo quiero olla de aluminio, quiero llevar... Tú tienes muchas, porque tú eres jefe muy poderoso... Tienes muchos espíritus. -

El hombre respondió:

- ¡Oooh...Siii!... ¡Yo tengo olla nueveciiiita!... Ella es muy buena para cocinar todo, plátano, carne, pescado, paruri... ¡Tooodo!... Olla muy importante... ¡Muuuucho! -

Erasmus le contestó: - ¡Yo tengo algo muy importante para ti!... ¡Mira! -

Extrajo la navaja de su bolsillo, la abrió y dejó relucir la hoja; desplegó también una hoja más pequeña, unas tijeras, una pequeña lupa y un pequeño alicate; se la mostró; el indio quedó admirado. Erasmus aprovechó el impacto, tomó una hoja de una palmera que cayó durante el baile, para hacerle una demostración de lo filoso de la hoja:

- ¡Mira!... Corta mucho -. Tomó el resto de la palmera y la fue cortando con suma facilidad, demostrando el efecto de la filosa hoja.

Ahora le enseñó la pequeña lupa de la navaja. - Con esto puede hacer fuego cuando el sol está caliente... ¡Mira! - Erasmus tomó el resto de una pequeña hoja que había cortado y concentró en un punto, el rayo de luz proveniente del sol; unos segundos después, un pequeño punto negro comenzó a humear hasta incendiarse. El indígena no podía salir de su asombro, no podía comprender el fenómeno. Erasmus plegó la lupa y le entregó en el instrumento al jefe diciéndole: - Toma... Usala. -

El hombre tomó la navaja en sus manos y curioseando con el instrumento, despliega y vuelve a plegar sus elementos contentivos; revisa con curiosidad la pequeña lupa e intenta repetir la acción de Erasmus, luego se la colocó en la cintura y asumió una posición de altivez, de distinción que le daría el lucir aquel artefacto.

Se volteó y gritó a su mujer que le trajera la olla de aluminio nueva.

Al rato llegó la mujer mostrando su disgusto por tener que entregar el utensilio; la mujer está enardecida, le grita al marido:

- ¡Tú me das pocas cosas... Luego las tomas... Ahora le das a los napè esa olla... Ellos no son yanomami... Ellos no son gente! -

El hombre le enseñó la navaja y le dijo algo ininteligible para Erasmo; la mujer tiró la olla y se volteó, retirándose del lugar. El jefe tomó el recipiente, como de 10 lts. de capacidad y lo entregó a su contraparte en la negociación.

El himou continuó por varias horas; los jóvenes se equiparon con flechas, carcaj, puntas de diferentes tipos y algunos adornos de piel y plumas; entregaron algunas franelas y pantalones cortos.

Teshepenawè les dijo a los visitantes:

- ¡Èbënamou! - (vamos a tomar yopo, droga).

Todos se acucillaron nuevamente en espera del jefe, quien fue a su hogar y regresó con dos tubos de bambú u otra especie de caña, ambos tienen de largo como 60 cm. aproximadamente; trajo también una pequeña tapara con un solo orificio, cuyo contenido vertió sobre una hoja; el jefe tomó uno de los tubos e introdujo uno de sus extremos en el polvo gris proveniente de las taparas para recoger una porción de la sustancia; seguidamente la volteó y entregó el extremo donde está el polvo alucinógeno a Haminawè, quien se lo colocó en uno de los orificios de su nariz.

Por el extremo opuesto, el jefe sopló con fuerza, expulsando la sustancia hasta el fondo de las fosas nasales del receptor; una pequeña nube del polvo salió por los lados del orificio de la nariz. El hombre trató de toser, carraspeó la garganta, se rascó la cabeza y escupió hacia un lado.

El jefe cargó de nuevo el tubo y repitió la operación; luego entregó el extremo del tubo con la droga a Kayupawè, quien recibió, en tres oportunidades las raciones de alucinógeno. Ahora le tocó al jefe ser servido, recibiendo varias dosis de parte de uno de los hombres de su comunidad, quien, a partir de ese momento, se encargó de suministrar las raciones a los tres hombres de manera alternada. El polvo no fue ofrecido a los extranjeros; a la quinta ración inhalada, Haminawè se levantó y comenzó a saltar como imitando el

andar de un mono; trataba, igualmente, de imitar los ruidos guturales que hace este animal.

Varios animales fueron personificados por los tres hombres, bailan y regresan a recibir una nueva ración. Erasmo y los muchachos están asombrados por aquella manera de celebrar, unánimemente no deseaban participar de aquello, por tanto, deseaban que no los invitaran. Los hombres drogados bailan, cantan y se comportan como los animales que tratan de imitar. Ya totalmente borrachos, fueron cargados por sus respectivas esposas y llevados a su hogar.

Cuando regresaron a su hospedaje, Erasmo y su personal mostraron orgullosos sus adquisiciones; pero las más contentas fueron Omaira, Dolores y el mismo Erasmo: ahora podrán tomar sopa, preparar un guisado y platos diferentes a los asados o ahumados.

Rebeca se muestra inquieta, desea salir a buscar a su amigo y superar su evidente distanciamiento; al final se atrevió cuando lo vio salir con Tattuwë; quien se encuentra en esa comunidad, pagando un servicio a su suegro por la hija que éste le cedió como esposa.

Ella los alcanzó fuera del shapono, los saludó en yanomami y le preguntó a Tattuwë sobre su permanencia en Yuri: éste le explicó que cazaba, pescaba y arreglaba el shapono, como servicio marital para sus suegros; que muy pronto se llevaría a su esposa a Herami y vivirían allá. El muchacho comprendió que ella buscaba a Tahawë, por eso se despidió y continuó, sólo, por un camino sinuoso.

Tahawë le dijo a Rebeca:

- mi hikōkai (ahora oscurece)... mi titi (se hace de noche) - En realidad, la noche había entrado hace como una hora.

Ella responde en castellano:

- Gracias por la piedra... Es muy bella... Siempre estará conmigo. -

El la observaba detenidamente, la muchacha le preguntó:

- ¿Por qué estás hushuo (molesto, bravo)? -

El joven le respondió: - Hushutou (me puse molesto) porque tú piensas que yanomami no es gente... Que son animales para napëyoma... Soy protegido de ira (jaguar)... El está en mi bariki (pecho)... Por eso soy waitheri... ¡Soy yanomami!... ¡Soy gente! -

- ¡No!... ¡No!... ¡No dije eso... Sólo quería saber... Conocer que piensa yanomami... Que piensas tú... Yo te quiero mucho y no quiero que estés molesto. - Le respondió Rebeca.

- Ya no estoy molesto - Le dijo Tahawë, - Yo te quiero mucho también. -

Ella se volteó y se colocó frente al joven; se inclinó para salvar la distancia de su mayor estatura y depositó sus labios sobre los suyos; una caricia que verdaderamente impactó al muchacho. Seguidamente, lo tomó de la mano y lo haló hacia unos arbustos cercanos donde ahora lo abrazó y besó con mayor pasión. Tahawë no reaccionó, probablemente nunca se imaginó que tal cosa pudiera sucederle; sin embargo, sus brazos rodearon los hombros de la muchacha, pero el idílico momento se vio interrumpido por la iluminación de algunos relámpagos y una ligera llovizna que amenaza con incrementarse.

Ella le dijo con evidente cariño:

- ¡Vamos!... Viene maõ - (lluvia).

Se dirigieron a la entrada del shapono tomados de la mano, ya la lluvia se había iniciado con fuerza.

Capítulo XX

La enfermedad, escenario de lucha

Hombre, espíritu y cosmo

Esta noche va pasando como la mayoría de las noches en aquella selva excesivamente húmeda; la pertinaz lluvia cubre la comunidad; los fuegos y las chispas se reflejan en el espejo del brillante suelo de la plaza del shapono; el frío es intenso en la oscura madrugada constantemente iluminada por cortinas de chispas que se elevan hasta los techos cuando los fuegos que las engendran son estimulados por figuras fantasmales que se recortan en el brillante fondo quienes, indistintamente, realizan la labor de alimentar y atizar las fogatas para proporcionarse el necesario calor.

El intrincado y simétrico tejido del techo del alero impide filtraciones de agua; es un trabajo aprendido y desarrollado durante miles de años; se contempla un nivel de perfección que proporciona a sus ocupantes cálido cobijo y seguridad.

En la madrugada dejó de llover pero, la nubosidad es baja, no se observa movimiento en la comunidad, una densa neblina se aprecia en el centro del shapono.

En el alero de los extranjeros, todos parecen dormir con excepción de Dolores, quien con expresión melancólica, tiene la mirada fija en el entramado del techo, siente el calor de la fogata como una agradable caricia en aquella fría mañana. De pronto, afinó el oído, le pareció oír gemidos. Concentró sus sentidos para identificar la naturaleza y origen del sonido escuchado; efectivamente, nuevamente percibe lo que reconoce como lejanos lamentos, que sin dudas, van en aumento; levantó la cabeza para percibir mejor; una segunda voz se unió a la primera y luego otras que, juntas, se van transformando en llantos y gritos.

Alarmada, se incorporó completamente y se sentó en el chinchorro; casi al mismo tiempo, observó la reacción de Omaira, seguidamente Beatriz y el resto del grupo; todos están sentados en sus chinchorros sin saber lo que está pasando. Los gritos van aumentando en cantidad e intensidad, evidentemente, algo malo está sucediendo. Erasmo se levantó cuando observó a varias personas, que, con rápido andar, se dirigen al sector izquierdo del shapono; comentó a su gente al momento que se ponía de pié:

- Algo está pasando en aquel hogar... Vamos a ver si podemos ayudar. -

Todos se arreglaron y salieron rumbo al hogar, centro aparente de un acontecimiento. La salida del grupo coincidió con Kayupawë, quien con pasos rápidos se dirige al mismo sitio. Erasmo lo abordó con rápido caminar:

- ¡Nohi!... ¡Nohi!... ¿Qué está pasando allá? -

El viejo le respondió: - Vieja Mitirama, esposa de Iroposhewë, está Hariri (enferma); quizás hekura enviados por shapori enemigo se llevaron su no-reshi (Una de las almas)... Aquí vino Iroposhewë a decírmelo y yo voy a ver. -

- ¿Nosotros podemos ir y ver? -

- ¡Si!... Tú eres napë amigo... Tú no haces daño... ¡Ven conmigo! -

El grupo se unió al viejo shapori y llegaron al hogar afectado. Una mujer vieja, de cuerpo muy delgado y arrugado está inerte en su chinchorro, parece inconsciente, a su lado, dos mujeres de menor edad y su marido Iroposhewë, la observan con preocupación; las mujeres lloran y una de ellas grita en una expresión evidentemente histriónica. El marido, al ver al shapori le dijo:

- ¡Shapori!... Anoche hubo maa brüüüka (muuuucha lluvia); con ella vinieron hekuras y se apoderaron del no-reshi de suwebiyë... Toma mucho ëbëna (drógate)... Busca en el camino de la noche... Encuentra a Barauri (espíritu maléfico del agua) él se la debe haber llevado. -

Kayupawë no respondió, observó a la mujer en el chinchorro; extendió sus dos manos con las palmas hacia abajo y fue recorriendo el cuerpo inerte, con lentitud y sin tocarlo; repitió la acción comenzando de la cabeza hacia los pies, en un intento de percibir la naturaleza y gravedad del mal, luego se dirigió a Iroposhewë:

- ¡Anda!... Llévala a la casa de los hekura... Allá voy a buscar su no-reshi. -

Los familiares, con la ayuda de algunos hombres, tomaron a la mujer en su chinchorro y la trasladaron a un espacio de la comunidad no habitado; en el sitio indicado, colgaron nuevamente el chinchorro. La mayoría de las personas se retiraron a sus hogares tomando aquello como una actividad rutinaria; otros se quedaron para observar el ritual y se sentaron sobre troncos, fuera del espacio habilitado como “consultorio”. De esta misma manera, procedió el grupo de Erasmo, no se querían perder esta nueva experiencia.

Paroriwë, shapori de Herami, pero de menor jerarquía por su condición de aprendiz, se sumó como auxiliar del shapori Kayupawë, al igual que Haminawë.

El marido de la enferma trajo una pequeña tapara con polvo alucinógeno y la caña preparada para insuflar. El primero en recibir una dosis fue Kayupawë, tosió rápidamente y escupió; recibió otra dosis y se levantó, rascándose desesperadamente la parte posterior de la cabeza. Los otros hombres que participarían en el ritual, recibieron también, dosis consecutivas.

Haminawë había comentado que Kayupawë es un shaman poderoso; es quien dirigirá esta curación. Ahora, por efectos de la droga, ha entrado en una especie de trance; sus labios comenzaron a temblar y sus brazos se extienden en forma de cruz; inició una marcha sobre el mismo sitio, simulando que camina con los brazos extendidos. Kayupawë llama a los hekura para que vengan y entren en su pecho; a los espíritus de la selva y del río para que vengan a ayudarlo a luchar contra el espíritu que se llevó el alma de la mujer; que lo ayuden a conseguir el camino y a rescatar el alma secuestrada para devolverla a su dueña.

Los hekura aparecieron y se apoderaron del cuerpo del viejo shapori; ya no era él, ahora es la encarnación de un espíritu; canta y baila, emite sonidos irreconocibles y danza alrededor de la enferma. Luego, con un viejo machete, trazó una línea recta entre él y su paciente; avanza sobre el trazado y luego retrocede para avanzar nuevamente. Es el camino hacia los espíritus. Los auxiliares están en trance también, hacen movimientos como tigres, monos, como reptiles; se insuflaban más yopo y evolucionan en su mismo sitio.

Kayupawë reza una letanía en forma de canto:

- Hekuramou... A iwariwë (encarno a los espíritus... al espíritu de la baba)...

- Nosotros nos bañamos en el río donde tú vives...

- ¡Allá pescamos!...
- Domina a barauri (espíritu maléfico del agua) yo soy hisinobrou (shapori poderoso)...
- lhamariwë (espíritu de la pereza)... Llévame por el camino de los árboles...
- Kanaborouriwë (espíritu del conoto), llévame por el camino del aire...
- Dominen a hetu mishiriwë (demonio celeste caníbal)...
- Que no devore el alma de esta mujer...
- Muéstrenme el camino del mal que se ha apoderado de su no-reshi.

Kayupawë se acerca a la enferma y le tomó fuertemente la cabeza con las dos manos; la estremece con violencia, recorre su cuerpo con sus manos y luego las sacude a los lados; repite el procedimiento una y otra vez.

Erasmus y los demás observan asombrados y con gran solemnidad aquel rito; se sumaron al silencio y a la seriedad reinante, convencidos de que están en presencia de un momento cultural psicológicamente crítico. No hay comentarios, sólo cabe la observación a distancia.

La mujer enferma no se mueve, parece estar en estado de coma; Omaira piensa que va a morir.

Kayupawë se detuvo, tomó una vara adornada con plumas que reposaba en el fondo del alero, la tomó con las dos manos y la sacude con violencia frente a la enferma; luego se detuvo, está experimentando una visión, observa escarabajos negros que salen de la tierra, salen también enormes arañas igualmente negras; les grita:

- ¡Ustedes alimañas!...
- Devuélvanme el no-reshi... No lo devoren.

Ahora, recostó el palo emplumado en el horcón cercano y se dirigió a recibir otras dos raciones de yopo; ya había identificado la causa del mal que aqueja a la mujer. Recibió las dos raciones; un espeso moco negro sale de sus fosas nasales, sus ojos estaban agrandados y la boca entreabierta; se levantó de nuevo, el moco negro gotea y chorrea sobre su pecho; gritó:

- ¡El espíritu del báquiro de collar blanco tiene el alma de la mujer!.

Los asistentes mostraban alegría y comentaban en voz baja:

- Ahora hay que combatir al espíritu del báquiro de collar blanco, Kayupawë tiene protección de poderosos hekura en su pecho, él lo vencerá.

El shapori se acercó ahora a la mujer enferma; se ve agotado; sus movimientos son más lentos, su respiración se está haciendo forzada, su pecho se mueve con rapidez inspirando y expirando con fuerza; se detuvo frente a ella; levantó las dos manos, entrelazó los dedos y formando especie de cuenco, lo colocó sobre el vientre de la mujer como si fuera una pala, comenzó a arrastrar las emanaciones pestilentes creadas en sus vísceras por la acción de los escarabajos y las arañas negras, socios del báquiro de collar blanco.

Ahora corrió al centro del shapono y lanzó el contenido de sus manos al aire; regresó corriendo y repitió la operación en tres oportunidades; luego, hablándole al espíritu del báquiro le dijo:

- ¡Espíritu del báquiro de collar blanco!... ¡Desciende hacia mí!...

- ¡Espíritu del báquiro de collar blanco!... ¡Desciende hacia mí!...

- ¡Espíritu del báquiro de collar blanco!... ¡Desciende hacia mí!...

El espíritu se presentó y tomó posesión del cuerpo del shaman y habló por su boca:

¡Yo soy el espíritu del báquiro de collar blanco!...

¡Yo soy el espíritu del báquiro de collar blanco!...

Se acercó al cuerpo de la enferma, colocó sus fauces sobre su vientre y emitió los sonidos que hacen los báquiros al hurgar buscando comida; tomaba las pestilencias en su trompa y las tiraba a un lado; repitió la acción tres veces.

Kayupawë llamó ahora al espíritu del granito y de las rocas filosas para que le dieran un arma fuerte como una roca para con ella combatir; así se inició el combate con el espíritu maléfico del báquiro de collar blanco. Los presentes sólo pueden ver a Kayupawë resoplando, gruñendo, golpeando a un enemigo invisible, pisoteándolo. Al final se sentó, extenuado, junto a los hombres que lo ayudaron y que también habían combatido; todos parecen exhaustos.

El shapori ordenó que se llevaran a la enferma a su casa y la dejaran descansar; la sesión había concluido.

Omaira, aún bajo la impresión de lo visto, se fijó en el rostro de la anciana; le pareció que estaba dormida y no en coma; ya no tenía la expresión cadavérica del comienzo.

La vida continuó en el hogar de los napè; cerca del medio día, Omaira llamó a los jóvenes y les informó:

- Quiero estrenar la olla, voy hacer un hervido de lo que haya, si no pueden conseguir carne fresca traten de conseguir pescado fresco y traerme verduras. -

Rebeca preguntó a su madre:

- Pero... No creo que se puedan conseguir ingredientes como aliños y otras cosas que se necesitarían... ¿Te arriesgarás a que no quede bien? -

Omaira respondió:

- Lo voy hacer de todas maneras, si nos hace falta algo lo sustituiremos con lo que podamos; pero ya me quiero tomar una sopa... Quiero variar. -

Erasmito y las muchachas salieron a investigar con las mujeres de la comunidad sobre lo que utilizan como condimentos, aderezos y un inventario sobre la disponibilidad de algunos vegetales en el conuco.

Erasmus comentó con Rafael sobre lo que presenciaron en la mañana, éste opinó al respecto:

- Esa señora se veía muy mal, se veía que sus órganos estaban dejando de funcionar... Realmente pensé que iba a morir... Pero al final, tenía otro semblante y no vi que le dieran a tomar nada; sólo rezos y exorcismo... Debe haber sido alguna coincidencia, no creo que Kayupewê tenga poderes; realmente no creo en esas cosas; debe haber alguna explicación lógica... Bueno, tenemos que ver cómo amaneció hoy-.

Erasmus respondió al momento en que Omaira y Dolores se sumaban a la conversación, con deseos de opinar:

- Yo he estado pensando en eso... Pero he llegado a la conclusión de que no tenemos como opinar; todo lo que podríamos decir, no tendría base algu-

na; serían simples conjeturas sobre los que nos parece que es y aquí, eso no valdría de nada porque no tenemos los medios para comprobar nada-

Dolores continuó el argumento:

- Por otro lado, esta es una sociedad de cientos y hasta miles de años; por tanto, pienso que, así como han perfeccionado algunos métodos que hemos visto, ¿Cómo es que no han cambiado las maneras de curar?... yo pienso que es porque su metodología funciona... Ya sea por cuestiones psicológicas, por fe o por lo que sea; el asunto es que ellos creen y se entregan a eso... Tienen fe en el shapori y cómo dice el dicho: "La fe mueve montañas"-.

Omaira Opinó concienzudamente: - Dicho así es muy confuso; debemos estar pendientes de la evolución de la mujer; Kayupawë, Haminawë y el otro de allá de Herami parecían saber y estar seguros de lo que estaban haciendo-

Rafael respondió ante la intervención de Dolores:

- Yo estoy de acuerdo en que sólo podríamos opinar; particularmente no creo en milagros y lo que ví, de ser una curación por la acción del shaman, sencillamente sería un milagro-

Erasmus concluyó:

- Lo que traemos de atrás... Lo que nos enseñaron... Nos creó una lógica, una manera de percibir e interpretar que se instaló como la lógica de la ciencia, que es la que determina cuales son los conocimientos valederos en nuestra sociedad... Otra cosa es la lógica de ellos; esperaremos a ver qué pasa... ¿Vieron los rostros?... Nadie tenía dudas sobre lo que el shapori estaba haciendo; para ellos es una verdad como para nosotros lo es un tratamiento en una clínica -.

- Ahora, en la noche, vamos a invitar a Haminawë y a Kayupawë para que nos expliquen cómo ven ello la enfermedad y en que consiste la curación que ellos hacen... ¡Bueno!... ahora quiero ir a caminar por el río... ¿Me acompañan? -.

Omaira y Dolores tomaron su equipamiento de baño con la idea de asearse donde hubiera oportunidad.

Como a la 19:00 horas, llegó Haminawë acompañado por Kayupawë, Teshepenawë y dos hombres que no conocían, pero les nombraban Ikoromowë y Kahuhunawë; también estaban Kaopewë, Tattuwë, Tahawë y Henawë; éste último vino a la comunidad al enterarse que los napë de Herami están de visita.

Todos saludaron con cariño a Henawë; les comentó que estaba prestando un servicio prenupcial a un suegro pero que habían estado de wayumi (Viaje); indicó que vivía cerca de Yuri.

Todos se sentaron sobre pequeños troncos sobre el suelo húmedo a pesar de que en el día no llovió. Excepto Tahawë, todos aquellos hombres tienen una pelota de tabaco que llaman karepou, colocada en la boca entre el labio inferior y los dientes; en apariencia deforma la parte inferior de la boca.

Erasmus y los suyos se sentaron también, incluyendo las mujeres; Rebeca está pendiente de los movimientos de Tahawë; él la miró y le sonrió; ella le devolvió la sonrisa y le mostró la piedra que le regaló. El muchacho debe guardar formalidad en aquella reunión, donde la jerarquía de los viejos, exige respeto mediante un protocolo que no se debe romper.

Kayupawë tomó la palabra:

- Erasmo, tú dices que quieres saber de enfermedad y lo que nosotros yanomami pensamos... Yo sé; pero mi hermano sabe mucho... El tiene conocimiento. -

El hombre aludido, el llamado Ikoromowë, quien está acucillado, comenzó a hablar en Castellano rudimentario pero inteligible.

- Yo viví por Orinoquito, allá conocí napë bruka que quieren saber de vida yanomami... Eso no es bueno, por eso yo no decir más nada y me vine a Yuri... Pero ahora, mi hermano dice que usted es gente, que no come oro, ni come selva, ni mata yanomami... Que es amigo de yanomami, por eso yo hablo. -

Acto seguido, inició su explicación:

- Enfermedades son causadas por hekuras... Hay hekuras buenos y otros muy malos; los malos pueden ser enviados por shapori enemigo para causar daño; pero otros hekura, actúan solos; ellos producen enfermedades que ya uno conoce; ellos viven en su shapono que nosotros no podemos ver, ellos no han ido al hetumisi (cielo). -

- ¿Cuáles son esos hekura? -, preguntó Rebeca

- Son Motokariwë, que es el hekura del sol; él causa insolación y fiebre; además le gusta robarse el alma de los niños...

- También Omayariwë, ocasiona vómitos, dolores de barriga y diarrea; él es amigo de Motokariwë y también le gusta llevarse los niños... -

- Periporiwë es la luna; él no es tan malo como los otros, cuando él ve que Omayariwë se quiere llevar el alma de un niño, él se la lleva para evitarlo y después la devuelve al shapori cuando éste se la pide, para que el niño se cure...

- Otros hekuras, como Titiri, sólo salen de noche y causan dolores en las piernas a la gente de los hogares donde no hay fogón...

- Un hekura bueno es Wateriwë, él es el espíritu del viento, con un soplo cura la gripe...

- Por los conucos, por lo caños, por la selva, hay unos que causan fiebre, tos y dolor de garganta al yanomami que encuentran; uno de ellos se llama Pore.

El hombre siguió nombrando otros espíritus que causan enfermedades y dolencias por ellos conocidas:

- Rowewë sólo ataca cuando amenaza lluvia; él provoca dolores en los huesos...

- Peshiemiriwë es un abusador sexual, por eso las jovencitas le tienen miedo.

En este punto, Erasmo preguntó:

- ¿Cómo hace los hekura para matar gente? -

El hombre respondió:

- Los hekura son muy malo... Ellos mandan rayos, mandan hachas, fuego, culebras, cristales y otras cosas, para que se claven en el corazón; entonces el hombre muere... -

- El shapori tiene que tomar mucho yopo para verlos; él también se comunica con sus antepasados para que le enseñen los cantos que espantan a los hekura y cómo hacer para que liberen a su víctima... De esta manera, el shapori los salva. -

El hombre se detuvo, parecía que su intervención había concluido; se hizo un silencio que fue interrumpido por Kayupawë:

- Yanomami tiene peligro que ustedes llaman "pidemia" (Por epidemia); es shawara; es como una nube grande que avanza por la selva; llega a los shapono y ataca el alma de las mujeres, de los ancianos, de los niños y los devora; ella come primero a los más viejos y después a los más jóvenes... Come lento... No tiene prisa... -

... Mis antepasados me dijeron que los napë trajeron shawara... Ellos la trajeron y la dejaron aquí, pero ella también mata a napë y a los hijos de los napë... -

... Shawara estaba en las profundidades de la tierra; allá estaba dormida; los napë la sacaron cuando sacaron el oro... El oro es frío... Tiene el frío de shawara... -

... Antes no existía sarampión, "patiti" (Por hepatitis), prisi-prisi (malaria), neumonía, sarna; ahora ellas vinieron traídas por napë; así lo vi en río Mavaca y Mahekoto, por eso me vine de allá. Nosotros yanomami no necesitábamos medicina, sólo teníamos al shapori; ahora hay enfermedades que el shapori no conoce, porque son de hekura de napë... -

... Los napë aumentan en la selva y shawara también aumenta, pero a ella le gusta comer niños yanomami... Muchas veces, shawara ataca al corazón del shapori y lo come y se lleva su espíritu...

... Nosotros no queremos que napë venga a donde estamos nosotros porque sus hekura matan a nuestros hijos. -.

La explicación terminó, no hubo preguntas, más bien quedó el trabajo de interpretar todo aquello a la luz de una sociedad que existe y ha existido mucho antes que la occidental y ahora resiste, precariamente, la invasión no deseada de ésta, que le trae diferentes tipos de males.

La conversación entre los napë se prolongó por una hora más, cada quien expresó su parecer, pero las dudas y las interrogantes sin respuestas, son mayores en la medida que avanzan en el conocimiento de aquella cultura.

Se levantaron de sus asientos y se fueron retirando. Vami se acercó a Beatriz y a Rebeca, trae en sus manos una wapa que contiene algunas rasha y pedazos de plátano asado, también trozos de carne tostada. Waimi llegó en ese momento tomada de la mano de Carlos; se ve hermosa con las dos grandes flores amarillas en sus orejas que resaltan en el color aceitunado de su piel; en el centro de sus senos, un manojo de cordeles con mostacilla rojas se anudan y cruzan para continuar hacia sus costados.

Beatriz y Raquel tomaron una rasha y un pedazo de una crujiente carne asada que parecían más bien, pequeños chicharrones tostaditos; ambas probaron y les pareció de buen sabor al masticarlos; su apariencia fue también positiva; al partir los pedazos se dejaba ver, en su interior, una carne blanca y jugosa. Quitaron la cáscara a sus respectivas rasha y procedieron a consumirlas; Carlos y Waimi también tomaron del envase y comieron. Después que consumieron el alimento, caminaron por el shapono; Beatriz preguntó a Vami sobre la carne; ella aprovechó y entre risas, mostró lo que traía oculto en su mano izquierda.

Las mujeres quedaron sorprendidas al ver en la mano de Vami, una rana completa y asada, la niña les dijo:

- ¡Ustedes comieron bukumari! -.

Eran ya las 20:00 horas aproximadamente, cuando las jóvenes extranjeras, después, de reírse de la broma de la niña, concluyeron el paseo y decidieron volver al hogar. Carlos tomó la misma decisión, pero Waimi lo detuvo y le dijo muy cerca:

- Mañana te llevaré a bañarnos en el salto nuevamente. -

El muchacho sonrió complacido por la graciosa espontaneidad de la muchacha y, respondió afirmativamente.

Capítulo XXI

Lo material y lo identitario

De la culinaria de los napë

Durante la noche se desató un aguacero de proporciones que los visitantes no habían experimentado hasta este momento; explosiones encadenadas preceden la luminosidad de los relámpagos, rasgan con violencia el velo oscuro y dan luz a los pequeños chorros de agua que se desprenden de las pestañas del frente del alero, para unirse al torrente que avanza en el canal de desagüe, hasta perderse bajo la pared del chaphono, rumbo a la húmeda selva, completando el escenario que sobrecoge la vulnerable humanidad.

Avanzada la madrugada; dejó de llover, pero quedó una densa neblina que cubre con su enorme manto blanquesino la tranquila comunidad. Entrado el nuevo día, temprano en la mañana, la lluvia reinició su fuerza; los extranjeros permanecen en sus chinchorros bajo el abrazo del calor proporcionado por tres fogatas encendidas, colocadas en lugares estratégicos del alero, de manera de que sus efectos llegasen a todos.

El calor de los cuerpos y lo cerrado de la parte posterior del alero, ayudan a que la acción de los fogones sea más efectiva. Tienen suficiente madera acumulada en previsión de una intensa y larga lluvia, lo cual fue sugerido por el jefe de la comunidad. Cuentan con lo más importante en aquellos momentos: un hogar seco, un chinchorro, suficiente comida y fuego.

Omaira se levantó, tiene todo lo que pudiera necesitar en aquellas circunstancias, para elaborar un sancocho con tres curbinatas capturadas el día anterior por Carlos y unos amigos. Los pescados fueron limpiados y condimentados con “korori”, luego envueltos en hojas de plátano y sumergido el bulto dentro de la olla llena de agua; eso los conservará frescos, así se lo recomendó Payekeima a Dolores. Tiene una cesta contentiva de varias especies de vegetales traídas del conuco, las cuales Omaira había revisado.

Ahora, como ejercicio idiomático, intentó identificar todo aquello en la lengua de sus afitrones:

Sopa: *bouku*

Curbinata: *maamayhiporewë*

Ocumo blanco: *hayu marami*

Batata: *hukomo*

Ñame: *kabiromi*

Mapuey: *aha*

Topocho: *baushimi*

Ají dulce: *braki*

Yuca dulce: *mihitarimi kë siki*

Las mujeres se dedicaron a pelar las verduras, picar el pescado y montar la olla en el fuego para la preparación del plato culinario; la lluvia no representó ningún obstáculo.

Mientras que las mujeres realizan aquella actividad extraordinaria, Erasmo y los hombres se sentaron a comentar sobre lo experimentado el día anterior. Erasmito le comentó entre risa:

- ¡Oye papá!... Se me olvidaba decirte lo bien que te veías en el himou abrazado con el jefe de Yuri... Pensé que te iba a besar y más, cuando vi que te montó la pierna-.

- ¡Déjate de esa vaina!... Esas son cosas que uno debe respetar... Ellos lo ven normal... Para ellos así es como debe ser... En ese momento, lo comparé con lo que hacen allá en Caracas, cuando alguien te da la mano o te saluda con un abrazo... Aquí las expresiones son diferentes-.

Carlos intervino:

- ¡Eso es así! ... Esas expresiones se realizan con los aliados y con los amigos cuando se encuentran y conversan sobre sucesos o para crear alianzas... ¿Viste cómo el otro indio le pedía a Tahawë que fuera su yerno... Que se casara con su hija?-.

Rebeca oyó aquello y “paró” el oído; inmediatamente preguntó:

- ¡Mira!... ¿Y Tahawë se comprometió?... ¿Aceptó la muchacha? -

- ¡Bueno!... Creo que sí - Dijo Erasmito para mortificarla - Porque después lo vi muy contento con su suegro.-

Los demás se rieron, Carlos continuó:

- En realidad no sabemos que le respondió Tahawë; lo que sí está claro es que esta vida de ellos, tal como la ven, no es sólo lo que viven materialmente sino, que todo está enlazado a un todo mayor en lo que está incluido lo espiritual.-

- ¡Exactamente! - Interrumpió Erasmo.

- Estos hombres se auto-interpretan como parte de un todo, de una globalidad entre lo espiritual y lo material; aparentemente no existen límites entre esos ámbitos; para ellos es la misma realidad; ambas se influyen e intentan tener control sobre la otra... ¿Vieron cómo los hekura influyen en toda la vida de la comunidad?... ¿Y cómo ellos, paralelamente, intentan controlar a los hekura y dominarlos a través del shapori? -

Erasmo calló para que Carlos continuara; el joven siguió su argumento:

- Lo veo cómo la eterna confrontación dialéctica entre esa dicotomía que hemos llamado “bien” y “mal” ... Y dense cuenta; la vida se define aquí mediante las resoluciones que se logran de la confrontación entre esos pares dicótomos... El asunto es que se trata de una constante lucha por la vida en contra de la muerte... Fíjense, cuando el viejo dijo que había hekura malos y buenos y que algunos no son tan malos... Y otros, por supuesto, tampoco son tan buenos, lo que está planteando es la eterna dicotomía en que desarrolla también nuestras propias vidas... ¡Vean!... vida-muerte, trabajo-descanso... Salud-enfermedad... Amigos-enemigos... Natural-sobrenatural... ¿No es así?... Son planos siempre opuestos, donde el hombre material trata de controlar y no ser controlado por las fuerzas que conscientemente reconoce que están por encima de él -

Erasmito abrió desorbitadamente los ojos y bromeó al respecto:

- ¡Cooooñooooo... loco! ... Te volviste filósofo, o lo eras y yo no lo sabía... Te felicito pana, por ese análisis... ¡De verdad!... ¡Burda de fino!-

Erasmo respondió a Erasmito, aun cuando lo dicho le causó gracia:

- ¡Deja la jodedera Erasmito!... ¡Esto es muy serio!... Si no hacemos este intercambio... Mañana, cuando nos vayamos de aquí, en poco tiempo lo olvidaremos... Porque nunca sa-

breemos lo que vimos y vivimos... En realidad, estoy de acuerdo con el análisis de Carlos, es una interpretación seria de lo que ha visto... Ese es el tipo de análisis que debemos hacer... ¡Sigue Carlos!-

Erasmito acusó el regaño y Carlos continuó su exposición:

- ¡Bueno!... Creo que los yanomami tienen definido el mundo natural y el sobrenatural y saben dónde están ellos y donde están los límites de ambos planos y saben también que el hombre natural no puede penetrar en el otro plano, sólo el shapori porque es un elegido... Reconocen que ambos planos interactúan en todos los actos de su vida y en todas sus cosas-

Beatriz preguntó desde su sitio en la "cocina":

- Entiendo lo que dijo Carlos... Son dos fuerzas opuestas... Pero... ¿Cómo se establecieron esas fuerzas? ... ¿Quién las controla?... ¿Quién permite su existencia y el necesario equilibrio?... En nuestra sociedad se llama ¡Dios!... ¿Tienen ellos un Dios como creador y controlador? -.

- ¡Eso es muy importante!... Es un nudo que debemos resolver... Tendremos que conversar de nuevo con la gente que sabe; vamos a prepararlo para la tarde. -. Respondió Erasmo.

Antes de que el sancocho estuviera listo, Dolores fue a donde están hospedadas sus amigas Payekeima y Añoima, aprovechando la disminución de la intensidad de la lluvia; les dijo que necesitaba varias totumas para tomar sopa, que las cambiaría por ropa. Al rato volvió con cuatro mujeres que aportaron entre todas, diez pequeñas totumas seleccionadas por Dolores, como adecuadas para servir un plato de sopa.

Se repartió una franela a cada mujer las cuales se retiraron corriendo y felices por el cambio realizado; al rato, llegaron otras mujeres portando totumas, taparas y otros utensilios, solicitando realizar cambios. Las mujeres extranjeras debieron explicar que ya no cambiarían más nada y las mujeres se retiraron frustradas, algunas de ellas murmurando molestas.

Después de lavar las totumas, las mujeres del grupo comenzaron a repartir el sancocho y recibir opiniones sobre el arte, los cuales fueron favorables. Erasmito comentó:

- ¡Bueno!... La comida está muy buena... Pero en este restaurante amazónico ¿no ponen cubiertos?

- ¡Como no Doctor!... ¡Disculpe... La mesonera Omaira le traerá los cubiertos y las servilletas y ¿no desearía una copita de vino blanco? O, ¿le apetece un escocés en las rocas? -. Bromeó Beatriz.

Todos quedaron complacidos, las mujeres supieron proporcionarle sabor a aquel sancocho de pescado de río; sintieron sinceridad en los halagos recibidos.

La tarde fue pasando; el grupo permanece enchinchorrado, excepto Rebeca y Carlos que esperan poder conversar con sus respectivos enamorados. Carlos salió y se dirigió al hogar de Waimi, ella le pidió que se sentara a su lado en su chinchorro; él la complació y ella le ofreció una rasha que el joven aceptó, aun cuando el sancocho lo había saciado por completo. La muchacha le explicó:

- Hoy no podemos ir al raudal... Cuando el día está así, titiri anda buscando gente para atacar y enfermar con dolores en los huesos... Pero yo quiero hacer el amor nuevamente.-

Carlos se sorprendió por la espontaneidad de la bella muchacha, por su sinceridad y liberalidad al hablar de sus deseos cerca de su padre, quien dormita en un chinchorro a poca distancia; sonrió complacido y respondió:

- Mañana volveremos a bañarnos y lo haremos otra vez. -.

La joven lo observó con graciosa picardía, respondiéndole:

- ¡Me gusta como tú lo haces! -

El muchacho levantó el rostro y posó su mirada sobre una mujer vieja, que dos hogares más allá, está atizando un fuego; le pareció conocida; no podía creerlo; le preguntó a Waimi:

- ¿Esa mujer es la que estaba enferma? -

- Sí!, Ellas es Mitirama. -.

- ¿Ya se curó?... ¿Tan rápido? -.

- ¡Si!... Padre la curó con ayuda de sus hekura, el espíritu del báquiro collar blanco no se pudo llevar su no-reshi. -.

Carlos está verdaderamente asombrado, pero continuó con su atención en Waimi.

Allá en el hogar, Rebeca se sentó en la entrada de su alero; Tahawë la vio y si dirigió a ella, arrimó un pequeño tronco y se sentó a su lado; ella abrió su mano derecha y le enseñó la piedra naranja; él le sonrió.

La tarde fue pasando apaciblemente y con poco movimiento. Algunas mujeres salían a buscar madera o realizar alguna necesidad fisiológica.

Los napë son hijos de Omawë

Tahawë, a solicitud de los napë, invitó a los viejos a conversar nuevamente y contar la historia de los yanomami; los hombres asistieron complacidos.

Como la noche anterior, muchos jóvenes de la comunidad asistieron con fines educativos como es costumbre, y de socialización.

Para iniciar, Erasmo se dirigió al jefe Teshepenawë:

- Nosotros queremos saber... ¿Quién domina a los hekura?, ¿Al cielo?, ¿A la selva?, ¿A los animales? A todo lo que existe. -.

El viejo Kayupawë, inteligentemente, comprendió lo que Erasmo estaba preguntando; se dirigió al grupo y respondió:

- Cuando estuve en Mahekoto kë u, mi hija aprendió con misioneros de Bishaasi; ella estaba de maestra; allí me dijeron que napë tiene Dios que hizo todo; río, animales, hizo napë y les dio todo, todo a ellos; por eso nosotros no tenemos nada de eso; Omawë no vive con yanomami, se fue con su familia; pero él nos enseñó a hacer conuco y salvó a los yanomami cuando todo se inundó, se llenó de agua y la demás gente murió-.

Carlos, sentado al lado de Waimi, con una mano de la muchacha entre las suyas, preguntó:

- ¿Cómo fue todo eso?... Cuenta todo lo que pasó-.

Todos están muy atentos; Rebeca y Erasmito toman notas. Erasmo anota también algunas cosas que considera claves.

Teshepewë tomó la palabra y comenzó su narración:

- Cuando nacieron los nuevos yanomami, los hijos de la luna; una pareja: Kohararoriwë y Mamokoriyoma, tenían una hija de nombre Paopaoma; tenían también un nieto, que era Ira (el tigre). Cuando Paopaoma estaba embarazada, Ira la atacó y comenzó a devorarla, pero Mamokoriyoma, su abuela, le pidió que le diera lo que la mujer llevaba en el vientre. Ira aceptó y le dio la placenta...

...Mamokoriyoma extrajo de la placenta dos niños que se encontraban en ella; eran gemelos; les puso de nombre Yoawë y Moawë y los escondió para que el tigre no se diera cuenta...

...Los gemelos crecieron y se hicieron hombres. Omawë, el menor, tomó por esposa a Kamanaeyoma, hija de un yanomami llamado Raharariwë; pero éste, quedó disgustado con su yerno Omawë... Un día Kamanaeyoma invitó a su esposo y a su hermano Oyawë a la casa de su padre para que conocieran la nueva raíz con que fabricaban casabe, ya que, hasta ese momento, lo elaboraban con la raíz de un árbol de nombre warimahi y resultaba duro y amargo...

...Raharariwë, el suegro, consideró que era la oportunidad para vengarse de su yerno Omawë; aprovechando que se encontraba en el conuco viendo las plantaciones de yuca utilizó sus poderes, en esa época los Yanomami tenían muchos poderes que ahora no tienen, hizo crecer la laguna cercana y lanzó el agua para ahogar a los hermanos, pero éstos se salvaron convirtiéndose en grillos...

...Los hermanos juraron vengarse, tomaron mucho yopo y se convirtieron en hekura; subieron al cielo e hicieron himou con Motokoriwë (el sol) y le pidieron que secara el agua de la tierra...

...Así vino un verano muy fuerte; todos sufrían por la falta de agua, inclusive la familia de Omawë; por eso, éste abrió un hueco en la tierra para que brotara agua y su familia colmara la sed, pero perdió el control de la fuente dando origen a una gran inundación...

...Unos pocos yanomami se salvaron porque subieron a lo alto de un cerro llamado Maeyokëki, pero el agua seguía subiendo; entonces sacrificaron a una anciana ofreciéndola a la corriente. Las aguas se calmaron y comenzaron a bajar hasta formar lo que los napë llaman "mar"...

...Omawë tenía muchos conocimientos, enseñó muchas cosas a los yanomami, pero él se fue muy lejos con su familia y por allá tuvo muchos descendientes y de ellos nacieron los napë. Nunca regresó con su pueblo; así nacieron los napë. A ellos les enseñó a hacer las ollas, los machetes; les entregó el hierro y otras cosas que ellos poseen; ellos quedaron por allá lejos; aquí solo quedaron los yanomami que se salvaron de la inundación...

...Omawë fue un yanomami sabio, él era de los nuevos yanomami, pero en venganza, ahora se fue con su gente, por eso yanomami está aquí solo. Omawë dejó su conocimiento que es el que nosotros usamos para vivir y lo enseñamos a nuestros hijos; él se transformó en hekura, por eso enseñó a los shapori como luchar contra los hekura que causan enfermedades y causan la muerte con sus flechas-.

El hombre terminó su relato; el ambiente quedó en silencio; la seriedad con la que aquella gente asumía y sentía sus leyendas y creencias que explican su Ser, impresiona cada vez más a los visitantes, hasta el punto que, tomaron aquellas narraciones con la misma solemnidad con la que le fueron transmitidas.

Observan la presencia de niños y jóvenes en las explicaciones, son escuchas, “esponjas” que absorben aquel conocimiento que transformarán posteriormente, en su identidad y sentido de pertenencia; así lo transmitirán en el desarrollo de su vida, a su propia descendencia.

Aquella gente se fue retirando. Los napë quedaron en su hogar. Rafael se sentó en su chinchorro y habló:

-Estoy verdaderamente asombrado... Nunca pensé que esto fuera así... Nunca di importancia a lo que otras sociedades distintas a la mía pudieran pensar o sentir; para mí, sinceramente, no pensaban, los consideraba inferiores, pero aún cuando me reconozco equivocado en ese aspecto, sigo considerando en que están atrasados en la historia; se quedaron en el camino aún cuando conocen su origen, así como nosotros conocemos el mito de Adan y Eva. -.

Beatriz intervino:

-No estoy de acuerdo contigo Rafael. Yo pienso que cada sociedad tiene su propia verdad... que surgen de la manera cómo se le presentan las cosas, sus circunstancias particulares, por tanto, cada una tiene la razón, su razón porque es su verdad, inclusive la nuestra... Pero lo importante es el respeto por las diferencias. Esa falta de respeto ha sido fuente importante de nuestras miserias humanas, por el racismo, por la dominación de unos sobre otros considerados más débiles; así llegó esa vergüenza que llaman esclavitud. Doy gracias a mi Dios por estas experiencias... por conocer esta verdad que no tengo el derecho de cuestionar... Podría preguntarme sobre cuál sociedad tiene la razón, pero no, es como dije antes, cada sociedad tiene su propia historia; la nuestra está equivocada al no considerar eso...

...Lo siento así... Veo estos ríos, estos bosques, estos animales, son los mismos que cuando ellos llegaron... Eso no lo podemos decir en Caracas... Allá acabaron con todo... Y eso pasó en todas las sociedades que llamamos civilizadas, principalmente la “Occidental”... ¡No sé!... ¡Estoy confundida!... ¡Debo pensar más! -

-¡Ya lo he notado!- Intervino Erasmito con ironía.

Erasmo tomó la palabra:

-Beatriz tiene mucha razón en sentirse confundida... Lo que hemos estado viendo y oyendo estos meses, nos ha movido la conciencia, como dicen, "el piso". Sobre todo, cuando vemos lo que está pasando en el mundo con el calentamiento global y los cambios climático, las guerras y la destrucción de otros pueblos. Gran parte de ellos se debe al modo de vida Occidental que no acepta uno distinto y trata de dominarlo, y si se opone lo destruye. Si tomo lo que piensa Beatriz, puedo decir que parece que los yanomami están más cerca de Dios, más cerca de Omawë que nosotros. Quizás nosotros estamos equivocados y, por el uso equivocado del poder, que ellos dicen que nos dio Omawë, paguemos un alto costo y pongamos en peligro la existencia en el mundo, quizás de manera definitiva -.

- ¡Pero!... ¡Papá! - Intervino Rebeca.

- ¿Por qué nosotros, nuestra sociedad, no toma en cuenta que puede acabar con la vida? Parece que no tenemos conciencia, ni siquiera de nuestro propio Ser... No nos identificamos, como lo hacen los yanomami... nuestra identidad es débil y difusa... A cada momento cambiamos nuestras maneras de hablar, de vestir, de comportarnos; me parece que siempre andamos como perdidos, buscando algo que al final no encontramos... He pensado que si alguien... Alguno de ellos, me pregunta sobre quien soy... No podría responder con la certeza y con la misma convicción con la que ellos lo hacen-.

Erasmo se disponía a responder, pero por momentos dudó de lo que iba a decir; la conversación había tomado un giro existencial comprometedor. Su mano derecha sujetaba su barbilla en señal de reflexión, luego levantó la cabeza y comenzó a decir:

-Nosotros tenemos un grave problema... La sociedad mayoritaria en Venezuela... Abandonamos nuestra verdad... No sé cuándo... O si en realidad la tuvimos alguna vez... El asunto es que nos hemos empeñado en asumir las verdades de otros... Siempre la de los que consideramos más poderosos, la del conquistador; parece que en nuestra interioridad necesitamos y deseamos un conquistador... Pensando que ello nos traerá lo mejor; que ellos nos dirán como debemos ser. Así idealizamos lo foráneo y subestimamos lo que somos... -.

... En el camino se han ido quedando muchas de las cosas que eran totalmente nuestras... Al perder nuestras legados dejamos de ser nosotros mismos y asumimos la imitación como valor, pero con el agravante que tampoco logramos imitar bien y nos convertimos en un remedo del otro... Yo he sido así, he andado por el mundo con patéticos remedos. Hemos sido payasos mediocres en un circo que no es nuestro... Por eso... Ahora... Aquí... Nos sentimos

tan débiles frente a esta gente... Nos enfrentamos a nuestras miserias, a nuestras debilidades. Es como si nos estuvieran gritando a la cara: "¿Qué es todo ese montón de cosas que tienes?... Alta tecnología... Lujos... Riquezas... ¡Esas cosas!... ¿Para qué te sirven?". En realidad, son una carga, un lastre que nos aprisiona... Estando aquí, me parece que siempre he estado amarrado... Nunca he sido libre y lo peor, estaba convencido de que lo era... Al menos lo creía. -.

El hombre hizo silencio, se nota apesadumbrado; de repente sintió una carga sobre sus hombros que no sabía que llevaba.

Dolores, quien ha permanecido en silencio, intervino:

-Me he dado cuenta de cada vez más cosas... Ellos son verdaderamente libres... Nosotros somos esclavos... Se mueven donde quieran... Sin tiempo ni espacio... Libres, independientes, autónomos... Ni siquiera tienen que rezar o pedir perdón... Son realmente parte de la naturaleza -. La mujer hizo silencio, cediendo la palabra a Carlos, quien ha levantando la mano. El muchacho expuso:

-Waimi me ha demostrado eso que dice Dolores... Su espíritu no tiene límites, frenos, no cohibe su naturaleza... Se expresa como es... Cosa que a mí me cuesta... Nosotros estamos llenos de porquerías, de prejuicios, de inhibiciones que nos impulsan con fuerza al No Ser. -.

Rebeca comentó de nuevo:

-En realidad... Nosotros pertenecemos a una sociedad alienada... Las agencias de modas y de consumos de productos suntuarios, a través de los medios de comunicación masivo, nos indican qué comer, cómo vestirnos, cómo hablar, cómo comportarnos, cómo y cuándo cambiar nuestras vestimentas; hasta cuáles deben ser las condiciones que debe tener el hombre de quien nos debemos enamorar... Eso es lo que somos... Una especie de títeres robotizados... Cuando se quiere que gastemos dinero en alguna moda, simplemente nos lo inculcan por televisión y ahora por la redes sociales; lo adoptamos pasivamente, sin criticidad y tratamos de obtenerlo con desesperación...

... Lo poco que hemos visto aquí nos indica que existe algo diferente a lo que se nos ha enseñado como lo único y lo mejor. Yo, inicialmente, preguntaba cosas por ahí, como si ellos fueran objetos que yo debía conocer... He entendido que no es así... Que debo reconocer y respetar... Ahora participo y en esa participación aprendo... Sé muy bien que lo que estoy aprendiendo va afectar mi vida cuando vuelva y en realidad... Deseo que lo haga... Que me ayude a salir del pensamiento frívolo e insulso en que se ha desarrollado mi existencia hasta ahora. -.

Todos fueron opinando, interviniendo sistemáticamente; en oportunidades, mostrando confusiones conceptuales, dudas al comparar lo que están viviendo ahora, con lo que han sido sus vidas. Están confrontando dos realidades que, de manera inesperada, han transfigurado sus circunstancias en una experiencia de vida, que con seguridad, afectará el mundo de relaciones de cada uno de ellos, fortuitamente arrastrados por una tormenta natural que los ha sumergido en un inesperado torbellino de concepciones que están poniendo en entredicho las convicciones sobre su propio Ser.

Capítulo XXII

Fuerza y naturaleza

Juego de fuerza

Un mes de visita no es culturalmente un peso entre los yanomami: la autonomía de las familias para proveerse recursos de subsistencia impide que un grupo se convierta en una carga para el que lo alberga. Los visitantes salen de pesca, de cacería en los predios cercanos, recolectan frutos de pijigüao, cucurito, cogollos de palmito y otras frutas silvestres y les es permitido servirse del conuco de la comunidad.

En los casos de que el grupo decidiera permanecer un tiempo relativamente largo, construirían su propio conuco.

Una tarde, los extranjeros fueron invitados a participar en una competencia de fuerza que se desarrollaría entre los miembros de las dos comunidades. La competencia consiste en la demostración de fuerza, fortaleza y resistencia; donde un representante de uno de los grupos en competición, golpeará en el pecho o los costados a otro del grupo opuesto; la acción de golpear o ser golpeado se sucederá alternativamente entre los grupos y cada individuo tendrá una sola oportunidad.

Iniciado el evento, en medio de una algarabía ensordecedora de gritos e insultos; dos hombres, en medio de un círculo humano, se preparan para golpearse: uno de ellos se dispone a recibir el primer golpe; separó los brazos, abrió sus piernas para mantener el equilibrio y fijó su mirada en el espacio, buscando la concentración necesaria.

Las mujeres gritan sus preferencias por alguno de los contendientes; generalmente, por el que representa a su comunidad. Insultan al opositor, lo comparan con animales, le gritan que lloraría como una mujer, que sería aplastado; al otro, que resistiera con la fuerza del espíritu de su animal tótem.

Los extranjeros observan, desconocen el desarrollo de este tipo de contienda. También, como los yanomami, estaban pintados con onoto y figuras lineales y circulares de color negro; también llevan sus tocados de piel y plumas en cabeza y brazos y en sus manos, como siempre, sus arcos y flechas. Las mujeres napë más jóvenes, llevan pantalones muy cortos y franelas recortadas bajo sus senos y sin mangas; sus rostros, al igual que los de las yanomami, están adornados con flores y pintados con onoto y tinte morado.

Ni Dolores ni Omaira están presentes, se ocupan de preparar un guisado de bagre dorado y unas cachapas al estilo venezolano.

Waimi está parada al lado de Carlos, rozando su brazo con su pecho desnudo. Rebeca también tiene a su lado a Tahawë; el joven lleva medio rostro untado de color negro que le llega hasta la mitad del pecho y sus tocados de piel con largas plumas de guacamayo y manojos de plumas de loro de diferentes colores. Rebeca mantiene su mano unida a la de Tahawë; estas manifestaciones son observadas por las mujeres yanomami quienes hacen comentarios entre risas.

Los contrincantes están frente a frente; el que actuaría primero empuñó la mano con la que golpearía, el golpe lo dará con la parte exterior del puño, no con los nudillos; dobló su cuerpo hacia atrás para sumar la fuerza de su peso y de su cuerpo y transformarla en energía cinética para potenciar el golpe. El puño se estrelló contra el costado izquierdo del receptor; el impacto resonó en el silencio expectante; el golpeado se tambaleó, pero no cayó: se dobló buscando aire, resopló con fuerza y se irguió con una expresión de gallardía y arrogancia. Mujeres y hombres gritaban, premiando su resistencia. Ahora se prepara para ejecutar su turno.

El receptor es un guerrero de Yuri; las mujeres de la comunidad lo aúpan:

- ¡Recibe el golpe! -. Le gritan.

- ¡Tú llevas el espíritu del danto! -.

Su contrincante, un joven de Herami, levantó su mano izquierda y golpeó sobre el flanco derecho de su oponente; el silencio de la espera se rompió cuando el golpeado retrocedió por el impacto, dio unos traspies y cayó casi inconsciente, privado por los efectos del poderoso golpe. Una joven, quien parece ser su mujer, lo levantó del suelo y lo llevó casi a rastras hasta su hogar, seguidos por las burlas y risas de las demás mujeres.

Waimi le dijo a Carlos:

- ¡Anda!... ¡Pelea!... Demuestra que napë es bravo. -.

Carlos apreció sus posibilidades, no está bien que peleara, él es más pesado que cualquiera de aquellos hombres y los supera en estatura, al menos por 10 cm. Sería una pelea desigual y por tanto peligrosa, pensó; en consecuencia, le respondió a la muchacha:

-Yo soy más grande y con más peso... No puedo pelear. -

La muchacha comprendió y sonrió al momento que le palpa el músculo bíceps.

Los combates se sucedieron uno tras otro; después de 7 encuentros realizados, el balance es de 4 a 3 a favor de Yuri. Una mujer de esta comunidad gritó de repente:

- ¡Tú!, ¡Tahawë!, Dicen que eres un waitheri valiente, que no le temes a los shamathari, que cazas báquiros y tigres, tú tienes miedo de pelear con yuritheri - (Gentilicio de los hombres de Yuri).

Tahawë no respondió, sólo observa. Rebeca, a su lado, apretó su brazo izquierdo y le murmuró:

- ¡No vayas! -.

Él la observó, le sonrió y se adelantó al centro del círculo.

Un hombre yuritheri penetró al círculo ofreciéndose de adversario.

Tahawë ofreció su costado y se concentró en el espacio.

El hombre oponente se dispuso a preparar su golpe; arqueó su cuerpo hacia atrás y levantó el brazo con la mano cerrada por encima de su cabeza. En eso una mujer, presumiblemente de Yuri, exclamó:

-Esa napëyoma te debilitó, te metiste con ella y cuando le hiciste el amor te robó tu naturaleza... Ahora ya no eres yanomami, ahora no eres guerrero... Ahora eres un extranjero flojo, ahora no tienes hekura que te defienda -.

Otra exclamación se oyó en el patio:

-Tú tienes espíritu de anaconda y de tigre negro... Sus hekura te dieron su fuerza... Resiste al yuritheri. -.

El yuritheri, descargó un poderoso golpe, que explotó en el costado izquierdo del heramitheri; se tambaleó, su mirada se oscureció por segundos, iba caer, pero su pierna derecha sostuvo el retroceso del cuerpo, se dobló hacia adelante y tosió aguantando el costado golpeado. Tahawë se irguió y miró fijamente a su oponente; el hombre no mantuvo la mirada, sólo se colocó en posición de recibir.

Tahawë, fijó su mirada sobre el borde externo del pectoral izquierdo de su contrincante, avanzó lentamente hacia a él, levantó su brazo a la posición vertical, arqueó el cuerpo y disparó el puño hacia adelante, como una catapulta; su brazo izquierdo le agregó fuerza al derecho al desplazarse con la misma velocidad hacia atrás. La potencia de un mazazo cayó sobre el pecho del yuritheri, quien soltó la pelota de tabaco que tenía bajo el labio inferior y rodó por el suelo, completamente aturdido.

La mujer heramitheriyoma volvió a gritar, ahora llamó la atención de los presentes:

- ¡El espíritu de anaconda es fuerte!... La fuerza del espíritu de anaconda te acompaña y el espíritu del hetehie (perro de agua) te dió su agilidad. -

Tahawë se acercó al caído para ayudarlo a levantar; en ese momento una mujer vieja y una joven lo recogieron y lo sacaron del círculo, rumbo a su hogar.

La contienda terminó, con saldo de 7 a 8 a favor de los yuritheri. La gente se fue retirando; algunos están invitando a tomar yopo; el grupo de Erasmo también se retiró. Cuando llegaron al hogar, Omaira y Dolores estaban sirviendo el guisado de bagre en las totumas, tienen "bola de plátano" como acompañante.

Erasmo quedó maravillado cuando el olor llegó a sus sentidos. Añoima, Payekeima, Vami, Ekimi y 2 mujeres de la comunidad de Yuri están como alumnas aprendiendo las recetas.

Rebeca entró con Tahawë a ver la comida elaborada, su expresión fue de admiración:

- ¡Mamá!... ¡Te felicito!... ¡Eso huele muy bien!... ¿lo podemos probar ya? -.

- ¡Sí!... Toma de esas totumas y dale a Tahawë. -.

La muchacha tomó dos de las totumas y le dio una a su acompañante y en una hoja de plátano, colocó un pedazo de “bola” y luego ambos se retiraron a sentarse sobre uno troncos. Lo mismo hizo Carlos con Waimi.

Los “platos” se fueron distribuyendo. Erasmo pidió a su esposa que apartara un poco para Kayupawë, para el jefe de la comunidad y para Haminawë.

- ¿Que pasó con las cachapas? -. Preguntó Beatriz.

-Tratamos de rayar el maíz, pero fracasamos, quedaba muy grueso; intentamos molerlo con las piedras, pero no se sostenía y terminaba chorreándose en el suelo... Entonces nos decidimos por la “bola”, aplastamos en las piedras el plátano ya sancochado, bien aplastado y luego lo amasamos... Nos quedó bien bueno... ¿No es verdad? -.

Erasmo opinó - En realidad todo esto está divino! - ... ¡Me hacía falta!... ¿Le enseñaste a las mujeres? -.

- ¡Sí!... Estuvieron muy atentas y preguntaron mucho... Sobre todo, lo del guisado... Consideraron lo del plátano muy fácil... Las de aquí dijeron que mañana harían el guisado. -

Todos se dieron cuenta que los yanomami extraen el pescado del guisado y tratan de quitarle toda la salsa antes de comerlo. La expresión general fue de repulsión a la textura de la salsa.

Sin embargo, Tahawë y algunas de las mujeres repitieron del pescado.

Una nueva mujer y una nueva luz

Beatriz, una vez que comió le preguntó a Ekimi:

- ¡Oye Ekimi!... ¿Dónde estabas estos días?... No te había visto... ¿Qué te pasó que no habías venido? -

La muchacha explicó:

-Estaba oculta, porque me vino la regla, ¡Ahora soy una mujer! -.

- ¿Y por que estabas oculta? - Le preguntó Beatriz.

-Madre cortó yubi kë henaki (hojas de menstruación) y construyó un refugio en la shika (parte de atrás del alero), para que los hombres no me vieran. -.

Beatriz le preguntó a Payekeima, quien estaba a su lado hablando con Dolores:

- ¡Oye Payekeima!... ¿Por qué encerraron a Ekimi cuando le vino la regla? -.

-Es que si los hombres la ven es peligroso para la comunidad... La sangre daña todo y llama a los hekura malos y ellos pueden hacer mucho daño... Por eso no la pueden ver; además, si ella toca a un hombre o habla con él, le quita la destreza para cazar. -

-Yo la veo más delgada... ¿Le daban comida? -.

- ¡Sí! -, contestó la mujer.

-Pero no puede comer de todo... No puede comer carne... Sólo puede comer ocumo y plátano asado y a veces, chupar caparazón de cangrejo o de camarón. -.

Dolores oía la conversación y preguntó:

- ¿Y qué más debe hacer cuando está así? -.

-No puede usar adornos, ni pirissi; debe estar desnuda... No puede tocar fibras de algodón porque las plantas se secan... Tiene que dormir en chinchorro de palma y no puede salir del refugio por estos días (mostró 7 dedos de las manos), Ella no puede tocar alimentos, ni el agua porque la sangre lo daña, no puede hablar fuerte ni hacer ruido para que los hekura no vengan... Después de eso, su madre la untó de onoto y la adornó bien... Por eso ahora está bien adornada y viste pirissi... Ahora Ekimi es una mujer y podrá tener marido e hijos. -.

Esa tarde todos los extranjeros fueron a tomar un baño colectivo y a lavar ropa al río, en un pozo situado a unos 50 m. del shapono, utilizado para esos menesteres. Ekimi, Vami y Waimi se sumaron a la actividad, no así Tahawë, quien prefirió observar desde un montículo, donde se sentó con su arco y flechas entre las piernas.

Las jóvenes utilizan el tipo de algas que empleaban los yanomami como especie de jabón para lavar su cuerpo.

Regresaron del río como a las 17:00 horas, apenas entraron al shapono, un movimiento inusual los alertó. Recibieron la noticia que una sobrina de Payekeima, quien vivía en Yuri desde que se casó, está por parir su primer hijo; así fue anunciado por ésta. Dolores le preguntó:

- ¿Cuándo va a parir? -.

-Ella tiene dolores, hermana está con ella y partera de Yuri... Ellas sabrán cuando va a parir-. Contestó Payekeima.

Dolores se ofreció para ayudar, de igual manera Omaira, Beatriz y Rebeca; esperarían a que se presentara la hora del parto para ayudar en la asistencia. Las dos muchachas consideraron ese hecho como una oportunidad única para ampliar sus conocimientos sobre aquella sociedad.

Omaira preguntó a Payekeima:

- ¡Mira!... ¿Nosotros podremos estar ahí sin problemas?... ¿Ellas aceptan que estemos ahí? -.

La mujer contestó:

- ¡Pueden estar!... Pero sólo mujer... Hombre no puede estar. -.

-¡Eso es muy bueno!... Queremos ayudar. -.

-Está bien... Yo avisaré a hermana y a partera que ustedes quieren ir. -.

La mujer salió del hogar de los visitantes extranjeros y dirigió sus pasos al alero de su sobrina parturienta; unos minutos después, regresó con la información:

-Hermana y otras mujeres quieren que ustedes, amigos de yanomami, estén presentes... Pero que no deben intervenir... Sólo ver. -.

Las tres mujeres asintieron complacidas y emocionadas, sería una invaluable experiencia.

Payekeima volvió al sitio de la mujer en espera; acá quedaron las napëyoma preparándose. Luego de comer algunos plátanos que Omaira sancochó en su nuevo utensilio de cocina, lavaron bien sus manos.

Como a las 19:30 horas, aproximadamente, llegó Payekeima corriendo y llamando:

-¡Dolores! ... ¡Omaira! ... ¡Vengan! ... Sobrina rompió sus fuentes ... ¡Ya su hijo va a venir! -.

Las cuatro mujeres corrieron; Rebeca, quien conversaba con Tahawë, también se dirigió al sitio del evento. Al llegar al hogar de la parturienta, la tenían de pie e iniciaban su traslado, por una puerta cercana, a un lugar en el bosque. Avanzaron unos 25 m. y llegaron al pie de una gran ceiba; hay hojas de casupo en el suelo y otras ramas recién cortadas, formando una alfombra. Colocaron a la parturienta de pie en el centro de la improvisada alfombra; la acompañaban su madre, su tía Payekeima, hermana de su madre, la comadrona y otra mujer de la familia.

Las visitantes avanzaron con ellas manteniéndose siempre a la expectativa; Omaira y Dolores llevan, cada una, una toalla limpia sobre sus hombros por si hace falta.

La mujer esperando parto, separó las piernas, las dobló un poco y buscó apoyo en los hombros de su madre y su tía.

La partera soba suavemente la barriga de la joven mujer y ésta comenzó a llorar, quizás de los nervios más que de dolor; la mujer que la asiste trata de consolarla y le pide que puje, que hiciera fuerza, mientras presiona el vientre de arriba hacia abajo. De pronto gritó:

- ¡Ya viene!... ¡Ya viene!... ¡Aquí está!... ¡Aquí está! -.

La cabeza del niño se asomó por la abertura vaginal y desciende por gravedad y con suavidad. Omaira ofreció la toalla para recibir al niño, la partera la miró, pero tomó la toalla, sólo continuó con su trabajo de liberar al recién nacido de la placenta, que su ayudante tomó e inmediatamente envolvió en hojas.

La partera tomó un cordel que tenía colgando en una de sus orejas y lo metió en su boca sujetándolo entre sus dientes; de la otra oreja retiró una tira que parece ser una hoja de palma, la cual utilizó como bisturí para cortar el cordón umbilical unos 2 cm. por encima del vientre del bebé. Luego tomó al niño en sus manos y le limpió con sus dedos los ojos y la boca retirándole sangre de su madre, restos de placenta y líquido amniótico. Ahora tomó la toalla que le ofreció Omaira y con ella envolvió al recién nacido, quien llora con mucha energía.

La parturienta se ve débil, su madre y tía la mantienen de pie mientras las otras mujeres limpian con sus manos la sangre que corre por sus piernas. Posteriormente, iniciaron su traslado por un camino que conduce a un recodo del río. Al llegar, lavaron al niño y a su madre. Omaira ayudó a secarlo; las mujeres y la madre se lo permitieron.

Rebeca y Beatriz estaban emocionadas. Beatriz confesó que durante el parto sintió que se iba a desmayar y por eso se sujetó fuertemente del brazo de Rebeca, quien, en algunos momentos, también se sintió mareada por lo que estaba presenciando. Ambas mujeres se recuperaron de su impresión y caminaron también hacia el río. Ahora, marchan todas juntas hacia el shapono y al hogar de la muchacha, quien todavía no se siente con fuerzas para cargar a su hijo.

La recién parida fue acostada en su chinchorro y le colocaron su hijo sobre su pecho; ahora éste se alimenta con avidez de la leche de su madre.

Omaira se siente feliz, como si ella hubiera traído al mundo a aquella criatura. Nunca había presenciado un parto, a menos que fueran los suyos. Se sintió parte de él aun cuando sólo tocó al recién nacido al momento de secarlo; pero ese breve contacto le despertó sentimientos dormidos.

Le dijo a Payekeima para que lo transmitiera a su sobrina y a su hermana:

-Los hekura benéficos de los napë entrarán en el pecho del hijo y lo protegerán; lo cuidarán y será un gran yanomami y un waitheri muy valiente; ni sus enemigos, ni el veneno de la serpiente, ni las garras del tigre, podrán tocarlo... ¡Diles eso! -.

La mujer tradujo correctamente el mensaje; la abuela y la madre del niño, sonrieron complacidas.

Todo volvió a la normalidad en el hogar; un evento natural de reproducción biológica se produjo en aquel pueblo. Sobre todo, Rebeca, sintió una extraña sensación al ver los ojos del niño abrirse vivazmente. Comentó a sus compañeras mientras caminaban:

- ¿Vieron que niño tan bello?... Es una ternura... Me daban ganas de cargarlo. -.

Su madre sonrió, no lo dijo, pero reconoció que ella sintió lo mismo.

Esa noche conversaron sobre la nueva novedad, las mujeres contaban orgullosas la reciente experiencia, pero, sobre todo, maravilladas por la resis-

tencia de la parturienta y la facilidad como se realizó el parto en condiciones que les parecieron adversas si las comparaban con las atenciones que recibe una madre en la ciudad.

Omaira le comentó a su esposo:

- ¡Muérete!... La muchacha, débil y todo... Se fue caminando al río y luego a su hogar... Y el niño nació fuerte... Lloraba con una fuerza, que no parecía que estaba acabando de nacer... Pero supongo que en estas condiciones la mortalidad infantil debe ser muy alta. -

- ¡Sí! - También lo creo. - Contestó Erasmo -Cualquier problema de salud en este ambiente insalubre o mejor dicho, sin cuidados higiénicos, debe generar consecuencias graves en la población más vulnerable... Los niños andan desnudos... Los que aun no saben caminar se llevan cosas a la boca... Tocan y abrazan a los perros y a los animales que tienen de mascota...-

Rafael intervino con una reflexión:

-Pienso que su estructura genética debe haber desarrollado capacidades para defenderse en este ambiente higiénicamente inadecuado, porque si no, ya esta civilización se hubiera extinguido... Quiere decir que están adaptados a estas condiciones. -

- ¡Exactamente!... Esa es una buena conclusión. - Intervino Rebeca. -Tahawë me ha explicado que hay enfermedades que son extrañas para ellos y esas si los matan... Los napë han traído enfermedades que se han convertido en epidemias y mucha gente ha muerto... Me contó del sarampión por allá por Parima, él estuvo por allá... El sarampión surgió después de que unos científicos y empleados del gobierno estuvieron en la comunidad donde él vivía; la mitad de la gente se murió y el resto abandonó el shapono y se fue a otra parte y muchos murieron en el camino... Por eso se vino... Allá murió su padre y su hermana, que estaba pequeñita... -

...El se unió a una comunidad donde comenzó a prestar un servicio prematrimonial a un viejo que llegó con su familia, también huyendo de otro parte, pero la muchacha murió de paludismo... Entonces se vino con Haminawë y llegó allá, a Herami, donde se quedó... -

...El me dijo que las enfermedades que los shapori no conocen las producen los hekura de los napë; contra ellas no pueden luchar; ellas matan también al shapori; se apoderan de lo que entendí como su esencia, su vitalidad y entonces mueren.-

...Ellos pueden vivir con sus propias enfermedades, las dominan... Pero no con enfermedades nuevas...

Carlos tomó la palabra:

-La llegada de los napë, o sea, gente como nosotros: los mineros, los misioneros, los militares e inclusive los científicos, representan un peligro... He visto como están adaptados a su medio... El otro día que andábamos cazando, a Kaopewë lo picaron varias avispas, inclusive una en una ceja... Y ¿Qué creen?... Las picadas no se hincharon ... Sólo le dolían como es lo normal... Eso no lo había visto nunca... Deben tener algo en la sangre que los protege... No sé si a los demás le sucede lo mismo. -

Erasmus concluyó:

-Estoy de acuerdo... Pienso que esta gente no debe intervenir... Ellos llevan su propia dinámica... Tienen muchas cosas que enseñarnos, por ejemplo, cómo es que si tienen tantos años aquí... Mantienen la selva igualita, no la destruyen en el proceso de usufructuar sus recursos y no me parece que exista en ellos el concepto de conservación o defensa del ambiente tal como lo conocemos... Tal parece que su modelo de vida lleva consigo el concepto, aunque no lo racionalicen... -

- ¡Bueno mi gente!... Ya me avisó Haminawë que nos preparemos para la partida... Para el retorno a Herami... Así que desde mañana hay que acumular comida, cacería y todo eso... ¡Bueno!... ¡Hasta mañana!, que sueñem bonito! -.

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
————— QUINTA PARTE —————

Capítulo XXIII

Tortuoso retorno

Rutina común

El nuevo día se inició con movimientos bastante dinámicos; algunos grupos familiares aprovecharon que no llovía para tomar un baño matutino en el pozo cercano. Beatriz y Rebeca acompañaron al grupo, esta última, con el deseo de ver a Tahawë; Carlos también los acompañó con la intención de verse con Waimi, a quien observó cuando salía en compañía de su familia.

Omaira, Dolores y Erasmo se dirigieron al hogar de la sobrina de Payekeima para saber del niño y su primera noche de vida en este mundo y también, cerciorarse sobre el comentario de la asombrosa mejoría de Mitirama.

Al llegar al hogar de la joven madre, ésta estaba sentada en su chinchorro amamantando al recién nacido quien succiona el pezón con avidez.

Dolores se dirigió a Payekeima y le preguntó en yanomami por el ihiru:

-¿Cómo amaneció el niño y su madre?-.

-Muy fuertes- Respondió la mujer, -El espíritu del coatí está en su pecho, anoche lo vi en mi sueño... Un cohatí fuerte y valiente... Que no tiene miedo al tigre... El está en el pecho de ihiruyë... Lo vi cuando entró en él... Sobrina lo cuidará... Será muy fuerte. -.

Erasmo se acercó a mirarlo de cerca; el niño está dormido, recién se había alimentado. La madre sonrió por el interés del hombre en su hijo pero no dijo nada. Dolores se acercó y le preguntó en su idioma si podía tocarlo; la sonrisa de la muchacha se congeló en su boca, miró a su madre como preguntándole su opinión; la madre hizo una seña afirmativa con la cabeza; la joven madre volvió a sonreír y respondió a Dolores:

- jawei!-. (Si)

La napëyoma pasó suavemente sus dedos por la cabeza del bebé; sus pequeños y rasgados ojos se movieron como para abrirse, pero continuaron cerrados. La mujer repitió el movimiento varias veces con profunda y manifiesta ternura.

El agua del río, cristalina y templada a esta hora de la mañana, sirvió de ambiente para una agradable tertulia entre los que disfrutaban de su frescura; algunas mujeres lavan a sus niños, otras conversan y algunas, acompañadas de niños y niñas, intentan capturar pequeños peces con las cestas que utilizan como trampas. Más allá, sobre unas piedras, otros niños, con sus pequeñas flechas como dardos, escogen como blancos los peces que se desplazan en sus cercanías.

Rebeca y Beatriz, completamente desnudas, forman un círculo con Añoi-ma, Pahimi, la joven Vami, Irasimi y Ekimi; todas están sentadas en una laja, tratando de que el agua las cubra hasta los hombros; la brisa les da frío pero bajo la superficie el agua está templada. Al lado de Rebeca, como siempre, está Tahawë y al lado de éste, Kaopewë y Henawë, quien llegó la tarde anterior desde la comunidad en que está viviendo. Carlos está sentado conversando con Waimi, quien le está contando sobre su vida en el río Mavaca.

El pudor por la desnudez se ha disipado en las mujeres extranjeras, reforzada por el hecho de que este estado, por ser el natural, no tiene significado erótico para los hombres yanomami. La misma disposición priva también para Carlos, el ambiente en que ha desarrollado su vida los últimos meses, le ha permitido superar algunas prescripciones sociales de su cultura.

Rebeca, bajo el agua, sujeta la mano de su joven amigo.

Todos toman de las algas jabonosas y se frotan el cuerpo; no genera espumas pero las mujeres sienten la piel suave e hidratada donde la untan; evidentemente, esta especie de algas contienen algún tipo de humectante.

Observaban como las yanomami la utilizaban también para frotarse los dientes, acción ésta que imitaron para experimentar la sensación de limpieza que les genera en la boca.

Eran cerca de las 10:30 horas, cuando decidieron retirarse a la comunidad. Las extranjeras se colocaron sus cortos pantalones y en el torso, sólo la toalla sobre los hombros; todos se dirigieron al shapono; algunos niños llevan el fruto de la pesca.

En el camino se toparon con Erasmito que regresaba con Tattuwë, Kosi-rewë y dos jóvenes de la comunidad, de una incursión de caza por las cercanías: traen un picure, dos cachicamos y dos gallinetas; todos parcialmente empaquetados en hojas de casupo y colgados a sus espaldas.

Cuando Erasmito observó a su hermana y a Beatriz con su incompleta vestimenta, que mostraba abierta y libremente sus senos; el muchacho exclamó:

-¡Cooño!... Ustedes agarraron la vaina en serio pana... ¡Ya no se quieren ni vestir! -.

Beatriz le increpó:

-¡Bueno!... Pero ¡Vete a ti mismo!, Tienes la cara pintada de onoto y usas wisha y paruri... Y no cazas con el rifle sino con flechas... ¡Tú estás igualito! Y a lo mejor tienes el "bicho" amarrado dentro del pantalón... Así que no hables. -

Erasmito se sonrió, en eso observó a Carlos, quien se acerca con Waimi; ésta caminaba a su lado completamente desnuda, con la falda que generalmente usa, colgando en su mano izquierda, aparentemente recién lavada; sólo un cordel atado en su cintura funge de toda vestimenta.

Erasmito se dirigió a él: - ¡Coño compadre... Ya todos ustedes son yanomami!... ¡Mira que tenemos que cazar para el viaje!... ¡Mañana vamos otra vez! -.

Carlos no contestó su frase inicial, pero sí, la última expresión:

-Estoy pendiente, ya le dije a Tahawë para ir mañana; podemos formar una partida y salir temprano. -.

- ¡Bien! - Respondió Erasmito, al momento que todos continuaron el camino a la entrada del shapono.

-Aquí llevo un picure que agarré en un cañito. -.

Esa noche Carlos se reunió con Waimi; la muchacha le mostró su angustia por su inminente partida:

-Tú debes llevarme contigo allá a Herami, yo tengo parientes allá, estaremos juntos-.

El muchacho respondió con preocupación:

-Primero veré como son las cosas; estoy con los napë; luego te busco; también quiero que vivas conmigo... Vendré y hablaré con tu padre. -.

Así se despidieron esa noche; el joven pensó llevarla fuera del shapono para hacerle el amor pero siente que irrespeta a Erasmo y su familia, la ausencia en horas nocturnas siempre genera preocupación.

La noche está oscura; la lluvia es inminente; Haminawë visitó a Erasmo y le informó:

-Saldremos en dos días; las lluvias están llegando y el camino será peligroso; con la lluvia llegan mosquitos... Muy malo para los niños y para tus mujeres; todos los hekura andan en la selva. -

-¡Bien!... En dos días; estamos preparando el viaje con mucha comida. - Respondió Erasmo.

La lluvia se inició como un rocío continuo; las entradas al shapono, como todas las noches, fueron aseguradas con especies de parabanos que fungen de puertas para evitar que un jaguar pudiera entrar a la comunidad.

Las cosas en Caracas

El ambiente invita al recogimiento, el calor de las fogatas proporciona calidez a las personas en sus respectivos chinchorros; el frío está controlado. Rebeca permanece con Tahawe en la entrada cercana, conversan tranquilamente bajo la protección de un alero vacío; la muchacha le comenta sobre su vida en la ciudad y sobre la vida general en Caracas. El joven le preguntó:

-¿Tú tienes tu casita en Caracas? -.

-¿Sí, allá vivo con mi papá, mi mamá y mi hermano. -.

-¿Cómo es la comunidad de los caracastheri,,, ¿Hay mucha gente?... ¿Muchos parientes?. -.

-Hay mucha gente... Allá eso es muy grande... La gente no se conoce... Cada quien vive aparte con su familia. -

El joven quedó pensativo; luego preguntó:

-¿Es un shapono muy grande?- Intentaba imaginarlo. - ¡Pero!... ¿Cómo es que nadie se conoce? Y... ¿No reparten la comida?... ¿Cómo es el conuco?, ¿Muy grande? -.

La muchacha, evidentemente confundida y tomada desprevenida, respondió:

-Es mucha gente... No se conocen porque están en muchos shapono. -.

Tahawë quedó pensativo, luego preguntó:

-Entonces... ¡Hay muchos caracas!... ¿Todos son caracastheri? -.

La confusión de Rebeca aumentó; no encuentra la respuesta adecuada a la lógica de Tahawë. Por su parte, el joven prefirió preguntar por cosas más cercanas a su amiga.

-¿Tu ayudaste a tu padre a hacer su casita? -.

-¡No! -.

-¿Por qué no ayudaste a tu padre a construir tu casita? -.

-¡No!... Allá quien hace las casitas son otra gente. -.

-¿Otros Caracastheri?... ¿Pero tu papá la sabe hacer? -.

-¡No! ... El no la sabe hacer, por eso la hacen otros. -.

El muchacho estaba confuso:

-¿Tú hiciste tu ropa? -.

-¡No!... ¡También la hizo otra gente! -.

-¿Esa gente es tu familia? -.

-¡No! -.

-Entonces... ¿Por qué te la hizo? -.

-Nosotros le pagamos para que lo haga. -.

-¿Pagan para que le hagan sus cosas? -.

-¡Sí! -.

¿Pero... Tú sabes hacer tu ropa? -.

-¡No! -.

-¿Unos napë hacen las cosas de otros napë? -.

-Sí, la mayoría de las veces es así. -.

-¿Omawë les dio todo a los napë?... ¿Todo eso que los napë tienen? ... Cobeta, avión, "licótero", todo el hierro. -.

-¡No!... ¡Omawë no da! Unos hombres lo hacen. -.

El joven no entendía aquella manera de vivir; un mar de dudas e interrogantes fluían a su mente; luego volvió a preguntar:

-¿Entonces.... Cuándo hombre se casa, él no hace su casita? -.

-¡No! La hacen otros que él no conoce. -.

-¿Entonces ellos tampoco tienen conuco, no tumban ni queman?... ¿No siembran? -.

-¡No!... Las siembras también la hacen otros hombres. -.

-¿Todos son de la misma comunidad de Caracas? -.

-¡Sí... Pero uno no los conoce porque Caracas es muy grande; son de otros shaponos. -.

El joven calló de nuevo; trataba de imaginar a un hombre que no sabe hacer nada. Eso significa que no es un hombre; luego continuó:

-Si un napë no sabe hacer nada y todo otro se lo hace por qué un padre acepta que se case con su hija. -.

-¿Qué saben hacer los napë... Su comida solamente? -.

-¡No!... La comida tampoco... Eso lo hacen otros que nosotros no conocemos. -.

-Entonces... Aquí hay que decir lo que los napë dicen: ¡Cooooño!... Los napë son como

niños... ¡No saben nada! ... Los viejos dicen que Omawë dio a los napë todo lo que tienen; pero a nosotros, los yanomami, sólo nos enseñó cómo hacerlas... ¿Por eso los napë no saben hacer nada, otros lo hacen?... ¿Cómo aprendieron?... ¿Omawë les enseñó como a los Yanomami? -.

- Omawë no les enseñó pero algunos aprendieron con otros napë; por eso lo hace, sólo algunos saben como hacerlas.-.

-Entonces, Omawë sólo enseñó las cosas a algunos; por eso muchos no saben hacer nada... Todos los yanomami aprenden a hacer de todo, por eso se pueden casar y cuidar a su familia. -.

Un nuevo, confuso y embarazoso silencio, sobre todo para la muchacha; el joven volvió a preguntar:

-¡Dime!... ¿Cuándo un hombre se va a casar, ayuda a su suegro? -.

-¡No!. -Lo que pasa es que allá es otro sistema de vida... La gente tiene dinero y con eso paga todo lo que necesita. -.

-¿Dónde consiguen el dinero... Omawë se los da? -.

-Tienen que trabajar para conseguirlo. -.

-¿Qué hacen?... ¿Cómo trabajan? y ¿Quién les da dinero a los napë para que compren comida y su casita y compren todo?... Un día padre me dijo lo que le dijo su padre... Que Omawë dio a los napë los ríos y los cerros, le dio también todos los báquiros, todos los picure y los tucanes... ¡Todo!... -.

-Por eso los napë dicen que todo es de ellos. -.

La muchacha se vió acorralada y trató de culminar:

-¡Mira!... Eso es difícil de explicar... Mejor yo te lo iré explicando poco a poco. -.

La muchacha cambió la conversación en un intento de evadir las preguntas que la tenían agobiada; vio a Wami que se acerca al chinchorro donde Carlos está recostado; unos minutos después, salieron y se dirigieron hacia uno de los aleros no habitados.

Rebeca pregunta a Tahawë:

-¿A dónde van por ahí? -.

Tahawë respondió:

-Wami lleva a Carlos para hacer el amor. -

Rebeca quedó pensativa, se sonrió y continuó conversando con su amigo.

Waimi llevó a Carlos a un alero ubicado a dos cuerpos del próximo habitado; en él estaba colgado un chinchorro de algodón; la muchacha se despojó de la falda que siempre usaba y se acostó totalmente desnuda e invitó al joven a que hiciera lo mismo.

En la oscuridad sus siluetas se fundieron en una; su amoroso abrazo se diluyó en el negro entorno que los cobija y oculta de miradas extrañas. El roce de su piel les proporcionó el calor negado por la inexistencia de una fogata.

Las gotas de lluvia chocan con el techo generando un agradable rumor que arrulló a los amantes, haciendo más profundas sus mutuas sensaciones. Las expresiones primarias, gobernadas por los instintos y percibidas y transmitidas por los sentidos, trascienden las diferencias establecidas por miles de años de culturas distintas.

Naturaleza hostil

El día amaneció claro aunque muy húmedo; el cielo despejado da señales de que por lo menos, durante la mañana, no caería agua. La gente de la comunidad se dirigió temprano al conuco, otros fueron a pescar y algunos, incluyendo a los jóvenes extranjeros, con excepción de Rafael, quien prefirió quedarse en el hogar, se dispusieron para participar en una partida de caza por las cercanías.

Las mujeres visitantes sólo asistieron al conuco y recogieron plátanos que posteriormente pusieron a sancochar; de igual manera, yuca dulce y otros tubérculos como mapuey y batata, que luego envolvieron en hojas de plátano y ataron con cintas retorcidas que extraen de la corteza de los troncos de las matas de plátano.

En la tarde, de distintos hogares, dirigido por el jefe Teshepewë, los habitantes de Yuris fueron acumulando frente a su hogar, cestas con carne ahumada, plátano, casabe y otros alimentos, correctamente embalados.

Efectivamente, cómo se daban cuenta los napë, la generosidad de los anfitriones es notable; la comida es para ellos, para el consumo de la gente de Herami durante el viaje.

La marcha se inició antes del amanecer; la columna, como la vez anterior, está dirigida por Haminawë. La disposición de la gente, como de costumbre, se estructuró intercalando mujeres y hombres, pero cada familia avanzaría agrupada en un segmento. Algunos guerreros se distribuyeron en los flancos, vanguardia y retaguardia, en roles de observadores y escuchas para garantizar la seguridad del grueso.

El avance se estima más difícil que el que hicieron hace un poco más de 1 mes; ahora ha llovido en abundancia y algunas lagunas y caños están desbordados. Los espacios de sabana, que facilitan avance despejado, son ahora difíciles de transitar; la columna se verá en la necesidad de penetrar en zonas de bosque o hacer rodeos más largos para evadir pantanos y zonas inundadas.

Erasmus calculó el retro-azimut en su brújula; lo hecho hasta ahora, le permitió ubicar, con mínimo margen de error, la posición relativa de Yuri kë u; ahora haría lo mismo con Herami.

El día está muy caluroso, los mosquitos y jejenes van azotando la columna; las palmadas sobre brazos, torso, rostro y extremidades son común durante el desplazamiento; puntos sanguinolentos se van multiplicando en la piel de los viajeros, por el ataque incesante y despiadado de los flebotomos.

En oportunidades avanzan durante trechos relativamente largos, con el nivel de agua en la pantorrilla, lo cual hace lenta la marcha. Los guías de vanguardia van marcando la ruta y decidiendo el mejor camino para evitar zonas de riesgo.

Cerca de las 15:00 h. de aquella calurosa tarde, el camino se hizo más fácil, un suave lomerío de lecho rocoso y cubierto de herbazal, domina el paisaje. Los guías se detuvieron, es hora de descansar y comer algo; todos tomaron asiento en el suelo húmedo pero sin charcas. En cada una de las familias se abren bultos para disponer alimentos para sus miembros.

El grupo de los napë Caracastheri imitó la acción, sus camisas de mangas largas y pantalones igualmente largos, los defienden del feroz ataque de los insectos que no ha cesado; la cantidad de mosquitos atacando es superior

a la sufrida durante el viaje de venida. Omaira y Dolores, como siempre, se hicieron responsable de la administración y distribución de los alimentos, no así de su transporte, lo cual es responsabilidad de todos.

Los guías de vanguardia se acercaron a Haminawë a reportar novedades:

-Por allá la zona está anegada, los caminos están tapados, tendrán que esperar aquí que encontremos una vía seca.

-¡Está bien!- Respondió Haminawë -Aquí prepararemos tapiri. -

Los dos guerreros pintados con onoto y rayas negras, regresaron hacia sus posiciones a buscar un pasaje para salir de aquellos pantanales.

Haminawë difundió a los viejos jefes de familia, la disposición de construir el tapiri en ese lugar, por lo que éstos, con su gente, iniciaron las construcciones de sus sitios de alojamiento; Algunos de ellos explican la posición de los aleros, los cuales deben estar dispuestos en círculo cerrado como medida de seguridad.

Erasmus y su grupo se dispusieron a hacer lo mismo; entre todos ubicaron un sitio entre dos familias que ya habían seleccionado el suyo.

Siguiendo la rutina ya aprendida, se cortaron los horcones, las hojas de palma y otros especies para techar y suficiente lianas y bejucos delgados para realizar los amarres con suficiente resistencia. Los fuegos comenzaron a tomar cuerpo, en alguno de ellos, ramas verdes de especies seleccionadas, desprenden humo espeso y oloroso que funge como repelente de insectos.

La decisión de acampar en el lugar fue acertada, aquella tarde oscureció con rapidez, el tiempo muestra oscuros nubarrones que avanzan desde el Este. La construcción del tapirí fue acelerada.

Los aleros se terminaron a tiempo; cuando la lluvia definitivamente se mostró, ya aquella gente estaba acomodada en sus respectivos chinchorros y bajo la protección de las fogatas, pocas gotas se filtraron entre el enramado del techo del alero de los extranjeros, pero la ubicación de las goteras no significan molestias para el bienestar del grupo.

Rebeca, desde su posición, está pendiente de la llegada de Tahawë, no lo vio durante la trayectoria ni durante el descanso y la construcción del campa-

mento. Ya estaba muy oscuro y lloviendo, cuando trató de olvidarse, por los momentos, de su amigo.

Durante la madrugada hubo movimientos inusitados en el tapiri, algunos hombres, sobre todo guerreros, se movilizan con sus armas dispuestas; las voces despertaron a la gente de Erasmo, la lluvia no había cesado. Carlos preguntó a un hombre que, en esos momentos, pasaba presuroso frente a su alero, a avivar una gran fogata que obstaculiza una de las entradas al tapiri:

-¡Oye!... ¿Qué pasa?... ¿Hay enemigos cerca?-.

-¡No!- Dijo el hombre sin detenerse -ira está cerca. -.

La confirmación de lo afirmado por el guerrero, vino del área boscosa que sirve de fondo al campamento; un fuerte resoplido se oyó detrás del alero de Erasmo, los hombres se movilizaron tratando de iluminarse con tizones; Erasmo registró su equipaje y extrajo las dos linternas que mantenía guardadas, le dio una a Rafael, quien permanecía a su lado y ambos, lanzaron rayos de luz al interior de la vegetación sin exponerse a salir de la protección del refugio. Tres hombres se acercaron y apuntaban con sus flechas en la dirección de la iluminación de los focos, intentando ubicar a peligroso depredador; Carlos y Erasmito hicieron lo mismo.

Las mujeres se mantienen con sus niños en sus respectivas áreas. Todas tienen tizones en sus manos, tanto para alumbrarse como para defenderse si fuera necesario. Los hombres otean hasta donde pueden; con la protección de otros, arrastran palos y ramas para asegurar las dos entradas al campamento.

Un nuevo resoplido se escuchó cercano al anterior y en seguida un tercero un poco más lejos. Haminawë se acercó a Erasmo mientras Erasmito permanece apostado escudriñando la oscuridad armado con su rifle aun cuando sabe, que su arma no tiene el poder para mata al tigre, sólo podría enfurecerlo. Carlos, a su lado, mantiene el revolver listo; las lanzas fueron reactivadas y los machetes prestos.

Haminawë dijo:

-Son dos tigres... La hembra y el macho... Andan cazando... Sólo cazan juntos cuando se van a aparear... Ahí son más peligrosos... Hay uno que es muy grande; debe ser el macho. -

-¿Que haremos?- Preguntó Carlos, al momento que se acerca a los dos hombres.

-Esperaremos... Ellos no entrarán, le tienen miedo al fuego y a los hombres; ya oyeron las voces... Pero les gustan los niños y las mujeres... A ellos los matan. -.

Un nuevo resoplido se oyó, pero esta vez lejos del campamento; evidentemente los felinos se están alejando; poco a poco la tranquilidad volvió al refugio.

El día amaneció nublado y lluvioso, aun así, decidieron empacar y emprender la marcha ante la certeza de que los tigres seguirían a la columna en espera de un descuido, ya la gente conoce este riesgo. La seguridad en los flancos se redobló y se redujo la distancia entre hombre y hombre; tanto entre los vigilantes, como en el cuerpo de la columna.

La vigilancia es constante ante la seguridad de que los tigres siguen el rastro de la columna. Los hombres cambiaron las puntas alargadas de sus flechas, por puntas lanceoladas de madera impregnadas con curare que llevan consigo en sus respectivos carcaj. Las áreas inundadas se multiplicaron lo cual obliga a realizar amplios rodeos que alargan la marcha y en oportunidades, por terrenos rocosos y más difíciles de transitar.

El movimiento es ahora más acelerado por la necesidad de alejarse del territorio de caza de la pareja de jaguares.

Desde el promontorio de una colina, los punteros de la marcha divisaron una amplia sabana, que por la cota que presenta, no debía estar inundada. Por su lado derecho baja el río ya conocido; en la distancia, se aprecia como una plateada rasgadura, que altera la uniformidad majestuosa y multicolor de la vegetación selvática; diferentes tonalidades de rojos, verdes y amarillos adornan el poli-cromático espectáculo, común para los indígenas pero extraordinario para los extranjeros.

Desde la altura, los guías divisaron un posible sitio para cruzar el río, lo cual esperaban sirviera como obstáculo al acecho de los felinos. La columna comenzó a descender la colina por su vertiente izquierda para enfrentar el paso más angosto del río, ubicado a unos 3 km., del sitio de observación.

La aproximación se realizó sin ninguna novedad y el avance no fue difícil; al llegar, ya los delanteros estaban cortando madera para construir un puente

de cruce, como el ya conocidos por los napë; pero éste tendría que ser de unos 3 m., más largo de lo habitual: es decir, deberá contar con unos 7 u 8 m. de longitud. Unos 30 minutos después de la llegada del grueso de la columna, el puente quedó listo. Los vigilantes de retaguardia y de los flancos, están pendientes de cualquier movimiento extraño, mientras los grupos familiares descansan muy juntos y sobre todo, protegiendo a los niños.

De la misma manera, por grupos, se fueron levantando y atravesando el puente; Carlos, Erasmito y Rafael participaron de la vigilancia; Erasmo permanecía como protección de las mujeres, armado con su cuchillo de monte, la hachuela y su lanza. El grupo de napë pasó en tercer lugar; pero los hombres se mantuvieron con los vigilantes, hasta que pasaron los últimos.

Abrazo mortal

Serían como la 14:00 horas, 2 horas después de haber pasado el puente, cuando llegaron a un sitio apto para acampar. El sitio está conformado por una pequeña sabana con árboles altos de fondo, afloramientos rocosos en el flanco izquierdo y un pequeño morichal por el derecho, entre el que se desliza una cristalina corriente de agua que se acumula en un amplio pozo para luego continuar su camino hacia tierras más bajas.

El agradable paisaje atrajo el interés de las jóvenes napëyoma para darse un merecido y refrescante baño y aprovechar el soleado momento.

Los hombres se dedicaron a cortar madera para el tapiri y las mujeres a juntar leña. Las dos muchachas pensaron primero en refrescarse y posteriormente sumarse a las tareas del hospedaje; entre unas palmeras se despojaron de todas sus ropas y se introdujeron en la cristalina corriente que se desliza suavemente sobre las lajas donde se sentaron con el agua a la altura de sus senos.

Sobre las piedras consiguieron las algas cosmético y procedieron a frotarlas por sus respectivos cuerpos mientras conversan distraídamente sobre sus experiencias sin percatarse que unos negros, redondos y pequeños ojos, vigilan todos sus movimientos.

Erasmo, junto con su hijo y amigos, está dedicado a cortar, enterrar y asegurar los horcones que soportarían el techado y el peso de los chinchorros; Omaira y Dolores ya han encendido un fuego y están desempacando alimen-

tos para preparar una comida fuerte; durante el camino sólo consumieron cambures y casabe.

De repente, los gritos de Rebeca retumbaron en el espacio; la muchacha se acerca a toda carrera, totalmente desnuda, gritando angustiada:

-¡Corran... Corran!... a Beatriz la agarró un animal! -.

Por fracciones de segundos los paralizó la sorpresa, pero la perplejidad fue interrumpida por la veloz carrera de Tahawë y Kosirewë quienes atravesando al grupo aun paralizado, se dirigieron a donde suponían estaba Beatriz; segundos después, Carlos, Rafael y Erasmito, corrieron en la misma dirección.

Los dos jóvenes yanomami suponían lo que sucedía; efectivamente, mientras se acercan logran ver el rostro aterrorizado de Beatriz que sale a la superficie del agua y vuelve a hundirse ante de emitir un grito. Los dos muchachos soltaron sus armas y al mismo tiempo se lanzaron al pozo; Kosirewë logró tomar la cabeza de la muchacha para tratar de mantener su boca y nariz fuera del agua.

La enorme Anaconda había dado dos vueltas sobre el cuerpo de Beatriz y se disponía a ahogarla, apretando su torax cada vez más fuerte con sus poderosos músculos constrictores.

Tahawë buscó la cola del animal y le quitó el punto de apoyo que mantiene sobre una saliente de roca sumergida; sabe que esta acción es importante para disminuir su fuerza y lograr liberar a la joven; en ese momento Carlos y Rafael cayeron encima de la enorme serpiente y se apoderaron de parte del cuerpo del animal para tratar de deshacer el mortal abrazo.

La peligrosa depredadora se revolvía con una violencia que, en momentos, supera la fuerza de todos los hombres que luchan contra ella y apreta cada vez más. Beatriz siente una enorme presión en las sienas, siente que se asfixia, su pecho está aprisionado junto con su brazo derecho, respira con dificultad por la acción mecánica de la fuerza opresiva de los anillos de la serpiente; golpea sin ningún resultado con su puño izquierdo mientras la anaconda intenta hundirla pero se le dificulta por la poca profundidad del pozo y la fuerza que ejerce Kosirewë y Erasmito para mantener su cabeza fuera del agua, mientras Tahawë, Rafael y Carlos intentan estirar el cuerpo del animal para deshacer los anillos.

Los jóvenes luchan por aflojar el mortal cerco, pero aquellos anillos se resisten; en oportunidades aflojan un poco, pero al momento recuperan la posición anterior; en esos momentos el flujo de aire revive a Beatriz quien lucha también para liberar el brazo prisionero. Carlos logró asir con firmeza la cabeza del animal y ésta lucha por liberarse contrayendo los músculos del cuello y abriendo sus fauces que muestra una carrera de pequeños dientes inclinados hacia el interior de su boca.

Carlos apreta el cuello de la culebra con todas sus fuerzas mientras Tahawë ha logrado safar uno de los anillos; de pronto gritó a los que están aterrorizados en la orilla:

-¡La flecha!... ¡Dame una flecha! -.

Una flecha con punta encururada le fue alcanzada; el muchacho la tomó y la clavó con violencia a la altura del cuello de la anaconda. La punta se hundió profundamente, el animal se contorsionó con tal fuerza, que su cabeza se soltó del agarre de Carlos y Tahawë y aprovechó para lanzar una mordida y apoderarse del brazo de Kosirewë pero, el joven no se inmutó.

Carlos recuperó la cabeza del animal y le abrió las fauces liberando el brazo aprisionado por la aserrada mandíbula; la sangre brota profusamente. El movimiento de contra-ataque que recibió por el peligroso anfibio, lo desconcentró de su presa inicial, aflojando la presión sobre el pecho de Beatriz con el anillo que queda, lo que fue aprovechado por Kosirewë para liberar y sacar definitivamente a Beatriz, mientras los demás empujan el animal hacia la orilla donde sería más lento.

Tahawë rodeó con su brazo izquierdo el cuello de la culebra y, de un fuerte tirón, extrajo la flecha de su cuello, buscó su ojo derecho y clavó la aguda punta. La serpiente dió una fuerte sacudida y giró con violencia sobre sí misma, ya Beatriz estaba fuera del agua cargada por Kosirewë y ayudada por Erasmo y los hombres que están en la orilla.

La culebra gira sobre sí misma presa de dolor; los hombres la soltaron y se apartaron convirtiéndola en blanco para los guerreros quienes, en la orilla, esperaban ese momento. Seis arcos se tensaron y soltaron sus mortales saetas que dieron, cinco de ellas, en el cuello y la cabeza; la sexta chocó de lado contra la piel, la base de la punta se rompió y la flecha se fue al río.

La anaconda estaba en los estertores de la muerte, cuando recibió un machetazo que terminó definitivamente con su vida; su cabeza fue separada del

cuerpo; el autor del golpe definitivo fue Erasmo, quien al correr había tomado el machete.

La muchacha fue ayudada a vestir por las mujeres de su grupo y llevada al tapiri; una fuerte y roja marca cruza sus senos, costillas y el brazo derecho. El joven Kosirewë fue auxiliado también para el tratamiento de la mordedura, algunos medicamentos que quedaban en el maletín de primeros auxilios fueron utilizados. Las heridas causadas por los dientes de la culebra sangraban profusamente.

La anaconda fue despellejada y destripada en la orilla del río; algunas mujeres se encargaron de este trabajo. La longitud aproximada del anfibio fue calculada en unos 6 m. y su diámetro en 10 cm.

Esa noche, un festín de anaconda a las brasas, con casabe y plátanos, celebró el rescate de Beatriz, quien, recostada en su hamaca, se recupera, más del susto, que del daño que le causó la depredadora con su peligroso abrazo. Kosirewë, sentado a su lado, se ajusta el vendaje que cubre sus heridas. La mordida no generó desgarramiento; el joven le comentó a la muchacha:

-Los morichales son peligrosos para personas solas; waikoya vive ahí; cuando hay mucha gente se va; pero a una sólo persona la ataca si anda cazando; ella es muy fuerte, pero pozo no está hondo, sino... hubiera sido difícil sacarte. -.

La muchacha quedó pensativa, luego respondió:

-Estoy agradecida... Me salvaste. -.

-No fui solo... Estaban muchos luchando con waikoya. -.

El muchacho se levantó y se dispuso a ir a su hogar, la joven lo tomó por una mano y le pidió:

-No te vayas todavía; quédate otro rato; no te quites la venda para que se te cure rápido y no la mojes; mañana, antes de salir, te la cambio y te hecho desinfectante. -

El muchacho no respondió, se sentó de nuevo y la joven mantuvo, con afecto y agradecimiento, sus manos entre las suyas.

Capítulo XXIV

Agresión y sorpresa

El rapto

La marcha se reinició al amanecer; Haminawë manifestó a Erasmo que esperan llegar a Yuri ese mismo día:

-Se ha perdido mucho tiempo, hoy caminaremos rápido; los amahiri son hekura del agua que pueden atacarnos, están sueltos en la selva; ayer estuvieron presentes con waikoya; nosotros la matamos porque hekuras de la muchacha son fuertes, no permitieron que se llevara su no-reshi. -.

Erasmo respondió:

- Hekura de waikoya no es fuerte, nos la comimos. -.

Haminawë replicó: - ¡Si!, Por eso hekura del agua que protegen a waikoya están molestos, tenemos que caminar rápido para llegar a Yuri, dormir en la selva será peligroso, waikoya también caza de noche... ¡Vamos! -.

El hombre se despidió de Erasmo para colocarse a la cabeza de la columna que ya se está estructurando.

La nueva fase del viaje de retorno se inició a eso de las 06:30 horas según el reloj de Erasmo, quien como siempre, siguió registrando el rumbo de regreso mediante cálculos de retro-azimut en su brújula y reconocimiento visual e identificación en el mapa de algunos accidentes y características del terreno que aparentemente puede reconocer.

Las condiciones de la marcha fueron semejantes a las del día anterior, lenta y húmeda; en oportunidades avanzaron bajo torrenciales aguaceros que trataron de evitar avanzando bajo vegetación alta. Haminawë asignó la

responsabilidad de los obstáculos a los hekura del agua. Barauri, espíritu maléfico del agua, según él, está molesto porque mataron y se comieron a la anaconda, ahora desea vengarse.

La gente yanomami se enfrenta al torrencial aguacero con el deseo de salir rápidamente de aquella zona. Algunos de los napë van cubiertos con ponchos; Omaira, Dolores y Beatriz, quienes los utilizan, ayudan a algunas de las madres a resguardar a sus hijos lactantes.

Por momentos, la tormenta dificulta el avance, por ello Haminawë decidió que lo más prudente es acampar bajo los altos árboles donde se han guarecido momentáneamente. La preparación del campamento se inició. Todos están, además de empapados, muy agotados. Las fogatas no se hicieron esperar, pero hay dificultades para conseguir leña seca, el bosque está inundado.

Rebeca vio a Tahawë y Kosirewë que se acercan; ella y Beatriz están tratando de despejar la cobertura de hojarasca húmeda para aprovechar ramas secas debajo de ella, utilizan sendas varas; un pedazo de tronco que al parecer no ha sido afectado por la humedad del entorno emergió del despeje. Tahawë les dijo, señalando una dirección:

-Allá el bosque es más cerrado... El agua no entra mucho y podemos conseguir madera más delgada. Ese tronco está muy grueso para cortarlo. -.

En ese momento, la joven Irasimi, acompañada de su primo Raminawë, se les acercó solicitando también madera para el fogón de su madre y de la madre de su primo. Kosirewë señaló una dirección que se adentra en la vegetación:

-Aquella parte está mejor protegida de la lluvia... Vamos allá a buscar maderas delgadas.-.

Las napëyoma se colocaron los ponchos y se dirigieron con Irasimi, al sitio señalado; llegaron al lugar y comenzaron a reunir ramas secas, juntándolas en diferentes puntos. El avance bajo el dosel se les facilita por lo ralo del sotobosque; los grandes árboles monopolizan la luz natural y no les permiten desarrollarse.

Tahawë y los otros jóvenes están concentrados en arrastrar algunos troncos delgados. La distancia se va alargando entre los buscadores de madera y el sitio del campamento; no sienten peligro cercano, por tanto, no consideran el paso del tiempo; en ese momento, los músculos de Tahawë y Kosirewë se

tensaron, oyeron ruidos de ramas al romperse y un leve chasquido no identificable; Tahawë levantó su brazo derecho en señal de advertencia y silencio; le hizo señas a Kosirewë, el más cercano a él, que éste comprendió y le transmitió al resto, en voz baja:

-Parece que adelante hay un danto que está comiendo... Iré con Tahawë... Tú Raminawë, quédate con las mujeres para cuidarlas. -

El cazador se alejó con su compañero en procura de la pieza de caza; avanzaron en silencio con sus arcos y flechas de puntas lanceoladas listos para atacar; se mueven con prudencia y sigilo con sus instintos y sentidos alertas, pero no ven el animal, cierta penumbra en el área limita la visión.

Los guerreros se separaron para abarcar un terreno de mayor amplitud, avanzaron unos 50 m. en sus respectivas direcciones, pero no logran ver ni oír nada: Tahawë comenzó a dudar del origen del ruido inicial; camina y afina el oído, pero la respuesta es silencio total; ahora sintió otros ruidos que parecen gritos ahogados que provienen de sus espaldas. Los guerreros se miraron, ambos oyeron con claridad esta vez; la distancia que los separa es de unos 60 m.; como reacción espontánea emprendieron un rápido regreso al sitio donde dejaron a sus amigos, no los ven ni oyen; se acercan con cautela cuando vieron a Raminawë tendido en la hojarasca; tres flechas de punta lanceoladas están clavadas en su cuerpo; los proyectiles estaban pintados de negro, sin duda son de Shamataari; Kosirewë gritó, dando la alarma al campamento:

- ¡Enemigos!... ¡Enemigos!... ¡Vengan... Vengan!... ¡Flecharon a Raminawë y robaron mujeres! -.

Seguidamente habló al joven herido, quien estaba quejándose en estado seminconsciente. Kosirewë sintió gente de su campamento que se acerca, tomó su arco, agregó a sus flechas las de Raminawë y salió velozmente detrás de Tahawë, quien se adelantó y trata de encontrar el rastro de los enemigos.

Quien se acercaba es Carlos, que también trataba de conseguir madera seca cuando oyó los gritos de Kosirewë. Se percató de la arrancada de los dos guerreros y llegó hasta el herido, dudó si seguir tras sus amigos o ayudarlo, en eso observó que la gente de Haminawë se aproximaba, entonces tomó la decisión; recogió el arco de Raminawë y se lanzó tras los compañeros adelantados quienes ya han desaparecido en la espesura.

Carlos sigue por instinto la dirección por donde vio desaparecer a Kosirewë, agudizó sus sentidos, los puso en estado de alerta máxima, como lo aprendió durante las actividades de cacería; no percibe ningún sonido, toda su naturaleza está crispada, sólo corría en la dirección que le guía su instinto; intenta percibir cualquier cambio en el entorno por minúsculo que fuese.

Mientras tanto, Kosirewë dio alcance a Tahawë pero no se le unió; se mantienen separados por unos 30 m., en un avance paralelo. Al igual que Tahawë, Kosirewë se dedica también a encontrar el rastro dejado por los incursores, pero la zona seleccionada para el ataque estaba cubierta de matorrales que limitan identificar el paso de gente que se sepa cómo andar sin dejar huellas.

Más atrás Haminawë, Erasmo y el resto de la comunidad llegaron al sitio del ataque y consiguieron al muchacho mal herido; observaron con horror las flechas completamente negras que están clavadas en su cuerpo; la más elevada, a la altura del cuello, por encima de la clavícula derecha, asoma la punta ennegrecida por la parte posterior; otra se hundió entre las costillas flotantes del lado derecho y la tercera, encima de la rodilla del mismo lado. Por la cara interna de la pierna se asoma la punta de la flecha después de haber rozado el fémur.

Las mujeres yanomami gritan con desesperación; Omaira llora también temiendo por la seguridad de su hija y la de su amiga; algunos yanomami, con los napë, se adelantaron buscando rastros y para proporcionar seguridad perimétrica al tapiri, pero retornaron al sitio. Haminawë examina las heridas y concluyó:

-Son puntas encuraradas... Barauri es un hekura que hace daño... El enseñó el camino a los shamatari a donde estamos nosotros... Ahora el espíritu de waikoya está con ellos. -.

- ¡Pero... ¿Que podemos hacer?!- Preguntó Erasmo sin disimular su contrariedad y desesperación; tengo que recuperar a las muchachas.

El jefe contestó: - Tahawë y Kosirewë buscarán y traerán mujeres... Carlos también fue, ellos son waitheri más valientes que shamatari... Sus espíritus son fuertes. Vamos a Herami, luego buscaremos a shamatari -.

Erasmo no se había percatado de la acción de Carlos, lo buscó con la mirada y al no verlo asumió como cierta la aseveración del jefe.

Las flechas fueron extraídas, en eso ayudaron las napëyoma; el joven fue trasladado en hombros al campamento. Omaira extrajo de su maletín de pri-

meros auxilios todo lo que queda para poder ayudar al muchacho herido. Erasmo le comentó:

- «Los efectos del curare son contrarrestados usando sal como antídoto» - Pero no tenemos.

De repente, una idea le vino a la mente y llamó:

- ¡Dolores!... ¡Dolores!... ¿Te queda la ceniza esa con que condimentan la comida?... ¿Tienes? -.

- ¡Sí! -, contestó la mujer. -Ya la traigo. - Seguidamente desempacó y hurgó en un maletín, extrayendo un pequeño envoltorio.

- ¡Aquí está! - Gritó

-Lígalo con agua, eso debe tener algún tipo de sal, roguemos que funcione- Le dijo Erasmo.

Cuando Dolores abrió el envoltorio para preparar la liga, Pahimi, la mujer de Haminawë gritó:

- ¡Korori!... ¡Es korori! -.

Todas las mujeres corrieron a sus equipajes, en segundos una gran cantidad de la sustancia estaba en manos de Dolores, quien, aprovechando la abundancia, concentró más la solución.

Tomaromi, madre de Raminawë, acompañada por Añoima y Payekeima, intentan reanimar al herido para que pudiera ingerir la sustancia preparada. Dolores le da pequeñas bofetadas y le grita en yanomami:

- ¡Despierta!... ¡Despierta!... ¡No te duermas!... ¡Bebe!... ¡Bebe todo! -.

El joven abría los ojos y los cerraba nuevamente, los efectos del curare lo están afectando, tiene dificultades para tragar y para respirar con facilidad, abre la boca buscando aire para respirar.

Las mujeres lograron, con dificultad, que el herido fuera tragando el salado líquido con lentitud, mientras, Omaira desinfecta sus heridas lavándolas con agua oxigenada y aplicándole rifosina. Los yanomami están expectantes, daban al muchacho por muerto, su madre llora con insistencia.

Paroriwë, el shapori de Herami, se acercó a Erasmo y le dijo:

-Tu mujer da medicina... Luego yo brujeo y tomamos yopo para llamar hekura del sol, para que cure y traiga no-reshi; él es más fuerte que barauri. -.

Omaira logró detener la hemorragia, sobre todo la del costado, pero dijo a Erasmo:

- ¡No sé!... No está sangrando... Pero no sé que hizo la flecha por dentro... No sé si perforó el pulmón... habrá que esperar, aunque la sangre no es oscura.

Erasmo le contestó:

- Si, la sangre no es oscura, si hubiera interferido el pulmón, fuera oscura y espumosa.

La mujer se tranquilizó ante la aseveración.

Está oscureciendo en aquel campamento invadido por el llanto y la incertidumbre ante la posibilidad de la muerte, los ánimos estaban crispados, se aprecia máxima tensión generada por la rabia y la inseguridad. Los hombres preparan sus puntas lanceoladas, les untan curare y hablaban de venganza contra los shamatari, hablan de muerte, se escuchaban expresiones como:

- "Horasi yarei shamatari" (matar hasta el último shamatari)- En apreciación de los visitantes, aquel campamento se transformó de repente, en un campamento de guerra.

Omaira y Dolores no se separan del herido.

Haminawë le dijo a Erasmo y a Rafael:

-Debemos llevar la gente a Herami, ahora no podemos salir, es de noche y en la oscuridad los shamatari puede estar emboscados y atacar de nuevo y matar más gente, allá prepararemos una incursión con aliados... Mañana mandaremos aviso a Yuri-.

Rafael y Erasmito se acercaron a Erasmo. Su hijo le sugirió:

- ¡Papá!... Al llegar a la comunidad y estés seguro con mi mamá y Dolores, nosotros saldremos a ayudar a Carlos y a Tahawë a rescatar a mi hermana y a las otras-.

-No sé hijo, tenemos que tener el asesoramiento de esta gente para saber lo que es más conveniente, no podemos desesperarnos y cometer algún error que empeore las cosas-.

Rafael acotó:

- ¡Bien!... Mañana veremos... Ojalá que Carlos, Tahawé y Kosirewë logren recuperarlas... Mañana veremos-

Omaira comentó refiriéndose a Carlos:

-Ahora ese muchacho también está en peligro, él no conoce esas cosas de la guerra en estas selvas... ¡Hay Dios mío!... ¡No permitas que les pase nada! -.

Ante un movimiento del herido, Omaira se volteó y observó que se estaba quejando, señal de que está respirando mejor, lo examinó y comentó:

-Tiene mejor color, ya no está tan pálido, creo que está saliendo de la crisis; ahora debemos evitar que las heridas se infesten... Parece que la acción del veneno se interrumpió, ¡Gracias Dios!... Veré lo que tengo por aquí... Es todo lo que tenemos-

Del inventario resultó algo de alcohol, agua oxigenada, suturas, vendas, tela adhesiva y rifosina.

Las dos mujeres napë se retiraron a su alero en aquel tapiri de ánimos alterados. Omaira está muy preocupada, pero confía en que aquella gente no le hará daño a su hija ni a las otras muchachas, así lo ha sabido. Comentó:

-Para esta gente, robar mujeres es una costumbre con fines de matrimonio, de procreación; parece que siempre hay escasez de ellas... En realidad, no es una acción criminal como el secuestro por dinero. -.

-¡Bueno!, Esperemos que no las maltraten- Le respondió Dolores -Al menos, esa no es la costumbre, aunque ya, llevárselas, implica un maltrato y un riesgo. -

Abrazó a su amiga cuando observó que ésta comenzó a llorar. En el alero, los hombres están en silencio, realmente no saben cuál es la acción y la conducta más recomendable que no ponga en riesgo la seguridad de las muchachas; están en manos de la experiencia de los viejos yanomami.

Sentados en sus chinchorros permanecen en silencio.

La persecución

Al mismo tiempo; lejos de ahí, las tres mujeres secuestradas caminan escoltadas, cada una, por un hombre totalmente pintado de negro, armado con arco y flecha y con una pelota de tabaco bajo el labio inferior. Sus respectivas escoltas las llevan sujetas por un brazo como apoyo mientras descienden por

la pendiente de un camino resbaladizo. La columna avanza protegida por dos guerreros, que, desde la retaguardia, observan y escuchan cualquier ruido que indique la presencia de enemigos.

El silencio en aquella noche oscura no es total, en momentos es interrumpido por graznidos de aves o chillidos extraños que delatan actividades de cacería de los habitantes silvestre de la zona. En una oportunidad, las mujeres pudieron reconocer el canto de una lechuza mientras caminan con la cadencia impuestas por sus captores; las napëyoma van mejor protegidas, llevan puestos pantalones bluyín y camisas con mangas largas, la toalla ya acostumbrada sobre el cuello y están cubiertas por los ponchos que llevaban al momento de la captura.

La joven yanomami capturada va cubierta por el pequeño pirissi que sólo protege a medias, su región pubiana, los zancudos y jejenes se están ensañado con su cuerpo, su piel está totalmente cubierta por las marcas de los aguijones. Todos avanzan en silencio y a paso rápido.

Unos 500 m. más atrás, dos figuras cubiertas de barro a manera de camuflaje, se desplazan sigilosas entre los árboles, evitan los espacios despejados donde pudieran reflejar la luz de la escasa luna. De pronto, de manera simultánea, ambos se agazaparon y prepararon sus arcos al percibir leves ruidos a sus espaldas; observan una figura humana que se acerca sigilosamente que pronto identificaron como Carlos. El Joven se llevó un tremendo susto cuando dos figuras, saliendo de la nada, cayeron sobre él y le taparon la boca; respiró aliviado cuando reconoció a sus amigos.

Escondidos en los matorrales, los yanomami le informaron por señas, que habían localizado el rastro de los atacantes y se dispusieron a continuar la cautelosa marcha, ahora desplegados en forma de abanico. Tahawë se alegró al ver los avances de Carlos, sus movimientos ya no eran torpes como cuando lo conoció.

Los heramatheri se mantienen en el ángulo visual de cada uno; se detienen observan, agudizan el oído y continúan; al rato pudieron definir algunas siluetas recortadas a contraluz al momento en que superaban el tope de una colina. Están pendientes de los vigilantes de retaguardia, por eso su progresión es solamente por el bosque. Cuando dudan de la seguridad del avance, se detienen, se acucillan y escuchan; luego se levantan y continúan, no hablan entre ellos como cuando acechan un animal de presa.

El avance de los captores es lento; Rebeca le habló a Beatriz en Castellano; palabras que la joven Irasimi comprendió:

-Vamos a demorarlos... Vamos a fingir cansancio para que avancemos más lento... Así los nuestros podrán alcanzarnos.

El guerrero que la sostiene por el brazo, le inquirió en su lengua y en voz baja:

-¡Napëyoma cállate; te meteré barro en la boca!.

Rebeca obedeció, entendió muy bien la amenaza.

La marcha continuó en silencio; de pronto Rebeca comenzó a cojear del pie izquierdo; los guerreros se detuvieron y levantaron el pie de la muchacha, ésta se apoyó en uno de ellos, destrenzó y se quitó una de las botas y comenzó a sacudirla fingiendo que le molesta una pequeña piedra u otra cosa que se le hubiese introducido; se la colocó nuevamente y continuó la marcha.

Beatriz por su parte, fingía estar muy cansada; caminaba muy lento o intentaba detenerse pero, en dos oportunidades, fue halada drásticamente por su escolta.

Tahawë ubicó a uno de los de la retaguardia, inmediatamente distinguió al segundo al producirse un breve reflejo de la luz de la luna en el negro lustroso de la pintura de su cuerpo; el joven se detuvo e hizo señas a sus compañeros sobre la ubicación, indicándoles con los dedos el número de enemigos avistados. Los tres detuvieron la marcha con unos 10 m. de separación entre ellos, se acurrucaron entre matorrales y raíces superficiales de árboles muy grandes.

En este sistema de avance y detención para la observación y escucha pasaron varias horas; los shamatari de retaguardia se acercaron a sus compañeros y hablaron en voz muy baja, uno de ellos dijo:

-No nos siguen... Los heramitheri son cobardes, prefieren cuidar a las mujeres que le quedaron allá... No las van a dejar solas por miedo-.

-Entonces vamos a acampar aquí-. dijo uno de los que estaban con las cautivas y fungía como jefe del grupo; bajo la pintura negra de su rostro se nota una barba incipiente en la barbilla.

Los captores Shamatari avanzaron unos 30 m. hasta unos matorrales protegidos por grandes árboles y se dispusieron a encender fuego; el nivel de su confianza aumentó por el comentario de uno de los vigilantes de retaguardia; la seguridad se flexibilizó. Los guerreros colocaron a las cautivas al pie de un árbol y ataron fuertemente sus pies con lianas delgadas; frente a ellas se sentó uno de los guardianes a quien se le nota con claridad la pelota de tabaco que lleva en la boca; el hombre lanzó un escupitajo de saliva negra que calló muy cerca de los pies de Beatriz.

Las mujeres se acomodaron muy juntas al pie del árbol y utilizaron los ponchos para cubrirse del frío y de los sancudos; 100 m. atrás, Tahawë y Kosirewë detectaron la iluminación de la fogata, la cual se puede ver sólo cuando la brisa mueve el ramaje de los árboles que la ocultan e impiden que su reflejo alcance los arbustos cercanos.

Los guerreros herematheri se fueron acercando sigilosamente desde diferentes direcciones; determinaron la dirección del viento para evitar que su olor pudiera ser percibido por los enemigos y al mismo tiempo, recibir el olor de las fogatas para ubicar su ubicación exacta. Iniciaron un rodeo amplio y acercamiento lento y concéntrico hasta sentir más cercano el olor de madera quemada. Se detuvieron a 20 m., aproximadamente, del sitio de campamento de los shamatari y permanecieron totalmente tendidos e inmóviles en el suelo; Kosirewë avanzó primero unos 5 m., luego Carlos y posteriormente Tahawë; nuevamente quedaron inmóviles por unos minutos; lenta y alternadamente, levantan la cabeza para observar por entre las ramas.

Carlos está aplicando lo aprendido en las oportunidades en que acompañaba a los guerreros a rastrear y cazar; conocía lo referente a la ubicación respecto a la dirección del viento; ahora estaba intentando extremar las funciones de otro de sus sensores, los oídos; busca alteraciones en el silencio o vibraciones en el espacio, que le proporcionaran información; sus ojos intentan penetrar el velo de la noche.

Los tres hombres, desde ángulos diferentes, realizan un detallado inventario de la situación en el campamento enemigo; Tahawë hizo una señal que sus compañeros captaron e identificaron como que debían retroceder para reunirse. Así lo hicieron, lenta y progresivamente. Siempre con el frente hacia el campamento enemigo, se fueron moviendo de posición en posición previamente seleccionada; se detenían y luego ejecutaban el próximo movimiento.

En la medida que la distancia aumentó, se flexibilizó el movimiento retrógrado hasta alcanzar unos 100 m. de separación del campamento. Los guerreros se acercaron y se ocultaron entre grandes raíces que afloran sobre la tierra; quedaron ocultos totalmente; cada uno rindió su informe en voz muy baja; Kosirewë comenzó:

-Mujeres están bien; están con pies atados; vi esto de shamatari- Señaló siete dedos de sus manos y continuó: -Dos guerreros están vigilando no muy lejos; tú ¿Que viste?
- Preguntó a Tahawë.

-Eso mismo- Respondió el joven y explicó su plan –Dormiremos aquí... Mañana caminaremos lento, tú por lado izquierdo, Carlos y yo por allá... No debemos acercarnos, son muchos; esperemos que se confíen y descuiden... ¿Cuántas flechas tienes?... Yo tengo cuatro-. Acotó.

-Tengo seis- Contestó Korisowë -Tomé las de Raminawë... Estaba muy flechado... Pienso que barauri mandó a los shamatari a flecharlo por venganza.

Carlos intervino: -Yo no tengo flechas, sólo el arco de Raminawë- Kosirewë le entregó tres de las que cargaba.

Tahawë no hizo comentarios, sólo se acomodó para dormir sentado entre las raíces.

Antes de amanecer, Kosirewë se subió a un árbol cercano de amplia fronda y se ocultó entre su ramaje; desde este punto de observación domina el sitio donde está ubicado el campamento enemigo; observó cuando la fogata se apagó; hizo señas a Tahawë de que iniciaban la marcha. Kosirewë observó la posición de los vigilantes de retaguardia, bajó del árbol con sigilo y esperó un momento, luego avanzó hacia la dirección de marcha que su compañero le indicó; a partir de ese momento mantuvieron bajo observación directa a los elementos de la retaguardia enemiga.

Mientras, en el campamento de los heramitheri la marcha se había iniciado; Omaira y Dolores revisaron al herido, amaneció sorprendentemente mejor; aparentemente las flechas no tocaron nada vital, pero el muchacho está muy débil por la pérdida de sangre. Los hombres fabricaron con su chinchorro y unas varas, una especie de parihuela para el transporte del herido.

Haminawë, antes de salir, se dirigió a toda la gente y les explicó con claridad, que debían llegar a Herami antes del mediodía:

-Corremos riesgo de ser atacados por shamatari en el camino... No sabemos cuántos son...

Tahawë, Carlos y Kosirewë están siguiéndolos... Ahora no podemos buscar mujeres robadas... Vamos rápido... Debemos caminar rápido-

La marcha se inició con la claridad del día; todos los guerreros y hombres jóvenes avanzaron por ambos lados del camino separados por unos 15 m. de la columna de mujeres y niños; de esta manera, los más vulnerables van protegidos. Todos los hombres van pintados de negro desde la mitad del rostro hasta el pecho, símbolo de estado de guerra. Los napë más jóvenes también van pintados con pintura de guerra y marchan junto con los guerreros. Erasmo se desplaza en la columna del centro del movimiento junto a Omaira y Dolores, quienes están con evidente nerviosismo; sobre todo Omaira, pasó la noche en vela, preocupada por su hija; se sentaba en el chinchorro al oír cualquier ruido y en oportunidades, se levantó al observar a su esposo, de pie, mirando en silencio hacia la selva. Fue una larga noche de incertidumbre, como no habían pasado en mucho tiempo de sus vidas.

La mujer no dejaba de rezar y pedirle a la Virgen Milagrosa por la protección de las muchachas raptadas y de los que intentan liberarlas.

El día está lluvioso, aunque no intensamente, pero las densas y oscuras nubes que se desplazan por el cielo, amenazan con precipitaciones de mayores proporciones; Erasmo avanza en total silencio, la esperanza de tener nuevamente a su hija sana y salva, se sostiene en las habilidades que ha observado en Tahawë y en el amor evidente que el joven siente por ella. Reconoce la inteligencia de Carlos, pero no está seguro de sus capacidades en este tipo de acción; Kosirewë es un muchacho valiente y muy prudente. Sabe que ellos harán todo por traer a las muchachas sanas y salvas.

Capítulo XXV

Terreno, enemigo y condiciones metereológicas

Táctica del sigilo, escucha y observación

Los heramitheri continúan con la persecución de los guerreros shamatari captores; sus cuerpos están cubiertos con una gruesa capa de lodo seco que los confunde con el entorno.

La formación del grupo de los shamatari se ha relajado bastante a juicio de sus seguidores; hace un buen rato que sólo observan un sólo elemento de retaguardia, esto, inicialmente, obligó a extremar la prudencia ante la posibilidad de que se trate de una treta táctica del enemigo.

Kosirewë hizo señas a sus compañeros; está acucillado al lado de unos arbustos; Tahawë se acercó tomando las debidas precauciones; Carlos se quedó unos metros atrás; el muchacho mostró una pequeña rama partida; estuvieron de acuerdo de que se trata de una acción intencional de las mujeres para dejar un rastro.

A unos 200 m. adelante, la columna shamatari avanza con mayor pausa; uno de los guerreros camina 5 m. adelante; detrás de éste, avanza otro guerrero y seguidamente camina Beatriz detrás otro shamatari y posteriormente Rebeca seguida por un guerreo y luego Irosimi; al final, otro hombre cierra la columna. El sexto hombre avanzaba paralelo a la columna; como seguridad en el flanco derecho. El séptimo en la retaguardia, como a unos 25 m. de distancia. El vigilante de retaguardia se detenía periódicamente a observar y escuchar; en dos oportunidades subió a árboles relativamente pequeños; buscando ampliar su campo visual sobre un potencial avance heramitheri.

Ya pasado el mediodía, el sol estaba radiante y el ambiente caluroso; Irosimi se dirigió al más cercano de sus captores:

-¡Mira shamatari!... Ellas quieren quitarse eso- refiriéndose a los ponchos que ambas llevan -Eso las cansa y no pueden caminar... Están sudando mucho y luego no podrán caminar-.

El hombre consideró lógica la observación y le respondió a la muchacha:

-¡Quítalo tú misma!-.

La muchacha se movió hacia sus compañeras y sacó los ponchos; pero al colocárselos sobre sus brazos, miró fijamente a Beatriz y disimuladamente, le mostró como partía una pequeña rama y la dejaba colgando; Rebeca observó el movimiento, ambas comprendieron de lo que se trataba y continuaron caminando. A partir de ese momento, cada 30 m., aproximadamente, alguna de las mujeres dejaba una señal que era encontrada por los heramitheri; quienes consideraron este medio, como una manera de conocer la ruta que llevaban.

Al recibir la tercera marca, Tahawë hizo señas a sus compañeros para que se detuvieran a conferenciar. Retrocedieron y se acercaron hasta juntarse en unos matorrales. Kosoriwë entendió que debían planificar la estrategia a seguir de ahora en adelante. Dobló varias ramas e hizo una especie de túnel donde los 3 se acostaron a conversar.

Tahawë inició la conversación:

-Parece que caminan a buscar ironasitheri; esos son sus aliados y odian a los napë; mineros mataron unos hombres de Ironasi y violaron mujeres; ahora querrán vengarse y cambiarán a las napëyoma... Pero ellos tienen que pasar por caño hanasi kë u... Ellos no van a territorio shamatari... van a Ironasi ké u, para evitar heramitheri.

Kosirewë estuvo de acuerdo con esta deducción:

-Si shamatari fueran a su territorio, caminaran por hehu hasube (cerro sapo)... Pero van contrario... Allá heramitheri no puede atacar... Debemos cortar su camino-.

-Eso está bien- Afirmó Tahawë -En río hanasi hay puente; vamos a llegar primero y tumbarlo, para que construyan tapiri este lado... Ahí le quitaremos las mujeres y mataremos a todos... Henaja (mañana) ellos llegarán allá... Ellos no van rápido o las mujeres van demorando... Nosotros llegaremos mi hikökai (al oscurecer)... Iremos rápido-.

Los tres hombres salieron del escondrijo e iniciaron un largo rodeo por el flanco derecho de la columna enemiga; en la medida que se alejaban, el avance se iba haciendo más rápido hasta convertirse en una veloz carrera a través de la selva, sabanas, pantanales, faldas de colinas; la juventud se expresaba a través de la fortaleza física para responder a grandes exigencias, como la que se proponen aquellos 2 hombres de la selva y uno asimilado, en una lucha contra el tiempo para adelantarse y operar en contra de un enemigo que lo supera en proporción superior a 2:1.

La muerte visitó Herami

Al otro lado, cerca de Herami kë u, los heramitheri, compungidos por el ataque sufrido, las heridas de uno de sus miembros y el rapto de 3 mujeres, se disponían a entrar a su shapono.

La columna inició la entrada por la puerta norte; de repente se escucharon gritos desesperados y llantos de las primeras mujeres que ingresaron; todos corrieron al sitio de donde partían los gritos; dos mujeres estaban arrodilladas en el suelo, al lado de una mujer tendida, muerta; se trataba de Simirimi, hija de Hitiranima, cuya vejez le impidió realizar el viaje de visita a Yuri kë u. Simirimi se había quedado cuidando a su madre; ahora estaba muerta; 2 flechas clavadas, profundamente en la espalda, le quitaron la vida. Su cuerpo estaba hinchado, ya en proceso de descomposición.

Parte de la gente corrió ahora al hogar de su madre; la vieja Hitiranima yacía en su chinchorro, igualmente muerta; una larga flecha, totalmente pintada de negro, atravesó su garganta; sus ojos, sin vida, muy abiertos; reflejaban el terror que precedió su deceso.

Las mujeres gritaban desesperadamente; los hombres batían sus flechas, machetes y hachas. En una especie de danza bélica de corte individual, imitaban escenas de combate; amenazaban con sus flechas a enemigos invisibles y eran comunes, expresiones como: “matar shamataari”, “venganza”, “echar sus cadáveres a los perros”, “entregar sus almas a los amahiris”, “que se pierda su pore”.

Erasmus y su gente estaban asombrados por tales acontecimientos; de repente, una relación de vínculos culturales, se había visto cruzada por situaciones de extrema violencia y muerte; de un estado de paz y aparente equilibrio social, a un estado de incertidumbre y caos.

Erasmus convidó a los suyos para que se alejaran del centro de la situación; los ánimos estaban excesivamente tensos, lo cual aconsejaba prudencia al hablar o accionar.

Se oían gritos por la niña de Simirimi, no la encontraban. Dolores la recordaba:

-Es una niña como de 3 años... Ojalá que no esté muerta. ¡Dios mío!... ¡Sería el colmo!-

Pero en esos momentos se oyeron gritos fuera del shapono; la niña fue encontrada viva, oculta en unos matorrales; una mujer la traía cargada, Dolores se acercó a verla y luego comentó:

-La niña no llora; está muy callada; parece estar chocada; no debe haber comido desde que mataron a su madre... Quizás en la confusión, escapó y no la consiguieron o no quisieron buscarla-

Simirimi fue recogida del sitio donde cayó, llevada a su hogar y acostada en su chinchorro al lado de su madre.

La gente de Erasmo se dispuso a colgar sus chinchorros y a encender sus fuegos; eran como las 13:00 horas; la comunidad estaba convulsionada; las mujeres lloraban, gritaban, emitían expresiones, que, a juicio de los extranjeros, parecían exageradas manifestaciones histriónicas.

Los hombres comenzaron a acumular leña en el centro de la plaza del shapono; troncos gruesos fueron traídos, arrastrados y otros cargados entre dos o más individuos; los niños y mujeres acarreaban ramas y troncos más delgados. Todos se habían acumulando en un único montón.

Payekeima llegó al alero de su amiga Dolores, ésta le preguntó:

-¿Qué fue lo que pasó?... ¿Cómo está eso?... ¿Qué van a hacer? -

La mujer contestó:

-Los shamatari vinieron; esos cobardes atacaron a dos mujeres solas... Ahora ellas se fueron... Se durmieron... Ahora van a quemar cuerpos; su no-uhutipi (o pore, una de las tres almas del yanomami) se liberará e irá al hetu-misi (cielo), ahora su no-reshi (otra de las almas) se quedará en la selva; ella volverá para cuidar a su comunidad-

Los napë oían con atención la explicación; sabían poco de esta fase de la vida y la muerte.

A muchos kilómetros de allí, tres figuras camufladas con barro y otros elementos de colores opacos, se desplazan a gran velocidad, corriendo, semi-desnudos, a través de montes bajos y espacios de selva, enfrentaban el agreste terreno, pero el medio por donde se desplazaban le es familiar, los accidentes físicos no representaban obstáculo alguno.

Al mismo tiempo de la tragedia en Herami, a varios kilómetros de distancia, la columna shamatari, con sus cautivas, se había detenido; sentados en un espacio boscoso comían plátano y unas orugas que extrajeron del tronco muerto de una palmera que yacía en el suelo. Las mujeres, sentadas sobre un saliente rocoso, observaban como las orugas eran extraídas por un orificio y amontonadas vivas sobre unas hojas; luego, la envoltura era colocada muy cerca de las brasas. Posteriormente, abierto el paquete, su contenido ya cocido, fue distribuido entre las mujeres, acompañado con plátano asado.

Uno de los guerreros, a juicio de Rebeca, parecía muy molesto; observó la manera como increpaba al hombre de la barba, quien era el jefe del grupo:

-Tahashiwë... No debimos matar mujeres... Ellas no te amenazaron... hekuramou (canta a los espíritus) y llama a ihamariwë (espíritu de la pereza), para que pida a kanaboruriwë (espíritu de pájaro conoto), que tranque el camino de los heramitheri en su venganza.

El aludido respondió al hablante:

-Cuñado, ¿Tienes miedo porque matamos mujeres?...

-Ellos... Los heramitheri... Ellos flecharon a mi sobrino y su pore se fue, se perdió... Ellos estaban ayudados por guerreros napë... Ahora ellos van a pagar.

Yoteheiwë, el joven que inició la discusión, respondió:

-Pero padre me dijo que se mata hombres, no viejas... ¿Por qué mataste la vieja y mandaste que flecháramos la otra?... Ahora los hekura protectores se fueron y los amahiri podrán atacarnos y llevarnos a las profundidades.

-¡No!... ¡Cuñado!... Tú y yo haremos unokaimou para purificar nuestro espíritu por esas muertes y hekura volverán... No comeremos maya (oruga comestible); no comeremos nada; no tocaremos mujer; no cazaremos; no haremos nada, hasta que nos purifiquemos por las mujeres muertas... Sus pore no vendrán en la noche a molestar-.

Se hizo silencio; las mujeres entendieron la conversación; observaron que el hombre de la barba, al que llamaron Tahashiwë, no comió nada, ni tampoco

lo hizo el otro joven, quien se había mantenido muy callado; aparentemente preocupado, cabizbajo y ahora, las custodiaba junto con otros dos.

-«Deben ser los que mataron a las mujeres de que hablan»- Pensó Rebeca.

Beatriz, preocupada, le pidió a Irasimi muy calladamente:

-Pregunta a que mujeres flecharon y dónde... Anda, pregúntale a ese que está ahí-.

Irasimi accedió, llamó quedamente al joven y le preguntó:

-¿Shamatari, dónde flecharon mujeres y cuándo?-

El muchacho respondió:

Hace 4 noches (señal con los dedos), llegamos a Herami Kë u buscando heramitheri, pero no estaban; estaban dos mujeres y una niña... Las mujeres estaban gritando e insultando... Tahashiwë flechó a la vieja para que no gritara y la mujer, con la niña, huyó... Quiso escapar, pero Tahashiwë mandó a su cuñado Yoteheiwë y a otro, para que la flechara... Ella cayó... Quizás se murió... La niña huyó al monte... Un tigre la matará... Yo no quiero matar mujeres... Eso es malo... Waitheri no mata mujeres; las mujeres chillan, pero no hacen daño-.

En ese momento se oyó una orden de Tahashiwë:

-¡Vamos a caminar... Tenemos que pasar el puente en hanasi kë u, ahí es territorio de los ironasitheri; ellos son amigos; pasaremos a su territorio y de ahí regresaremos al tapiri donde está shamatari esperando... Heramitheri no nos encontrarán-.

La marcha continuó sin sobresaltos; aparentemente, los shamatari estaban confiados en que no fueron seguidos; pero Irasimi suponía que sí. Le comentó a Rebeca, quien era la más cercana; le habló en castellano:

-Tahawë y Kosirewë estaban cerca cuando nos capturaron estos shamatari y flecharon a mi hermano, tenemos que saber dónde ellos están.... Cuando shamatari se descuide, escaparemos.

La muchacha hizo silencio cuando vio acercarse a uno de sus captores.

En la comunidad de Herami, el duelo continuaba en su máxima efervescencia; pero en medio de aquella fatalidad, se presentó el hecho positivo, de que

Raminawë, el joven herido, estaba notablemente mejor. Erasmo y su gente están realmente admirados por la capacidad de recuperación que ha mostrado el muchacho frente aquellas heridas consideradas serias. Rafael comentó:

-Creo que su cuerpo, como es virgen... Es decir puro... Que no ha estado contaminado con medicamentos y todos esos químicos, le permiten responder con rapidez a cualquier tratamiento... Pero hay una cosa que me está dando vueltas en la cabeza...

-¿Qué es?-. Lo interrogó Dolores.

-Se trata del efecto del shapori y su ritual... Ellos le tienen plena confianza... Yo no creía que eso pudiera tener ningún efecto... Pero ahora no sé, tengo dudas-

Erasmo intervino:

-Estuve pendiente anoche de lo que hacían ... Paroriwë estuvo toda la noche cantando una letanía dirigida a los espíritus ... Y además, vi que Haminawé le sopló yopo varias veces-

Rafael opinó:

-Yo estuve pendiente de lo que decían en sus cantos... Entendí que estaba pidiendo a los hekura del viento y del gran danto, que vencieran a barauri y a los amahiri; que dejaran al muchacho aquí con su madre... Pienso que esas cosas influyen de alguna manera, en la psiquis del enfermo-

Omaira manifestó:

-La energía emitida por el shapori, es como una fuerza que se une a las energías de los miembros de la comunidad y eso rompe las fuerzas negativas que están dominando al enfermo... Es como si fuera la misma comunidad, la que venciera a la enfermedad... ¡Bueno! ... es lo que interpreto... Pero reconozco que estoy muy confundida con todo esto-

El ambiente quedó en silencio; Omaira bajó el rostro y se secó unas lágrimas con la manga de la camisa; no saber de su hija le angustiaba; Erasmo la abrazó, sus ojos también estaban húmedos.

Fuego liberador

En la plaza del shapono, una enorme pira fue construida; ahora, por diferentes puntos, le introducían palos encendidos provenientes de los fuegos de

los hogares; la brisa de la tarde aviva las llamas que comienzan a abrazar toda la enorme fogata; algunos arrojan más troncos secos que incrementan el calor y las llamas. Los llantos y gritos se agudizaban. Dolores salió de su alero a observar lo que iba a suceder; los demás del grupo la siguieron.

Unos hombres desmontaron los chinchorros de las personas muertas y con ellas en su interior, los cargaron hasta la pira; cuyas llamas, estaban bastantes altas y el calor a su alrededor, verdaderamente abrazador. Los hombres lanzaron los cuerpos al fuego, envueltos en sus respectivos chinchorros, uno a cada extremo de la gran fogata; separados, quizás, por unos 2 metros. Las mujeres intensificaron sus llantos y gritos; algunas de ellas, tenían las mejillas pintadas de negro en señal de duelo, de luto.

Detrás de los hombres que condujeron los chinchorros, se acercaron varias mujeres con diferentes objetos que lanzaban también al fuego; los visitantes pudieron apreciar algunas cestas, tamices, un abanico de avivar el fuego, unos collares; lanzaron también un rallo para yuca amarga, un sebucán, un ovillo de hilos de algodón y una cesta mediana en proceso de construcción, por último, una niña arrojó un porta-bebé tejido en algodón y un pirissi.

Payekeima explicó:

-Todas las pertenencias de las mujeres dormidas deben irse con ellas; ahora ellas las usarán en la otra vida... Ahora ellas están liberadas y sus pore regresarán a proteger a su familia y a la comunidad cuando sus cenizas sean ingeridas con carato de plátano, en un reahu.

Los extranjeros no querían perder ningún detalle de aquel ritual. Se acercaron a la pira, aun cuando el viento, en oportunidades, les traía el olor de carne quemada; incluso, observaron con aprehensión, un líquido espeso, oscuro y en estado de hervor, que se deslizaba por la base de la fogata; dos hombres utilizando varas largas, tapaban con rapidez el espeso líquido con tierra, impidiendo que avanzara.

Payekeima les advirtió:

-Shawara que traen enfermedades están en ese humo... Ustedes no deben oler ese humo... Eso es muy malo-

Las llamas se elevaron, alimentadas por nuevos troncos y pedazos de madera arrojados a la pira.

Payekeima aportó:

-Ahora las personas no se nombrarán más; se olvidarán para que sus espíritus no molesten, no aparezcan a los yanomami; por eso, todas sus cosas se quemaron con ellas... Ahora no quedó nada, todo se lo llevaron.

Los extranjeros quedaron sorprendidos; más bien confundidos por eso de que las personas muertas no se mencionarían más; sus nombres no volverían a mencionarse y sus recuerdos borrados para siempre. Al momento no sabían cómo interpretar aquello; era necesario averiguar más, pero, evidentemente, este no era el momento.

Allá en la selva, la operación de rescate continuaba. El sol estaba declinando; la noche anunciaba su presencia. Los heramitheri llegaron al río Henasi; ya conocían la ubicación del puente; fueron directamente a él. El puente era bastante largo, como de 10 m. de largo divididos en dos segmentos; el primero de ellos, de unos 4 m. de largo, terminaba en una especie de “bajo” en medio del río; sumergido a una profundidad de 50 cm.; desde este punto, el puente daba un giro a la izquierda, hasta alcanzar el borde más próximo de la orilla opuesta, ubicada a unos 6 m. La morfología del terreno, en este punto, obligó a este arreglo ingenieril. El río no ofrecía alternativas, era profundo y de cauce ancho.

Sin descansar de la carrera realizada para llegar, los yanomami arrancaron lianas gruesas y le indicaron a Carlos que hiciera lo mismo, Tahawë le dijo:

-Vamos a tumbar ese puente, para que shamatari no pase y haga tapiri de este lado; ahí le quitaremos las mujeres y pasaremos al otro lado- Carlos entendió esta parte del plan.

Después de reunir, lo que consideraron suficientes lianas para la operación en mente, cada uno de los indígenas tomó un rollo y ató un extremo a un árbol; con el otro extremo en una mano, avanzaron sobre el puente hasta el final del primer segmento; en este punto, ataron sus respectivas lianas a los postes de unión de las dos secciones. Constatada la firmeza de los amarres, regresaron a la orilla; Carlos observaba la operación explicada por Tahawë.

Ahora los 3 jóvenes concentraron sus fuerzas sobre una de las lianas y utilizando el árbol como polea, comenzaron a tensar el grueso bejuco. El poste se fue inclinando poco a poco, hasta qué, casi a ras con la superficie del río, la corriente completó el trabajo; la base del puente cedió definitivamente y aun cuando no fue arrastrado por completo, ya no soportaba al puente. Seguidamente, los muchachos ejercieron su fuerza sobre la liana atada al

segundo horcón; éste cedió con mayor facilidad. De esta manera, la corriente arrastró toda la primera sección del puente; llevándose también, las lianas tensoras que lo fijaban a la orilla.

El segundo segmento perdió el soporte de los postes en su inicio; por tanto, la fuerza de la corriente lo desarticuló con facilidad; las lianas utilizadas no pudieron recuperarse; pero, los jóvenes se aseguraron que la corriente las arrastraría con los restos del puente, para evitar sospecha sobre el sabotaje que realizaron.

Concluida la primera fase de la operación, tomaron ahora una liana larga de mayor grosor; la que había recogido Carlos fue considerada adecuada para la próxima tarea; su largo era de aproximadamente 15 m. No sin dificultades, la larga liana fue enrollada y ocultada entre los matorrales.

Con la misma celeridad buscaron un paso de río más arriba de donde estaban; caminaron como 200 metros y consiguieron uno con las características que necesitan. Rápidamente retornaron al punto inicial, donde ya no había indicios de la existencia del puente, con la excepción de dos horcones clavados en tierra, en la orilla contraria. Tomaron el rollo de liana y fueron corriendo al punto escogido.

Un árbol derrumbado en la orilla, contaba con un grueso tronco que serviría para sus intenciones; a él ataron un extremo de la liana. En el centro del cauce afloraba una roca; pero en las sombras de la noche, era poco visible.

Kosirewë se lanzó a la corriente con el extremo de la liana atado a su cintura; Tahawë iba soltando, lentamente, la liana acumulada en la orilla; de manera que no hubiera exceso de peso que agotara las energías del compañero al nadar contra la corriente.

Unos minutos de esfuerzo, terminaron en la piedra del centro del cauce; el joven, sujetado a ella, haló la liana y le dió una vuelta en el saliente rocoso; dejando lo suficiente como para alcanzar la orilla opuesta, lo cual logró con otro esfuerzo superior. Al salir del agua, contó unos 3 m. de liana que le sirvieron para atar un fuerte nudo en un tronco cercano. Se aseguró que la liana no se viera con facilidad sobre la superficie del agua, por lo menos durante la noche.

Terminado el trabajo, le tocó a Tahawë probar la obra; primero borró todo rastro de su presencia en la orilla; luego, tomó su arco y el de su compañero y pasó las cuerdas sobre su cabeza y pecho, de manera que quedaran ter-

ciados en su espalda. Ató el manojó de flechas en un solo bulto y se lanzó al agua para atravesar el río, utilizando la liana como guía y apoyo para no ser arrastrado por la corriente. Carlos siguió muy de cerca a Tahawë. Durante el trayecto probaban la fortaleza del paso construido, asegurándose que soportaría a varias personas pasando al mismo tiempo.

Ya al otro lado, los 3 hombres se dirigieron hasta la altura del puente destruido, para cerciorarse de las reacciones y decisiones de los shamatari y, sobre todo, conocer el estado de las mujeres.

Al llegar al sitio se ocultaron y se dispusieron a descansar, ocultos en los arbustos y las gruesas raíces superficiales de unos árboles. La columna shamatari no había llegado, ni tampoco se oían ruidos de aproximación: la noche tendió por completo su negro manto, ofreciendo su natural refugio; factor éste favorable a los heramitheri. Antes de dedicarse a descansar, tomaron barro y hierbas y cubrieron su cuerpo, reponiendo el camuflaje lavado por el agua del río.

Las cosas en Herami continuaban dramáticas; la pira funeraria había menguando en intensidad; la gente seguía ubicada en sus cercanías, pero sin exponerse al humo que emanaba de ella; que ahora, al consumirse los cuerpos por completo, era menos intenso, casi inexistente. Sólo quedaban brasas incandescentes y pedazos de troncos en los extremos que no fueron consumidos totalmente.

En los sitios donde se colocaron los cuerpos, sólo quedaban cenizas, que ahora, algunos hombres escarbaban con largas varas, con la intención de descubrir los restos óseos de los cadáveres incinerados y reunirlos en montones separados.

Yotehiwë, hermano de Hitiranima y tío materno de Simirimi; una vez apartados los carbones calientes y enfriadas las cenizas, fue colocando con cuidado los huesos quemados de cada mujer, en una cesta aparte. Para Erasmo y su gente, quienes observaban todo el procedimiento, el hombre había identificado los restos de cada cuerpo y los guardó por separado; una vez recogidos todos los huesos, se retiró a su hogar cargando las cestas.

Capítulo XXVI

Táctica militar

El rescate

Los guerreros heramitheri dormitaban protegidos por arbustos y las raíces de los árboles. Recostados y con sus arcos y flechas dispuestos, llevaban 30 minutos esperando cualquier movimiento; tiempo suficiente para reponer energías; no se movían ni hablaban, sólo esperaban. El enemigo será el que plantee las condiciones para el próximo movimiento. Desde donde se encontraban, tenían dentro de su ángulo visual, el sitio donde lo shamatari discutirían sus decisiones al encontrar que el puente ya no existía.

La espera fue lenta; tenían un par de horas observando frente al sitio del puente saboteado. Los guerreros se sentían con las fuerzas recuperadas, aun cuando tenían más de 24 horas que no ingerían alimentos.

De pronto, en las sombras de la noche, distinguieron dos figuras masculinas que intentaban ubicar el puente; uno de ellos comentó de manera perfectamente audible:

-¡El puente no está; lo arrastró el río!-

Seguidamente llegó el resto de la columna; pudieron distinguir a las mujeres; parecían atadas, unas a otras, por una mano; la oscuridad no permitía distinguir detalles. El líder del grupo comentó:

-Ese puente estaba aquí... Era fuerte... Pero la corriente es fuerte y pudo aflojar las columnas y arrastrarlo... Tenemos que construir otro en la mañana... Ahora vamos a descansar... Heramitheri no vendrán... Están quemando sus muertos-

Ahora los herematheri observaron como 3 fogastas tomaban cuerpo; seguidamente, 3 hombres se lavaban en el río. Por lo manera como lo hacían,

Tahawë consideró que se trataba del rito de purificación unokai. Tal cosa indicaba, que quienes se estaban bañando, sospechaban o estaban seguros de haber dado muerte a alguien. La sangre de otro era una carga espiritual contaminante; con el rito intentaban lavarla, liberarse de esa contaminación.

En la oscuridad de la noche, las siluetas de los shamatari se dibujaban en el resplandor de las fogastas. La luz permitía también, conocer que las mujeres estaban bien y permanecían sentadas sobre unas raíces; dos hombres le llevaron alimentos, que comenzaron a ingerir. Las ataduras se distinguieron con mayor claridad; se trataba de una unión por las muñecas que sujetaba a las tres muchachas. Dos chinchorros fueron colgados; los otros se acomodaron al pie de los árboles. Los 7 hombres estaban presentes, no había seguridad perimétrica,

-«Un gran error»-. Pensó Tahawë, quien hizo señas a sus compañeros para conversar. Ambos se movieron hasta detrás de un grueso árbol que los ocultaba de cualquier observación o escucha.

Tahawë expuso su plan:

-Iremos hasta allá; ustedes se acercan a las mujeres y la desatan... Ellos están descuidados... Yo iré más abajo... Gritaré y flecharé; cuando salgan a defenderse, ustedes sacan a las mujeres y las llevan al paso del río... Yo flecharé para que se protejan... Cruzen el río... yo vendré después-.

-¡Bien!... ¿Y si tenemos que flechar?-, preguntó Kosirowë

-¡Flechan! pero evitenlo, vayan muy rápido con mujeres y atraviesan el paso-.

Tahawë se dirigió a los jóvenes nuevamente:

Kosirewë desata mujeres, luego Carlos las lleva al paso y Kosirewë protege y flecha si ellos los siguen... Debes detenerlos si ellos se dan cuenta-.

-¡Bien!-. Respondió Kosirewë mostrándose de acuerdo con el plan de su compañero.

Los 3 jóvenes gatearon un trecho luego se levantaron y corrieron al sitio del paso del río que habían improvisado. Al llegar, se terciaron los arcos y se introdujeron en el agua; atravesaron el cauce aguantados de las lianas y, al llegar a la orilla contraria, untaron sus cuerpos con barro y hierbas para re-

poner el camuflaje. Seguidamente, avanzaron y se separaron. Tahawë daría un rodeo que lo llevaría a colocarse aguas abajo del sitio del campamento shamatari, sus amigos se dirigieron al campamento. 25 m. antes de llegar; aun entre la vegetación arbustiva, avanzaron a gatas hasta unos 10 m. de la ubicación de los shamatari; en este punto, quedaron tendidos en el suelo. Carlos, desde su posición, dominaba visualmente a las mujeres y a sus guardianes inmediatos. Su compañero avanzaba desde la posición de tendido; sigilosamente se acercaba a las mujeres.

Irasimi estaba pendiente de todo movimiento en los matorrales cercanos, presiente que sus amigos están cerca; se movió lentamente, hasta pegarse a Rebeca con la intención de desatarla; pero en ese momento una mano le sujetó la muñeca; quedó paralizada por la sorpresa, pero inmediatamente reaccionó; miró el rostro de su captor más cercano, quien estaba ubicado a unos 6 m. de distancia, sentado, comiendo plátano con larvas de comején asadas.

La mano detrás de sí procedió a desatarla; sus compañeras no habían advertido la acción; la parte del poncho sobre el cuerpo ocultaba todo el movimiento; luego la muchacha se pegó más a Rebeca y le dijo en castellano:

-Te voy a desatar... Están aquí-.

La muchacha se sorprendió y con idéntico acto reflejo, buscó a su captor más cercano; al mismo que ubicó Irasimi. Después de éste, a unos 5 m. a la izquierda, 2 chinchorros cobijaban en su interior a sendos hombres; los otros 4, unos 5 m. más allá, conversaban alrededor de una de las fogatas.

Irasimi logró desatar a Rebeca y ésta a Beatriz; pero su voz, al advertirle sobre la presencia de los heramitheri, fue escuchada por el guardia cercano, quien respondió de manera violenta en su lengua:

-¡No hablen!... ¡O no comerán plátano!-.

Las mujeres hicieron silencio; ya estaban libres de sus ataduras, pero fingían continuar en las mismas circunstancias.

Irasimi comprendió su rol; conduciría a las napëyoma en la dirección donde suponía que se encontraba el heramitheri que la desató. Las muchachas permanecieron en silencio y a la expectativa.

Kosirewë se fue retirando con sigilo; a unos 10 m. de distancia esperó la

intervención de Tahawë; armó su arco y fijó su mirada sobre el individuo más cercano a las mujeres; este sería su blanco principal si fuera necesario.

Esperó con tranquilidad, no apreciaba inquietud en los shamatari; se notaban confiados de su dominio del entorno.

De repente, un grito retumbó en la noche.

-¡Eiiiiiee!... ¡Waika!... ¡Come gente!... Los gusanos de los muertos comerán las entrañas de tu madre... ¡Ustedes están muertos!-

Los shamatari se sobresaltaron; hubo confusión inicial tratando de preparar sus armas para enfrentar al agresor aún invisible. Una flecha entró silenciosa al campamento y se clavó en el hombro de uno de los guerreros shamatari que, de manera imprudente, se acercó a apagar la fogata. El individuo gritó:

-¡Ay... Ay!... ¡Me flecharon!... Fueron los hekura de la mujer muerta... Ella los mandó para que flecharan... ¡Ahora perderé mi pore!-

Los hombres se movían y ocultaban, intentando ubicar al atacante.

-¿Quién eres?-, preguntó Tahasiwë, -Has flechado a mi hermano... ¿Eres ironasitheri?... Eres mi hermano... ¡No somos enemigos!-

No hubo respuesta; los shamatari se fueron dispersando estratégicamente, evitando ser blanco de una nueva flecha y en espera de la voz del agresor para ubicarlo, descuidando por momentos la atención a sus cautivas.

Las mujeres, ayudadas por Irasimi, comenzaron a deslizarse hacia uno arbustos cercanos; el guerrero que las custodiaba centró su atención en el compañero herido, a quien arrastraba a un sitio más seguro y luego se dedicó a retirar la flecha del hombro. Este descuido permitió a las mujeres ocultarse en la vegetación y avanzar con rapidez, siguiendo las señas que le hacía Kosirewë. Luego de sobrepasar al heramitheri, las muchachas vieron a Carlos, quien, protegido tras un árbol, las conminó a que lo siguieran hasta unos arbustos cercanos y desde ahí, iniciaron la carrera hasta el sitio del paso en el río.

El guardián de las mujeres se percató de la huida; tomó su arco y se internó en la vegetación para recapturarlas, sin percatarse que Kosirewë, vigilando tras un árbol, esperaba este movimiento. El heramitheri tensó su arco y dis-

paró su flecha que fue directa y certeramente a la garganta de su oponente; el hombre cayó, emitiendo sonidos guturales en medio de movimientos convulsivos, estaba muriendo.

Kosirewë permaneció unos segundos observando la confusión que continuaba en el campamento enemigo; Tahawë lanzó otra flecha que rosó el hombro de Tahasiwë, causándole una larga cortadura; la herida lo obligó a ocultarse. Kosirewë emprendió la carrera detrás de Carlos; a ratos se detenía y ocultaba para cerciorarse de que no lo seguían. Carlos, sin detenerse, las guió directamente al paso improvisado en el río y comenzaron a atravesarlo por las lianas ya preparadas.

Los shamatari no se había percatado de la evasión de sus prisioneras ni de la muerte de uno de sus compañeros. El primero de los heridos, sentado en el suelo, trataba de cubrirse la sangrante herida con una hojas. Los demás hombres, en posiciones adelantadas y ocultos en la vegetación, intentaban ubicar a un enemigo que ya no estaba en las inmediaciones; a toda carrera, se desplazaba por la selva, desandando el rodeo que lo llevaría al paso del río.

Las mujeres atravesaban el río guiadas por Irasimi; mientras Carlos, escondido y vigilante, esperó la llegada de Kosirewë, quien, al arribar, tomó la posición de Carlos y éste se unió a las mujeres. Al cerciorarse de que todos estaban en el lado opuesto, Kosirewë se dispuso a atravesar. Aun cuando Carlos lo protegía durante el paso, fue un momento de tensión, porque Tahawë no había llegado; fue un momento de vulnerabilidad e indefensión ante una posible llegada sorpresiva de guerreros enemigos.

Una vez cruzado el río, todos se ocultaron y los guerreros se dispusieron a cubrir el paso de su compañero Tahawë, quien, en ese momento llegaba al sitio; se detuvo momentáneamente, se cercioró de que no lo seguían y se introdujo en el río; previamente, desató la liana y llegó nadando, silenciosamente, a la saliente rocosa. Seguidamente, se acercó a la orilla opuesta avanzando sobre el segmento de liana que restaba; en el proceso no hizo ningún ruido; las mujeres lo ayudaron a salir y penetrar en los arbustos, mientras sus compañeros continuaban vigilando cualquier movimiento que se produjera en la orilla contraria.

Ahí quedaron agazapados unos minutos, esperando cualquier reacción de los shamatari. Seguidamente caminaron en silencio, cubiertos por la oscuridad hasta colocarse en el sitio donde antes estaba el puente, en cuyo frente, estaba el campamento shamatari.

Se oían voces confusas y tizones que intentan iluminar el río y los arbustos cercanos; los hombres estaban realmente confundidos; no entendían lo que había sucedido. Uno de sus amigos estaba muerto, dos heridos y las mujeres desaparecidas. Algunas de las voces lo interpretaban como un castigo de los hekura por la muerte de las mujeres heramitheriyoma, debido a que el hombre muerto, era Yoteheiwë, cuñado de Tahashiwë, involucrado en las muertes. Claramente oyeron la opinión de uno de los hombres:

-Yoteheiwë estaba lleno de sangre, por eso fue flechado por un aparecido; él tenía que hacer unokai, pero comió plátano y gusano de moriche; por eso espíritu del báquiro se molestó, su vómito tenía pelos... Por eso fue flechado por el aparecido que se llevó a las heramiteriyoma... El aparecido salió del agua y se llevó el puente y luego flechó-.

Los heramitheri concluyeron en que, por lo menos, esa noche, estarían seguros; los shamatari no intentarían más nada; por lo tanto, ellos debían aprovechar y alejarse para llegar a Herami, lo más rápido posible, evitando cualquier contacto con el enemigo. Empezaron la caminata siguiendo la corriente, río abajo; la marcha sería forzada, debían alejarse lo más posible y salir del territorio de los ironasitheri; quienes eran también sus enemigos.

Caminaron como unas 3 horas río abajo hasta conseguir un gran playón. Ese no era el camino que debían seguir los shamatari en su retorno, pero debían tener cuidado.

Se dispusieron a descansar bajo la cobertura de unos arbustos; las napë-yoma no podían salir de su asombro sobre aquella acción de rescate; ambas estaban sumamente emocionadas. Rebeca abrazó a Tahawë y lo besó, luego hizo lo mismo con Carlos; Beatriz, por su lado, intentó abrazar a Kosirewë, pero éste se apartó y le dijo:

-¡No me toques!, Estoy sucio de sangre de shamatari-.

Tahawë les explicó:

-Kosirewë flechó a shamatari que ya no tiene pore; él tiene que hacer unokay para quitarse la sangre, no puede tocar nada porque lo dañará y molestará a los hekura y al no-reshi del shamatari. El muchacho permanecía en silencio; la sangre del guerrero que mató le inquietaba; debía someterse al ritual unokai.

Beatriz e Irasimi abrazaron también a Tahawë y a Carlos en agradecimiento.

El grupo se dispuso a pasar la noche en aquel paraje; no encendieron fogata por medidas de seguridad. El acumulado cansancio venció las resistencias y pronto, todos quedaron dormidos protegidos por la vegetación baja donde se ocultaron.

Durante la noche, los guerreros se acercaban alternadamente a la orilla del río, intentando percibir cualquier señal que anunciara presencia de personas. Todo pareció estar en calma.

Antes del amanecer, Kosirewë se introdujo en el río a lavarse el cuerpo, tratando de despojarse de las impurezas metafísicas de la sangre del muerto; debía purificarse, si no, sentiría miedo frente al enemigo, no sería un verdadero waitheri; sus flechas no darían en el blanco. Ahora no debería comer carne de cacería, no cazaría, no debería tocar a ninguna mujer ni hablaría fuerte; tendría que pasar varios días cumpliendo este mandato.

Ratos después, ya aclarando la mañana, el resto del grupo se dedicó a darse un baño; Beatriz y Rebeca lavaron su ropa y se asearon lo mejor posible; no hablaban en voz alta; “el sonido viaja con el viento”; así les había dicho Tahawë.

Al salir del agua, Tahawë observó los ponchos; una idea vino a su mente; los tomó y extendió para observarlos detenidamente; luego dijo:

-Esto sirve para hacer una balsa y bajar por el río; será más rápido.

Inicialmente sus compañeros no comprendieron la idea, pero sí, cuando el muchacho la completó con una demostración:

-¡No entra agua!, Vamos a meter ramas y amarrar con bejucos, esto flotará.

Todos se alegraron y se dedicaron a reunir ramas verdes y secas y una cantidad mayor de hojas, preferiblemente secas; fueron apilando varios montones. Kosirewë, en silencio, se mantenía vigilante; su mirada escrutaba la rivera opuesta y sus oídos estaban atentos a cualquier ruido que se generara en el entorno.

Extendidos los ponchos en el suelo, se les fue colocando encima, hojas secas y ramas pequeñas; fueron desechadas las gruesas y puntiagudas que pudieran perforar el plástico; luego se envolvieron en dos paquetes los cuales se ataron con sus propias cuerdas y reforzaron con lianas. Los envoltorios

resultantes median, cada uno, aproximadamente 80 cm. de largo por 50 cm. de ancho. Una liana conectaba a ambos flotadores para evitar que se dispersaran, manteniendo una distancia, de 4 m., entre ellos.

Las improvisadas balsas se echaron en el agua y Tahawë hizo la prueba de su flotabilidad y resistencia; evidentemente, a juicio de las mujeres, fue una excelente idea.

Beatriz y Rebeca se despojaron de sus ropas y la ataron a las balsas para no perderla; los guerreros sus arcos, flechas y carcaj. Comenzaron a organizarse, sujetándose a las lianas preparadas como asas. Las balsas tomaran el centro del cauce.

Aquellas embarcaciones, con 6 cuerpos desnudos colgados a sus bordas, fueron tomando velocidad. Rebeca estaba feliz, aquello le pareció una extravagante diversión:

-¡Esto es el propio deporte extremo!-. Exclamó dirigiéndose a Beatriz, quien junto con Carlos, acompañaba a Kosirewë en la otra balsa.

Un arma mortal

Allá, en Herami, las tensiones habían bajado, pero se estaba preparando la inevitable incursión contra los shamatari.

Aquella mañana se inició en tenso silencio, lo cual coincidía con la ausencia de vientos; nadie se levantó temprano como siempre se hacía; nadie asistió al baño matutino; la bruma aún estaba baja. A través de una de las entradas al shapono, podía apreciarse la densa neblina cubriendo hasta el horizonte, inserta entre la masa boscosa, creando la ilusión de que los árboles flotaban en ella.

Los hombres permanecen en sus chinchorros y en esa posición, afilan o constrúían sus puntas de madera, dándole forma lanceolada. Paroriwë, el shapori de la comunidad, está preparando el curare que se utilizaría en la batalla que se aproxima.

El día anterior, un emisario enviado por Haminawë a Yuri kë u, fue instruido para contar lo sucedido y solicitar ayuda, de acuerdo a la alianza que existía entre ambas comunidades.

Paroriwë estaba quemando pedazos de la corteza del árbol de cual se extraía la peligrosa sustancia. Estos fragmentos los tenía guardados en un paquete protegido y oculto entre las varas del techo de su alero. Los pedazos de corteza estaban fríos; por ello, el shaman intentaba calentarlos con tizones extraídos de la fogata.

Al sentir que los pedazos de madera estaban bastante caliente y secos, los tomó en sus manos e hizo una invocación para que los hekura que habitaban en su pecho, protegieran aquella corteza y evitaran que los espíritus del oso melero y de la zarigüeya los orinaran y así, éstos perdieran su fuerza y eficacia.

Una vez realizada la invocación, el shaman trituró los pedazos de corteza entre sus manos y ligó las virutas, con las de una liana que había sido recogida el día anterior y secada al fuego para facilitar su trituración.

Luego colocó las virutas dentro de una especie de cucurucho hecho con hojas. Un muchacho, especialmente encomendado como ayudante del trabajo del shapori, calentó agua hasta el hervor; luego, tomando porciones con una pequeña totuma, va vertiéndolas dentro del cucurucho. El cono de hojas reposa dentro de una totuma más grande donde se va depositando el espeso fluido de color marrón resultante del filtrado, que era el temido curare.

Con esta sustancia serían impregnadas las puntas de las flechas que se utilizarían en el combate; para que una herida, por leve que fuera, colocaría el veneno en el torrente sanguíneo, que posteriormente, actuaría sobre el sistema motor de la víctima, paralizándolo. Ellos conocían los efectos de esta sustancia, cuya potencia, podía matar un hombre al dificultársele la acción mecánica de respirar.

El silencio envolvía a la comunidad; no había niños jugando fuera de su hogar; las emanaciones del curare podían causarles ciertas afecciones; por eso, las madres les ataban bandas de fibras vegetales alrededor de la cintura. Tanto el shapori como el muchacho que lo ayudaba, tenían trazados círculos de carbón en sus muñecas, en los puños y en los brazos, para evitar ser afectados por la sustancia deletérea.

Los guerreros pasaban ahora a recoger su porción de curare con que untarían las puntas de sus flechas que habían fabricado en cantidades suficiente como para no quedar sin ellas en medio del combate.

Erasmito y Rafael recogieron, en pequeñas totumas, su porción del peligroso filtrado y se dirigieron a su hogar acompañados de Kaopewë, quien los había ayudado a fabricar puntas y preparar las varas para las flechas y ahora, a untar las puntas con el curare y guardarlas en los respectivos carcaj.

Argonautas

El Henasi kë u es un río de aguas muy transparentes y de color marrón y, debido a lo inclinado del terreno, su corriente es fuerte. Los navegantes avanzan velozmente, serpenteando entre los peñascos y superando los raudales que se forman en los sitios donde las piedras son pequeñas y abundantes; uno de estos peligrosos pasos, acaban de superarlo. Las fuertes corrientes que se forman alrededor de las piedras, generan fuerzas que impiden que las balsas se estrellen contra ellas, desviándolas corriente abajo.

La balsa de Tahawë, Rebeca e Irasimi se adelantó; más atrás y atada a la primera, venía la de Kosirewë, Carlos y Beatriz; todos van sumergidos y fuertemente sujetos a las lianas que mantienen la estructura de los flotadores; sus cuerpos muy juntos, se mantienen detrás de la balsa, siendo arrastrados por ésta: esa posición les permitía mantener la cara fuera del agua y poder respirar.

El cauce se fue ampliando hasta alcanzar unos 15 m.; no veían nada anormal durante el desplazamiento, pero, observaban que la velocidad estaba aumentando; esto los alertó y los obligó a vigilar hacia adelante; pudieron percatarse que, delante de ellos, a unos 25 m., una columna de vapor de agua se levantaba y dispersaba con rapidez, evidenciando un salto o una cascada de agua; se formaban remolinos en la corriente; ya no había tiempo para tratar de ganar la orilla, Tahawë les gritó:

-¡Bora! (salto de agua)... ¡No se suelten! ¡Sigan!-

La corriente se tornó más fuerte y la velocidad de las balsas aumentó considerablemente; las mujeres cerraron los ojos y la corriente lanzó las balsas a un vacío abrupto, de unos 10 m. de caída.

El choque con el agua fue brutal; Rebeca sintió un fuerte golpe sobre sus costillas derecha, que, por segundos, le quitó la respiración; Beatriz, por su parte, sintió el golpe sobre las dos piernas. La altura de la caída los arrastró al fondo del pozo, para luego proyectarlos a la superficie y, posteriormente, a

un remanso de la orilla: ninguno se soltó de su respectiva balsa, lo que consideraron su salvación.

Los pies de Tahawë tocaron tierra; se incorporó y haló su balsa, cerciorándose de que todos continuaban en sus sitios; arrastró los flotadores hasta la orilla a la que todos iban llegando y lanzándose en la playa de blancas arenas, exhaustos.

Los dos hombres se incorporaron primero, las mujeres, tendidas boca arriba, reciben el esplendor del sol en sus cuerpos totalmente desnudos, de lo cual, sobre todo las napëyoma, no tenían total conciencia. Pero pronto, asumiendo su estado y de manera instintiva, se incorporaron con violencia e intentaron proteger con sus manos, la región pública.

Contrario a las napëyoma, Irosimi se levantó de manera natural, sin ningún tipo de aprehensión. Para los hombres, incluyendo Carlos, la situación de sus compañeras no fue significativa. Inmediatamente, las muchachas se retrotrajeron a su pasado más reciente por segundos borrados, quizás por un estado de inconciencia momentánea.

Sacaron las balsas fuera del agua y las arrastraron a los arbustos cercanos, luego se sentaron sobre troncos caídos; pero siempre, protegidos por la vegetación. Tahawë, al frente de aquella operación, manifestó:

-Estamos lejos de los shamatari, bajamos mucho tiempo por el río; vamos a hacer tapiri y mañana buscaremos camino para Herami... Ahora no tenemos machetes ni hachas para cortar... Pero haremos tapiri como nuestros antepasados-

Los hombres se dedicaron a la preparación del campamento; Irasimi invitó a las mujeres:

-Vengan... Vamos a buscar comida-

Las napëyoma recogieron sus ropas atadas en la balsa, se colocaron sus pantalones, camisas de mangas largas y las botas, no estaban acostumbradas a andar desnudas en la maleza como la heramitheriyoma.

Una vez vestidas, acompañaron a la muchacha; lo primero en encontrar fue un nido de termitas ubicado en el hueco de un tronco caído; la joven indígena tomó una pequeña vara y escarbó profundamente el nido, hasta dejar al descubierto la zona donde estaban alojadas las larvas; el movimiento de los

pequeños animales tratando de defenderse era evidente; miles de insectos pululaban sobre el nido y a los alrededores; la muchacha tomó algunos panales y los colocó sobre hojas dispuestas para ello; luego los entregó a sus compañeras, enseñándole como atarlos para asegurar que las larvas no se salieran.

Unos metros más adelante, Irasimi se detuvo al ver unos orificios en la tierra al lado de unos arbustos; la joven tomó ahora una varilla extraída al desgarrar la hoja de una palma seca; introducía la varilla en el orificio una y otra vez; la sacaba y esperaba, luego volvía a introducirla y nuevamente esperaba, hasta que una gran araña negra salió del hueco, evidentemente molesta; el arácnido levantaba sus patas delanteras en señal de defensa, la muchacha dijo:

-¡Hahō!... Mira ¡hahō! (tarántula); seguidamente, con rapidez y destreza, colocó su dedo índice sobre el lomo del animal, paralizándolo en el suelo y con la mano izquierda, anudó sus patas a su espalda, dejándolo totalmente indefenso; las jóvenes occidentales estaban asombradas, no habían visto esta maniobra; Rebeca preguntó:

-¿Para qué es eso?-

Irasimi contestó:

-¡Eso es comida!- .Y se rió, segura del estupor que había causado.

Escarbó otro hueco similar unos centímetros más allá y capturó otra araña y luego otra; al igual que las larvas de termitas, los arácnidos fueron envueltos en hojas y colocadas en el mismo montón de bultos.

Con la misma varilla se dirigió a otros orificios, pero esta vez, abiertos en el tronco caído de una palmera; introdujo la varita y fue arrastrando hacia afuera, algo que resultó ser una especie de oruga blanca, de piel lisa, que las nepyoma no habían visto hasta ahora; la terminó de halar con la mano y la colocó sobre unas hojas ya preparadas, dijo riéndose:

-¡Mira!... ¡Kasha!... También es comida-

De éstas extrajo 11, sacándolas de diferentes huecos del tronco caído.

Los jóvenes volvieron al sitio del campamento con su preciosa carga, los hombres improvisaron un tapiri con ramas; ahora se dedicaban a asegurar los chinchorros que no eran más que enormes capullos donde nacen y se desarrollan los racimos de los frutos de las palmeras.

Tahawë colocó los ponchos en el fondo de cada chinchorro, con la intención de hacerlos más cómodos a las napëyoma; fuertes lianas los aseguraban a ramas cercanas; las muchachas los probaron y se alegraron; era un lujo comparado con lo pasado en las últimas 2 noches.

Kosirewë, siempre en silencio, trajo dos pequeños pedazos de madera y se dispuso a hacer fuego mediante frotación. Aprisionó con los dedos de los pies el trozo de madera más grueso y el otro, compuesto por una pequeña vara más delgada, lo introdujo perpendicularmente en un orificio abierto en el más grueso; seguidamente, comenzó a frotar las dos piezas proporcionándole rotación con las plantas de las manos a la más delgada. La operación la realizaba repetidamente; las mujeres estaban pendientes de aquel experimento para ellas aún desconocido.

Irasimi se dispuso a ayudarlo, de rodillas, acercaba su boca al punto de fricción y comenzó a soplar cuando advirtió una pequeña punta roja en el madero más grueso. Una pequeña columna de humo comenzó a salir del orificio; la muchacha le iba colocando, cuidadosamente, pequeñas porciones muy finas hojas secas trituradas y continuaba soplando. Beatriz la sustituyó hasta que el humo aumentó y salió una pequeña columna de llamas. Las yescas iban siendo acumuladas en el pequeño fuego, hasta que fue creciendo y fortaleciéndose. Con esta fogata, se construyeron dos más, una de ellas, fue utilizada como quemador de hojas verdes, para alejar a los insectos.

Las larvas y orugas fueron colocadas en sus envoltorios, al lado del fuego, para que con el calor se frieran en su propio aceite. Irasimi tomó las arañas y las lanzó en las brazas, removiéndolas con unos palitos para que no se quemaran, pero si, los pelos urticantes de su cuerpo. Pronto estuvo lista la cena cuando la tarde comenzaba a declinar y dar paso a las sombras de la noche.

El chinchorro de Kosirewë estaba apartado de los demás; ha pronunciado pocas palabras; comió larvas y orugas, que son alimentos permitidos para los inmersos en el ritual unokai.

Rebeca se mantenía al lado de Tahawë; en oportunidades le tomaba la mano mientras le hablaba:

-Ustedes son muy valientes y temerarios... Son unos verdaderos guerreros waitheri-.

El muchacho acusó la alabanza; expandió su pecho con orgullo mientras una leve sonrisa se asomó en sus labios. Respondió:

-Mi padre me enseñó a ser valiente, a no tener miedo al enemigo... El espíritu de huku vino a mi pecho cuando yo nací; él apareció en la selva y rugió muy fuerte cuando madre me parió... Todos se asustaron, pero madre no, sabía que huku vino a mi pecho para cuidarme.

-¿Qué es huku?-. Preguntó Rebeca

-¡Tigre negro!... El da fuerza a mi brazo y a mis ojos cuando disparo la flecha-.

Rebeca hizo una pregunta, que no se había atrevido, hasta ahora:

-¿Dónde está tu madre?-.

-¡Ella se fue!... Epidemia de paludismo se la llevó allá... Traída por minero... Padre también se fue... Pero yo no estoy solo, tengo nayë, ella es hermana de madre, pero madre también y tengo amiyë, su hija, que es mi hermana también-.

-¿Ekimi es amiyë?-. Le preguntó la muchacha.

-¡Sí!-.

La muchacha pasó su brazo por los hombros del joven, en señal de sentimiento por las importantes pérdidas.

Ambos se sentían muy cansados, ya hay había silencio en el campamento, a pesar de ser relativamente temprano, Rebeca se levantó de donde estaban sentados y le dijo:

-Voy a dormir-.

-¡Sí!... Mañana caminaremos muy temprano... Heramitheri lanzarán incursión de ataque a shamatari... Tenemos que llegar rápido.

La muchacha se inclinó y depositó un beso en los labios del joven guerrero; luego se dirigió a su chinchorro. El muchacho no tuvo reacción ante la caricia; se levantó y se dirigió a alimentar el fuego. Ya no se oyeron más voces; el silencio reinó en aquel paraje, ubicado, quien sabe dónde.

Capítulo XXVII

Impecable ejecución

La planificación

El sol estaba ausente aquella mañana. Negras nubes van tomando posición en el firmamento y con ellas, inquietantes presagios. Los hombres están bailando y cantando a los espíritus de los valientes antepasados guerreros; a los espíritus de los poderosos waitheri que cuidan la comunidad:

-¡Garras fuertes del espíritu del águila!...

-Abrazo mortal del espíritu de la anaconda!...

-Fuerza poderosa del espíritu de la pantera negra!...

-¡Vista aguda del espíritu del gavián negro!...

-¡Agilidad del espíritu del jaguar!...

-¡Valentía del espíritu del cohatí!...

-¡Poder del espíritu de las avispas ponzoñosas!...

-¡Sagacidad del espíritu de la serpiente mapanare!...

-Entren en el pecho de los guerreros heramitheri...

-Denle fuerza a sus brazos, puntería a sus flechas y valentía para vencer a los hekura malignos que protegen a los shamatari-

Los cantos se repetían una y otra vez en diferente orden; en el orden que le imprimía cada uno mientras bailaba alrededor de la plaza central del sha-

pono; enarbolan arcos, flechas, machetes y hachas y cualquier otra cosa contundente o puntiaguda que pudiera servir como arma. Agudos gritos salen de aquellos pechos enardecidos por algún tipo de éxtasis o excitación que les genera la perspectiva del inminente combate.

El convencimiento de la protección sobrenatural, la confianza en sus hekura y en los antepasados protectores, funcionan como controlador del miedo a la crueldad del combate y las posibilidades de una herida grave o la muerte.

Por otro lado, la ofensa recibida debía redimirse mediante el ejercicio de la venganza: el honor de la comunidad estaba en juego, debe defenderse como valor social supremo e irrenunciable.

Cerca del mediodía llegó el mensajero avisando de la presencia y próxima entrada de los guerreros yuritheri. Todos fueron a sus hogares para participar en el protocolo de recibimiento. Al rato iban entrando los guerreros, uno por uno; algunos van pintados de negro desde la altura de los ojos hasta el pecho; en otros, la mancha cubre hasta la cintura o la totalidad del cuerpo; la uniformidad la representa el color negro.

Largas y sinuosas líneas y círculos adornan los cuerpos; tanto de color negro en las partes no pintadas, como los realizados raspando con la uña o cualquier otro objeto agudo, sobre las manchas negras.

Entran bailando y blandiendo sus armas; algunos se detienen frente a los hogares, asumen poses desafiantes, arrogantes, luego continúan el avance en un intento por demostrar bravura y fiereza.

Después de bailar, bebieron el carato de plátano dispuesto en depósitos fabricados con troncos.

Al mismo tiempo que la gente se prepara en Herami, en un sitio de aquella selva, Tahawë y sus compañeros atraviesan una sabana a toda carrera, están intentando llegar lo antes posible a Herami. El avance con las balsas ayudó, sólo a alejarse del enemigo; ahora, tenían que atravesar a la margen opuesta del río Henasi, para adentrarse en la selva y llegar al río que pasa por la comunidad.

Caminaron varios kilómetros para vadear por una parte más baja que significara menos exposición si se topaban con una partida de shamatari.

Se detuvieron a comer un basho (mono marimonda) que cazó Tahawë; Kosirewë, por las restricciones a que está obligado, sólo come larvas de termita. Cómo a unos 50 m. estaba el paso del río que decidieron vadear; luego, tomarían rumbo al sur para llegar a la comunidad. Kosirewë, como medida de precaución, se adelantó para asegurarse de que el paso estuviera libre; los demás quedaron agazapados, conversando en voz baja.

El joven se iba acercando a los arbustos que lo separaban de la playa, cuando oyó voces que venían del río; reaccionó instintivamente, se acuclilló y abrió sus sentidos para la escucha; evidentemente, se trata de enemigos.

Tahawë percibió la nueva situación y se adelantó para apreciar la situación; Kosirewë retrocedió a donde estaban las mujeres y las ocultó detrás de un gran árbol; luego, él y Carlos prepararon sus arcos y se dispusieron a esperar la señal de su compañero. Pasaron unos 20 minutos aproximadamente, hasta que Tahawë regresó y les dijo quedamente:

-Son shamatari... Están pescando con flecha... Su tapiri debe estar muy cerca... Están esto de gente (mostró 5 dedos de la mano)... Vamos a vigilarlos-.

Los dos hombres repitieron la táctica anterior, se aproximaron por caminos paralelos separados por unos 50 metros. Las napëyoma se mantuvieron atrás con Carlos; al rato, después de media hora, los guerreros regresaron del frente; Kosirewë indicó los 10 dedos de la mano y 5 de los pies, Tahawë, por su parte, señaló que, desde otro ángulo, pudo cuantificar los 10 dedos de las manos y los 10 de los pies. Retrocedieron unos 20 metros del sitio donde Tahawë explicó el plan, le dijo a Kosirewë:

-Anda a Herami... Habla con Haminawë... Dile donde están shamatari... Dile sobre los que vienen del puente de Henasi.

Se sentó en el suelo y con el dedo índice, dibujó el plan de la operación:

-Este es río, Haminawé manda esto de gente (señaló 8 dedos), por aquí, por paso tucusito... Ellos llegan aquí, tú los traes... Yo los espero. Otros en 2 grupos; unos por la izquierda y otros por la derecha; 2 ataques iguales, por sorpresa, al amanecer... Ellos van a retroceder para atravesar el río, porque no podrán ir por los lados; yo los flecharé desde aquí. Tú traes guerreros por paso tucusito primero... Anda por paso Tucusito... ¡Ve!... ¡Corre con cuidado!-.

El joven entendió el plan de batalla de Tahawë; antes de salir le dijo:

-Yo estaré aquí en la madrugada... Espíritu de hetehië (perro de agua) me llevará y no me verán-,

-Llega en la noche con heramitheri... Ven por este camino, no por otro... Estará muy oscuro y no te veré... Y te puedo flechar-. Le indicó Tahawë.

El muchacho salió sin despedirse y en segundos, desapareció entre la vegetación; conocía la zona. El "paso de Tucusito" está formado por piedras que atraviesan el río; ocultas por la corriente, sólo pueden apreciarse cuando se está muy cerca de ellas. El paso está ubicado unos 3 km. río arriba del punto donde se encuentra el grupo.

En Herami, los hombres ya están preparados para la incursión; alineados en el patio, lucen sus pinturas de guerra. Suman unos 40 guerreros contando los 15 que llegaron de Yuri kë u. Erasmito y Rafael llevan pantalones cortos y franelas sin mangas; sus rostros también están pintados de negro a la usanza general de los yanomami; todos llevaban arco y flechas. Las armas de fuego se quedarán con Erasmo para defender a sus mujeres, conjuntamente con unos 10 hombres de la comunidad, sin contar 3, que ya están muy viejos para pelear.

Haminawë informó que saldrían al amanecer rumbo al norte; el plan consiste en encontrar el tapiri de los shamatari y atacarlos; en la noche saldría un equipo de exploradores que garantizarían que el grueso de la unidad de combate, no fuera víctima de una emboscada.

A Erasmito le pareció que el plan no estaba bien claro; no había información suficiente para un avance seguro; así se lo comentó a su padre y a Rafael:

-Me parece que lo de los exploradores está bien, pero para tener éxito, debemos contar con la sorpresa; el problema es que no se sabe nada sobre su ubicación, cuántos son y si tienen a las muchachas con ellos... Yo veo esto muy riesgoso... Pero tenemos que ir-.

Omaira y Dolores estaban visiblemente angustiadas; la primera opinó:

-¡Hay mijo!... Esto me parece una locura... Pueden pasar muchas desgracias... Esta gente se matará... Sé que tienen que ir, pero tengan mucho cuidado, no asuman riesgos innecesarios-.

Erasmo intervino con muestras evidentes de preocupación:

-Eviten la participación directa en cualquier pelea; concéntrense en encontrar a las muchachas y sacarlas de ahí sanas y salvas... Traten de no herir a nadie si no es un caso estrictamente necesario-.

-No te preocupes papá- Contestó Erasmito. -Ya nosotros hemos hablado y le hemos dicho a Haminawë que sólo participaremos para rescatar a nuestras mujeres y a Irasimi, que no combatiremos... El lo comprendió y lo aceptó así.

Eran como las 18:00 horas, cuando sintieron movimientos y gritos; salieron apresuradamente a ver lo que ocurría; quedaron sorprendidos al ver a Kosirewë, quien, rodeado de algunos hombres, avanzaba hacia el hogar de Haminawë; Erasmo y su gente corrieron para recibir noticias de los suyos.

Kosirewë se sentó y contó, a grandes rasgos, lo realizado por Tahawë, Carlos y él; que las mujeres estaban bien y explicó la ubicación del tapiri shamatari, dibujando un mapa en el suelo, que señala su ubicación; tomó como referencia las curvas del río.

La llegada del heramitheri y su explicación del plan de Tahawë, cambiaron el concepto de la operación y definió la táctica a utilizar. Kosirewë explicó, sobre el plano dibujado en el suelo:

-Yo pasaré el río en paso tucusito, con esto de heramitheri (señaló 8 dedos); con muchas flechas; esperaremos aquí. Cuando heramitheri y yuritheri ataquen por 2 vías; un grupo por aquí y otro por aquí... Shamatari no podrán huir por los lados; deberán ir hacia atrás, al río y ahí nosotros bloquearemos su huida... Los flecharemos a todos... Así no podrán organizarse y volver a atacar, ni vengarse con mujeres...

...Tahasiwë flechó a para hariri (vieja enferma)... otro hombre, que yo fleché, mató a la otra mujer, los hekura se llevaron su pore...

...Esta noche debemos pasar por Tucusito, para que shamatari no nos vea... Mañana en la mañana, estaremos esperando que ustedes ataquen tapiri-

A Erasmo, Rafael y Erasmito les gustó el plan. El grupo se dirigió a hablar con Haminawë; éste se disponía a sentarse con Keyatiwë, encargado del grupo de los yuritheri y con los guerreros más experimentados de ambos grupos. Erasmo le solicitó:

-Haminawë... Erasmito y Rafael irán con Kosirewë, ellos apoyarán a Tahawë y traerán las mujeres... También pelearán como guerreros waitheri cuando sea necesario... Ellos son muy valientes-

El jefe contestó: -Estoy de acuerdo mi hermano, tu gente son valientes, parecen yanomami... Que ellos vayan con Kosirewë-

Los extranjeros fueron al hogar del guerrero para ponerse a sus órdenes; pero vieron que éste ya dormitaba en su chinchorro; pero, aun así, se le acercaron; Rafael le habló:

-Kosirewë... Estoy alegre porque tú recuperaste a nuestras mujeres... Ahora iremos contigo, esta noche, para pelear como yanomami.

-¡Si hermano!... Tú eres un waitheri... Iremos a matar shamatari... Anda ahora y descansa-

El muchacho cerró los ojos y no habló más; los hombres de Erasmo se retiraron a prepararse y tratar de descansar, la noche sería larga.

Gloria al vencedor y honor al vencido

En el puesto de observación de Tahawë, él y las mujeres se mantienen ocultos entre los arbustos cercanos a la orilla del río; desde este sitio, pueden observar las luces de las fogatas y las siluetas de los hombres al moverse. Durante aquella madrugada sin luna, estando Beatriz de turno de observación, la tranquilidad en el campamento enemigo se alteró; aparentemente, estaba llegando el grupo de secuestradores, con los heridos de flecha y en un chinchorro improvisado como parihuela, con el compañero muerto.

Escucharon amenazas de venganza y deseos de matar. Algunos hombres blandían sus arcos y otros, machetes. La agitación fue cediendo hasta quedar en silencio. No había acusación directa a los herematheri; más bien, a un aparecido (ser sobrenatural) y a los espíritus de las mujeres asesinadas.

La calma volvió también al puesto de observación de los heramitheri; en el suelo, ocultos bajo el poncho, estaban tendidos Tahawë y Rebeca, a la muchacha le gustaba estar muy pegada al cuerpo desnudo del joven; éste se mantenía en silencio, sin movimiento; ella, en oportunidades, pasaba su brazo por encima de sus hombros y le acariciaba la espalda; no se atrevía a besarlo, aún cuando sentía deseos de hacerlo. Bajo el otro poncho, unos 10 m. más allá, se encontraban, turnándose en la observación. Beatriz e Irasimi.

Mientras, en la comunidad de Herami, Kosirewë alineó su gente para partir a la batalla; con Erasmito y Rafael se completan 11 hombres. Cada individuo, camuflado en la noche oscura con su pintura negra, portan su arco, un número aproximado de 7 flechas con punta lanceolada y su carcaj en la espalda, donde guardaban una reserva de puntas. Del carcaj, colgaba un pequeño

palito, de unos 10 cm. de largo, el cual tiene un colmillo de báquiro atado en un extremo; con este instrumento ajustan las puntas de flecha a las varillas.

Haminawé le dijo a Kosirewë, antes de que éste partiera:

-Cuando esté amaneciendo y ustedes puedan ver bien, atacaremos a los shamatari en su tapiri... Dile a Tahawë-

El muchacho afirmó con la cabeza y salió del shapono al frente de su grupo.

La oscuridad de la noche tendió su negro manto sobre aquellos osados hombres; la falta de luz de luna y el negro mate de sus cuerpos permitió que desaparecieran a los pocos segundos. La distancia entre los guerreros es de, aproximadamente, 5 metros; la experiencia les aconseja que no deben pronunciar ninguna palabra a partir del momento de inicio de la marcha.

El campamento shamatari está tranquilo, no se observan movimientos, sólo algunos individuos que se levantan a alimentar los fuegos y otros a orinar. Tahawë ha estudiado el terreno, ya sabe donde colocará a los hombres que espera.

El contingente dirigido por Kosirewë superó el paso de “tucusito”; no había que nadar, sólo caminar por encima de un muy bien disimulado camino de piedras, que en el lecho del río, allanan la profundidad normal, creando un paso natural que es conocido por los yuritheri y utilizan en sus incursiones de caza.

Los hombres van pasando por parejas, mientras los demás se mantienen vigilantes; una vez al otro lado, se internaron en la vegetación y avanzaron a paso rápido por el bosque de galería que protegía esa margen del río.

Tahawë oyó la seña acordada, doble canto de la lechuza blanca, al lado izquierdo de su posición; levantó el borde del poncho y observó; las mujeres no se movieron; esperó unos segundos, distinguió una figura de lentos movimientos; la oscuridad limita la visibilidad más allá de 8 metros; de repente, por las vestiduras, reconoció a Erasmito. Tahawë se puso de pie rápidamente; los guerreros permanecen agazapados unos metros más allá. Ahora todos avanzan hacia el interior del bosque, donde el jefe de la operación les explicaría el plan.

Erasmito abrazó a su hermana, luego a su amiga Irasimi y a Beatriz; Ra-

fael hizo lo mismo; todos expresaron, aunque cautelosamente, las emociones que los embargaban.

Tahawë fue distribuyendo a los guerreros en las posiciones de tiro pre-establecidos; 3 de ellos se mantendrían como seguridad en la retaguardia, acompañando a las mujeres; los napë quisieron permanecer en la primera línea para observar, pero informaron a Tahawë que no flecharían si no era necesario.

Todos quedaron agazapados entre los arbustos el resto de aquella noche oscura, con la mirada fija en el tapiri shamatari, observan los movimientos eventuales y la ubicación de los centinelas.

En oportunidades, el viento trae murmullo de voces ininteligibles. Tahawë observa fijamente; definitivamente eran 30 guerreros sin contar el herido de mayor gravedad y el muerto. La distancia que los separa del campamento enemigo es de unos 60 m.; pero el área de blancos sería el cauce del río, cuyo centro estaba al alcance de las flechas y de la puntería de sus arqueros.

Los guerreros están sumidos en el silencio y la inmovilidad; el tiempo transcurre agobiante lentitud, quizás demasiada. Los napë están inquietos, nerviosos; la inexperiencia en tales acontecimientos los mantiene en total incertidumbre. Al contrario, aquellos indígenas parecen sumergidos en el estado apacible del No hacer, que ya conocían los extranjeros; la calma de una prolongada espera que, prudentemente, aconsejaba aquella extraordinaria situación.

La noche seguía su curso; una leve bruma, en forma de deletéreo vaho, se condensa encima de la superficie del río como consecuencia de la interrelación de dos medios con diferentes temperaturas. Una suave brisa arrastra el blanquesino vaho y lo dispersa a poca altura.

Las sombras de los árboles que cubren el campamento enemigo, se van diluyendo vencidas por la llegada triunfal del padre sol, dejando al descubierto la multitud de figuras humanas adormecidas y ajenas a la tormenta inminente que se les avecina. Los fuegos han menguado, pocas figuras humanas se mueven; es el momento del final de la madrugada, cuando el sueño vence definitivamente y se hace más profundo. La gran avenida de agua, con pequeñas deformaciones en su superficie, va mutando gradualmente, del negro al gris oscuro y de éste, a un plateado que progresivamente se va adornando

de destellos. Es el amanecer de un nuevo día, con sus augurios, igualmente grises, en la vida de todas aquellas personas.

Es el momento de los sueños profundos; el de mayor vulnerabilidad para el que corre el riesgo de ser atacado y el más favorable para el que piensa utilizar el factor sorpresa como elemento táctico.

Repentinamente, el ambiente, hasta ese momento tranquilo, fue saturado por una gran algarabía; gritería desordenada y nerviosa de hombres corriendo en diferentes direcciones:

-¡Enemigos!... ¡Enemigos!- Se logra escuchar.

-¡Flechen!... ¡Flechen!... ¡Despiértense a flechar!-

Dos columnas de guerreros bajo una sola voz, atacaron a los desprevenidos shamatari. El esfuerzo combinado accionó por los dos flancos; la primera de ellas, por el flanco izquierdo de la dirección general del ataque, estaba integrada por los 15 hombres de Yuri y la del flanco derecho, por 16 hombres heramitheri, incluyendo a Haminawë, quien dirigía toda la operación. Habían avanzado arrastrándose en la noche para aproximarse, lo más cerca posible, al tapiri enemigo. En la medida que avanzaban, se fueron desplegando en dos líneas, hasta que los extremos del centro, se tocaron. El frente total de la fuerza de ataque es de unos 50 m. Los extremos de la gran línea se adelantaron dos metros, de manera de cerrar el cerco por los lados y obligar a los atacados a retroceder hacia el río.

La primera parte de la bien coordinada trampa funcionó como un martillo; las flechas volaron buscando la carne. Los shamatari están organizados en dos grupos ubicados en campamentos contiguos; sin embargo, la distancia entre ambos, no era suficientemente grande como para dividir el esfuerzo de los atacantes; este error táctico se convirtió en una vulnerabilidad que fue explotada con éxito por los heramitheri.

Los shamatari reaccionaron con rapidez, pero al factor sorpresa se sumó al error de su despliegue táctico, lo cual impidió una efectiva defensa. La sorpresa los sumió, por vitales y definitivos segundos, en un estado de confusión que los limitó para habilitar una respuesta adecuada y organizar un contraataque. El resultado de la contienda estaba decidido antes de iniciarse.

Varias flechas dieron en el cuerpo de Tahashiwë, jefe de los shamatari, quien, agotado por la caminata, se quedó profundamente dormido y en esas

condiciones, lo sorprendió el ataque de los heramitheri; se levantó, casi instintivamente, a tomar su arco, pero presentó un blanco infalible para varios arqueros enemigos que habían invadido el campamento. El hombre cayó de rodillas, con tres saetas incrustadas en el pecho, que le produjeron la muerte casi instantáneamente; su cuerpo se reclinó hacia atrás y no se movió más.

La desorganización se apoderó de los shamatari; la mayoría no atinaba a identificar las vías de aproximación de sus enemigos; pero éstos, si los tenían ubicados y los heridos iban en aumento. El grueso del grupo shamatari buscó salir por los lados, pero las flechas cayeron sobre ellos; entonces, se replegaron hacia el río, considerándolo la única vía de escape. No obstante, recibieron otra desagradable sorpresa, al encontrarse con una andanada de flechas, que cayó inmisericorde sobre ellos; la mayoría dio en un blanco; 10 de los shamatari se derrumbaron con heridas en las piernas, brazos y tórax, siendo auxiliados por sus compañeros.

La nueva sorpresa generó un estado de incertidumbre entre los shamatari, que los limitaba para armar sus arcos; quedaron expuestos como blancos fáciles.

Al ver tal indefensión, Tahawë gritó a sus arqueros:

-¡No flechen... No flechen más!-.

Los gritos e insultos se apagaron y los shamatari, levantaron sus brazos en señal de rendición; uno de ellos, aparentemente más caracterizado, gritó:

¡Shamatari no va a pelear más... No tiene flechas y los hekura del río apoyan a heramitheri... ¡Shamatari no quiere pelear!... ¡No fleches más!... ¡Ya no fleches!-.

El guerrero estaba aceptando su derrota, luego de un combate que no duró más de 6 minutos. Todos los vencidos fueron reunidos en el centro del río, sus arcos, flechas, machetes y algunas armas contundentes, fueron amontonados en la orilla; el grupo de Tahawë los custodia con sus arcos armados.

Carlos, Rafael y Erasmito están en la retaguardia del grupo con las napè-yoma e Irasimi; quisieron estar en primera fila, pero consideraron que esa guerra no era suya, aun cuando sus mujeres habían sido víctimas.

Haminawë apareció en la orilla opuesta con todos sus guerreros y el resto de los shamatari, ahora desarmados y en condiciones de sometimiento.

Todos los prisioneros fueron llevados a la orilla y sentados en el sitio de su campamento. El resultado de aquella rápida batalla fue, por parte de los shamatari: 2 muertos y 15 heridos, 3 de ellos de cierta gravedad, al haber recibido impactos en sitios sensibles: uno a la altura de la clavícula derecha con salida por detrás y dos, con impactos en los costados; el resto de las heridas se circunscribieron a brazos, piernas y una abertura larga en el cuero cabelludo, como producto, quizás, del filo de la punta de una flecha, al pasar rozando la cabeza del guerrero.

En el contingente heramitheri, solamente un herido encima de la rodilla derecha.

Los muertos fueron colocados juntos.

Haminawé se dirigió al grupo, hasta ese momento enemigo:

-¿Por qué atacaron Herami y mataron heramitheriyoma?... ¿Por qué esa venganza?... ¿Por qué robaron mujeres heramitheriyoma y napëyoma?... ¿Quiéren que napë vengan y maten yanomami?... Heramitheri no hicieron cosas malas a shamatari... ¡No robaron sus conucos!... ¡No robaron sus mujeres!... Su shapori no envié shawara para que coma el corazón de los viejos y de los niños... ¡Entonces!... ¿Por qué atacaron Harami kë u? -.

El yanomami que ofreció la rendición, expresó:

-Yo soy Huapewë... Ahora Tahashiwë se fue, perdió su pore... El mató heramitheriyoma... Nosotros sólo queríamos pelear con gente que hirió al sobrino de Tahashiwë; pero no queríamos matar mujeres... Pero él ya no está y otro hombre, que también flechó, tampoco. Ahora no tienen pore... Yo no quiero que tu fleches más, yo llevaré a mishiwëtheri y diré a la gente de mishiwë, que tú eres guerrero waitheri muy poderoso, que tienes muchos hekura en tu pecho y que haremos himou-.

Haminawë reconoció la capitulación del guerrero y le respondió con gallardía:

-Huapewë... Toma tu gente y tus flechas... Lleva los muertos para que los quemen y luego tomen sus cenizas en reahu... Anda... Llévalos a tu comunidad para que sus mujeres y sus hijos los lloren... No quiero flechar más... Nosotros tenemos que tomar cenizas de heramitheriyoma muertas por Tahashiwë... Si mishiwëtheri quiere hacer himou, heramitheri hará himou... Si quiere hacer guerra, heramitheri hará guerra y matará más shamatari-.

-Haremos himou porque heramitheri son valientes y bravos-. Concluyó Huapewë.

Cada grupo tomó el rumbo hacia sus respectivos territorios; los heramitheri hacia el sur y los shamatari hacia el Oeste.

El avance de la gente de Haminawé, fue ahora con más calma; el hombre se sentía orgulloso y abrazó efusivamente a Tahawë y le dijo, mientras caminaban:

-Tú tienes el corazón del waitheri... Tú eres bravo... En tu pecho hay mucha fuerza de espíritus protectores... Tu idea fue muy buena... Por eso no llevamos heridos... Tú recuperaste a las mujeres-

El muchacho no contestó, pero Rebeca, quien caminaba a su lado, le apretó el brazo como muestra de admiración. De repente, la columna se detuvo; los hombres levantaros los ojos al cielo, parecían otear el aire, algo se había alterado en el espacio.

Carlos y Rafael se acercaron a Haminawé y Tahawë; el primero de ellos preguntó:

-¿Qué pasa?... ¿Por qué se detuvieron?-

Tahawë le respondió:

-¡Escucha!... Por allá viene toco-toco-

-¿Qué es toco-toco?- Preguntó Rafael

-Eso donde los napë vuelan... "Licótero" (por helicóptero)... Viene por allá-

Los napë se quedaron paralizados de la sorpresa; sobre todo, por lo que eso significaría de ser verdad. Ninguno de ellos ha oído nada. Beatriz llegó corriendo desde su puesto en la columna y manifestó emocionada:

-¡Ellos dicen que viene un helicóptero!... Pero yo no escucho nada.

Erasmito llegó también, sumamente alterado por la noticia.

La columna está detenida, todos están esperando que el aparato apareciera; habían pasado ya unos 3 minutos y aún los extranjeros no oían nada; en cambio, todos los indígenas señalan la dirección por donde la nave debería aparecer. De pronto, Beatriz se sobresaltó:

-¡Lo estoy oyendo!... ¡Lo estoy oyendo!

Sí, efectivamente, es el ruido, no de un helicóptero, sino de dos, que ahora se escuchan con inconfundible claridad. 30 segundos después, los aparatos pasaron raudos sobre sus cabezas; van rumbo al sur, rumbo a Herami kë u.

POR EL CAMINO DE LOS HIJOS DE LA LUNA
SEXTA PARTE

Capítulo XXIII

El dolor del adiós

Extraños en el cielo

Yotehiwë, hermano de Hitiranima, depositario de los restos óseos de su hermana y su sobrina, se dispuso a triturarlos y convertirlos en ceniza como parte del ritual funerario subsiguiente. En efecto, en una especie de mortero tallado en un pequeño tronco, va colocando los huesos de la mujer más vieja, luego, con una vara gruesa comenzó a golpearlos, a aplastarlos hasta fracturarlos y convertirlos en pedazos cada vez más pequeños.

Erasmus y sus mujeres están presenciando el proceso; sin embargo, están nerviosos porque no se tienen noticias sobre los resultados de la incursión guerrera. Constantemente, sus miradas se dirigen a la entrada del shapono por donde debía llegar cualquier noticia.

Los extranjeros se enteraron por Payekeima sobre el significado de este nuevo proceso del ritual funerario. La mujer hizo de su conocimiento:

-Los huesos deben ser convertidos en cenizas, para luego ser ingeridos en un reahu... Se tomarán con carato de plátano por sus familiares y hombres guerreros... Para que el pore de la mujer viva con la comunidad; viva con su gente y los proteja de los enemigos y de los hekura que causan daño-.

Los huesos calcinados por el fuego van cediendo con facilidad a los golpes y convirtiéndose en un fino polvo gris. Al final, ya no eran golpes los propinados sino, presión sobre los residuos para hacerlos más finos.

Una vez considerado su nuevo estado, el fino polvo fue envasado por Yotehiwë en varias taparas y asegurados sus orificios con tapones de fibras vegetales y cera de abeja; Payekeima continuó con su explicación:

-Ahora, este hombre será en adelante el guardián de las cenizas. Las tendrá guardadas

en su hogar; luego se harán invitaciones a comunidades amigas para que vengan al reahu y consuman las cenizas con carato de plátano-.

El trabajo estaba terminando cuando se inició la agitación en la comunidad; los finos oídos de sus habitantes comenzaron a percibir el ruido de los motores de los aparatos aéreos que se acercaban por el norte. Inicialmente, al igual que los extranjeros en la marcha que se aproximaba, Erasmo y sus mujeres no comprendían lo que pasaba; pero unos minutos después, sus corazones dieron un vuelco al identificar el ruido proveniente de turbinas de helicópteros.

Efectivamente, a los pocos segundos las naves surcaron el cielo por encima de sus cabezas; la comunidad y sobre todo los niños, están agitados y fascinados; muchos de ellos, quizás la mayoría, nunca han tenido contacto con estos equipos, ni la evidencia de lo que se comentaba sobre que los napë podían volar.

Las aeronaves sobrevolaron el shapono describiendo un amplio círculo; posteriormente, identificado el sitio para el aterrizaje, uno de ellos bajó en una pequeña área despejada, cercana al río; al otro no le quedó más remedio que intentar aterrizar en la plaza central del shapono. Detenido a unos 15 m. de altura, una de las compuertas laterales se abrió; un militar vestido con una braga de vuelo verde y un casco blanco, les hizo señas para que se alejaran, que salieran del shapono; todos entendieron la señal reafirmada por la turbulencia y el remolino de polvo que levanta la fuerza rotatoria de las aspas. Todos salieron por diferentes puertas, seguidamente, el capitán de la nave procedió a efectuar el aterrizaje.

Erasmo y sus mujeres presenciaban, emocionados, aquella sorpresiva operación que no esperaban. Omaira y Dolores no podían sostener el llanto y se abrazaron a descargar sus emociones; a Erasmo también se le llenaron los ojos de lágrimas.

Una vez sobre el suelo y apagados los motores, un Oficial se bajó de la nave y se dirigió a Erasmo, quien ya se acercaba acompañado de su esposa y Dolores; con cierta formalidad le preguntó:

-¿El señor Erasmo Gutiérrez?-

-¡Sí, soy yo!... ¡Mucho gusto!.-

El Oficial extendió su mano y estrechó la de Erasmo.

-Me da gusto encontrarlo con vida... Lo hemos estado buscando por meses... ¿Cómo se encuentran usted y su familia?... Tengo información que son 9 personas-

El emocionado hombre de negocios, respondió: -¡Si!... Pero uno murió en el accidente... Aquí estamos 3; los demás están en un conflicto, tratando de recuperar a 3 mujeres, entre las que se encuentran 2 de las nuestras; raptadas por otra comunidad yanomami-

-Eso es propio de los yanomami... Vimos una columna de personas que viene hacia acá; esperemos que el resto de su gente venga con ellos y que no haya pasado nada malo; lamento lo de la muerte de su compañero... Soy el Mayor de la Guardia Nacional Sergio Milano, Jefe de Inteligencia del Comando Regional N° 9, de la Guardia Nacional Bolivariana; con sede en Puerto Ayacucho; estoy comandando esta misión de rescate para llevarlo a usted y demás personas, a su civilización.

Erasmo respondió:

-Mayor, ella es mi esposa Omaira y ella es nuestra amiga Dolores; su esposo falleció en el accidente-

El Oficial se presentó: -¡Mucho gusto!... Mayor Milano... ¡Señora!, lamento lo de su esposo, nos llevaremos sus restos lo más rápidamente posible, para darle cristiana sepultura-

-¡Gracias Mayor!- Respondió, entre sollozos, Dolores.

El Oficial miró su reloj pulsera y respondió:

-Son las 11:30 horas; tenemos tiempo para esperar a la gente que viene en camino-

Se volteó y se dirigió hasta el frente de la cabina de los pilotos y les indicó que debían esperar; los oficiales tripulantes realizaron algunas maniobras técnicas, apagaron los motores y descendieron del aparato, el Mayor los presentó:

-El es el Capitán Arturo Morillo, capitán de la nave y el Teniente Pedro Eloy Tineo, su copiloto; él es el Sargento José González, Técnico mecánico. La otra aeronave aterrizó cerca del río, ahora vendrán.

El Capitán Morillo se comunicó por radio con la otra nave y avisó al piloto para que se acercara a la comunidad; que enviarían a un indígena a buscarlos. En efecto, Kaopewë tomó la iniciativa y salió a buscarlos.

Unos 20 minutos después, dos jóvenes oficiales, con el grado de Teniente, aparecieron en el shapono; el Mayor Milano los presentó como los tenientes Eduardo Cedeño y José Gregorio López. El Oficial comandante de la misión señaló que en la nave había quedado el Técnico de vuelo Pedro Armando Milano.

La situación planteada es la de esperar al resto de los extranjeros, para salir hacia el Alto Orinoco; el Mayor explicó:

-Tenemos capacidad para llevarlos a todos; por eso se comisionaron las dos aeronaves; volaremos hasta la misión Mavaca, de los padres salecianos, ubicada en el Alto Orinoco y desde ahí, un avión los trasladará a Puerto Ayacucho, donde los están esperando sus familiares y las autoridades; allá tendrán que someterse a exámenes para constatar su estado de salud; un equipo de médicos enviado por el Hospital Militar de Caracas, los está esperando también-

Una vez sentados en pequeños troncos, en el hogar de Erasmo, comenzaron las preguntas sobre cuestiones específicas; sobre todo, las provenientes de Erasmo y su gente:

-Dígame Mayor... ¿Cómo fue que nos encontraron?-

-A ustedes se les ha estado buscando por varios meses. Legalmente Protección Civil dejó de buscarlos, pero se continuó en contacto con todas las personas que entran o salen del territorio; pero nadie llega tan lejos... Excepto los indígenas...

...Ellos pasaron la noticia, por sus sistemas de correajes de información, sobre la presencia de gente extranjera en el alto Mavaca... Los misioneros estaban pendientes de cualquier tipo de noticia sobre ustedes... Inicialmente se pensaba que estaban muertos... Ha pasado mucho tiempo...

...Este helicóptero, ha estado abasado en el Comando Regional, para investigar cualquier señal que se recibiera... Hace como diez días, unos yanomami que llegaron de comunidades del río Mavaca, le dijeron a otros que oyeron decir que en esta comunidad de Herami, estaban viviendo unos extranjeros; la noticia llegó a los misioneros; éstos corroboraron, directamente con los informantes que no se trataba de mineros brasileños y solicitaron algunos detalles sobre ustedes; una vez que se sercioraron, nos informaron por radio e inmediatamente se preparó esta operación...

...Con un avión de carga colocamos combustible en la misión Mavaca para que los helicópteros pudieran operar con autonomía suficiente... En Mavaca recogimos a un indígena yanomami que nos guió hasta aquí.

Efectivamente, habían visto a un joven yanomami descender del helicóptero después del Mayor.

Eran casi las 13:00 h. cuando la comunidad se agitó por la llegada de un mensajero de Haminawë; el joven encargado de la tarea informó:

-Shamatari fueron vencidos; tuvimos sólo un herido leve... Todos vienen ahora-.

-¿Dónde están ahora?- Preguntó Erasmo, utilizando el idioma yanomami, para la admiración del Mayor y demás oficiales.

-Están en sabanita, llegarán al atardecer-. Respondió el muchacho.

Al conocer el estimado de la llegada, el Capitán Morillo realizó algunos cálculos mentales y se dirigió a Erasmo:

-Señor Gutiérrez, por la hora y por la seguridad de las aeronaves, propongo que traslademos ahora, a los que están aquí; luego mañana vendremos a buscar a los demás; no tenemos autorización para pernoctar fuera de la base Mavaca-.

Erasmo le respondió:

-¡No Capitán!... ¡Saldremos todos juntos!... Además, mi hija fue raptada; aunque me dijeron que está bien... Yo no la he visto y no creo que su madre acepte irse sin verla-.

¡Bien!- Contestó el Oficial, -Me comunicaré con la base para solicitar autorización-.

Dicho esto, se levantó de su asiento y se trasladó hasta el helicóptero; minutos después regresó informando haber recibido autorización para pernoctar en el lugar. Las respectivas tripulaciones se dispusieron entonces, a condicionar las aeronaves para pasar la noche en el lugar; sin embargo; debían antes, ubicar la posición de la aeronave siniestrada para recuperar la "caja negra" y los restos de la persona muerta.

Unos 15 minutos después, uno de los helicópteros, el piloteado por los tenientes Cedeño y López, se elevó, llevando a Kaopewë; él los conduciría al sitio del siniestro para ubicar su posición relativa mediante el Sistema de Posicionamiento Satelital del helicóptero.

Cómodamente sentados, el Mayor Milano se dirigió a Erasmo para preguntarle algunos detalles sobre las causas del accidente y sobre la maniobra de emergencia que permitió salvar su vida y la de sus acompañantes.

Erasmus explicó, con bastantes detalles, los principales acontecimientos del vuelo y el desenlace final del encuentro con los indígenas que les salvaron la vida. El Oficial, satisfecho, cambió el tema y le informó:

-Señor Gutierrez, les traje ropas y útiles de aseo personal que les enviaron sus familiares; ya ellos están en Puerto Ayacucho con otras personas de su empresa-

-¡Que bien!... Nos hacen falta, usamos jabones y desodorantes naturales y como ves, nuestras barbas han crecido, a pesar de que hemos estado ahorrando las afeitadoras, utilizándolas una vez a la semana. Las mujeres se sentirán bien con esos productos y con ropa en buen estado-. Contestó Erasmo, visiblemente agradado.

-Dígame señor Gutiérrez, ¿Qué opinión tiene sobre su experiencia con esta gente?-.

Erasmus lo miró y su mente inició un recorrido a través del devenir de la historia de su vida, durante aquellos meses en este mundo tan distante y tan cercano al suyo; segundos después respondió:

-Había oído hablar de esta gente, pero como cualquier venezolano, estaba históricamente equivocado respecto a la realidad; los había calificado como gente sin cultura, atrasados, incivilizados; a quienes no les ha llegado la historia; seres que no tienen ni pasado ni futuro; salvajes y otros epítetos que han servido para justificar su dominación, su explotación y su exterminio cultural... Pero fíjate... En todo este tiempo entre ellos, me he dado cuenta que nada de lo que antes me habían dicho o había oído decir, se adapta a la realidad... Esta es una realidad que aun no comprendo bien... Pero tanto mi gente como yo, hemos tratado de conocerla; aunque reconozco que sólo fue muy por encimita...

... Son gente que conocen este medio, lo dominan y quizás, mucho mejor, de lo que nosotros podemos conocer y dominar el medio en que vivimos, en una ciudad... Son totalmente autónomos, aquí tienen todo... Toda su vida está aquí... No necesitan más nada... Lo que venga de afuera sobra y más bien les haría daño, con sus pequeñas excepciones, claro... Como machetes, hachas, ollas de aluminio, anzuelos... Cosas que le faciliten el trabajo diario... Pero más nada...

...¡Mire Mayor!... Vi como curaban a una enferma, sólo con una especie de exorcismo... Eso fue increíble... Porque la mujer estaba muy grave; por otro lado, tienen un gran sentido de la familia, del amor a los hijos, de la lealtad a los suyos, de la solidaridad, de la acción de dar más que recibir... Hay más honor y prestigio en dar que en recibir... Contrario a nosotros...

...Sin esa solidaridad, nosotros nunca hubiéramos podido sobrevivir en esta selva... Esta gente nos salvó, nos cuidaron y hasta arriesgaron sus vidas por nosotros-

El Mayor intervino para preguntarle:

-¿Cómo se sintieron ellos con ustedes?... ¿Percibió alguna confusión respecto a lo que son y lo que son ustedes o lo que representan?-

-No vi nada extraño, nos trataron como extranjeros, a los que estaban protegiendo; con la seguridad de los que saben lo que están haciendo... Aun cuando al principio desconfiaban de nosotros... No vi confusión, ellos saben lo que son... No tienen dudas... Se reconocen como una nación, conocen su origen, conocen cual es el camino de su vida y como transitar en él... Tienen su propio idioma, muy completo... Tienen sus creencias, sus mitos y sus leyendas, las cuales están estrechamente ligadas a su forma de comportarse, de pensar, de ser, de llevar la vida... Cada persona conoce su rol, ya sea niño, hombre, mujer, guerrero, esposo, tío, tía... Esto es verdaderamente increíble.

El Mayor preguntó: -¿Cómo los vio usted? ¿Se sintió superior en algún momento?-

-¡No!... ¡Que va!- Contestó Erasmo -¡Al contrario!... Dependíamos totalmente de ellos... La solidaridad que nos ofrecieron nunca estuvo relacionada con un sentimiento de inferioridad racial o de cualquier otro tipo; éste es su medio... Como cuando uno va a otro país... Pero aquí, la dependencia de nosotros es mayor... Me emociona al pensar en eso y me duele cuando reconozco el daño que nuestra sociedad, presumida, todopoderosa y "única", les ha hecho-

El mayor intervino de nuevo:

-Dígame una cosa señor Gutiérrez...

-¡Llámeme Erasmo!... por favor-

-¡Gracias Erasmo!... ¿Qué opina sobre la política de este gobierno respecto a las sociedades indígenas... Sobre lo que dice la Constitución... Sobre respetar su cultura, sus tierras, lo que son?... ¿Cómo ve eso?

-¡Mire Mayor!...

-Dígame simplemente, Sergio... Por favor-

-Gracias Sergio... Mira... Ahora comprendo el porqué de eso... Ahora comprendo la intención... Y le digo... Que cuando salí, no estuve de acuerdo con eso de las tierras... Que, para mí, quedarían improductivas... Pero ahora lo veo claro... Ellos deben estar aquí y nadie de otra sociedad debe venir a perturbarlos, ni políticos, ni militares, ni religiosos... Quizás sólo los científicos y solamente para estudiar una u otra cosa... Pero siempre bajo control del Estado y bajo estricta supervisión-

Todos los presentes, los oficiales, las mujeres extranjeras y algunos indígenas que podían entender el castellano, escuchaban atentamente lo que Erasmo estaba expresando. El Capitán Morillo intervino:

-Quiero hacerle una pregunta Erasmo... ¿Por qué cree usted que ellos deben permanecer así y no acercarlos los beneficios de nuestra civilización?

Erasmo iba a responder cuando comenzaron a entrar los guerreros triunfantes de la refriega; se levantó, quería ver a su hija, quien ya venía corriendo a abrazarlo y a su madre; las lágrimas no se hicieron esperar; el hombre abrazó a su hija con mucha fuerza y lloró profunda y detenidamente, abrazado también a Omaira; detrás llegó Beatriz y se abrazó a Dolores; luego todos se abrazaron; afloraron los sentimientos que nacieron y fortalecieron en aquella selva; tan sólidamente, que con seguridad, son lazos irrompibles.

Se produjeron las presentaciones; llegaron Carlos, Rafael y Erasmito; conocieron a los militares, pero estaban pendientes de sumarse al baile que los hombres estaban ejecutando, en el cual participaron como un yanomami más; aspectos éste, que el Mayor entendió, pero que asombró a los demás oficiales; sobre todo, al ver las pinturas, los adornos y el arco y las flechas que enarbolaban cada uno.

Los hombres se retocaron sus maquillajes; sus pinturas negras de guerreros se resaltaron en rostros y pechos; las plumas en los brazos y los pasos y movimientos corporales de arrogancia y orgullo, daban la idea de lo que acababan de hacer.

En esta oportunidad, presenciaron algo que hasta el momento no habían visto, danzas y cantos ejecutados solamente por mujeres. En otros sectores, los hombres conversaban, contándose detalles de sus experiencias en la batalla; haciendo alardes de destacada participación; otros hacían himou y consumían yopo.

Erasmo interpretó aquella fiesta, como una celebración por el éxito de la incursión guerrera, tan brillantemente ejecutada.

Haminawé se acercó a los militares y les tocó en el hombro diciéndole, en un castellano bien pronunciado:

-Gente de Erasmo son muy valientes... Ellos son guerreros... Pelean como yanomami-. Dijo, dándose palmadas en el pecho.

Rebeca sentía una opresión en el pecho; se acercó a Tahawë y le dijo:

-Mañana nos vamos para Caracas kë u, pero volveremos... Yo volveré-.

El muchacho la miró profundamente y le dijo:

-Yo soy yanomami... Tú eres napëyoma... Yo soy heramitheri y tú caracastheriyoma... Tú estás en la ciudad... Yo estoy en la selva... Tu mundo no es mi mundo-.

-Yo volveré y me quedaré contigo... Pero ahora, tengo que irme-. Le contestó la joven.

Tahawë no respondió, sólo la miró y tomó su mano.

Erasmus colocó sus manos sobre los hombros de Haminawé y le dijo en yanomami:

-Tú eres mi amigo... Tú eres mi hermano... Volveré a Herami... Siempre seré amigo de los heramitheri-.

El jefe indígena respondió:

-¡Hermano!... ¡Tú y tu gente son heramitheri, pelearon con los heramitheri... Herami kë u es tu pueblo y es tu gente... Ven a reahu para consumir cenizas de haramitheriyoma que se fueron; los hekura del río y no-reshi de esas mujeres protegerán a tu gente... Siempre estarán contigo-.

-Vendremos a reahu... Pronto vendrá gente que te dirá como nos comunicaremos.

Payekeima, Vami, Añoima, Pahimi, Ekimi y muchos niñas y niños se mantuvieron todo el tiempo con Dolores y Omaira; Irasimi no se despegaba de Erasmito; las despedidas, los juramentos de amistad, las promesas del regreso, de no olvidar: es una manifestación sincera de los sentimientos que nacieron y fortalecieron entre aquellos seres, culturalmente diferentes, pero humanamente semejantes.

En la tarde fueron a bañarse al río y a utilizar los productos cosméticos traídos; en general, a prepararse para la partida, con la mejor apariencia posible.

La noche fue cayendo; los militares se retiraron a dormir en un alero dispuesto para ellos; todos trajeron su chinchorro como parte del equipo personal. Unos yanomami fueron colocados como seguridad del helicóptero

estacionado cerca del río; el Teniente López, copiloto, junto con el Técnico mecánico Pedro Armando y la ayuda de Kaopewè y otros jóvenes, instalaron un tapiri cerca del aparato, donde colgaron sus chinchorros, encendieron sus fuegos y comieron de sus propias raciones; los muchachos yanomami los acompañaban en la pernocta.

Capítulo XXIX

La despedida del hermano

Lágrimas y promesas

A primeras horas de la mañana de aquel día despejado, pero con nubosidades altas y dispersas, los militares iniciaron los preparativos para la partida. El Mayor Milano se acercó a Erasmo y le informó:

-Buenos días Erasmo... En una hora... A las 08:15, despegaremos para Mavaca... Lo que se vayan a llevar se lo entregan al Sargento González, el lo organizará en el compartimiento de carga; todos nos repartiremos entre los 2 helicópteros.

Erasmo se dirigió al Sargento para conversar con él; le había intrigado su rostro, con expresiones claramente árabes:

-Hola González... ¿Cómo amaneciste?-

-Muy bien señor Gutiérrez... ¿Y usted?-

-¡Bien!... ¡Gracias!... Oye disculpa ¿Tú eres árabe?-

-No... Soy venezolano... Pero mi papá era árabe... Libanés-

-¿De dónde eres?-

-De Caripito, un pueblo del Estado Monagas-

-¡Aah!... De Caripito... Lo conozco; era un pueblo petrolero... ¡Mira!... Te pregunto, porque tienes cara de árabe... Oí que tu nombre es José-

-¡Sí!... Pero mi familia y amigos me dicen Cheo y usted también, claro-

-¡Muy bien Cheo!... ¡Gracias!... Seguiré organizando la despedida-

En el hogar hay llantos, abrazos, promesas, muchas mujeres y hombres se han acercado, desde los que desarrollaron mayor empatía, hasta los que llevaron un trato menos cercano. Vami no se separa de la mano de Beatriz; muchos de los guerreros se despiden fraternalmente de Carlos, Rafael y Erasmito; éste se mantiene siempre cerca de Irasimi, a quien de vez en cuando, abrazaba con manifiesto afecto.

Ekimi no se quiere separar de Rebeca; ambas se han encariñado. Rebeca la abrazó con lágrimas en los ojos, prometiéndole:

-Cuando venga te traeré un montón de cosas; te traeré muchos collares para que te adornes-

-¿Cuándo regresarás?-

-¡No sé!, Pero volveré pronto-

Ya debían comenzar a abordar las aeronaves, fue la indicación del Capitán Morillo; la caminata hasta el sitio del helicóptero fue evidentemente triste: un sentimiento de abandono, de renuncia; tanto de los que se van, que ponen en duda que lo mejor sea partir; como de los que se quedan y ven alejarse a sus amigos, quizás para siempre. Algunas mujeres gritan, otras, simplemente lloran, se tocan y abrazan, expresándose, corporalmente, los sentimientos a través del tacto.

Erasmo entregó su hachuela a Haminawé como una ofrenda a la amistad; los machetes fueron regalados, uno a Paroriwë, el shapori y el otro, a Kosi-rewë. Kaopewë se quedó con el cuchillo de monte de Erasmo. Así mismo, las mujeres recibieron las pertenencias de las extranjeras, incluyendo las ropas, excepto la íntima; los chinchorros, las hamacas, la olla, las mochilas y todo aquello que acumularon durante la estadía.

Rebeca busca con la mirada a Tahawë; durante la mañana no lo ha visto; evidentemente, su amigo no está en el shapono; no amaneció en su hogar; miró a Payekeima quien venía acompañando a Dolores y la llamó:

-Payekeima, dile a Tahawë que me voy triste porque no lo vi... Dile que volveré, que no lo abandonaré-

La mujer vio las lágrimas correr por las mejillas de la muchacha y le respondió:

-¡Si Rebeca!... ¡Se lo diré!-

El Mayor Milano invitó a Erasmo a abordar la nave donde él viajaba y le dijo:

-Erasmo... Quisiera que continuáramos la conversación que dejamos anoche; me interesan mucho tus experiencias y opiniones... Lo que dijiste es muy importante para mí... Pero ahora no podrá ser; habrá mucho ruido, pero en el vuelo a Puerto Ayacucho, que será en avión, podremos conversar-

-Cómo no Sergio, también me gustará contar esas cosas.

Las naves se elevaron lentamente, con su estruendosa turbulencia, por encima de todas las cosas de su entorno. Sobre todo, los tripulantes de la que despegó del shapono, debió tener cuidado de que la fuerte corriente de aire generada por las aspas, no afectara los techos.

El shapono, la vegetación baja y luego las copas de los árboles, iniciaron su paso por debajo del aparato. Todo se iba achicando y sumiéndose en el silencio; las manos alzadas saludando se fueron confundiendo en el todo. La inmensa alfombra amplió sus horizontes en un tejido policromático de verdes y rojos que servían de fondo a los moteados amarillos de floridos araguaneyes.

Líneas plateadas y, en oportunidades, de tonos grises, serpenteaban como brillantes cicatrices en el inmenso mar verde. El disco solar, con refulgentes destellos, avanzaba con la nave, reflejándose en los espejos de agua que asomaban entre la vegetación.

En oportunidades, el ruido monótono de las turbinas era interrumpido por el tableteo opaco de las aspas; las miradas lánguidas, con evidente ausencia de alegría, se fijaban con descuido en las bandadas de multicolores guacamayos que cruzaban de un lugar a otro en aquella inmensidad.

Separados por un centenar de metros, los helicópteros avanzaban hacia un destino común; transportando a aquellas personas, cuyas no-reshi, parecieran haberse quedado con aquella gente en su exuberante paraíso. Las vivencias de aquellos meses se confundían con sentimientos y afectos que se manifiestan en tristeza.

-«Estamos abandonando el paraíso!... Nuestra prisión nos llama... ¡No somos nada!... Ellos... Con sus carencias, con sus enfermedades, con sus limitaciones y con sus guerras... Son mucho más ricos que nosotros con nuestras tecnologías, nuestros egoísmos y nuestra necia arrogancia. Negamos nuestra naturaleza y negamos a Dios»-.

Los pensamientos de Erasmo van cruzando su mente en la medida que su mirada se pierde, a través de la ventanilla, en la inmensa y suprema presencia de la majestad que va quedando atrás. Un solitario gavilán, con su elegante cuello blanco, pasó a su lado, suspendido en el espacio, seguido con envidia, por la mirada austera del hombre.

En el mismo aparato viajaban también su hija y su esposa, quienes, al igual que el hombre, no mostraban alegría en sus miradas, sólo el inmenso vacío que se sucede, luego de la pérdida de algo importante.

Rebeca pesaba en un amor que parecía imposible, aun cuando era el más profundo y hermoso de los que había tenido hasta ahora. Lo sentía como una fuerza que se levantaba por encima de los convencionalismos más ortodoxos; aquellos que la sujetaban a variables como raza o condición social. El vacío que sentía en su pecho juvenil, inequívocamente estaba vinculado a aquel hombre desnudo y de rostro pintado que quedó atrás, a quien, en una osada actitud, permitió que tocara sus senos, solamente con la frívola intención de probar emociones que, ahora, después de experimentar la realidad: comprende que no fue más que una presunción egoísta. Sus ojos se llenaron de lágrimas que se desbordan sobre su bello rostro y corrían, indetenibles, por sus mejillas, hasta caer sobre la tela de su recién estrenada blusa.

Omaira, por su parte, sentada al lado de su esposo, va con su cabeza reclinada y sus ojos cerrados; parece dormir, pero su mente se mueve con celeridad; no puede apartar sus pensamientos de aquella gente y su mundo. La emoción de volver a la ciudad, a su casa, a su civilización, a su familia, amigos y quehaceres propios de la esposa del dueño y Presidente de una empresa importante, se opaca ante la sensación de ausencia, de abandono de parte de la vida, de los niños, de aquel niño que vio nacer, de las mujeres, de su cordialidad, de su generosidad, de su apoyo. Las lágrimas se van deslizando por sus mejillas y las enjuga con la pequeña toalla que acostumbró a cargar sobre los hombros:

-«No puedo abandonarlos y no los abandonaré... Sea como sea volveré a verlos... A ayudarlos de alguna manera... A eso dedicaré mi vida»-.

El oficial a cargo de aquel rescate, está atento a aquellas manifiestas batallas internas; no apreciaba en esta gente la alegría del que se siente salvado; no ha visto ni percibido la emoción del que volverá con los suyos y a donde pertenece. Por el contrario, están ahí, con sus pugnas y contradicciones internas; librando verdaderas batallas entre lo que han sido, o lo que creían ser, y la nueva realidad que les ha mostrado un nuevo Ser.

El oficial estaba atento a las expresiones corporales que, hablaban, fehacientemente, del enorme impacto que aquella experiencia tendría en la vida de aquellas personas, cuyas miradas fijas en el infinito, reflejan la solemnidad del que está sumergido en la atmósfera musical de un poema operístico dramático. En el fondo las envidiaba porque sentía que llevaban en su mente y en sus corazones, las sensaciones auténticas de haber vivido un mundo desconocido, una dimensión que él mismo desea experimentar algún día.

De vuelta a su mundo

Los helicópteros se aproximaron a la pista de la Misión Salesiana de Mavaca, frente a la desembocadura del río Mavaca en el Alto Orinoco.

Desde el aire, se aprecian, fuera de la pista, dos aviones ejecutivos y un avión de carga; las 3 naves son militares; identificables por los colores y por el logotipo tricolor en varias partes de su estructura. Se apreciaban también, varios camarógrafos apuntando sus equipos a las naves, que en ese momento, tocan tierra.

Las preguntas de los periodistas fueron, en esencia, las mismas, relacionadas con sus experiencias. Las respuestas de los recién llegados eran más bien lacónicas; evidentemente, carentes del ánimo suficiente para dar declaraciones: ninguno muestra, como se esperaba, felicidad por estar de regreso sanos y salvos.

Los periodistas ya conocen el fallecimiento de uno de los viajeros; por ello, abordaron con mayor interés a Dolores. Sin embargo, ella fue parca, sólo se concentró en su hijo que la esperaba y corrió a sus brazos; madre e hijo se abrazaron, llorando por la pérdida irreparable del hombre, padre y esposo.

Luís Francisco Sarmiento, el socio de Erasmo, acompañado de su esposa María Elena, abrazaron con lágrimas en los ojos a su hijo Carlos; la emoción también se refleja en el muchacho, quien lloró con sus padres. Posteriormente,

te Luís y María Elena, abrazaron efusivamente a Erasmo, a Omaira y a los restantes amigos. Erasmo le dijo como broma:

-¡Coño compadre! ... Será en la próxima Semana Santa, porque esta vez me perdí-

Todos se rieron con alegría, mientras se enjugaban las lágrimas.

Los misioneros brindaron las atenciones necesarias y los invitaron a comer, lo cual aceptaron con gratitud. El Mayor, jefe de la comisión, en coordinación con los capitanes de las naves, estableció la hora de retorno a Puerto Ayacucho, que no debía esperar las horas de la tarde, porque se anunciaban condiciones meteorológicas adversas.

Milano se acercó a Erasmo y le indicó que la hora de partida sería a las 13:00; luego que descansaran y conversaran con sus familiares y amigos; también le dijo:

-Erasmo, por las circunstancias, es posible que no podamos conversar como habíamos acordado; sin embargo, quisiera que, en unos días, cuando ya estés al corriente de tus asuntos y equilibrada tu vida, puedas concederme una entrevista con más calma y con la cabeza más fría, aquí tienes mi tarjeta-

-Como no Sergio, mi asistente te avisará para que nos reunamos; pero dime una cosa... ¿Cuál es tu interés por estas cosas?... Porque en realidad, no hemos hablado mucho del accidente, sólo de mi vida con los yanomami.

-¡Correcto!... Lo del accidente será con otros, soy estudiante de Antropología y me interesa conocer tus conceptos sobre la sociedad yanomami; todas esas conclusiones podrían servir algún día, para orientar políticas institucionales relacionadas-

-¡Bueno!... Eso lo explica todo... Para mí será un verdadero placer conversar con un especialista en esta ciencia... Estaré a tus órdenes... Yo te avisaré-

-¡Gracias... Te lo agradeceré!-

A la hora señalada, las personas se repartieron en los dos aviones ejecutivos de color blanco con rayas vino tinto.

La llegada al aeropuerto de Puerto Ayacucho fue más agitada; una numerosa multitud formada por curiosos, autoridades y periodistas, esperaban a la gente de Erasmo. El Gobernador del Estado y el Alcalde del municipio se

acercaron para saludar a los rescatados; así como miembros de Protección Civil y de la Fuerza Armada. Unas niñas escolares les ofrecieron flores blancas e interpretaron una canción sobre la amistad que hizo brotar lágrimas a los recién llegados.

Un avión de la empresa, igual al accidentado, esperaba en la pista; en su fuselaje se aprecia el logo y la identificación: "Corporación Segmentos".

Luís Francisco, el socio de Erasmo, se acercó al piloto, quien espera órdenes, y le informó que saldrían al siguiente día; que esa noche, todos descansarían en el hotel Amazonas, en Puerto Ayacucho.

Los días fueron pasando con lentitud; ya en sus quehaceres, Erasmo se puso al corriente en todos los asuntos de la empresa, que, hasta el momento, habían sido dirigidos por su socio. Erasmo coordinó personalmente, con autoridades competentes de: Guardia Nacional, Policía Judicial, Fiscalía y Medicatura Forense, para el rescate de los restos de Santiago y autorizar su traslado a Caracas.

El sepelio del amigo se realizó 2 semanas después del retorno de la selva; por demás emotivo, significó una muestra evidente de los sentimientos que se fortalecieron en aquel grupo, hermanado en una aventura providencial pero de inmenso significado espiritual.

Todos y cada uno, a su manera, retomaron sus roles y se dispusieron a recuperar el orden interrumpido de sus vidas; pero era común que sus mentes volaran y permanecieran por largo tiempo, reviviendo sus experiencias en Herami, en Yuri y en todos los escenarios y circunstancias que vivieron con tanta intensidad.

Erasmo, sentado en su escritorio, en su amplio despacho, pulsó el intercomunicador para solicitar la presencia de su asistente personal; al minuto, apareció una joven de unos 35 años de edad, quien le dijo:

-Buenos días Ingeniero, ¿En qué puedo servirle? -.

-Buenos días Ceomalys... ¿Cómo amaneciste? -.

-¡Muy bien gracias!... ¿en qué puedo servirle?-.

-Mira... Por favor, toma nota!... Necesito que hagas algunas cosas... Comunícate con el

Mayor Sergio Milano, ésta es su tarjeta, cítalo para el miércoles 13, a las 18:00 horas; dile que lo invito a cenar y continuar la conversación pendiente...

...Averigua todo lo concerniente a un sistema de telefonía satelital, incluye todo lo necesario para que se instale y funcione desde un sitio remoto. Averigua también, quién de la empresa sabe de eso, o mejor dicho, llama a Carlos y dile que venga a verme lo más pronto posible...

...Coordina todo para una cena en un restaurante; pero uno que tenga salón privado; incluye a todos los militares que participaron en nuestra búsqueda, al Jefe de Protección Civil, al Gobernador de Amazonas y a los alcaldes de Puerto Ayacucho y del Alto Orinoco, a los misioneros de la misión Mavaca e invita también a la Directora de Asuntos Indígenas; incluye al General jefe del Comando Regional N° 9. Dejo en tus manos la fecha; pero pienso, que para el sábado de la próxima semana, sería excelente; verifica que la invitación cubra los traslados de la gente del Alto Orinoco.

-Muy bien Ingeniero... Lo mantendré informado-

Carlos anunció su presencia, como a la 16:00 horas del mismo día lunes, en que la Asistente Ceomalys le informara sobre la solicitud de Erasmo; inmediatamente, la secretaria le solicitó que entrara al despacho. Erasmo se levantó de su asiento y abrazó al joven; ambos se sentaron en la sala interior de la oficina. Erasmo le informó:

-¡Mira!... He pensado colocar un teléfono satelital en Herami y otro en Yuri; eso implica la necesidad de entrenar a alguien de allá, instalar paneles de energía solar para los cargadores, antenas y otros equipos necesarios para mantenernos en contacto con ellos... He pensado que te gustaría encargarte directamente de ese trabajo e inclusive, ir allá a instalarlo... ¿Qué te parece?-

-¡Excelente!... En mi mente ha estado dando vueltas la idea de cómo regresar y... ¡Bueno!... ¡Me la acabas de dar!

-¡Bien!... Habla con Ceomalys, ella tiene las instrucciones... Prepara el viaje lo más pronto posible y averigua quién de los muchachos desea ir contigo... Todo el que lo desee está autorizado... Planifica los vuelos; contrata lo que tengas que contratar y coordina con Ceomalys el plan económico y que ella se encargue de las tramitaciones con Finanzas, para que dispongas de los recursos que sean necesarios lo más pronto posible.

-¡Excelente Erasmo!... Tenía que hacer algunas cosas... Pero reformularé mi agenda... Esto es más importante... Le avisaré a todos sobre la idea.

Esa misma semana, Erasmo tuvo en su escritorio, un informe completo del proyecto y su logística, que incluía: adquisición del equipamiento de comunicaciones, equipos y materiales extraordinarios, cálculos sobre transporte, abastecimiento, contrataciones y permisos legales correspondientes. Todo el proceso se inició bajo la dirección y coordinación personal de su Asistente Geomalys.

Algo de filosofía

El día miércoles 13, recibió el anuncio de la visita del Mayor Sergio Milano; los dos hombres se estrecharon las manos efusivamente, como reforzando una vieja amistad. Erasmo lo invitó a la sala privada, donde le ofreció un trago que el Oficial aceptó. Mientras degustaban el licor, la conversación fue de un punto a otro, relacionado con la readaptación al trabajo, con la lamentable muerte de su valioso empleado y amigo y, aspectos superficiales, positivos y negativos, de aquella aventura.

El segundo trago recorrió las cortinas de lo que debía ser la razón central de la entrevista, Erasmo le preguntó:

-Tú dirás Sergio... ¿Qué deseas saber?-.

-¡Gracias!... ¿Tendrías inconveniente de que grave nuestra conversación?-.

-¡No!... ¡Por favor!... Puedes hacerlo-.

-¡Gracias!... ¡Mira!... Con la Constitución Bolivariana, los indígenas recuperaron derechos secularmente conculcados. Sin embargo, reconozco que las diferencias culturales existentes entre nuestra sociedad y las de esos pueblos, representan un factor de significativa complejidad para la manera como, tales derechos, deben ejercerse. Sobre todo, en momentos en que las fronteras económicas se expande aceleradamente, dadas las tecnologías con que cuenta. Ese panorama amenaza está acelerando la extinción de muchas de esas culturas-.

-Pero como tú lo has visto, en este caso los Yanomami, poseen un estilo de pensar y vivir, que los convierten en un reservorio vivo de conocimientos... En términos prácticos..., una valiosa fuente de información sobre secretos para convivir con la naturaleza de manera armónica... sobre todo en estos momentos, en que ambiciones e ignorancias, están generando amenazantes cambios en el clima mundial. Ellos son ejemplo de cómo, una sociedad puede vivir, durante siglos, sin degradarse... mi degradar su entorno...

Estoy tratando de profundizar en la idea de que, la humanidad, para su salvación, debe retomar sus raíces relacionadas con la relación respetuosa hombre-naturaleza, que permita reorientar el rumbo hacia otro modelo de desarrollo, Que permita evitar el derrumbamiento repentino de nuestra manera de vivir-.

Erasmus permanecía callado, escuchando el argumento con su mirada fija en el pequeño bloque de hielo que se asomaba en la superficie de su licor, el cual hacía girar con su dedo índice. Escuchó la interrogante emitida por el Oficial:

-¿Tú crees que existe sabiduría en esa sociedad que pueda servir al resto de la humanidad o, por lo menos, a los venezolanos, como una guía para una nueva vida?-

-¡Definitivamente sí!... ¡No tengo dudas de eso!... Pero, ponerlo en práctica... es difícil por su complejidad.

-¿A qué te refieres?- Preguntó Milano. La respuesta no se hizo esperar:

-La complejidad de que hablo la refiero al hecho de que los Yanomami se mueven en dos mundos, entre los cuales, no se aprecia las fronteras. Posee un pensamiento material controlado por siglos de conocimientos, vinculado a creencias inmateriales de un plano espiritual-astral, en cuya existencia están convencidos. Existen relaciones dicótomas entre los dos planos que ellos resuelven en su cotidianidad... El equilibrio que se genera de esa relación dialéctica, es fundamental... Ahora!!! Aquí iene el dilema, nuestra sociedad perdió el rumbo de lo espiritual hace siglos y su vida, se subsumió sólo en lo material, ordenado por la Economía.

El Mayor intervino:

-¿Entonces?... ¿tú piensas que no podemos retomar el camino de las raíces-.

Erasmus, después de unos segundos, respondió: -Así como están ellos, no!!.. no creo!!; y para eso no basta que exista la legislación, el marco jurídico, ni que tampoco, que el alto gobierno tenga la buena intención, ... no!, se trata de un estado de conciencia que la sociedad en general no posee, y en este caso, los planos medios del gobierno, es decir, los profesionales y técnicos encargados de gestionar el mandato-.

El Mayor retomó: -¿Cómo piensas que podría mitigarse ese problema?-.

Erasmus: -La Educación es la base de todo, pero entonces, es necesario cambiar el sistema educativo, porque éste, está concebido y organizado, para reproducir el estilo de vida que vivimos. Ahí veo la dificultad, pero sé también, que los cambios no se dan por el simple deseo de cambiar, aún cuando haya una loable razón. Es necesario que los cambios son respuestas

a circunstancias que el hombre del momento no puede controlar y entonces, debe adaptarse o, se extingue-

El Mayor: -Entiendo porque dices que el asunto es complejo!!... más aún, cuando los intereses están centrados en las ganancias materiales a través del sistema económico vigente. Entonces piensas que ese sistema económico debe cambiar!!! ¿Es así?-

Erasmus: -Exactamente!! Pero eso sólo se lograría si, por circunstancias externas al sistema, ese modelo económico pierde viabilidad y la gente, comienza a abandonarlo-

El Mayor: -Pero mientras, ¿Tú crees que podemos vivir juntos?... ¿qué ellos puedan servirse de nuestras tecnologías... ¡Bueno!... ¡No nuestra!... Las que usamos.... Tú eres un empresario exitoso... Un verdadero empresario... Por eso tus opiniones frente a una realidad racionalizada con lo vivido, son de suma importancia.

Erasmus respondió.

-Pienso que podemos relacionarnos... En estos días he estado pensando mucho en eso, porque siento que debo hacer algo para seguir en contacto con ellos de una manera que no represente riesgos para esa sociedad...

-Hay que idear una manera de relacionarnos controladamente; que no implique contactos físicos permanentes; de aprender lo que ellos puedan enseñarnos y que ellos tomen de nosotros lo que decidan tomar; no lo que nosotros creemos que es necesario para ellos. Esto te lo digo, porque allá me di cuenta de que muchas cosas que yo consideraba importantes, para ellos no tenían significado alguno.

-¿Cómo qué?

-¡Bueno!... Por ejemplo, el sentido de la propiedad privada... De tener cosas, valores y riquezas materiales; decir con orgullo, esto o, todo esto, es mío y, en eso basar el estatus social, el respeto, la jerarquía, los privilegios, el poder... Allá eso no tiene la menor importancia.

-¿Cómo es eso allá?

-Los valores del hombre están basados en factores psicológicos y psicosociales, como la valentía, el honor, la fortaleza espiritual... el poder de la familia... la inteligencia... Figúrate, entre los yanomami, lo importante no es recibir, sino, dar: el valor de un guerrero waitheri está en su magnanimidad, en su generosidad... No solamente en su capacidad para matar o pelear... Nos invitaron a una comunidad de nombre Yuri kè u; allá teníamos todo para vivir; en esa comunidad presencié unos combates que eran especies de competencias deportivas... Se propinaban unos golpes terribles en el pecho... Pero imagínate... Había uno que caía y

era, por supuesto, el perdedor... Pero... ¡Lo extraño!... No vitoreaban cuando alguno tumbaba a su oponente, sino, cuando alguien era golpeado con fuerza y no caía; porque era capaz de resistir más; es decir, que la victoria era del que es golpeado pero no cae.

-¡Entiendo!... Entonces, ¿la razón de la competencia no era el valor de la fuerza o la fiereza sino la capacidad de resistencia?

-¡Correcto!... Lo comprendí al intentar analizar lo que estaba viendo ... Lo que veía raro ... Cuando alguien caía había más bien, un perdedor y no un ganador... La complejidad del asunto me condujo a definir, que el valor no era pegar el golpe más fuerte, sino, recibir el golpe más fuerte.

-¡Si!... he leído y oído sobre ese juego... Pero no enfocado de esa manera, siempre como una actividad brutal y salvaje... Es totalmente contrario a lo que sucede en nuestros deportes- Respondió el Mayor.

-¡Si!... Totalmente diferente... ¡Oh! disculpa Sergio... Te sirvo- Interrumpió Erasmo.

-¡No!... ¡No!... Yo te sirvo... Sigue explicando... Estoy verdaderamente maravillado con tus interpretaciones y deducciones antropológicas.

-¡Mira!... Ordené una cena... Llamaré para que nos traigan la carta.

Erasmo se levantó y llamó por el intercomunicador:

-¡Ceomalys!-

-¡Dígame Ingeniero!-

-Por favor... Mándanos la carta-

-¡Enseguida!... Yo se la llevaré-

Inmediatamente, se abrió la puerta del despacho y entró la flamante joven asistente, con dos ejemplares de la “carta gourmet” que entregó a cada uno de los hombres. Erasmo realizó la formal presentación:

-Sergio, ella es Ceomalys, una valiosa compañera de trabajo, es mi mano derecha en la conducción de la empresa-

El Oficial se levantó de su asiento y estrechó la mano de la joven. Erasmo completó la presentación:

-El es el Mayor Sergio Milano, de la Guardia Nacional; comandó la misión de rescate-

-Es un placer... Ya conocí al Mayor por teléfono... Bueno... Me retiro, estoy atendiendo unas personas... Por favor avísenme cuando deseen ordenar, para enviar al mesonero... Que tengan buen provecho.

-¡Gracias Ceomalys!- Respondió Erasmo.

El oficial, por su parte:

-Muy agradecido señorita... Fue un gran placer conocerla personalmente.-

-Ella es una muchacha muy eficiente... Muy capaz y responsable... Durante mi ausencia tomó decisiones que, de no hacerlo con suficiente inteligencia, se hubieran generado pérdidas importantes para la empresa; me refiero a manejar contratos, consolidar otros, despachos, adquisiciones, importaciones, recepción de pedidos y miles de cosas; es una persona muy competente- Comentó Erasmo. -¡Bueno! ... ¡Salud!... Sigamos.-

-¡Salud!- Respondió el Mayor, al chocar su vaso con el de su anfitrión.

Erasmus continuó con su argumentación:

-En este tiempo, después que regresamos, me he interrogado sobre: ¿Qué podemos ofrecerles... Enseñarles?... Es una sociedad más sabia... En estos días leí unas cosas sobre ellos... ¡Imagínate!... Tienen como 10.000 años ahí... Ni siquiera el Imperio Romano pensaba aparecer... Entonces me he preguntado... ¿Cómo puedo ayudarlos?... ¿Qué les llevo?... ¿Qué les enseño?... He pensado y pensado y no encuentro respuesta... Todo lo que yo pueda llevar alteraría su armonía con su universo, con el todo del que se sienten parte estructural.-

Milano intervino: -No lo encuentras porque estás siendo arrogante y sociocentrista.-

-¿Qué es eso?... ¿Qué quieres decir con eso?.-

-¡Fíjate!... Lo dijiste hace un momento... “Tienen miles de años ahí”... Ahora dime... ¿Cuánto tiene nuestra sociedad?.

-¡Bueno!... En tiempo es insignificante- Respondió Erasmo.

Milano continuó:

-¡Correcto!, Y son igualmente insignificantes nuestros adelantos tecnológicos, nuestra conquistas, nuestras dominaciones, nuestros controles... Analízalos; nos ha servido de muy poco... Observa... Cambiamos cada día... Nuestro dinamismo es totalmente inhumano por lo irracional... ¡Siempre estamos buscando!... Pero ¿qué buscamos?, no sabemos!! Entonces?, estamos sumergidos en un círculo paradójico: lo que encontramos parece que no es lo que buscamos, por eso, seguimos buscando... No hay hallazgo que satisfaga... Vamos devoramos y no nos saciamos... y así devoramos nuestras vidas...

... ¡Entonces! ¿Por qué pensar que le debemos llevarles o enseñar algo de nosotros?... ¿No es eso arrogancia?... No deberíamos aceptar que no podemos enseñarles nada porque no sabemos nada?... que no sabemos nada de nuestra vida en el universo... Que no sabemos lo que somos... además de una amenaza para el planeta. Deberíamos ser más humildes y pensar en ir allá a que nos enseñen cómo vivir y quizás, esos hallazgos, pongan fin a la maldición de Sísifo, a la cual, pareciera que nuestra sociedad está condenada: empujar para subir la pesada roca por la empinada colina de la vida, para que al final, caiga de nuevo al fondo y así comenzar otra vez, y otra y otra!!!... ¡Disculpa Erasmo!... Me emocioné!!!, Dime una cosa... ¿Qué valores humanos pudiste apreciar como muy importantes para ellos?-.

Erasmo contestó:

-Lo que dices es una realidad dura pero cierta... Esta gente vive de frente a su familia; la familia es fundamental... Y no es solamente la directa; la de madre, padre e hijos... ¡No!... Se trata también de la más amplia; la que incorpora a los abuelos, a los tíos, a los primos, al yerno... Todos tienen la responsabilidad en el proceso de la vida, incluyendo la socialización de los niños... Por ejemplo... ¡Ve!... El yerno tiene la obligación de apoyar a sus suegros.

-¡Buena observación!, ¿Que te sugiere eso?-.

-¡No sé!, No he pensado en eso-.

-Fíjate; lo que observaste fue el funcionamiento de la familia extendida; el apoyo mutuo de todos los miembros; no solamente los de la familia nuclear, que son padre, madre e hijos... Ahora bien... Todo eso funciona como un seguro de vida para cuando los viejos no pueden trabajar y valerse por sí mismos...

... Son comportamientos previsibles, institucionalizados; es decir, que se manifiestan y se transmiten como si fueran códigos; que no fueron creados por ellos; pero son comprendidos por todos y de cumplimiento obligatorio...

... Es difícil que estas instituciones encuentren complemento o similares en nuestra sociedad...

Erasmo agregó: La diferencia más conspicua lo considero en el campo de lo espiritual y de lo sobrenatural... Por ejemplo, lo que vi respecto a las causas de las enfermedades... Fíjate... Ellos atribuyen la enfermedad a causas externas al cuerpo... Especialmente a la brujería que pudieran lanzar shapori enemigos o hekura maléficos o las shawara. Las reacciones que vi, me indicaron que las enfermedades y la muerte, así como accidentes y la guerra, generan tensiones y estrés social profundo; pero al relacionar estos eventos con la acción de shamanes enemigos, ésta funciona como una válvula de escape para aliviar tensiones internas; es decir, como elemento cohesionador que ayuda a mantener la armonía y la solidaridad en el interior de la comunidad; la cooperación, el apoyo mutuo y muchas otras cosas, que ayudan al mantenimiento y reproducción social...

... Desde una perspectiva psicosocial, puedo deducir que el cúmulo de tensiones generadas por un estresor; por ejemplo, una enfermedad; trasciende el nivel individual para diluirse en lo colectivo y es en esta dimensión, donde el shapori se encarga de restituir el equilibrio y la estabilidad social.

-¡Bien!... ¡acepto eso!- Acotó el Oficial -Pero entonces; cuando le asignan la culpa de una enfermedad al shapori de otra comunidad, se generaría una respuesta violenta, de venganza; una guerra... ¿Cómo cuadraría esto, en la armonía?-.

-¡Bueno!... No estoy muy claro sobre si es correcto categorizar la violencia en esta sociedad como un factor de carácter endémico... Estuvimos varios meses con ellos y sólo presencié una sola acción de guerra, pero no fue por enfermedades, fue por el conflicto permanente entre grupos diferentes, que degeneraron en el asesinato de varias personas. Pero vi también, que ese evento unió a la comunidad y, no sólo a sus miembros, sino que también, fortaleció las alianzas con la comunidad de Yuri kë u...

... Por lo que vi, el contendiente principal y base de sus preocupaciones, no es otro yanomami, sino, los hekura; los espíritus que están en todas las cosas y en todas las acciones, inclusive, en la decisión para una acción violenta, por eso también el ritual de purificación unokay para lavarse la sangre de otro que derramó.

-Muy bien Erasmo, estoy de acuerdo... Nuestra sociedad sufre el mismo problema de las tensiones internas; por eso la necesidad del sistema político, renovarse periódicamente; por eso la Democracia... La contienda con la oposición ayuda a desahogar el estrés social. Cuando la Democracia no es eficiente, la válvula de escape ha sido inventar un enemigo y un conflicto externos, que en oportunidades ha degenerado en guerra. Generalmente, la élite gobernante lo utiliza para canalizar las tensiones internas uniendo la conciencia social alrededor de un sentimiento nacionalista...

... Eso ha sido una constante en las sociedades llamadas civilizadas; han buscado siempre la vía de la guerra; por ello, en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia... Los ejemplos huelgan-

Erasmo apoyó el argumento: -¡Correcto! Por eso te digo que los mecanismos institucionales que nosotros podríamos ofrecerle no engranan con los suyos... Allá son totalmente personales; aquí, por el contrario, somos impersonales...

-¡Oye!... Debes tener hambre... ¿Comemos?-.

-¡Estoy de acuerdo!... me decido por este churrasco de lau lau- Respondió Milano. -Esto es de Guayana y, la salsa de ostras, estimo que le proporcionará un sabor marino complementario-

-Te advierto Sergio, que ese plato lo preparan aquí, excelente... Seleccionaste bien... ¿Qué deseas de entrada?-.

-¡No!... Como poco, así está bien-

El mesonero entró y con un comportamiento muy formal, recogió las cartas y ofreció la de vino; preguntando si tenían preferencia por alguna cosecha o cepa en especial.

Milano dijo que no, que continuaría con su licor; mientras que su anfitrión pidió una ensalada de palmito y espárragos; examinó la carta de vinos y pidió como acompañante un Chardonay blanco de una famosa casa argentina.

La conversación se diluyó en otros asuntos durante la cena: la empresa, la familia, la crisis económica de los mercados internacionales, la geo-política y los problemas del país; hablaron de la Fuerza Armada y otras generalidades.

-Para serte sincero Erasmo, me has dejado impresionado, me has proporcionado razonamientos que sólo puedo lograrlo, después de muchas lecturas y de interpretación teórica... En realidad, esta entrevista ha sido más importante que una clase magistral...

... Quisiera conversar sobre estas mismas cosas con todas las personas que estuvieron contigo; sus puntos de vista, lo que aprendieron y sobre todo, pienso, que tú me lo dirás después... La manera cómo esta experiencia afectó su percepción de la vida... Pero eso lleva tiempo... será después que lo madures-

-¿Qué harás con esa grabación?-

-¡No sé!... Sólo siento la necesidad de grabar sus experiencias... Es un conocimiento único que no quiero que se diluya en la noche de los tiempos... Quizás porque es una manera de ayudar a perpetuar la cultura yanomami... Aún no sé que haré con esto... Pero algo haré... ¡Sé que es un tesoro!-

¡Bueno!... Te hago una invitación para que acompañes a Carlos y no sé a quién de los otros, al viaje de vuelta a la comunidad; instalarán allá un teléfono satelital, para que tengamos comunicación... ¿Podrás ir?-

-¡Claro que sí! Eso no me lo pierdo Pero, necesito que estén en contacto conmigo para el asunto de los permisos; eso no es fácil, hay que justificarlo bien; inclusive, lo referente al sistema de comunicación a instalar; los ayudaré a que todo salga bien-

-¡Bien!... Carlos y Ceomalys te contactarán-

Los hombres terminaron su cena. Hablaron de todo un poco y se despidieron como amigos; la vida los unió en un interés común.

Capítulo XXX

Regreso al paraíso

Ideas de futuro

El fin de semana siguiente se realizó la cena acordada; departieron amistosamente con la participación de autoridades relacionadas con la región amazónica y con los asuntos indígenas, Erasmo ofreció el discurso de bienvenida:

-¡Buenas noches a todos!... Les agradezco que hayan aceptado nuestra invitación para compartir este momento... Deseo, en nombre de mi familia y de todo el grupo que participamos en la extraordinaria aventura de la selva, darles las gracias por el interés mantenido en nuestro rescate a pesar de haber pasado tanto tiempo de sucedido el accidente...

...A los señores padres misioneros de la misión Mavaca por su expedita gestión para averiguar e informar sobre nuestro paradero...

...A las autoridades de la policía científica y de la Medicina Forense, por la rápida recuperación de los restos de nuestro querido amigo y compañero Santiago López...

...A los oficiales y técnicos de la Guardia Nacional, por el paciente trato que nos proporcionaron durante la misión de rescate...

...A la gente de Protección Civil por su constancia y desprendimiento en su trabajo. Igualmente, a la Gobernación de Amazonas y a las alcaldías de Puerto Ayacucho y Alto Orinoco por mantenerse al pendiente de nosotros. El trabajo y la eficiencia de todos ustedes, me llena de orgullo...

...Hay mucha gente e instituciones a quienes le debemos también que estemos de vuelta, que no vienen a mi mente ahora... Hay personas que no están presentes esta noche... Hombres y mujeres de la selva; la gente de Herami kë u y Yuri kë u; los yanomami, los "hijos de la luna". Ellos nos protegieron de numerosas amenazas; sin su apoyo no hubiera sido posible estar aquí... Ellos tendrán siempre nuestro eterno agradecimiento... Los consideramos más que amigos... Nuestros hermanos... Esto lo digo con pleno convencimiento.

...Esas personas, miembros de una sociedad que no conocíamos, de una civilización ignorada y no reconocida... Nos demostraron que son seres superiores; su sentido de la solidaridad, de la lealtad, de la amistad y de la espiritualidad, no lo habíamos conocido jamás en nuestras vidas... Eso nos marcará para siempre... Queremos volver allá... Ayudarlos y seguir aprendiendo de ellos cómo seres más humanos...

...Pronto volveremos... Eso lo estamos planificando... Nuestra empresa está disponiendo todo... Pero necesitamos el apoyo institucional para que lo que podamos hacer, se vierta como un verdadero beneficio...

...Sean todos bienvenidos y esperamos que puedan disfrutar de esta humilde ofrenda.

...¡Muchas gracias a todos!

Los aplausos estallaron en la sala; no sin el acompañamiento de lágrimas; sobretodo, de aquellos, que una vez fueron napë.

La velada fue transcurriendo animadamente. Ceomalys aprovechó para explorar sobre el estatus de los requisitos necesarios para el viaje, particularmente, con el General de la Guardia Nacional, Jefe del Comando Regional N° 9 y la Licenciada Directora de la oficina correspondiente, del Ministerio de Asuntos Indígenas.

Durante la tertulia después de la cena, Erasmo se acercó al Capitán Morillo, piloto de uno de los helicópteros del rescate; quien, acompañado de su esposa, conversaba con el Teniente José Gregorio López y su esposa Amor Valentina. Las parejas le sonrieron e incorporaron en el círculo de conversación. Erasmo, después de saludar, se dirigió a la esposa del Capitán, extendiéndole la mano:

-Señora Morillo.

-Dígame Yamira, por favor.

-Gracias Yamira... Tengo entendido que eres Bioanalista, con bastante experiencia lograda en tu trabajo en PDVSA.

-¡Si!- Respondió ¿En que puedo ayudarte?

-Tengo una idea, en la que necesito que puedas asesorarme... ¡Claro!... Si hubiera posibilidad de alternar con su trabajo en la petrolera-

-Depende de lo que se trate- Contestó Yamira.

-Estoy pensando en un proyecto, dirigido a la realización de estudios hematológicos a indígenas yanomami; el cual se iniciaría con las comunidades que conozco y posteriormente, extenderlo a otras comunidades. Claro, sería un proyecto institucional que podría formar parte de un programa global y continuo de atención a las enfermedades.

-¡Sería excelente!... Uno de mis problemas profesionales es que siempre me he enfrentado a personas relativamente sanas; ya sabes, trabajadores... Siempre me ha llamado la atención la investigación en este campo. Esta sería una buena oportunidad-. Acotó Yamira.

-¡Buenísimo!... Te pido entonces que averigües en PDVSA, cuales son los mecanismos para desarrollar un proyecto conjunto; el resto me lo dejas, tengo amistad con el Presidente de la empresa. Erasmo agregó:

-Me gustaría también incorporar en el programa, lo relacionado con obstetricia, ¿Conoces a alguien de confianza?

-¡Si!... Tengo un hermano que es gineco-obstetra; hablaré con él, a ver si se anima; actualmente está en Margarita.

-¡Gracias Yamira!... ¿Y tú Valentina?... Entiendo que te llamas Amor.

-¡Si!... Mi papá me hizo el favor de empeñarse en ese nombre-. Contestó la joven.

-¡Pero esa fue una gran idea!... Sólo los hombres inteligentes y sensibles ponen ese tipo de nombre a sus hijos... Te felicito... Me dijeron que eres de informática, al igual que José Gregorio-

-¡Si! ... Somos de la misma especialidad-

-¿Te gustaría formar parte de este proyecto?-

-Con gusto; me agrada ese tipo de trabajo-

La velada concluyó con los ofrecimientos de participación y apoyo a los proyectos dirigidos al beneficio de las comunidades indígenas.

La semana siguiente, Ceomalys continuó con las coordinaciones, reuniones, contrataciones y adquisiciones correspondientes, no sólo para la realización del viaje, sino también, para la organización del programa global.

La lista de chequeo correspondiente es revisada constantemente; comparándola con la agenda de actividades que se derivan de ella.

El retorno a Herami ke u

Un mes después, una nueva comisión partió de la base Francisco de Miranda, en Caracas, rumbo a la misión Mavaca, previo toque técnico en Puerto Ayacucho para recoger combustible y consignar la permisología exigida por las autoridades locales.

Componían la expedición, un avión de carga y un avión ejecutivo con el logo de la Corporación Segmentos, sus respectivas tripulaciones y 5 personas como pasajeros.

Rafael, Carlos, Erasmito, Rebeca y Beatriz, estaban muy emocionados, al pensar que verían de nuevo a aquella gente que tan bien los trataron. Carlos iba preparado con el material necesario, para instalar dos equipos de telefonía satelital con sus respectivos sistemas de captación de energía mediante paneles solares; pensaba en Waimi y en repetir las experiencias con la dulce y bella joven.

Rebeca, de igual manera, sólo pensaba en el momento de ver a Tahawë, de tocarlo, de besarlo; tenía el temor de que anduviera de cacería; pero quizás vea el helicóptero, o lo oiga.

El plan consistía en que el avión de carga recogería 500 lts. de querosina en Puerto Ayacucho, envasados en tambores de 200 lts. y los depositaría en la misión Mavaca. En la misma ciudad, los viajeros se encontrarían con el Mayor Milano y abordarían un helicóptero de doble turbina contratado para llevarlos a Herami. Este equipo se reabastecería en Mavaca.

Las tramitaciones fueron sencillas, porque ya estaban coordinadas por Ceomalys; las autoridades dieron el visto bueno a la expedición.

Las dos fases del viaje se cumplieron sin problemas; al mediodía del segundo día, la comunidad de Herami sintió la emoción de la aproximación del helicóptero y el retorno de sus amigos. El piloto fue instruido para que aterrizara dentro de shapono, con la cautela suficiente para no causar daños a la estructura de la casa comunal.

Las emociones de los recién llegados no se disiparon ante la ritualizada recepción de extrema frialdad. Todos estaban en sus hogares, observando; las turbinas quedaron en silencio y los ocupantes bajaron de la nave. Haminawë se acercó a los visitantes; los hombres se abrazaron y, para sorpresa de los pilotos, conversaban en la lengua yanomami; que por supuesto, ellos no entendían. Posteriormente comenzaron a descargar equipajes y materiales embalados en cajas de cartón de diferentes tamaños.

Las cajas estaban enumeradas y marcadas con un nombre en la parte superior; las que quedaron en el helicóptero, estaban identificadas con la palabra: "Yuri".

El jefe los llevó al mismo sitio que ocuparon cuando vivieron en la comunidad; al Oficial y la tripulación, le asignaron un alero ubicado al frente.

Al rato recibieron la visita de muchos hombres y mujeres que se acercaron a saludarlos; muy especialmente los niños, quienes no sueltan las manos de las dos muchachas. Muy emocionadas, se mostraron Vami, Kayepeima, Añoima, Irasimi, Tomaromi y Ekimi. Erasmito muestra especial atención por Irasimi, a quien mantiene tomada de la mano. Kaopewë muestra con orgullo, colgado en la cintura, el cuchillo que le fue obsequiado.

Kosirewë saludó a Beatriz y ésta lo abrazó emocionada; Haminawë y Paroriwë preguntaron a Carlos por Erasmo; Raminawë se acercó al grupo, estaba totalmente recuperado de sus heridas. Los recién llegados se alegraron más cuando vieron a Tattuwë acercarse; lo abrazaron efusivamente.

Carlos y los demás recibieron saludos de Koromowë y Kahuhunawë, guerreros pertenecientes a Yuri que estaban de paso en Herami. Todos mostraron su respeto y reconocimiento, colocando sus manos sobre los hombros del otro, como mutuo saludo.

Los jóvenes visitantes se dispusieron a la distribución de los regalos que llevaron; compuestos, en su mayoría, de materiales y equipos para facilitar el trabajo, como machetes, hachas, chícoras, anzuelos, cuchillos de cocina, limas para amolar, ollas de aluminio, fósforos y galletas que distribuyeron entre los niños; Beatriz entregó a Kayepeima, una caja contentiva de bolsitas con sal y le dijo en yanomami, que lo ligara con el condimento korori.

Rebeca no pudo ver a Tahawë y le preguntó a Kaopewë:

-Kaopewë ... ¿Dónde está Tahawë?-.

El muchacho respondió

-Está con otros hombres que vieron manada de báquiros... Salieron a cazarlos, pero es una cacería rami, tú conoces, es cacería cercana; vendrá pronto... Ellos oyeron ruido de "licótero" y vendrán-.

Algunos hombres de la comunidad trajeron plátanos y cambures maduros; algunas mujeres trajeron *rasha* cocidas y otras, una *kamamoma* (wapa, ceda-zo) contentiva de bachacos asados condimentados con korori. Con excepción de los tripulantes del helicóptero, todos comieron de la golosina, incluyendo el Mayor Milano.

Rebeca desempacó varias bolsas con mostacilla de variados colores y algunos rollos de hilo de nylon y empaques con agujas de coser. Las mujeres y las niñas quedaron encantadas con estos regalos

Tahawë llegó a la comunidad como a las 16:00 horas, fue directamente a donde se encontraba Rebeca; ambos se abrazaron; luego, tomados de la mano, caminaron fuera del alero. Rebeca le dijo:

-Te extrañé mucho; quería venir rápido para verte, para conversar contigo y recordar todas las cosas que pasamos juntos-.

-También quería que vinieras... Sabía que ibas a venir... Pero ahora, cuando te vayas, será más triste- Respondió, concienzudamente, el muchacho.

Ella agregó: -Yo no me quiero ir.

En eso, Carlos les habló a todos:

-He conversado con los pilotos; saldremos mañana para Yuri, en el momento en que el tiempo lo permita... ¡Tahawë!... ¿Tú querías acompañarnos?... También pueden venir otros... Pueden venir también Kaopewë y Kosirewë-.

El piloto informó que no habría problemas por el peso; el aparato tenía suficiente capacidad.

Beatriz presentó a Kosirewë al Mayor Milano, diciéndole:

-El es Kosirewë; él, con Tahawë, nos rescató de nuestros captores shamatari y pelearon muy valientemente; también me salvó cuando me atrapó una anaconda en el río; inclusive, la culebra lo mordió en el brazo... Mírale las cicatrices de los dientes-.

Milano le dio la mano y le reconoció su valor:

-¡Eres un waitheri!... ¿Dónde aprendiste a hablar castellano?

-¡Ellos nos enseñaron!-. afirmó sonriendo.

A partir de ese momento, se terminaron de arreglar los sitios de alojamiento; colgaron los chinchorros y encendieron fogatas; luego, al anochecer, comenzaron los bailes ejecutados por jóvenes de ambos sexos e hicieron himou entre los amigos; el Mayor y los pilotos observaban con interés el desarrollo de aquella extraña relación.

Algunos de los yanomami consumieron yopo, sobretodo, los más viejos, Haminawé afirmó:

-Los napè no pueden ebenamou (consumir ebena -yopo-), Eso es muy fuerte para ellos. -

Carlos instruye a Kaopewë sobre el manejo del teléfono satelital y muy especialmente, sobre la instalación de los paneles solares y las antenas, el tipo de mantenimiento y de cuidados que debía tener. Los paneles quedaron instalados y colocados encima del alero de Haminawé. Carlos le entregó el aparato después de la explicación para que el muchacho repitiera la lección aprendida sobre las funciones de las teclas. Luego, Carlos le dijo:

-¡Bien!... Ahora, vamos a hacer una prueba... Te llamaré desde el helicóptero y ahí veré cómo operas el equipo.

La prueba funcionó correctamente y Kaopewë, imitando a Carlos, siguió los pasos correspondientes, tanto en la lengua yanomami como en castellano.

Terminada la prueba, Carlos marcó el número de su familia y conversó con sus padres; posteriormente, llamó a Erasmo a su teléfono celular personal:

-¡Hola jefe!... Te habla Carlos, desde la base Herami-.

-¡Hola Carlos!... Se oye perfecto... ¡Bendito Dios ese satélite "Simón Bolívar!... Dime ¿Cómo llegaron?... ¿Cómo está la gente?-.

-Todo está bien... Llegamos perfectamente... Te voy a poner a la gente que te quiere saludar... Pondré el teléfono en función de altavoz... ¡Un momento!...

Carlos llamó a sus compañeros y a la gente de la comunidad que rápidamente lo rodearon y les informó:

-Erasmus les va a hablar, el que quiera saludarlo lo puede hacer.

La primera en saludar fue Rebeca:

-¡Hola papá!... Todos estamos bien por acá... Le das un beso a mamá-.

-¡Hola hija!... ¡Dios te bendiga!... ¿Está Haminawë por ahí?-

-¡Sí!... Aquí está... Háblale... Te está oyendo-.

Erasmus lo saludó en yanomami y el hombre respondió en castellano, todos se rieron de la espontaneidad.

Luego de varios saludos y el asombro de los indígenas, cuya mayoría, no conocía este tipo de comunicación, Erasmus se despidió, Carlos le informó finalmente:

-Mañana en la mañana salimos a Yuri, allá instalaremos el otro equipo... Te llamaré desde allá... saludos-.

- ¡Saludos! -.

Todos se retiraron a sus hogares, Carlos le informó a Kaopewë:

-¡Bien!... Mañana no irás a Yuri, porque es necesario que hagamos una prueba entre las 2 estaciones y tú, debes estar acá, para contestar.

-¡Aweil!-.

Carlos se dirigió a Tattuwë, quien estaba muy cerca de ellos:

-¡Oye Tattuwë!... ¿Viste cómo funciona esto? ... ¿Te gustaría manejar el equipo de Yuri?-

El muchacho respondió afirmativamente, entusiasmado por la posibilidad de hacer algo que consideró muy importante.

-Mañana te vas con nosotros para Yuri para que te hagas cargo... Mientras tanto, Kaopewë, enséñale lo que aprendiste.

Fuera del alero y amparados por la oscuridad nocturna, Rebeca conversaba con su joven amigo, están tomados de las manos y ella, con exquisita coquetería, encimaba su cuerpo al de él; el muchacho, con muestras de cierta timidez, no accionaba. Rebeca tomó su rostro entre las manos y le estampó un largo beso en los labios, que él, por supuesto, no respondió, por no conocer este tipo de caricia; pero sí, sintió el impacto erógeno del contacto y la abrazó efusivamente, repitiendo la caricia; ambos están visiblemente emocionados por el contacto y la cercanía de sus cuerpos. Rebeca estrechó más el abrazo; la excitación, acelera la respiración de ambos jóvenes. El contacto con el cuerpo desnudo de Tahawë genera especiales sensaciones en la muchacha.

Mientras, en el alero de los extranjeros, el Mayor conversaba sobre las experiencias que había tenido, no solamente con los Yanomami, sino también con los Ye'kuana del medio río Ventuari y otros grupos étnicos de la región e inclusive, con los de otras partes de Venezuela. Su exposición dio pie a que todos contaran sus experiencias y, sobre todo, que era lo que el Oficial buscaba, la interpretación que cada uno le daba a los fenómenos que habían observado o en que habían participado, especialmente, los referidos a valores psico-sociales que ayudaran a mejorar relaciones inter-étnicas futuras.

Beatriz participa activamente en aquel intercambio; sentada al lado de Kosirewë, mantiene sus manos entre las suyas y Vami, permanece asida a su brazo. Beatriz expuso:

-Para ser sincera, yo no imaginaba que pudiera ser posible lo que he vivido; había oído hablar de los indígenas y los había visto por televisión y en oportunidades, vi al Presidente hablar sobre ellos o, decidir sobre aspectos relacionados con ellos; pero nunca imaginé que esto fuera así; que, en realidad hubiera un mundo paralelo al nuestro, tan distinto y en tan perfecto funcionamiento ...

-Estoy convencida de que este estilo de vida no debe intervenir, excepto, para asistirlos ante cualquier emergencia, pero nunca para intentar cambiarlos.

El Mayor y los demás guardaron silencio cuando Beatriz concluyó; el Oficial reaccionó y se dirigió a Kosirewë:

-¡Oye Kosirewë!... ¿Que tu opinas de todos esto?... ¿Que piensas de lo vivido con estos extranjeros?-

El muchacho se sorprendió con la pregunta, no esperaba tener que opinar; pensó un poco y luego inició su intervención, hablando en castellano:

-Escuché de padre, de madre y de todos los viejos que nos enseñan, que napë son malos; que ellos son como las termitas, que van acabando con la selva cuando ellos pasan; que ellos

matan muchos animales... Que ellos no respetan los hekura que están en todo... Aprendí que Omawë, cuando se fue del pueblo yanomami, creó sus hijos y ellos fueron los napë; a ellos les entregó todo; les dio el hierro, los machetes, las hachas, licótero, ¡Todo! ... ¡Todo lo que ellos tienen!...

-Los napë pueden venir aquí, donde está mi gente, pero nosotros no podemos ir allá... Yo vi, por allá por Henaha Kë u; cuando ellos dicen a yanomami... ¡Mira!... ¡No hagas esto!... ¡No hagas esto!... ¡No comas esto!... ¡Tú tienes que rezar a Dios!... ¡tú!... ¡Ponte esta ropa!... ¡Eso es malo!... ¡Tú puedes tener una sola esposa... No más!... Tú no puedes hacer el amor a muchacha... ¡Eso es malo!...

...Allá donde yo fui... Yanomami que están ahí... Ya no saben que es malo o que es bueno... Ya no saben nada... Ya no saben nada de espíritus... Yo creo que ya no saben nada de yanomami, ni tampoco de napë... Ya no son nada... Están enfermos... Tristes... Ya no hay guerras... Ya no tienen valor para pelear... Ya no hay waitheri... Ya no tienen nada....

...¡Mira!... Los viejos me dijeron, que sus padres le dijeron, que los napë se destruirán y destruirán todo; entonces, nosotros yanomami, los hijos de Periporiwë (la luna)... Los hijos de la luna.... Volveremos a ser muy fuertes y estaremos en todas partes como antes, como cuando Omawë inundó todo y luego se fue...

...Los napë han matado gente por allá... Donde está minas... Nosotros no sabemos por qué el oro gusta tanto a los napë... Oro no se come... Los viejos dicen, déjalos que tomen el oro, así ellos se van ... Pero no, ellos siempre están ahí,, Abriendo huecos muy grandes... Ahuyentando a los animales,, Traen shawara... Mucho prisi prisi (paludismo) y otras "pidemias" que matan niños y viejos.

...Los viejos siempre dicen... Napë son muy malos... Ellos no quieren a nadie... Sólo tienen hambre de oro... Pero yo conocí otros napë... Estos que están aquí... Son otros napë... Ellos son amigos de mi pueblo son valientes... Ellos no son yanomami pero parecen yanomami... Así lo dicen los viejos cuando ellos hablan... Por eso... Cuando ellos vengan comerán plátano, se pintarán con onoto y bailarán... Siempre serán amigos de yanomami.

Todos guardaron silencio ante los claros argumentos del joven indígena; los cuales tenían también, visos de profecía. Tattuwë tomó la palabra:

-Padre me dijo, un día que estábamos huyendo de napë mineros, por allá... Lejos de aquí; me dijo que Omawë se va a molestar con lo napë, que son sus hijos; se va a molestar mucho y entonces, él va a destruir todo otra vez; pero yanomami no morirá; morirá sólo napë. Omawë volverá a donde estamos nosotros yanomami y se quedará aquí-

Después de la intervención de Tattuwë nadie más intervino; le correspondió al Mayor:

-¡Oye Carlos!... Una última pregunta para irnos a dormir... Tú estuviste en esa batalla en el río contra los shamatari, ¿Por qué ninguno de ustedes quiso participar en la lucha?... Me refiero, a que no quisieron disparar sus flechas.

-Inicialmente nosotros estábamos dispuestos a pelear y a matar si fuera necesario; nuestras mujeres habían sido secuestradas y temíamos que le hicieran daño... Pero luego supimos, conversando con la gente, que el rapto de mujeres es una manera de conseguir esposas... Supongo que por escasez de mujeres o como una manera de evitar la endogamia...

...Pero el asunto era que, ellas estaban en peligro; por otro lado, un muchacho gravemente herido con flechas y posteriormente 2 mujeres muertas en un asalto a la comunidad... ¡Bueno!... Eso ya tú lo sabes.

...Cuando estábamos allá, al ver el escenario, coincidimos en que aquello era un problema dentro de una sociedad y que ellos lo resolverían... Nosotros ya habíamos recuperado las mujeres, gracias a Tahawë y a Kosirewë... Entonces, no nos debíamos meter en ese asunto de tipo cultural... Además, herir o matar tiene una connotación diferente para nosotros... Ellos lo resuelven purificándose con el ritual unokay... ¿Pero nosotros?... Nos quedaría en nuestras conciencias toda la vida... No hay manera de purificarnos... Los 3 coincidimos en no pelear y así lo hicimos... Los heramitheri planificaron y ejecutaron ellos mismos su batalla y la ganaron con inteligencia y astucia-

-Muy bien Carlos... Realmente los felicito por tan sabia decisión... Eso les hubiera generado problemas judiciales... Hubiera sido muy grave para ustedes verse involucrados en ese tipo de situación, donde hubo muertos y heridos; una cosa es que ellos hagan eso, por razones netamente culturales y otra es que, gente no indígena lo haga... Los agarraría la ley... ¡Bueno!... Actuaron como debían actuar... Los felicito sinceramente-. Concluyó el Mayor.

Mientras, fuera del shapono, Rebeca y Tahawë continuaban con sus mutuas caricias; de pronto, la muchacha se separó de su compañero, lo tomó de la mano y lo invitó al interior del alero:

-¡Ven!... ¡Mejor vamos!... Ya estás aprendiendo a besar y a mí se me está nublando la mente y veo que tú también estás reaccionando... Mejor dejamos eso hasta aquí-

Al día siguiente, la salida para Yuri se realizó a las 06:00 h., aproximadamente, llevando a Tahawë, Kosirewë y Tattuwë; éste último, como guía.

En los asientos laterales del aparato, se acomodaron, en un lado, Rebeca y Tahawë y en el otro, Beatriz y Kosirewë. Los jóvenes indígenas estaban impresionados con la visión desde el aire; podían divisar todo su mundo, los ríos, el bosque, los cerros, los grandes morichales, las bandadas de aves y en general, la inmensidad de la selva. Tahawë comentó a Rebeca:

-Así ven los pájaros... Así ellos pueden ver todo... ¿Cómo es que los napë tienen esto?... Los viejos dicen que Omawë se los entregó... No saben por qué no se los dio también a yanomami... Será porque se fue muy molesto con yanomami-.

La muchacha quedó en silencio, realmente no sabía que responder; solamente apretó la mano del joven yanomami, mientras, continua disfrutando el paisaje.

La llegada a Yuri fue distinta a la de Herami; la nave pudo aterrizar fuera del shapono en virtud del amplio terraplén deforestado ubicado entre éste y el río. Se realizaron las conversaciones y rituales himou, en el que los amigos se ofrecieron apoyo; Carlos no participó en estas actividades; dedicó todo su tiempo a su amiga Waimi. Posteriormente, se reunió con Teshepenawë y el shapori Kayupawë y les informó sobre la instalación del aparato de comunicación que les permitiría estar en contacto y que sería Tattuwë, quien se encargaría de manejarlo. Lo dicho fue aceptado por los dos líderes de la comunidad.

Carlos quedó trabajando con Tattuwë y con la presencia de Waimi; mientras el resto, incluyendo a los pilotos del helicóptero, fueron al río a bañarse con los amigos de la comunidad. Previamente, Rebeca y Beatriz, acompañadas de Tahawë y Kosirewë, visitaron al niño que ayudaron a venir al mundo. Se encontraron con un bebé saludable y muy vivaz; la madre permitió que las napeyoma lo tocaran e inclusive, que Beatriz lo cargara en sus brazos.

En la tarde presenciaron danzas de jóvenes de la comunidad y posteriormente, el himou y el consumo de yopo.

Carlos quiso aventurarse a probar el alucinógeno, pero Waimi se lo impidió:

-¡Eso no es bueno para napë!-, Le dijo.

Sin embargo, Rafael, para asombro de sus compañeros, dada su personalidad de mayor formalidad, quiso someterse a experimentar, pero solicitó que

la cantidad a insuflar fuera reducida. Teshepenawë asumió la iniciativa de hacerlo; Rafael se acuclilló frente al viejo, quien colocó la porción recomendada en el extremo del tubo opuesto al lado por donde soplaría.

Rafael ajustó en su nariz la semilla perforada que sirve de boquilla al tubo llamado mokohiro y se dispuso a recibir la droga.

Teshepenawë tomó aire y sopló con fuerza; Rafael sintió un martillazo en el hueso occipital; se levantó violentamente, retrocedió encorvado y tosiendo; tomaba aire, pero la sensación que le provocaba la tos, era más fuerte. Rafael retrocedía tosiendo y con la boca abierta; se sujetaba la cabeza con ambas manos; se incorporó completamente y abrió los ojos sin dejar de toser y escupir como si faltara aire a sus pulmones. Seguidamente, emprendió una carrera fuera del shapono, rumbo al río; los demás lo siguieron preocupados; mientras, algunos yanomami, sobre todo mujeres, reían a carcajadas.

Rafael llegó al río y sin ninguna previsión por la presencia de rocas, se lanzó al agua y quedó tendido boca abajo, con el rostro hundido. Posteriormente se incorporó, levantó el rostro y trataba de lavarlo como si lo tuviera sucio de algo; minutos después, con las atenciones de Beatriz y de Kosirewë, se incorporó completamente y ya pasada la crisis del experimento, inició su retorno a la comunidad entre las bromas y chistes de sus acompañantes.

Carlos le preguntó entre risas:

-¡Bueno...! ¿Qué te pasó, hombre yanomami?-.

La voz de Rafael no salía muy clara, pero así, respondió al amigo: -¡Coño compadre!... ¿Qué arrecho?... Sentí que la tapa de la cabeza se me había volado... Me faltaba el aire... ¡Coño!... creí de verdad, que me estaba muriendo.

Erasmito se burló un poco más:

-¡¡No joda!... Yo pensé que se te estaban metiendo los hekura... Que se estaban llevando tu no-reshi por el camino del burro-.

Todos rieron y entre risas y bromas, volvieron a la comunidad y se dedicaron a comer carne de danto asado, acompañado con un casabe bastante duro y grueso, rasha y algunas otras carnes y vegetales que les proporcionó el jefe Teshepenawë y otras personas de la comunidad y, sobre todo, carato de plátano que la tripulación del helicóptero no quiso probar para protegerse de cualquiera afección que pudiera vulnerar sus condiciones físicas para operar la nave.

Carlos le dio a Tattuwë el entrenamiento correspondiente sobre el equipo, su mantenimiento y operación; en un sobre plástico le entregó un papel con dos seriales anotados; eran números de teléfonos, a los cuales podía llamar y comunicarse con Erasmo y con él mismo. Carlos le explicó la correlación entre los números anotados en el papel y los indicados en las teclas del teléfono, tomando en consideración que el muchacho no conocía las técnicas de lectura. El mismo entrenamiento lo recibió Theshepenawë y Tararaiwë, un joven como de 18 años sobrino del jefe, quien, desde el comienzo, se mostró interesado en conocer el funcionamiento de aquel aparato.

Desde Yuri, la comunicación con Herami y con Erasmo, se realizó sin ningún problema; Tattuwë se encargó de hacer las conexiones.

En la noche, oscura y lluviosa, Waimi colgó su chinchorro en un alero deshabitado, prendió un fuego y fue a traer a su amante Carlos.

Capítulo XXXI

Vuelo a la libertad

Decisión por la vida

Eran las 07:00 horas, aproximadamente, cuando el helicóptero despegó rumbo a Herami; ahora, una pasajera tomó el puesto de Tattuwë en la nave; se trataba de Waime, invitada de Carlos; 20 minutos después estaban aterrizando en el shapono.

Al llegar, Beatriz, Carlos y Rebeca, bajaron sus respectivas mochilas del aparato, habían tomado una decisión que transmitieron a Erasmo a través del enlace realizado por Kaopewë, Rebeca le comunicó a su padre:

-Hola papá, bendición... Mira... Carlos, Beatriz y yo, hemos decidido quedarnos en Herami por un tiempo, no sabemos cuánto... Ya no queremos vivir en Caracas...

Erasmo respondió sorprendido:

-¿Quéeee? ...¿Tú estás loca? ...¡Coño eso es muy peligroso!...

-Todos nos cuidarán... Aquí estaremos más seguros que allá; además, Carlos está con nosotras; él se trajo a Waimi para Herami... Nosotros estaremos comunicándonos todos los días- Le respondió su hija.

-¿Y Beatriz?... ¿Qué va hacer con el trabajo? - Preguntó Erasmo.

Beatriz tomó la palabra:

-Buenos días Erasmo... Mire... Le solicito su permiso para quedarme aquí un tiempo... Yo llamaré a Mariaelenita para que tome mi lugar mientras tanto... Mientras decido, yo sé que Yamile salió para México y no se sabe si volverá pronto... Pero con la Nena (Apelativo de Marielenita) las cosas podrán emparejarse hasta que se entrene a otra persona... Yo creo que

deberíamos pensar también en Raiza, ella es muy capaz. Por los momentos, ante cualquier duda, que se comuniquen conmigo. Este podría ser un permiso no remunerado... En realidad, lo necesito para reorientar mi vida.

La voz de Erasmo se escuchó de nuevo: -Bueno!... ¡Te entiendo muy bien! Yo también haría eso si pudiera... No te preocupes, hablaré con la Nena y la encargaré de tus responsabilidades y le indicaré que se te designe en comisión; luego veremos. ¡Ahora!... No sé si querrás que tu sueldo o, parte de éste, vaya a tu familia o se te deposite completo.

La muchacha respondió: -Muy bien, informaré a la Nena... Bueno Erasmo, muchas gracias... Saludos a Omaira y a Dolores; aquí han preguntado sus amigas por ellas.

-Mira Beatriz, se me ocurre algo; tú podrías dirigir y controlar desde allá el programa médico y verificar su funcionamiento. Podrías complementarlo con otros elementos, en coordinación con los viejos ... ¿Qué te parece?

-Gracias Erasmo, ya había pensado algo así; luego te doy detalles- Concluyó Beatriz.

Rebeca tomó el teléfono: -Papá... Yo llamaré a mamá y le informaré... Pero la llamaré en la noche... Dile tú, antes, sobre mi decisión y que estará cuidada, para que esté preparada cuando le hable-.

-¡Está bien!... Yo no estoy muy convencido, pero respeto tu decisión; llámame todos los días y sobre todo a tu mamá.

-No te preocupes papá... ¡Gracias!... ¡Te quiero mucho!... ¡Besos!

Unos 15 minutos después, cumplidas las correspondientes despedidas y con varios racimos de plátano y lechosas dentro del helicóptero, Erasmito y Rafael partieron hacia la misión Mavaca donde re-abastecerían para seguir su vuelo a Puerto Ayacucho.

En Herami, los nuevos miembros de la comunidad se reunieron con Haminawé y otros jefes de familia, la decisión de quedarse había sido bien recibida.

La distribución de los sitios para vivir fue ahora diferente; a Carlos, Rebeca y Beatriz, les fue asignado, a cada uno, un alero contiguo al de los demás; en ellos, se dedicaron a colgar sus chinchorros y a arreglar sus pertenencias.

En la tarde, todos fueron a disfrutar del baño vespertino con la gente de la comunidad. Todos se sentían raros pero complacidos por lo que parecía ser, la presencia permanente de aquellos amigos napë.

Para los miembros de la sociedad occidental, la extrañeza era mayor; ya no se trataba de una simple situación de fuerza; se trataba ahora de una prueba de decisión de vida, de nuevas sensaciones, de un cambio radical de vida donde, como en ese momento, las comunicaciones táctiles expresadas colectivamente, sustituían la individualidad a las que estaban acostumbrados en su sociedad; un nuevo universo de percepciones se abría ante ellos; sus cuerpos desnudos vinculados a aquella salvaje naturaleza, se enriquecían de armonía individual que se transformaba en armonía colectiva; era la vida expresada con nuevos sentidos.

Al regresar del baño vespertino, tanto Rebeca como Beatriz, instruidas en las costumbres yanomami por Payekeima, se trasladaron, la primera, al hogar de Tahawë y la segunda, al de Kosirewë. En los respectivos hogares, las napëyoma descolgaron el chinchorro de los jóvenes y lo llevaron consigo hasta su correspondiente alero, donde los colgaron al lado de los propios.

Estas manifestaciones informaban a la comunidad, de que, a partir de aquel momento, estas parejas estarían formalmente casadas.

Por su parte, Waimi había colgado su chinchorro en el alero de Carlos.

Nueva perspectiva

Una nueva etapa se había iniciado en la vida de Erasmo y Omaira; aunque se comunicaban diariamente con su hija, no dejaban de inquietarle los riesgos a los cuales, sabían que estaba expuesta. Tales incertidumbres había disminuido lentamente durante las tres semanas transcurridas desde aquella decisión, al comparar objetivamente tales riesgos, con los que diariamente la vorágine de la gran ciudad, hostil y “salvaje”, amenaza a las personas.

Las conversaciones diarias con su hija y amigos tranquilizaban a Erasmo. El antiguo líder de aquella, no olvidada aventura, ahora revisaba los reportes que recibía de la Nena, la sustituta de Beatriz, transmitidos desde Herami, relacionados con aspectos: demográficos, grupos etarios, morbilidades identificadas o no, mortalidad y sus causas, ingesta de alimentos vegetales, especies de animales capturados, cazados o pescados para el consumo; frecuencias de consumo y muchos datos sociales sobre la familia, las relaciones de parentesco, los nacimientos y demás informaciones susceptibles de influir en el funcionamiento de la sociedad y su crecimiento vegetativo.

Los datos necesarios de ser cuantificados, eran registrados en modelos de planillas especialmente elaboradas, que servían para alimentar una base de datos construida para tal efecto.

Paralelamente, informaciones sobre aspectos culturales, de costumbres, tradiciones, creencias, etc., que se relacionaban, condicionaban o influían, de alguna manera, en la cotidianidad de la vida.

En esos momentos sonó el intercomunicador de su secretaria:

-¡Ingeniero!... El Mayor Sergio Milano acababa de llegar-

-¡Gracias!... ¡Por favor!... Hazlo pasar-

Unos segundos después:

-¡Hola Erasmo!... ¡Buenas tardes...!-

-¡Hola Sergio, gracias por venir!... Veo que eres puntual-

-Por lo menos trato de serlo... ¿En que puedo servirte?-. Interrogó el Oficial.

-¡Bien!- Respondió Erasmo. -Te llamé para que revisaras conmigo un plan que estoy articulando y en el que creo que puedes ayudarme, porque me gustaría desarrollarlo conjuntamente con tu institución-

- ¿De qué se trata? -.

-Hace ya 3 semanas que los muchachos están allá en Herami... Cada día están más encantados... Ya todos están casados... ¡Claro!... Por las costumbres yanomami. El asunto es que hemos venido afinando un trabajo diario en la comunidad, hasta ahora, sólo circunscrito a recolección de información básica para la elaboración de diferentes proyectos que tengo en mente...

...Pienso que tú eres la persona ideal para liderar este programa...

...Se trata de proyectos de vacunación a niños, de cuidado a las mujeres embarazadas, a los recién nacidos, proyectos de educación, de investigación en materia de producción y de consumo, sistemas de subsistencia, mecanismo de aprovechamiento de los recursos, manejo adecuado de los ecosistemas y uso del espacio. En fin, todo lo que podamos saber de ellos, que podamos aprender de ellos; tanto para ayudarlos a mejorar su calidad de vida, como adquirir conocimientos que nos ayuden a mejorar la nuestra.

-¡Bueno Erasmo!... Tengo que advertirte que eso que pretendes es, además de ambicioso, demasiado delicado... En principio, estoy de acuerdo... Es decir, con la idea, pero la primera

interrogante a resolver será el método a emplear. Me explico: ¿Cómo intervenir a esa sociedad sin hacer cambios imprudentes que puedan convertir la gracia en una morisqueta?

-¿A qué te refieres?

-¡Bueno!... Eso que vistes allá... Esa armonía entre hombre y naturaleza que admiraste y has destacado como una virtud en esa gente... Esa armonía no es un estado per se; no hay conciencia de ello; es la resultante de todo un sistema de relaciones muy complejas que lo hacen posible; cuando esas relaciones se alteran, las consecuencias son desastrosas; el ejemplo de ello puedes apreciarlo en los demás territorios indígenas existentes en Venezuela, inclusive, entre los Yanomami que están en constantes contacto con los criollos.

-¡Especifica!- Inquirió Erasmo.

-¡Bien!... Voy a tratar de ejemplarizarlo... Esa sociedad vive en una etapa de su propia evolución, donde la lucha diaria por la subsistencia, genera dificultades y riesgos que son parte de esa vida; ellos han respondido con éxito durante miles de años...

...Para ellos, es normal su elevado nivel de morbilidad, mortalidad infantil y en general, su nivel de esperanza de vida. Esas condiciones son científicamente calificadas como respuestas ecológicas adecuadas a esa forma de vida.

-Funcionan como mecanismos regulatorios que han viabilizado la reproducción de la sociedad y de la cultura. Esa regulación demográfica está adecuada a la capacidad del entorno para proporcionarle los recursos necesarios para que vivan y se reproduzcan con la tecnología que han desarrollado... Esta interrelación, podríamos interpretarla como ecológicamente estable; un estado de equilibrio óptimo, por lo que tú mismo has visto... Miles de años viviendo ahí y no se ha deteriorado el entorno...

...La estabilidad observada es, precisamente, una manifestación de buena calidad de vida; les ha permitido, sin mayores traumas, reproducirse biológica y culturalmente en el tiempo y en el espacio... ¿Me estoy explicando?...

...¡Ahora!... ¿Qué crees que podría pasar si de pronto, aceleradamente... Sin preparación... Sin ninguna planificación científicamente concebida, se introducen cambios, aparentemente bienhechores, como, por ejemplo, tratar de reducir la alta morbilidad, la elevada mortalidad infantil, los riesgos de accidentes y todas esas cosas que, sentimental y quizás, moral y éticamente, nos parece necesario ayudar a paliar. Los controles ecológicos desaparecerían.

...¡Fíjate!... Estaríamos ayudando a aumentar la esperanza de vida al nacer, vale decir, a que menos gente muera por razones que nosotros pudiéramos evitar... ¿Entonces?... ¿Qué

crees que pasaría?... La población comenzaría a aumentar a límites no adecuados a la capacidad del entorno para mantenerla... La consecuencia directa sería la escasez; sería contrario a la calidad de vida deseada como resultado de la intervención...

...El estrés social aumentaría en la medida que escaseen los recursos; surgirían nuevos conflictos sociales y se intensificarían otros, tanto dentro de las comunidades como entre comunidades... Las divisiones, las guerras y nuevos tipos de violencia irían en aumento...

...Habría hambre y más enfermedades... Los desplazamientos... Las migraciones y otras circunstancias que llevarían a esa sociedad, ejemplo de Ser, a ejemplo de No Ser.

Erasmus intervino, mostrando asombro y preocupación: -¡Coooññño... ¡Mi compadre!... Me estás dibujando un cataclismo-

El Mayor acotó: -No se necesita ser Nostradamus, para predecir algunos desenlaces evidentes.

Erasmus opinó: -¡Eso me da terror!... ¿Entonces?... ¿Cómo puedo ayudar? ... ¿De qué sirve que tenga todo esto si no puedo ayudar a quien deseo ayudar?... ¿Solamente para calificar de exitosa mi gestión empresarial?... ¡No!... ¡Definitivamente no!... Y me opongo a ello... ¡Coño Sergio!... ¡Debe haber alguna manera!... ¡Ayúdame en esto!... En definitiva... ¿Qué puedo hacer con mi dinero... Con mi poder... ¿Y con tus conocimientos?... ¡Quiero ayudar a los yanomami!... Tú estudiaste Antropología, tú sabes más que yo sobre el cómo...

El Oficial continuó con su argumento: -Ese camino existe... Siempre existe un camino cuando se mira con los ojos de la inteligencia... No se trata de una simplicidad sentimental y filantrópica; armados sólo de buenas intenciones; necesitamos el conocimiento para complementar el compromiso y el poder que ya tenemos... Es necesario pensar y desde ahora te agradezco tu confianza... No sólo en mi persona, sino también, en los conocimientos científicos... En los trabajos de otras gentes que han pensado en estas cosas; ellos nos ayudarán a conseguir las claves...

...Vamos a hacer, inicialmente, cosas sencillas; por ejemplo, exámenes médicos, exámenes de sangre, apoyar estudios epidemiológicos, ecológicos, antropológicos; cosas así; poco impactantes, mientras construimos la orientación teórica del asunto-

Erasmus estuvo de acuerdo: -Me parece bien... ¿Qué propones?... Tienes alguna persona confiable que nos pueda preparar ese programa?

-En las cuestiones de los exámenes sí... ¿Te acuerdas del Capitán Arturo Morillo?... El piloto del helicóptero.

-¡Sí, claro!... El estuvo aquí en la cena, con su esposa-

-¡Ese mismo!... Su esposa... Yamira... Ella es Bioanalista... Ella tiene un laboratorio y, además, mucha experiencia... Está pronto a jubilarse en PDVSA... Ella podría encargarse de ese proyecto... ¿Qué te parece?

-Me parece bien... Ya había hablado con ella y estuvo deseosa de participar; me pareció una profesional competente... ¿Tú podrías encargarte de ir armando el programa, de coordinar lo que se debe hacer y cómo?... Tendrías luz verde para todo... ¿Qué me dices?... ¿Aceptas?-

Milano le respondió: -De acuerdo, lo haré... pero debemos tomar en cuenta, en primer lugar, que se trata de una Cultura distinta; por tanto, los detalles y tiempos serán distintos a los acostumbrados con nuestra sociedad; esto implica, deducir la acción a seguir mediante el análisis de la mayor cantidad de variables posibles; aún las que nos parezcan insignificantes. Lo que viviste será importante, lo que has leído, lo que piensa tu gente, las opiniones de especialistas y lo que puedas deducir de tu propia madurez... Pero te quiero advertir una cosa... No debes tomar nada como cierto... Ni siquiera tus propias creencias... esas son las más traicioneras y en las que menos debes confiar-

-¿Y cómo carajo haremos eso?... Ahora estoy más confundido que nunca... Me has puesto a dudar de mis propias deducciones-. Respondió Erasmo.

-¡Bueno!... Vamos a ver... Vamos a comenzar hablando de tu gente- Le propuso el Mayor.

-¡No sé lo que pretendes!... Pero intuyo una lógica... ¡Comienza! Le inquirió Erasmo.

-Mira Erasmo, yo estuve en el momento en que tu hija, tu ahijado Carlos y una de tus empleadas de confianza, decidieron quedarse con los yanomami; donde, indudablemente, estarán llevando una vida totalmente diferente a la experimentada hasta ahora... ¿Cómo conceptualizas esa decisión de renuncia, a lo que hasta ahora han sido y han tenido?

-¿De que sirve eso para lo que pretendemos hacer?-. Preguntó Erasmo.

-¡No sé!. Respondió Milano. -Como te dije, cualquier detalle podría marcar una diferencia... Hagamos el ejercicio.

Erasmo demoró en contestar: -No te voy a negar que aun todo es muy confuso... Aunque entiendo lo que los condujo a esta importante decisión... Quizás yo también lo hubiera hecho de encontrarme en sus circunstancias... He meditado mucho sobre la lógica del asunto... Lo he asociado con una lógica generacional; he tratado de comprenderlo leyendo sobre

teoría social, sobre cultura, sobre teoría política, psicología, antropología, filosofía y todo lo que ha caído en mis manos desde que llegué y, algunas cosas que me han explicado algunos amigos especialistas en estas materias...

...Estoy tratando de entender tal decisión a través de lo que hablamos cuando estábamos allá.... Luego, en las oportunidades que nos reunimos aquí para intercambiar nuestras experiencias... Pero, sobre todo, recordar lo que conversamos con los viejos y líderes de Herami y de Yuri y lo que vi y viví.... Lo que intento decirte, es que he venido haciendo un esfuerzo para relacionar lo que nos sucedió... Todo eso... Con la decisión que ellos tomaron y darle una interpretación coherente.

Milano le preguntó: -¿Qué has sacado en claro?... ¿Tienes conclusiones?

-No sé si son conclusiones, pero pienso que las razones están, indudablemente, en la crisis profunda, existencial, que está atravesando el modelo de vida occidental, ante su evidente fracaso para lograr la calidad de vida deseada por la mayoría, no sólo material, sino y principalmente, espiritual. Había oído hablar de esto, pero confieso que me parecían exageraciones...

...Pero no... Ahora lo veo de manera diferente... El agotamiento del modelo está ocasionando un cambio de época que se puede traducir en cambio de sentidos que quizás mi hija y los demás muchachos, aunque no tengan conciencia de ello, lo intuyen y lo sienten mejor que yo... Mejor dicho... Mejor que la gente de mi generación.

El Oficial lo interrumpió: -¿Cómo es eso? ... ¿Ellos poseen una racionalidad distinta? ... ¿Una lógica psicosocial distinta a la de tu generación?-

-¡Pero al no ser interiorizada racionalmente, se manifiesta como una rebeldía en respuesta al desencanto que les genera vivir en la sociedad que han heredado... La que mi generación también heredó y quizás ayudó a empeorar y crear más desesperanza respecto a la posibilidad de alcanzar felicidad... Sólo nos ha quedado la frustración... Ellos, quizás, sienten que no tienen esperanzas... Y no vayas a mal interpretarme, no me refiero a proyectos políticos como el que, actualmente, busca consolidarse en este país... Me refiero a un nivel superior... A nivel de la humanidad misma... Porque... ¡Observa! ... Tal parece, que la sociedad occidental perdió el camino y cada vez más, se aleja de la felicidad ofrecida; que ahora me parece una utopía más-

-Eso es verdad Erasmo; hay un desencanto generalizado... La humanidad está extraviada... Pero dime, ¿No es la propuesta del actual gobierno la construcción de un camino para hallar la centralidad de lo espiritual y humano por encima de la centralidad de lo material?

-Ahora pienso que sí... Pero dudo de las posibilidades de éxito.

-¿Por qué?

-¡Fíjate!... Veo las cosas muy difíciles y no es una cuestión de leyes o de ausencia de compromiso; lo veo como un problema cultural, que implica un problema generacional... Me explico, mi generación, que está ahora mismo en los cargos direccionales del país, no está preparada para realizar el salto cualitativo de esa magnitud-

-¿Por qué?

-Porque nosotros fuimos formados, educados con esos códigos; por tanto, pensamos con las claves... con los signos... con los símbolos del modelo de vida que, precisamente, se debe superar, por lo que, contrariamente, ayudamos a reproducir el modelo y fíjate, sé que, si no lo hacemos, la especie humana desaparecerá; de eso no me queda la menor duda.

-¡Bueno!... Estoy de acuerdo. El modelo de vida moderno que subyace al sistema económico capitalista, ya tiene más de 300 años de instalado y ha creado sus propias defensas. La sociedad llamada occidental no concibe un modo de vida distinto y genera resistencia a la implantación de otro modelo universal, que, por los momentos, tampoco ha generado los resultados que sus impulsores pretendieron; ese es un problema crucial... ¡Ah!... ¡Entiendo!... Tú consideras, que tu generación, educada para la reproducción de esos paradigmas, sólo sabe actuar dentro de sus postulados... ¿Eso los limita para actuar con códigos diferentes? - Preguntó el Mayor.

-¡Sí!... ¡¡Indudablemente!... Son generaciones que se frustraron a sí mismas y frustraron a las siguientes... Y eso es en todos los países... Y mientras más desarrollados, mayor es el problema... ¡Fíjate!... En estos días conversaba con un industrial estadounidense, amigo mío y cliente de la empresa por muchos años... Hablábamos, precisamente, de los cambios que se están produciendo en Venezuela... Entonces yo le pregunté sobre lo que opinaba y sobre el modelo socio-económico que él consideraba el más recomendable... ¿Qué crees que me respondió?... ¡Que no sabía!... ¡Imagínate!... ¡Siendo un empresario!... ¿Entonces?... ¡Claro!... Le hice la pregunta lógica; le pregunté si él consideraba al Capitalismo como el camino para lograr el bienestar de la mayoría... ¿Qué crees que respondió?... Sencillamente que no lo creía... Además, que consideraba que ese modelo económico era el menos adecuado... Pero claro... No se atrevió a nombrar el Socialismo o, a una combinación de modelos, ni ninguna otra alternativa.

En este punto, Milano le preguntó: -Pero tú... ¿Qué piensas?

El hombre respondió: -Sinceramente... trato de entender el devenir histórico de la hu-

manidad o por lo menos, el de la sociedad occidental; con seguridad, ahí está la luz que permita inferir el próximo el camino... Figúrate... ¿Qué pasó cuando el modelo psico-social de la llamada Eda Media, fue superado?... El metarrelato teologicista que impuso a Dios como fuente de todo conocimiento y de toda razón, fue sustituido por el metarrelato de la razón ilustrada, lo que se llamó el Renacimiento Europeo...

...Con el cambio epocal, el lugar de Dios lo ocupó el individuo, el hombre y fue erigido como sujeto y razón universal, origen y fin de todo; depositario del poder que lo conduciría a un estadio superior de felicidad y libertad....

...Pero comprendo, que en el fondo, la intención era la de viabilizar la preeminencia de lo material. Era necesario convertir al hombre humano y espiritual, en un hombre consumidor de materialidad. Así, con el afán de lucro, como supremo valor, se echó sobre sus hombros el peso de un sistema económico que le era ajeno...

...Ahora bien-. Continuó Erasmo -En el siglo XX, Freud sembró dudas sobre la supremacía del sujeto, al proponer la noción del inconsciente y la preeminencia de las pasiones, de los instintos, de la alteridad. De esta manera, sentenció la muerte del Sujeto...

Milano intervino: -¿Y ahora?... Entiendo que con la muerte de Dios se anuló nuestra espiritualidad. ¿Que pasará ahora con la muerte del Sujeto material?... ¿qué nos quedará?... ¿Cómo será sustituido?-.

Erasmo contonuyó: -¡Precisamente!... He ahí el dilema; en este punto empiezan las complicaciones... El enorme proyecto de la Modernidad se centró en un individuo aislado, falsamente idealizado, egoísta y excluyente; prisionero de su Yo; sin soportes morales ni valores superiores... Ahora, al final de este tiempo, está a la deriva; yo diría, sin norte...

Erasmo se detuvo, quedó en silencio; buscando extraer y ordenar las ideas que bullían en su mente; el Oficial se mantuvo atento. Segundos después el hombre continuó:

-En la medida que va descubriendo y convenciéndose que la racionalidad que lo conduciría a la felicidad ha fracasado; siente con más fuerza, un huracán de incertidumbre fantasmal y se convence que su mundo es solamente una ilusión, un bullicio de luces, propagandas, imitaciones, que lo van llevando a un estado de No Ser...

El Mayor quedó pensativo, luego argumentó: -¡Tienes razón... La incertidumbre también me embarga desde hace tiempo... No veo sentido a la existencia del hombre... en realidad somos menos importante para la naturaleza que cualquier insecto, con funciones definidas en la cadena de la vida, de las relaciones ecológicas. ¿Dónde estamos ubicados nosotros en esa escala y cuales son nuestras interrelaciones?... ¡No figuramos!... A menos que sea como depredadores extremos, no sujetos a ningún encadenamiento ecológico....

¿Qué somos nosotros, sino, una amenaza para la continuidad de la vida en el planeta?... pero continua Erasmo.

-Reconozco que ahora mismo, la humanidad está librando una batalla por la vida que puede ser definitiva... Hay una gran batalla entre un orden depredador, exterminador, que lucha por no desaparecer y otro que le ha venido ganando terreno poco a poco... Que no tiene un rostro definido porque está representado por pequeños y grandes grupos de países, organizaciones, etc.; que portan diferentes planteamientos, pero todos, dirigidos por sentimientos de solidaridad entre los pueblos y exigen respeto a la naturaleza-.

Milano intervino nuevamente: -¡Entiendo!... Pero entonces... ¿le das la razón al Presidente de la República respecto al contenido de su filosofía?.

-¡Si!... Ahora percibo el camino que nos está señalando y, además, puedo verlo. Los yanomami me lo señalaron.

-¿Cómo es eso?-

-El viejo shapori de Yuri, una noche me dijo: *"Mira napë, camino correcto de la vida no se ve claro, los hekura malos lo tapan, los cubren con agua, con lodo, con hojas, a veces urihí los oculta, están tapados... Pero observa con ojos de águila... Ella te enseña el camino que está ahí y que no ves, pero podrás ver con ojos de ella; con ojos de espíritu de águila negra... Busca así tu camino y de tus hermanos napë"*...

...Eso nunca se me olvidó... Creo que el Presidente es como el águila negra; nos está señalando el camino. Te advierto, antes no lo creía; pero ahora, lo veo más claro...

¿Cómo relacionas todo esto con los yanomami?.

-Lo que evidencié allá, fue una sociedad centrada en la familia y en la comunidad; ¡Date cuenta!... Compáralo con nuestra sociedad... Aquí la familia no es el punto pivote... son los negocios... es la empresa... es el trabajo; la fábrica sustituyó al hogar.

-¡Bueno!... ¡Eso es verdad!... ¡Yo mismo paso más tiempo en un cuartel que en mi hogar!, ¡Lo reconozco!... Es una racionalidad perversa y deshumanizante... Creo que tienes razón cuando dices que perdimos el camino... Pero disculpa la interrupción... Continúa.

-No te preocupes!... Tus intervenciones me ayudan... Ahora pienso que el camino para el reencuentro de la humanidad está en lo pequeño, en lo local... Fue lo que vi en Herami y en Yuri... ¡La comunidad!... ¡Ellos no han perdido el camino!... ¡Se mantienen sobre él!... ¡Coño!... Ahora entiendo lo de la pluri-culturalidad en nuestra Constitución... No somos un solo gentilicio... ¡Jurídicamente somos El venezolano!... ¡Pero, en realidad, somos varios

venezolanos, varias naciones!... Esas diferencias son las que nos dan sentido de Ser... La uniformidad nos despoja del Ser. Por eso mi hija se quedó allá... Buscando ese Ser que aquí no ha conseguido... Que se la ha negado-

-No entiendo... Ahora estás negando la subjetividad que trata de vencer al Sujeto objetivo y materialista- Acotó el Oficial.

-¡Sí!... Porque la verdad no está en la subjetividad del individuo, está en la subjetividad del grupo... Y esta mega-subjetividad que yo llamaría supra-subjetividad, no es otra cosa que la correlación de subjetividades individuales que se integran en un sólo cuerpo, que es la comunidad, la sociedad o el grupo; el asunto es que está más allá del individuo solitario y vuelto sobre sí mismo; porque éste es socialmente inexistente-

-¿Significa entonces que, el Sujeto que mató a Dios nunca existió?.

-¡Si existió!... ¡Y existe!... Pero no como creador de sentidos; resultó una entelequia porque el principio de su acción no nace en el grupo al que pertenece sino, de sí mismo. El es un fin en sí mismo y eso lo ahogó, obnubilado por su propio ego-centrismo... Todo ha sido una gran farsa; esa es la diferencia con los yanomami, nunca tuvieron que matar a su Dios... Aunque para ellos, éste no es un concepto como el que nosotros tenemos... Los yanomami nunca mataron a Omawë, a los hekura, a sus espíritus benéficos o a sus deidades bienhechoras o malhechoras. El yanomami nunca se levantó como sujeto individual, como centralidad única... Por eso, él se mantiene estrechamente unido a su mundo sobrenatural.

-Esto es verdaderamente asombroso Erasmo... ¡Que bien!... Déjame servirme otro escoses... ¿Arreglo el tuyo?.

-¡Si!... Gracias... ¿Te das cuenta porqué mi hija y los otros jóvenes se quedaron allá?-

-¡Si!... ¡Perfectamente!... Se están encontrando con lo que siempre se les negó... Lo pequeño, lo auténtico, el sentido de pertenencia a algo... Lo verdaderamente trascendental... En realidad es un rompimiento con la farsa, con la mentira, con la ilusión... Pero dime una cosa... ¿ellos están consciente de todo eso?-. Preguntó Milano.

-¡No!... No lo saben aún, pero lo intuyen y esa intuición sobre lo que debe ser, es su motivación... Están buscando la comunidad, su propia comunidad solidaria, movida por deseos de fusión...

-En estos días leí en alguna parte... Que las bandas juveniles que han surgido desde los años 60; grupos como los hipie, los punk, las sectas y esos que hemos oído nombrar como los hooligans, las maras y muchas otras de cualquier tipo; con motivaciones de cualquier natura-

leza, desde la violencia y el delito, hasta la religiosidad contemplativa; tienen un factor común; solidaridad interna... Constituyen, en realidad, tribus o comunidades modernas; vueltas sobre sí mismas y algunas de ellas, agresivas con lo que consideran extraño a ellas... Podríamos interpretarlas, psico-socialmente, como un reclamo por la naturaleza perdida, porque... ¡Fíjate!... Son internamente solidarias... Defienden a sus integrantes y son refractarias de lo ajeno.

-¡Comprendo Erasmo!... Ahora te hago de nuevo, una de las primeras preguntas que te hice la primera vez que nos reunimos... ¿Podemos vivir juntos con los yanomami?.

Erasmo quedó pensativo; segundos después reaccionó: -¡No!... Ahora comprendo que no; porque partimos de posiciones epistemológicas distintas... Sería un desastre... Las diferencias subsumirían a la sociedad más débil, a los yanomami. Ellos tienen la respuesta... Pero no podemos vivir juntos... Ellos allá y desde allá, que nos enseñen a vislumbrar un camino... ¡Te aclaro!... ¡Un camino!... ¡No, el camino!... Y te aclaro otra cosa... Después de estas reflexiones... Entiendo que el Socialismo del Siglo XXI está trazando un camino para Venezuela y sólo para Venezuela. He oído que el modelo que se propone no es universal como lo pretendió el Socialismo llamado "real" descrito por Carlos Marx... el respeto por la diversidad nos permitirá que, entre naciones, podamos vivir juntos.

-También lo siento así... Percibo que hay una luz en la oscuridad... Hay que seguirla y cuidar que no se extinga o nos cubrirá la noche larga del fin de los tiempos.

Erasmo levantó su vaso -¡Eso es así!... ¡Salud!.

Los dos amigos chocaron sus vasos, el sonido del cristal fue una nota más para el clásico "Ave María", interpretada por la meso-soprano Sarah Brightman, que servía de fondo en aquel momento de la peculiar velada.

-¡Bueno amigo Erasmo!... Me voy a retirar, ya es suficiente por hoy... Espero que me invites cuando vayas para Herami... Me gustará mucho hablar con Rebeca y los otros muchachos y recoger también las impresiones de los líderes Yanomami y de la gente joven. Intentaré obtener un permiso para quedarme varios días y completar mis grabaciones.

-¡Cómo no Milano!... Pronto iremos todos, a un rito funerario llamado reahu, donde consumirán las cenizas de las mujeres que mataron los shamatari; hace 2 días recibí la invitación de Haminawê.

-Conozco ese rito, en una oportunidad presencié uno; me gustará mucho acompañarlos y continuar con el estudio.

-A propósito Sergio... Ya tienes bastantes cosas grabadas... ¿Qué piensas hacer con eso?... Me gustaría leerlo cuando esté bien ordenado.

El joven Oficial se lo quedó mirando con una sonrisa en los labios, sólo respondió:

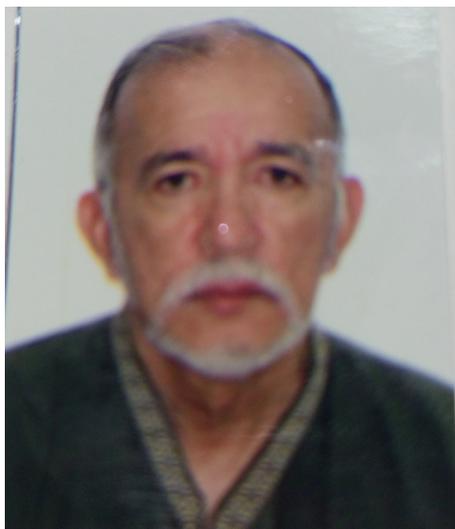
-¡Ya lo verás!-

Conduciendo su vehículo por una céntrica autopista de Caracas, rumbo a su hogar, el Mayor Milano echó a volar su imaginación hasta llegar a la profundidad de la Amazonía venezolana; donde dos cuerpos desnudos, cobijados por el tenue calor de una hoguera, estaban fundidos en un abrazo de sentimientos profundos; Rebeca y Tahawë disfrutaban de un amor sin prejuicios y sin límites culturales; su chinchorro se mecía suavemente, al ritmo del movimiento de sus cuerpos.

Pero, no solamente ellos parecían haber alcanzado un evidente estado de libertad y plenitud; en aleros contiguos, sendos chinchorros de gran amplitud, se movían también al compás de una música inaudible. En la penumbra se distinguían varios cuerpos; en uno, Carlos y Waimi se dejaban conducir por sus sensaciones y en el otro, Beatriz siente y responde al abrazo de Kosi-rewë. Las fogatas proporcionan un agradable ambiente de luces mortecinas que intentaban sin éxito, rasgar el espeso y negro velo de aquella lluviosa y fría noche invernal.

Y en aquel universo de sensaciones, el imaginario común a dos culturas deja flotar la interrogante: **¿Podemos vivir juntos?**

FIN



Sergi Milano

sergiomilano1947@gmail.com

Formación:

- Licenciado en Ciencias y Artes Militares
- Magister Scientiarum en Biología. mención Antropología.
- Doctor en Ciencias de la Educación. Docente-investigador UNEG.
- Coordinador del Centro de estudios para la gestión del Desarrollo Social Integral de Guayana (CEG-DSIG)
- Coordinador del Centro de Investigaciones en Gestión Ambiental y Desarrollo Sustentable, de la UNEG.